ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

SÚPER EDICIÓN

LA PROFECÍA DE ESTRELLA AZUL

TRADUCIDO POR PICHU06

DEDICATORIA

Gracias especiales a Kate Cary.

Libro original: *“*Warriors: Bluestar’s Prophecy*” por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada y encabezados: ***Wayne McLoughlin***.
Arte del cómic: ***James L. Barry***.

Traducción: ***Pichu06***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

Publicado: 4/10/22
Última actualización: 30/1/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

(Algunas son solo mías, otras fueron hechas con más gente)

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche Más Oscura.
5. Río de Fuego.
6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*

CONTENIDO

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER — **ESTRELLA DE PINO** — gato marrón rojizo de ojos verdes.

LUGARTENIENTE — **CAÍDA DEL SOL** — gato naranja claro de ojos amarillos.

CURANDEROS — **PLUMA DE GANSO** — gato gris moteado con ojos azules.
APRENDIZ, BIGOTES PLUMOSOS.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

MANTO DE PIEDRA — macho gris.
COLA DE TORMENTA — gato gris azulado de ojos azules.
FAUCES DE VÍBORA — gato marrón moteado con ojos amarillos.
LEONINO — gato gris claro atigrado de ojos ámbar.
MANTO DE GORRIÓN — gran gato atigrado marrón oscuro con ojos amarillos.
OREJITAS — gato gris con orejas muy pequeñas y ojos color ámbar.
APRENDIZA, ZARPA BLANCA.
MANTO DE TORDO — gato gris arena con una mancha blanca en su pecho y ojos verdes.
ALA DE PETIRROJO — pequeña y energética gata marrón con una mancha naranja en su pecho y ojos ámbar.
MANTO BORROSO — macho negro con pelaje puntiagudo y ojos amarillos.
VUELO DE VIENTO — gato gris atigrado con ojos color verde pálido.
APRENDIZA, ZARPA MOTEADA.
COLA PINTADA — bastante atigrada y de ojos ámbar.

APRENDICES

(de más de seis lunas de edad, en entrenamiento para convertirse en guerreros)

BIGOTES PLUMOSOS — gato plateado claro de brillantes ojos ámbar, bigotes largos y una cola plumosa; aprendiz del curandero.

ZARPA MOTEADA — gata carey con un característico manto moteado.

ZARPA BLANCA — gata gris claro, ciega de un ojo.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

BRISA VELOZ — gata atigrada con blanco y ojos amarillos (madre de Pequeña Leoparda; gata negra de ojos verdes, y Pequeño Centón; pequeño gato blanco y negro).

FLOR DE LUNA — gata gris plateada de ojos amarillos (madre de Pequeña Azul, gata gris azulada de ojos azules; y Pequeña Nevada, gata blanca de ojos azules).

AMAPOLA DEL AMANECER — gata rojiza oscura de pelaje largo con una cola peluda y ojos ámbar.

VETERANOS

(guerreros y reinas retirados)

BIGOTES DE HIERBA — gato naranja claro de ojos amarillos.

PATAS SUSURRANTES — gato marrón de ojos ámbar.

CANTO DE ALONDRA — gata carey con ojos verde pálido.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER — **ESTRELLA DE CEDRO —** gato gris muy oscuro con la barriga blanca.

LUGAR-TENIENTE — **COLMILLO DE PIEDRA —** atigrado gris de largos colmillos.

CURANDERA — **BIGOTES DE SALVIA —** gata blanca de largos bigotes.

GUERREROS

MANTO MELLADO — gran gato marrón oscuro atigrado.

APRENDIZ, ZARPA DE NUBE.

CORAZÓN DE ZORRO — gata naranja claro.

COLA DE CUERVO — gata negra atigrada.

PATAS DE HELECHO — macho naranja claro con piernas naranja oscuro.

OJO RAYADO — gato gris atigrado con rayas negras y una gruesa raya sobre el ojo.

FLOR DE ACEBO — gata blanca y gris oscuro.

REINAS

TORMENTA DE PLUMAS — gata marrón atigrada.

CHARCA NUBLADA — gata blanca y gris.

VETERANOS

FAUCES DE LAGARTO — gato atigrado marrón claro con un diente ganchudo.

CLAN DEL VIENTO

<u>LÍDER</u>	**ESTRELLA DE BREZO —** gata gris rosáceo con ojos azules.
<u>LUGAR-TENIENTE</u>	**JUNCO PLUMOSO —** gato marrón claro atigrado.
<u>CURANDERO</u>	**CORAZÓN DE HALCÓN —** gato moteado color café oscuro y ojos amarillos.
<u>GUERREROS</u>	**RAYA DEL AMANECER —** gata atigrada dorada pálido con rayas color crema. **APRENDIZ, ZARPA ALTA.** **GARRA ROJA —** gato rojizo. **APRENDIZ, ZARPA DE MUSARAÑA.**
<u>VETERANOS</u>	**BAYA BLANCA —** pequeño gato completamente blanco.

CLAN DEL RÍO

<u>LÍDER</u> **ESTRELLA DE GRANIZO —** macho de grueso pelaje gris.

<u>LUGAR-TENIENTE</u> **CORAZÓN DE CARACOLA —** macho gris moteado.

<u>CURANDERA</u> **ZARZAL DE BAYAS —** preciosa gata de pelaje blanco con manchas negras, ojos azules, y una nariz sorprendentemente rosada.

<u>GUERREROS</u>

GARRA RIZADA — gato negro y plateado.
PELAJE DE LEÑA — gato marrón.
PELAJE DE BÚHO — gato marrón y blanco.
NUTRIA MANCHADA — gata blanca y naranja claro.

<u>REINAS</u>

FLOR DE LLUVIA — gata gris claro (madre de Pequeño Doblado y Pequeño Roble).
COLA DE GAMA — gata marrón claro de ojos azules y suave pelaje.

<u>VETERANOS</u>

GARRA DE TRUCHA — gato atigrado gris.



PRÓLOGO

Estrella Azul se detuvo en la cima de la ladera; el hedor de los perros le llegó a la garganta. Abajo, los helechos se agitaban mientras formas oscuras pululaban por el barranco. El pelaje anaranjado de Corazón de Fuego relampagueaba como una llama a través de la vegetación. Mantenía una buena distancia entre él y la manada, pero el perro líder se estaba separando y acercándose rápidamente al lugarteniente del Clan del Trueno. «*¡No! ¡Ese no! ¡No puedes usarlo como presa!*».

Estrella Azul se lanzó por la pendiente. Tragando aire, con los músculos ardiendo, zigzagueó entre los árboles, con sus patas patinando en el frondoso suelo del bosque. Se lanzó a través de una franja de helechos, corriendo a ciegas mientras las hojas le azotaban la cara. El desfiladero estaba cerca. Podía oír el río rompiéndose entre las escarpadas paredes grises. ¿Sería Corazón de Fuego capaz de atraer a la manada de perros hacia el desfiladero? ¿Y si el líder de la manada lo atrapaba primero? Salió de entre los helechos y se detuvo en un claro al borde del acantilado. Las hojas caían en el abismo mientras sus patas resbalaban y se deslizaban. «*¡Oh, Clan Estelar, no!*». Corazón de Fuego estaba colgando de las relucientes fauces de un enorme perro. El lugarteniente del Clan del Trueno luchó, escupiendo con furia. El perro lo sacudió, con los ojos brillantes de triunfo, pero sus torpes patas se acercaban peligrosamente al borde del desfiladero.

—¡No dejaré que destruyas mi Clan! —rugió Estrella Azul. Se lanzó contra el atormentador de Corazón de Fuego, golpeando su costado con la cabeza.

El perro soltó a Corazón de Fuego y giró sorprendido. Estrella Azul se agachó y desenvainó sus garras. La sangre rugió en sus oídos, pero no sintió miedo. No se había sentido tan viva desde hacía lunas. Arremetió contra el hocico del perro, pero sus garras rastrillaron el aire vacío. El perro se alejaba de ella. El suelo bajo sus patas traseras se desmoronaba. Los fragmentos de piedra caían por la escarpada cara del desfiladero mientras las patas del perro intentaban agarrarse, pero sus garras romas se deslizaban por el suelo del bosque lleno de hojas mientras sus ancas arrastraban sus patas traseras hacia atrás por el acantilado.

La manada tronó más cerca.

—¡Estrella Azul! —advirtió Corazón de Fuego.

Pero Estrella Azul no apartó los ojos del líder de la manada. Se quedó fijada en su mirada de pánico mientras los perros empezaban a chocar entre los helechos detrás de ella. La manada estaba sobre ellos. Estrella Azul clavó sus garras en la suave tierra mientras el aire se agriaba de repente con el miedo. Los perros que se abalanzaban habían visto el desfiladero, y sus aullidos se convirtieron en chillidos al llegar a su borde. Estrella Azul se mantuvo firme mientras un aullido desesperado resonaba en el abismo. El primer perro había caído. Su cuerpo se golpeó contra el acantilado y hubo un momento de silencio antes de que lo oyera chapotear en el agua rugiente de abajo.

Estrella Azul entrecerró los ojos, todavía fijos en el líder de la manada.

—¡Nunca deberías haber amenazado al Clan del Trueno! —siseó.

De repente, el perro estiró la cabeza hacia delante y le agarró la pata delantera con las mandíbulas. Sintió que el suelo se deslizaba bajo ella mientras el perro la arrastraba por el borde. El viento rugió a su alrededor, golpeando su pelaje mientras caía. El río se arremolinaba y formaba espuma debajo. Se resistió desesperadamente al aire frío y húmedo y se liberó del perro justo un momento antes de caer al agua. El río helado la dejó sin aliento. Ciega, luchó contra la corriente, luchando por conseguir aire, con el corazón atenazado por el pánico. La profecía de Pluma de Ganso ardía en su mente: "*El agua te destruirá*".

Su grueso pelaje, cargado de agua, la arrastró hacia abajo. El río caía a su alrededor; no sabía qué dirección era hacia arriba. Sus pulmones pedían aire a gritos. El terror se apoderó de ella. Iba a ahogarse en las aguas espumosas del desfiladero.

“*¡No te rindas!*”, un maullido sonó claro y familiar a través del rugido del agua.

«*¿Corazón de Roble?*».

El padre de sus cachorros murmuraba en sus oídos:

“*Es como correr por el bosque. Deja que tus patas hagan el trabajo. Levanta la barbilla. Deja que el agua te lleve hacia arriba*”.

Su voz pareció elevarla, calmando su pánico, y descubrió que sus patas se agitaban constantemente en el agua. Su corazón, apretado por el dolor, se ralentizó mientras se esforzaba por levantar la barbilla, hasta que por fin el viento le azotó la cara. Tosiendo y con arcadas, tomó una bocanada de aire.

“*Ese es el camino*”, le susurró Corazón de Roble al oído.

Su voz sonaba tan suave, tan acogedora. Tal vez debería dejar que el río la arrastrara hacia la suavidad de su pelaje.

“*¡Estrella Azul, nada! ¡Dirígete a la orilla!*”, el maullido de Corazón de Roble era agudo ahora. “*Nuestros cachorros están esperando*”.

«*¡Nuestros cachorros!*». El pensamiento de ellos la golpeó como un rayo.

“*No puedes dejarlos sin despedirte*”.

La energía surgió a través de Estrella Azul, y comenzó a luchar una vez más. Una forma oscura la golpeó y la sumergió de nuevo en el agua, pero ella luchó por salir a la superficie, balbuceando mientras el agua le llenaba la boca y se le quedaba atrapada en la garganta. El cuerpo rodante de un perro pasó junto a ella y fue arrastrado por la corriente. «*Si un perro no puede luchar contra esta corriente, ¿cómo voy a poder yo?*».

Las copas de los árboles se volvieron borrosas mientras el río la arrastraba.

“*¡Puedes hacerlo!*”, le instó Corazón de Roble.

Estrella Azul se agitó en el agua, pero sus piernas exhaustas se sentían como hojas empapadas, agitándose inútilmente. De repente, unos dientes la agarraron por el pescuezo. ¿Corazón de Roble iba a arrastrarla a un lugar seguro? Estrella Azul parpadeó el agua de sus ojos el tiempo suficiente para ver un pelaje naranja. «*¡Corazón de Fuego!*». El lugarteniente del Clan del Trueno la había atrapado.

—¡Mantén la cabeza alta! —gruñó con las mandíbulas apretadas.

Estrella Azul intentó ayudarle, pero su pelaje era pesado y sus patas estaban demasiado cansadas para luchar contra el peso del agua. Los dientes de Corazón de Fuego le desgarraron el pelaje mientras el agua la arrastraba hacia abajo.

Entonces otro cuerpo rozó el suyo. «*¿Uno de los perros?*».

Más dientes le mordieron el pescuezo. Unas garras se aferraron a sus flancos, empujándola hacia arriba. Sintió el movimiento fuerte y suave de los gatos a su alrededor. ¿Era el Clan Estelar que la llevaba a sus terrenos de caza? Apenas consciente, se dejó arrastrar por el agua hasta que los guijarros le rozaron el costado y sintió tierra firme bajo ella. Las patas y los dientes la levantaron de la orilla arenosa y la pusieron sobre la hierba suave. Sentía el pecho como si estuviera lleno de piedras, lo que hacía que cada respiración fuera una lucha. Le picaban los ojos, demasiado llenos de agua para ver.

—¿Estrella Azul? —reconoció el maullido de Vaharina.

«*¿Y Pedrizo? ¿También está aquí?*».

—Estamos los dos aquí —una fuerte pata le presionó el costado.

Corazón de Roble tenía razón. Sus cachorros la habían estado esperando. Estrella Azul luchó por abrir los ojos. Podía distinguir la forma de Pedrizo. Sus anchos hombros se perfilaban contra el dosel verde de los árboles. «*Igualito a su padre*». Vaharina estaba a su lado, con su pelaje empapado pegado a su cuerpo.

Estrella Azul sintió el aliento en su mejilla.

—¿Está bien? —llegó la voz de su hija.

Corazón de Fuego se inclinaba hacia ella.

—Estrella Azul, soy Corazón de Fuego. Ahora ya estás bien. Estás a salvo.

Estrella Azul apenas le oyó. Estaba mirando a sus hijos.

—Ustedes me salvaron —murmuró.

—Shhh. No intentes hablar —instó Vaharina.

«*¡Pero hay tanto que decir!*». Estrella Azul estiró su hocico hacia adelante.

—Quiero decirles algo… Quiero pedirles perdón por haberlos mandado lejos de mí. —Al toser, el agua burbujeó en sus labios, pero se obligó a seguir—. Corazón de Roble me prometió que Tabora sería una buena madre para ustedes.

—Y lo fue —maulló Pedrizo con rotundidad.

Estrella Azul se estremeció.

—Le debo mucho a Tabora. —Deseó tener más aliento para explicar todo—. Y también a Corazón de Roble, por educarlos tan bien. —¿Por qué no había encontrado una manera de decirles esto antes?—. Los he observado mientras crecían y he visto cuánto tienen que dar al Clan que los adoptó. Si yo hubiese tomado una decisión distinta, le habrían dado

toda su fuerza al Clan del Trueno. —Se estremeció, luchando por el aire—. Perdónenme.

Miró fijamente a sus hijos, y el tiempo pareció detenerse al ver que Vaharina y Pedrizo intercambiaban una mirada incierta. «*Por favor, perdónenme*».

—Estrella Azul ha sufrido mucho por su decisión —suplicó Corazón de Fuego por ella—. Por favor, perdónenla.

«*¡Basta!*». El perdón no significaría nada si tuviera que ser arrastrado desde ellos. Rezó porque Corazón de Fuego se callara.

Vaharina agachó la cabeza y lamió la mejilla de Estrella Azul.

—Te perdonamos, Estrella Azul.

—Te perdonamos —Pedrizo repitió.

Estrella Azul cerró los ojos mientras sus dos hijos empezaban a lamer su pelaje empapado. Era la primera vez que compartía lenguas con ellos desde el día nevado en que los había dejado con Corazón de Roble. Ya no había necesidad de aferrarse a su última vida. Estrella de Fuego encendería una nueva llama y ardería en el bosque en su lugar. El Clan del Trueno estaba a salvo. Cerró los ojos y se dejó llevar por una negrura vertiginosa.



CAPÍTULO 1

—¿No debería haber abierto ya los ojos?

—Calla, Brisa Veloz. Solo tiene un día de vida. Los abrirá cuando esté lista.

Pequeña Azul sintió el roce de la lengua de su madre en su flanco y se acurrucó más cerca del vientre caliente de Flor de Luna.

—Pequeña Nevada abrió los suyos esta mañana —le recordó Brisa Veloz—. Y mis dos pequeños tenían los suyos abiertos casi desde el momento en que nacieron —la cola de la gata removió su lecho—. Pequeña Leoparda y Pequeño Centón son guerreros naturales.

Un suave ronroneo sonó desde una tercera reina.

—Oh, Brisa Veloz, todos sabemos que ningún cachorro puede competir con los tuyos —se burló Amapola del Amanecer.

Una pequeña pata pinchó el costado de Pequeña Azul. «*¡Pequeña Nevada!*». Pequeña Azul maulló con molestia y se acurrucó más cerca de Flor de Luna.

—¡Vamos, Pequeña Azul! —le susurró Pequeña Nevada al oído—. Hay tanto que ver y quiero salir fuera, pero Flor de Luna no me dejará hasta que estés lista.

—Ella abrirá los ojos a su debido tiempo —reprendió Flor de Luna.

«*Sí, a mi debido tiempo*», coincidió Pequeña Azul.

* * *

Al despertar, Pequeña Azul pudo sentir el peso de su hermana acostada sobre ella. El vientre de Flor de Luna subía y bajaba rítmicamente junto a ellas. Brisa Veloz roncaba y Amapola del Amanecer respiraba con dificultad.

Pequeña Azul oyó a Pequeña Leoparda y a Pequeño Centón charlando afuera.

—¡Tú serás el ratón y yo seré el guerrero! —ordenaba Pequeño Centón.

—¡Yo fui el ratón la última vez! —Pequeña Leoparda replicó.

—¡Mentira!

—¡Verdad!

Se produjo una refriega, puntuada por chillidos de desafío.

—¡Mira por dónde van! —vino el maullido cortante de un gato, silenciándolos por un momento.

—De acuerdo, sé tú la guerrera —aceptó Pequeño Centón—. Pero apuesto a que no puedes atraparme.

«*¡Guerrera!*».

Pequeña Azul se escabulló de su hermana. Una brisa de la hoja nueva agitaba las paredes de zarzas y se colaba por los huecos: el mismo olor a bosque fresco que su padre había traído en su pelaje cuando la visitó. Ahuyentó el olor a musgo y leche y el cálido pelaje dormido. La emoción hizo que le picaran las garras a Pequeña Azul. «*¡Voy a ser una guerrera!*». Por primera vez, abrió los ojos, parpadeando contra los rayos de luz que atravesaban el techo de zarzas. La maternidad era enorme. En la oscuridad, la guarida le había parecido pequeña y acogedora, pero ahora podía ver las zarzas que se arqueaban en lo alto, con pequeñas manchas de azul más allá. Amapola del Amanecer estaba tumbada de lado cerca de una de las paredes, era una atigrada de color rojo oscuro con una cola larga y tupida. Pequeña Azul la reconoció porque olía diferente a Brisa Veloz y Flor de Luna. No había olor a leche en ella; aún no tenía cachorros. Brisa Veloz, en un lecho a su lado, apenas era visible, acurrucada como una bola apretada con su nariz metida bajo su cola, su pelaje era atigrado y blanco manchado contra el helecho que había debajo. El olor más familiar de todos vino de atrás. Retorciéndose, Pequeña Azul miró a su madre. La luz del sol moteaba el pelaje gris plateado de Flor de Luna, ondulando sobre las rayas oscuras que corrían a lo largo de su costado. Su rostro rayado era estrecho y sus orejas se estrechaban hasta convertirse en suaves puntas. «*¿Me parezco a ella?*». Pequeña Azul miró su propio pelaje por encima de su hombro. Era esponjoso, no liso como el de Flor de Luna, y era gris azulado

por todas partes, sin rayas. «*Todavía no*». Pequeña Nevada, echada de espaldas, era completamente blanca, excepto por las puntas de sus orejas grises.

—¡Pequeña Nevada! —respiró Pequeña Azul.

—¿Qué pasa? —Pequeña Nevada abrió los ojos. Eran azules.

«*¿Los míos son azules?*», se preguntó Pequeña Azul.

—¡Abriste los ojos! —Pequeña Nevada se levantó de un salto, bien despierta—. ¡Ahora podemos salir de la maternidad!

Pequeña Azul vio un agujero en la pared de zarzas, lo suficientemente grande como para que dos cachorros se colaran por él.

—Pequeño Centón y Pequeña Leoparda ya están fuera. ¡Vamos a sorprenderlos!

Amapola del Amanecer levantó la cabeza.

—No se vayan muy lejos —murmuró somnolienta antes de volver a meter la nariz bajo su cola.

—¿Dónde están los cachorros de Amapola del Amanecer? —Pequeña Azul susurró.

—No llegarán hasta dentro de dos lunas —respondió Pequeña Nevada.

«*¿Llegar?*». Pequeña Azul inclinó la cabeza hacia un lado. «*¿De dónde?*».

Pequeña Nevada ya se dirigía al agujero, pasando torpemente por encima de Flor de Luna. Pequeña Azul fue detrás, con sus cortas patas inseguras, mientras se deslizaba por la espalda de su madre y aterrizaba en el suave musgo. El lecho crujió y Pequeña Azul sintió que una suave pata le apretaba la punta de la cola contra el suelo.

—¿A dónde crees que vas?

Flor de Luna estaba despierta.

Pequeña Azul se giró y parpadeó a su madre.

—Afuera.

Los ojos de Flor de Luna brillaron y un fuerte ronroneo rodó por su garganta.

—Abriste los ojos —sonaba aliviada.

—Decidí que era el momento —Pequeña Azul respondió con orgullo.

—Ya está, Brisa Veloz —Flor de Luna se giró, despertando a la reina atigrada y blanca con su maullido de satisfacción—. Te dije que lo haría cuando estuviera lista.

Brisa Veloz se sentó y se dio un lametón en la pata.

—Por supuesto. Solo pensaba en mis propios cachorros, que abrieron los ojos antes —se pasó la pata por el hocico, alisando el pelaje de su nariz.

Flor de Luna se volvió hacia sus cachorras.

—¿Así que ahora vas a salir a ver el mundo?

—¿Por qué no? —maulló Pequeña Azul—. Pequeña Leoparda y Pequeño Centón ya están ahí fuera.

—Pequeña Leoparda y Pequeño Centón tienen cinco lunas —le dijo Flor de Luna—. Son mucho más grandes que tú, así que tienen permiso para jugar fuera.

Pequeña Azul abrió mucho los ojos.

—¿Es peligroso?

Flor de Luna negó con la cabeza.

—No en el campamento.

—¡Entonces podemos ir!

Flor de Luna suspiró, luego se inclinó para suavizar el pelaje de Pequeña Azul con su lengua.

—Supongo que tienes que dejar la maternidad en algún momento. —Estudió a Pequeña Nevada—. Endereza tus bigotes. —El orgullo iluminó la mirada amarilla de la reina—. Quiero que tengan un aspecto perfecto cuando conozcan al Clan.

Pequeña Nevada pasó una pata lamida por cada mechón de bigotes.

Pequeña Azul miró a su madre.

—¿Vas a venir con nosotras?

—¿Quieres que vaya?

Pequeña Azul negó con la cabeza.

—Vamos a sorprender a Pequeño Centón y Pequeña Leoparda.

—Su primera presa. —Los bigotes de Flor de Luna se movieron—. Entonces vayan.

Pequeña Azul rebotó y corrió hacia la brecha.

—¡No se metan bajo las patas de ningún gato! —Flor de Luna llamó tras ellas mientras Pequeña Azul se adelantaba a su hermana y se dirigía al agujero—. ¡Y permanezcan juntas!

Las zarzas rasparon el pelaje de Pequeña Azul mientras se escabullía de la maternidad. Cuando cayó al suelo, los rayos de sol hicieron que le picaran los ojos. Parpadeó para alejar el resplandor, y el campamento se abrió ante ella como un sueño. Un vasto claro de arena se extendía hasta una roca que proyectaba una sombra tan larga que casi tocaba la punta de sus patas. Dos guerreros estaban sentados bajo la roca, compartiendo una

presa junto a un montón de ortigas. Más allá de ellos había un árbol caído, con sus ramas enredadas y dobladas en el suelo como un montón de patas flacas y sin pelo. A varias colas de distancia de la maternidad, un arbusto ancho y bajo extendía sus ramas por el suelo. Los helechos se amontonaban en una esquina del otro lado de la maternidad, y detrás de ellos se alzaba una barrera de aulagas tan altas que Pequeña Azul tenía que estirar el cuello para ver la parte superior. La emoción la recorrió. Este era su territorio. Sus patas se estremecieron. ¿Sabría alguna vez cómo moverse?

No había ni rastro de Pequeño Centón ni de Pequeña Leoparda.

—¿A dónde fueron? —llamó a Pequeña Nevada.

Pequeña Nevada estaba mirando el campamento a su alrededor.

—No lo sé —maulló distraídamente—. ¡Mira esa presa! —estaba mirando un montón de pájaros y ratones al lado del claro. Estaba coronada por una ardilla gorda y esponjosa.

—¡El montón de carne fresca! —Pequeña Azul rebotó hacia él, moviendo la nariz.

Había oído a las reinas en la maternidad hablar de presas, y había olido ardilla en el pelaje de su madre una vez. ¿A qué sabría? Metiendo la nariz en el montón, trató de clavar sus garras en una pequeña criatura de pelaje corto y marrón con una cola larga y fina.

—¡Cuidado!

La advertencia de Pequeña Nevada llegó demasiado tarde. Las patas de Pequeña Azul se doblaron cuando la regordeta ardilla rodó por la parte superior de la pila y la aplastó. *¡Uff!*

Los dos guerreros emitieron ronroneos de diversión junto al parche de ortiga.

—¡Nunca había visto una presa atacar a un gato! —maulló uno de ellos.

—¡Cuidado! —advirtió el otro guerrero—. ¡Toda esa pelusa podría ahogarte!

Acalorada por la vergüenza, Pequeña Azul se escurrió de debajo de la ardilla y miró ferozmente a los guerreros.

—¡Solo me cayó encima! —no quería ser recordada como la cachorra a la que le saltó encima una ardilla muerta.

—¡Hey, ustedes dos! —Pequeña Azul reconoció a Pequeño Centón por su olor a maternidad mientras salía a paso ligero por detrás de la guarida—. ¿Su madre sabe que están afuera?

—¡Por supuesto! —Pequeña Azul se giró para ver a su compañero de guarida por primera vez.

«*Oh*».

No esperaba que Pequeño Centón fuera tan grande. Su pelaje blanco y negro era suave como el de un guerrero, y tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Estiró las piernas, tratando de parecer más alta. Pequeña Leoparda corrió detrás de su hermano y le dio un golpe en la cola. Su pelaje negro brillaba bajo la luz del sol. Se detuvo y miró encantada cuando vio a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada.

—¡Abriste los ojos!

Pequeña Azul se lamió el pecho, tratando de alisar su pelaje esponjoso y deseando que su pelaje fuera tan liso como el de ellos.

—Podemos enseñarte los alrededores —maulló Pequeña Leoparda con entusiasmo.

Pequeña Nevada rebotó alrededor de la cachorra mayor.

—¡Sí, por favor!

Pequeña Azul agitó la cola con fuerza. No quería que le *mostraran* su territorio. ¡Quería explorarlo por sí misma! Pero Pequeña Leoparda ya estaba trotando hacia el amplio parche de helechos cerca de la barrera de aulagas.

—Esta es la guarida de los aprendices —dijo por encima de su hombro—. *Nosotros* dormiremos allí en una luna.

Pequeña Nevada corrió tras ella.

—¿Vienes? —Pequeño Centón dio un codazo a Pequeña Azul.

Pequeña Azul miraba hacia la maternidad.

—¿No extrañarán su viejo lecho? —sintió un repentino parpadeo de ansiedad. Le gustaba dormir junto a Flor de Luna.

—¡No puedo esperar a mudarme a mi nueva guarida! —Pequeño Centón aulló mientras corría hacia la guarida de los aprendices—. Será genial poder hablar sin que Brisa Veloz nos diga que nos callemos y nos vayamos a dormir.

Cuando Pequeña Azul se apresuró a seguirle, los helechos temblaron y una cara carey asomó entre las verdes frondas.

—Una vez que empiecen su entrenamiento —bostezó la aprendiza de aspecto somnoliento—, te alegrarás de dormir un poco.

—¡Hola, Zarpa Moteada! —Pequeño Centón se detuvo fuera de la guarida mientras la gata carey se estiraba, medio dentro y medio fuera del arbusto.

Pequeña Azul se quedó mirando el pelaje de Zarpa Moteada, grueso y brillante; los músculos de los hombros de la gata se ondularon mientras salía de los helechos y aterrizaba junto a Pequeño Centón. De repente, el compañero de guarida de Pequeña Azul no parecía tan grande después de todo.

—Vamos a enseñarles a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada el campamento —anunció Pequeña Leoparda—. Es su primera vez.

—No olviden mostrarles el arenero —bromeó Zarpa Moteada—. Zarpa Blanca se quejaba esta misma mañana de la limpieza de la maternidad. El lugar ha estado lleno de cachorros durante lunas, y hay más en camino.

Pequeña Azul levantó la barbilla.

—Pequeña Nevada y yo podemos mantener nuestro lecho limpio ahora —declaró.

Los bigotes de Zarpa Moteada temblaron.

—Se lo diré a Zarpa Blanca cuando vuelva de cazar. Estoy segura de que estará encantada de oírlo.

«*¿Está burlándose?*». Pequeña Azul entrecerró los ojos.

—¡No puedo esperar a ir de caza! —Pequeño Centón se puso en cuclillas, con su cola zigzagueando como una serpiente.

Rápida como el viento, Zarpa Moteada lo inmovilizó con su pata.

—No olvides mantener la cola quieta o las presas te oirán agitando las hojas.

Pequeño Centón tiró de su cola y la enderezó, aplanándola contra el suelo.

Pequeña Nevada ahogó un ronroneo.

—Sobresale como una ramita —susurró en el oído de Pequeña Azul.

Pequeña Azul lo observaba con demasiada atención como para responder. Estudió cómo Pequeño Centón había apretado el pecho contra el suelo, cómo había desenvainado las garras y metido las patas traseras justo debajo de su cuerpo. «*Voy a ser la mejor cazadora que el Clan del Trueno haya visto jamás*», juró.

—No está mal —felicitó Zarpa Moteada, y luego miró a Pequeña Leoparda—. Veamos tu postura de caza.

Pequeña Leoparda se dejó caer al instante y presionó su vientre contra el suelo.

Pequeña Azul anhelaba probarlo, pero no hasta que hubiera practicado por sí misma.

—Vamos, dejémoslos —le susurró a Pequeña Nevada.

Pequeña Nevada la miró sorprendida.

—¿Dejarlos?

—Vamos a explorar por nuestra cuenta —Pequeña Azul vio la oportunidad de escabullirse sin ser notada.

—Pero es divertido salir con…

Pequeña Azul no escuchó más; ya estaba retrocediendo. Mirando por encima de su hombro, vio un arbusto bajo y extendido al lado de la maternidad. Pequeño Centón y Pequeña Leoparda no las encontrarían allí. Se dio la vuelta y corrió hacia el arbusto, metiéndose debajo de una rama. Mientras recuperaba el aliento, percibió montones y montones de olores diferentes pegados a las hojas. ¿Cuántos gatos había en el Clan del Trueno? ¿Realmente cabían todos en el campamento?

Las ramas se agitaron y Pequeña Nevada se lanzó tras ella.

—¡Pensé que no ibas a venir! —Pequeña Azul chilló sorprendida.

—Flor de Luna nos dijo que permaneciéramos juntas —Pequeña Nevada le recordó.

Juntas se asomaron para ver si Pequeña Leoparda, Pequeño Centón y Zarpa Moteada se habían dado cuenta de su huida. Los tres gatos estaban mirando a la maternidad, extrañados.

Zarpa Moteada se encogió de hombros.

—Deben haber vuelto a su lecho.

—No importa —Pequeño Centón se paseó alrededor de Zarpa Moteada—. Ahora puedes llevarnos a la hondonada arenosa como prometiste.

«*¿Hondonada arenosa? ¿Qué es eso?*». Pequeña Azul de repente deseó haberse quedado con los demás.

—¡Nunca lo prometí! —Zarpa Moteada protestó.

—Tendremos problemas si nos descubren —advirtió Pequeña Leoparda—. Se supone que no debemos dejar el campamento hasta que seamos aprendices, ¿recuerdas?

—Entonces no nos descubrirán —Pequeño Centón maulló.

Zarpa Moteada miró con incertidumbre el claro a su alrededor.

—Los llevaré al borde del barranco —ofreció—. Pero eso es todo.

Los celos quemaron el pelaje de Pequeña Azul mientras veía a Zarpa Moteada guiar a Pequeña Leoparda y a Pequeño Centón hacia la barrera de aulagas y desaparecer por un hueco en la base. «*Tal vez podamos seguirlos y ver a dónde van…*».

De repente, un hocico le dio un empujón en los cuartos traseros y la hizo salir de su escondite. Su hermana se precipitó tras ella, y una cara gris atigrada se asomó de debajo de las hojas.

—¿Qué están haciendo aquí? ¡Esta es la guarida de los *guerreros*!

—¡P-perdón! —Pequeña Nevada retrocedió.

Pequeña Azul se enfrentó al guerrero.

—¿Cómo se supone que íbamos a saberlo? —protestó. «*¿Los guerreros tienen un olor especial o algo así?*».

El gato atigrado entrecerró los ojos.

—¿Son las cachorras de Flor de Luna?

El pelaje de Pequeña Nevada se erizó y miró sus patas. Pequeña Azul levantó la barbilla. No le daba miedo el guerrero gruñón.

—Sí, soy Pequeña Azul. Y ella es mi hermana, Pequeña Nevada.

El atigrado se deslizó de debajo del arbusto y se enderezó. Era incluso más grande que Zarpa Moteada. Pequeña Azul dio un paso atrás.

—Soy Manto de Piedra —maulló el gato gris—. ¿Buscan a Cola de Tormenta?

Pequeña Nevada levantó la mirada con entusiasmo.

—¿Está aquí?

—Salió a cazar.

—No lo estábamos buscando, en realidad —dijo Pequeña Azul al guerrero, aunque le hubiera gustado ver a su padre ahora que había abierto sus ojos—. Nos estábamos escondiendo de Pequeño Centón y de Pequeña Leoparda.

—Jugando al escondite, supongo —Manto de Piedra suspiró.

—No —le corrigió Pequeña Azul—. Intentaban enseñarnos el campamento, pero queríamos explorarlo por nuestra cuenta.

Manto de Piedra agitó la cola.

—Un buen guerrero aprende de sus compañeros de Clan.

—P-pensamos que sería más divertido por nuestra cuenta —soltó Pequeña Nevada.

El pelaje del guerrero se erizó.

—Bueno, no es divertido que una estampida de cachorros te despierte de un merecido descanso.

—Lo sentimos —se disculpó Pequeña Nevada—. No nos dimos cuenta.

—Eso es lo que pasa cuando se deja a los cachorros vagar por sí mismos —Manto de Piedra resopló y dirigió su mirada hacia la pila de carne fresca—. Ahora que estoy despierto, bien podría comer. —Con un

movimiento de su cola, el guerrero se dirigió al otro lado del claro, dejando a las dos cachorras solas.

Pequeña Nevada se volvió hacia Pequeña Azul.

—¿Tenías que elegir la guarida de los guerreros para esconderte? —maulló enojado.

—¿Cómo iba a saberlo? —Pequeña Azul soltó con brusquedad.

—¡Lo *habríamos* sabido si nos hubiéramos quedado con Pequeño Centón y Pequeña Leoparda!

Pequeña Azul agitó las orejas. Ahora sabían dónde estaba la guarida de los aprendices, y la de los guerreros. Habían querido explorar el campamento, ¿no? Miró a través del claro, esperando que sus ojos dejaran de estar borrosos. Todavía no había intentado ver tan lejos. Cuando la roca situada en el extremo opuesto del claro se enfocó, se dio cuenta de que había tierra raspada alrededor de la base. Huellas de patas se adentraban en las sombras y desaparecían donde colgaba un parche de liquen en un lado. ¿A dónde llevaban?

Olvidando que estaba enojada con Pequeña Nevada, ésta maulló:

—¡Sígueme! —corrió hacia el liquen y lo tocó con la pata. Se balanceó bajo su toque y luego cedió. Su pata se hundió en la maleza y en el espacio vacío—. ¡Hay un hueco! —emocionada, Pequeña Azul se abrió paso y se encontró en una cueva tranquila. El suelo y las paredes eran lisos y, aunque no había ningún gato, un lecho de musgo yacía a un lado—. Es una guarida —siseó a través del liquen a Pequeña Nevada.

—Es la guarida de Estrella de Pino —respondió una voz que no era la de su hermana.

Pequeña Azul se congeló por un momento, luego retrocedió cautelosamente fuera de la cueva. ¿Estaba en problemas otra vez?

Un gato plateado claro de ojos ámbar brillantes estaba sentado junto a Pequeña Nevada.

—Hola, Pequeña Azul.

Pequeña Azul inclinó la cabeza.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó.

—Estuve en tu nacimiento —le dijo el gato—. Soy Bigotes Plumosos, el aprendiz de curandero. —Señaló con la cabeza la guarida de Estrella de Pino—. No deberías entrar ahí a menos que te inviten —su maullido era suave pero grave.

—No sabía que era su guarida. Solo me preguntaba qué había detrás del liquen —Pequeña Azul se miró las patas—. ¿Vas a decírselo a Estrella de Pino?

—Sí.

El corazón de Pequeña Azul dio un vuelco.

—Es mejor que se lo diga yo. Va a oler tu olor de todos modos —explicó Bigotes Plumosos.

Pequeña Azul lo miró con ansiedad. ¿Diría Estrella de Pino que no podía ser una guerrera ahora?

—No te preocupes —la tranquilizó Bigotes Plumosos—. No se enojará. Probablemente admirará tu curiosidad.

—¿Puedo ir a mirar también, entonces? —maulló Pequeña Nevada.

Bigotes Plumosos ronroneó.

—El olor de una cachorra olerá a curiosidad —le dijo—. El olor de dos cachorras olerá a obsesión.

La cola de Pequeña Nevada se hundió.

—Estoy seguro de que algún día tendrás la oportunidad de ver el interior —prometió Bigotes Plumosos—. ¿Por qué no las llevo a conocer a los veteranos? Les gusta conocer a los cachorros nuevos.

¡Otra vez les iban a enseñar el lugar! El manto de Pequeña Azul se inquietó de la molestia, pero recordó lo que había dicho Manto de Piedra: "*Un buen guerrero aprende de sus compañeros de Clan*".

Bigotes Plumosos los guió hasta el árbol caído y se metió debajo de una rama sobresaliente. Pequeña Azul trotó tras él, con Pequeña Nevada pisándole los talones. La hierba, los helechos y el musgo brotaban de cada grieta de la maraña de madera, haciendo que la corteza en descomposición se volviera verde con la frescura de la estación de la hoja nueva. Pequeña Azul siguió a Bigotes Plumosos mientras se abría paso a través de un laberinto de ramitas hasta llegar a un espacio abierto entre las enmarañadas ramas. Un gato sarnoso y marrón estaba echado de espaldas al tronco caído, mientras una gata carey le acariciaba las orejas con la lengua. Un segundo macho, con su pelaje naranja salpicado de blanco, estaba comiendo un ratón en el otro extremo de la guarida.

La gata carey levantó la mirada cuando Bigotes Plumosos entró.

—¿Trajiste bilis de ratón? —parecía esperanzada—. Patas Susurrantes tiene otra garrapata.

—Insiste en cazar todos los días —comentó el gato naranja—. Es normal que agarre garrapatas.

—El día que deje de cazar, Bigotes de Hierba, es el día en que podrás velar por mí —Patas Susurrantes maulló.

Bigotes de Hierba dio otro mordisco a su ratón.

—Yo tampoco dejaré de cazar —murmuró con la boca llena—. No hay suficientes aprendices para mantenernos alimentados estos días.

—Pequeño Centón y Pequeña Leoparda comenzarán su entrenamiento pronto —les recordó Bigotes Plumosos—. Y tenemos otro par en camino a convertirse en aprendizas —se hizo a un lado, dejando ver a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada.

Bigotes de Hierba levantó la mirada de su ratón. Patas Susurrantes se sentó, aguzando las orejas.

—¡Cachorras! —los ojos de la gata carey se iluminaron, y se apresuró a dar a Pequeña Azul un lametazo en la mejilla.

Pequeña Azul se apartó, frotándose la cara mojada con la pata, y luego ahogó un ronroneo cuando Pequeña Nevada recibió la misma bienvenida.

—Es la primera vez que salen de la maternidad, Canto de Alondra —explicó Bigotes Plumosos—. Las atrapé intentando hacer un lecho en la guarida de Estrella de Pino.

—No estábamos… —empezó a objetar Pequeña Azul.

—No le hagas caso a Bigotes Plumosos —interrumpió Canto de Alondra—. Se burla de todos los gatos. Es uno de los privilegios de ser curandero.

—*Aprendiz* de curandero —la corrigió Bigotes Plumosos.

—¡Huh! —Patas Susurrantes envolvió su cola sobre sus patas—. Lo que significa que haces todas las tareas de Pluma de Ganso mientras ese viejo tejón perezoso finge buscar hierbas.

—¡Shh! —Canto de Alondra miró con severidad a su compañero de guarida—. Pluma de Ganso hace lo que puede.

Patas Susurrantes resopló.

—¿Qué hierba estaba supuestamente recogiendo esta mañana? —preguntó a Bigotes Plumosos.

El aprendiz de curandero movió las orejas.

—Consuelda.

—Bueno, lo vi tomando sol junto al Árbol de la Lechuza, profundamente dormido. Sus ronquidos estaban asustando a las presas —movió su cola hacia la presa que Bigotes de Hierba estaba comiendo—. Me llevó un buen rato encontrar eso.

—Pluma de Ganso me ha enseñado mucho —dijo Bigotes Plumosos en defensa de su mentor—. Y no hay hierba en el bosque que él no sepa usar.

—Si es que se molesta en recogerlas —murmuró Patas Susurrantes.

Bigotes Plumosos miró a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada.

—No hagan caso —maulló—. Pluma de Ganso y Patas Susurrantes nunca se han enfrentado.

—Y no deberías decir esas cosas, Patas Susurrantes —Canto de Alondra regañó—. Sabes que Pluma de Ganso es su pariente.

—¿Lo es? —Pequeña Azul parpadeó ante la gata carey.

—Es el hermano de su madre —explicó Canto de Alondra. Hizo avanzar a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada con su cola—. Vengan y cuéntennos todo sobre ustedes.

—Me llamo Pequeña Azul, y esta es mi hermana, Pequeña Nevada. Nuestra madre es Flor de Luna y nuestro padre es Cola de Tormenta —chirrió Pequeña Azul—. ¡Y hoy es la primera vez que salimos de la maternidad!

Bigotes de Hierba se lamió los labios mientras se tragaba lo último del ratón.

—Bienvenidas al Clan, pequeñas. Estoy seguro de que se meterán en problemas enseguida. Parece que los cachorros no pueden evitarlo.

Pequeña Azul aguzó las orejas.

—¿Pequeña Leoparda y Pequeño Centón se han metido en problemas?

Canto de Alondra ronroneó.

—No conozco a ningún cachorro que no lo haya hecho.

El alivio calentó la barriga de Pequeña Azul. No quería ser la única que se hubiera equivocado en algo. «*Como que me caiga una ardilla en la cabeza*».

—Ya es hora de que Estrella de Pino haga aprendices a esos dos —graznó Patas Susurrantes—. Tienen demasiado tiempo en sus patas. Cada vez que voy a la pila de carne fresca, tropiezo con uno de ellos levantando polvo con algún juego tonto.

—Le preguntaré a Brisa Veloz si puedo llevarlos a recoger hierbas al bosque mañana —sugirió Bigotes Plumosos—. Eso debería mantenerlos ocupados.

Los ojos de Pequeña Azul se abrieron de par en par.

—¿Al *bosque*? —repitió.

Bigotes Plumosos asintió.

—No nos alejaremos mucho del campamento.

Allí debía ser donde Zarpa Moteada llevaba a Pequeña Leoparda y Pequeño Centón. Pequeña Azul se preguntaba cuánto más había más allá del claro y las guaridas.

A su lado, Pequeña Nevada bostezó.

—Será mejor que las lleves de vuelta con su madre —aconsejó Canto de Alondra—. Parece que Pequeña Nevada se va a quedar dormida sobre sus patas.

Pequeña Azul se giró para ver los ojos caídos de su hermana. De repente se dio cuenta de que le dolían las piernas y que le rugía el estómago. Pero no quería irse; quería saber más. ¿Cómo se veía la garrapata de Patas Susurrantes? ¿Dónde estaba Pluma de Ganso ahora?

—Vamos —Bigotes Plumosos comenzó a sacarlas de la guarida.

—¿Cómo vamos a aprender algo en la maternidad? —objetó Pequeña Azul.

—Aprenderán mucho más cuando hayan descansado —maulló Canto de Alondra.

—¡Vuelvan a vernos pronto! —Bigotes de Hierba llamó.

Pequeña Azul tropezó cuando cruzaron el claro. Aunque su mente giraba con preguntas, sus patas estaban torpes por la fatiga. Se sintió aliviada cuando Bigotes Plumosos la empujó hacia la maternidad.

—¿Qué han visto, pequeñas? —preguntó Flor de Luna mientras Pequeña Azul se acurrucaba junto a su madre con Pequeña Nevada.

—Todo —bostezó Pequeña Azul.

Flor de Luna ronroneó.

—No *todo*, linda.

Pequeña Azul cerró los ojos mientras su madre continuaba en voz baja.

—Hay todo un bosque para que lo explores. E incluso eso es solo una parte de los territorios de los Clanes. Hay tierras más allá, la Boca Materna, las Rocas Altas, e incluso más lejos.

—¿Qué tan lejos se extiende el mundo? —murmuró Pequeña Nevada con sueño.

—Solo el Clan Estelar lo sabe —Flor de Luna respondió.

Pequeña Azul se imaginó que los árboles, los helechos, las ortigas y las aulagas se extendían más allá del campamento, hacia un cielo infinito.

—Pero mis piernas no son lo suficientemente largas para viajar tan lejos —protestó. Mientras sus visiones se convertían en sueños, oyó la voz de su madre.

—Crecerán, cariño, hasta que un día sean lo suficientemente fuertes como para caminar por todo el mundo.



CAPÍTULO 2

Pequeña Azul observó el tentador movimiento de la cola de Pequeña Nevada y rechazó el impulso de saltar sobre ella y clavarla en el suelo. No se atrevió a arriesgarse a que su pelaje se empolvara.

—Y recuerden —dijo Flor de Luna, dándole otro lavado de orejas a Pequeña Azul—, siéntense derechas y sean educadas.

Pequeña Azul puso los ojos en blanco.

Las tres estaban esperando en el borde del claro.

—Será la primera vez que Cola de Tormenta las vea desde que abrieron los ojos —les recordó Flor de Luna innecesariamente

El estómago de Pequeña Azul había estado anudado por la emoción durante toda la mañana. Quería que su padre viera que ya no era una cachorra pequeña y ruidosa.

Flor de Luna miró la barrera de aulagas.

—Prometió que volvería de cazar al mediodía.

Pequeña Azul mantuvo las patas pegadas al suelo. Era difícil quedarse quieta cuando el campamento estaba tan ocupado con nuevos olores y vistas. Patas Susurrantes y Canto de Alondra habían salido de la guarida de los veteranos. Bigotes Plumosos se dirigía hacia ellos con una bola de musgo colgando de sus mandíbulas. Pequeña Azul supuso que había algo apestoso en ella, porque arrugaba la nariz como si llevara cagarrutas de zorro. Junto a la parcela de ortigas, un gran gato con un pelaje tan ardiente como el sol estaba compartiendo comida con tres guerreros.

—¿Ese es Caída del Sol? —preguntó Pequeña Azul.

—Sí —Flor de Luna había empezado a acicalar a Pequeña Nevada—. Y los que están con él son Ala de Petirrojo, Leonino y Manto Borroso —maulló entre lametones—. Ah, y Manto de Tordo acaba de salir de la guarida de los guerreros.

Pequeña Nevada se agitó bajo la lengua de su madre, quejándose a Pequeña Azul:

—¿A *ti* te lavó así de fuerte?

Pero Pequeña Azul apenas escuchó; estaba demasiado ocupada mirando a los guerreros. Quería memorizar el pelaje marrón de Ala de Petirrojo, para poder distinguirla siempre de los demás en una batalla. Leonino sería más difícil de distinguir, decidió, debido a su pelaje gris claro atigrado. Pero sus orejas tenían mechones en las puntas, eso lo recordaría. Manto Borroso sería fácil de reconocer en cualquier lado; su pelaje negro sobresalía como las espinas de un erizo. Manto de Tordo era de color gris arena, como los guijarros con los que jugaban ella y Pequeña Nevada en la maternidad. Tenía ojos verdes brillantes y una mancha blanca en el pecho que parecía una nube esponjosa. Era mucho más pequeño que los demás.

—¿Acaso Manto de Tordo no creció bien? —maulló Pequeña Azul a su madre.

Flor de Luna ronroneó.

—No, pequeña, simplemente es el guerrero más joven. Recibió su nombre hace solo un cuarto de luna. Crecerá, ya lo verás.

La barrera de aulagas se agitó y Pequeña Azul miró a su alrededor. ¿Era Cola de Tormenta? La decepción la golpeó cuando Manto de Piedra entró en el campamento con un pájaro en sus fauces. Arrastró las patas, esperando que no se diera cuenta de su presencia. No estaba segura de que él la hubiera perdonado por irrumpir en la guarida de los guerreros.

—¡Ese fue un movimiento furtivo! —Zarpa Moteada aulló al otro lado del claro. Rodó lejos de Zarpa Blanca y se puso de pie de un salto. Las dos gatas estaban practicando movimientos de batalla junto al tocón del árbol.

Zarpa Blanca se sacudió el pelaje.

—¡No fue furtivo! ¡Fue pura habilidad! —miró a su compañera de guarida con su ojo nublado brillante bajo la luz del sol. Pequeña Azul sabía que no podía ver por ese ojo, pero podía oír tan bien que era imposible acercarse sigilosamente a ella. Pequeña Azul y Pequeña Nevada lo habían intentado varias veces.

—¡Golpe de suerte! —replicó Zarpa Moteada—. ¡Pequeño Centón podría hacerlo mejor!

¿Dónde estaba Pequeño Centón? Pequeña Azul escudriñó el claro. «*¡Allí!*». Pequeña Leoparda y Pequeño Centón estaban agazapados afuera de la guarida de los guerreros, mirándose como si estuvieran planeando algo. ¿Qué estaban tramando?

—¡Ya estoy bastante limpia!

La atención de Pequeña Azul regresó a su hermana cuando Pequeña Nevada se escabulló de la lengua de su madre.

Flor de Luna se sentó de nuevo.

—Estás preciosa.

Pequeña Nevada resopló y se revolvió el pelaje húmedo alrededor de las orejas con la pata. Pequeña Azul hinchó el pecho y alineó las patas con elegancia delante de ella. «*¡Por favor, que Cola de Tormenta esté orgulloso de mí!*». Flor de Luna les había contado una y otra vez el gran guerrero que era su padre, cómo era valiente y bueno en la lucha, y uno de los mejores cazadores del Clan del Trueno. «*Espero llegar a ser como él*».

—¿Por qué Cola de Tormenta no pudo venir a la maternidad a vernos? —Pequeña Nevada gimió—. Fauces de Víbora siempre viene a la maternidad a ver a Pequeño Centón y a Pequeña Leoparda. Les trajo un ratón la última vez.

—Su padre vino a verlas tan pronto como nacieron —Flor de Luna enganchó su pata alrededor de la cola ondulante de Pequeña Nevada y la envolvió limpiamente sobre sus patas—. Es un guerrero muy importante. No tiene tiempo para traerles dulces. —Dio un paso atrás y miró a sus cachorras una vez más—. Además, aún no son lo suficientemente grandes como para comer ratones.

Pequeña Azul apretó los ojos y miró el sol. Estaba casi en lo alto. Cola de Tormenta llegaría pronto. Se giró para ver la barrera de aulagas. Sabía que la patrulla de guerreros pasaría por el hueco del medio. Pequeño Centón le había hablado de la vida del Clan, de las patrullas de caza y de las patrullas fronterizas. Le había explicado cómo un guerrero caza primero para el Clan y solo después para sí mismo. Pequeña Azul estaba decidida a asegurarse siempre de que su Clan estuviera bien alimentado, aunque tuviera que pasar hambre para ello.

Flor de Luna se puso rígida, su nariz se movía.

—¡Está aquí!

—¿Dónde? —Pequeña Nevada se levantó de un salto y giró, rociando polvo sobre el pelaje de Pequeña Azul.

—¡Siéntense! —ordenó Flor de Luna.

Cuando Pequeña Nevada se sentó rápidamente y envolvió su cola sobre sus patas, vio que la barrera de aulagas temblaba. Un atigrado marrón oscuro atravesó la entrada con un tordo en sus fauces, seguido de una gata atigrada clara.

—¿Quién es esa? —Pequeña Azul estaba impresionada por los dos campañoles que colgaban de las mandíbulas de la atigrada.

—El gato es Manto de Gorrión, y la gata es Cola Pintada —Flor de Luna aguzó las orejas—. ¡Ahí está!

Un gran gato gris siguió a Cola Pintada al campamento. Sus hombros rozaban las aulagas, haciendo temblar las espinas. Tenía la cabeza ancha y la barbilla alta, y sus ojos azules brillaban como estrellas. En sus mandíbulas estaba la ardilla más grande que Pequeña Azul jamás había visto.

—¡Mira lo que nos ha traído para jugar! —jadeó Pequeña Nevada.

—¡Eso no es para nosotras, tonta! —Pequeña Azul susurró, recordando lo que le había dicho Pequeño Centón—. Es para todo el Clan.

—Y nos lo comeremos, no jugaremos con él —añadió Flor de Luna con severidad.

Los hombros de Pequeña Nevada se desplomaron al ver que su padre seguía a su patrulla hasta la pila de carne fresca y depositaba la ardilla junto a las demás presas. Luego se volvió y miró el campamento a su alrededor.

—¡Siéntense derechas! —siseó Flor de Luna.

Pequeña Azul pensó que si se sentaba más derecha se caería de espaldas, pero se mantuvo tan rígida como pudo hasta que la mirada de Cola de Tormenta llegó a ellas.

Un ronroneo retumbó en la garganta de su madre.

—Cola de Tormenta —Flor de Luna le hizo un gesto hacia Pequeña Nevada y Pequeña Azul con su cola—. Ven a conocer a tus cachorras.

Cola de Tormenta caminó hacia ellas y se detuvo.

—Se ven mejor con los ojos abiertos —comentó. Su maullido retumbó tan profundamente que sonó más como un gruñido.

—¿Lo ves? —Flor de Luna preguntó—. Las dos tienen los ojos azules como tú.

«*¡Sí!*». Pequeña Azul estiró más los ojos para que su padre pudiera admirarlos, pero apenas pareció mirarla antes de volverse hacia Flor de Luna.

—Parece que serán buenas guerreras.

—Por supuesto que lo serán —ronroneó Flor de Luna—. Son hijas tuyas.

Pequeña Azul dio un paso adelante.

—¿Fue difícil atrapar esa ardilla? —quería que Cola de Tormenta la mirara de nuevo. Él podría notar lo mucho que su pelaje se parecía al suyo.

Él la miró y parpadeó.

—Las ardillas gordas son fáciles de atrapar.

—¿Nos enseñarás a atrapar ardillas? —preguntó Pequeña Nevada, con su cola levantando el polvo detrás de ella.

—Sus mentores les enseñarán —Cola de Tormenta respondió—. Espero que Estrella de Pino les elija bien.

¿A quién elegiría? Cuando la mirada de Pequeña Azul se dirigió a la guarida de los guerreros, las ramas se estremecieron y Fauces de Víbora salió caminando. Con maullidos de alegría, Pequeña Leoparda y Pequeño Centón se abalanzaron sobre él. Pequeña Leoparda se aferró a la cola de su padre, mientras que Pequeño Centón se posó sobre sus hombros. Fauces de Víbora se tambaleó y, con un exagerado gruñido de sorpresa, se desplomó dramáticamente en el suelo. Pequeño Centón y Pequeña Leoparda saltaron sobre su vientre, chillando, pero Fauces de Víbora los sacó de allí con un ronroneo y los ahuyentó detrás de la guarida. Cola de Tormenta miró hacia la conmoción, con las orejas agitadas. Pequeña Azul pensó que tal vez se imaginaba jugando con sus propias cachorras de esa manera una vez que las conociera mejor.

—Estrella de Pino me pidió que compartiera una presa con él —Cola de Tormenta le dijo a Flor de Luna.

Pequeña Azul parpadeó.

—¿Ahora? —«*¿Ya se va?*».—. ¿Podemos ir contigo?

La mirada de Cola de Tormenta se dirigió hacia ella, y la gatita se estremeció al ver la mezcla de alarma e incomodidad en sus ojos. «*¿No le gustamos?*».

—Los cachorros deberían quedarse cerca de la maternidad —murmuró.

El corazón de Pequeña Azul se hundió cuando se dio la vuelta para alejarse, pero se llenó de esperanza cuando se detuvo y miró por encima del hombro. «*¿Habrá cambiado de opinión?*».

—Manto de Piedra me dijo que lo despertaste ayer —gruñó—. No te metas en la guarida de los guerreros. —Giró la cabeza y se marchó.

Pequeña Azul se quedó mirando detrás de él, hueca de decepción.

Flor de Luna alisó su cola a lo largo del flanco erizado de Pequeña Azul.

—Cola de Tormenta solo te estaba aconsejando —maulló—. Para que lo sepas la próxima vez.

Pequeña Azul se miró las patas, deseando no haber cometido un error tan estúpido.

Pequeña Nevada estaba saltando alrededor de su madre.

—Por *supuesto* que lo sabremos la próxima vez. ¿Cree que tenemos cerebro de ratón? —se detuvo y parpadeó—. Él debe ser un guerrero muy, muy importante si Estrella de Pino quiere compartir una presa con él.

—Lo es —Flor de Luna observó cómo Cola de Tormenta recogía la ardilla que había cazado y se la llevaba al líder del Clan del Trueno. Luego miró a Pequeña Azul, con ojos cálidos—. Probablemente tendrá más tiempo luego.

Pequeña Azul levantó la barbilla.

—¡Dijo que seríamos buenas guerreras! —jurando en secreto que le daría la razón, apartó la sensación de vacío en la boca de su estómago.

—¡Flor de Luna! —un maullido de saludo sorprendió a Pequeña Azul. Se giró para ver a un gato gris moteado con ojos azules claros que salía de un túnel de helechos—. ¿El gran guerrero conoció a sus cachorras?

Flor de Luna entrecerró los ojos.

—Por supuesto.

Los ojos de Pequeña Nevada se iluminaron.

—¿Eres Pluma de Ganso?

—¿Cómo lo adivinaste?

—Esa es la guarida de los curanderos, ¿no es así? —Pequeña Nevada señaló con su nariz el túnel de helechos—. Así que debes serlo.

El gato se sentó.

—¿Cómo sabes que no estaba *visitando* a Pluma de Ganso? —olfateó.

—¡Entonces te habríamos visto entrar! —Pequeña Nevada le respondió—. Llevamos *mucho* tiempo sentadas aquí.

—¿En serio? —Pluma de Ganso miró a Flor de Luna.

Flor de Luna movió la cola.

Pequeña Azul olfateó al curandero.

—Hueles como Bigotes Plumosos —el sabor de las plantas extrañas se aferró a su pelaje junto con el olor de musgo mohoso—. Dice que conoces el nombre de todas las hierbas del bosque.

—Las sé —Pluma de Ganso comenzó a lavarse la cara.

Pequeña Nevada la empujó.

—*Patas Susurrantes* dice que…

—No nos preocupemos por lo que diga Patas Susurrantes —Flor de Luna silenció a su hija.

Pluma de Ganso dejó de lavarse, con los ojos brillantes.

—Siempre tengo curiosidad por cualquier cosa que Patas Susurrantes tenga que decir.

Pequeña Azul zigzagueó en torno a su hermana, pasando su cola por la boca de Pequeña Nevada.

—Dice que sales a recoger hierbas casi todos los días —maulló.

Un ronroneo retumbó en la garganta de Pluma de Ganso.

—Esta es inteligente.

—¡Yo también lo soy! —insistió Pequeña Nevada.

—¡Por supuesto! —los bigotes de Pluma de Ganso se movieron—. Son hijas de Flor de Luna, y ella es la gata más inteligente que conozco —su mirada se dirigió brevemente a Cola de Tormenta—. Sobre la *mayoría* de las cosas, al menos. —Rodó sobre su espalda y comenzó a frotar sus hombros contra la cálida y áspera tierra—. Es bueno ver la estación de la hoja nueva otra vez.

A Pequeña Azul le gustaba este gato. Era divertido y amistoso. Se alegró de que fueran parientes.

—¿Qué más haces? —preguntó Pequeña Nevada con entusiasmo.

Pluma de Ganso se sentó y se alisó los bigotes con una pata.

—¿Aparte de mantener sano a todo el Clan?

Pequeña Azul escuchó a su madre suspirar. ¿No estaba orgullosa de su hermano?

—Interpreto las señales del Clan Estelar —Pluma de Ganso continuó.

Pequeña Azul aguzó las orejas.

—¿Qué tipo de señales?

Pluma de Ganso se encogió de hombros.

—Las nubes, por ejemplo.

Pequeña Azul apretó los ojos y miró hacia arriba. El cielo azul brillante estaba rodeado de árboles y salpicado de suaves nubes blancas que se desplazaban rápidamente por encima.

Pluma de Ganso se aclaró la garganta.

—Puedo saber con solo mirarlas que el Clan Estelar ve cachorros que se apresuran a convertirse en “zarpas”.

Un gato atigrado moteado, que pasaba caminando, miró de reojo al curandero.

Pluma de Ganso asintió al gato.

—Hola, Fauces de Víbora.

—¿*Otra* profecía? —Fauces de Víbora maulló con fuerza.

Pequeña Azul parpadeó ante el guerrero. ¿No creía en las profecías?

Pequeña Nevada apenas podía mantener sus patas quietas.

—¿Cachorros convirtiéndose en “zarpas”? ¿Se refiere a nosotras?

—Podría ser —maulló Pluma de Ganso.

Fauces de Víbora resopló mientras se alejaba.

Pequeña Azul inclinó la cabeza.

—¿Cómo sabes que el Clan Estelar envía el mensaje a *ti* y no a otro Clan?

—Viene con la experiencia —Pluma de Ganso giró su hocico hacia el túnel de helechos—. ¿Quieren ver la guarida de curandería?

Pequeña Azul arrancó el suelo.

—¡Oh, sí, por favor! —era la única parte del campamento que aún no había visto.

—¡Flor de Luna! Estrella de Pino llamó a la reina.

—¡Ya voy! —la gata miró a Pluma de Ganso con incertidumbre—. ¿Puedes manejar a estas dos por ti mismo por un momento?

«*¡No necesitamos que nos manejen!*», pensó Pequeña Azul indignada.

—Por supuesto —maulló Pluma de Ganso.

Mientras Flor de Luna se alejaba para reunirse con Cola de Tormenta y Estrella de Pino, Pluma de Ganso guió a Pequeña Azul y Pequeña Nevada a través del fresco túnel verde de helechos hasta un claro de hierba con un pequeño estanque en uno de sus bordes. El aroma de las hierbas llenaba el aire, y el pasto estaba salpicado de trozos de hojas que Pequeña Azul no reconocía. Los helechos se cerraban por todos lados, excepto por uno en el que había una roca alta, dividida en el medio por una grieta lo suficientemente ancha como para que un gato hiciera su guarida dentro.

Un maullido graznante salió de una abertura en los helechos.

—Orejitas se está recuperando de una mordedura de víbora —explicó Pluma de Ganso mientras se acercaba al paciente escondido dentro de las suaves paredes verdes—. Por suerte fue una víbora pequeña, pero pasarán uno o dos días más antes de que el veneno salga de su organismo —desapareció entre los helechos—. No tardaré mucho.

—Vamos —susurró Pequeña Nevada, sacudiendo un trozo de hoja suelto de su pata—. Vamos a mirar dentro de esa roca.

Pequeña Azul dudó. Cola de Tormenta le acababa de decir que no explorara lugares que no le correspondían.

—Está bien —Pequeña Nevada animó—. Pluma de Ganso nos *pidió* que viniéramos a ver su guarida.

Pequeña Azul miró los tallos temblorosos donde el curandero había desaparecido.

—*Supongo* —trotó tras Pequeña Nevada hacia la oscura abertura en la roca.

—Yo iré primero —el pelaje blanco de Pequeña Nevada fue tragado por la sombra mientras desaparecía en la guarida.

Pequeña Azul la siguió, parpadeando contra la repentina oscuridad. Los olores penetrantes llenaron instantáneamente su nariz y su boca.

—¡Mira todas estas hierbas! —chilló Pequeña Nevada.

Pequeña Azul abrió mucho los ojos, adaptándose a la escasa luz que se filtraba desde la entrada, hasta que vio a Pequeña Nevada olfateando entre los montones de hojas y semillas que había en la pared de la guarida.

Pequeña Nevada sacó una hoja de color verde oscuro.

—Me pregunto para qué servirá esto.

Pequeña Azul la olfateó con cautela, arrugando la nariz por el olor agrio.

—Apuesto a que no te la comerías —incitó Pequeña Nevada.

Pequeña Azul dio un paso atrás, parpadeando.

—¡Ratona miedosa!

—¡No soy una ratona miedosa! —«*Cualquier cosa menos eso…*».—. ¡Está bien, me la comeré! —Inclinándose, mordió la hoja. La sintió peluda en su lengua y su sabor era tan amargo que le provocó arcadas. La escupió y se lamió las patas para quitarse el sabor—. ¡Qué asco!

Pequeña Nevada resopló de risa.

—¡Muy bien, sabelotodo! Tu turno —enojada, Pequeña Azul rozó con su pata un montón de pequeñas semillas negras, enviándolas por el suelo de la guarida—. Prueba una de esas.

—¡Bien! —Pequeña Nevada agachó la cabeza y sorbió dos de las semillas, las tragó y se lamió los labios—. ¡Delicioso! —anunció, con los ojos brillantes.

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —el chillido de Flor de Luna hizo saltar a las dos cachorras. La reina agarró a Pequeña Azul por el pescuezo y la arrojó al claro de hierba. Luego arrastró a Pequeña Nevada tras ella—. ¿Comieron algo ahí dentro? —preguntó Flor de Luna, con los ojos desorbitados por el pánico.

Pequeña Azul la miró fijamente, con las palabras atascadas en su garganta.

—¿Lo *hicieron*? —gruñó Flor de Luna.

—E-escupí lo mío —tartamudeó Pequeña Azul. Miró nerviosa a Pequeña Nevada cuando la mirada de Flor de Luna se dirigió a su hermana.

—¿Y tú?

Pequeña Nevada se miró las patas.

—Me tragué algo —murmuró.

—¡Pluma de Ganso!

El gato curandero asomó la cabeza del lecho de Orejitas.

—¿Qué?

—¡Las cachorras estaban en tu guarida, y Pequeña Nevada se tragó algo!

Pluma de Ganso parpadeó. Saltó del lecho de helechos y se apresuró a cruzar la hierba.

—¡Averigua qué era! —escupió Flor de Luna.

Pero Pluma de Ganso ya estaba en su guarida. Salió corriendo un momento después.

—Parece que han estado en las semillas de adormidera —maulló.

Pequeña Azul agachó la cabeza. Nunca debió retar a Pequeña Nevada.

—¿Cuántas te tragaste? —instó Pluma de Ganso, con los ojos redondos y oscuros.

—Dos —maulló Pequeña Nevada en voz muy baja.

Pluma de Ganso se sentó con un suspiro.

—Estará bien —respiró—. Solo la hará dormir.

—¿Solo la hará dormir? —el pelaje de Flor de Luna estaba erizado—. ¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro —dijo Pluma de Ganso—. Llévala de vuelta a la maternidad y deja que duerma.

—¿No quieres mantenerla aquí para poder vigilarla? —Flor de Luna incitó, moviendo la cola.

—Probablemente harás un mejor trabajo vigilándola que yo —maulló Pluma de Ganso—. Tengo que vigilar a Orejitas.

Flor de Luna resopló.

—Vamos —le dio un empujón a Pequeña Nevada hacia el túnel de helechos.

Pequeña Azul se apresuró a seguirla.

—¡Estará bien! —Pluma de Ganso llamó tras ella.

—Más vale que lo esté —murmuró Flor de Luna en voz baja.

Mientras Flor de Luna las llevaba por el claro, Pequeña Azul era terriblemente consciente del miedo y la ira que crepitaban en el pelo de su madre.

—¡Gato estúpido! —murmuró la reina—. ¡¿Cómo en el nombre del Clan Estelar se convirtió en un curandero en primer lugar?!

La culpa se retorcía en el vientre de Pequeña Azul. Ella había desafiado a Pequeña Nevada a comer las semillas de adormidera.

—¡No vuelvan a entrar en la guarida de un curandero! —regañó Flor de Luna—. ¡De hecho, manténganse lejos del claro de curandería por completo!

—Pero ¿y si…? —comenzó Pequeña Azul.

—¡No discutas! —cuando llegaron a la maternidad, Flor de Luna agarró a Pequeña Nevada por el pescuezo y la metió por la entrada.

Pequeña Azul corrió detrás de su hermana antes de que Flor de Luna pudiera hacer lo mismo con ella. ¿Por qué estaba su madre tan enojada con Pluma de Ganso? ¡Fue Pequeña Nevada quien se comió las semillas de adormidera! «*Yo la reté*». Pequeña Azul se sentó en el borde de su lecho, con el pelaje erizado por la alarma, mientras Pequeña Nevada se acurrucaba en el musgo. Los ojos de su hermana ya tenían una mirada vidriosa y somnolienta.

Flor de Luna se echó y empezó a acariciar el pelaje de Pequeña Nevada.

Brisa Veloz se removió en su lecho.

—¿Qué pasa?

—¡Pluma de Ganso dejó que Pequeña Nevada comiera semillas de adormidera! —los ojos de Flor de Luna estaban oscuros de preocupación.

Amapola del Amanecer se sentó.

—¿Que hizo *qué*?

Pequeña Azul se sintió acalorada por la vergüenza. No era culpa de Pluma de Ganso. Si alguien tenía la culpa, era ella.

—Pluma de Ganso ni siquiera sabía que estábamos en su guarida —señaló.

—Debería haberlo sabido. Debería haberles avisado —Flor de Luna olfateó a Pequeña Nevada, que ya estaba profundamente dormida—. Imagina darle la espalda a dos cachorras pequeñas con todas esas hierbas alrededor.

—Es una pena que Bigotes Plumosos no estuviera allí —añadió Brisa Veloz—. Les habría echado un ojo.

Flor de Luna comenzó a lavar a Pequeña Nevada de nuevo, esta vez con más suavidad. Pequeña Azul podía oler el miedo en el manto de su madre. Su propio pelaje se erizó.

—No morirá, ¿verdad?

Amapola del Amanecer salió de su lecho y presionó su hocico contra la mejilla de Pequeña Azul.

—No te preocupes, pequeña —la reina miró a Flor de Luna—. ¿Cuántos comió? —susurró.

—Dos.

Amapola del Amanecer suspiró.

—Estará bien después de un buen sueño —prometió.

«*Por favor, Clan Estelar, deja que esté bien*». La cola de Pequeña Azul tembló. El sentimiento de culpa la recorrió mientras se agachaba rígidamente en el borde del lecho.

—No te preocupes, Pequeña Azul —Flor de Luna la atrajo hacia el musgo con su cola—. Yo la cuidaré. Tú duerme.

Pequeña Azul cerró los ojos, pero no podía imaginarse dormir hasta saber que Pequeña Nevada estaba bien. «*¡Nunca dejaré que vuelva a entrar en la guarida de Pluma de Ganso!*».

* * *

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan bajo la Peña Alta!

La llamada de Estrella de Pino despertó a Pequeña Azul. Se puso de pie, emocionada. ¡Una reunión del Clan! Entonces se acordó de Pequeña Nevada y se puso rígida. Casi sin atreverse a respirar, olfateó a su hermana. Olía bien. Y roncaba suavemente.

La lengua de Flor de Luna rozó la oreja de Pequeña Azul.

—No te preocupes —susurró—. Ella está bien. —Flor de Luna tenía los ojos vidriosos, como si no hubiera dormido nada—. La he estado controlando. —La reina dio un suave empujón al pequeño bulto blanco—. Pequeña Nevada.

Pequeña Nevada gruñó y envolvió su pata con fuerza sobre su hocico.

—¡No me despiertes *otra vez*! ¡Me has estado pinchando toda la noche!

Pequeña Azul sintió una ráfaga de alivio. Pequeña Nevada estaba bien. Se acurrucó contra la mejilla de Flor de Luna y ronroneó.

Amapola del Amanecer estaba estirando las patas delanteras y bostezando.

—¿Cómo está Pequeña Nevada?

—Está bien —Flor de Luna maulló.

—No volverá a hacer eso —Amapola del Amanecer se levantó de su lecho—. ¿Vienes a la reunión?

Los ojos de Pequeña Nevada se abrieron de golpe y se levantó de un salto.

—¡Hay una *reunión*!

Pequeña Azul suspiró aliviada. Su hermana parecía tan inquieta que las semillas de adormidera debían haber desaparecido, como había dicho Pluma de Ganso.

—¿Podemos ir? —maulló ella.

Flor de Luna asintió con cansancio.

—Si se portan bien.

—¡Lo haremos! —prometió Pequeña Azul.

Flor de Luna se puso lentamente de pie y caminó hacia la entrada de la guarida.

—¿Dónde está Brisa Veloz? —Pequeña Nevada se preguntó.

Pequeña Azul vio que el lecho de Brisa Veloz estaba vacío.

—Pequeña Leoparda y Pequeño Centón también se han ido.

—Supongo que ya están en el claro —dijo Flor de Luna por encima de su hombro mientras se colaba por el hueco entre las zarzas.

Pequeña Azul salió corriendo detrás de su madre. El sol de la mañana se filtraba suavemente entre los árboles que rodeaban el campamento. Los gatos del Clan llenaban el claro, murmurando con entusiasmo mientras Estrella de Pino los miraba desde la Peña Alta. Pluma de Ganso estaba sentado en la entrada del túnel de helechos mientras Bigotes Plumosos se movía entre Leonino y Manto de Gorrión. Manto Borroso y Ala de Petirrojo se sentaron a la sombra de la Peña Alta. Pequeña Azul vio a Cola de Tormenta charlando con Vuelo de Viento. Intentó llamar la atención de su padre, pero éste estaba sumido en una conversación con el guerrero atigrado gris. La maraña de ramas alrededor del árbol caído tembló cuando Patas Susurrantes, Bigotes de Hierba y Canto de Alondra salieron.

—Deprisa —susurró Flor de Luna. Empujó a Pequeña Azul y a Pequeña Nevada por delante de Zarpa Moteada y Zarpa Blanca, que se disputaban la mejor posición en el tocón del árbol—. Aquí —Flor de Luna se sentó detrás de Cola Pintada y Manto de Piedra—. Ahora siéntense quietas y no digan nada.

Manto de Piedra las miró por encima de su hombro.

—Vienen a ver su primera reunión de Clan, ¿eh?

Pequeña Azul asintió, aliviada de ver calidez en la mirada del guerrero, y luego miró a su madre.

—¿Estás segura de que está bien que estemos aquí? —susurró—. No somos lo suficientemente mayores como para atrapar nuestras propias presas.

Flor de Luna asintió.

—Siempre que estén tranquilas. —Se volvió hacia Manto de Piedra—. ¿Sabes de qué trata la reunión?

Cola Pintada se dio la vuelta, respondiendo antes de que Manto de Piedra pudiera hablar.

—Creo que Estrella de Pino tiene algo planeado para dos de nuestros cachorros.

Un frío pavor pesó de repente en la boca del estómago de Pequeña Azul. Quizá Estrella de Pino iba a regañarlas a ella y a Pequeña Nevada por meter las narices donde no debían. Miró a su hermana, con el miedo erizando su pelaje, y luego miró a Estrella de Pino. Pero la mirada del líder del Clan del Trueno estaba fija en *otros* dos cachorros. Pequeña Leoparda y Pequeño Centón estaban sentados bajo la Peña Alta. El Clan se había retirado, dejando un espacio vacío a su alrededor. ¿Estaban *ellos* en problemas? Brisa Veloz se sentó junto a Fauces de Víbora en el borde del claro. No podían tener problemas. Los ojos de Brisa Veloz brillaron con orgullo y el pecho de Fauces de Víbora estaba inclinado hacia adelante, con la barbilla en alto, mientras Estrella de Pino se dirigía al Clan.

—La estación de la hoja nueva trae consigo nuevas esperanzas y calor. Y lo que es más importante, trae nuevos cachorros —el gato marrón rojizo se estiró ligeramente, mirando por encima del Clan hacia Pequeña Nevada y Pequeña Azul—. Me gustaría dar la bienvenida a las cachorras de Flor de Luna y Cola de Tormenta al Clan del Trueno. Son un poco jóvenes para una reunión del Clan…

Pequeña Azul se puso tensa.

—…pero me alegra que estén aquí para ver una ceremonia que algún día experimentarán.

El corazón de Pequeña Azul se aceleró de emoción cuando el Clan miró hacia ella y a Pequeña Nevada.

—Pequeña Leoparda y Pequeño Centón —Estrella de Pino llamó su atención una vez más, y todos los ojos se fijaron en los dos jóvenes gatos bajo la Peña Alta—. Han estado con nosotros durante seis lunas y han aprendido lo que es ser un gato del Clan del Trueno. Hoy es el día en que comenzarán a aprender lo que es ser un guerrero del Clan del Trueno.

Los maullidos de aprobación se extendieron por la multitud mientras Estrella de Pino continuó.

—¡Pequeña Leoparda!

Cuando su nombre fue llamado, Pequeña Leoparda dio un paso adelante, sus ojos se alzaron hacia donde Estrella de Pino estaba de pie en el borde de la Peña Alta.

—A partir de este día, serás conocida como Zarpa de Leoparda. —Estrella de Pino dirigió su mirada hacia Ala de Petirrojo—. Tú la entrenarás, Ala de Petirrojo. Patas Susurrantes fue tu mentor, y espero que le transmitas las buenas habilidades de caza que te enseñó.

Ala de Petirrojo bajó la cabeza y se adelantó para ponerse al lado de su nueva aprendiza.

—Pequeño Centón —continuó Estrella de Pino—, ya veo el valor de tu padre brillando en tus ojos. A partir de ahora te llamarás Zarpa de Centón, y te doy a Manto Borroso como tu mentor. Escúchalo con atención porque, aunque es joven, es lo suficientemente inteligente como para enseñarte a usar tu coraje con sabiduría.

Murmullos complacidos se extendieron por el Clan.

—¡Zarpa de Leoparda! —el orgulloso maullido de Brisa Veloz resonó en la Peña Alta—. ¡Zarpa de Centón!

Zarpa Moteada saltó del tocón del árbol y se abrió paso entre la multitud, Zarpa Blanca la siguió.

—Ya les hicimos un lecho a cada uno —maulló Zarpa Moteada a los nuevos aprendices.

—Usando algo de *mi* musgo —señaló Zarpa Blanca.

Pequeña Azul sintió una punzada. Estaba perdiendo a sus compañeros de guarida.

—¿Brisa Veloz no los extrañará? —preguntó a Flor de Luna.

—Sí —los ojos de su madre estaban vidriosos, pero no de cansancio esta vez—. Vamos —maulló roncamente. Rodeó a sus dos cachorras con su cola y comenzó a llevarlas de vuelta a la maternidad—. ¿No podemos felicitar a Zarpa de Centón y a Zarpa de Leoparda? —preguntó Pequeña Azul, clavando sus garras en la suave tierra.

Flor de Luna la empujó hacia delante con su hocico.

—Están ocupados con sus nuevas compañeras de guarida.

—Pronto *nosotras* seremos sus compañeras de guarida —maulló Pequeña Nevada con entusiasmo.

Las orejas de Flor de Luna se movieron.

—¡Hasta dentro de seis lunas no! ¡Y solo si has aprendido a no comer semillas de adormidera para entonces!



Capítulo 3

En lo más profundo de un sueño, Pequeña Azul se abalanzó sobre una mariposa, arrancándola del aire. Cuando la inmovilizó en el suelo, sus alas le hicieron cosquillas en la nariz. Curiosa por verla volar, la dejó revolotear en el aire. Se alejó hacia el cielo, fuera de su alcance, pero algo seguía haciéndole cosquillas en la nariz. Estornudó y se despertó. Una cola corta y esponjosa se había desviado del lecho de Amapola del Amanecer y se movía contra el hocico de Pequeña Azul. Ella la apartó con un zarpazo, malhumorada. El peso de Pequeña Nevada estaba presionado contra su manto, haciéndola sentir caliente y aplastada. Pequeña Azul y Pequeña Nevada ya no eran las gatas más pequeñas de la maternidad. Cuatro lunas atrás, Amapola del Amanecer había tenido a sus cachorros: dos hembras y un macho, llamados Pequeña Dulce, Pequeña Rosal y Pequeño Cardo. Pequeña Azul había sugerido el nombre de Pequeño Cardo porque tenía un pelaje gris y blanco que sobresalía por todas partes. Por suerte, era mucho más suave que un cardo de verdad. Pequeña Nevada había llamado a Pequeña Rosal por el color rosado anaranjado de su cola. Y Pequeña Dulce, que era blanca con manchas carey, se llamaba así por la madre de Estrella de Pino, Brezo Dulce.

Al principio había sido divertido tener más cachorros con los que jugar, pero ahora Pequeña Azul sentía que apenas tenía espacio para estirarse. Incluso con Flor de Luna durmiendo en la guarida de los guerreros la mayoría de las noches, la maternidad se sentía muy llena. Pequeño Cardo, Pequeña Dulce y Pequeña Rosal crecían rápidamente y

siempre se desbordaban del lecho de Amapola del Amanecer. Para aumentar el desorden, Cola Pintada había dado a luz hacía dos lunas, y Pequeña Dorada y Pequeño León apenas dejaban de retorcerse y maullar. Ahora estaban tranquilos, pero cuando Pequeña Azul volvió a cerrar los ojos, Amapola del Amanecer gruñó en sueños y, separándose de Pequeña Rosal y Pequeña Dulce, se dio la vuelta con un suspiro. Pequeño Cardo rodó tras ella, apoyó la barbilla en el costado de su madre y empezó a roncar con fuerza. «*¿Qué sentido tiene seguir intentando dormir?*».

Pequeña Azul se puso de pie y se estiró, y un escalofrío recorrió su larga y elegante cola. Con la caída de la hoja habían llegado las mañanas frías, y aunque la maternidad era acogedora, delgadas corrientes de aire frío se colaban por las paredes de zarzas. Miró el lecho de Cola Pintada, envidiando el grueso pelaje de Pequeño León, que se erizaba alrededor de su cuello como una melena. Pequeña Dorada, cuyo pelaje rojizo claro y liso la hacía parecer mucho más pequeña que su hermano, se agitó a su lado y se apretó más a su madre.

Intentando no despertar a nadie, Pequeña Azul salió a toda prisa de la maternidad. En secreto, disfrutaba de la mañana para ella sola, cuando el campamento estaba tranquilo. El cielo antes del amanecer se extendía sobre ella, suave y gris como el ala de una tórtola. Reconoció los olores de Manto de Gorrión, Vuelo de Viento y Fauces de Víbora, aún frescos en el aire. Debían de haber salido en la patrulla del alba. Las crujientes hojas marrones bajaron de los árboles y se posaron suavemente en el frío claro. Apretó las patas contra el suelo, reprimiendo el impulso de saltar y atrapar una mientras caía. Eso era lo que hacían los *cachorros*; ella era casi una aprendiza.

Pequeña Azul respiró profundamente y abrió la boca para dejar que el aroma del bosque le llegara al paladar. El bosque olía a moho, a podredumbre, y desprendía su fragancia como la de una presa recién asesinada. Se le hizo la boca agua. Ansiaba estar entre los árboles más allá de la barrera de aulagas. Acercándose a ella, olfateó los tentadores olores que se colaban por la entrada. Estiró su hocico hacia adelante, tratando de mirar a través del túnel y preguntándose qué había en las sombras más allá.

—¿Quieres salir?

La voz de Caída del Sol la hizo saltar, y se giró culpable.

—Solo estaba mirando —maulló.

—Te llevaré, si quieres —ofreció el lugarteniente del Clan del Trueno.

Pequeña Azul parpadeó.

—¿Y Estrella de Pino? ¿No se enojará?

—No si estás conmigo

—¿Debería ir a buscar a Pequeña Nevada? —Pequeña Azul maulló—. Apuesto que también querría venir.

—Deja que Pequeña Nevada duerma —le dijo suavemente Caída del Sol mientras se alejaba por el túnel.

Sin aliento por la emoción, Pequeña Azul le siguió, sintiendo que su cola rozaba las aulagas y el suelo bajo sus patas, suave por tantas pisadas. Cuando salió al otro lado de la barrera, los olores del bosque inundaron su nariz y su boca. Hojas, tierra, musgo, sabores de presa tan ricos que podía saborearlos en su lengua. Un viento agitó sus bigotes; sin los olores familiares del campamento, olía extraño y salvaje. Alrededor de Pequeña Azul, las ricas tonalidades de la caída de la hoja moteaban el bosque como un manto carey. Los arbustos se amontonaban en el suelo del bosque, como sombras en la luz temprana.

Caída del Sol la condujo por un sendero bien transitado hacia el pie de una pendiente tan empinada que Pequeña Azul tuvo que estirar el cuello para ver la cima.

—Estamos en el corazón del territorio del Clan del Trueno. —Miró hacia arriba—. Pero allí arriba, en la cima del barranco, el bosque se extiende hasta nuestras fronteras por todos lados.

Pequeña Azul parpadeó.

—¿Suben ahí arriba? —buscó en la ladera, tratando de averiguar qué ruta utilizaban sus compañeros de Clan para encontrar su camino entre las rocas y los arbustos que sobresalían por encima de ellos.

—Este es el camino más fácil —Caída del Sol se dirigió a un hueco entre dos enormes rocas donde la piedra y la tierra se habían derrumbado en una pendiente. Saltó ágilmente por ella y se subió a una de las rocas. Mirando a Pequeña Azul, maulló—: Inténtalo tú.

Pequeña Azul se acercó tímidamente a la parte inferior del desprendimiento de rocas. Fue fácil subir las primeras colas de distancia, pero la pendiente se empinó de repente y sus patas empezaron a resbalar en las piedras sueltas. Con el corazón acelerado, dio un salto desesperado hacia la roca donde Caída del Sol esperaba, apenas logrando subir junto a él. Sintiéndose poco digna, se sacudió el pelaje.

—Es más fácil con la práctica —Caída del Sol se dio la vuelta y la guió por un barranco fangoso que serpenteaba por la ladera. Se detuvo al pie de otra enorme roca.

Pequeña Azul se quedó mirando con horror. «*¿Espera que escale eso?*».

Caída del Sol miraba la superficie lisa de la roca, con los ojos entrecerrados.

—¿Puedes ver las abolladuras y los agarres donde podrías agarrarte?

Mientras Pequeña Azul escaneaba la roca, empezó a notar las grietas en la piedra: una hendidura en un lado que le daría algo contra lo que empujar, una grieta justo por encima de ella donde podría conseguir un agarre, una astilla útil en la roca más allá de eso. ¿Serían estas pequeñas grietas suficientes para permitirle trepar hasta la cima?

Esperó a que Caída del Sol la guiara, pero él le indicó que subiera con el hocico.

—Ve tú primero —maulló—. Estaré justo detrás en caso de que te resbales.

Pequeña Azul desenvainó sus garras. «*No resbalaré*».

Agazapada sobre sus patas, se preparó para saltar, con los ojos fijos en el primer saliente donde podría agarrarse. Temblando por el esfuerzo, saltó y enganchó una garra en el resquicio, impulsándose hacia arriba y empujando con sus patas traseras el desnivel de la roca. Se sorprendió al ver que ya estaba en la siguiente grieta, se agarró y volvió a empujar hacia arriba hasta que, por algún milagro, se encontró jadeando en la cima. Mirando hacia abajo, vio a Caída del Sol, que parecía pequeño en el suelo del bosque. ¿Realmente había saltado tan lejos con solo un par de agarres? Estaba a la altura de las copas de los árboles que rodeaban el campamento. Podía ver hasta las ramas altas donde las ardillas habían correteado y se burlaban de ella durante toda la estación de la hoja verde.

—¡Gran escalada! —Caída del Sol aterrizó silenciosamente en la roca a su lado—. ¿Por dónde crees que iremos ahora?

Pequeña Azul miró detrás de ella. Arbustos y árboles achaparrados sobresalían, sus raíces se enroscaban en el suelo rocoso para sujetarlos a la escarpada ladera. Divisó un camino empinado, pero bien trazado, que serpenteaba alrededor del tronco de un avellano retorcido.

—¡Por ahí! —maulló.

Sin esperar respuesta, se apresuró a seguir el sendero, que se empinaba, volvía sobre sí mismo y empezaba a serpentear entre las rocas que tachonaban la cresta del barranco. Ya casi había llegado a la cima. El bosque estaba a unas pocas colas de distancia. De repente, sus patas resbalaron. El pánico la recorrió como un rayo cuando la tierra bajo sus garras se desmoronó y cayó hacia atrás, deslizándose y patinando sobre su vientre por el sendero. Tratando de agarrarse, lanzó un gemido.

Algo suave amortiguó su caída.

—¡Te tengo! —Caída del Sol se escurrió por debajo de ella y la agarró por el cuello para estabilizarla.

El corazón de Pequeña Azul se aceleró mientras se balanceaba sobre la empinada caída. Tanteó el suelo, con las piernas temblando, y Caída del Sol la soltó cuando recuperó el equilibrio.

—Lo siento —maulló—. No debería haber ido tan rápido.

Caída del Sol le acarició suavemente la oreja con su cola.

—Cuando seas más grande y tengas más fuerza en tus patas traseras, podrás ir por aquí. Por ahora, usemos ese camino.

Pequeña Azul siguió su mirada hacia un sendero pedregoso que ascendía entre un grupo de rocas más pequeñas. Ella lo siguió, dejando que los pasos de sus patas fueran detrás de los de él. A una cola de distancia de la cima, el camino terminaba en una pared escarpada de roca que se asomaba por encima de ellos. Pequeña Azul podía oler el fuerte aroma del bosque y ver las puntas de las ramas asomando por encima del borde del barranco.

De un salto, Caída del Sol saltó por encima del borde. Pequeña Azul respiró hondo y saltó, agarrando con sus patas delanteras la cima del acantilado cubierto de hierba, y comenzó a arrastrarse por el borde. Vio que Caída del Sol se inclinaba hacia delante y que sus dientes se dirigían a su pelaje.

—¡Puedo hacerlo! —resopló antes de que él pudiera agarrarla. Sus músculos ardían por el esfuerzo mientras se arrastraba por el borde y se dejaba caer en la suave hierba, jadeando.

—Bien hecho —la felicitó Caída del Sol.

Recuperando el aliento, Pequeña Azul miró hacia el barranco. El campamento apenas era visible bajo las copas de los árboles, y el claro aparecía como un pálido chapoteo más allá de las hojas castañas. Giró la cabeza para mirar el bosque. Los arbustos se amontonaban en los bordes y los árboles se extendían en las sombras. Las ramas crujían y se estremecían con el viento. Un emocionado escalofrío recorrió su manto.

—¿Es ahí donde las patrullas cazan todos los días? —susurró.

Caída del Sol asintió.

—Pronto irás con ellos.

«*¡Quiero ir con ellos ahora!*».

Caída del Sol se tensó de repente. Estaba mirando fijamente a los árboles, con los ojos redondos. Un momento después, oyeron el eco de unos pasos de zarpa golpeando inquietantemente desde lo más profundo del bosque. Se acercaron, haciendo crujir la maleza, hasta que Pequeña

Azul pudo distinguir las formas sombrías de los gatos que se precipitaban hacia ellos.

Se acercó a Caída del Sol.

—¿Quiénes son?

—La patrulla del alba —el maullido de Caída del Sol era tenso—. Algo está mal.

Manto de Gorrión salió disparado de un muro de helechos, con sus ojos amarillos ardiendo a través de la luz del amanecer. Se detuvo en el borde del barranco. Fauces de Víbora, Vuelo de Viento y Manto de Tordo se detuvieron pisándole los talones.

—¿Qué pasa? —preguntó Caída del Sol.

—¡El Clan del Viento ha estado robando nuestras presas! —siseó Manto de Gorrión—. Debemos decírselo a Estrella de Pino —se lanzó por el borde del barranco con el resto de su patrulla cerca.

—Volvamos al campamento —Caída del Sol se dio la vuelta y desapareció por el borde tras sus compañeros de Clan.

Pequeña Azul estaba temblando. ¿Significaba esto una batalla? Mientras deslizaba sus patas delanteras por el borde del acantilado, se detuvo. El sol se abría paso en el horizonte lejano, derramándose sobre el bosque y tiñendo de rosa las copas de los árboles. El orgullo y la emoción brotaron inesperadamente en su vientre. Este era *su* territorio, y su Clan estaba en problemas. Sabía con una certeza tan dura como la roca que arriesgaría cualquier cosa para ayudar a sus compañeros de Clan. Se deslizó y cayó por la empinada roca, se arrastró por la cara de la roca gigante y corrió por el camino hasta la pendiente rocosa del fondo. Estaba decidida a no quedarse atrás. Los otros guerreros habían desaparecido en el campamento cuando ella llegó al fondo, y se lanzó a través del túnel de aulagas, rezando por no haberse perdido nada. En el claro, Manto de Gorrión ya estaba compartiendo su historia con Estrella de Pino. El resto de los gatos del Clan, con los pelajes erizados, se reunían a su alrededor. Manto de Piedra y Cola de Tormenta se acercaban, grises como sombras, desde el parche de ortigas. Las ramas temblaban alrededor del árbol caído mientras Bigotes de Hierba se abría paso desde la guarida de los veteranos con Canto de Alondra y Patas Susurrantes. Ala de Petirrojo se paseaba frente a la maternidad, con las orejas erguidas. Cola Moteada, guerrera desde hacía solo una luna pero que ya actuaba como lugarteniente, pasó por delante de Zarpa de Centón, que venía caminando a duras penas desde la guarida de los aprendices.

—¡Quítate de en medio! ¡Esto es importante! —dijo—. ¡*Vamos*, Ojo Blanco!

Zarpa Blanca había recibido su nombre de guerrera al mismo tiempo que Zarpa Moteada. A Pequeña Azul le pareció cruel que Estrella de Pino le pusiera ese nombre por el ojo ciego y nublado que estropeaba su bonita cara, pero a Ojo Blanco nunca le había molestado, y ahora seguía a su compañera de guarida con su habitual aire imperturbable, encogiéndose de hombros en señal de disculpa al pasar junto a Zarpa de Centón.

—¡Pequeña Azul! —Flor de Luna llamó desde el túnel de helechos. Salió de las sombras, con los ojos redondos de preocupación—. ¡Te he estado buscando! ¿Has estado fuera? —su maullido fue agudo—. ¡Sabes que no debes salir del campamento!

Pequeña Azul quería explicar que Caída del Sol la había llevado, pero Pluma de Ganso y Bigotes Plumosos pasaron junto a la reina gris plateada, bloqueando su vista mientras se apresuraban a salir del claro de curandería.

Moviendo la cola, Brisa Veloz se puso delante de Pequeña Azul.

—¿Vienes?

Pequeña Azul asintió y la siguió. Hablaría con Flor de Luna más tarde. Los ojos de Estrella de Pino se estrecharon mientras hablaba con los guerreros de la patrulla.

—¿Dices que había *sangre* dentro de nuestra frontera?

Manto de Gorrión asintió.

—Sangre de ardilla. Y estaba fresca.

Pequeña Azul se sentó junto a Brisa Veloz.

—¿Habrá una batalla? —susurró.

Brisa Veloz movió la punta de su cola.

—Espero que no.

Pequeña Nevada se detuvo junto a ellas, con el pelaje erizado por la emoción.

—¡Imagínate si la hubiera!

Fauces de Víbora se paseaba delante del líder del Clan del Trueno.

—Los gatos del Clan del Viento deben haberla matado esta mañana y lo han llevado a través de los Cuatro Árboles a su propio territorio —gruñó.

—¿Estás seguro de que lo mató el Clan del Viento? —llamó Brisa Veloz.

—¡El olor del Clan del Viento estaba por todas partes! —informó Manto de Tordo. El joven guerrero parecía aterrorizado, con el pelaje erizado—. Nos estábamos ahogando en él.

Vuelo de Viento inclinó la cabeza hacia un lado.

—No había olor en los arbustos —maulló lentamente—. Puede que haya bajado desde el páramo.

—¿*Bajado*? —Manto de Gorrión se burló.

—¡Demasiada coincidencia! —Fauces de Víbora se quejó—. ¿Sangre de ardilla y olor a Clan juntos? ¡Cruzaron nuestra frontera y mataron una presa del Clan del Trueno!

—¿Podría algo más haber matado a la ardilla? —preguntó Estrella de Pino—. ¿Había algún rastro de zorro?

—Nada *fresco* —maulló Fauces de Víbora.

Estrella de Pino parpadeó.

—¿Pero *había* olor a zorro?

Manto de Gorrión flexionó las garras.

—¡Hay olor a zorro en todas partes si lo buscas!

Patas Susurrantes avanzó con paso firme.

—El Clan del Viento ha hecho esto antes —les recordó.

Manto de Piedra asintió.

—La caída de la hoja siempre los pone nerviosos. Los conejos empiezan a bajar a tierra cuando el bosque aún es rico en presas. No será la primera vez que el hambre lleve al Clan del Viento más allá de los Cuatro Árboles y sobre nuestra frontera.

—Y no será la última —añadió Manto de Gorrión en tono sombrío.

Brisa Veloz agitó su cola en el aire.

—No *pueden* tener hambre. La caída de la hoja aún no ha terminado.

—¿Por qué no robaron al Clan del Río o al Clan de la Sombra? —aventuró Pequeña Azul—. Comparten fronteras con ellos.

Fauces de Víbora giró su mirada amarilla hacia ella.

—Probablemente piensan que tener los Cuatro Árboles entre el páramo y nuestro territorio los pone a salvo de cualquier cosa que podamos hacer en venganza.

—¡O creen que es fácil robarnos! —Cola de Tormenta, que había estado observando con los ojos medio cerrados desde el borde del claro, se adelantó—. Si están dispuestos a robar presas antes de que termine la caída de la hoja, ¿cuánto robarán en los días más oscuros de la estación sin hojas? Debemos advertirles que se alejen ahora, antes de que crean que tienen derecho a servirse de nuestras presas cuando quieran.

Pequeña Azul se sintió orgullosa. Su padre era un verdadero guerrero, dispuesto a luchar para defender a su Clan.

Estrella de Pino sacudió la cabeza lentamente, luego se dio la vuelta y saltó a la Peña Alta.

—No habrá combates todavía —ordenó.

Cola de Tormenta agachó las orejas.

—¿Vas a dejar que nos roben? —gruñó.

—No hay pruebas suficientes de que haya sido el Clan del Viento —Estrella de Pino respondió.

Fauces de Víbora soltó un siseo bajo.

—Nadie vio a un gato del Clan del Viento, y no se dejaron marcas de olor —señaló el líder.

—¡Solo porque son unos cobardes! —Manto de Gorrión aulló. Los murmullos de acuerdo se extendieron por el Clan.

Estrella de Pino se volvió hacia Pluma de Ganso.

—¿El Clan Estelar avisó de algo?

El curandero negó con la cabeza.

—Nada —informó.

—Entonces, cobardes o no —gruñó Estrella de Pino—, no me arriesgaré a una batalla con tan poca evidencia. Pero advertiré a todos los Clanes en la Asamblea de mañana que estaremos siendo extra vigilantes. —Miró fijamente a Caída del Sol—. Organiza patrullas adicionales a lo largo de la frontera con los Cuatro Árboles. Si ven una patrulla del Clan del Viento, adviértanles que se alejen —entrecerró los ojos—. Con *palabras*, no con garras.

Caída del Sol asintió.

—También volveremos a colocar las marcas olorosas.

Pequeña Azul vio cómo el pelaje se ondulaba a lo largo del manto de su padre cuando se acercó a sentarse con Fauces de Víbora. Los dos guerreros agacharon la cabeza en una conversación silenciosa mientras Manto de Gorrión los rodeaba, con la cola erizada.

—¿Irán a luchar contra el Clan del Viento de todos modos? —le susurró a Flor de Luna.

La gata gris plateada negó con la cabeza.

—No.

Pequeña Nevada arrancó el suelo junto a ellos.

—Yo lo haría.

Pequeña Azul arrugó la nariz.

—No sabemos si el Clan del Viento *robó* nuestra presa.

—¡Pero *podrían* haberlo hecho! —insistió Pequeña Nevada—. ¡Es mejor prevenir que lamentar! Yo iría y los haría pedazos para que no se atrevieran a robarnos nunca más.

Flor de Luna la miró.

—¿Aunque tu líder te dijera que no lo hicieras? La palabra de un líder de Clan es la ley, recuerda.

Pequeña Azul puso la cabeza a un lado, desconcertada.

—¿No debería un guerrero poner al Clan por encima de todo? ¿Y si Estrella de Pino se equivoca?

Flor de Luna alisó el pelaje erizado de Pequeña Nevada con su cola.

—Estrella de Pino siempre hará lo que sea mejor para el Clan del Trueno. No olvides que está guiado por el Clan Estelar.

—Supongo —Pequeña Nevada parecía decepcionada.

Pequeña Azul miraba al suelo, su mente zumbaba. ¿Cómo podían los líderes tener *siempre* la razón? ¿Seguirían teniendo razón si el Clan Estelar no los guiara?

Zarpa de Centón estaba regresando a la guarida de los aprendices.

—Habría sido nuestra primera batalla —suspiró.

Zarpa de Leoparda se adelantó, girando y poniéndose en posición de ataque.

—Los habríamos destrozado.

El Clan comenzó a alejarse, pero Estrella de Pino, que seguía sentado en la Peña Alta, lanzó una suave llamada. Todos los ojos se volvieron hacia el líder del Clan del Trueno.

—Hay algo más —comenzó.

Pequeña Azul miró a la Peña Alta, con la curiosidad revoloteando en su vientre.

—Quiero nombrar a dos nuevas aprendizas.

«*¿Quiénes?*».

Entonces se dio cuenta.

—¡Debemos ser nosotras! —siseó a Pequeña Nevada.

Pero los ojos de Pequeña Nevada ya brillaban con anticipación.

—¡No pensé que lo haría hoy! —Flor de Luna se apresuraba hacia ellas. Parecía nerviosa—. ¡Mírense!

Pequeña Azul miró consternada su pelaje, polvoriento y manchado de barro por su subida y bajada del barranco.

—¡Rápido! Lávate!

Era demasiado tarde.

—Pequeña Azul y Pequeña Nevada —Estrella de Pino les estaba haciendo señas con su cola.

Brisa Veloz se hizo a un lado. Patas Susurrantes y Caída del Sol retrocedieron para hacer espacio debajo de la Peña Alta. Pequeña Nevada ya estaba corriendo hacia adelante, pero Pequeña Azul dudaba, avergonzada de su pelaje desaliñado e incómodamente consciente de la mirada de sus compañeros de Clan.

—Vamos —susurró Flor de Luna, empujando a Pequeña Azul hacia adelante—. Tu pelaje realmente no importa —el orgullo iluminaba su mirada—. Es tu espíritu al que quiere dar la bienvenida al Clan del Trueno.

Respirando profundamente, Pequeña Azul siguió a su hermana y se paró debajo de la Peña Alta, esperando que nadie pudiera ver sus piernas temblando.

Estrella de Pino miró hacia abajo.

—Han estado con nosotros durante seis lunas. Hoy comenzarán su entrenamiento. Su padre ha sido leal al Clan del Trueno y es un guerrero valiente. Espero que ambas sigan sus pasos.

Pequeña Azul miró a su padre. Había dejado de murmurar con Fauces de Víbora y la observaba atentamente. A Pequeña Azul le temblaron más las piernas. ¿Por qué ella tenía que verse un desastre?

—Pequeña Nevada —el maullido de Estrella de Pino sonó en el frío aire del amanecer mientras el sol empezaba a teñir el campamento de un rosa intenso.

Pequeña Nevada levantó el hocico.

—A partir de hoy serás conocida como Zarpa Nevada.

Mientras Zarpa Nevada hinchaba el pecho, Estrella de Pino escudriñó a los guerreros que observaban desde debajo de la Peña Alta.

—Manto de Gorrión —maulló.

El atigrado marrón oscuro lo miró con dureza, como si estuviera sorprendido.

—Serás el mentor de Zarpa Nevada. Entrénala para que sea una buena guerrera.

Parpadeando, Manto de Gorrión dio un paso adelante y tocó con su hocico la cabeza de Zarpa Nevada.

—Pequeña Azul —Estrella de Pino continuó—, hasta que te ganes tu nombre de guerrera, serás Zarpa Azul. Tu mentor será Manto de Piedra.

Manto de Piedra se acercó a su lado.

—Todavía no tienes permitido entrar en la guarida de los guerreros —bromeó, tocándole la cabeza con la nariz.

Zarpa Azul apenas podía creerlo. ¡Iba a dormir en la guarida de los aprendices esta noche!



CAPÍTULO 4

—¡Zarpa Azul! ¡Zarpa Azul!

Cuando el Clan comenzó a corear su nuevo nombre, Zarpa Azul miró el claro a su alrededor, sintiéndose tan alta como la Peña Alta. Por fin podía empezar a ayudar a sus compañeros de Clan.

Cola de Tormenta la saludó con una pequeña inclinación de cabeza. Quería correr y apretar su hocico contra el de él. Pero sus patas no se movieron y se quedó mirando en silencio mientras él se volvía hacia Fauces de Víbora.

—¿Puedes creerlo? —Zarpa Nevada corrió hacia ella, ronroneando.

Pequeña Rosal, Pequeña Dulce y Pequeño Cardo llegaron corriendo por el claro, maullando con entusiasmo.

—¡Son aprendizas! —chilló Pequeña Dulce.

Pequeña Rosal saltó a su alrededor.

—Las extrañaremos en la maternidad.

Los ojos de Pequeño Cardo estaban oscuros por el enojo.

—Si ustedes son aprendizas, no veo por qué yo no puedo serlo. Soy casi tan grande como ustedes.

Pequeña Dulce puso los ojos en blanco.

—No, ¡siempre estás presumiendo!

—¡No te preocupes, Pequeño Cardo! —Zarpa Nevada intentó tranquilizarlo—. Te enseñaré todos los movimientos de batalla que aprenda.

Pequeño Cardo pegó su nariz en el aire.

—¡Ya soy mejor luchador de lo que tú nunca serás! —resopló.

A Zarpa Azul le picaron las garras. Quería darle un golpe en la oreja. ¡Debería mostrar algo de respeto a los aprendices de su Clan!

—¡Felicidades! —Brisa Veloz trotó hacia ellas con la cola en alto.

Zarpa Azul ronroneó, buscando a su madre. Flor de Luna se había parado a hablar con Cola de Tormenta, pero al ver a Zarpa Azul se separó y se apresuró a reunirse con sus cachorras.

—¡Estoy tan orgullosa de ustedes! —volvió a mirar a Cola de Tormenta—. Su padre también lo está.

Casi como si le hubiera hecho una seña, Cola de Tormenta se dirigió hacia ellas. Fauces de Víbora le siguió, con los ojos entrecerrados como si algo le preocupara.

—Bien hecho —la mirada de Cola de Tormenta se dirigió a las patas embarradas de Zarpa Azul.

Ella se sentó con un golpe, ocultándolas lo más posible.

—¡Vamos a ser las *mejores* aprendizas! —Zarpa Nevada maulló feliz.

Cola de Tormenta agitó la cola.

—No espero menos.

Pluma de Ganso se unió a ellos, con Bigotes Plumosos a su lado.

—Enhorabuena, a las dos —maulló con calidez.

—Gracias —Zarpa Azul bajó la cabeza.

Pluma de Ganso asintió a Cola de Tormenta.

—Debes estar *muy* orgulloso.

Cola de Tormenta movió las orejas.

—Por supuesto.

Fauces de Víbora se pasó una pata despreocupadamente por una oreja.

—Es interesante que Estrella de Pino eligiera hacerlas aprendizas *ahora.* —Hizo una pausa, con la pata en el aire, y miró a Zarpa Azul de arriba a abajo—. Casi se podría pensar que no fue planeado.

Zarpa Azul inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué quieres decir?

—No quiere decir nada —maulló Flor de Luna rápidamente. Miró fijamente a Fauces de Víbora—. *¿Verdad*?

El gato marrón moteado la miró sin inmutarse.

—Bueno, ciertamente distrajo al Clan del robo por parte del Clan del Viento.

Pluma de Ganso agitó la cola.

—Si va a haber una batalla, Fauces de Víbora, entonces necesitaremos todos los guerreros que podamos conseguir.

Fauces de Víbora se encogió de hombros.

—Guerreros sí. ¿Pero *aprendices*?

Zarpa Nevada esponjó su pelaje.

—Lucharemos tan bien como cualquier gato.

Los bigotes de Fauces de Víbora se movieron.

—Estoy seguro de que lo harán lo mejor posible, pero solo el entrenamiento las hará guerreras, y no han entrenado nada.

Zarpa Azul se sintió de repente muy pequeña. ¿Qué en el nombre Clan Estelar le había hecho pensar que podía ayudar a su Clan? La frialdad se deslizó bajo su pelaje. ¿Tenía razón Fauces de Víbora? ¿Realmente Estrella de Pino las había hecho aprendizas solo para evitar que se produjera una batalla con el Clan del Viento?

El maullido de Manto de Piedra sacó a Zarpa Azul de sus pensamientos.

—Espero que estés preparada para subir el barranco de nuevo.

La frialdad abandonó su pelaje.

—¿Vamos a salir ahora mismo?

—Cuanto antes empecemos tu entrenamiento, mejor —maulló Manto de Piedra—. Si el Clan del Viento está planeando algo, necesitarás todas las habilidades que pueda enseñarte.

¡Iba a entrenarla para luchar contra el Clan del Viento! Zarpa Azul sintió una gran emoción cuando Manto de Piedra la llevó a la entrada del campamento. Era real; era una aprendiza. Esta vez, se adentraría en el bosque, no se detendría en el borde para mirar como una cachorra asustada. ¿Qué le mostraría Manto de Piedra? ¿Dónde encontrar las presas más jugosas? ¿Qué le enseñaría? ¿Cómo sorprender a un enemigo con un movimiento de batalla feroz? Su corazón se aceleró mientras lo seguía por el barranco, el camino se sentía más fácil ahora que sabía qué esperar. Las rocas repiquetearon detrás de ellos. Zarpa Azul se giró para ver a Manto de Gorrión subiendo también por el barranco.

—¿También vienen a entrar en el bosque? —Zarpa Azul sintió una punzada de celos cuando Zarpa Nevada la alcanzó. Quería el bosque para ella sola.

—¡Sí! —Zarpa Nevada saltó por delante de ella y corrió hacia delante, sus largas piernas hicieron un trabajo fácil en el difícil camino.

Manto de Gorrión la guiaba por detrás.

—Toma la ruta entre esas dos grandes rocas —dijo—. Normalmente solo los guerreros van por ahí, pero creo que podrás hacer el salto.

Zarpa Azul aceleró el paso y echó a correr en cuanto el camino se allanó y se metió entre unos arbustos. ¿Por qué iba a ser Zarpa Nevada la primera en entrar en el bosque?

—¡Cuidado! —advirtió Manto de Piedra mientras ella enviaba montones de pedruscos por la ladera—. Tus compañeros de Clan podrían estar siguiéndote.

—Lo siento —Zarpa Azul redujo la velocidad, dando sus pasos con más cuidado. Se sintió frustrada al ver a Zarpa Nevada desaparecer por la cima del barranco.

—La velocidad no lo es todo —le dijo Manto de Piedra—. Un guerrero que corre por delante de las presas atrapa menos.

«*¡Sí, claro!*». Subió los últimos peldaños hasta la cima y, subiendo a la cresta, se giró para contemplar el campamento.

Zarpa Nevada ya estaba mirando debajo de ellas, con sus ojos azules en el sol del amanecer.

—¡Está tan abajo! —dijo.

Zarpa Azul sintió que el calor se extendía por su vientre. Ella ya había visto esta vista.

—Mira —le señaló a Zarpa Nevada—. Puedes ver el claro. Allí, entre esas ramas.

Zarpa Nevada miró, y sus orejas se agudizaron.

—¿Son esos Pequeño Cardo y Pequeña Rosal jugando junto al árbol caído?

Dos mantos familiares cayeron sobre el brillante claro. Se veían diminutos desde allí arriba. Zarpa Azul levantó una de sus patas delanteras, esperando que la vieran, pero los cachorros no levantaron la vista. De repente, Zarpa Azul se sintió muy, muy lejos de sus antiguos compañeros de guarida.

Manto de Gorrión estaba de pie en el borde de los árboles.

—¡Vamos! —llamó a Zarpa Nevada—. Te enseñaré el río.

«*¡El río!*». Zarpa Azul no podía ni imaginar cómo debía ser. La única agua que había visto era en el claro de Pluma de Ganso y en los charcos de los que bebían en el campamento. Solo sabía que el río era ancho y que fluía como el viento entre los árboles.

—¿También remos al río? —le preguntó a Manto de Piedra.

Manto de Piedra negó con la cabeza.

—Tenemos algo mucho más importante que hacer.

Zarpa Azul trató de no sentirse decepcionada. Después de todo, algo más importante podría ser incluso más emocionante que ver el río.

Mientras el pelaje blanco de Zarpa Nevada desaparecía en el bosque detrás de Manto de Gorrión, Zarpa Azul trotó hacia los árboles tras Manto de Piedra. La luz del sol atravesaba las ramas medio desnudas y rayaba el suelo del bosque como el manto de un tigre. Zarpa Azul olió una presa, no el olor a muerto de la carne fresca, sino algo mucho más tentador. Olía a ratón, gorrión, ardilla y musaraña, todo con un sabor a vida que le hizo la boca agua.

—¿Vamos a cazar? —preguntó.

—Hoy no —Manto de Piedra saltó por encima de un árbol caído y esperó mientras ella corría tras él antes de adentrarse en el bosque.

—¿Patrulla fronteriza?

Manto de Piedra negó con la cabeza.

—¿Me enseñarás las fronteras?

—Pronto.

Bajaron por una pequeña pendiente, las hojas secas y moribundas crujían bajo sus patas.

—¿Vamos a practicar habilidades de batalla? —Zarpa Azul pensó que Manto de Piedra debía tener algo realmente increíble planeado. Estaba siendo muy reservado—. ¿Cuál es el primer movimiento que debo aprender?

—Ya llegaremos a eso en otro momento.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Manto de Piedra se detuvo al pie de un roble. Sus gruesas raíces, cubiertas de capas de musgo verde, serpenteaban en el suelo.

—Voy a enseñarte a recoger musgo para los veteranos.

—¿Qué? ¿Musgo? —Zarpa Azul no pudo evitar la decepción en su maullido.

—Mantiene sus lechos calientes —explicó Manto de Piedra.

—Pero pensé…

—¿Quieres que suban hasta aquí para recogerlo por sí mismos? —Manto de Piedra la miró fijamente.

—¡No! —Zarpa Azul sacudió la cabeza—. Por supuesto que no. Pero solo esperaba… —se tragó el gemido que oyó surgir en su maullido. El Clan era más importante que cualquier otra cosa; los veteranos necesitaban musgo limpio, suave y fresco. Y no quería que Manto de Piedra pensara que era egoísta. Aun así, no pudo evitar sentir que el resentimiento le picaba en la piel mientras empezaba a arañar trozos del esponjoso y húmedo musgo de la raíz del roble.

—Espera —Manto de Piedra puso su pata sobre la de ella—. Estás arrancando tierra además de musgo. A los veteranos no les gustará eso. Deja que te enseñe.

Zarpa Azul se sentó mientras Manto de Piedra demostró.

—Arquea la pata así, y estira las garras hasta donde lleguen —con una precisión rápida y delicada cortó una franja de musgo del árbol, dejando las raíces y la suciedad aún pegadas a la corteza mientras un trozo limpio y ordenado de musgo colgaba de su pata.

—Ahora inténtalo tú.

Zarpa Azul lo imitó, arqueando su pata, estirando sus garras hasta que le dolieron, y cortó el musgo. El trozo que cortó era más pequeño y estaba más desgarrado que el de Manto de Piedra, pero había conseguido dejar las raíces y la suciedad.

—¡Muy bien! —Manto de Piedra ronroneó—. Sigue practicando.

Se sentó y observó como Zarpa Azul rebanaba el musgo, cortando pedazo tras pedazo y dejándolo caer en una pila creciente a su lado. Al poco tiempo sintió ritmo en sus movimientos y notó que el musgo que cortaba era más grueso y menos desecho. Haciendo una pausa, miró a Manto de Piedra, esperando su aprobación, y se alegró de ver sus ojos brillar.

—Tienes un talento natural —le dijo—. Y aunque no lo sepas, estás practicando valiosas habilidades de batalla y caza.

Zarpa Azul parpadeó.

—¿Cómo?

—Con cada tajo de tu garra, te vas controlando más y más —explicó Manto de Piedra—. Para cuando lo domines, serás capaz de rasgar el hocico de tu enemigo con un movimiento de tu garra, y de matar a las presas rápida y limpiamente.

Zarpa Azul ronroneó, repentinamente satisfecha con el montón de musgo que había recogido.

—Y ahora —continuó Manto de Piedra— tenemos que llevarlo a casa.

Zarpa Azul se inclinó al instante para agarrar un montón entre los dientes.

—Si lo llevamos así, entonces vamos a tener que hacer varios viajes —Manto de Piedra advirtió.

Zarpa Azul solo había conseguido recoger unos pequeños trozos de la parte superior del montón.

—Aplástalo así. —Hábilmente Manto de Piedra presionó el musgo bajo sus patas, exprimiendo la humedad—. Ahora, enrolla un montón y

agárralo bajo tu barbilla. —Agarró un gran fajo bajo su propia barbilla y lo mantuvo allí mientras continuaba—. Eso dejará tus mandíbulas libres para llevar más.

Zarpa Azul ahogó un ronroneo de diversión. Manto de Piedra tenía un aspecto muy gracioso con la barbilla pegada al pecho y el musgo derramándose a ambos lados.

—¡No muevas tus bigotes ante mí! —maulló con severidad—. Sé que parece raro, pero ¿preferirías escalar el barranco dos veces?

Zarpa Azul negó con la cabeza.

—Eso pensé —Manto de Piedra agitó la cola—. Imagina que esto son presas que llevamos a casa a un Clan hambriento. Cuanto más podamos llevar, antes se alimentará nuestro Clan.

Zarpa Azul movió sus patas. No lo había pensado así. Comenzó a golpear la pila de musgo, haciendo una bola como había hecho Manto de Piedra, y luego se inclinó para agarrarla bajo la barbilla. Era más difícil de mantener en su sitio de lo que había pensado, sobre todo cuando tomó un segundo montón entre sus mandíbulas. Dejó caer cada uno de los fardos dos veces antes de que llegaran al borde del barranco. Cada vez, Manto de Piedra esperó pacientemente mientras ella lo recogía. No le dio más consejos, sino que se limitó a observarla y a asentir con la cabeza mientras ella perseveraba. En la cima de la ladera rocosa, Zarpa Azul olfateó el aire en busca de alguna señal de Zarpa Nevada. No quería que su hermana fuera testigo de su torpe progreso: su barbilla aplastada hacia abajo y el pelaje de su pecho goteando por el musgo húmedo. Bajar por el barranco era aún menos digno; no podía ver sus patas y tenía que tantear cada agarre. Se sintió aliviada de que Manto de Piedra estuviera unos pasos por delante, frenando su caída cada vez que resbalaba hasta que por fin llegaron al fondo. Incluso el túnel de aulagas resultó ser un problema. La mitad del montón que llevaba debajo de la barbilla se enganchó en las paredes puntiagudas y fue arrancado de su agarre.

—¡Cagarrutas de ratón! —maldijo, retorciéndose para recuperarlo antes de arrastrarlo hacia el claro.

«*¡Debo ser la primera gata que entra en el campamento de espaldas!*». Su pelaje estaba caliente por la vergüenza mientras salía del túnel arrastrando la cola, con el musgo cayéndole de la barbilla.

Zarpa de Leoparda pasó a su lado.

—¿Ocupada? —la aprendiza miró a Zarpa Azul con su hocico negro como un cuervo.

Zarpa Azul dejó caer su musgo y miró a Zarpa de Leoparda a los ojos.

—He aprendido a usar mis garras correctamente *y* a llevar dos presas a la vez.

—En otras palabras, has estado recogiendo musgo —Zarpa de Leoparda olfateó.

Zarpa Azul azotó su cola con fuerza mientras Zarpa de Leoparda se alejaba hacia la pila de carne fresca. Entonces vio a Manto de Piedra observando desde el árbol caído, con el musgo amontonado en sus patas, con los ojos brillando de diversión. Gruñendo en voz baja, Zarpa Azul volvió a juntar el musgo y cruzó el claro para reunirse con él.

—¿Hay algo en el código guerrero que diga que está permitido poner cardos en el lecho de tu compañera de guarida? —preguntó Zarpa Azul, escupiendo su musgo.

Manto de Piedra negó con la cabeza, moviendo los bigotes.

—No lo creo, pero estoy seguro de que no serías la primera en hacerlo. —Recogió su musgo y se abrió paso entre las ramas del árbol caído.

Suspirando, Zarpa Azul lo siguió.

—Oh, bien —Canto de Alondra maulló cuando entraron en la guarida de los veteranos—. No creo que pueda dormir otra noche en un helecho liso. ¡Hace demasiado frío!

Patas Susurrantes, que había estado apoyando la cabeza en sus patas delanteras, levantó la barbilla y miró a Zarpa Azul.

—¿Qué se siente el ser una aprendiza por fin?

—¡Genial! —mintió ella. «*Al menos lo sería si estuviera cazando en lugar de recogiendo musgo*». Alejó ese pensamiento. «*Esto también es importante*», se recordó a sí misma, aún sin estar del todo convencida.

Manto de Piedra ya estaba rebuscando en el lecho de Bigotes de Hierba, arrancando hilos de helecho rancios y apestosos. Zarpa Azul se apresuró a ayudarle mientras Bigotes de Hierba se sentaba a un lado, con los ojos semicerrados como si estuviera dormitando.

—Pásame el musgo —maulló Manto de Piedra una vez que habían retirado la mayor parte del lecho.

Zarpa Azul agarró un poco y lo dejó caer en el lecho de Bigotes de Hierba. Manto de Piedra lo desgarró con sus garras y lo metió entre los tallos de helecho restantes hasta que el lecho quedó profundamente forrado, suave y verde.

—Mañana conseguiremos helechos frescos para reforzar los lados —prometió a Bigotes de Hierba.

—Bien —Bigotes de Hierba bostezó—. Me duelen los huesos con este tiempo.

«*¡Ni siquiera dio las gracias!*». Zarpa Azul apartó un poco de musgo sobrante, pero se mordió la lengua.

Bigotes de Hierba se metió en su lecho mientras empezaban a trabajar en el de Canto de Alondra.

—¡Hay una espina! —se quejó.

—Déjame mirar —se ofreció Manto de Piedra de inmediato.

Mientras Bigotes de Hierba se inclinaba rígidamente hacia afuera, Manto de Piedra rebuscó entre el lecho hasta encontrar un duro trozo de musgo.

—Solo un poco de raíz —maulló, arrancándolo y arrojándolo a la pila con los materiales de lecho viejos.

Bigotes de Hierba sacudió la cabeza.

—Ese es el problema de los nuevos aprendices —suspiró—. Dejan cada trozo de palo y piedra en el musgo. —Volvió a subir al lecho y se acurrucó—. ¿No pudieron haber encontrado algo más seco? Esto está un poco húmedo.

—Se secará ahora que está lejos del árbol —prometió Manto de Piedra.

Zarpa Azul tuvo que mantener su cola quieta, aunque no pudo evitar que le temblara. «*¡Qué desagradecido!*». Todavía le dolían las garras de haber cortado el musgo, y lo único que podía hacer Bigotes de Hierba era encontrar fallos. Pero Manto de Piedra no mostró ninguna señal de enojo, solo se volvió hacia el lecho de Canto de Alondra y volvió a su trabajo. Rígida por la ira, Zarpa Azul se agachó a su lado y le ayudó. Estaba agotada cuando terminaron los tres lechos, se llevaron los materiales viejos y los tiraron al lado del arenero. El sol de la caída de la hoja empezaba a ocultarse tras las copas de los árboles.

—Te mereces una comida —le dijo Manto de Piedra—. Toma algo del montón de carne fresca y ve a compartirlo con tus compañeros de guarida —señaló con la cabeza hacia donde Zarpa de Leoparda y Zarpa de Centón estaban comiendo junto al tronco del árbol—. Trabajaste duro hoy.

Sus elogios levantaron el ánimo de Zarpa Azul. Inclinando la cabeza hacia él, se acercó al montón de carne fresca y agarró un ratón. Mientras se acomodaba junto a Zarpa de Centón, miró fríamente a Zarpa de Leoparda. Qué buena compañera de guarida había sido, burlándose de Zarpa Azul de esa manera.

La gata negra estaba comiendo un tordo. Se detuvo por un momento.

—Apuesto a que ni siquiera te dieron las gracias.

Zarpa Azul la miró fijamente.

—¿Te refieres a los veteranos?

—Todos los gatos saben que se quejan de todo —Zarpa de Leoparda maulló—. Supongo que se han ganado el derecho, pero no ayuda cuando te toca limpiar su apestoso lecho.

Zarpa de Centón se frotó el hocico con una pata.

—Manto Borroso dice que son malhumorados porque ya no pueden hacerlo por sí mismos.

—¡Tienen *suerte* de no tener que hacerlo ellos mismos nunca más! —Zarpa de Leoparda comentó—. Toma, —lanzó un bocado de tordo a Zarpa Azul—. Ese ratón no te llenará si has estado limpiando lechos todo el día.

Por primera vez, Zarpa Azul se sintió como una verdadera aprendiza. Ella ronroneó.

—Gracias, Zarpa de Leoparda.

—Los compañeros de guarida comparten —respondió la gata negra.

Alegremente Zarpa Azul dio un mordisco al tordo. El sabor del bosque cantó en su lengua, y apenas notó los pasos de las patas que se dirigían hacia ella.

—Te llevaré a cazar mañana.

Sorprendida, Zarpa Azul levantó la mirada y vio a Manto de Piedra de pie junto a ella. Tragó saliva.

—¿En serio?

—Saldremos al amanecer. Vamos a ver si puedes usar lo que has aprendido hoy en una presa real.

Zarpa Azul se quedó mirando a Manto de Piedra mientras se alejaba para reunirse con Fauces de Víbora y Leonino junto al parche de ortigas. Se sintió mareada de felicidad. No podía esperar a que Zarpa Nevada volviera para poder contarle a su hermana lo mucho que había aprendido. Ser una aprendiza del Clan del Trueno era la mejor sensación del mundo.



CAPÍTULO 5

«*¡Me voy a cazar!*». Zarpa Azul apenas podía mantener sus patas quietas mientras esperaba junto a la barrera de aulagas. Volvió a mirar al cielo. ¿Ya había salido el sol? ¿Dónde estaba Manto de Piedra? ¿Había olvidado su promesa? ¿Y el helecho extra para el lecho de Bigotes de Hierba? ¿También había olvidado *esa* promesa? ¿Siempre olvidaba las promesas?

—¡Adivina qué! —Zarpa Nevada corría por el claro hacia ella—. Manto de Gorrión me dijo que vamos a ir a cazar contigo y con Manto de Piedra.

—¿Dónde está Manto de Piedra?

—Está poniendo helechos frescos en la guarida de los veteranos.

«*¿Debería estar ayudándolo?*».

Zarpa Azul se apresuró a reunirse con Manto de Piedra. Cuando llegó al árbol caído, él estaba husmeando su camino hacia afuera de la maraña de ramas. Unos tallos de helecho asomaban en su pelaje. Los sacudió y caminó hacia la barrera.

—Lo siento —soltó—. Debería haber estado ayudándote…

—No hacía falta —la cortó—. Te quería fresca para tu primer día de caza.

—¿De verdad vamos a ir? —respiró ella.

Manto de Piedra asintió.

—Por supuesto.

—¡Por fin! —Zarpa Nevada arrancó el suelo—. Pensé que después de pasar el día de ayer vagando por las fronteras, nunca iba a llegar a hacer nada emocionante.

—¡Pero viste los Cuatro Árboles! —Zarpa Azul aún deseaba haber podido explorar el territorio del Clan del Trueno en lugar de recoger musgo limpio.

—¡Los Cuatro Árboles! —Zarpa Nevada se burló y puso los ojos en blanco—. ¡Vi más árboles que las garras que tengo! Pero no me dejaron subir a uno o buscar presas bajo las raíces. —Bajó la voz a un maullido gruñón para que sonara como Manto de Gorrión—: "Y *aquí* está la frontera con el Clan del Río. Asegúrate de notar cómo huele su aroma". —Moviendo la cola, volvió a su voz normal—: ¡Como si no notara ese olor a pescado!

—¿Listas para ir?

El maullido de Manto de Gorrión hizo que Zarpa Nevada se diera la vuelta.

—¡Estoy lista desde hace temporadas! —Zarpa Nevada maulló.

Manto de Gorrión ya se dirigía por el túnel.

—Vamos, entonces.

Zarpa Azul salió disparada tras él, agachándose por delante de Zarpa Nevada y corriendo para ser la primera en llegar al fondo del barranco. Miró hacia la ladera, sus patas se estremecieron al ver las ramas que se balanceaban como colas, haciéndole señas para que se adentrara en el bosque.

—No esperes demasiado en tu primera cacería —le advirtió Manto de Piedra, acercándose a ella—. Tienes mucho que aprender.

«*¡Estoy lista!*». Zarpa Azul desenvainó sus garras para subir.

Gordas nubes blancas surcaban el cielo azul mientras Manto de Piedra lideraba el camino hacia el barranco. Cuando llegaron a la cresta, el viento agitó el pelaje de Zarpa Azul y un sentimiento de feroz alegría surgió en su interior.

Manto de Piedra miró a Manto de Gorrión.

—¿El Árbol de la Lechuza?

—El Gran Sicomoro podría ser mejor para presas —sugirió Manto de Gorrión.

—¿Por la lechuza? —adivinó Zarpa Azul.

Manto de Piedra asintió.

—Incluso los ratones saben que no les conviene compartir guarida con una lechuza —se dirigió a los árboles.

Zarpa Azul le pisó los talones y contempló los imponentes troncos. Las ramas con solo unas pocas hojas arrugadas que se aferraban a ellas cruzaban el cielo, traqueteando cuando la brisa las agitaba. Al atravesar el bosque, se dio cuenta de la cantidad de pequeños senderos entre la maleza. Manto de Piedra los guió por debajo de las frondas arqueadas de un helecho en el que aún permanecía el olor de Zarpa de Leoparda. Bordearon unas zarzas que olían a Caída del Sol, y Zarpa Azul pudo ver pequeños mechones de pelo naranja atrapados en sus púas. Manto de Piedra siguió avanzando mientras el bosque se inclinaba constantemente hacia arriba.

—¿Cuánto falta? —Zarpa Azul miró por encima de su hombro, intentando memorizar la ruta por la que habían venido. ¿Podría encontrar el camino por sí misma?

—No mucho —prometió Manto de Gorrión.

Todos los árboles y arbustos parecían iguales. Cada bajada daba paso a otra subida, cada subida a otra bajada.

Manto de Piedra finalmente se detuvo.

—Aquí estamos.

Manto de Gorrión zigzagueó delante de ellos y levantó la barbilla. Delante, un árbol gigantesco se alzaba por encima de los demás, su copa se extendía más allá del dosel que protegía el cielo. «*El Gran Sicómoro*». Sus raíces, algunas gruesas como ramas, se retorcían a través de densas capas de hojas alrededor de su base y se hundían en la tierra. El pelaje de Zarpa Azul cosquilleó. Podía oler presas. Los pájaros parloteaban en las ramas por encima de su cabeza. Las hojas caídas crujían en la base del sicomoro, agitadas por el viento o por pequeñas criaturas. Zarpa Azul anhelaba deslizar sus patas entre las grandes hojas doradas.

—La primera lección de caza —comenzó Manto de Piedra—, es la paciencia.

Manto de Gorrión asintió.

—El mejor cazador es el que sabe esperar.

—¿No podemos buscar entre las hojas hasta encontrar algo? —preguntó Zarpa Azul con esperanza.

Manto de Piedra negó con la cabeza.

—Vas a asustar a las presas y hacer que vuelvan a sus guaridas —se alejó a paso de tortuga hacia un arbusto a tres colas de distancia de la base del árbol. Todavía estaba lleno de hojas y desapareció detrás de él.

Manto de Gorrión lo siguió, haciendo señas a las aprendizas con la cola.

—¿Hay presas ahí atrás? —preguntó Zarpa Nevada, con los ojos muy abiertos.

—No si tienen sentido común —Manto de Gorrión maulló.

Manto de Piedra ya estaba agazapado detrás del arbusto, con el vientre pegado a la tierra, mirando a través de las ramas bajas hacia las raíces del sicomoro.

—Agáchense —susurró.

Zarpa Azul se agachó junto a él, con Zarpa Nevada y Manto de Gorrión a su lado. Miró a través de los arbustos, preguntándose qué se suponía que estaba buscando.

—No se muevan hasta que vean a su presa —aconsejó Manto de Piedra.

—¿Las presas saldrán al claro? —Zarpa Nevada preguntó.

—Ahora que estamos a favor del viento, algunas podrían —le dijo Manto de Gorrión—. ¿Ven las vainas de sicomoro?

Zarpa Azul escudriñó el suelo y se fijó en unas pequeñas formas de alas entre las hojas, como diminutas polillas ensuciando el suelo.

—Donde hay vainas hay bichos —maulló Manto de Gorrión.

—Y donde hay bichos hay presas —Manto de Piedra terminó.

El guerrero gris se puso rígido y aguzó las orejas. Zarpa Azul siguió su mirada. Una forma pequeña y peluda se deslizaba por una de las raíces. «*¡Ratón!*». El pelaje se onduló a lo largo del manto de la aprendiza, y desenvainó sus garras.

—¿Cuándo nos abalanzamos? —siseó a Manto de Piedra.

—Todavía n…

Antes de que pudiera terminar, Zarpa Nevada salió disparada, atravesando los arbustos y tirando hojas mientras atravesaba el suelo del bosque. Saltó hacia el ratón, pero éste había desaparecido, y se sentó con un ruido sordo, con la cola agitándose entre las hojas, los hombros echados hacia atrás y las orejas aplastadas por el disgusto.

—¡Cagarrutas de ratón!

Se dio la vuelta y regresó a sus compañeros de Clan. Manto de Gorrión sacudía la cabeza cuando ella apareció detrás del arbusto.

—Me gusta tu entusiasmo —maulló—. Pero tu técnica podría necesitar un poco de trabajo.

Había una ligereza burlona en su tono que hizo que los bigotes de Zarpa Azul se movieran y un ronroneo de diversión subiera a su garganta.

Zarpa Nevada se volvió hacia ella.

—¡*Tú* cállate!

Zarpa Azul retrocedió, alarmada, y luego se sintió aliviada al ver que la ira de Zarpa Nevada se derretía en cuanto sus miradas se encontraron.

—Lo siento —Zarpa Nevada se disculpó—. Solo estaba enojada.

—Fuiste rápida —la animó Zarpa Azul.

—Me temo que la velocidad no cuenta cuando se trata de ratones —maulló Manto de Gorrión—. No se alejan mucho de sus guaridas, y se mueven rápidamente. Por eso es importante dominar el acecho. La habilidad es mucho más importante que la velocidad.

Manto de Piedra miró a Manto de Gorrión.

—Tal vez deberíamos dejar la caza para otro día y practicar el acecho en su lugar.

Manto de Gorrión asintió, aunque Zarpa Nevada suspiró.

Pero Zarpa Azul estaba ansiosa por mostrarle a su mentor las habilidades que Zarpa de Centón ya le había enseñado. Se agachó hasta el suelo, manteniendo la cola apretada contra las hojas, y empezó a acechar.

—No está mal —maulló Manto de Piedra—. Pero levanta un poco la cola. No quieres arrastrarla a través de las hojas. Baja la barbilla, también, y achata las orejas. Tienes que intentar disimular tu forma.

—¿Así? —Zarpa Nevada se agachó junto a Zarpa Azul, con las orejas planas y la barbilla balanceándose cerca del suelo como una serpiente.

—Bien —la elogió Manto de Gorrión—. Ahora avancen lentamente. Recuerden, hagan sus movimientos tan pequeños como puedan.

Zarpa Azul puso una pata ligeramente delante de la otra, tirando hacia adelante; levantó su vientre cuando escuchó que se arrastraba en las hojas. Colocó cada pata hacia abajo tan suavemente que las hojas se aplanaron bajo ella sin crujir.

—Prometedor —Manto de Piedra ronroneó, y Zarpa Azul dejó escapar un suspiro de alivio.

* * *

Practicaron hasta que el sol comenzó a deslizarse detrás de los árboles.

—Es hora de volver a casa —anunció Manto de Gorrión.

—Solo una más —Zarpa Azul suplicó. Estaba tan cerca de poder moverse silenciosamente entre las hojas.

—Puedes practicar más en el campamento, si quieres.

—Pero allí no hay tantas hojas —se quejó Zarpa Azul.

Zarpa Nevada se sentó y se sacudió el pelaje.

—Vamos, Zarpa Azul. Está haciendo frío, y tengo hambre.

Suspirando, Zarpa Azul se enderezó.

—De acuerdo.

Vio a Manto de Gorrión y Zarpa Nevada alejarse entre los árboles.

—Podemos volver a practicar mañana —prometió Manto de Piedra, alejándose para alcanzar a Manto de Gorrión.

Zarpa Azul se quedó a unas cuantas colas de distancia de sus compañeros de Clan, deseando poder practicar ahora. De repente, oyó el ruido de unas patas sobre la corteza. Se congeló. Mirando de reojo, vio una ardilla sentada en la raíz de un árbol con una nuez entre las patas. Estaba royendo afanosamente, absorta en su sabroso bocado. Zarpa Azul se puso en cuclillas. Levantando el vientre y alzando la cola para que rozara las hojas, empezó a arrastrarse hacia ella, silenciosa como una serpiente sobre una roca. Temblaba de emoción; su corazón latía tan fuerte que pensó que la ardilla debía oírlo. Pero la ardilla siguió royendo hasta que Zarpa Azul estuvo tan cerca que pudo oír cómo sus dientes raspaban la nuez. Conteniendo la respiración, se detuvo y apretó su parte trasera contra el suelo, tensando los músculos de las patas traseras. «*¡Ahora!*». La ardilla no tuvo tiempo de moverse. La arrancó de la raíz, la inmovilizó en el suelo y le clavó los dientes en el cuello. El cálido sabor de la sangre la sorprendió cuando la ardilla quedó inerte bajo sus patas.

—¿Qué pasó? —Manto de Piedra saltó sobre la raíz detrás de ella, con el pelaje erizado.

Zarpa Azul se sentó con la pesada ardilla colgando de sus mandíbulas.

Los ojos de Manto de Piedra brillaron.

—¡Bien hecho!

Manto de Gorrión y Zarpa Nevada aparecieron detrás de él. Los ojos de Zarpa Nevada se redondearon, y Manto de Gorrión abrió la boca y se quedó mirando por un momento.

—¿*Tú* atrapaste eso?

La alegría se elevó como un pájaro en su corazón, Zarpa Azul asintió.

—Es casi tan grande como tú —susurró Zarpa Nevada.

—Da gracias a Clan Estelar por la vida que esta criatura ha dado para alimentar al Clan —Manto de Piedra maulló.

«*¡Gracias, Clan Estelar!*».

Manto de Piedra la rozó.

—Llevémosla de vuelta al campamento mientras aún está caliente.

Zarpa Azul se sintió aliviada cuando le quitó la ardilla. Se había preguntado cómo la llevaría a casa sin tropezar.

—Gracias —trotó felizmente junto a él y se dirigieron al barranco.

* * *

—¡No puede ser! —Zarpa de Leoparda se quedó mirando con incredulidad mientras Manto de Piedra dejaba la ardilla en el montón de carne fresca.

—¡Y ella sola! —Zarpa Nevada presumió de su hermana.

Zarpa Azul bajó la mirada mientras sus compañeros de Clan se reunían para ver su captura, esperando que no pensaran que estaba siendo presumida.

—¿Fue tu primera sesión de caza? —preguntó Manto de Tordo. Sonaba muy impresionado.

Zarpa Azul asintió.

—Tienes suerte de tenerla —le dijo Manto Borroso a Manto de Piedra.

—¡El Clan del Trueno tiene suerte de tenerla! —los ojos verdes pálidos de Vuelo de Viento eran redondos—. No recuerdo que ningún otro aprendiz haya atrapado una presa en su primer intento.

Zarpa Azul escudriñó el campamento. ¿Dónde estaba Cola de Tormenta? ¿Había visto lo que ella había atrapado? La frustración le hizo sentir un pinchazo en el pelaje cuando se dio cuenta de que no se le veía por ninguna parte y no había ningún olor fresco de él en el campamento. Debía haber salido con la patrulla del atardecer.

Sintió el hocico de Flor de Luna rozando su mejilla.

—Estoy tan orgullosa —susurró.

—*Yo* voy a atrapar algo mañana —prometió Zarpa Nevada.

—No es una competencia —Manto de Gorrión le recordó.

Bigotes de Hierba se alejó del árbol caído.

—Huelo ardilla fresca.

Zarpa Nevada saltó a su encuentro.

—Zarpa Azul la atrapó —anunció.

Mientras Bigotes de Hierba admiraba la captura, Manto de Piedra se llevó a Zarpa Azul a un lado.

—Estoy muy impresionado contigo hoy. Has escuchado bien y has aprendido rápido.

Zarpa Azul sintió que un ronroneo le llegaba a la garganta.

—Quiero que vengas a la Asamblea esta noche.

Zarpa Azul tragó saliva. Solo llevaba dos días como aprendiza. ¿Estaba preparada para conocer a los otros Clanes? Sería una de las gatas más jóvenes, y con tantas caras nuevas y en un lugar tan nuevo, ¿qué

pasaría si se perdía? ¿O si se separaba de su Clan? Los nervios le corroían la barriga.

—¿Supongo que quieres venir? —preguntó Manto de Piedra.

Zarpa Azul asintió de inmediato. No iba a rechazar una oportunidad como ésta, por muy aterradora que pareciera.

—Bien. Ahora, come algo y descansa todo lo que puedas. Nos iremos cuando oscurezca.

* * *

Una ligera brisa hizo que la barrera de aulagas susurrara a la luz de la luna, y las estrellas que aparecían volvieron plateadas las guaridas. Los guerreros se estaban reuniendo en la entrada del campamento, listos para partir. Zarpa Azul sintió un gusano de ansiedad en su vientre. ¿Sería capaz de seguir el ritmo? Había dormido una siesta, pero sus piernas aún se sentían cansadas por la cacería.

—Me gustaría ir contigo —Zarpa Nevada agitó su cola de forma cortante.

—A mí también me gustaría que fueras conmigo —maulló Zarpa Azul.

Vuelo de Viento estaba empujando a Pequeño Cardo hacia la maternidad.

—Pronto será tu turno.

—¡Pero soy casi tan grande como Zarpa Azul, y *ella* va a ir! —se quejó Pequeño Cardo.

—No eres una aprendiz —Vuelo de Viento le recordó.

Fauces de Víbora miraba fijamente a la Peña Alta mientras Leonino se paseaba a su alrededor, con los ojos brillantes. Cola de Tormenta hablaba con Manto de Piedra junto a la barrera. ¿Estaban discutiendo su entrenamiento? Zarpa Azul acercó las patas a su vientre, deseando que las mariposas desaparecieran.

Flor de Luna se apretó a su lado.

—Quédate cerca de mí.

—¿No debería quedarme cerca de Zarpa de Leoparda y Zarpa de Centón? —miró a los dos aprendices, que charlaban cerca de la entrada, con las colas lisas, las orejas erguidas, sin una señal de pelaje erizado. ¿No estaban nerviosos?

—La próxima vez —Flor de Luna aconsejó—. Cuando sepas qué hacer.

«*¿Qué hacer?*». La alarma se disparó en Zarpa Azul. ¿Tenía que *hacer* algo?

—Quiero decir —Flor de Luna le devolvió la mirada con simpatía—, cómo comportarte.

—¿Cómo *debería* comportarme?

—La Asamblea se celebra bajo una tregua. Durante la noche de luna llena somos un solo Clan, mientras el Manto Plateado brille. Pero… —Flor de Luna hizo una pausa, como si estuviera sopesando sus palabras cuidadosamente—. Nunca olvides que la tregua termina.

Zarpa Azul inclinó la cabeza hacia un lado.

—Mañana volveremos a ser rivales —explicó Flor de Luna—. No digas nada que pueda debilitar a tu Clan, y no te hagas amigo de los gatos a los que algún día puedas enfrentarte en la batalla.

Zarpa Azul asintió con entusiasmo. Ni siquiera podía imaginarse hablando con un gato de otro Clan, y mucho menos haciendo amigos.

El liquen se movía en la entrada de la guarida de Estrella de Pino. Caída del Sol, que había estado sentado afuera, se puso de pie mientras el líder del Clan del Trueno salía a paso ligero.

—¿Todo listo? —le preguntó Estrella de Pino.

Caída del Sol miró a los gatos reunidos en la entrada y asintió.

—Vamos, entonces —Estrella de Pino se dirigió a través del claro, con la cabeza alta, mientras sus compañeros de Clan se separaban para dejarle pasar.

—¿Desafiarás al Clan del Viento sobre el robo? —el maullido de Fauces de Víbora silenció al Clan.

Estrella de Pino hizo una pausa y miró a sus guerreros.

—Mencionaré que hemos encontrado sangre y advertiré a todos los Clanes que las presas dentro de nuestras fronteras pertenecen al Clan del Trueno.

Vuelo de Viento y Brisa Veloz asintieron, pero Fauces de Víbora entrecerró los ojos.

Estrella de Pino miró al atigrado moteado.

—*No voy* a acusar al Clan del Viento —su maullido fue firme, y Fauces de Víbora no respondió mientras Estrella de Pino pasaba junto a él y se dirigía a la salida del campamento.

Zarpa Azul se quedó mirando mientras sus compañeros de Clan empezaban a atravesar el túnel.

—Vamos, pequeña —Flor de Luna la empujó hacia adelante—. Estarás bien.

—¡Recuerda todo para poder contármelo! —llamó Zarpa Nevada mientras Zarpa Azul seguía a su madre hacia la entrada—. Me quedaré despierta hasta que vuelvas.



CAPÍTULO 6

—¿Y bien? —Zarpa Nevada danzó alrededor de Zarpa Azul, que caminó cansada hacia la guarida de los aprendices.

Le dolían las patas por el viaje. Los guerreros habían corrido tan rápido, sin tener en cuenta su tamaño, y ella había tenido que pasar por encima de árboles caídos y a través de zanjas que ellos tomaron en una zancada.

—¿Quién estaba allí?

—¡No lo sé! —la irritación erizó el pelaje de Zarpa Azul—. Muchos gatos.

No quería admitir que había estado tan pegada a Flor de Luna que apenas había mirado a los otros Clanes. Incluso cuando Manto de Piedra la había presentado a un gato del Clan del Río, se le había trabado tanto la lengua que pensar en ello ahora le hacía arder la piel de vergüenza. La Asamblea había sido grande y ruidosa, atestada de olores extraños y un parloteo y demasiados ojos que la estudiaban con curiosidad. Ni siquiera recordaba el aspecto de los Cuatro Árboles; todo lo que había visto eran gatos de todas las formas y colores que se amontonaban a su alrededor. Había habido una roca enorme, incluso más grande que la Peña Alta, donde los líderes se habían puesto de pie para dirigirse a los Clanes, pero con los flancos peludos apretados a ambos lados de ella había sido casi imposible escucharlos.

—¿Estrella de Pino mencionó el robo? ¿Cómo reaccionó el Clan del Viento? —Zarpa Nevada se movió de arriba a abajo frente a ella.

Zarpa Azul la miraba fijamente, agotada. Solo quería acurrucarse en su lecho y dormir.

—¡Sí, dijo algo, pero no sé cómo reaccionó el Clan del Viento porque no sé quiénes eran los gatos del Clan del Viento! —espetó—. ¿Contenta?

Zarpa Nevada la miró, con los ojos oscurecidos por la preocupación.

—¿No lo disfrutaste?

Zarpa Azul suspiró.

—Hace dos días, era una cachorra. Podría seguir siendo una cachorra si Estrella de Pino no hubiera decidido hacernos aprendizas de repente. —Sintió una punzada en el corazón, como una voz molesta que no podía escuchar del todo—. Todo parece suceder tan rápido. Ni siquiera sería capaz de encontrar el camino de vuelta a los Cuatro Árboles a la luz del día.

Se dio cuenta de que Zarpa Nevada la miraba con consternación. Zarpa Azul sintió una punzada de culpa: había sido un honor que la llevaran a la Asamblea, y no debería quejarse.

—Será mucho más divertido cuando tú también vengas —le dijo a Zarpa Nevada—. Pregúntale a Manto de Gorrión si puedes venir la próxima luna.

Sintiendo que sus ojos empezaban a cerrarse, Zarpa Azul pasó junto a su hermana y se metió entre los helechos en la guarida. Se acurrucó en su lecho, suspirando de alivio al sentir la suavidad del musgo contra sus miembros cansados.

* * *

El sonido de los helechos crujiendo junto a su oído despertó a Zarpa Azul. Zarpa Nevada se movía en su lecho.

—¿Qué pasa? —Zarpa Azul bostezó.

—Vuelve a dormir —susurró Zarpa Nevada—. Manto de Gorrión me va a llevar a cazar de nuevo para que pueda practicar mi acecho. Manto de Piedra dijo que podías dormir todo el tiempo que quisieras.

Zarpa Azul se sintió desgarrada. Ella también quería cazar, pero sus ojos aún se sentían pesados por el sueño. Los cerró mientras Zarpa Nevada salía de la guarida.

Cuando volvió a abrir los ojos, la guarida estaba más iluminada; la luz del día enviaba un brillo verde a través de las paredes de helecho. Un viento persistente sacudía las frondas, y cuando Zarpa Azul se estiró y salió de la guarida, le tiró de las orejas y los bigotes. Las hojas patinaban y caían por el claro, acumulándose en montones contra la barrera de aulagas.

Una espesa capa de nubes ocultaba el cielo. Temblando, Zarpa Azul se acercó al montón de carne fresca. Su ardilla había desaparecido, y sintió un cálido resplandor de satisfacción por haber ayudado a alimentar a su Clan.

Manto de Piedra se refugiaba junto a la parcela de ortigas con Bigotes Plumosos y Pluma de Ganso, encorvados contra el viento.

—¿Se supone que tengo que cazar antes de comer? —Zarpa Azul lo llamó.

Manto de Piedra negó con la cabeza.

—Debes estar hambrienta después de anoche. Come primero, y luego limpia la maternidad.

Zarpa Azul asintió y agarró un campañol del montón, llevándolo al tocón de árbol cubierto de musgo. No había rastro de Zarpa de Leoparda ni de Zarpa de Centón; debían de estar entrenando. Arrugó la nariz ante la idea de tener que limpiar el apestoso lecho de los cachorros, pero luego lo apartó de su mente para poder disfrutar de su comida.

Mientras tragaba el último bocado, Bigotes Plumosos se acercó a ella.

—Tengo materiales de lecho guardados en el claro de curandería —le dijo. Olfateó el aire—. Se acerca una lluvia, así que recogí un poco mientras estaba seco. Úsalos cuando necesites rellenar los lechos de la maternidad.

—Gracias —Zarpa Azul pasó una pata húmeda por su hocico y se puso en sus patas—. Limpiaré las cosas viejas y luego iré a buscarlos.

—No te preocupes —Bigotes Plumosos maulló—. Yo los traigo.

Zarpa Azul asintió agradecida y se dirigió a la maternidad. No había vuelto allí desde que se había mudado a la guarida de los aprendices, y le resultaba familiar y a la vez extraño colarse en la entrada. Cola Pintada estaba acurrucada en su lecho con Pequeño León y Pequeña Dorada, ofreciéndoles un bocado de ratón.

—Está masticado —se quejó Pequeña Dorada.

—Me comeré tu trozo —Pequeño León ofreció.

—Ya has comido bastante —reprendió Cola Pintada—. Si quieres más, puedes ir a la pila de carne fresca.

—¿En serio? —las orejas de Pequeño León se agudizaron—. ¿Puedo elegir cualquier cosa que quiera?

—Sí —respondió Cola Pintada—, pero nada demasiado grande.

—Iré con él —ofreció Pequeño Cardo.

—Buena idea. —Amapola del Amanecer empujó a Pequeña Dulce de su vientre. La pequeña atigrada moteada abrió la boca, con los ojos llenos

de queja, pero Amapola del Amanecer la hizo callar—. ¿Por qué no sales a jugar tú también?

—¡Vamos! —instó Pequeño Cardo—. ¡Será divertido! ¡Tú también, Pequeña Rosal!

Pequeña Rosal estaba jugando con una bola de musgo en el borde de la guarida, echada de espaldas mientras la lanzaba al aire y la atrapaba.

—Pero hace frío y hay viento fuera —refunfuñó—. Cuando Bigotes Plumosos trajo el ratón, dijo que iba a llover.

—Razón de más para hacer algo de ejercicio antes de que llueva —aconsejó Amapola del Amanecer.

Zarpa Azul dejó escapar un pequeño maullido para hacerles saber que estaba allí.

—¡Hola, Zarpa Azul! —Amapola del Amanecer soltó un ronroneo—. No te había visto entrar. Oí que ayer hiciste una gran captura. Bigotes de Hierba estaba ciertamente contento de tener una comida tan grande.

—Solo tuve suerte —respondió Zarpa Azul, tratando de ser modesta.

—Seguro que fue algo más que suerte —Amapola del Amanecer maulló.

Zarpa Azul se encogió de hombros, secretamente contenta de que sus antiguos compañeros de guarida hubieran oído hablar de la ardilla.

—Vine a limpiar la guarida.

—¡Ya está! —Cola Pintada maulló, sacando a Pequeño León y a Pequeña Dorada fuera del lecho con su cola—. Es hora de que salgan a tomar aire fresco. Zarpa Azul necesitará espacio.

Pequeña Rosal dejó de jugar con su bola de musgo y se sentó.

—¿Pero qué pasa si llueve?

—Hace demasiado frío para salir —se lamentó Pequeña Dorada.

—Está bien, puedo trabajar a su alrededor —ofreció Zarpa Azul.

—No —Amapola del Amanecer maulló con firmeza—. Los verdaderos guerreros no se esconden del clima.

—Exactamente —coincidió Pequeño Cardo—. Vamos, ustedes dos —caminó alrededor de la guarida, empujando a cada uno de los otros cachorros hacia la entrada—. Me aseguraré de que el viento no se las lleve.

Pequeño León ya estaba afuera cuando las otras, murmurando quejas, se dejaron sacar de la guarida. Amapola del Amanecer rodó sobre su espalda y se estiró.

—Debes estar cansada después de la Asamblea —bostezó.

—¿Cómo estuvo? —preguntó Cola Pintada.

Zarpa Azul no se atrevió a decir que todo el evento había pasado como un borrón.

—Estuvo muy bien —empezó a arrancar pajas viejas y hebras de helecho del borde del lecho de Cola Pintada.

Cola Pintada se apartó del camino.

—¿Qué dijo Estrella de Pino sobre el Clan del Viento?

Zarpa Azul se tensó. Realmente no lo recordaba. Si tan solo Bigotes Plumosos les hubiera hablado de la Asamblea cuando les había contado lo de la lluvia. La suerte quiso que el gato plateado claro atravesara la entrada de las zarzas justo en ese momento con dos montones de musgo. Bigotes Plumosos dejó caer el musgo junto a sus patas delanteras.

—Estrella de Pino dijo a los Clanes que había habido evidencia de caza dentro de nuestra frontera y advirtió que cualquier intruso será echado con algo más que palabras afiladas —explicó a las reinas.

«*¡Gracias, Clan Estelar!*». Zarpa Azul decidió que sus ancestros guerreros debían haberse apiadado de ella.

—¿Mencionó al Clan del Viento? —preguntó Amapola del Amanecer.

—No en voz alta, pero estaba mirando a Estrella de Brezo mientras hablaba —Bigotes Plumosos respondió.

En un instante, Zarpa Azul recordó a la líder del Clan del Viento. Estrella de Brezo había estado sentada en la Gran Roca con los otros líderes de Clan, con su claro pelaje teñido de rosa incluso a la luz plateada de la luna, y sus ojos azules ardiendo mientras devolvía la mirada de Estrella de Pino.

—Apuesto a que no le gustó —comentó Cola Pintada.

—No respondió —maulló Bigotes Plumosos en tono sombrío.

—Esperemos que las palabras de Estrella de Pino hayan sido suficientes para advertirles —Amapola del Amanecer suspiró—. Una batalla tan cerca de la estación sin hojas no le hará ningún bien a nadie. Tenemos que conservar nuestras fuerzas para las frías lunas que se avecinan.

Cola Pintada asintió.

—Deberíamos concentrarnos en combatir el hambre, especialmente con tantos cachorros en la maternidad.

Zarpa Azul levantó la mirada de su trabajo.

—¿Creen que el Clan del Viento sí nos estaba robando?

—Lo han hecho antes —maulló Amapola del Amanecer.

Bigotes Plumosos estaba esparciendo el musgo con su hocico.

—Esperemos que no lo hagan de nuevo.

—¡Zarpa Azul! Zarpa Azul! —el maullido de Zarpa Nevada llegó desde el claro de afuera. Sonaba emocionada.

Zarpa Azul miró a Bigotes Plumosos, preguntándose si le importaría que lo dejara por un momento.

—Ve —maulló—. Yo me las arreglaré aquí.

Rápida como un ratón, Zarpa Azul se dio la vuelta y se deslizó fuera de la guarida. Zarpa Nevada estaba sentada con orgullo junto a la pila de carne fresca, con el viento tirando de su largo pelaje. Un campañol yacía en sus patas.

—¡Mi primera captura! —dijo mientras Zarpa Azul corría para unirse a ella.

Zarpa Azul olfateó el campañol. Olía fresco y cálido, y se le hizo la boca agua.

—¡Mi favorito!

Pluma de Ganso, agazapado junto al parche de ortiga, se puso de pie y se acercó.

—Las *dos* son buenas cazadoras —maulló con aprobación. Pero cuando bajó la mirada para admirar al campañol, se congeló y su cola se agitó mientras sus ojos se abrieron como los de un búho—. ¡Que el Clan Estelar nos salve! —aulló.

Zarpa Azul miró al campañol. ¿Qué tenía de malo?

Pluma de Ganso estaba temblando desde la nariz hasta la punta de la cola.

—¡Es una señal! —gritó, con su maullido resonando en el campamento—. ¡Destrucción para todos nosotros!



CAPÍTULO 7

—¿Qué está pasando? —Estrella de Pino estaba al lado del curandero en un instante, con Caída del Sol pisándole los talones.

Fauces de Víbora y Cola de Tormenta, compartiendo un tordo debajo de la Peña Alta, giraron sus amplias cabezas para mirar a Pluma de Ganso. Cola Pintada se escabulló de la entrada de la maternidad, su mirada recorrió ansiosamente el claro hasta posarse en los cachorros. Pequeño Cardo se dirigía al montón de carne fresca con sus compañeros de guarida agrupados detrás. Manto Borroso y Ala de Petirrojo salieron de la guarida de los guerreros y se apresuraron tras Manto de Piedra y Cola Moteada.

—Mira el pelaje del campañol —dijo Pluma de Ganso, con los ojos todavía fijos en el pequeño trozo de presa.

Zarpa Azul, repentinamente abarrotada por sus compañeros de Clan, se deslizó entre patas y bajo vientres para ver al campañol. Pluma de Ganso le pasaba una pata por el flanco.

—Miren —siseó el curandero—. Miren cómo se separó el pelaje por aquí, —con una garra señaló la clara línea que iba desde el hombro del campañol hasta su vientre. A un lado de la línea, el pelaje se le erizaba hacia su oreja; en el otro, se extendía suavemente hacia la cola—. ¿Ven cómo aparece aplanado aquí? —Pluma de Ganso hizo una pausa y miró a su público.

Fauces de Víbora y Cola de Tormenta se acercaron.

—¡No puedo ver! —Pequeño Cardo se movió arriba y abajo detrás de Cola Pintada.

—¡Shh! —ordenó Cola Pintada, haciéndole retroceder con su cola.

—¿Pero qué significa? —preguntó Estrella de Pino.

—Es como un bosque aplastado por el viento —gruñó Pluma de Ganso—. Así es como seremos aplastados por el Clan del Viento.

Cola Pintada retrocedió y plegó su cola alrededor de Pequeño León y de Pequeña Dorada, pero el macho se soltó y se dirigió con valentía hacia el campañol.

—¿Cómo puede un tonto trozo de carne fresca decirte todo eso?

—Sí —Orejitas se inclinó hacia adelante—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—¡Es un curandero! —Fauces de Víbora soltó—. ¡Comparte lenguas con el Clan Estelar!

—El robo de presas fue solo el principio —continuó el curandero—. Esta señal fue enviada desde el Clan Estelar como una advertencia. Como una tormenta, el Clan del Viento arrasará el bosque. Nos destruirán, destrozarán nuestro campamento y convertirán el territorio del Clan del Trueno en un páramo. Nos aplastarán como la hierba en un prado.

Flor de Luna se asomó junto a Zarpa Azul.

—¡Eso es imposible! —maulló.

A pesar del desafío en su maullido, Zarpa Azul podía sentir a su madre temblando. Alrededor del claro, pudo ver a algunos de sus compañeros de Clan intercambiando miradas dudosas, y detrás de ella escuchó a Brisa Veloz susurrar:

—No vamos a tomar esto en serio, ¿verdad?

«*¿Por qué no?* —se preguntó Zarpa Azul—. *¿Pluma de Ganso se ha equivocado antes?*».

Pluma de Ganso bajó la cabeza.

—El Clan Estelar ha hablado.

Estrella de Pino miraba fijamente al campañol.

—¿Cuándo? —roncó.

Pluma de Ganso parpadeó.

—No lo sé. Pero la señal ha sido enviada ahora para darnos tiempo a prepararnos.

—¡Entonces debemos prepararnos! —Cola de Tormenta aulló, azotando su cola.

—¡No hay tiempo! —Manto de Gorrión se adelantó y enganchó al campañol con una garra, sosteniéndolo para que todo el Clan lo viera—. ¡Debemos atacar primero!

Fauces de Víbora y Cola de Tormenta aullaron de acuerdo.

Cola Moteada arañó el suelo.

—El Clan del Viento no sabe que hemos sido advertidos. Tenemos la ventaja. ¡Debemos usarla!

Estrella de Pino le quitó el campañol a Manto de Gorrión y lo volvió a dejar en el suelo.

—Hay lunas frías por delante —maulló lentamente—, y cachorros que alimentar. —Miró a su Clan—. ¿Realmente podemos arriesgarnos a luchar y a sufrir heridas cuando deberíamos estar fortaleciendo al Clan para la estación sin hojas?

—¿Podemos arriesgarnos a *no* luchar? —siseó Manto de Gorrión—. ¡El Clan Estelar nos ha advertido que puede no haber Clan que fortalecer si no actuamos!

Ala de Petirrojo se adelantó, con su pelaje marrón oscuro erizado.

—¿Debemos realmente atacar por nada más que un olor persistente y algún pelaje aplastado?

Algunos de sus compañeros de Clan jadearon.

Manto de Tordo susurró:

—¡No puedes desafiar así al curandero!

Zarpa Azul lo miró; no estaba segura de si había querido que alguien lo oyera.

Estrella de Pino observó al campañol y luego miró fijamente a Pluma de Ganso.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Pluma de Ganso le sostuvo la mirada.

—¿Has visto alguna vez esas marcas en un trozo de carne fresca?

La cola de Fauces de Víbora tembló.

—¿Dudas de Pluma de Ganso o del Clan Estelar? —desafió.

—Si no podemos confiar en el Clan Estelar, entonces estamos perdidos —Cola Moteada murmuró.

Zarpa Azul vio que la angustia oscurecía la mirada de Estrella de Pino. Tuvo una repentina y dolorosa comprensión de la decisión que estaba en sus patas. Atacar al Clan del Viento y arriesgarse a su Clan a morir y herirse. O retrasarlo, y arriesgarlo a ser aniquilados. Y todo dependía del significado del pelo de un campañol muerto y de la fe de Estrella de Pino en Pluma de Ganso.

Cola de Tormenta comenzó a caminar.

—¿Por qué dudas? ¡La decisión es fácil! ¡Estás eligiendo entre la supervivencia y la destrucción!

Caída del Sol se paseó frente a su líder.

—¿Pero quién sabe qué acción causará destrucción y cuál supervivencia?

—Creo que el Clan Estelar lo ha dejado claro —gruñó Manto de Gorrión.

Zarpa Azul pudo ver cómo la mirada de Estrella de Pino recorría a su Clan, brillando de inquietud. Fauces de Víbora y Cola de Tormenta habían querido luchar desde el principio. Y ahora tenían el apoyo del Clan Estelar. ¿Cómo podría Estrella de Pino negarse? ¿Qué pasaría si lo hiciera? ¿Cómo podría liderar el Clan del Trueno sin el respeto de sus guerreros?

Estrella de Pino bajó la cabeza.

—Atacaremos al Clan del Viento al amanecer.

Murmullos de aprobación recorrieron a los guerreros más cercanos al líder; en el borde del claro, veteranos y gatas murmuraban sombríamente.

Cola Pintada miró consternada al campañol, apretando a Pequeña Dorada contra ella.

—Está bien —susurró, presionando su hocico contra la suave cabeza de su hija—. Estarás a salvo en la maternidad. —Su mirada se levantó para encontrarse con la de Orejitas, y un destello de miedo pasó entre ellos que hizo que el pelaje de Zarpa Azul se erizara.

Flor de Luna se tensó a su lado.

—¿Tendrán que luchar *todos* los aprendices?

El corazón de Zarpa Azul se aceleró. ¿Sería esta su primera batalla?

—¡Todos *tienen* que luchar cuando nos enfrentamos a tanto peligro! —Fauces de Víbora maulló.

Estrella de Pino se volvió hacia Ala de Petirrojo.

—¿Zarpa de Leoparda está lista para la batalla?

Ala de Petirrojo asintió de mala gana.

—Entonces formará parte del grupo de batalla.

La mirada de Estrella de Pino se dirigió a Manto Borroso.

—Tú y Zarpa de Centón se quedarán atrás con Vuelo de Viento y Leonino para defender el campamento en caso de que el Clan del Viento contraataque.

Zarpa de Centón comenzó a objetar.

—Pero yo quiero…

—Defenderemos el campamento con nuestras vidas si es necesario —le cortó Manto Borroso.

—¿Qué hay de Zarpa Nevada y Zarpa Azul? —preguntó Flor de Luna, con un temblor en su maullido.

Estrella de Pino parpadeó.

—Nunca enviaría a un aprendiz a la batalla con tan poco entrenamiento —le aseguró.

—¡Quiero luchar! —Zarpa Nevada se deslizó entre la multitud, con las orejas aguzadas.

—No, Zarpa Nevada —Estrella de Pino negó con la cabeza—. No vas a luchar. Pero tendrás una probada de batalla.

Los ojos de Zarpa Nevada se iluminaron. Zarpa Azul sintió que su madre se ponía rígida mientras el líder del Clan del Trueno continuaba.

—Tú y Zarpa Azul irán con el grupo de invasión, pero no a luchar. Esperarán en un lugar seguro, preparadas para llevar mensajes o ayudar con los heridos.

—¿Eso es todo? —la cola de Zarpa Nevada cayó.

—¡Eso es suficiente! —Zarpa Azul se acercó a su hermana—. Haremos lo que podamos —prometió a Estrella de Pino—. Aunque no podamos luchar.

Murmullos de aprobación recorrieron el Clan.

—¡Imagínate! Un mensaje tan grande de un pequeño trozo de piel —Zarpa Nevada sacudió la cabeza—. Pluma de Ganso debe ser *muy* inteligente para verlo.

Pluma de Ganso había recogido el campañol y se lo llevaba por el túnel de helechos. Mientras Zarpa Azul observaba cómo se lo tragaban las sombras, el viento casi le arrancó el pelaje y se estremeció. «*Espero que tenga razón, por el bien de todos*».

El viento azotó el campamento al caer la tarde. La patrulla del crepúsculo salió como de costumbre, al igual que las patrullas de caza que habían ido y venido durante la tarde, reponiendo el montón de carne fresca como si nada hubiera cambiado. Aún así, una solemne tranquilidad había caído sobre el campamento. Zarpa Azul se lavó las patas junto a la maternidad. Estaban doloridas después de una tarde ayudando a Ala de Petirrojo y Manto de Piedra a reforzar las paredes, tejiendo más zarzas en la maraña de tallos y ramas. Miró al cielo. ¿Por qué no había llegado la lluvia? Las nubes eran tan grises como la piel de una ardilla, pero parecían reacias a ceder su carga. Sin embargo, Bigotes Plumosos había prometido lluvia, y Zarpa Azul no podía evitar creer al joven aprendiz de curandero. Había estado ocupado toda la tarde, entrando y saliendo del campamento, regresando cada vez con un nuevo montón de hierbas. Ahora estaba caminando por el claro, con su pelaje plateado brillante en el crepúsculo.

Ella se apresuró a ir a su encuentro y lo alcanzó cuando llegó al túnel de helechos.

—¿Dónde está la lluvia?

Él dejó caer su fardo y dirigió su brillante mirada ámbar hacia ella.

—Vendrá cuando esté lista —le dijo.

—¿Antes de la batalla?

—No lo sé —se agachó, dispuesto a recoger sus hierbas.

—¿Para qué son? —Zarpa Azul se resistía a dejarle marchar, reconfortada por su tranquila presencia.

—Estas darán fuerza a nuestros guerreros —le dijo—. Cada gato comerá un poco antes de la batalla.

—¿Tienes algo para la valentía?

Bigotes Plumosos rozó su manto con su cola.

—La valentía saldrá de tu corazón —prometió—. Naciste guerrera, y el Clan Estelar estará contigo.

¡Tenía razón! Ella *sería* valiente.

—¿Has comido? —preguntó Bigotes Plumosos.

En el claro a su alrededor, el Clan se estaba acomodando en nudos, compartiendo presas y lenguas.

—No tengo hambre —Zarpa Azul respondió.

—Come de todos modos —aconsejó Bigotes Plumosos—. Tu Clan necesita que seas fuerte.

—De acuerdo —Zarpa Azul asintió, y se volvió hacia la pila de carne fresca. Escogió un gorrión y lo llevó hasta donde sus compañeros de guarida yacían junto al tocón de árbol cubierto de musgo.

Zarpa de Leoparda y Zarpa de Centón estaban absortos en la comida. Zarpa Nevada tenía la mirada perdida en un ratón, recién capturado y todavía suave y fragante.

—¿No tienes hambre? —Zarpa Azul maulló.

—No mucha —Zarpa Nevada levantó la mirada, tratando de parecer brillante pero fracasando miserablemente.

—Yo tampoco —Zarpa Azul tiró su gorrión al suelo y se sentó—. Pero Bigotes Plumosos dice que necesitamos comer para estar fuertes.

Detrás de ellos, la guarida de helechos se agitaba con el viento. Zarpa de Leoparda levantó la mirada, con la boca llena.

—No sé de qué se preocupan —murmuró—. Ni siquiera van a luchar.

Zarpa Azul la miró, con los ojos redondos.

—¿No tienes miedo?

—Conozco todos los movimientos de batalla que hay —presumió la aprendiza negra—. Ningún gato del Clan del Viento va a vencerme.

Zarpa de Centón parecía menos seguro.

—He estado practicando mis movimientos de ataque todo el día —maulló—. Solo espero poder recordar también los de defensa.

—Te acordarás —le tranquilizó Zarpa de Leoparda—. Además, no dejaremos que el Clan del Viento llegue hasta aquí. El mayor problema que tendrás es mantener a Pequeño Cardo tranquilo —ronroneó—. Eso podría requerir un movimiento de batalla o dos.

Zarpa Azul se dio cuenta de repente de que no conocía ningún movimiento de batalla. Tal vez debería aprender uno, por si acaso. Observó a Cola de Tormenta en el otro extremo del claro mostrando a Cola Moteada cómo rodar y luego saltar con las patas delanteras extendidas en un ataque feroz.

—Recuerda —le decía—, mantén tus garras envainadas hasta el salto.

Cola Moteada intentó el movimiento de nuevo, sentándose después y pareciendo satisfecha.

—Bien —Cola de Tormenta asintió—. Pero tienes que ser más rápida. Somos más grandes y pesados que los gatos del Clan del Viento, pero ellos son ágiles y se aprovecharán de cualquier lentitud.

«*Podría pedirle a Cola de Tormenta que me enseñara algunos movimientos de batalla, por si acaso*». Pero el guerrero gris parecía demasiado ocupado con una guerrera de verdad. Zarpa Azul suspiró y le dio un toque a su gorrión con el hocico, esforzándose por darle un mordisco aunque no estaba segura de ser capaz de tragarlo.

—¿No tienes hambre? —el maullido de Estrella de Pino la hizo saltar.

Se paró en el tronco del árbol y miró a los aprendices.

—Una buena comida esta noche significará una buena batalla mañana.

Zarpa Azul bajó la mirada. ¿Qué clase de guerrero estaba demasiado asustado para comer en la víspera de una batalla?

Los ojos de Estrella de Pino brillaron en la penumbra.

—Recuerdo mi primera batalla —maulló—. Brezo Dulce insistió en que me comiera una musaraña, pero la escondí cuando estaba de espaldas y luego le dije que estaba deliciosa.

—¿En serio? —Zarpa Azul no podía decidir qué la asustaba más: que el líder del Clan del Trueno hubiera tenido miedo alguna vez o que hubiera mentido a su madre.

—En serio —ronroneó—. Claro que no me creyó. Todos los gatos temen su primera batalla.

—¿Eso significa que no tenemos que comer? —Zarpa Azul maulló esperanzada.

—No si no quieren —Estrella de Pino agitó su cola—. Es natural estar nervioso. Solo un cerebro de ratón se lanzaría a la batalla sin miedo. —¿Estaba mirando a Fauces de Víbora mientras hablaba?—. Pero recuerden: son gatos del Clan del Trueno, guerreros natos. Confíen en sus instintos. Y lucharemos contra gatos de Clan, no contra solitarios o proscritos. No se desviarán de su camino para dañar a gatos jóvenes como ustedes.

Zarpa Nevada se puso de pie, sacudiendo su pelaje.

—No necesitamos un trato especial.

Los bigotes de Estrella de Pino se movieron.

—Y no tendrán ninguno —le aseguró—. Confío en que ustedes dos se mantengan alerta y hagan exactamente lo que se les diga, en *cuanto* se les diga. Vidas pueden depender de la rapidez con la que actúen.

El corazón de Zarpa Azul comenzó a palpitar de nuevo.

—Pero —continuó Estrella de Pino—, sé que harán lo que puedan y el Clan Estelar guiará sus patas. —Miró a Zarpa de Leoparda y a Zarpa de Centón—. A todos ustedes.

Antes de que pudieran responder, se alejó a paso ligero, deteniéndose junto a Cola Pintada. La atigrada pálida estaba sentada fuera de la maternidad con Amapola del Amanecer mientras sus cachorros daban vueltas a su alrededor. Los miembros más jóvenes del Clan parecían ser los únicos gatos impasibles ante la inminente batalla. En todo caso, eran más ruidosos que nunca.

—Si yo luchara mañana —declaró Pequeño Cardo—, le haría así a un guerrero del Clan del Viento, —enganchó la musaraña que había estado comiendo—. Y lo destrozaría, —tiró al suelo la carne fresca a medio comer y se abalanzó sobre ella, con las garras desenvainadas.

—No juegues con tu comida —Amapola del Amanecer reprendió—. Es una falta de respeto. Esa musaraña ha muerto para que nosotros podamos vivir.

Pequeño Cardo se sentó, con cara de enojo.

—¡Simplemente no quieres que me convierta en un guerrero! ¡Quieres que siga siendo un cachorro para siempre!

Estrella de Pino le dio un golpecito juguetón en la oreja.

—Dudo que sea capaz —ronroneó.

Pequeño Cardo miró al líder del Clan del Trueno.

—¿Puedo ir a la batalla?

Estrella de Pino negó con la cabeza.

—Necesito que te quedes aquí y ayudes a defender la maternidad.

Pequeño Cardo hinchó el pecho.

—Ningún gato del Clan del Viento pasará por encima de mí.

—Te creo —Estrella de Pino sonaba tranquilo.

Mientras Zarpa Azul lo veía tranquilizar a sus compañeros de Clan, se dio cuenta de que todo rastro de la duda que había visto en él antes había desaparecido. Estaba de pie con la cabeza alta y los poderosos hombros rígidos, como si ya estuviera preparado para la batalla. Se preguntó cuántas vidas le quedaban. Quizás eso era lo que le daba confianza. ¿Por qué solo los líderes tenían nueve vidas? ¿No sería más útil que el Clan Estelar concediera nueve vidas a todos los gatos?

Flor de Luna salió del túnel de helechos, con sus ojos amarillos brillando en la penumbra.

—Ustedes dos deberían ir a dormir temprano esta noche —se acercó a Zarpa Azul y a Zarpa Nevada y las tocó ligeramente con su hocico. Zarpa Azul pudo oler el miedo en su pelaje, pero su maullido no cambió—. Todavía no he visto sus lechos. ¿Son cómodos?

—No me molestaría un poco más de musgo —Zarpa Nevada le maulló—. El helecho sigue asomándose.

—Voy a buscar un poco del mío —Flor de Luna se alejó rápidamente hacia la guarida de los guerreros.

—¿Vas a comer eso? —Zarpa de Leoparda estaba mirando el gorrión de Zarpa Azul.

Zarpa Azul negó con la cabeza y se lo lanzó a la aprendiza negra.

—También puedes comerte el mío —añadió Zarpa Nevada, lanzando su ratón después.

Zarpa de Leoparda se relamió.

—Si insistes —maulló—. Solo espero que el sonido de sus estómagos retumbando no me despierte por la noche.

Zarpa Azul se levantó y se estiró hasta que le temblaron las piernas. El viento se estaba volviendo más frío, y ondulaba a través de su pelaje. Se abrió paso a través de los helechos hasta el refugio de la guarida y empezó a dar zarpazos en su lecho, tratando de rellenar el helecho para que la protegiera del frío.

Zarpa Nevada la siguió.

—¿Estás cansada?

Zarpa Azul negó con la cabeza.

—No me gusta esperar a mañana. Desearía que ya fuera de día.

Le dio un lametón a sus patas. El olor de la maternidad estaba todavía en ellas, y deseó por un momento estar de vuelta allí con Flor de Luna, Amapola del Amanecer y los cachorros. Nunca se había sentido menos preparada para convertirse en una guerrera. Cuando apartó el pensamiento y enderezó los hombros, los helechos crujieron y Flor de Luna se deslizó en la guarida, con musgo metido bajo la barbilla y colgando de las mandíbulas.

Dejó caer la mitad en el lecho de Zarpa Nevada y la otra mitad en el de Zarpa Azul. En silencio, alisó cada pila hasta que los dos lechos se ablandaron con él.

Zarpa Azul la observaba, sintiéndose vacía.

—¿Flor de Luna?

—¿Qué pasa, querida?

—¿En cuántas batallas has luchado?

Flor de Luna pensó por un momento.

—Demasiadas para contarlas, aunque en realidad solo eran luchas fronterizas, expulsando intrusos. Esta será la primera vez que participe en un ataque al territorio de otro Clan.

—¿Estás nerviosa?

Zarpa Nevada resopló.

—¡Por supuesto que no está nerviosa! Es una guerrera del Clan del Trueno.

Flor de Luna lamió cariñosamente a Zarpa Nevada entre las orejas.

—Todos los guerreros están nerviosos antes de una batalla, si no por ellos mismos, por sus compañeros de guarida y por todo su Clan. Hace que sus sentidos sean más agudos y sus garras más feroces, y les da hambre de victoria.

Zarpa Azul suspiró, sintiendo que parte de la tensión se desprendía de su vientre. Después de todo, no era una ratona asustadiza. Súbitamente cansada, se acomodó en su lecho y bostezó.

—Gracias por el musgo, Flor de Luna.

Zarpa Nevada estaba dando vueltas en el suyo.

—Es muy suave.

—Debería mantenerlas calientes —maulló Flor de Luna—. Después de la batalla, saldremos a recoger más y nos aseguraremos de que sus dos lechos sean tan suaves como plumas.

Zarpa Azul cerró los ojos. Se imaginó a sí misma caminando por el bosque junto a Zarpa Nevada y Flor de Luna, con la batalla muy lejos y sin

preocuparse más que de dónde encontrar el musgo más suave. La idea la tranquilizó.

—Me acostaré entre ustedes mientras se duermen —Flor de Luna se acomodó sobre su vientre entre los dos lechos. Zarpa Azul podía oír la respiración de Zarpa Nevada que ronroneaba suavemente. Rodando hacia el calor de su madre, sintió el suave pelaje del vientre de Flor de Luna rozar su piel y olió el familiar aroma que le recordaba las lunas pasadas en la maternidad. Felizmente se quedó dormida.

Medio despierta, sintió que Flor de Luna se movía. Parpadeando a la luz de la luna, vio a Zarpa de Leoparda y a Zarpa de Centón dormidos en sus lechos. Debía ser tarde.

Flor de Luna se puso de pie.

—Duerme bien, pequeña —el aliento de la gata agitó el pelaje de las orejas de Zarpa Azul—. Siempre estaré contigo.

Los helechos crujieron y Flor de Luna se había ido.



Capítulo 8

Zarpa Azul se despertó con una sacudida. «*¡La batalla!*». Se levantó de un salto y echó un vistazo a la guarida. Las paredes de helecho ondulaban y se balanceaban con el viento como si fueran tiradas por patas invisibles. Todavía no había amanecido, pero Zarpa de Leoparda y Zarpa de Centón ya estaban sentados y lavándose.

Zarpa Nevada se estiró en su lecho, con los ojos brillando en la penumbra.

—¿Qué pasa?

—Manto de Gorrión nos quiere en el claro —maulló Zarpa de Leoparda.

El viento rugía sobre el campamento y cuando Zarpa Azul salió de la guarida, una ráfaga llena de arena le golpeó la cara y la hizo estremecerse. Los árboles que rodeaban el campamento se tensaban contra el aire furioso, y las nubes se cernían sobre ellos tan oscuras y amenazantes como cuervos. Manto de Piedra esperaba afuera de la guarida, con el pelaje aplastado y los ojos semicerrados contra el remolino de hojas y polvo.

—No hace buen tiempo para una batalla.

—¡Compañeros de Clan! —la llamada de Estrella de Pino fue aguda. Se paró en el centro del claro con Pluma de Ganso a su lado mientras sus guerreros se arremolinaban a su alrededor, azotando sus colas.

El pelaje a lo largo del lomo de Fauces de Víbora estaba tan afilado como las espinas de un erizo. Cola Moteada arrancaba puñados de tierra mientras Manto de Gorrión y Cola de Tormenta se paseaban por el borde

del claro, con los músculos ondeando en sus anchos hombros. Bigotes Plumosos iba de un gato a otro, dejando caer pequeñas ráfagas de hierbas en las patas de cada uno. «*Deben ser las hierbas fortalecedoras*», supuso Zarpa Azul.

Afuera de la maternidad, Flor de Luna estaba compartiendo lenguas con Amapola del Amanecer. Se detuvieron cuando Pequeño Cardo y Pequeño León salieron de las zarzas, esponjando sus pelajes y tratando de parecer grandes. Amapola del Amanecer le dio a Flor de Luna un último lametón entre las orejas antes de llevar a los dos cachorros, quejándose, de vuelta a la maternidad. Los ojos de Flor de Luna brillaban amarillos mientras cruzaba el claro. Con las orejas gachas y el pelaje alisado por el viento, Zarpa Azul apenas reconoció a su madre. Enderezó la espalda y levantó la barbilla, jurando ser lo más parecida a Flor de Luna que pudiera.

Bigotes Plumosos dejó caer unas cuantas hierbas en sus patas.

—Ya pareces una guerrera.

Zarpa Azul le miró sorprendida.

—¿Lo parezco?

Manto de Piedra entrecerró los ojos.

—No lo olvides, mantente lejos de las peleas.

Zarpa Nevada salió corriendo de la guarida de los aprendices.

—¿Puedes enseñarnos un movimiento de batalla, por si acaso?

Flor de Luna se acercó a ellos.

—No necesitarán ninguno. No van a luchar —maulló con firmeza.

Zarpa Nevada se erizó, pero antes de que pudiera responder, Bigotes Plumosos le acercó unas hierbas.

—Come estas —le ordenó—. Te darán fuerza.

Zarpa Azul olfateó sus hierbas y arrugó la nariz.

—Son amargas —advirtió él—. Pero el sabor no durará mucho.

Zarpa Azul sacó la lengua y lamió las hojas mientras Zarpa Nevada se comía las suyas. Tuvo una arcada cuando el sabor oscuro y agrio llegó a la parte posterior de su garganta, luego cerró los ojos y se obligó a tragar.

—¡Qué asco! ¡Puaj! Puaj! —cuando Zarpa Azul abrió los ojos, Zarpa Nevada daba vueltas frenéticamente, moviendo la lengua como una víbora.

El aullido de Estrella de Pino la hizo detenerse:

—Pluma de Ganso tiene más noticias.

Los ojos de Flor de Luna se abrieron de par en par.

—¿*Otro* presagio?

Pluma de Ganso asintió.

—Examiné el campañol en el claro de curandería y encontré una pizca de nébeda en su otro flanco.

—¿Está seguro de que no vino del suelo de su guarida? —Manto de Piedra murmuró en voz baja—. No está precisamente impecable ahí dentro.

Zarpa Azul lo miró con curiosidad. Seguramente su mentor no dudaba también del curandero.

Pluma de Ganso continuó.

—Ayer querían más orientación del Clan Estelar. Ahora la tienen. Nuestros ancestros guerreros nos dicen cómo podemos combatir la agresión del Clan del Viento.

—¿Con una pizca de nébeda? —los ojos de Flor de Luna eran redondos.

—Debemos llevar la batalla hasta su campamento —Pluma de Ganso anunció.

—¿Su campamento? —Manto de Piedra aplanó las orejas—. ¿Sabes lo peligroso que será eso?

—Ese es el consejo del Clan Estelar, no el mío —replicó Pluma de Ganso—. La nébeda me dice que la única forma de derrotar al Clan del Viento es destruir su suministro de hierbas.

Caída del Sol dio un paso adelante, con el pelaje erizado.

—Pero eso pondría en peligro a cachorros y veteranos. Cada Clan depende de su suministro de hierbas, especialmente cuando se acerca la estación sin hojas. Si lo destruimos, estaremos atacando a inocentes igual que a guerreros —la indignación llenó su maullido.

Leonino asintió.

—¿Qué clase de guerreros seríamos para hacer semejante truco de corazón de zorro?

Pluma de Ganso levantó la barbilla.

—Estaríamos vivos.

Estrella de Pino dio un paso pesado hacia adelante.

—Estoy de acuerdo en que parece duro, pero el Clan Estelar nos ha advertido que nos enfrentamos a la destrucción a menos que actuemos contra la agresión del Clan del Viento antes de que sea demasiado tarde. Si atacamos su suministro de hierbas, estarán debilitados durante lunas. El Clan del Trueno estará a salvo.

—¿Pero qué pasa si el Clan del Viento sufre un brote de tos blanca? —aventuró Bigotes Plumosos—. ¿Cómo tratará Corazón de Halcón a los enfermos? Los cachorros y los veteranos estarían indefensos.

Fauces de Víbora azotó su cola.

—¿Sacrificarías a nuestros cachorros y veteranos para salvar a los suyos? —exigió—. Si no atacamos ahora, el Clan del Trueno será destruido. ¿No vale la pena arriesgar unas pocas vidas del Clan del Viento para salvar todas las nuestras?

Estrella de Pino suspiró.

—Fauces de Víbora tiene razón —maulló—. Debemos seguir el consejo del Clan Estelar si queremos salvarnos.

—¿Así que atacaremos el campamento? —Manto de Piedra gruñó.

—Nuestro objetivo es la guarida de curandería. Ningún cachorro o veterano debe ser herido —Estrella de Pino entrecerró los ojos—. Pero sus suministros de hierbas deben ser destruidos.

Zarpa Azul se estremeció cuando otra ráfaga de viento rugía por el barranco y aullaba por el campamento.

—¿Crees que el tiempo es una señal? —se preguntó.

—Creo que ya hemos tenido suficientes señales por un día —Flor de Luna murmuró. De repente, dirigió su mirada amarilla a sus hijas—. ¡Prometan que se mantendrán alejadas de las peleas! Ya habrá tiempo para ser heroínas cuando sean más grandes y fuertes y estén mejor entrenadas, —sus ojos brillaron, y Zarpa Azul se encontró asintiendo.

—¿Zarpa Nevada?

Zarpa Nevada bajó la cabeza.

—De acuerdo.

Zarpa Azul vio que parte de la tensión abandonaba los hombros encorvados de su madre.

—No las dejan luchar, ¿eh? —Cola de Tormenta se acercó y le dio un toquecito en la oreja a Zarpa Azul con la punta de su cola—. La próxima vez, tal vez.

Flor de Luna le dirigió una mirada aguda.

—Esta va a ser una batalla peligrosa —le recordó.

La barriga de Zarpa Azul se enfrió.

—Nunca hemos atacado el campamento de un Clan antes —continuó Flor de Luna—. Lucharemos contra todo un Clan en un lugar que ellos conocen y nosotros no.

Cola de Tormenta le dio un toque en el hombro.

—Pero tendremos el elemento sorpresa —maulló—. Y lucharemos de cerca.

—Eso es lo que me preocupa.

—De cerca, la agilidad del Clan del Viento no contará para nada. La fuerza del Clan del Trueno tendrá la ventaja.

Zarpa Azul entrecerró los ojos. «*Eso no es lo que le dijiste a Cola Moteada*».

Flor de Luna bajó la mirada.

—Supongo.

—No te preocupes —Cola de Tormenta maulló—. Esta es una batalla que ganaremos.

—¡Guerreros del Clan del Trueno! ¡A mí!

El corazón de Zarpa Azul se estremeció cuando Estrella de Pino aulló hasta que su voz resonó en los árboles. El líder del Clan del Trueno agitó su cola en señal.

—¡Vamos!

El entusiasmo crepitó como un rayo mientras el grupo de invasión se dirigió hacia el túnel de aulagas que se balanceaba. Zarpa Azul sintió la brisa de sus pelajes y trató de tragar, pero su boca estaba demasiado seca. Zarpa Nevada y Flor de Luna se dirigieron tras ella.

—Vamos —Manto de Piedra empujó a Zarpa Azul hacia delante.

Zarpa Azul quería echar un último vistazo al campamento y miró hacia atrás mientras corría tras Zarpa Nevada. Había la luz suficiente para ver a Pequeño Cardo asomarse desde la maternidad, y luego desaparecer, con los ojos brillando de ira mientras era arrastrado de vuelta a la seguridad de las zarzas. Bigotes de Hierba se sentó junto a Patas Susurrantes como búhos entre las temblorosas ramas del árbol caído, mientras que Zarpa de Centón se paseaba por el oscuro claro. Leonino y Vuelo de Viento se subían a la Peña Alta, con las orejas agudas y los pelajes erizados, y Pluma de Ganso desaparecía en las sombras más allá del túnel de helechos.

—¡Pluma de Ganso no va a venir! —jadeó Zarpa Azul, alcanzando a Zarpa Nevada.

—Supongo que tiene que quedarse en su guarida, preparándose para cualquier gato herido —Zarpa Nevada supuso.

Sus palabras provocaron un escalofrío en Zarpa Azul. «*¡Herido!*».

—Pero *él* nos dijo que atacáramos —insistió. ¿No debería estar con ellos?

Manto de Piedra gruñó detrás de ella:

—Tal vez recibió una señal del Clan Estelar, advirtiéndole que se mantuviera alejado del peligro.

—Al menos tenemos a Bigotes Plumosos —llamó Flor de Luna por encima de su hombro mientras salían del túnel.

El aprendiz de curandero los seguía con un envoltorio de hojas en sus fauces. Zarpa Azul se preguntó qué hierbas contendría. Debían ser fuertes, porque podía oler su agudo aroma.

—¡Deprisa! —Manto de Piedra corrió a los talones de Zarpa Azul, apretando el paso.

El resto de la patrulla ya estaba cargando hacia el fondo del barranco. Zarpa Azul sintió una punzada de preocupación. ¿Podría subir la empinada pendiente en la oscuridad, con el viento aullando alrededor de las rocas? Siguió a Zarpa Nevada por el primer tramo de piedra, sintiendo a Manto de Piedra presionando detrás de ella. Él no la dejaría resbalar. Con las garras desenvainadas, trepó hacia arriba, siguiendo la corriente de gatos que pasaban como sombras sobre las piedras. Las hierbas de Bigotes Plumosos estaban funcionando. Sus músculos se sentían fuertes, y cada salto parecía llevarla más lejos de lo que había previsto. Su corazón se aceleraba, pero de emoción y no de miedo. Podía sentir la anticipación de sus compañeros de Clan. Hoy se conseguiría una gran victoria. Empujó hacia arriba, hasta que con un último salto llegó a la cima del barranco. Sin detenerse a respirar, se adentró en el bosque. Los troncos de los árboles se volvían borrosos a su alrededor mientras Zarpa Azul corría con su Clan, sorteando los arbustos a la luz del amanecer. El viento aullaba, agitando los árboles como si no fueran más que hierba, y sacudiendo sus grandes ramas hasta que llovían ramitas y hojas. Zarpa Azul pudo distinguir las manchas blancas del pelaje de Cola Moteada por delante, mientras destellaba entre los árboles. El pelaje de Caída del Sol era pálido en la penumbra, mientras que Fauces de Víbora, Estrella de Pino y Cola de Tormenta se mezclaban con las sombras, visibles solo por su movimiento, como el agua que fluye entre los juncos.

—Arroyo adelante —advirtió Flor de Luna.

Los gatos redujeron la velocidad, agrupándose, antes de saltar el agua brillante de uno en uno y alejarse a toda velocidad entre los árboles. Zarpa Azul se tensó al acercarse su turno. «*Mis piernas no son lo suficientemente largas*». Se tambaleó en el borde mientras Flor de Luna saltaba al otro lado; la gata gris plateada aterrizó delicadamente en el otro lado y se volvió para mirar hacia atrás.

—¡No es profundo! —animó, su maullido fue casi ahogado por el rugido del viento.

—¡Pero está mojado! —se lamentó Zarpa Azul.

Zarpa Nevada se agitó a su lado, con sus patas resbalando en la orilla embarrada.

Manto de Piedra dio un toque a Zarpa Azul por detrás.

—Vamos —le instó—. Lo conseguirás.

Zarpa Azul se concentró en la orilla más lejana y respiró hondo. Haciendo fuerza con los músculos, saltó. Manto de Piedra le dio un empujón con el hocico y Zarpa Azul estiró las patas delanteras, consiguiendo agarrar la orilla más lejana y trepar junto a Flor de Luna.

Zarpa Nevada estaba encorvada en la otra orilla, con los ojos muy abiertos mientras se preparaba para saltar.

—¡Puedes hacerlo! —llamó Zarpa Azul.

—¡Ya voy! —Zarpa Nevada saltó, pero su elegante salto se convirtió en una torpe caída cuando sus patas traseras patinaron sobre las hojas sueltas y cayó de vientre en el arroyo.

—¡Cagarrutas de ratón! —Zarpa Nevada se levantó con dificultad con el agua corriendo alrededor de sus patas, y luego se escabulló.

Zarpa Azul se agachó mientras Zarpa Nevada se sacudía el agua helada de su pelaje.

—Mala suerte —Manto de Piedra aterrizó ligeramente detrás de ellas.

—¡Deprisa! —ordenó Flor de Luna.

Sus compañeros de clan habían desaparecido en el bosque. Solo Manto de Gorrión había esperado. Estaba mirando desde los arbustos más adelante.

—Me preguntaba dónde se habían metido —maulló cuando lo alcanzaron. Vio el pelaje empapado de su aprendiza y sacudió la cabeza—. Correr te hará entrar en calor —le dijo antes de acelerar de nuevo.

Zarpa Azul luchó por recuperar el aliento mientras seguían hacia adelante. Al menos no estaba empapada hasta los huesos. La pobre Zarpa Nevada parecía una rata ahogada saltando a su lado. El viento frío empezaba a esponjar su pelaje, pero ni siquiera la carrera había impedido que los dientes de la aprendiza blanca como la nieve castañetearan.

Por fin divisaron a sus compañeros de Clan. Habían reducido la velocidad y caminaban en fila india. Los árboles se habían vuelto más delgados, y más allá de ellos Zarpa Azul vio un camino liso y ancho que serpenteaba a través del bosque, resplandeciendo con sombras brillantes. «*¡El río!*». Los alcanzaron y se unieron al final de la patrulla. El río era enorme, tan ancho como el campamento del Clan del Trueno, y se extendía interminablemente en cada dirección. Tanta agua, rodando y cayendo, casi negra mientras se arremolinaba entre las orillas.

Flor de Luna y Zarpa Nevada se adelantaron unos pasos. Zarpa Azul se quedó al lado de su mentor.

—Ese es el territorio del Clan del Río —Manto de Piedra asintió al otro lado del agua.

Zarpa Azul olfateó y percibió un olor a pescado que le era familiar desde la Asamblea. Se aferraba como la niebla a los arbustos.

—Ese olor son sus marcas —susurró Manto de Piedra—. Esta orilla también es territorio del Clan del Río, aunque rara vez cruzan cuando el agua está tan fría.

«*¿Cruzan?*».

—¿Nadan en eso? —Zarpa Azul había oído que los gatos del Clan del Río sabían nadar, pero no podía imaginarse que ningún gato tuviera el suficiente cerebro de ratón como para probar unas aguas que se agitaban de forma tan oscura e implacable por el bosque.

Manto de Piedra asintió.

—Como los peces.

Zarpa Azul se estremeció y miró entre los árboles de la orilla más lejana.

—¿Es éste el único camino al territorio del Clan del Viento? —respiró.

—Si queremos permanecer ocultos sí —explicó Manto de Piedra—. Si fuéramos por los Cuatro Árboles, nos descubrirían fácilmente.

El corazón de Zarpa Azul se aceleró.

—¿Y las patrullas del Clan del Río? —miró al río, esperando que un gato se arrastrara desde el agua oscura en cualquier momento.

—Demasiado temprano —Manto de Piedra sonaba confiado, pero no la miró y ella se preguntó si solo estaba tratando de calmarla.

Sintió un atisbo de alivio cuando el camino se adentró en el bosque, lejos de la orilla del agua. Pero su alivio no duró mucho. El sendero subía de forma empinada, con rocas que sobresalían entre los arbustos y árboles que se aferraban a la pendiente con raíces que se hundían en el suelo pedregoso. Al poco tiempo, Zarpa Azul oyó un rugido aún más estruendoso que el viento. Se puso en tensión.

—¿Qué es eso?

—El desfiladero —le dijo Manto de Piedra.

El ruido crecía a medida que su camino parecía llevarlos directamente hacia él.

—¿Qué es el *desfiladero*? —susurró Zarpa Azul, apenas queriendo saber.

—Donde el río cae desde el páramo y se corta entre dos acantilados de roca. El camino hacia el territorio del Clan del Viento pasa al lado.

«*¡Oh, Clan Estelar!*».

Más adelante pudo ver una brecha en los árboles donde el suelo del bosque parecía dividido en dos como si una garra gigante hubiera raspado un surco. Zarpa Azul desenvainó sus garras y se agarró a la tierra a cada paso, mientras Estrella de Pino guiaba a sus compañeros de Clan por un peligroso sendero al borde del desfiladero. Casi sin atreverse a respirar, se asomó al acantilado y vio un torrente de agua blanca, agitándose y hirviendo debajo de ella. Apartó la mirada y se centró en el pelaje familiar de Flor de Luna, siguiendo sus pasos y tratando de ignorar el agua que succionaba por debajo. Por fin, los escarpados acantilados se convirtieron en orillas fangosas y el río fluyó suavemente, serpenteando sin prisa entre árboles delgados y arbustos bajos y puntiagudos. Los gatos del Clan del Trueno salieron de la fila india y se agruparon, sus mantos se movían como uno solo, como la sombra de una nube que pasa sobre la tierra. A su alrededor, el amanecer bañaba el páramo con una suave luz amarilla. A lo lejos se alzaban unas colinas estériles y con manchas de aulagas.

Zarpa Azul saboreó el aire. El sabor del Clan del Río estaba siendo reemplazado por un olor más terrenal.

—¿Es ahí donde vamos?

Manto de Piedra asintió.

—Hemos cruzado la frontera con el Clan del Viento, —movió la cola hacia un desnivel en la tierra donde los arbustos ondulantes daban paso a los brezos mientras el suelo se elevaba y se convertía en un páramo.

Cuando la suave hierba se convirtió en una turba áspera y elástica, Estrella de Pino se volvió y le hizo una señal con la cola, pasándosela por el hocico. Zarpa Azul comprendió que a partir de ahora debían permanecer en silencio. Olió las marcas tan fuerte que pudo saborear el hedor almizclado y contaminado por la turba. «*Clan del Viento*».

Mientras subían por la ladera, la hierba corría como agua en el viento y Zarpa Azul volvió a imaginarse el pelaje del campañol, plano y extendido. La respiración se le atascó en la garganta cuando la tormenta aulló a su alrededor. Sus compañeros de Clan parecían repentinamente pequeños y frágiles contra el amplio páramo que se extendía por todos lados. Con las orejas gachas, siguieron caminando, desapareciendo y reapareciendo entre las franjas de brezo tembloroso.

—Sobresalgo como una flor en un charco de barro —susurró Zarpa Nevada. Tenía razón. Su pelaje blanco se veía extraño entre los colores terrosos del páramo.

—¡Shh! —Manto de Gorrión les siseó, y Zarpa Nevada agachó las orejas.

Las rocas comenzaron a salpicar la ladera, sobresaliendo de la tierra como dientes podridos. En la cima de la colina, el viento azotó con más fuerza el pelaje de Zarpa Azul, que sintió las primeras gotas de lluvia. Estrella de Pino se había detenido y miraba fijamente la hondonada que había delante. Zarpa Azul siguió su mirada hacia las rocas, los brezos y las aulagas.

—El campamento del Clan del Viento —le dijo Manto de Piedra al oído.

Zarpa Azul parpadeó. «*¿Dónde?*».

Estrella de Pino se dirigía hacia ellas. Bigotes Plumosos cayó a su lado y le hizo una seña a Brisa Veloz para que se uniera a ellos.

—¿Ven esa roca de allí? —maulló el líder del Clan del Trueno, señalando con la cabeza una piedra que sobresalía de la tierra, casi tan grande como la Peña Alta—. Ahí es donde esperarán —su mirada pasó de Zarpa Azul a Zarpa Nevada—. ¿Entienden?

Ambas asintieron.

—Bigotes Plumosos y Brisa Veloz esperarán con ustedes —Estrella de Pino miró por encima de su hombro—. Enviaré a un corredor si nos metemos en problemas. Sigan sus órdenes exactamente y sin rechistar.

La sangre rugió en los oídos de Zarpa Azul, bloqueando el aullido del viento. Esto era todo. La batalla estaba a punto de comenzar.

Siguió a Brisa Veloz, con sus patas pesadas como piedras, hasta el peñasco que Estrella de Pino había indicado. Era liso en un extremo, como si el viento lo hubiera frotado, pero afilado como dientes de zorro en el otro.

Zarpa Nevada caminó junto a ella.

—¿Crees que mandará a buscarnos?

Zarpa Azul se encogió de hombros. Quería ayudar a su Clan, pero esperaba que no necesitaran ayuda. Tal vez el Clan Estelar les daría una victoria incruenta. Bigotes Plumosos caminó detrás de ellas, con las mandíbulas aún agarrando el montón de hierbas. Las dejó caer cuando llegaron al refugio irregular de la roca. Zarpa Azul se agachó, aliviada de estar fuera del viento que los azotaba. Entonces recordó algo. «*No le deseamos buena suerte a Flor de Luna*». ¡Ni siquiera la había *mirado*!

Zarpa Azul salió corriendo de detrás de la roca, desesperada por ver los ojos amarillos de su madre una vez más, para saber que todo estaría bien, pero los gatos habían desaparecido por la subida.

—¡Vuelve aquí! —el maullido de Brisa Veloz fue feroz, y Zarpa Azul sintió un tirón en su cola.

—Solo quería decir… —Zarpa Azul trató de defenderse.

—Esto es una batalla —gruñó Brisa Veloz—. Sigues las órdenes.

Zarpa Azul se quedó mirando sus patas.

Brisa Veloz suspiró, y su tono se suavizó cuando volvió a hablar.

—Es por tu propia seguridad y la de tu Clan.

Esperaron sin palabras mientras el aire se volvía más ligero. Un pájaro se levantó del brezo y luchó contra el viento. Zarpa Azul miró a Zarpa Nevada, preocupada por la oscuridad que ensombrecía la mirada de su hermana. Los gatos del Clan del Viento se estarían levantando ahora, saliendo de sus lechos, sin saber la furia que estaba a punto de desatarse sobre ellos. Sintió una punzada de compasión por ellos, pero entonces recordó la profecía de Pluma de Ganso. El Clan del Viento debía ser derrotado si el Clan del Trueno iba a sobrevivir. Era una batalla que había que librar. Ese pensamiento le levantó el ánimo, y alzó la barbilla. Recordando lo que había aprendido mientras recogía musgo, dio unos cuantos golpes al aire, imaginando que estaba luchando contra un guerrero del Clan del Viento.

Zarpa Nevada soltó un ronroneo.

—¡Parece que estás recogiendo telarañas!

—¡A ver si lo haces mejor! —Zarpa Azul desafió.

—¡Silencio! —ordenó Brisa Veloz, y Zarpa Azul se sentó con culpabilidad.

La guerrera atigrada y blanca se esforzaba por escuchar por encima del viento. La lluvia caía con más fuerza, fría y afilada como el hielo contra el suave pelaje de Zarpa Azul. ¿Cómo soportaba el Clan del Viento vivir allí arriba sin el refugio del bosque? Deseaba estar allí ahora, a salvo bajo el dosel mientras la tormenta arreciaba en las copas de los árboles. Un chillido de advertencia rasgó de repente el aire, y el páramo pareció explotar con furiosos aullidos y gritos que se elevaron por encima del viento. Los ojos de Zarpa Azul se abrieron de par en par mientras la conmoción la invadía. Reconoció el chillido agresivo de Fauces de Víbora y el lamento agónico de Cola Moteada. Mirando a Bigotes Plumosos, Zarpa Azul vio que el aprendiz de curandero había cerrado los ojos y murmuraba para sí mismo; las palabras salían rápidamente de su boca,

susurradas en voz demasiado baja para poder oírlas. ¿Estaba rezando al Clan Estelar? Zarpa Azul se acercó, esforzándose por escuchar.

—Consuelda para los huesos, telaraña para las hemorragias, ortiga para la hinchazón, tomillo para la conmoción…

Estaba recitando curas para las heridas de batalla.

La realidad la golpeó como una ráfaga de viento salvaje. Ahí abajo en el campamento, había sangre fluyendo. Guerreros luchaban entre sí con las garras desenvainadas y los dientes al descubierto. Zarpa Azul miró fijamente a Zarpa Nevada. Su hermana tenía el pelaje erizado, sus orejas se estiraban para escuchar cada sonido.

—¿Ese fue Manto de Gorrión? —respiró mientras un furioso aullido se extendía por el viento.

Otro chillido espantoso fue la respuesta.

Zarpa Azul empezó a temblar. Parecía Manto de Piedra. ¿Estaba atacando o tratando de defenderse? Un chillido tras otro rasgó el aire tormentoso hasta que Zarpa Azul se sintió mal por el ruido.

—¿No podemos hacer nada? —suplicó a Brisa Veloz.

—Debemos esperar —Brisa Veloz respondió en tono sombrío.

La guerrera sacudió la cabeza mientras unos pasos se acercaban a ellos. Zarpa Azul se giró, esperando ver a una patrulla del Clan del Viento deslizándose por la esquina. Se preparó para enfrentarse a ellos, con los pelos erizados

Pero era Ala de Petirrojo.

—¡Vengan rápido! —siseó—. ¡Zarpa de Leoparda ha sido herida!



CAPÍTULO 9

Brisa Veloz se puso rígida, con las orejas gachas.

—¿Zarpa de Leoparda?

—Herida de garra —le dijo Ala de Petirrojo—. Está sangrando mucho. Hay que llevársela, y no podemos prescindir de ninguno de los guerreros que están luchando.

Brisa Veloz asintió, y su mirada redonda se endureció.

—Ven con nosotros —ordenó a Zarpa Azul.

—Yo debería ir —Bigotes Plumosos recogió sus hierbas.

—No —Brisa Veloz negó con la cabeza—. No podemos arriesgarnos a que te lastimen.

—¿Y qué hay de mí? —Zarpa Nevada se ofreció, con los ojos brillantes.

—Un aprendiz será suficiente —Brisa Veloz le lanzó a Zarpa Nevada una mirada que no discutió. En lugar de eso, retrocedió, bajando la cabeza.

—Esperaré con Bigotes Plumosos.

—Quédate cerca —dijo Brisa Veloz a Zarpa Azul. Salió corriendo de la roca tras Ala de Petirrojo y se adentró en la lluvia torrencial.

Zarpa Azul entornó los ojos y se mantuvo tan cerca del flanco de Brisa Veloz como pudo, sintiéndola con sus bigotes y su pelaje cuando la lluvia la cegaba. La hierba estaba resbaladiza bajo sus patas, y su cola era azotada sobre su espalda por el viento. Sin previo aviso, Brisa Veloz se detuvo. Zarpa Azul se deslizó hasta detenerse a su lado. Parpadeando, vio que el suelo caía frente a ella. Una pendiente pronunciada conducía a un

muro de zarzas, mucho más grueso que las aulagas que llevaban al campamento del Clan del Trueno. Al otro lado de las zarzas, el suelo se aplanaba. Los olores eran mucho más fuertes ahora, y Zarpa Azul sabía que este debía ser el campamento del Clan del Viento, con su claro central abierto al cielo.

Con los ojos muy abiertos por el horror, Zarpa Azul observó la batalla. Los gritos y aullidos rasgaban el viento aullante. La sangre manchaba el suelo y hacía espuma en charcos rojos, enjabonados por la lluvia. Pelos, pesados por la carne, volaban en grupos y se enganchaban en las zarzas. Zarpa Azul entrecerró los ojos, tratando de distinguir qué gato era cada uno de sus compañeros de Clan. ¡Allí! Fauces de Víbora estaba empujando a un gato del Clan del Viento con las patas traseras agitadas, solo para ser atacado por dos guerreros más; sus garras brillaban y sus dientes estaban al descubierto. Se retorció repentinamente para proteger su vientre, defendiéndose de uno con sus masivos hombros, pero el otro se aferró a él, y Fauces de Víbora aulló cuando las garras del guerrero le arrancaron trozos de pelo. Al otro lado del claro, Caída del Sol y Manto de Gorrión luchaban lado a lado, de espaldas a las zarzas. Daban tajos y arañazos a los cuatro gatos del Clan del Viento que iban hacia ellos en un asalto despiadado, rastrillando los hocicos de los guerreros del Clan del Trueno, golpeando sus patas hasta que el suelo a su alrededor se tiñó de rojo. Cola Moteada chilló cuando dos gatos del Clan del Viento se lanzaron sobre ella, con los ojos desorbitados. Su grito hizo que Cola de Tormenta se diera la vuelta desde donde luchaba, pata a pata, con un guerrero del Clan del Viento. Lanzó a su oponente con un gran golpe y corrió a ayudar a su compañera de Clan. Cola de Tormenta empujó a un guerrero con el hombro, haciéndolo caer a un lado, antes de hundir sus dientes en el manto atigrado del otro. El atigrado soltó un grito agónico que atravesó el vientre de Zarpa Azul. Mientras los ojos de Cola de Tormenta ardían y la sangre del Clan del Viento brotaba de su boca, ella se recordó a sí misma que su padre solo estaba siendo un guerrero valiente, defendiendo a su compañera de Clan.

—¡Vamos! —la aguda orden de Brisa Veloz sacó a Zarpa Azul de su horror congelado, y se deslizó por la pendiente después de su compañera de Clan y se sumergió a través de la pared de zarzas enmarañadas.

Podía sentir su hocico sangrando por las espinas cuando irrumpió en el claro tras Brisa Veloz y corrió hacia donde yacía Zarpa de Leoparda. Una larga herida se extendía a lo largo del flanco de la aprendiza, mostrando carne rosa brillante bajo su pelaje negro. Brisa Veloz agarró a

Zarpa de Leoparda por el pescuezo y empezó a arrastrar a su hija por el claro hacia un hueco en las zarzas. Zarpa Azul trató de ayudar, empujando a Zarpa de Leoparda con su nariz, pero la aprendiza se zafó.

—¡Puedo caminar! —jadeó, retorciéndose y arañando el suelo.

Brisa Veloz la dejó encontrar sus patas, pero tan pronto como soltó a su hija, Zarpa de Leoparda se desplomó, con sus piernas demasiado temblorosas para sostenerla. Brisa Veloz la agarró de nuevo, y Zarpa de Leoparda se tambaleó hacia el borde del claro. Zarpa Azul la siguió, con la nariz llena de olor a sangre, miedo y pelaje desgarrado.

—¡El Clan del Trueno trajo cachorros! —un guerrero del Clan del Viento de color gris miraba fijamente a Zarpa Azul.

Zarpa Azul se detuvo y gruñó al guerrero.

—¡Yo no soy no soy una *cachorra*!

El guerrero del Clan del Viento avanzó hacia ella, con sus ojos brillantes.

—Entonces muéstrame tus movimientos de batalla, joven guerrera.

El miedo la atravesó. No conocía ninguno. Solo llevaba dos amaneceres como aprendiza. Luchó contra el impulso de retroceder. «*¡Nací una guerrera!*», se dijo a sí misma. Pero sus piernas no dejaban de temblar mientras el gato del Clan del Viento avanzaba, con sus bigotes crispados mientras desenvainaba sus garras.

—¡Corazón de Halcón! —una voz sonó en el claro.

Zarpa Azul reconoció a Estrella de Brezo, la líder del Clan del Viento. Estaba en el centro de la lucha, con el pelaje erizado y los ojos azules muy abiertos. Su mirada feroz estaba fijada en el guerrero de color gris.

—¡Vuelve a atender a los heridos como se supone que debes hacer! —ordenó.

Corazón de Halcón gruñó a Zarpa Azul.

—Parece que vas a tener que esperar un poco más para tener tu primera cicatriz de batalla —se mofó antes de darse la vuelta.

—¡Zarpa Azul! —Brisa Veloz se esforzaba por llevar a Zarpa de Leoparda a través de la estrecha brecha entre las zarzas en el borde del claro.

Zarpa Azul se apresuró a ayudar, empujando a Zarpa de Leoparda desde atrás mientras Brisa Veloz la guiaba por la pendiente y hacia afuera del campamento.

—¿Corazón de Halcón es un curandero o un guerrero? —Zarpa Azul resopló mientras Zarpa de Leoparda cojeaba sobre la cima de la subida.

—Solía ser el guerrero más feroz de Clan del Viento hasta que el Clan Estelar lo llamó para ser curandero —Brisa Veloz se había detenido para recuperar el aliento y dejar que Zarpa de Leoparda descansara mientras olfateaba su herida—. Es solo una herida poco profunda y un pelaje desgarrado —maulló Brisa Veloz, el alivio inundó su maullido.

Bigotes Plumosos ya estaba saltando por la hierba hacia ellas, con su pelaje manchado por la lluvia, y con Zarpa Nevada pisándole los talones. Dejó caer su montón de hierbas y desenrolló el envoltorio de hojas, sacando un fajo de telarañas con los dientes y extendiéndolo sobre la herida de Zarpa de Leoparda con sus cuidadosas garras. Zarpa Azul miró hacia atrás, hacia la batalla que aún se libraba abajo. Desde la cima de la colina podía ver todo el claro. Cola de Tormenta y Cola Moteada luchaban ahora lado a lado. Orejitas y Ala de Petirrojo también se habían unido, atacando con sus garras al mismo tiempo. ¿Acaso los gatos del Clan del Viento eran tan feroces que los guerreros del Clan del Trueno no podían enfrentarse a ellos solos?

¿Dónde estaba Flor de Luna?

A Zarpa Azul se le heló la sangre. No había visto a su madre, ni siquiera una vez.

—¡Corazón de Halcón! —una voz del Clan del Viento se elevó desde un extremo del claro—. ¡Hay gatos del Clan del Trueno en tu guarida!

Zarpa Nevada se estiró para ver mejor por encima del muro de zarzas.

—¡Consiguieron llegar a los suministros de hierbas! —maulló triunfante.

—¡Cállate y sujeta esto! —Bigotes Plumosos ordenó, presionando la pata delantera blanca de la aprendiza sobre un extremo de la telaraña.

Mientras su hermana ayudaba a curar la herida de Zarpa de Leoparda, Zarpa Azul contemplaba el claro. Sentía el pelaje frío y punzante: Algo iba mal. Corazón de Halcón ya se alejaba del atigrado del Clan del Viento al que había estado atendiendo. Se dirigía a un túnel donde la tierra se hundía entre las zarzas. «*Esa debe ser la guarida de curandería*». Dos guerreros del Clan del Viento se dirigían al interior, desapareciendo con un movimiento de sus colas. Corazón de Halcón se detuvo en la apertura y se agachó, con los ojos entrecerrados y la cola agitándose de un lado a otro.

Bigotes Plumosos terminó de alisar la telaraña a lo largo de la herida de Zarpa de Leoparda.

—Ayúdame a guiarla de vuelta a la roca —le dijo a Zarpa Nevada—. Está más resguardado ahí, y necesitaremos ayuda para llevarla de vuelta al campamento.

Zarpa Nevada comenzó a facilitar a Zarpa de Leoparda y a alejarla del borde de la hondonada, pero Zarpa Azul no podía moverse. Miraba fijamente a Corazón de Halcón, incapaz de tragar. Un chillido sonó desde el interior de la guarida y Manto de Piedra salió corriendo, con la sangre saliendo de un corte en el hombro y un guerrero del Clan del Viento acuchillando su cola. Luego llegó Flor de Luna, perseguida por otro guerrero; su pelaje gris estaba manchado y moteado de hierbas desgarradas.

Zarpa Azul se quedó helada.

Cuando Flor de Luna salió disparada de la guarida, Corazón de Halcón se abalanzó sobre ella y la arrebató con sus poderosas patas delanteras, y luego la arrojó como una presa por el claro. Zarpa Azul vio la conmoción en la cara de su madre cuando aterrizó con fuerza y luchó por ponerse de pie. Pero no fue lo suficientemente rápida. Corazón de Halcón se abalanzó sobre ella, rasgándola con sus dientes y garras. «*¡No! ¡Detente!*». ¿Dónde estaba Cola de Tormenta? Zarpa Azul miró frenéticamente a su alrededor, moviendo la cabeza de un lado a otro. Seguramente rescataría a Flor de Luna como había rescatado a Cola Moteada. Pero el guerrero gris seguía luchando al lado de la gata más joven, derrotando a un guerrero del Clan del Viento tras otro.

Flor de Luna estaba sola.

Zarpa Azul jadeó cuando su madre se separó de Corazón de Halcón y le asestó un golpe abrasador en el hocico. Pero el curandero ni siquiera se tambaleó. En lugar de eso, se abalanzó de nuevo y, agarrando a Flor de Luna por el cuello, la envió derrapando por el claro bañado en sangre.

—¡Noooooooo! —gritó Zarpa Azul. Saltó hacia adelante, a punto de lanzarse por la pendiente, pero los dientes de Brisa Veloz se hundieron en su cola y la arrastraron hacia atrás.

—¡No bajes por ahí! —advirtió Brisa Veloz con las mandíbulas apretadas.

—¡Pero Flor de Luna está herida! —Zarpa Azul miraba a su madre, sin moverse en el suelo húmedo, la lluvia lavaba su pelaje.

—Solo está aturdida —Brisa Veloz maulló—. Se levantará en un momento.

—¡Ella no *tiene* un momento!

Debajo de ellas, Corazón de Halcón estaba avanzando hacia Flor de Luna con los labios curvados en un gruñido.

—¡Tenemos que ayudarla! —Zarpa Azul estaba sin aliento por el pánico mientras intentaba zafarse del agarre de Brisa Veloz.

De repente, la llamada de Estrella de Pino se elevó por encima del chillido de la batalla.

—¡Clan del Trueno, retirada!

«*¡Gracias al Clan Estelar!*».

El alivio inundó a Zarpa Azul cuando Corazón de Halcón se detuvo en sus pasos y los otros guerreros dejaron de luchar y se sentaron sobre sus ancas, mirando fijamente al líder del Clan del Trueno. El silencio cayó como la noche sobre el campamento, excepto por el golpeteo de la lluvia y el viento que silbaba por el páramo. Estrella de Brezo se sacudió la lluvia de los bigotes y caminó lentamente hacia Estrella de Pino. La oreja del líder del Clan del Trueno estaba desgarrada y la sangre manchaba su pelaje marrón rojizo. Se encontró con la mirada azul de Estrella de Brezo con una mirada hueca y pareció estremecerse cuando ella habló.

—Este ataque fue injusto —escupió—. El Clan Estelar nunca te habría dejado ganar.

Estrella de Pino no respondió.

—Toma a tus heridos y vete —el gruñido de Estrella de Brezo estaba bordeado de desprecio.

Estrella de Pino parpadeó y bajó la cabeza. Los guerreros del Clan del Trueno comenzaron a dirigirse a la entrada del campamento, con las colas bajas y las cabezas inclinadas. Ala de Petirrojo cojeaba mucho y Caída del Sol, sangrando por la mejilla, se apretaba contra ella para ayudarla a caminar. Orejitas se levantó con dificultad, con los flancos agitados, y se paseó inseguro por el claro hasta que Manto de Gorrión se apresuró a guiarlo. Manto de Piedra se lamió un corte en el hombro antes de cojear hacia la entrada. Los ojos de Fauces de Víbora brillaban de rabia e ignoró los siseos de los guerreros del Clan del Viento mientras pasaba junto a ellos. Cola Moteada se apoyó en los anchos hombros de Cola de Tormenta, con hilos de sangre alrededor de los ojos.

Zarpa Azul miraba fijamente a su madre, esperando que se pusiera de pie.

—Tengo que ayudar a Flor de Luna —se separó de Brisa Veloz. El terror subía en su pecho. No iba a dejar que Corazón de Halcón la tocara de nuevo.

Bajó la pendiente, empujando a los aturdidos gatos del Clan del Viento. Intentó no hacer una mueca de dolor cuando sus patas chapotearon en los charcos empapados de sangre.

—¡Zarpa Azul! ¡Espera! —Brisa Veloz la perseguía, con su maullido suplicante cuando Zarpa Azul se detuvo junto a su madre.

Flor de Luna tenía los ojos entreabiertos.

«*¡Gracias, Clan Estelar!*».

—¡Flor de Luna! ¡Flor de Luna! —Zarpa Azul empujó a su madre con la nariz, esperando que su cuerpo flácido retrocediera. Pero Flor de Luna solo se echó hacia atrás. Zarpa Azul miró desesperadamente a los ojos de su madre—. ¡Soy yo, Zarpa Azul! —esperaba verlos brillar con el reconocimiento, pero estaban apagados, llenos de las nubes que surcaban el cielo.

—Zarpa Azul —el suave maullido de Estrella de Pino sonó sobre su hombro. Se giró y lo miró.

—¿Por qué no se levanta? —se lamentó Zarpa Azul.

Estrella de Pino sacudió la cabeza.

—Está muerta, Zarpa Azul.

—No puede estarlo —Zarpa Azul se retorció hacia su madre, presionando sus patas contra sus flancos y sacudiéndola—. No puede estar muerta. Estábamos luchando contra guerreros, no proscritos o solitarios. ¡Los guerreros no matan sin una razón!

Corazón de Halcón gruñó y Zarpa Azul levantó la vista para ver al curandero del Clan del Viento agazapado a una cola de distancia.

—Intentó destruir nuestro suministro de hierbas —gruñó—. Esa fue una razón suficiente.

—¡Pero el Clan Estelar nos *dijo* que lo hiciéramos! —Zarpa Azul miró a Estrella de Pino con desesperación—. No teníamos otra opción —buscó la mirada de Estrella de Pino—. Nos dijeron eso, ¿o no? Pluma de Ganso dijo eso.

Corazón de Halcón resopló y se puso de pie.

—¿Arriesgaron tanto por la palabra de Pluma de Ganso? —con un movimiento de su cola, se dio la vuelta y se alejó.

—¿A qué se refiere? —susurró Zarpa Azul. ¿Todo esto había sido para nada? Flor de Luna no podía estar muerta. La joven aprendiza comenzó a empujarla de nuevo con el hocico—. ¡Levántate! —le rogó—. Fue todo un error. No tienes que estar muerta.

Sintió la suave pata de Brisa Veloz tirando de ella mientras Estrella de Pino avanzaba y agarraba a Flor de Luna por el pescuezo. En silencio, el líder del Clan del Trueno arrastró a su compañera de Clan muerta a través del fangoso claro. Zarpa Azul se separó de Brisa Veloz y corrió a su lado, presionando su hocico contra el pelaje empapado de su madre. Todavía olía a Flor de Luna, a suavidad y a maternidad. «*¡Vuelve! ¡Ibas a llevarnos al bosque a buscar musgo para nuestros lechos! ¡Lo prometiste!*».

—¿Flor de Luna? —el maullido asustado de Zarpa Nevada sonó desde lo alto de la ladera cuando salieron de las zarzas. La aprendiza blanca medio corrió, medio se deslizó por la ladera y comenzó a lamer el pelaje de Flor de Luna—. ¿Está malherida? —preguntó entre lametones—. Bigotes Plumosos está atendiendo a Orejitas. ¿Debo llamarlo?

Zarpa Azul miró sin comprender a su hermana.

—Está muerta —susurró.

—¡No! —el lamento de Zarpa Nevada terminó en un quejido mientras sus patas se doblaban debajo de ella.

Mientras Estrella de Pino subía a duras penas por la ladera, todavía cargando a Flor de Luna, Zarpa Azul se dejó caer sobre su vientre y enterró su nariz en el pelaje blanco de su hermana.

—Prometió que no nos dejaría —se lamentó Zarpa Nevada.

—Está bien —Zarpa Azul mintió, haciendo acopio de toda la fuerza que pudo encontrar—. Yo cuidaré de ti ahora.

Zarpa Nevada le lanzó una mirada furiosa.

—No necesito que me cuiden. Necesito a Flor de Luna —se levantó de un salto y se lanzó a la ladera tras Estrella de Pino.

Zarpa Azul la vio partir. «*Te cuidaré de todos modos*», juró.

Vio que el pelaje de Cola de Tormenta desaparecía en la cima de la ladera. ¿Se había dado cuenta de que Flor de Luna había muerto? Esperó que su corazón se retorciera de dolor, pero no sintió nada. La determinación la invadió. Cuidaría de Zarpa Nevada, y cuidaría de su Clan. Nunca perdería a otro gato que le importara, no así. Se puso de pie y siguió a sus compañeros de Clan por la ladera, con el corazón palpitando en su pecho.

La lluvia amainó cuando cruzaron el páramo hacia la frontera con los Cuatro Árboles. Cuando el destrozado Clan pasó por debajo de los cuatro robles gigantes, el viento bajó y sus ramas se quedaron quietas. ¿Era el silencio enviado por el Clan Estelar? ¿Era una desaprobación, una condena del ataque? «*¿Están de luto por Flor de Luna?*». Zarpa Azul miró hacia arriba a través de las pesadas ramas, su corteza empapada de negro. De repente sintió la soledad como una espina en su corazón. Encorvó los hombros y caminó tras sus compañeros de Clan hacia casa.

Zarpa de Leoparda cojeaba, pero las telas de araña le habían frenado la hemorragia. Cola Moteada seguía apoyada en Cola de Tormenta, y su mirada no se apartaba de ella. Fauces de Víbora y Brisa Veloz ayudaban a Estrella de Pino a soportar el peso del cuerpo de Flor de Luna. Bigotes Plumosos caminaba junto a Orejitas, sin perder de vista al inestable

guerrero. Zarpa Nevada le seguía, arrastrando la cola por el suelo, cubierta de barro. Zarpa Azul se preguntaba si debía alcanzarla, pero no se le ocurría nada que decir que pudiera hacer sentir mejor a ninguna de las dos.

Manto de Piedra se detuvo y miró hacia atrás; sus ojos se encontraron con los de ella, rebosantes de simpatía. No dijo nada, sino que esperó a que ella se pusiera a su altura, y luego se puso a su lado, acercándose lo suficiente como para compartir su calor, pero sin tocarse. El corte en su hombro aún manaba sangre. «*Debe ser profundo*».

—¿Bigotes Plumosos chequeó tu herida? —preguntó Zarpa Azul.

Se sorprendió de lo firme que fe su voz al responder:

—Puede esperar hasta que volvamos al campamento.

Se quedaron en silencio una vez más mientras entraban en el refugio del bosque y seguían el camino de vuelta al campamento.

Para cuando Zarpa Azul entró en el claro, Vuelo de Viento y Manto Borroso estaban rodeando a sus compañeros de Clan maltrechos y heridos, con los mantos erizados por la alarma. Cola Pintada salió corriendo de la maternidad y saludó a Orejitas con un maullido preocupado, olfateando su pelaje para comprobar sus heridas.

Pluma de Ganso salió de la guarida de los curanderos, bostezando.

—¿Cómo les fue? —sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa cuando Estrella de Pino dejó a Flor de Luna en el suelo frente a él y dio un paso atrás.

—No sé si logró destruir sus suministros antes de morir —gruñó.

Pluma de Ganso abrió la boca pero no salió ninguna palabra.

—¡La mataste! —el chillido de Brisa Veloz tomó a Zarpa Azul por sorpresa, y se estremeció cuando la gata se abalanzó sobre Pluma de Ganso y lo tiró al suelo, siseando en su cara—. ¡Esta vez uno de tus ridículos presagios mató a uno de tus compañeros de Clan!

—¡Para! —llamó Estrella de Pino.

Pero Brisa Veloz ya había levantado la pata, con las garras desenvainadas. Fauces de Víbora y Leonino salieron corriendo del claro y arrastraron a Brisa Veloz lejos del curandero conmocionado. La retuvieron mientras Pluma de Ganso se ponía de pie y se sacudía el pelaje.

Canto de Alondra, Patas Susurrantes y Bigotes de Hierba se habían aventurado desde las enmarañadas ramas del árbol caído.

—¿Perdieron? —Canto de Alondra sonaba como si apenas pudiera creer lo que veía.

Estrella de Pino asintió.

—Tuvimos que retirarnos… y Flor de Luna está muerta.

Un lamento de dolor llegó desde el exterior de la maternidad. Amapola del Amanecer corrió hacia el cuerpo de Flor de Luna y se agachó sobre ella, enterrando su nariz en su pelaje.

—¿Qué pasa? —Pequeño Cardo, Pequeña Dulce y Pequeña Rosal corrieron detrás de ella y se detuvieron al ver a su madre llorando sobre el cuerpo sin vida de Flor de Luna.

Pequeña Dulce dirigió sus grandes y redondos ojos a Zarpa Azul.

—¿Está realmente… muerta? —dijo.

Zarpa Azul le devolvió la mirada, con las palabras atascadas en la garganta. Miró a Zarpa Nevada, pero su hermana estaba mirando al suelo.

Manto de Piedra se adelantó y miró a Pluma de Ganso.

—¡Nunca deberíamos haber sido enviados a la batalla!

—Solo estaba interpretando las señales del Clan Estelar —se defendió Pluma de Ganso con calma.

—Quizás deberías aprender a interpretar el tiempo en lugar de las presas —Ala de Petirrojo se adelantó a Estrella de Pino para unirse a Manto de Piedra—. ¿Habría bendecido el Clan Estelar una batalla con una tormenta como esa?

Caída del Sol entrecerró los ojos, su mirada se dirigió a Fauces de Víbora y Cola de Tormenta.

—Tal vez Pluma de Ganso estaba más dispuesto a satisfacer los deseos de sus compañeros de Clan que los del Clan Estelar.

Estrella de Pino se dirigió al frente con los hombros.

—¡Suficiente! —gruñó—. Pluma de Ganso no tiene la culpa de nuestra derrota. Todos los guerreros arriesgan sus vidas por el bien del Clan. Es parte del código guerrero. Nuestros heridos necesitan atención. ¡Discutir no los ayudará!

Bigotes Plumosos se apresuró a avanzar.

—Traeré más suministros. —Desapareció por el túnel de helechos, seguido rápidamente por Pluma de Ganso.

—Puedes esconderte de tus compañeros de Clan —murmuró Brisa Veloz en voz baja—. Será el Clan Estelar quien te juzgue.

Zarpa Azul sintió que le temblaban las patas. No podía deshacerse de la persistente sospecha de que Pluma de Ganso había causado la muerte de su madre. Mientras los gatos heridos cojeaban hacia el claro de curandería, Cola Pintada y Amapola del Amanecer recogían menta de un parche junto a la maternidad y arrancaban romero de al lado de la guarida de los guerreros. Zarpa Azul observó, helada hasta los huesos, cómo las dos reinas empezaban a frotar el cuerpo de su madre con las hierbas. Canto de

Alondra y Bigotes de Hierba se unieron a ellas, metiendo las patas de Flor de Luna bajo ella y lamiendo su pelaje.

—¿Te vas a quedar para la vigilia? —el suave maullido de Cola Pintada despertó a Zarpa Azul de su trance de dolor.

Las reinas y los veteranos habían terminado su tarea, y el cuerpo de Flor de Luna yacía en el centro del claro, tan liso y tranquilo como si solo estuviera durmiendo. Las nubes de lluvia se estaban despejando y el sol descansaba en las copas de los árboles, tiñéndolas de rosa. El pelaje de Flor de Luna brillaba de color plata. Con una punzada de dolor tan fuerte que tuvo que luchar por respirar, Zarpa Azul recordó la primera vez que abrió los ojos y se sorprendió de la belleza de su madre. Cómo deseaba estar de vuelta en el lecho ahora, escuchando la respiración constante de Flor de Luna, esperando que se despertara.

—¿Te vas a quedar para la vigilia? —repitió Cola Pintada.

La rabia estalló en el vientre de Zarpa Azul.

—¿Por qué tuvieron que hacer que pareciera que está dormida? ¡Está muerta! —Miró fijamente a Zarpa Nevada, pero los ojos de ésta estaban apagados por la pena.

Caída del Sol salió de la sombra debajo de la Peña Alta y puso su cola sobre los hombros de Zarpa Azul.

—Nadie está tratando de fingir que Flor de Luna sigue viva. Ahora camina con nuestros ancestros, en el Clan Estelar. Pero sigue observándote, tan de cerca como siempre lo hizo. Nunca te dejará, Zarpa Azul.

Zarpa Azul se apartó de él.

—Ella me ha *abandonó* No quiero que esté en el Clan Estelar. Quiero que esté aquí, donde pueda verla y hablar con ella.

Caída del Sol la miró fijamente.

—La verás en tus sueños, te lo prometo.

Sofocando el gemido que se elevó en su garganta, Zarpa Azul se agachó junto al cuerpo de Flor de Luna. Zarpa Nevada se unió a ella, acurrucándose tan cerca que sus mantos se tocaron. Juntas presionaron sus narices en la piel de su madre. La menta y el romero le habían robado su olor familiar, y el dolor en el corazón de Zarpa Azul se hizo más agudo. Las sombras se alargaron a su alrededor a medida que sus compañeros de Clan se unían a la vigilia. Zarpa Azul sintió el calor de sus cuerpos, aún más perceptible junto a la frialdad de Flor de Luna. Apretó más el hocico contra el costado de su madre, deseando encontrar un poco de calor restante en su pelaje. Pero Flor de Luna estaba tan fría como la tierra.

«Dijiste que siempre estarías aquí conmigo. ¿Por qué tuviste que morir?».



CAPÍTULO 10

«*¡Cagarrutas de ratón!*».

Zarpa Azul se soltó de la corteza y se deslizó hacia atrás por el tronco del árbol. La ardilla había sido demasiado rápida para ella y ya estaba desapareciendo entre las ramas más altas, enviando ráfagas de nieve a la patrulla de caza.

Caída del Sol se agachó.

—No te preocupes —le dijo—. Las ardillas siempre van a ser más rápidas en la nieve espesa porque soporta su peso.

«*¡Bueno, obviamente!*». Zarpa Azul deseaba que Manto de Piedra siguiera siendo su mentor. Nunca la había tratado como una cerebro de ratón. Pero se había retirado a la guarida de los veteranos cuando su herida de la batalla con el Clan del Viento no se curó bien, y ahora ella estaba atrapada con Caída del Sol. Amapola del Amanecer seguía diciéndole que era un honor tener como mentor al lugarteniente del Clan, pero Zarpa Azul no estaba convencida de que fuera tan buen mentor.

«*Si hubiera acechado mejor a esa ardilla la habría atrapado*». Era el único olfato de presa que habían tenido en toda la mañana, y ella lo había dejado escapar. Mientras retrocedía en la nieve densamente amontonada alrededor de las raíces del árbol, el maullido de Zarpa Nevada sonó en el bosque amortiguado.

—¡Sé cómo podemos sacar a las presas de sus guaridas!

—¿Llamándolas? —Zarpa Azul maulló con sarcasmo. ¿Aún no había aprendido su hermana a mantener la voz baja?

—¿Cómo? —Manto de Gorrión le hizo una seña a su aprendiza para que se acercara, y Zarpa Nevada se deslizó como una liebre por la nieve hasta llegar a su lado, dejando un rastro con su barriga en el suave polvo blanco.

Zarpa de León saltó a la raíz junto a Zarpa Azul. Llevaba solo media luna como aprendiz, pero ya era tan grande como ella y tenía la típica arrogancia de una "zarpa" nueva. Había cazado dos ratones, nunca había visto una batalla, y actuaba como si ser un aprendiz fuera lo mejor del mundo. Zarpa Azul encorvó los hombros cuando se acomodó a su lado. ¿No podía sentarse junto a su mentor y dejarla en paz?

—Me pregunto cuál es su idea —maulló Zarpa de León.

—¿A quién le importa? —Zarpa Azul olfateó—. Probablemente ya ha asustado a todas las presas de por aquí para que vuelvan a sus madrigueras.

—No seas gruñona —Zarpa de León la empujó suavemente—. Zarpa Nevada tiene buenas ideas.

Zarpa Azul se frotó la nariz con una pata, tratando de calentarla.

—Tal vez piensa que si grita lo suficientemente fuerte, todos los ratones y pájaros del bosque saldrán a ver qué es el ruido.

Zarpa de León la ignoró.

—Me encantan los días nevados —murmuró, mirando a los árboles—. Todo se ve tan limpio y brillante.

—A ti te encanta *todo* —gruñó Zarpa Azul, dejando que su mal humor fluyera libremente mientras se deslizaba de la raíz y se hundía en el profundo hueco debajo.

Estaba helado, pero era mejor que escuchar a Zarpa de León. Siempre estaba alegre. Desde que se había mudado a la guarida de los aprendices, era imposible dormir. Siempre estaba bromeando y haciendo bromas con los demás. Zarpa de Cardo, Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal no dejaban de ronronear y moverse cuando Zarpa de León estaba en la guarida. Incluso Zarpa Nevada parecía más feliz.

«*Traidora*». ¿Se había olvidado de Flor de Luna?

Zarpa Dorada también estaba en la guarida de los aprendices, y se sentía tan abarrotada y ruidosa como la maternidad. Zarpa Azul envidiaba a Zarpa de Leoparda y a Zarpa de Centón. Ahora eran guerreros, Patas de Leoparda y Centón, y dormían en paz y tranquilidad bajo el arbusto de tejo. A los *guerreros* no les parecía divertido esconder un escarabajo en el lecho de un compañero de guarida, no intentaban despertar a un compañero de guarida para ver lo bonita que era la luna.

«*Qué afortunados, Patas de Leoparda y Centón*».

Zarpa Azul salió con dificultad del hueco, deseando que sus patas fueran lo suficientemente largas para evitar que el pelaje de su vientre se arrastrara en la nieve. Estaba llena de grumos blancos empapados que tardaría una eternidad en limpiar. Cuando llegó a Manto de Gorrión y Zarpa Nevada, se sacudió la nieve de los bigotes.

—¿Cuál es el plan?

Los ojos de Zarpa Nevada estaban brillantes.

—Pensé que podríamos dejar algunas nueces o semillas en la raíz de un árbol para atraer a las presas.

Zarpa Azul puso los ojos en blanco.

—¿Trajiste alguna nuez contigo?

Zarpa Nevada sacudió la cabeza.

—No *esta* vez. Pero sé que Pluma de Ganso guarda avellanas para hacer ungüentos. Podríamos traer algunas la próxima vez y…

—Como si fuera a dejarte usar sus preciados suministros para cazar —Zarpa Azul la cortó.

—Solo necesitaríamos unas pocas —señaló Zarpa Nevada—. Y las presas nunca llegarían a comérselas porque las atraparíamos primero.

Manto de Gorrión asentía lentamente.

—Me parece una idea inteligente.

Caída del Sol inclinó la cabeza hacia un lado.

—Realmente creo que podría funcionar.

Zarpa Azul frunció el ceño ante su mentor.

—Supongo que crees que ella habría atrapado a esa ardilla. —Se alejó corriendo a través de la nieve, sus patas le picaban por el frío.

—¡La caza en la estación sin hojas nunca es fácil para ningún gato! —Caída del Sol la persiguió.

Zarpa Azul lo ignoró.

—Lo siento —oyó maullar a Zarpa Nevada—. No está de humor hoy.

¿Cómo se atrevía Zarpa Nevada a disculparse por ella? «*¡Ella no es mi madre!*». Zarpa Azul se abrió paso con los hombros en una franja de helechos, sacudiendo su espesa cubierta de nieve. Un estrecho sendero se abría paso entre los tallos, y ella lo siguió, aliviada al sentir el duro suelo del bosque bajo sus patas. Podía oler un frío y rancio aroma a zorro y adivinó con un destello de satisfacción que sus patas habían superado este camino. La idea de encontraste con un zorro hizo que le picaran las garras. Le vendría bien una buena pelea.

“*No está de humor hoy*”. Zarpa Azul agitó la cola cuando las palabras de Zarpa Nevada resonaron en sus oídos.

Se adentró en los helechos, tratando de ignorar la culpa que le punzaba el pelaje. No era culpa de Zarpa Nevada que estuviera tan enojada. Cada mañana desde que Flor de Luna había muerto, Zarpa Azul se despertaba con la misma tristeza hueca que se abría como una vieja herida en su vientre. Debería ser *su madre* la que la ayudara a atravesar los ventisqueros, no Caída del Sol. Si Flor de Luna siguiera viva, podría ayudar a Zarpa Azul a aprender a cazar para no parecer tan estúpida delante de sus compañeros de guarida. ¿Por qué no estaba allí?

A los pocos pasos, el sendero de helechos se ensanchó y Zarpa Azul salió a una hondonada, abierta al cielo y llena de nieve. Un banco de arena estaba frente a ella, excavado y cubierto por una capa blanca de nieve. Un agujero se abría en su base, con un interior sombrío, y aunque la nieve en su borde estaba intacta, el hedor caliente y fresco del zorro se extendía desde la oscuridad. «*Madriguera de zorro*».

Zarpa Azul miró hacia las sombras, con el pelaje comenzando a erizársele. Se sentía lo suficientemente enojada como para enfrentarse a toda una familia de zorros. Cuando desenvainó sus garras, el helecho crepitó detrás de ella. Se puso rígida, dispuesta a luchar, mientras los pasos de sus garras golpeaban la tierra helada. Se dio la vuelta, con las orejas gachas, y vio a Caída del Sol salir de las frondas doradas.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué haces aquí? —gruñó—. ¿No puedes oler al *zorro*?

—¡Claro que puedo! —Zarpa Azul respondió.

—Probablemente haya una familia ahí dentro —Caída del Sol asintió hacia la madriguera—. Solo esperan que algún cerebro de ratón como tú entre y les dé una comida fácil.

Zarpa Azul lo miró desafiante y no dijo nada.

—¿De verdad crees que estás preparada para luchar contra un zorro?

Algo se agitó en el interior de la madriguera, el sonido de unas enormes patas raspando la arena, y el miedo se apoderó de Zarpa Azul.

Caída del Sol se acercó a ella y la empujó de regreso hacia el helecho.

—¡Rápido!

Mirando por encima de su hombro a la sombría guarida, Zarpa Azul dejó que Caída del Sol la guiara por el sendero. Su corazón se aceleró cuando salieron de los helechos.

Caída del Sol giró la cabeza y olió el aire.

—No nos siguió nada.

Zarpa Azul levantó la barbilla, esperando que Caída del Sol no pudiera percibir su alivio.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Los envié de vuelta al campamento —le dijo Caída del Sol—. Se está haciendo tarde.

Zarpa Azul giró sus patas hacia casa.

—¡Espera! —el maullido de Caída del Sol la detuvo. Le hacía señas con la cola hacia la raíz del abedul—. Quiero hablar contigo. —Barrió la nieve de la raíz con una pata, luego saltó hacia ahí y despejó otro espacio a su lado—. No vamos a volver al campamento hasta que me digas qué está pasando.

Zarpa Azul raspó sus garras amotinadamente a lo largo de la corteza, plateada y suave en medio de la esponjosa nieve. No quería hablar con Caída del Sol. No quería hablar con nadie. Solo quería ir a casa y acurrucarse en su lecho, lejos de la nieve, el frío y de sus compañeros de Clan.

—No pasa nada —maulló con fuerza—. Solo tengo frío y hambre.

—Todos tenemos frío y hambre —la mirada ámbar de Caída del Sol no se apartó de la suya—. Eso no nos da derecho a ser groseros o imprudentes.

—¡No estaba siendo imprudente!

—¡Estabas mirando fijamente una guarida de zorros! —el maullido de Caída del Sol se endureció hasta convertirse en enojo. Su mirada ardía tan ferozmente que Zarpa Azul se estudió las patas, con las orejas repentinamente calientes a pesar del aire helado.

—¿Cómo se habría sentido Zarpa Nevada si te hubieran hecho pedazos? —continuó Caída del Sol—. Apenas se está recuperando de la muerte de Flor de Luna. ¡No necesita que tú también mueras!

La ira pasó por Zarpa Azul y le frunció el ceño.

—¡No iba a morir!

—¿Y qué ibas a hacer? —Caída del Sol desafió—. ¿Atrapar un zorro y llevarlo a casa para comer?

Zarpa Azul miró hacia otro lado con un encogimiento de hombros.

—¡Ahora, siéntate y dime qué pasa!

De mala gana Zarpa Azul se subió a su lado. La raíz expuesta se sentía fría y húmeda cuando se sentó.

—Estoy teniendo un mal día, eso es todo.

—Parece que todos los días son malos para ti.

«*¡Cállate! ¡Cállate!*».

—Estamos en la estación sin hojas —comenzó Caída del Sol.

«*¡Duh!*».

—Cada uno de nosotros tiene que hacer lo mejor para mantener al Clan. Pero por lo que veo, ni siquiera lo intentas. Actúas como si todo fuera una tarea; apenas pasas tus evaluaciones, aunque sé que puedes hacerlo mejor. A veces siento que pierdo mi tiempo tratando de enseñarte. Estás tan malhumorada con tus compañeros de Clan, que están empezando a evitarte. Y ahora, cuando todo gato necesita esforzarse al máximo, cazas como si tu mente estuviera llena de plumas de estornino y tus patas fueran de piedra.

Sus palabras picaron como ortigas, y Zarpa Azul se encontró encogida dentro de su pelaje mientras él continuaba.

—¿Por qué deberían tus compañeros de Clan cuidar de ti si tú no haces lo mismo por ellos?

Sus ojos empezaron a picar.

—No… —la voz se le atascó y terminó débilmente—: Todo ha salido mal.

Hubo una pesada pausa. Levantó la mirada cuando sintió que la cola de Caída del Sol le acariciaba el costado.

—Extrañas a Flor de Luna —maulló—. Por supuesto que sí. Pero ella murió defendiendo a su Clan.

—¿*Defendiendo*? —Zarpa Azul se erizó—. ¡Estábamos *atacando*, no defendiendo!

—Solo para salvar nuestro territorio.

—¿Estás seguro? —Zarpa Azul lo fulminó con la mirada. ¿El Clan Estelar realmente había querido que lucharan?

Caída del Sol se encontró con su mirada, sin pestañear.

—¿Creías que estábamos defendiendo el territorio del Clan del Trueno cuando nos dirigíamos a la batalla? —preguntó.

Zarpa Azul hizo una pausa, recordando, y luego asintió.

—Así lo hicieron todos los gatos de esa patrulla —Caída del Sol miró al suelo—. Pensábamos que estábamos haciendo lo que el Clan Estelar quería. Puede que tuviéramos razón. Puede que no. Pero luchar por nuestro Clan es parte del código guerrero. Por muchas dudas que tengamos, no debemos dudar del código guerrero. El bosque y nuestros compañeros de Clan pueden cambiar a nuestro alrededor, pero el código guerrero sigue siendo el mismo.

Zarpa Azul exhaló lentamente mientras Caída del Sol continuaba.

—Flor de Luna lo *sabía*. Luchó con valentía y murió con valentía —Caída del Sol volvió a mirar a Zarpa Azul—. Los guerreros mueren en

la batalla. Es un hecho. Pero no nos dejan. Se unen al Clan Estelar, donde se reúnen con viejos amigos y familia, y allí velan por nosotros.

Zarpa Azul miró a través de las ramas el cielo que se oscurecía. El Manto Plateado saldría pronto. ¿Flor de Luna realmente estaba allí, observando? Le dolía el corazón de querer creer que era verdad.

—Flor de Luna quiere que seas valiente, como lo fue ella —Caída del Sol maulló—. Que cumplas con tu deber, como lo hizo ella.

«*¿Cómo lo sabes?*». Un destello de furia inundó a Zarpa Azul.

—¿Crees que quiere que muramos como ella? ¿Para nada?

Caída del Sol agitó su cola, barriendo la nieve detrás de él.

—¡Morir por tu Clan no es *nada*!

Zarpa Azul clavó sus garras en la corteza mientras Caída del Sol tomaba aire.

—Yo también desearía que Flor de Luna siguiera viva —murmuró, con una tristeza que tomó a Zarpa Azul por sorpresa. Luego se levantó y se sacudió la nieve de la cola—. Pero no lo está, y no puedes lamentarte para siempre. Tu Clan te necesita. Concéntrate más en tu entrenamiento —su maullido fue enérgico mientras bajaba de la raíz del árbol—. Te dará algo más en lo que pensar.

«*¡No quiero pensar en otra cosa! ¡Flor de Luna no es una espina en mi pata para ser arrancada y olvidada!*». Zarpa Azul bajó de un salto de la raíz, con las patas tan entumecidas por el frío que aterrizó torpemente.

Caída del Sol la miró.

—¿Estás bien?

—¡Por supuesto! —se enderezó.

Le enseñaría. Sería la mejor aprendiza que él hubiera visto. Pero no olvidaría a Flor de Luna.

Mientras la guiaba entre los árboles, Caída del Sol miró al cielo. Aunque el sol aún no se había puesto, la luna colgaba, redonda y moteada, en el cielo azul pálido.

—Te llevaré a la Asamblea esta noche —maulló—. Aunque no estoy seguro de que te lo merezcas.

«*No te molestes, entonces*». Zarpa Azul se mordió las palabras.

—Es bueno que veas a los otros Clanes y que los conozcas tanto en paz como en batalla.

«*¡Sí, claro! ¡Conocerlos!*». Los otros Clanes apenas les hablaban. Desde la batalla habían observado al Clan del Trueno como búhos desconfiados, reprendiéndolos cada vez que podían por el ataque “cobarde” y la destrucción de las provisiones de hierbas del Clan del

Viento. El Clan de la Sombra incluso había sugerido que le pagaran con presas al Clan del Viento por los daños.

—No sé por qué nos molestamos en ir —murmuró Zarpa Azul—. Los otros Clanes nos odian.

Caída del Sol se detuvo al borde del barranco.

—Déjalos que se burlen —el pelaje se le erizó a lo largo del manto—. Nosotros también sufrimos. Manto de Piedra se tuvo que trasladar a la guarida de los veteranos, y la herida de Patas de Leoparda acaba de curarse.

«*Y Flor de Luna murió*». Zarpa Azul le retó en silencio a que lo dijera, pero el lugarteniente del Clan del Trueno se limitó a deslizar las patas por el borde del barranco y comenzó a descender por el acantilado.

—No te preocupes —dijo por encima del hombro mientras Zarpa Azul bajaba de un salto tras él—. Pronto pasará algo y olvidarán la batalla. Nada permanece igual por mucho tiempo.

Zarpa Azul lo siguió por el barranco y por el camino hasta la barrera de aulagas. Mientras caminaban hacia el campamento, la familiaridad de su hogar tranquilizó a Zarpa Azul. El claro se sentía resguardado, protegido de la brisa, y después de la caminata por el bosque podía sentir sus patas de nuevo.

Tal vez Caída del Sol tenía razón. Tal vez Flor de Luna la observaba desde el Clan Estelar, deseando que fuera la mejor y más valiente guerrera. ¿Y qué si Cola de Tormenta la ignoraba? En cambio, ella haría que Flor de Luna se sintiera orgullosa. Sería igual de valiente, igual de leal, e igual de dispuesta a morir por lo que creía. Por primera vez en lunas, Zarpa Azul dejó de sentir el peso de su corazón. Respiró profundamente y sintió que el aire helado le abrasaba los pulmones, recordándole que era la estación sin hojas, cuando su Clan más la necesitaba.



CAPÍTULO 11

A Zarpa Azul le dolían las puntas de las orejas del frío cuando llegaron al borde de la hondonada. Al menos había podido corretear por la frágil superficie de la nieve escarchada de la noche en lugar de luchar por los suaves regueros. Tenía las patas heladas, pero la carrera por el bosque le había calentado la sangre.

Caída del Sol se detuvo junto a Estrella de Pino y miró la pendiente con las orejas aguzadas y el aliento nublado frente al hocico.

—El Clan del Río no está aquí —maulló.

Zarpa Azul saboreó el aire.

—El Clan de la Sombra y el Clan del Viento están —su olor era agudo en su lengua.

Las fosas nasales de Estrella de Pino se agitaron.

—No han estado aquí mucho tiempo, por el olor.

—No me imagino a ningún gato queriendo estar fuera mucho tiempo en una noche como ésta —comentó Bigotes Plumosos. El aprendiz de curandero estaba de pie junto a Pluma de Ganso con su pelaje esponjado contra el frío.

Zarpa de León deslizó sus patas de un lado a otro sobre el borde de la hondonada.

—¿Podemos bajar ya? —maulló.

Esta era la primera Asamblea de Zarpa Dorada y Zarpa de León, y este último había ido por delante de la patrulla la mayor parte del camino, solo cediendo el paso a Estrella de Pino cuando el líder del Clan del Trueno lo

llamaba y le decía que se quedara junto a Brisa Veloz. «*¿No está nada nervioso?*».

Zarpa Dorada estaba temblando, y Zarpa Azul supuso que no era solo por el frío. Intentó captar la mirada de la aprendiza para tranquilizarla, pero la mirada de Zarpa Dorada estaba fija en los gatos de abajo, que se arremolinaban entre los cuatro grandes robles como sombras moteando agua.

—No creí que hubiera tantos —respiró.

Cola Moteada pasó su cola por el lomo de su joven aprendiza, alisando su pelaje.

—No te preocupes. La tregua se mantiene mientras la luna llena brille.

Zarpa Azul miró hacia arriba. Ni una nube salpicaba el cielo oscuro como la sangre, y las estrellas brillaban como trozos de hielo alrededor de la gran luna lechosa.

Zarpa Nevada rodeó a Zarpa de Cardo, con sus patas haciendo crujir la nieve.

—Si algún gato dice algo sobre la batalla con el Clan del Viento, lo destrozaré —juró—. Estoy aburrida de oírlo.

Estrella de Pino le dirigió una mirada severa.

—Nadie va a destrozar a nadie —advirtió.

—Ellos también deben estar aburridos de eso —gruñó Vuelo de Viento.

Fauces de Víbora resopló, con el aliento agitado.

—Cualquier excusa para provocarnos. —Hizo una seña a Zarpa de Cardo con la cola—. Quédate conmigo —le dijo a su aprendiz—. La última vez casi te peleas con un aprendiz del Clan de la Sombra.

—Siempre me dices que solo los cobardes se alejan de una pelea —objetó Zarpa de Cardo.

Fauces de Víbora lo fulminó con la mirada.

—No dije que no deberías haber luchado con él. Solo que no en una Asamblea. Eres demasiado impulsivo.

—¡Pero me dijo que parecía un cachorro! —Zarpa de Cardo replicó.

—No pareces un cachorro esta luna —maulló Zarpa Nevada en voz baja.

Zarpa Azul clavó sus garras con fuerza en la nieve.

—Será mejor que bajemos —aconsejó Caída del Sol.

Los ojos brillaron desde el claro de abajo mientras los rostros expectantes se volvieron para ver la llegada del Clan del Trueno.

Estrella de Pino asintió y, agitando la cola, bajó la pendiente. Zarpa Azul, con el corazón acelerado, avanzó hacia adelante. Su pelaje rozó el de Caída del Sol mientras corría para seguirla. Sus patas patinaron en la nieve y se encontró corriendo cada vez más rápido mientras intentaba mantener el equilibrio. Parpadeó contra las ráfagas de nieve levantadas por sus compañeros de Clan mientras luchaban por mantener su curso en la resbaladiza pendiente y se precipitaron demasiado rápido hacia el claro, dispersando al Clan del Viento y al Clan de la Sombra como una brisa que espantaba las hojas.

—¡Cuidado! —un guerrero del Clan del Viento saltó fuera del camino.

—¡Esto es una Asamblea, no una batalla! —aulló un atigrado del Clan de la Sombra, con los ojos como rendijas.

Dos veteranos se alejaron de donde habían estado compartiendo lenguas, escupiendo de forma cortante.

Zarpa Azul sintió que Zarpa Nevada se abalanzaba sobre ella mientras se deslizaba poco ceremoniosamente, cayendo contra Caída del Sol.

—Cuidado —una mueca del Clan del Viento la hizo girar—. Está helado, por si no te has dado cuenta.

Reconoció a Corazón de Halcón de inmediato. Sus bigotes se crisparon al ver los tropiezos indignos de los gatos del Clan del Trueno. Era la primera vez que veía al curandero del Clan del Viento desde que había matado a Flor de Luna, y la sangre rugió en los oídos de Zarpa Azul.

No oyó a Caída del Sol a su lado hasta que su aliento le agitó el pelo de las orejas.

—El Clan Estelar lo juzgará —murmuró el lugarteniente del Trueno.

«*Pero si nosotros estábamos mal al atacar, tal vez lo perdonen…*».

Zarpa Azul levantó la barbilla y miró fijamente a Corazón de Halcón, negándose a inmutarse incluso cuando su mirada se encontró con la de ella.

—Vaya, pero si es la cachorra guerrera —maulló Corazón de Halcón en reconocimiento—. ¿Eres una aprendiza por fin?

Antes de que Zarpa Azul pudiera responder, Estrella de Brezo se interpuso entre ellos. Miró al curandero moteado.

—Espera junto a la Gran Roca.

Corazón de Halcón bajó la cabeza lentamente y se alejó.

—Estrella de Pino —la gata saludó fríamente al líder del Clan del Trueno.

Estrella de Pino asintió.

—Estrella de Brezo.

Los ojos azules de Estrella de Brezo brillaron, y se alejó para unirse a sus compañeros de Clan.

—Ese es Cola Alta —Zarpa Nevada asintió hacia un gato blanco y negro que susurraba al oído de Estrella de Brezo—. Manto de Gorrión cree que algún día será líder del Clan del Viento.

—¿Por qué? —Zarpa Azul miró al gato del Clan del Viento. Era pequeño como sus compañeros de Clan, pero su cola se extendía hacia las estrellas, más larga que cualquiera que ella hubiera visto.

—Es un guerrero bueno e inteligente —respondió Zarpa Nevada.

Los ojos de Cola Alta brillaron hacia los gatos del Clan del Trueno, brillando con acusación.

Las garras de Zarpa Azul picaron con inquietud.

—Cualquiera pensaría que la batalla fue hace solo un amanecer, por la forma en que están mirando.

Zarpa Nevada se apretó contra ella.

—No dejes que te afecten —la calmó.

—¿Siempre es así? —los ojos de Zarpa Dorada estaban redondos de preocupación.

Zarpa de León agitó la cola.

—¿Qué sentido tiene una tregua si todos están tan malhumorados? Bien podríamos luchar —desenvainó sus garras.

—Tal vez el Clan del Río sea más amigable —aventuró Zarpa Dorada.

—Si es que llegan —Zarpa Nevada escudriñó las laderas nevadas.

Zarpa Azul se estremeció.

—Tal vez no pudieron atravesar la nieve.

Unas garras rasparon la piedra y Zarpa Azul se volvió para ver a Estrella de Cedro, el líder gris del Clan de la Sombra, dirigirse a la cima de la Gran Roca.

—Que se reúnan los Clanes —aulló.

—¿Quién lo puso al mando? —llegó el susurro furioso de Fauces de Víbora desde el nudo de guerreros del Clan del Trueno.

El Clan de la Sombra y el Clan del Viento se dirigieron hacia la roca.

—Vamos —Estrella de Pino guió a su Clan hacia adelante.

Las patas de Fauces de Víbora levantaron nieve mientras seguía a su líder. Zarpa Azul agradeció el calor de sus compañeros de Clan mientras se agrupaban a la sombra de la Gran Roca, su aliento se elevaba como el vapor de un arroyo calentado por el sol.

Zarpa Dorada se quedó mirando la enorme piedra, que brillaba con la escarcha.

—¿Cómo suben ahí arriba?

El pelaje gris oscuro de Estrella de Cedro brillaba como la roca pulida mientras Estrella de Pino saltaba a su lado. Estrella de Brezo le siguió, sentándose a poca distancia del líder del Clan del Trueno; su pelaje era puntiagudo, y su hocico se arrugó como si un mal olor le ofendiera.

Vuelo de Viento se puso a la cabeza del Clan del Trueno

—No podemos empezar sin el Clan del Río —dijo.

—¿Debemos sentarnos aquí y morir de frío esperando? —gritó una guerrera del Clan de la Sombra, con unos ojos verdes brillando desde un manto negro como el azabache.

Estrella de Brezo se inclinó hacia delante.

—Comencemos.

Murmullos de acuerdo surgieron de los otros Clanes.

—Al menos podremos volver a casa antes —susurró Zarpa Nevada en el oído de Zarpa Azul.

Mientras Estrella de Cedro se levantaba, un aullido sonó desde la ladera más allá de los robles.

—¡Esperen! —llamó Cola Moteada, estirándose sobre sus patas traseras—. ¡Aquí viene el Clan del Río!

A través de las ramas desnudas de los robles, Zarpa Azul podía ver gatos corriendo hacia el claro. Hicieron volar la nieve mientras bajaban a toda velocidad por la ladera. Sus patas hacían crujir la nieve aplastada mientras se detenían en el claro. Estrella de Cedro observó con los ojos entrecerrados cómo Estrella de Granizo saltaba sobre la Gran Roca. Sin palabras, el Clan del Río rodeó al Clan del Trueno y se apretó entre ellos, con sus mantos fríos y húmedos, hasta que el hedor a pescado hizo que Zarpa Azul se mareara.

Zarpa Nevada se frotó la nariz con una pata.

—¿No pudieron ir a calentarse con el Clan de la Sombra? —refunfuñó—. O al menos contener su apestoso aliento.

Zarpa Azul cerró la boca para no sentir el olor. Al menos el Clan del Río no los trataba como si tuvieran tos verde. Pero, ¿por qué llegaban tarde? Se quedó mirando a los líderes, esperando que Estrella de Granizo le explicara. Pero el líder del Clan del Río se limitó a saludar con la cabeza a los demás líderes.

—Empecemos —maulló, aún sin aliento por su carrera.

Zarpa Azul parpadeó. ¿Eran los líderes tan desconfiados entre sí que, incluso bajo la tregua de la luna llena, no revelarían nada?

Algo pesado empujó a Zarpa Azul desde atrás. Sus patas delanteras resbalaron en el suelo helado y casi perdió el equilibrio. Con la mirada cruzada, sacudió la cabeza.

—¡Cuidado!

Un fornido atigrado marrón estaba sentado detrás de ella.

«*¡Torpe cerebro de ratón!*».

—¡Casi me tiras al suel…! —se detuvo a medio siseo.

La boca del atigrado tenía un aspecto extraño: estaba torcida, como si estuviera puesta al revés. Ella se quedó mirando, sorprendida por lo extraño que le hacía parecer.

—Hola —maulló el atigrado—. Soy Zarpa Doblada.

—*¿Zarpa* Doblada? —parecía demasiado grande para tener todavía un nombre de aprendiz, pero ciertamente no era su zarpa la que estaba doblada.

Se encogió de hombros.

—Adivino que mi nombre guerrero será Mandíbula Doblada —bromeó.

¡Era un aprendiz! Zarpa Azul trató de pensar en algo para decirle que no sonara grosero.

—A menos —le sacudió la cola bajo la nariz— que mi cola también se doble. Entonces Estrella de Granizo deberá volver a pensárselo.

Zarpa Azul movió las patas. ¿Se suponía que eso era gracioso?

Su corazón se hundió cuando Zarpa Doblada se encogió de hombros y miró hacia otro lado, con los ojos oscurecidos.

—Debí saber que los gatos se me quedarían mirando.

Zarpa Azul se sintió acalorada por la culpa.

—¡Lo siento! —se disculpó—. Me sorprendiste, eso fue todo.

—Será mejor que me acostumbre —el aprendiz levantó la barbilla—. Hasta que todos se acostumbren a mí. —La jocosidad volvió a sus ojos—. Al menos nadie olvidará mi nombre —maulló con despreocupación—, ¿cuál es el tuyo?

—Zarpa Azul.

Zarpa Doblada se sentó sobre sus ancas y la miró de arriba abajo.

—No eres *tan* azul —consideró.

Zarpa Azul ronroneó.

—Me veo más azul a la luz del día —bromeó ella.

Zarpa Doblada miró los Clanes alrededor.

—¿Es esta tu primera Asamblea?

Zarpa Azul negó con la cabeza.

—¿Entonces sabes lo que está ocurriendo? —Zarpa Doblada le preguntó—. ¿De qué hablan los líderes?

—¡Si escucharas te darías cuenta! —siseó un guerrero del Clan del Río al oído de Zarpa Doblada.

Zarpa Doblada se agachó hacia Zarpa Azul y bajó su maullido a un susurro.

—¿Cuál es Estrella de Pino?

Zarpa Azul agitó la cola hacia el líder del Clan del Trueno, pero no podía apartar los ojos de Zarpa Doblada. ¿Por qué no había estado en una Asamblea antes? Debía ser un aprendiz desde hacía lunas.

—¿Por qué no has venido antes?

—Me hicieron aprendiz tarde —susurró—. Era un cachorro algo enfermizo. —Hinchó el pecho—. Pero ya no más. —Miró a sus compañeros de Clan—. Creo que sorprendí a mis compañeros de Clan creciendo tan grande.

Los bigotes de Zarpa Azul se movieron. Le gustaba este gato.

—¡Shh! —esta vez fue Cola Moteada quien se inclinó sobre él—. Los líderes están hablando.

—Perdón —los ojos de Zarpa Doblada brillaron con travesura.

Esperó un momento a que Cola Moteada devolviera su atención a la Gran Roca, y luego susurró al oído de Zarpa Azul.

—¿Cuál es Estrella de Brezo?

—La pequeña. Estrella de Cedro está junto a ella —movió su cola desde los líderes hacia los curanderos reunidos en su propio pequeño nudo al lado de la roca—. Ese es Pluma de Ganso, nuestro curandero, y la gata blanca es Bigotes de Salvia, la curandera del Clan de la Sombra. —Se estremeció—. Y ese es Corazón de Halcón.

—¿No te agrada?

—Mató a mi madre.

Zarpa Azul sintió la cola de Zarpa Doblada tocar su mejilla ligeramente, y luego se alejó.

—¿Dónde están los lugartenientes? —preguntó.

Caída del Sol miró por encima de su hombro.

—El lugarteniente del *Clan del Trueno* está justo en frente de ustedes, ¡y les arrancará los bigotes si no se comportan y se quedan callados!

Zarpa Azul se estremeció, y luego vio que Zarpa Doblada ponía los ojos en blanco. ¿Acaso nada perturba a este gato? Ahogando un ronroneo, se volvió para observar a los líderes.

Estrella de Brezo estaba en el borde de la roca.

—Hemos reabastecido nuestros suministros de hierbas —sus ojos brillaron hacia los gatos del Clan del Trueno—. Y todos nuestros veteranos y cachorros se recuperaron *finalmente* del ataque sin sentido del Clan del Trueno.

Caída del Sol gruñó.

—¡Luchamos contra *guerreros*! ¡Ningún cachorro ni veterano fue atacado!

—Lo siento —los ojos de Estrella de Brezo brillaron—. Quise decir que nuestros cachorros y veteranos finalmente se han recuperado de la conmoción de ser invadidos sin previo aviso y ver a sus parientes brutalmente atacados en sus propios lechos.

El gruñido retumbó en la garganta de Caída del Sol, pero Estrella de Brezo lo ignoró.

—Las presas están corriendo bien a pesar de la nieve.

Zarpa Azul entrecerró los ojos. El pelaje de la líder del Clan del Viento estaba bien arreglado, pero se pegaba a su pequeño cuerpo, delineando los huesos debajo.

—El Clan está bien alimentado.

«*Está mintiendo*».

Fauces de Víbora gruñó.

—Supongo que es por eso que han dejado de cazar en nuestro territorio —miró fijamente a Estrella de Brezo.

Zarpa Azul se puso rígida. La estaba retando a que admitiera que había sido la batalla la que había alertado al Clan del Viento.

—Nunca cazamos en su territorio —espetó Estrella de Brezo—. ¡Dejen de intentar justificar su cobarde ataque!

Zarpa Azul sintió que los pelajes se erizaban a su alrededor mientras los gruñidos se extendían por todos los Clanes. Fauces de Víbora agachó las orejas. Estaba claro que tenía ganas de pelea. Y por el oscuro murmullo de los otros Clanes, ellos también. Los estómagos vacíos habían hecho que todos estuvieran enojados e inquietos. Los gatos se movieron donde estaban sentados, y el aire helado pareció crepitar con su frustración.

—¡Nuestro ataque no fue sin provocación! —gruñó Cola de Tormenta.

—¡Destruyeron los suministros de hierbas de un Clan!

Un gato atigrado oscuro, con sus ojos amarillos brillantes, miraba a Cola de Tormenta desde los guerreros del Clan de la Sombra. Zarpa Azul miró ansiosamente a los líderes. ¿Cómo iban a detener la creciente marea de rabia que parecía estar inundando la hondonada? Estrella de Brezo parpadeó y se apartó del borde. Estrella de Cedro observó a los gatos con

los ojos entrecerrados mientras Estrella de Pino y Estrella de Granizo movían las patas. Parecía que nadie quería ser el primero en mostrar debilidad tratando de calmar los mantos erizados. La alarma se disparó en Zarpa Azul, y su pelaje se levantó a lo largo de lomo.

—¡Por el Clan Estelar! ¡Hace frío! —Zarpa Doblada se apretó contra ella.

Zarpa Azul se estremeció, mirando a su alrededor para ver si alguno de sus compañeros de Clan los estaba mirando por acercarse tanto. Pero todos los gatos estaban concentrados en la Gran Roca, observando lo que los líderes harían a continuación. Zarpa Azul se relajó. La calidez del pelaje de Zarpa Doblada y la brisa de su maullido suavizaron su pelaje. Estaba siendo demasiado sensible.

Estrella de Pino dio un paso adelante.

—El Clan del Trueno prospera a pesar de la nieve —anunció—. Tenemos dos nuevos aprendices, Zarpa de León y Zarpa Dorada.

Zarpa Dorada se agachó tímidamente entre sus compañeros de Clan, mientras que Zarpa de León estiró la cabeza como si intentara igualar a Brisa Veloz en altura. Sus ojos brillaban de orgullo, pero cuando los otros Clanes no se volvieron para mirarlo o felicitarlo, se encorvó junto a su mentora, cabizbajo.

—También tenemos dos nuevos guerreros —continuó el líder del Clan del Trueno—. ¡Patas de Leoparda y Centón!

Los Clanes mantuvieron su frío silencio. ¿Cómo podían ser tan mezquinos? ¡Todos sabían lo importante que era convertirse en guerrero!

—Nuestros jóvenes guerreros y aprendices están haciendo buenos progresos en su entrenamiento, y nuestros veteranos están bien alimentados —Estrella de Pino habló como si no hubiera notado la frialdad de los otros Clanes.

Zarpa Azul miró cohibida a Estrella de Pino, incómoda con su al recordar el vientre encogido de Bigotes de Hierba. Pero Zarpa Doblada estaba ocupada mirando a la Gran Roca mientras su líder ocupaba el lugar de Estrella de Pino.

Estrella de Granizo levantó el hocico.

—El Clan del Río ha estado libre de Dos Patas desde que las nieves llegaron.

Murmullos de satisfacción ondularon a través de los gatos del Clan del Río.

—¡Excepto por esos cachorros de Dos Patas! —Nutria Manchada llamó desde atrás.

Pelaje de Búho respondió a su compañera de Clan.

—¡No volverán por un rato!

Zarpa Doblada ronroneó junto a Zarpa Azul.

—Eso les enseñara a deslizarse sobre el hielo.

Zarpa Azul jadeó.

—¿Se cayeron dentro? —la idea de sumergirse a través del hielo en el agua oscura y helada la hizo temblar.

—Solo se mojaron las patas —le dijo Zarpa Doblada—. ¡Cerebros de ratón! Todos los cachorros del Clan del Río sabe mantenerse alejado del hielo hasta que un guerrero lo haya probado primero.

Estrella de Granizo agitó su cola.

—La pesca es buena a pesar del hielo —su mirada recorrió su Clan, y luego se posó en un gato—. Y tenemos un nuevo guerrero, ¡bienvenido, Corazón de Roble!

El Clan del Viento y el Clan de la Sombra corearon. «*¿Cómo se atreven?*». La ira se apoderó de Zarpa Azul. Centón miraba al frente en silencio, con los hombros rígidos. Patas de Leoparda miraba con el ceño fruncido al nuevo guerrero del Clan del Río.

—Ese es mi hermano.

El maullido de Zarpa Doblada sorprendió a Zarpa Azul.

—¿Quién?

—Corazón de Roble —explicó Zarpa Doblada—. Es mi hermano.

Zarpa Azul se estiró sobre sus patas traseras para obtener una mejor vista del gato, pero solo pudo ver las puntas de unas orejas color marrón rojizo.

—Es genial —ronroneó Zarpa Doblada—. Atrapó un pez en su primer día de aprendiz.

«*Yo atrapé una ardilla*». Zarpa Azul se encontró compitiendo.

—Dice que cuando se vuelva líder, me hará su lugarteniente.

«*¡Qué modesto!*».

—Yo tengo una hermana —anunció Zarpa Azul. Señaló con la cabeza a Zarpa Nevada, que estaba sentada junto a Manto de Gorrión, a una cola de distancia—. Ella también es una cazadora brillante.

—Quizá si ambos se vuelven líderes, podemos ser lugartenientes juntos —maulló Zarpa Doblada.

«*¿Lugarteniente? ¿Qué sentido tiene ser lugarteniente?*».

—¡Yo quiero ser líder!

Zarpa Doblada la miró sorprendido, y luego soltó un ronroneo.

—Por supuesto.

Zarpa Azul se sobresaltó cuando la pata de Cola Moteada le golpeó la oreja a ella y luego a Zarpa Doblada.

—¡Shh! —Cola Moteada sonaba enojada—. ¿Cuántas veces se les tiene que decir?

—Perdón —Zarpa Azul bajó la cabeza, luego levantó su mirada obedientemente hacia la Gran Roca una vez más.

Estrella de Cedro estaba hablando. Su Clan lo miraba, con los hombros rígidos.

—Con tristeza, he de anunciar que nuestro lugarteniente, Colmillo de Piedra, se retira a la guarida de los veteranos.

Un delgado atigrado gris, de pie al pie de la roca, asintió solemnemente cuando su Clan dijo su nombre.

—No se ve tan viejo —susurró Zarpa Azul a Zarpa Doblada.

—Un poco viejo —Zarpa Doblada ahogó un ronroneo.

Confundida, Zarpa Azul miró de nuevo al gato gris y notó que sus dientes se curvaban debajo de su labio como garras. Empujó a Zarpa Doblada.

—¡No puede evitarlo!

Pero un ronroneo retumbó en su garganta.

—Manto Mellado tomará su lugar —continuó Estrella de Cedro.

Un guerrero marrón oscuro salió de la multitud de gatos del Clan de la Sombra hacia un charco de luz de luna bajo la roca. Era mucho más grande que Colmillo de Piedra, que, arrojado a la sombra de la luna por el nuevo lugarteniente, parecía de repente marchito y escuálido.

El pelaje de Zarpa Azul se erizó a lo largo de su manto. No le gustaba el aspecto de Manto Mellado. Apenas reconoció a Colmillo de Piedra, que se sentó encorvado sobre su vientre mientras Manto Mellado giraba la cabeza, aceptando los aullidos de aprobación de sus compañeros de Clan.

—¡Manto Mellado! Manto Mellado!

Los ojos de Bigotes Plumosos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas mientras observaba a Manto Mellado. La inquietud de Zarpa Azul aumentó. ¿Sabía el aprendiz de curandero que este cambio significaba problemas? Miró a Pluma de Ganso en busca de alguna pista, pero el curandero del Clan del Trueno parecía estar mirando distraídamente hacia los árboles. Bigotes de Salvia aplaudió con fuerza a Manto Mellado. Una gata joven animaba junto a ella. «*¿Su aprendiza?*». Pero la gata más joven no parecía en absoluto una gata del Clan de la Sombra. Con su grueso pelaje gris, su cara plana y sus grandes ojos ámbar, destacaba entre sus compañeros de Clan de pelo liso y hocico afilado. Mientras Zarpa Azul la

observaba, la gata gris se detuvo y volvió su mirada hacia Zarpa Azul. La respiración de Zarpa Azul pareció detenerse por un momento antes de que la gata gris se diera la vuelta y volviera a animar a su compañero de Clan. ¿Cómo debía sentirse pertenecer al Clan de la Sombra? ¿Animar a un guerrero del Clan de la Sombra? Puede que el Clan del Trueno se reuniera con los otros tres Clanes cada luna llena, pero Zarpa Azul se dio cuenta de que nunca los conocería realmente, nunca entendería sus lealtades y los lazos que los unían a sus compañeros de Clan tan fuertemente como ella estaba unida al suyo.

De repente se dio cuenta de que los coreos se habían apagado y los líderes estaban saltando de la Gran Roca. La Asamblea había terminado, y los gatos se estaban fundiendo en sus grupos separados y se dirigían a las laderas que llevaban a sus territorios. Se volvió para despedirse de Zarpa Doblada, pero él ya estaba trotando tras un guerrero grande y moteado. Miró por encima del hombro y parpadeó hacia ella antes de desaparecer por la sombría ladera.

—¿Ya no compartimos lenguas? —Zarpa Azul miró a Brisa Veloz—. Sé que no les agradamos a los otros Clanes ahora, pero normalmente compartimos lenguas entre nosotros.

Brisa Veloz se estremeció.

—Hace demasiado frío esta noche, —sacudiendo su pelaje, siguió a Fauces de Víbora y Cola de Tormenta, que ya se alejaban entre los grandes robles.

Cuando Zarpa Azul se levantó, un pelaje rozó el suyo.

—¿Quién era? —los ojos de Zarpa Nevada brillaron a la luz de la luna.

Zarpa Azul parpadeó. «*¿Quién?*».

—¿Ese gato del Clan del Río con el que estabas hablando? —Zarpa Nevada presionó.

—¡Oh! —Zarpa Azul comprendió—. Ese era Zarpa Doblada. Es un aprendiz.

—Es lo suficientemente grande para ser un guerrero.

—Empezó su entrenamiento tarde —explicó Zarpa Azul.

—Parece que se estaban conociendo bastante bien —el maullido de Zarpa Nevada estaba teñido de acusación.

—¿Y?

Zarpa Nevada se encogió de hombros.

—Deberías tener cuidado al hacerte amigo de los gatos de otros Clanes.

—Solo estábamos charlando —protestó Zarpa Azul—. Es una Asamblea. Hay una tregua. Se supone que debemos ser amistosos.

—No *tan* amistosos —Zarpa Nevada resopló—. Por lo que vi, ni siquiera Caída del Sol pudo callarte.

Zarpa Azul azotó su cola.

—Solo porque hable con otro gato no significa que le esté coqueteando como tú lo haces con Zarpa de Cardo.

Zarpa Nevada siseó.

—¡Solo estás celosa!

—¿Celosa de ti y de Zarpa de Cardo? —Zarpa Azul se quejó—. ¡De ninguna manera!

Pero Zarpa Nevada ya estaba lejos, con el pelaje erizado, trotando tras Manto de Gorrión.

Caída del Sol le hizo una seña desde debajo de un roble.

—¿Vienes?

Zarpa Azul se apresuró a llegar a su lado.

—¿Estuve siendo demasiado amistosa con ese aprendiz del Clan del Río?

—Estabas siendo demasiado *ruidosa* —reprendió Caída del Sol con suavidad.

—¿Pero está bien ser amigo de gatos de otro Clan?

—No amigos, pero tiene sentido conocerlos. Hay muchas cosas que podemos aprender unos de otros, y no solo cómo luchar contra ellos en la batalla.

—¿Así que estuvo bien hablar con él?

Caída del Sol asintió.

—Pero la próxima vez, deja la charla para después, por favor.

Zarpa Azul movió sus patas.

—Lo siento —maulló—. Solo estaba charlando, eso es todo.

Los bigotes de Caída del Sol se movieron. Le dio un golpecito en el flanco con la cola, empujándola hacia el fondo de la ladera.

—Vamos, volvamos a casa antes de que nuestras patas se conviertan en hielo.



CAPÍTULO 12

El sol centelleaba sobre la nieve amontonada en los límites del campamento. La escarcha había vuelto blancos los árboles y los arbustos, y sus ramas parecían telarañas contra el claro cielo azul.

Zarpa Azul parpadeó contra el brillo, con la cabeza borrosa por el sueño.

—Te perdiste la comida —dijo Bigotes de Hierba. El veterano estaba sentado bajo el sol de la mañana fuera de su guarida con Manto de Piedra, Leonino y Cola Pintada.

Manto de Piedra se acariciaba suavemente la larga cicatriz de su hombro. Hizo una pausa y miró hacia arriba.

—La patrulla del alba encontró una banda de estorninos y trajo algunos a casa.

Zarpa Azul se quedó mirando con nostalgia las plumas que salpicaban el espacio donde había estado la carne fresca. Su vientre gruñó. Cola de Tormenta y Cola Moteada estaban limpiando la nieve de la noche anterior de la entrada, empujando la nieve en montones y apilándola contra la barrera de aulagas. Zarpa Dorada y Brisa Veloz trabajaban junto a ellos, con su aliento agitado y sus mantos amontonados en crestas de nieve. Zarpa Azul se estremeció.

—Se acerca un deshielo —prometió Cola Pintada—. El viento huele menos a pinos del Clan de la Sombra y más a Clan del Río. Traerá lluvia en poco tiempo.

Bigotes de Hierba colocó su cola con más fuerza sobre sus patas.

—Cuando la nieve empiece a derretirse, nuestros lechos estarán empapados —refunfuñó.

Zarpa Azul saltó cuando un bulto de pelo se acercó a ella y se detuvo torpemente en sus patas. Era Zarpa Dulce. La aprendiza carey se enderezó, con el pelaje erizado, cuando Zarpa de Rosal la alcanzó.

Los bigotes de Zarpa de Rosal se agitaron.

—Buen movimiento de batalla —bromeó.

Zarpa Azul levantó la mirada bruscamente cuando oyó pasos más allá del túnel de aulagas. Fauces de Víbora y Manto de Gorrión entraron trotando en el claro, con Zarpa de Cardo y Centón pisándoles los talones. Tenían la cabeza alta y los ojos brillantes; cada gato tenía dos ratones pequeños pero gordos en la mandíbula. «*¡Presas!*».

La barriga de Zarpa Azul volvió a gruñir.

Zarpa de Cardo dejó caer su presa.

—¡Fauces de Víbora descubrió un nido entero!

La maternidad traqueteó cuando Zarpa Nevada se deslizó hacia afuera. Viejos trozos de helecho y musgo se apilaban en la entrada y más se pegaban a su pelaje.

—Está bastante limpio. —Sus ojos se iluminaron cuando vio a Zarpa de Cardo, y luego las presas—. ¡No he visto tantos ratones desde hace una luna! —Corrió por el claro y acarició la mejilla de Zarpa de Cardo.

Zarpa de Cardo esponjó su pecho.

—Atrapé tres de ellos.

Los ojos de Zarpa Nevada brillaron.

Zarpa Azul apartó la mirada. ¿No podía ver su hermana lo arrogante que era?

Pluma de Ganso salió del túnel de helechos, con la nariz agitada.

—Huelo ratones. —Agarró uno del montón y lo engulló.

Zarpa Azul azotó su cola y dio un zarpazo furioso a la nieve. Pluma de Ganso solo se preocupaba de sí mismo. Tal vez si se preocupara más por sus compañeros de Clan, no los habría enviado a una batalla tan peligrosa.

—No fue su culpa.

El maullido de Caída del Sol hizo saltar a Zarpa Azul.

—¿Lo qué?

Caída del Sol parpadeó.

—La muerte de Flor de Luna.

—¡Nunca dije que lo fuera!

—Pero lo crees.

Zarpa Azul apartó la mirada, incapaz de encontrar la de su mentor.

—Come algo —maulló—. Te llevaré fuera más tarde para entrenar.

Recogió un gorrión del montón de carne fresca y lo llevó hasta el parche de ortigas. Se acurrucó y le dio un mordisco. Estaba tan congelado que tuvo que calentarlo en su boca antes de poder masticarlo. Mientras esperaba a que los sabores se impregnaran en su lengua, oyó el maullido de su hermana desde el otro lado de las ortigas.

—¡Quítate! —Zarpa Nevada estaba ronroneando con diversión—. ¡Hace cosquillas!

Zarpa Azul aguzó las orejas.

Una respuesta muda respondió Zarpa Nevada:

—¿Qué esperas si te sientas sobre abrojos?

—¡No me senté sobre ningún abrojo!

Zarpa Azul tragó su bocado, se puso de pie y comenzó a arrastrarse por el lado de las ortigas.

—Bueno, ¿y cómo es que tu pelaje está lleno de ellos?

—¡No lo está!

—Quédate quieta mientras te saco este —el otro maullido era difícil de reconocer, amortiguado por algo.

—¡Ay! —Zarpa Nevada chilló.

—¡Lo tengo! —el maullido apagado se convirtió en un ronroneo—. Ahora pareces lista para salir a patrullar.

Zarpa Azul saltó por la esquina, golpeando la escarcha de las temblorosas ortigas. Zarpa Nevada giró para mirarla, con los ojos muy abiertos y azules.

—¡Oh… hola!

Zarpa Azul entrecerró los ojos. Zarpa de Cardo estaba sentado cerca de su hermana con un mechón de pelo blanco atrapado en sus bigotes.

—Zarpa de Cardo me estaba ayudando a acicalar mi pelaje —explicó Zarpa Nevada.

La ira espinosa surgió en el vientre de Zarpa Azul.

—¿Olvidaste cómo hacerlo tú misma?

Zarpa de Cardo se encogió de hombros.

—¿Cómo se suponía que iba a alcanzar el abrojo pegado a su espalda? —se sentó, relajado, con la barbilla en alto.

«*¡Sapo arrogante!*».

—*Yo* podría habla sacado —espetó Zarpa Azul.

Zarpa de Cardo arrojó el abrojo a las ortigas.

—No estabas cerca.

Zarpa Nevada movió sus patas.

—¿Por qué no compruebas si las reinas te necesitan para recoger algo de musgo fresco? —sugirió a Zarpa de Cardo. Intercambiaron una mirada cómplice que hizo que Zarpa Azul quisiera golpearse las orejas.

En el momento en que Zarpa de Cardo se marchó, miró a Zarpa Nevada.

—¿Qué pasa entre tú y él?

—Me hace ronronear —maulló Zarpa Nevada.

—Ya lo *veo* —Zarpa Azul gruñó.

Los ojos de Zarpa Nevada brillaron.

—¡Solo estaba siendo amable!

—¡*Demasiado* amable por lo que parece!

—No hay nada en el código guerrero que diga que los compañeros de guarida no puedan ser amigos —replicó Zarpa Nevada.

—¡Parecían más que amigos! —Zarpa Azul la acusó.

—¿Y qué? —Zarpa Nevada respondió—. No hay nada en el código guerrero sobre eso tampoco.

—¿Así que solo sigues el código guerrero? —Zarpa Azul puso los ojos en blanco—. Bueno, no hay nada en el código guerrero sobre dormir o comer. Tal vez deberías renunciar a eso, ¡solo para *no romper el código*!

Zarpa Nevada puso los ojos en blanco.

—Ahora estás siendo ridícula.

Antes de que Zarpa Azul pudiera responder, Caída del Sol se acercó a las ortigas.

—¿De qué están discutiendo?

Ambas hermanas miraron al lugarteniente.

—¡Nada!

Él entrecerró los ojos.

—Vuelvan al claro. Pronto será la hora de las patrullas.

Lanzando una mirada feroz a su hermana, Zarpa Azul le siguió de vuelta alrededor de las ortigas. Su gorrión estaba tirado en el suelo, pero ya no tenía hambre.

—Cómetelo —gruñó Caída del Sol.

Zarpa Azul le dio un mordisco de mal humor y masticó de forma cortante.

En el otro extremo del claro, Leonino estaba terminando medio campañol con los veteranos. De repente se sentó.

—¡Sé cómo mantener secos sus lechos! —maulló.

—¿Cómo? —Bigotes de Hierba le miró expectante.

—Hay hojas gruesas y cerosas en un arbusto cerca de la frontera del Clan de la Sombra —les recordó Leonino—. Si las recogemos y las tejemos entre los viejos tallos de helechos, impedirán que el agua entre cuando llegue el deshielo.

Bigotes de Hierba ronroneó.

—¡Podría funcionar!

Leonino ya estaba en sus patas.

—Me llevaré a Zarpa de Rosal y recogeré algunas ahora.

Zarpa de Rosal levantó la cabeza, con los ojos brillantes.

—¿Podemos ir nosotros también? —Zarpa Dulce miró a su mentor.

Orejitas asintió.

—Cuantas más patas, mejor. —Miró a Zarpa de Cardo—. ¿Quieres unirte a la patrulla de recolección de hojas?

Zarpa Azul esperó a que Zarpa de Cardo le explicara que era un cazador, no un recolector de hojas, pero se levantó de un salto.

—¡Sí, por favor!

Zarpa Nevada arrancó la nieve.

—¿Puedo ir?

Manto de Gorrión se sentó y se pasó una pata por los bigotes.

—Una carrera por el bosque nos hará entrar en calor. —Llamó al lugarteniente del Clan del Trueno, que se había instalado en un lugar soleado afuera de la guarida de Estrella de Pino—. ¿Caída del Sol?

—Parece un buen plan —Caída del Sol ya estaba asintiendo—. Pero asegúrense de estar de vuelta para el mediodía.

Zarpa Azul observó a la patrulla irse, sintiéndose vacía. Nadie la había invitado. Caída del Sol había tenido razón. Últimamente se había vuelto tan malhumorada que ninguno de sus compañeros de Clan quería estar con ella. Dio otro mordisco a su gorrión, pero apenas pudo tragar. «*A Zarpa Doblada le agradé*», pensó desafiante.

La guarida de los aprendices se estremeció cuando apareció la nariz de Zarpa de León.

—¿Esas son presas? —parpadeó bajo la luz del sol mientras miraba la pila de carne fresca. Sus ojos se iluminaron por un momento. Luego miró el claro alrededor—. ¿Dónde están Canto de Alondra y Patas Susurrantes?

—Demasiado tiesos para salir de sus lechos —le dijo Bigotes de Hierba—. Este frío no es bueno para los huesos viejos.

—Deben tener hambre —Zarpa de León recogió los ratones restantes y desapareció entre las ramas del árbol caído. Salió unos momentos después con la nieve espolvoreando su pelaje.

Zarpa Azul podía oír su estómago gruñendo. Adelantó con la nariz los restos de su gorrión.

—¿Quieres el resto del mío?

Los ojos de Zarpa de León brillaron.

—Sí, por favor —maulló—. Me muero de hambre.

Una vez que terminó y se lavó la cara, llamó a Brisa Veloz.

—¡Prometiste enseñarme algunos movimientos de batalla!

Brisa Veloz asintió.

—No lo he olvidado. Iremos a la hondonada arenosa. Habrá más espacio. —Movió su cola sobre el flanco de Zarpa Dorada—. ¿Quieres venir con nosotros?

—¡Sí!

—¿Puede venir Zarpa Azul también? —preguntó Zarpa de León.

Zarpa Azul parpadeó. ¿Realmente la quería con ellos?

—Ella puede mostrarnos cómo se hace —Zarpa de León miró con esperanza a Zarpa Azul—. ¿Por favor?

Zarpa Azul asintió.

Caída del Sol se puso de pie.

—Creo que será mejor que vaya con ustedes, —se estiró y bostezó—. Tres aprendices pueden ser demasiados para un solo mentor.

Brisa Veloz ronroneó.

—Me gustaría tener algo de ayuda.

Caída del Sol guió el camino a través del bosque nevado hasta la hondonada de entrenamiento. El claro había estado bien resguardado de las nieves, y la delgada capa que cubría la tierra roja ya empezaba a derretirse en parches. Zarpa Azul bajó corriendo la corta pendiente y cruzó el claro, sintiéndose de repente más alegre. Los movimientos de batalla los harían entrar en calor a todos, y a ella le darían la oportunidad de olvidarse de su hermana, que estaba enamorada de Zarpa de Cardo. No había practicado tanto como debería desde que Flor de Luna había muerto, pero tal vez ayudar a entrenar a sus compañeras de guarida le daría una oportunidad de ponerse al día.

—¿Qué quieres que les enseñe? —le preguntó a Brisa Veloz.

La guerrera atigrada y blanca inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creo que empezaremos con Zarpa de León.

Zarpa de León corrió por la hondonada.

—Tiene que aprender a pensar antes de precipitarse.

Zarpa de León se detuvo y se volvió hacia su mentora.

—¡Pero en una batalla no hay tiempo para pensar!

—En una batalla, la planificación es el arma más importante que tienes. —Brisa Veloz miró a Zarpa Azul—. ¿Puedes hacer un arañazo de media vuelta en el vientre?

Zarpa Azul asintió. Era una de las primeras cosas que Caída del Sol le había enseñado.

Brisa Veloz bajó la pendiente.

—Muéstrale a Zarpa de León.

Haciendo una pausa para pensar en su movimiento, Zarpa Azul se puso en cuclillas. Concentrándose en cómo aterrizaría, se agachó hacia adelante, giró como una serpiente, y se retorció, rastrillando con sus garras traseras el vientre de un guerrero imaginario antes de voltear de nuevo sobre sus patas.

—¿Entendiste? —le preguntó a Zarpa de León.

Pero Zarpa de León ya se había lanzado hacia adelante. Giró, volviendo sobre sí mismo con demasiada rapidez, de modo que cuando trató de girar, Zarpa Azul pudo darse cuenta de que había perdido el equilibrio. Sus patas traseras volaron en el aire, agitándose como juncos en el viento, y se desplomó sobre su flanco.

—¡Cagarrutas de ratón!

Brisa Veloz levantó a Zarpa de León por el pescuezo y lo dejó caer sobre sus patas.

—¿Dónde crees que te equivocaste?

—¿Me retorcí demasiado pronto?

—¿Y…?

—¿Y? —repitió Zarpa de León, frunciendo el ceño.

Brisa Veloz cambió su mirada a Zarpa Azul.

—¿Qué hiciste antes de intentar el movimiento?

Zarpa Azul no estaba segura de lo que quería decir.

—Me agaché en cuclillas.

—¿Qué hacías mientras estabas agachada? —presionó Brisa Veloz.

Zarpa Azul trató de recordar. El movimiento era tan familiar que no pensaba realmente en lo que estaba haciendo. Entonces se dio cuenta de que, de hecho, *sí* pensaba en lo que estaba haciendo.

—Imaginé mi cuerpo haciendo el movimiento. Dónde terminaría, cómo me movería para llegar allí.

—Precisamente —ronroneó Brisa Veloz—. ¿Tiene sentido, Zarpa de León?

Zarpa de León ya estaba agachado, listo para repetir el movimiento, pero esta vez una mirada de concentración oscureció su mirada. Dudó sólo

un momento más, y luego se lanzó, giró, se retorció, arañó y aterrizó sobre sus patas.

—¡Lo hice! —su maullido fue triunfal.

—Muy bien.

—¿Puedo intentarlo? —Zarpa Dorada se dirigía hacia ellos.

—¿Quieres que Zarpa Azul te enseñe de nuevo?

Zarpa Dorada negó con la cabeza.

—Creo que lo tengo. —Ella se agachó—. Pero tengo que imaginar el movimiento primero, ¿verdad?

Sí.

Zarpa Azul se tensó, deseando que lo hiciera bien a la primera. Zarpa Dorada dudó, y luego dudó un poco más.

—Vamos —instó Brisa Veloz.

Zarpa Dorada la miró.

—Pero dijiste que *piense* antes de moverme.

—No exactamente. Imagina el movimiento, y luego hazlo —Brisa Veloz instruyó—. Pero no desperdicies la mitad de la batalla planeándolo en tu cabeza.

—De acuerdo —Zarpa Dorada miró al frente, y luego saltó hacia adelante.

Su giro y torsión eran buenos, pero Zarpa Azul podía ver que no tenía la misma fuerza en sus patas traseras que Zarpa de León.

—No está mal —comentó Brisa Veloz—. Tu ritmo es genial.

Zarpa de León se puso delante de su hermana.

—¿Puedo probarlo con Zarpa Azul?

Brisa Veloz asintió.

—Buena idea.

Zarpa Azul dio unos pasos hacia atrás, preparándose para el ataque de Zarpa de León. Cuando se enfrentó a él, se dio cuenta de lo anchos que habían crecido sus hombros. Iba a ser un guerrero poderoso. Se preparó cuando él se abalanzó sobre ella y dejó que se deslizara por detrás de ella, diera la vuelta de serpiente y luego girara bajo su vientre. Intentó golpearla con sus patas traseras, pero ella se levantó de un salto antes de que pudieran tocar su piel. Llegó justo a tiempo. Él era rápido, teniendo en cuenta su tamaño e inexperiencia, y ella aterrizó jadeando en el suelo, aliviada de haber esquivado sus poderosas patas.

Caída del Sol se acercó a ellos.

—Aprendes rápido, Zarpa de León. —Se volvió hacia la otra aprendiza—. Creo que estás demasiado preocupada por hacerlo bien.

Los ojos de Zarpa Dorada se redondearon.

—¡Pero quiero ser la mejor luchadora que pueda ser!

—Intenta confiar más en tu instinto.

Zarpa Dorada frunció el ceño.

—Quieres decir que no debería hacer los movimientos que me han enseñado.

—No exactamente —Caída del Sol trató de explicar—. Creo que podrías ser una mejor luchadora si usas lo que *sientes* junto a lo que has aprendido.

Zarpa Azul entendió lo que trataba de decirle a la aprendiza. Las reglas a veces eran demasiado restrictivas. Pensó en los ajustes que había hecho a los movimientos que Caída del Sol le había enseñado, para acomodar sus patas cortas.

—¿Por qué Zarpa Dorada no intenta atacarme —sugirió— como si fuera una guerrera enemiga?

—Buena idea —Caída del Sol maulló con aprobación—. ¿Crees que podrías intentarlo? —le preguntó a Zarpa Dorada.

Dudando, ella asintió.

Zarpa Azul se alejó una cola de distancia y se giró, frunciendo su ceño más feroz.

—Imagina que soy una guerrera del Clan de la Sombra amenazando la maternidad —gruñó.

Zarpa Dorada se puso en cuclillas. Sus ojos se oscurecieron y dibujó sus labios hacia atrás en un gruñido. Zarpa Azul estaba impresionada. La joven aprendiza parecía realmente peligrosa. Zarpa Dorada se abalanzó sobre ella sin dudarlo. Era tan rápida que Zarpa Azul apenas tuvo tiempo de apartarse o planear sus movimientos defensivos. Antes de que se diera cuenta de dónde iba a atacar Zarpa Dorada, la aprendiza la estaba agarrando por la espalda, arañando su manto con sus feroces patas traseras. Instintivamente, Zarpa Azul se apretó con fuerza contra el suelo, luego se levantó y arrojó a Zarpa Dorada. Se dio la vuelta y se abalanzó sobre la gata amarilla, haciéndola rodar sobre su flanco con un zarpazo bien dirigido y pasando las garras por encima de su oreja. Zarpa Dorada gritó de sorpresa y se alejó. Zarpa Azul se quedó helada. Olió la sangre y vio con horror el corte que había hecho en la oreja de Zarpa Dorada.

—¡Lo siento mucho! —no había querido herir a la joven aprendiza.

Pero los ojos de Zarpa Dorada brillaban.

—¡Eso fue genial! —maulló—. ¿Podemos intentarlo de nuevo?

* * *

De vuelta al campamento, la patrulla de recolección de hojas había regresado con una pila de hojas tan grande como un erizo. Manto de Gorrión estaba organizando el tejido de las gordas hojas de cera en el techo de la guarida de los veteranos. Zarpa Azul podía ver el pelaje blanco de Zarpa Nevada mientras se balanceaba en lo alto del árbol caído mientras Zarpa de Rosal se acercaba para pasarle otra hoja.

—¡Zarpa Dorada! —el maullido horrorizado de Cola Pintada sonó a través del claro—. ¡Tus hermosas orejas! —corrió al lado de su hija y empezó a lamerle la oreja.

El corte estaba ahora cubierto de sangre seca, y Zarpa Dorada se agachó.

—¡Está bien! —protestó.

—¿Quién te hizo esto? —Cola Pintada miró de forma acusadora a Brisa Veloz, y luego a Caída del Sol.

Zarpa Azul miró al suelo.

—Fui yo —maulló en voz baja.

—¿Cómo *pudiste*? —preguntó Cola Pintada—. Pensé que estaban entrenando, no peleando.

Caída del Sol se acercó al lado de Zarpa Azul.

—Estábamos entrenando batalla —maulló—. A veces los accidentes ocurren.

—¡Pero le quedará una cicatriz de por vida! —Cola Pintada gimió.

—Bien —maulló Zarpa Dorada—. ¡Mi primera cicatriz de batalla y aún ni siquiera he estado en una batalla!

Cola Pintada cerró los ojos y levantó la cara hacia el Clan Estelar.

Otra voz retumbó:

—Hizo bien en no volver con más cicatrices si estaba luchando contra Zarpa Azul.

Zarpa Azul se giró y se sorprendió al ver a Cola de Tormenta observando desde el parche de ortiga, con los ojos brillantes.

—Es una luchadora natural —continuó—. Flor de Luna habría estado orgullosa de ella.

Zarpa Azul miró a su padre, sorprendida. ¿Estaba *él* orgulloso de ella? ¿Estaba vigilando su entrenamiento después de todo? Ansiaba que dijera algo más, pero él giró la cabeza y empezó a lavarse el costado.

El traqueteo de las piedras en el barranco la hizo saltar. Patas golpearon el suelo y trotaron hacia el claro. Algo estaba mal.

—¡Invasión! —Fauces de Víbora irrumpió en el campamento, con su pelaje erizado.

Manto de Tordo corrió tras él.

—¡El Clan del Río ha cruzado el hielo! —aulló.

Los ojos de Zarpa de Cardo brillaban de emoción mientras entraba en el campamento.

—¡Están intentando tomar las Rocas Soleadas!

Estrella de Pino salió de su guarida en un instante.

—¿Los vieron? —preguntó.

—¡Están infestando las rocas! —Fauces de Víbora siseó.

—¡Cola de Tormenta! —Estrella de Pino llamó al guerrero gris hacia él—. Encabeza una patrulla. Ataca desde el lado más lejano.

—Pero eso significará dar toda la vuelta —argumentó Cola de Tormenta—. La batalla puede estar perdida antes de que lleguemos.

—No, no lo estará —Estrella de Pino curvó el labio—. Los retendremos hasta que nos alcancen. Una segunda oleada acabará con ellos.

Cola de Tormenta asintió.

—Llévate a Cola Moteada, Zarpa Dulce, Ojo Blanco y Leonino.

Cada gato dio un paso al frente, con el pelaje erizado, mientras Estrella de Pino decía sus nombres.

—¡Vayan!

A la orden de Estrella de Pino, Cola de Tormenta salió del campamento con la patrulla tras él.

—¡Fauces de Víbora, Zarpa de Cardo, Manto de Gorrión, Zarpa Nevada, Manto de Tordo, Ala de Petirrojo, Patas de Leoparda, Caída del Sol y Zarpa Azul!

Zarpa Azul se lanzó hacia adelante. Podía sentir cómo le temblaban las piernas.

—Vendrán conmigo —los ojos verdes de Estrella de Pino brillaban como esmeraldas—. Centón, Amapola del Amanecer, Zarpa de Rosal y Zarpa Dorada. Esperen en lo alto del barranco por si el Clan del Río intenta atacar el campamento. —Miró el Clan a su alrededor—. El resto de ustedes, defiendan la guarida de los curanderos. Esto podría ser un ataque vengativo provocado por el Clan del Viento.

El pánico atravesó a Zarpa Azul. ¿Y si los Clanes se habían unido para hacer que el Clan del Trueno sufriera como lo había hecho el Clan del Viento? Apartó ese pensamiento. Era demasiado aterrador. El Clan del Trueno no podía enfrentarse a más de un Clan a la vez.

Estrella de Pino ya estaba corriendo hacia la barrera de aulagas. Zarpa Azul desenvainó sus garras para agarrarse mejor a la nieve. Caída del Sol iba un poco por delante de ella, y siguió sus pasos, corriendo más rápido de lo que había corrido nunca. Había visto la batalla del Clan del Viento, había visto lo despiadados que podían ser los guerreros en el fragor de la acción. El pánico amenazaba con inundarla mientras subía por el barranco con sus compañeros de Clan corriendo detrás de ella, enviando piedras y nieve mientras corrían hacia la cima. Le dolían los pulmones cuando atravesaron el bosque y salieron de los árboles. Las Rocas Soleadas se alzaban en el pálido cielo del atardecer, las grandes losas de piedra se volvían rojas por el ardiente sol que se hundía tras ellas. Entornando los ojos para bloquear el resplandor, Zarpa Azul pudo distinguir la cresta de la roca. Alineados en su cima había una fila de gatos del Clan del Río, silueteados contra el sol, con las cabezas en alto y las colas azotando. Buscó a Zarpa Doblada en la fila, pero solo reconoció el pelaje marrón rojizo de Corazón de Roble.

Estrella de Granizo salió de las filas del Clan del Río, con su pelaje como fuego en el sol descendiente.

—¡Un mal antiguo ha sido arreglado! —aulló—. ¡Estas rocas nos pertenecen otra vez!

—¡Nunca! —Estrella de Pino siseó—. ¡Clan del Trueno, ataquen!



CAPÍTULO 13

El Clan del Trueno se abalanzó hacia adelante.

Caída del Sol siseó a Zarpa Azul:

—¡Mantente cerca de mí! ¡Y no te enfrentes a ningún gato más grande que tú!

Zarpa Azul miró a los gatos del Clan del Río que se erizaban en la cima de la roca. ¡*Todos* eran más grandes que ella! La sangre palpitó en sus oídos cuando Caída del Sol cargó contra las Rocas Soleadas, chillando como un zorro. Ella se lanzó tras él, con las orejas gachas y los ojos redondos; un chillido salió de su garganta más impulsado por el terror que por la rabia. ¿El Clan del Río había traído a todo su campamento?

«*¡Que Cola de Tormenta venga pronto!*».

Estrella de Granizo aulló cuando Estrella de Pino se estrelló contra él, tirándolo al suelo. Caída del Sol mandó a un gato blanco a rodar por la losa de piedra con un golpe cruel, y luego saltó sobre él, haciendo volar pelos mientras destrozaba al gato con sus patas delanteras. Una gata del Clan del Río con un pelaje moteado corrió junto a Zarpa Azul. Pensando rápido, Zarpa Azul se agachó y le dio un mordisco en la pata trasera mientras pasaba a toda velocidad. La guerrera del Clan del Río chilló y se giró. Zarpa Azul se estremeció cuando los ojos de la guerrera se fijaron en ella. Estaban ardiendo, iluminados por el sol y por la furia. ¡Iba a atacar! Zarpa Azul se agachó y se preparó. Cuando la guerrera moteada saltó, Zarpa Azul se lanzó hacia adelante, deslizándose por debajo de las garras delanteras de la guerrera y abriéndose paso por debajo de su vientre. Las

garras de la gata rasparon la piedra en lugar del pelaje cuando Zarpa Azul se impulsó con todas sus fuerzas, desequilibrando a su enemiga. Giró para ver a la gata caer de lado y sintió una oleada de triunfo.

Aullando de rabia, la guerrera volvió a ponerse de pie y se giró para atacar. Zarpa Azul se preparó para arremeter, apuntando de nuevo al vientre, pero la gata del Clan del Río estaba preparada. Entró a ras de suelo, golpeando las patas delanteras de Zarpa Azul y haciéndola girar y rodar por la roca. Agarrándose a la piedra, las garras de Zarpa Azul se deslizaron sin conseguir agarrarse, y se encontró cayendo y deslizándose por la ladera y cayendo en picado sobre la nieve amontonada abajo. Luchando por salirse del hueco, Zarpa Azul estornudó la nieve helada de su boca y nariz. Hizo una pausa para recuperar el aliento, y luego comenzó a arrastrarse por la base de la roca con la boca abierta y las orejas aguzadas, probando el aire en busca de cualquier señal de los guerreros del Clan del Río. El río congelado burbujeaba a una cola de distancia, arremolinándose en la negrura bajo el hielo blanco nublado. Las rocas escarpadas la atrapaban en la estrecha orilla del río. Podía reconocer los aullidos y chillidos de sus compañeros de Clan luchando arriba. Por el hedor que cubría la nieve, supuso que el Clan del Río había llegado desde allí hasta la roca. Siguiendo el olor del Clan del Río, Zarpa Azul buscó un camino hacia el acantilado. Mientras buscaba grietas y fisuras, tratando de averiguar dónde podría agarrarse, la nieve crujió detrás de ella. Alarmada, se giró, erizando su pelaje.

«*Zarpa Doblada*».

El alivio la inundó.

—¡Gracias al Clan Estelar! —maulló.

Pero sus ojos estaban oscuros de furia. ¿No se acordaba de ella?

—Somos enemigos ahora —siseó.

Zarpa Azul se congeló. ¡Iba a atacar!

El gato se abalanzó sobre ella, tirándola a la nieve. Ella jadeó cuando sus patas delanteras le arrancaron el aliento del cuerpo. Aterrorizada, luchó mientras él le rasgaba la espalda con las garras desenvainadas. Cuando el dolor la atravesó, giró la cabeza y le mordió la pata delantera con tanta furia que sintió cómo se le separaba el pelaje y sus dientes rozaban el hueso. Zarpa Doblada aulló y la apartó de una patada. Chillando conmocionada, Zarpa Azul se tambaleó hacia el río. El terror la invadió. No podía caer a través del hielo. Clavó sus patas en la nieve y clavó sus garras en el suelo sólido, deteniendo su caída mientras sus patas traseras se deslizaban sobre el hielo. Se impulsó hacia delante y salió disparada hacia

la orilla, chocando con Zarpa Doblada. Con un grito de sorpresa, se tambaleó, desequilibrado. Zarpa Azul giró y le dio un mordisco en la pata trasera, volvió a girar y le dio un mordisco en la delantera, y luego se irguió y se abalanzó sobre él, clavándole los dientes en la piel. Clavando sus garras traseras en el suelo, trató de arrastrarlo hacia atrás. ¡Era demasiado pesado! Se agitó de un lado a otro, sacudiendo su cabeza de un lado a otro hasta que ella lo soltó. Entonces se volvió hacia ella, con los ojos brillantes.

—¡No esperes piedad de mí! —le espetó.

Presa del pánico, Zarpa Azul se levantó y empezó a golpear desesperadamente con sus patas delanteras. Pero Zarpa Doblada seguía golpeando, sus golpes eran más fuertes y feroces que los suyos. Consiguió darle un zarpazo en el hocico, pero él le pegó en la oreja y ella sintió la humedad de la sangre mientras el dolor ardía como el fuego. ¿Cómo podía vencerlo? De repente, un aullido sonó detrás de ella.

¡Zarpa Nevada!

Zarpa Azul miró por encima de su hombro y vio el pelaje de su hermana brillar en las sombras, sintió que se ponía a su lado y luchaba, igualando sus golpes pata a pata hasta que Zarpa Doblada empezó a frenar y luego retrocedió.

—Sigue apuntando a su hocico —le dijo Zarpa Nevada al oído.

Dolorida por el esfuerzo, Zarpa Azul siguió agitándose mientras Zarpa Nevada se agachaba y mordía las patas traseras de Zarpa Doblada. Maldiciendo, volvió a ponerse a cuatro patas e intentó abalanzarse sobre las dos. Pero Zarpa Nevada se retorció debajo de él y le arañó el vientre, frenándolo lo suficiente para que Zarpa Azul saltara sobre su espalda. Zarpa Azul adivinó lo que Zarpa Nevada haría a continuación y clavó sus garras con fuerza, preparada para que Zarpa Doblada cayera. Efectivamente, Zarpa Nevada rodó y empujó con sus patas, sacando las piernas de Zarpa Doblada de debajo de él y haciéndolo caer por la orilla. Aferrándose como un abrojo, Zarpa Azul rodó con él. Golpeó con sus patas traseras, arrancando el pelaje de su espalda. Aullando en agonía, Zarpa Doblada se zafó de sus garras y se alejó corriendo por el hielo.

Cuando Zarpa Azul subió a la orilla, jadeando, Zarpa Nevada la saludó con un ronroneo triunfal. La sangre manchaba su pelaje blanco.

—¡Le enseñamos!

Zarpa Azul se pasó una pata por su propia oreja ensangrentada, y luego miró hacia la roca. ¿Cómo estaban sus compañeros de Clan?

—¡Ataquen! —el aullido de Cola de Tormenta sonó sobre la piedra.

La segunda patrulla había llegado. Las garras rasparon la roca y los aullidos asustados rasgaron el aire. Zarpa Azul jadeó cuando Zarpa Nevada la empujó contra la roca mientras mantos pasaban frente a ellas. El Clan del Río salía de la roca y se alejaba corriendo por el río helado. Zarpa Azul contuvo la respiración y tembló contra la roca cuando los últimos guerreros del Clan del Río se detuvieron en el hielo al borde del río. Aplastando con sus patas traseras, rompieron el hielo. ¡Querían impedir que el Clan del Trueno los siguiera!

Cuando el hielo se rompió bajo ellos, saltaron ligeros como plumas sobre el hielo sólido más allá y se lanzaron de vuelta a su territorio, dejando un canal de agua negra arremolinándose entre ellos y el Clan del Trueno.

Zarpa Nevada ya estaba escalando la roca.

—¡Vamos! —desapareció por la cima.

Enganchando sus garras en cualquier fisura que pudiera alcanzar, Zarpa Azul corrió tras ella. Cada músculo gritaba mientras se arrastraba por el borde, pero el alivio la inundó cuando vio a sus compañeros de Clan. Ninguno yacía sin vida en la roca.

«*¡Gracias, Clan Estelar!*».

Se sentó junto a Zarpa Nevada, apretándose contra su hermana para no temblar.

—¿Viste la cara de Estrella de Granizo cuando Cola de Tormenta condujo a su patrulla por el borde? —cacareó Fauces de Víbora.

Leonino ronroneó.

—¡Tenía a Nutria Manchada tan agarrada que tuvo que rogarme que la dejara ir!

Estrella de Pino pasó de guerrero en guerrero, revisando las heridas y murmurando elogios.

—¿Ustedes dos dónde estaban? —Manto de Gorrión trotó hacia ellas. Una de sus orejas estaba ensangrentada y su pelaje estaba erizado, sobresaliendo mechones donde le habían clavado algunas garras.

—Me caí por el lado —explicó Zarpa Azul.

—¡Echamos a Zarpa Doblada! —Zarpa Nevada le dijo con orgullo.

—¿Zarpa Doblada? —Caída del Sol se unió a ellos—. Es grande para ser un aprendiz. ¡Bien hecho! —sus ojos brillaban de orgullo.

Zarpa Nevada dio un toque en el hombro magullado de Zarpa Azul.

—Hacemos un buen equipo —ronroneó. Zarpa Azul acarició a su hermana, sintiendo una repentina ráfaga de calor y afecto.

Mientras los últimos rayos del sol salpicaban la roca, Estrella de Pino pasó junto a ellos.

—Tu madre en el Clan Estelar estará muy orgullosa de ti —maulló.

Zarpa Azul miró el cielo que se oscurecía. Las nubes grises cubrían el Manto Plateado, y esperaba que más allá de ellas, Flor de Luna estuviera observando.

Manto de Tordo trotó para informar a Estrella de Pino.

—No hay heridas importantes.

—Entonces vayamos a casa —respondió el líder del Clan del Trueno. Con un movimiento de la cola hizo una señal a su Clan y dirigió el camino hacia los árboles.

Zarpa Azul trotaba junto a Zarpa Nevada. ¡Habían vencido a un gato del Clan del Río! Pero una punzada de tristeza le punzó el vientre. ¿Por qué tenía que haber sido Zarpa Doblada? Le había caído bien el aprendiz del Clan del Río. Y ahora eran enemigos. Se esforzó por entender la hostilidad en sus ojos, tan diferente de la calidez que había visto antes.

—Desearía que no hubiera sido Zarpa Doblada con quien peleáramos —suspiró.

Zarpa Nevada la miró de reojo.

—¿Él es con el que hablabas en la Asamblea?

Zarpa Azul asintió.

—Pensé que éramos amigos.

—La tregua solo dura lo que dura la luna llena —le recordó Zarpa Nevada—. En el fondo, siempre seremos rivales.

—¿Así que nunca podremos hacer amistad con gatos de otros Clanes?

Zarpa Nevada negó con la cabeza.

—Es nuestro deber no hacerlo —maulló.

* * *

Centón, Amapola del Amanecer, Zarpa de Rosal y Zarpa Dorada se reunieron con ellos en la cima del barranco.

—¿Alguna señal de invasión? —preguntó Estrella de Pino.

Centón arañó el suelo, claramente preparado para la lucha.

—Ninguna.

Cuando entraron en el campamento, Zarpa de León corrió a su encuentro.

—¡Oh wow! —se quedó mirando la oreja ensangrentada de Zarpa Azul—. ¿Te duele?

—Un poco —mintió Zarpa Azul. Dolía como la furia.

—¿Los destrozaron? —Amapola del Amanecer se paseó por el claro, envainando y desenvainando sus garras.

—No volverán a intentar tomar las Rocas Soleadas —prometió Estrella de Pino.

—¿Alguna herida grave? —Pluma de Ganso se apresuraba a salir del túnel de los helechos; Bigotes Plumosos la seguía con un manojo de hojas en las mandíbulas.

—Solo algunos arañazos y mordiscos —informó Caída del Sol.

Bigotes Plumosos ya estaba desenvolviendo su montón mientras Pluma de Ganso iba de gato en gato evaluando los daños.

—¡Trae telarañas! —llamó a Bigotes Plumosos mientras inspeccionaba un corte en la pata de Orejitas.

Súbitamente agotada, Zarpa Azul se tumbó junto al tocón del árbol. Zarpa de León se paseaba a su alrededor.

—¡Desearía haber ido! —maulló—. Podría haber usado ese movimiento que me enseñaste.

—¡Es el único que conoces! —bromeó Zarpa Azul.

—¿Y? —Zarpa de León saltó sobre el tocón del árbol y levantó la barbilla—. Habría usado mi *instinto* el resto del tiempo.

Zarpa Azul comenzó a ronronear, pero el estruendo se atascó en su garganta cuando vio a Zarpa de Cardo frotar su hombro contra Zarpa Nevada, enredando su cola alrededor de la de ella.

Fauces de Víbora los interrumpió, rodeando a su aprendiz.

—Luchaste bien.

Zarpa de Cardo curvó el labio.

—Solo desearía poder quitarme de la boca el asqueroso sabor de la sangre del Clan del Río.

Fauces de Víbora entrecerró los ojos.

—Saborearás más antes de ser un guerrero —le prometió sombríamente—. La batalla puede haber sido ganada hoy, pero el Clan del Río nunca nos permitirá quedarnos con las Rocas Soleadas. Volveremos a luchar pronto.

Zarpa Azul lo miró consternada. ¿Era esta otra batalla que se había librado en vano? ¿La vida de un guerrero no era más que un círculo interminable de lucha y venganza en respuesta a antiguas disputas?



CAPÍTULO 14

Los brotes verdes ablandaban los arbustos y, por primera vez en lunas, el bosque parecía brillar con la promesa de vida y calor. Zarpa Azul se deslizó por debajo de los imponentes pinos, con sus acículas planas y sedosas bajo sus almohadillas. Respiró profundamente y abrió la boca para saborear el tenue sabor de la hoja nueva. No pasaría mucho tiempo antes de que el bosque estuviera vivo con el canto de los pájaros y el susurro de las presas, y las magras lunas serían solo un recuerdo.

—¿Y aquí? —Zarpa Dulce rodeó un árbol, mirando en las ramas—. Creo que puedo ver un nido.

Caída del Sol y Orejitas siguieron su mirada.

—Abandonado —suspiró Caída del Sol.

De repente, un movimiento se movió en la distancia.

—¡Ardilla! —Zarpa Azul se alejó sigilosamente, con la alegría en su vientre mientras corría entre los árboles.

La ardilla atravesó el bosque con su esponjosa cola ondeando detrás. Zarpa Azul corrió lo más ligero que pudo, esperando alcanzarla antes de que se diera cuenta de que la perseguían. En cuanto la oyera, podría subirse a un árbol, y los pinos eran demasiado lisos y sin ramas para trepar. Pasó por delante de una zarza, fragante por el nuevo crecimiento, y se dio cuenta de que estaba ganando terreno poco a poco. Reprimió el impulso de correr a toda velocidad por si el golpe de sus patas la delataba. Se le hizo la agua boca. La ardilla sería un delicioso manjar para sus todavía hambrientos compañeros de Clan. Unas cuantas colas de distancia más y

estaría lo suficientemente cerca para abalanzarse. Controló su respiración, midiendo cada aliento para estar preparada. Ya podía saborear la presa.

«*¡Ahora!*».

Empujó con fuerza contra el suelo, avanzando, esparciendo acículas a su paso. La ardilla corrió con más fuerza, arrastrando ahora el olor del miedo. Con los ojos fijos en su lomo gris, Zarpa Azul cambió su ritmo, preparándose para saltar. De repente, la ardilla saltó hacia arriba. Una cerca de madera se asomó y la ardilla desapareció por encima. Demasiado tarde, Zarpa Azul frenó hasta detenerse, y su flanco se estrelló contra la valla. «*¡Cagarrutas de ratón!*». La frustración la invadió.

«*¿Dónde estoy?*». Olfateó el aire. Este no era el territorio del Clan del Trueno. Olores cálidos y extraños se mezclaban con el agrio sabor del Sendero Atronador. Parpadeando, se dio cuenta de que había cruzado la frontera y estaba del lado del Poblado de los Dos Patas. Había estado cerca de esta zona antes mientras patrullaba la frontera, pero nunca se había acercado a la cerca. Se dio la vuelta, y su corazón se hundió. No se atrevería a seguir a la ardilla más allá. Ningún gato del Clan tenía permitido cazar fuera del territorio.

—¡Hey!

Una voz llamó desde arriba de ella.

Al girar, Zarpa Azul vio a un gato rojizo y gordo en equilibrio sobre una rama que colgaba sobre la cerca. Se puso tensa, con el pelaje erizado, pero el gato se limitó a mirarla con ojos redondos y tranquilos.

—Tú no vives por aquí —su voz era tan suave como su pelaje. Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Eres uno de esos gatos del bosque?

Zarpa Azul pensó por un momento. ¿Debería irse? ¿Qué dirían sus compañeros de Clan si ella hablara con un minino casero? Comenzó a retroceder.

—¡No te vayas! —dijo el gato—. Quiero saber cómo es.

—¿Cómo es qué? —Zarpa Azul hizo eco.

—Ser un gato del bosque —el gato se arrastró a lo largo de la rama pero no bajó—. ¿Quién te alimenta?

—Nos alimentamos nosotros mismos.

El gato se quedó con la mirada perdida.

—*Cazamos* —explicó Zarpa Azul. «*¿Acaso no sabe nada?*».

—¿Ratones?

—Y campañoles y ardillas.

—Acabas de perder una ardilla —comentó el gato—. Saltó la cerca.

—Lo sé —Zarpa Azul agitó la cola con fuerza. ¿Este gato había visto pasar la ardilla sin intentar atraparla? «*¡Cerebro de ratón perezoso!*».

—Parece un trabajo duro —observó el gato—. ¿Qué hacen cuando hace frío? ¿No se congelan?

—Nuestras guaridas son cálidas —Zarpa Azul se preguntó por qué se molestaba en responder a preguntas tan estúpidas.

—¿Sus guaridas? —el gato entrecerró los ojos—. ¿Son como canastas?

—¿Canastas?

¿De qué estaba hablando?

—¡Zarpa Azul!

El agudo maullido de Estrella de Pino la hizo saltar. ¿Qué estaba haciendo el líder del Clan del Trueno haciendo allí?

Se giró para verle acechando hacia ella.

—Yo… Eh… —acalorada por la vergüenza, trató de pensar en una buena explicación para estar allí. Decidió que la verdad sería lo más sencillo—. Estaba persiguiendo una ardilla —confesó—. No me di cuenta de que había cruzado la frontera.

Estrella de Pino la miró fijamente.

—Entonces, ¿por qué estás hablando con un minino casero? —Lanzó una mirada de advertencia al gato. ¿Estrella de Pino iba a atacar? El gato le devolvió la mirada con calma.

«*¡Es demasiado tonto incluso para huir!*».

—¡Vamos! —el maullido de Estrella de Pino fue duro.

¿Por qué estaba tan enojado? Ella solo estaba allí por accidente.

—Él se puso a hablar conmigo —se defendió.

Estrella de Pino siseó cuando las garras chocaron contra la madera y una segunda minina casera saltó de la cerca a la rama del árbol y se agachó junto al gato. Era una gata gris, aún más suave y regordeta que el otro.

Estrella de Pino se dio la vuelta y se abrió paso entre una zarza, llamando a Zarpa Azul con un movimiento brusco de la cola. Ella lo siguió, mirando hacia atrás a los gatos.

—¡Me llamo Jake! —dijo el gato mientras se alejaba—. La próxima vez podrás ver mi lecho.

«*¡De ninguna manera!*». Zarpa Azul se estremeció. ¡Nunca pondría una pata en un lecho de mininos caseros!

Se apresuró a seguir a Estrella de Pino, preguntándose por qué seguía erizado.

—¿Los mininos caseros son peligrosos? —preguntó.

—¿Peligrosos? —se volvió hacia ella—. ¡No seas una cerebro de ratón! ¡Podríamos haber destrozado a ese!

—¿Por qué no lo hicimos? —se preguntó ella.

—No cruzó la frontera —Estrella de Pino siguió caminando, con el pelaje ondulando a lo largo de su manto

Zarpa Azul volvió a mirar hacia atrás, confundida. ¿Los mininos caseros alguna vez cruzaron la frontera? ¿Por qué elegir quedarse en el Poblado de los Dos Patas en lugar de vivir libres en el bosque? Quiso preguntarle a Estrella de Pino, pero él estaba mirando al frente, con la mirada furiosa.

—No vuelvas a ir allí —Estrella de Pino gruñó—. ¡Eres una gata de Clan, no una minina casera!

Mientras cruzaban de vuelta al territorio del Clan del Trueno, Zarpa Azul reconoció el pelaje de Caída del Sol destellando naranja entre los árboles.

—¡Ahí estás! —el lugarteniente se apresuró a salir a su encuentro, con cara de alivio. Orejitas y Zarpa Dulce lo seguían, cada uno llevando un pájaro—. Creíamos que te habías perdido en el Poblado de los Dos Patas —maulló.

Zarpa Azul azotó su cola.

—¡Nunca iría allí! Solo fui atrapada persiguiendo a esa ardilla.

¿Acaso pensaba que ella era un cerebro de ratón como esos mininos caseros?

Zarpa Azul era muy consciente de las caras esperanzadas que veían a la patrulla de caza volver al campamento. Orejitas y Zarpa Dulce tenían sus pequeñas aves y Caída del Sol había cazado un escuálido ratón cerca de la cima del barranco. Pero ella no había atrapado nada, y sus orejas se movieron con culpa.

—Tendrás que volver a salir al amanecer —le dijo Caída del Sol.

Ella se miró las patas, avergonzada.

—Casi atrapé una ardilla.

—Un “casi” no alimenta al Clan —le recordó Caída del Sol.

Lo había decepcionado. Solo esperaba que Estrella de Pino no le dijera que había estado hablando con un minino casero en lugar de cazar. Miró al líder del Clan del Trueno. Había caminado hacia su guarida, y ahora su cola estaba desapareciendo a través de la cubierta de líquenes. Apenas había dicho una palabra en el camino de vuelta.

Cola Pintada se quedó mirando el escaso montón de presas.

—Me alegro de que no haya cachorros que alimentar. —Miró ansiosamente a través del claro hacia donde Zarpa de León y Zarpa Dorada estaban practicando movimientos de batalla, sus mantos seguían las líneas de cada hueso—. Pero nuestros aprendices aún necesitan crecer.

—Atraparé algo mañana —Zarpa Azul prometió.

Aunque la estación de la hoja nueva estaba tentadoramente cerca, se necesitaría una luna para engordar al Clan cuando las presas comenzaran a correr de nuevo. La única gata gorda en el Clan del Trueno ahora era Patas de Leoparda, cuyo vientre parecía hincharse mientras los otros gatos adelgazaban. Zarpa Azul observaba a la guerrera moteada, dormitando junto al parche de ortigas bajo el débil sol de la estación sin hojas. ¿Estaba comiendo en secreto mientras cazaba? ¿Cómo es que estaba tan gorda cuando todos los demás gatos estaban huecos de hambre?

La barrera de aulagas tembló cuando Zarpa de Cardo entró con Fauces de Víbora. El aprendiz de pelo puntiagudo parecía aún más engreído que de costumbre. Zarpa Azul frunció el ceño. Tenía una musaraña en sus fauces. La llevó a la pila de carne fresca y la dejó caer, agitando la cola con una floritura.

«*¡Gran cosa!*». Zarpa Azul quería decirle que una musaraña amarga no llenaría los estómagos de sus compañeros de Clan; solo les arrugaría la lengua.

Zarpa Nevada salió a hurtadillas de la guarida de los aprendices. Debió oír a Zarpa de Cardo regresar. Pero para sorpresa de Zarpa Azul, Zarpa Nevada lo ignoró.

—¿Atrapaste algo? —se dirigía a Zarpa Azul.

Zarpa Azul negó con la cabeza.

—Caída del Sol dice que tengo que salir de nuevo al amanecer.

—Iré contigo.

Zarpa Azul parpadeó. Zarpa Nevada no había cazado con ella en una luna.

—No tienes que hacerlo —maulló. No quería la compasión de su hermana.

—*Quiero* hacerlo —Zarpa Nevada respondió—. No hemos salido juntas desde hace mucho tiempo.

Las garras de Zarpa Azul se clavaron con sospecha.

—¿Estás peleada con Zarpa de Cardo?

—No —Zarpa Nevada se sentó, con las orejas aguzadas como si estuviera sorprendida—. ¡*Puedo* ser amiga de los dos, sabes!

Zarpa Azul se encogió de hombros, sin estar convencida. Mientras Zarpa Nevada no esperara que *ella* fuera amiga de Zarpa de Cardo, estaba bien.

* * *

El repiqueteo de las ramas despertó a Zarpa Azul. La fría luz del amanecer se filtró en la guarida y los helechos crujieron con el viento. Luchó contra el impulso de meter la nariz bajo las patas y volver a dormir. Se lo había prometido a Caída del Sol. Temblando, miró a Zarpa Nevada, acurrucada en el lecho junto a ella.

—¿Aún quieres venir a cazar? —susurró.

Zarpa de León, Zarpa Dorada y los demás seguían profundamente dormidos, con sus suaves ronquidos llenando la guarida.

Zarpa Nevada levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Por supuesto, —bostezó y se estiró, arqueando la espalda hasta que le temblaron las piernas.

Zarpa Azul se lavó el pecho y las patas para despertarse, y salió de puntillas de la guarida. El viento de afuera le erizó el pelaje y rugió en las ramas de arriba. Se tensó contra el frío. «*Por favor, déjanos atrapar algo*», rezó al Clan Estelar.

El claro estaba vacío. Afuera del túnel de aulagas, Manto de Tordo se acurrucaba contra la barrera mientras montaba guardia, con el pelaje esponjado y las orejas chatas contra el viento helado.

—Se levantaron temprano —se estremeció.

—Iremos a cazar —maulló Zarpa Azul.

—¡Que el Clan Estelar guíe sus patas! —Manto de Tordo las llamó mientras se dirigían al barranco.

Mientras trepaban por el acantilado rocoso, el viento tiraba de su pelaje. En la cima rugió como el Sendero Atronador, sacudiendo los árboles hasta sus raíces.

—¿Por dónde? —Zarpa Azul preguntó.

—¿Qué? —Zarpa Nevada alzó la voz contra el viento.

—¿Dónde vamos a cazar? —Zarpa Azul llamó más fuerte.

—El bosque es más espeso cerca de la frontera del Clan de la Sombra —sugirió Zarpa Nevada—. Probemos allí.

Saltó hacia los árboles y Zarpa Azul la siguió. Los gruesos troncos crujían a su alrededor mientras corrían, y el suelo del bosque se sentía húmedo y frío bajo sus patas. Disminuyeron la velocidad cuando el bosque empezó a espesarse. Zarpa Azul miraba entre las ramas con la esperanza de

encontrar un pájaro que pudieran rastrear, y Zarpa Nevada escudriñaba los montones de hojas viejas en busca de señales de presas que se escabulleran. De repente, Zarpa Azul captó un olor.

—¡Conejo! —susurró.

—¿Qué? —los ojos de Zarpa Nevada se abrieron de par en par.

Los conejos eran raros de ver en el bosque; vivían en el páramo. La emoción se apoderó de Zarpa Azul cuando probó el aire; definitivamente era conejo. Podría alimentar a la mitad del Clan. Giró la cabeza, buscando entre los matorrales. «*¡Ahí!*».

Una cola blanca se balanceaba debajo de una zarza.

Presionó con la cola a Zarpa Nevada para que se agachara y comenzó a arrastrarse por el húmedo suelo del bosque. El conejo salió de debajo del arbusto y se dirigió por un pequeño sendero entre una franja de helechos. Zarpa Azul y Zarpa Nevada le siguieron, acelerando el paso cuando el conejo empezó a ganar velocidad. ¿Había captado su olor? Algo debió de haberlo asustado, porque rompió a correr por el bosque. Zarpa Azul se lanzó hacia adelante. No iba a perder este. Se zambulló bajo arbustos y entre matorrales. Zarpa Azul se desvió y derrapó, manteniéndose a la par, con la cola blanca siempre a la vista. Iba a atraparlo. Casi podía saborearlo. El bosque se inclinaba hacia arriba mientras un banco se alzaba delante de ellos. Lo tendría cuando llegara a la cima.

De repente, el conejo desapareció por un agujero.

Zarpa Azul se detuvo en seco.

—¡Cagarrutas de ratón! Tenemos que seguirlo —le dijo a Zarpa Nevada mientras su hermana la alcanzaba.

—¿Ahí abajo? —jadeando, Zarpa Nevada se quedó mirando la abertura oscura en la orilla.

Les habían enseñado a no seguir nunca a una presa bajo tierra. Solo el Clan Estelar sabía lo que podía estar esperando en la oscuridad, y algunas madrigueras llegaban tan lejos que sería fácil perderse y no encontrar la salida.

Zarpa Azul olfateó el agujero.

—El aire huele fresco —anunció—. Debe haber otro agujero cerca. Tal vez se lanzó a través de él y salió en otro lugar.

Zarpa Nevada se quedó mirando, sin estar convencida.

—¡*Tenemos* que atraparlo! —insistió Zarpa Azul—. Es la mejor presa que el Clan ha encontrado en lunas.

Sin esperar respuesta, se metió en el agujero.



CAPÍTULO 15

Mientras Zarpa Azul se adentraba en la oscuridad, la tierra fría le presionaba el costado. Podía oír patas de conejo que se movían por delante. Ciega en la oscuridad, siguió su nariz, sintiendo los lados del túnel con sus bigotes. El olor a conejo era tan fuerte que se le hizo agua la boca. La atrajo, a pesar de que la madriguera descendía hacia la tierra oscura y sin aire. «*Tengo que atrapar a ese conejo*». La pérdida de la ardilla aún le remordía la conciencia. Apartó el miedo que crecía en su vientre.

—Deberíamos volver —susurró Zarpa Nevada detrás de ella—, antes de que nos perdamos.

—No podemos perdernos —Zarpa Azul siseó—. Solo hay un túnel.

Siguió caminando, aliviada cuando la madriguera comenzó a subir y los aromas frescos del bosque comenzaron a mezclarse una vez más con el olor a humedad del conejo y la tierra. Podía saborear la piedra y el liquen y el sabor agrio de los pinos. Estaban cerca de las Rocas de las Serpientes. La luz del día se filtró en el túnel, y ella aceleró el paso. Una vez al aire libre, el conejo podía dirigirse a cualquier lugar, y su olor sería difícil de seguir en un clima tan ventoso. Zarpa Azul salió de la madriguera y se detuvo a probar el aire mientras Zarpa Nevada salía detrás de ella.

—¿Puedes verlo? —susurró Zarpa Azul, concentrándose en los sabores que bañaban su lengua.

Su pelaje se erizó. Podía oler al conejo. También podía oler sangre. Y un olor a zorro.

—¡Clan Estelar ayúdanos! —El grito aterrorizado de Zarpa Nevada sonó detrás de ella.

Al otro lado del pequeño claro frente a ellas, Zarpa Azul vio al zorro. Estaba de pie con sus huesudos hombros cuadrados, el conejo colgaba muerto en sus mandíbulas.

Una feroz ráfaga de viento sacudió los árboles y el bosque relampagueó. Iluminó al zorro, proyectando su sombra contra la oscura pared de las Rocas de las Serpientes. El trueno estalló. El zorro gruñó y dejó caer el conejo, dirigiendo su mirada hambrienta hacia ellas.

—¡Corre! —el grito de Zarpa Nevada hizo que Zarpa Azul subiera corriendo por la orilla, con el pelaje blanco de Zarpa Nevada brillando a una cola de distancia.

No había manera de que Zarpa Azul dejara que el zorro los persiguiera bajo tierra en su propio territorio. Se lanzaron a través de los árboles, esquivando entre las zarzas y los helechos.

—¡Nos está siguiendo! —el maullido de Zarpa Nevada fue un gemido aterrorizado.

Zarpa Azul podía oír al zorro tronando tras ellas, sus patas sacudían el suelo. No se atrevió a mirar atrás. Podía oírlo deslizarse sobre las hojas, a solo una cola de distancia, sin detenerse ni un momento. El bosque se iluminó de nuevo con los relámpagos y los truenos. Zarpa Azul chilló cuando sintió el aliento caliente en sus talones y avanzó más rápido. El hedor del aliento del zorro la bañó y oyó cómo sus mandíbulas se cerraban a un bigote de su cola. Más adelante, Zarpa Nevada se lanzó sobre el barranco. ¡Nunca las seguiría allí abajo! Zarpa Azul se precipitó tras ella, con el alivio de haber enviado piedras traqueteando por las rocas. Un golpe sonó detrás de ella. Miró por encima del hombro. ¡El zorro había bajado tras ellas! Estaba corriendo por el sendero, a una cola de distancia.

—¡Clan Estelar sálvanos! —gritó Zarpa Azul, rezando para que sus compañeros de Clan la oyeran y vinieran a rescatarlas.

Deslizándose por un peñasco, se lanzó tras Zarpa Nevada, que se apartó de su camino y bajó el último tramo por el desprendimiento de piedras.

—¡Vamos! —gritó.

Pero Zarpa Azul ya estaba medio deslizándose, medio cayendo detrás de ella. «*¡Ya casi llegamos!*». La entrada del campamento estaba a la vista. Estarían a salvo más allá del túnel de aulagas.

El pánico volvió a invadir a Zarpa Azul. «*¿Y si nos sigue?*». Zarpa de León y Zarpa Dorada estarían jugando en el claro. Serían presa fácil para un zorro.

Ella lo había llevado hasta allí. Debía detenerlo.

Mientras Zarpa Nevada atravesaba el túnel de aulagas, gritando una advertencia, Zarpa Azul se detuvo y se giró. El zorro saltó y ella se levantó sobre sus patas traseras, lista para atacar sus sarnosas mandíbulas. No pensó en ser valiente ni en arriesgar su vida. Solo sabía que el zorro *no* podía llegar al campamento.

El cielo relampagueó y un gran chasquido sonó a una cola de distancia. Zarpa Azul miró hacia arriba. «*¡Un rayo!*».

Una rama astillada cayó entre ella y el zorro y se estrelló contra el suelo del bosque, llena de llamas amarillas. El zorro chilló de sorpresa cuando la rama apenas le pasó por encima. Se giró asustado y volvió a subir por el barranco. Con el corazón palpitante, Zarpa Azul se quedó mirando la rama. Crepitó delante de su nariz, el calor le abrasó los bigotes y le escaldó el hocico. Congelada por la sorpresa, se quedó mirando hasta que unos dientes le agarraron el pelo y la tiraron hacia atrás.

—¡Vas a hacer que te maten! —el gruñido de Caída del Sol la hizo volver en sí mientras escupía el pelaje de su cuello.

—¡La barrera de aulagas se prenderá fuego! —el maullido de pánico de Cola Pintada sonó desde atrás.

Los gatos del Clan salían del campamento, con los ojos muy abiertos de horror. La rama ardía tan ferozmente que Zarpa Azul sintió un cosquilleo en el pelaje. Si las aulagas se incendiaban, las llamas arrasarían el campamento, envolviendo todas las guaridas.

—¡Clan Estelar ayúdanos! —el grito desesperado de Orejitas se elevó por encima de las crepitantes llamas.

«*¡Por favor!*», suplicó Zarpa Azul en silencio.

La tormenta se estrelló en lo alto y la lluvia cayó, atravesando el dosel, golpeando los arbustos, tronando en el suelo del bosque. La rama crepitó y siseó cuando la lluvia apagó las llamas, hasta que no hubo más que un tronco carbonizado que se apagó ante el asombrado Clan.

—¡Wow! —el emocionado maullido de Zarpa de León rompió el silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Cola Pintada le espetó que entrara.

—¡Quería verlo arder! —se quejó.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Lentamente Zarpa Azul se dio cuenta de que Caída del Sol le estaba hablando a ella. Arrastró su mirada de la rama y miró sin comprender a su mentor. Su corazón se desaceleró mientras tomaba una gran bocanada de aire. Apestaba a humo y la hizo toser.

—Vamos —maulló Caída del Sol—. Vamos a llevarte a Pluma de Ganso.

—Estoy aquí —el curandero estaba de pie en la entrada del túnel, con los ojos redondos y el pelaje erizado a lo largo del lomo.

Parecía hipnotizado por el humo que se elevaba de la rama apagada, y su maullido sonaba lejano.

—La llevaré a la guarida de curandería. —Sin palabras, la acompañó a su suave claro de hierba—. Espera aquí —murmuró, desapareciendo en la grieta de la roca.

A medida que se calmaba su conmoción, los bigotes y el hocico de Zarpa Azul comenzaron a picar. Se echó atrás cuando Pluma de Ganso regresó con una hoja empapada de ungüento en sus fauces.

—¿Dolerá? —preguntó.

—Calmará el dolor —le prometió suavemente.

Ella se quedó quieta mientras él le untaba suavemente el ungüento en el hocico. Sus ojos parecían escudriñar los de ella, pero ella no podía entender lo que estaba tratando de ver.

—¿Me quedarán cicatrices? —preguntó nerviosa.

Pluma de Ganso negó con la cabeza.

—El pelaje de tu nariz solo está chamuscado —la tranquilizó—. Volverá a crecer en una luna.

Entonces, ¿por qué sus ojos brillaban de preocupación? «*Tal vez me lo estoy imaginando*».

De repente Pluma de Ganso se inclinó más cerca.

—Como el fuego, arderás por el bosque —siseó.

—¿Qué? —Zarpa Azul se apartó de golpe. ¿Se había vuelto loco?

—La rama en llamas era una señal del Clan Estelar. —Sus ojos brillaron—. Eres fuego, Zarpa Azul, y arderás por el bosque.

Alarmada, Zarpa Azul retrocedió. ¿De qué estaba hablando?

—¡Pero cuidado!

Se puso rígida.

—Incluso las llamas más poderosas pueden ser destruidas por el agua.

—¿Qué quieres decir?

—Te estoy diciendo lo que significaba la rama ardiente —le gruñó.

«*¡No seas tonto!*». Este era el gato que había dicho a su Clan que el pelaje de un campañol significaba que debían atacar al Clan del Viento, ¡y mira lo que había pasado!

Zarpa Nevada llegó saltando.

—¿Estás bien? —olfateó la nariz de Zarpa Azul, arrugando la suya—. ¿Qué le puso?

—Consuelda y miel —la voz de Pluma de Ganso había vuelto a la normalidad—. Calmará el dolor y detendrá la infección.

—Fuiste *muy* valiente —maulló Zarpa Nevada. Su cola se agitaba con entusiasmo mientras rodeaba a Zarpa Azul—. ¡No podía creerlo cuando corrí al campamento y no estabas conmigo! Pensé que el zorro te había atrapado. ¡Pero cuando salí de nuevo ahí estabas, *enfrentándolo*! ¡Y entonces la rama cayó y no te moviste! ¡Parecías una verdadera guerrera!

—¡Shh! —Pluma de Ganso la hizo callar—. Bigotes de Hierba está en ese lecho —señaló con la cabeza un hueco excavado en los helechos—. Se está recuperando del dolor de estómago. No quiero que lo molesten.

Zarpa Nevada bajó la cabeza.

—Lo siento.

—¡Fuera, las dos! —ordenó Pluma de Ganso enérgicamente.

Era como si no hubiera mencionado la profecía en absoluto. Zarpa Azul se preguntó si lo había imaginado, o si le estaba gastando una broma. Se dio la vuelta y siguió a Zarpa Nevada fuera de la guarida. Mientras caminaba por el túnel de helechos, una voz sonó en sus oídos.

—Eres fuego, Zarpa Azul. Teme al agua.

Se dio la vuelta para ver si Pluma de Ganso la seguía, pero su espalda gris moteada era apenas visible en el extremo del claro mientras revisaba a Bigotes de Hierba. Asustada, Zarpa Azul se apresuró a alcanzar a Zarpa Nevada.

Cola de Tormenta los esperaba en el claro. Sus ojos brillaron cuando Zarpa Azul se unió a ellos.

—¡Te enfrentaste a un zorro! —parecía realmente satisfecho, pero su expresión se oscureció al continuar—: Pero aún no eres una guerrera, así que vuelvas a luchar contra un zorro tú sola.

Antes de que Zarpa Azul pudiera responder, Zarpa de León corrió hacia ella con Zarpa Dorada pisándole los talones.

—Ojalá hubiera estado afuera. Habría luchado contra ese zorro —infló su pelaje y gruñó.

Los bigotes de Zarpa Nevada se movieron divertidos, pero la mente de Zarpa Azul estaba en la extraña profecía de Pluma de Ganso. ¿Podría ser

realmente cierta? «*¿Eres fuego? ¿Arderás por el bosque?*». ¿Significaba eso que un día lideraría al Clan del Trueno? ¿Y cómo podría el agua destruirla? Ella no era una gata del Clan del Río. Nunca se acercaría al agua, aparte de saltar el arroyo más pequeño.

El maullido de Cola de Tormenta irrumpió en sus pensamientos.

—Fauces de Víbora estará liderando una patrulla para asegurarse de que el zorro se ha ido. Quédense en el campamento hasta que ellos informen.

Zarpa Azul asintió mientras Cola de Tormenta se daba la vuelta y se alejaba caminando.

—¿Estás bien? —el maullido preocupado de Zarpa Nevada irrumpió en sus pensamientos—. ¿Te dio Pluma de Ganso algo para la conmoción?

Zarpa Azul negó con la cabeza.

—Algo te está molestando.

Zarpa Azul escudriñó el campamento, buscando un rincón tranquilo donde pudieran hablar. Tal vez Zarpa Nevada podría ayudarla a entender las palabras de Pluma de Ganso.

—Ven conmigo, —condujo a Zarpa Nevada a la maternidad y se deslizó detrás de ella.

—¿Qué pasa? —Zarpa Nevada se sentó—. ¿Por qué nos escondemos?

—Quería preguntarte algo —Zarpa Azul se preguntaba cómo podía hablarle a Zarpa Nevada de la profecía cuando ni ella misma estaba segura de ella.

Zarpa Nevada se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—¿Qué?

—¿Crees…? —Zarpa Azul buscó las palabras adecuadas—. ¿Crees que…? —«*¡Esto es imposible!*».—. ¿Crees que soy… *especial*?

Zarpa Nevada soltó un ronroneo.

—¡Bueno, por supuesto! ¡Eres la mejor hermana del mundo!

Zarpa Azul sacudió la cabeza, frustrada.

—No me refería a eso.

—¿Qué otra cosa podrías querer decir? ¿Te pasa algo? ¿Pluma de Ganso encontró algo cuando revisó tus quemaduras?

Zarpa Azul clavó sus garras en el suelo. Tendría que ser directa.

—Pluma de Ganso dijo que la rama quemada era una señal.

—¿Una señal? —Los ojos de Zarpa Nevada se abrieron como los de un búho—. ¿Del Clan Estelar?

Zarpa Azul asintió.

—¿Qué significaba? ¿Qué te dijo? ¿Estrella de Pino lo sabe? —Zarpa Nevada la acribilló a preguntas.

—Dijo que ardería por el bosque como el fuego.

—¡Está loco como una liebre!

—¿Pero qué pasa si tiene razón? ¿Crees que significa que… destaco de alguna manera?

—¡Ni siquiera sé lo que significa eso! —Zarpa Nevada retrocedió, pareciendo alarmada ahora—. Y ya sabes cómo son sus profecías. Fue su estúpida profecía la que mató a Flor de Luna. No le *crees* realmente, ¿verdad?

—También dijo que el agua me destruiría.

Zarpa Nevada aplanó sus orejas.

—¡No tiene derecho a asustarte así! ¿Cómo se atreve? —el pelaje se erizó en sus hombros—. No hagas caso. Sus profecías no valen nada. ¡No serás destruida por el agua! No eres una gata del Clan del Río. ¿Cómo podría el agua dañarte? ¡No escuches ni una sola palabra de eso!

Sorprendida, Zarpa Azul se quedó mirando a su hermana. ¿Era realmente tan imposible que ella fuera especial? ¿Qué había de malo en creer que algún día podría liderar al Clan? Zarpa Nevada había parecido bastante ansiosa por escuchar la profecía hasta que se enteró de que involucraba a Zarpa Azul.

—¿No lo crees, entonces?

Zarpa Nevada inclinó la cabeza hacia un lado.

—Pluma de Ganso es un idiota —maulló—. No hagas caso. No dejes que te preocupe.

«*¿Preocuparme?*». ¿Por qué no podía verlo? «*Si esta profecía es cierta, podría ser la cosa más importante que me ha pasado*».

Pero Zarpa Nevada había seguido adelante.

—Había algo de lo que quería hablarte también.

Zarpa Azul parpadeó.

—De acuerdo.

—Es sobre Zarpa de Cardo.

«*¿Zarpa de Cardo?*».

—Me gustaría que te esforzaras más en que te agrade.

—¿Por qué? Él se gusta lo suficiente por ambas —Zarpa Azul se puso rígida—. De hecho, a *ti* te gusta lo suficiente por ambas.

—No seas así.

Zarpa Azul ya se estaba alejando.

—No tiene que agradarme esa comadreja arrogante solo porque a *ti* te agrada —maulló.

—¡Zarpa Azul! —Zarpa Nevada la llamó, pero Zarpa Azul no quiso escuchar.

¿Por qué no podían ser como en la batalla de las Rocas Soleadas, cuando habían luchado lado a lado, más cercanas que dos briznas de hierba, cada una cuidando de la otra? ¿No podía Zarpa Nevada al menos tratar de entender lo que sentía Zarpa Azul sobre la profecía de Pluma de Ganso? Zarpa Azul regresó enojada al claro. Ella quería hablar de lo que esas palabras podrían significar, no discutir de Zarpa de Cardo.

«*¿Estoy realmente destinada a liderar el Clan del Trueno?*».



CAPÍTULO 16

—Zarpa Azul, a partir de este momento serás conocida como Pelaje Azul. El Clan Estelar honra tu valentía y tu fuerza, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno. Sirve bien a tu Clan.

Pelaje Azul luchó por mantener sus patas quietas mientras Estrella de Pino le tocaba la cabeza con su hocico y sus compañeros de Clan comenzaban a corear.

—¡Pelaje Azul! ¡Pelaje Nevado! ¡Pelaje Azul! ¡Pelaje Nevado!

Pelaje Nevado se apretó contra ella.

—¡Somos guerreras! —susurró emocionada.

La felicidad flameó como una estrella fugaz dentro de Pelaje Azul. Miró el Clan a su alrededor, a las caras familiares, orgullosa de ser parte de ellos, sintiéndose cálida por la bondad que brillaba en sus ojos. Cola de Tormenta se puso de pie junto a Cola Moteada y, levantando la barbilla, gritó los nombres de sus hijas en voz alta hacia el cielo que se oscurecía. «*Se lo está contando a Flor de Luna*». El pensamiento le llegó al corazón como una espina de miel, calmante y dolorosa a la vez. Si tan solo Flor de Luna hubiera estado entre sus compañeros de Clan para ver este momento. «*Pero* sí *que está entre sus compañeros de Clan. En el Clan Estelar*».

La noche de la estación de la hoja nueva era cálida, y el campamento estaba lleno de cantos de pájaros, como si incluso los pájaros estuvieran agradecidos por el calor y la nueva vida que había surgido en el bosque. El aroma fresco de las presas y el nuevo crecimiento se arremolinaba en la brisa.

—Siguiendo la tradición de nuestros antepasados, Pelaje Nevado y Pelaje Azul vigilarán el campamento hasta el amanecer mientras nosotros dormimos —anunció Estrella de Pino.

Pelaje Azul bajó la cabeza. Cuando el Clan empezó a fundirse en sus guaridas, notó con alivio que Bigotes de Hierba estaba empezando a engordar. Él y Patas de Leoparda eran siempre los primeros en el montón de carne fresca, ahora que estaba llena de presas. Patas de Leoparda se había mudado recientemente a la maternidad mientras esperaba tener los cachorros de Estrella de Pino. Resulta que no había estado comiendo presas adicionales para engordar después de todo. Se llevó a Ojo Blanco con ella para que le hiciera compañía y para ayudar a ahuyentar el frío que se había colado en la guarida de las zarzas, que había estado vacía durante tanto tiempo. Todo el Clan se alegró de que hubiese nuevos cachorros a solo una luna de distancia.

—Simplemente no se siente bien cuando puedes caminar todo el camino hasta el arenero sin tropezar con un cachorro o dos —había comentado Canto de Alondra.

Incluso Patas Susurrantes estaba deseando ver cachorros.

—Hace lunas que nadie me ataca la cola —había roncado con nostalgia.

A medida que la noche se filtraba, el claro se vaciaba hasta que solo Pelaje Azul y Pelaje Nevado quedaban solas en la oscuridad. Se sentaron en silencio, Pelaje Nevado escudriñaba el campamento, con los ojos y cuerpo alerta, tomando claramente muy en serio su juramento de proteger a sus compañeros de Clan, mientras Pelaje Azul miraba el Manto Plateado, preguntándose cuál de las incontables estrellas era Flor de Luna.

Para cuando el amanecer empezó a palidecer en el cielo, le costaba mantener los ojos abiertos. Tenía el cuerpo agarrotado de tanto estar sentada. El liquen de la entrada de la guarida de Estrella de Pino se agitó, y el líder del Clan del Trueno salió a paso ligero. Miró el cielo, bañado de rosa por la pálida luz del sol.

—Duerman un poco —maulló suavemente al pasar junto a Pelaje Azul y Pelaje Nevado.

Aliviada, Pelaje Azul se estiró.

Pelaje Nevado bostezó.

—¿A dónde va tan temprano? —se preguntó mientras Estrella de Pino se escabullía por el túnel del campamento.

—Ya es la hoja nueva —Pelaje Azul respondió—. Supongo que incluso los líderes disfrutan de un poco de caza matutina una vez que las presas comienzan a correr.

Por costumbre, giró sus patas hacia la guarida de los aprendices. Unos dientes le mordieron la cola suavemente.

—¡Oye, cerebro de ratón! —Pelaje Nevado ronroneó—. Ahora dormimos aquí —sacudió la cabeza hacia la guarida de los guerreros.

¡Por supuesto! ¿Habrían lechos esperándolas? Repentinamente nerviosa, Pelaje Azul siguió a Pelaje Nevado por debajo de la rama baja de la entrada y entró en la guarida. Parpadeó para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. El bajo techo hacía que la guarida pareciera pequeña, aunque era más amplia que la de los aprendices. Unos cuantos lechos rodeaban el tronco central y se extendían en espiral hasta el borde. Caída del Sol, Cola de Tormenta y Fauces de Víbora estaban acurrucados en lechos forrados de musgo en el centro, mientras que Centón y Manto de Tordo dormían más lejos.

Pelaje Azul supuso que, al ser las guerreras más nuevas, sus lechos estarían cerca de las ramas exteriores. ¿Pero dónde?

—¿Ves algún espacio? —le dijo al oído a Pelaje Nevado.

—¡Por aquí! —Centón levantó la cabeza y siseó a través de la guarida.

Cuidadosamente Pelaje Azul eligió su camino alrededor de los guerreros durmientes, con el corazón en la garganta por si pisaba una cola o una pata o hacía crujir los helechos y despertaba a alguien.

—Pueden quedarse con el de Patas de Leoparda y el de Ojo Blanco —Centón señaló con la cabeza los dos lechos vacíos junto al suyo.

El helecho era tan plano como un conejo de Sendero Atronador, y el musgo olía a humedad y a rancio cuando Pelaje Azul se inclinó para olerlo. Pero no le importaba. Ahora mismo estaba tan cansada y tenía tanto frío que estaría feliz de dormir en cualquier lugar.

—Duerme bien, *Pelaje* Nevado —disfrutó usando el nombre guerrero de su hermana.

Podían volver a ser amigas ahora que habían dejado atrás la guarida de los aprendices, y a Zarpa de Cardo. Cazarían juntas, patrullarían las fronteras para buscar marcas de olor e invasores, y nunca, nunca serían más cercanas a otro gato.

Pelaje Nevado tocó su nariz con su hocico.

—Tú también, *Pelaje* Azul.

Felizmente, Pelaje Azul dio vueltas en el lecho de Patas de Leoparda y, ronroneando, se quedó dormida.

Los otros guerreros ya se habían ido para cuando Pelaje Azul despertó. Pelaje Nevado seguía durmiendo, con su aliento agitando un mechón de hierba que asomaba entre los helechos.

Pelaje Azul la empujó con una pata.

—¡Despierta!

Pelaje Nevado se incorporó, con los ojos apagados.

—¿Qué?

La brillante luz del sol se filtró a través de las acículas oscuras por encima de ellas.

—Debe ser casi mediodía —observó Pelaje Azul.

—¿Se supone que estemos de patrulla? —Pelaje Nevado preguntó.

Pelaje Azul se encogió de hombros.

—Nadie nos dijo.

Pelaje Nevado comenzó a lamerse el pecho.

—Voy a verme lo mejor posible para mi primer día como guerrera.

—Yo también.

A Pelaje Azul le dolía la lengua cuando terminó de lavarse. Se sentó orgullosa, sabiendo que su pelaje estaba suave y limpio y su cola esponjada. Un trozo de musgo se aferraba al hombro de Pelaje Nevado.

—Te faltó un poco —Pelaje Azul se inclinó hacia delante, lo arrancó con los dientes y lo escupió—. Perfecto.

El manto de Pelaje Nevado parecía tan suave y blanco como el vientre de un cervatillo.

Pelaje Azul lideró la salida de la guarida. El claro estaba brillante con la luz del sol. El cielo azul se extendía sobre el campamento, y una cálida brisa agitaba las brillantes hojas verdes de los árboles.

—¡Ya era hora! —el agudo maullido de Caída del Sol sonó en el claro. Estaba frunciendo el ceño junto al parche de ortigas.

Consternada, Pelaje Azul miró a Pelaje Nevado.

—¿Segura que nadie mencionó una patrulla? —susurró.

Caída del Sol esperó, moviendo la cola, mientras caminaban hacia él.

—No me importa que se hayan perdido la patrulla del alba —les maulló—. Pero la patrulla de caza tuvo que irse sin ustedes, lo que significa que les faltan patas y habrá menos en el montón de carne fresca cuando se ponga el sol.

—¡Pero nadie nos avisó! —Pelaje Azul gritó. ¿Por qué la estaba sermoneando como si todavía fuera una aprendiza? El pelaje se erizó en su manto.

—Ya son guerreras —le dijo Caída del Sol—. ¡No deberían necesitar que las saquen de sus lechos para servir a su Clan!

Pelaje Azul se quedó mirando sus patas, demasiado avergonzada para siquiera mirar a Pelaje Nevado.

—Lo siento.

—Hay algo más que pueden hacer.

Pelaje Azul se sintió aliviada al escuchar que la voz de Caída del Sol se suavizaba.

Levantó la mirada.

—¿Qué cosa?

—Bigotes Plumosos quiere recoger nébeda del Poblado de los Dos Patas.

«*¡Recogida de hojas!*». El corazón de Pelaje Azul se hundió. Esto iba a ser tan decepcionante como su primer día como aprendiza.

—Necesita una escolta guerrera —continuó Caída del Sol.

Pelaje Azul aguzó las orejas. Ahora sí le interesaba más.

—Ha habido más olor a minino casero de lo habitual alrededor de la frontera —explicó el lugarteniente del Clan del Trueno—. No quiero que vaya solo.

¡Así que los mininos caseros *sí podían* ser peligrosos! Pelaje Azul empezó a entender por qué Estrella de Pino se había enojado tanto al encontrarla cerca de la cerca de Dos Patas. Jake no parecía capaz de ganar una pelea con un ratón, pero podría haber sido solo una actuación para agarrarla desprevenida.

Bigotes Plumosos salió trotando del túnel de helechos, con los ojos brillantes.

—¿Estas son mis escoltas? —miró a Pelaje Azul y a Pelaje Nevado de arriba abajo antes de saludar a Caída del Sol con la cabeza.

Pelaje Nevado arrancó pedazos de pasto del suelo.

—Sí —maulló—. Nos aseguraremos de que ningún gato te haga daño.

Los bigotes del aprendiz de curandero se movieron.

—Gracias.

—¿Nos vamos ya? —Pelaje Azul se unió a ellos.

Bigotes Plumosos miró al cielo.

—El rocío ya debe haberse secado.

—¿Eso es bueno? —se preguntó Pelaje Azul.

—Significa que las ramitas estarán secas cuando las recojamos, así que no se pudrirán en el almacén —Bigotes Plumosos ya se dirigía a la entrada del campamento.

Una vez en el bosque, Pelaje Azul se puso a su lado mientras Pelaje Nevado trotaba a su otro flanco. Ella escudriñó los árboles, con las orejas atentas a cualquier peligro. Estaba a cargo de proteger a un compañero de Clan.

—¿Es seguro? —Bigotes Plumosos preguntó.

¿Eso era un ronroneo en su maullido?

—No hay peligro aquí —informó Pelaje Nevado.

—Qué alivio —maulló el aprendiz de curandero.

El bosque se llenó de olores frescos mientras se dirigían a la frontera. Era difícil resistirse a seguir los rastros de las presas, pero tenían un deber que cumplir. Pelaje Azul no iba a dejar que nada la distrajera. Cuando pasaron por la hondonada arenosa, vio destellos de pelaje moviéndose más allá de la maleza. Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal estaban practicando sus movimientos de batalla. Se preguntó qué habría sentido Bigotes Plumosos cuando le dijeron que pasaría su tiempo como aprendiz en una guarida de curandería y no en la hondonada arenosa.

—Qué pena que no seas un guerrero también —comentó a Bigotes Plumosos.

Bigotes Plumosos parpadeó.

—Pero no me *gustaría* serlo.

—¿Por qué no? —Pelaje Nevado miraba al aprendiz de curandero como si hubiera anunciado que le iban a salir alas.

—Prefiero ayudar a mis compañeros de Clan curando, no luchando.

—¿Pero no te gustaría poder cazar a veces? —se preguntó Pelaje Azul.

—¿Quién dice que no lo hago? —Bigotes Plumosos se metió de repente entre las raíces serpenteantes de un abedul y sacudió con sus patas delanteras entre un montón de hojas atrapadas. Metiendo el hocico, se sacudió hacia atrás con un ratón colgando de sus mandíbulas.

Pelaje Nevado se apresuró a avanzar.

—¡Eso es increíble!

—¿Cómo aprendiste a cazar? —Pelaje Azul jadeó.

Bigotes Plumosos dejó caer el ratón y comenzó a cavar un agujero poco profundo en la tierra blanda.

—¡No me paso *todo* el tiempo recogiendo hierbas! —dejó caer el ratón en el agujero y raspó tierra sobre él—. Lo recogeré más tarde. —Alejándose al trote, se dirigió una vez más a la frontera.

Al pasar por el pinar, el olor del Poblado de los Dos Patas se coló entre los árboles, y para cuando llegaron a la línea de marcas olorosas del

Clan del Trueno, el olor a minino casero se había hecho más fuerte. Caída del Sol había tenido razón. Pelaje Azul se detuvo para saborear el aire, preguntándose si reconocería el olor de Jake entre la mezcla de otros. Arrugó la nariz. Los mininos caseros olían peor que el Clan del Río, y había demasiados como para saber cuál era cuál.

Pelaje Nevado y Bigotes Plumosos habían caminado por la frontera sin ella, y se apresuró a alcanzarlos.

—¿Dónde está la nébeda? —dijo.

—Afuera de una guarida abandonada de Dos Patas —el maullido de Bigotes Plumosos sonó tenso.

Pelaje Azul se tensó.

—¿Es peligroso?

—Normalmente no.

—Suenas preocupado.

—Estaré feliz cuando vea si la nébeda ha sobrevivido a la estación sin hojas —explicó Bigotes Plumosos—. Las heladas fueron inusualmente duras.

—¿Y si está muerta? —preguntó Pelaje Nevado.

—Entonces tendré que pedirle suministros a Zarzal de Bayas —les dijo Bigotes Plumosos—. No hay otra cura para la tos verde.

Pelaje Azul se erizó. Aunque la tos verde podía ser mortal, pedirle algo a la curandera del Clan del Río sería humillante. ¿Y si el Clan del Río usaba la nébeda para negociar por las Rocas Soleadas?

Un pájaro negro chilló en lo alto. ¿Lo habían alarmado *ellos*? Dejó que Bigotes Plumosos y Pelaje Nevado se adelantaran en una espesa franja de helechos y escudriñara la zona.

Algo oscuro se movió más allá de las marcas de olor. Pelaje Azul se congeló. «*¿Un minino casero?*».

Entrecerró los ojos a través de la maleza y se puso rígida de sorpresa cuando se dio cuenta de que era Estrella de Pino. ¿Qué estaba haciendo allí solo? Se agachó y observó con curiosidad cómo el líder del Clan del Trueno se acercaba a una cerca de Dos Patas. Parecía muy relajado. Debía estar totalmente seguro de que podía vencer a cualquier minino casero que se atreviera a cruzarse en su camino.

Saltó a la cerca y se balanceó allí, mirando fijamente hacia la guarida de los Dos Patas. ¿Buscaba una pelea? Tal vez esperaba enviar un mensaje a los mininos caseros de los alrededores para que se mantuvieran alejados del territorio del Clan del Trueno. ¿Debía ofrecerse a ayudar? «*No*». Pelaje Azul recordaba lo enojado que había estado Estrella de Pino la última vez

que la encontró allí. No quería que pensara que tenía la costumbre de andar por el Poblado de los Dos Patas. Además, se suponía que ella debía vigilar a Bigotes Plumosos. Con paso ligero para que Estrella de Pino no la oyera, se apresuró a seguir a sus compañeros de Clan.

—Ahí estás —la saludó Pelaje Nevado. Estaban agazapados bajo un muro. Había rocas esparcidas en la parte inferior, y una brecha en la parte superior donde la piedra se había derrumbado.

—La nébeda está allí —Bigotes Plumosos estiró sus patas delanteras hacia la pared.

Los ojos de Pelaje Nevado se abrieron de par en par.

—¿Y si vienen los mininos caseros?

—¡Asústenlos! —Bigotes Plumosos se levantó de un salto—. No debería ser difícil —dijo desde arriba—. Creen que los gatos de Clan comen huesos y crecen hasta el tamaño de los tejones cuando nos enojamos. —Pasando por encima de la cima, desapareció por el otro lado.

—¡Rápido! —Pelaje Nevado corrió tras él.

Para cuando Pelaje Azul subió, Bigotes Plumosos estaba corriendo por el borde del claro cerrado del otro lado.

—Vamos a vigilar desde aquí arriba —sugirió Pelaje Azul.

Pelaje Nevado asintió.

—Yo haré guardia en esa esquina —hizo una señal con la nariz hacia el lugar donde la pared giraba a unas cuantas colas de distancia—. Y tú vigila desde allí. Tendremos todas las vistas cubiertas.

Mientras Pelaje Nevado se abría paso a lo largo de la piedra en ruinas, Pelaje Azul caminó hacia su esquina y se sentó. Su corazón aleteó en su pecho. Esta era su primera misión de guerrera. Estaba a cargo de llevar a Bigotes Plumosos a casa de forma segura con un suministro de nébeda que algún día podría salvar una vida del Clan del Trueno. Podían ser atacados por mininos caseros en cualquier momento. O un Dos Patas podría aparecer de cualquier lado. Miró hacia abajo con ansiedad. Bigotes Plumosos estaba escarbando entre la espesa maleza de un lado del claro de hierba.

—¿Está viva la nébeda? —llamó, pero el hocico del aprendiz de curandero estaba demasiado enterrado en la maleza como para escuchar.

Pelaje Nevado estaba mirando hacia los árboles, con las orejas aguzadas. Pelaje Azul escudriñó su propio lado. A través de las hojas que revoloteaban en las ramas bajas, vio a Estrella de Pino. Todavía estaba en la cerca. Y junto a él reconoció a un gato de pelaje naranja. «*¿Jake?*». ¿Estrella de Pino iba a atacarlo? Pelaje Azul se tensó, esperando el primer

grito. Pero no llegó ninguno. Los dos gatos parecían estar hablando en voz baja.

—¡Aléjate! —el siseo de Pelaje Nevado hizo saltar a Pelaje Azul.

—¿Qué pasa? —se deslizó a lo largo de la pared, con los costados erizados.

Pelaje Nevado estaba mirando a una minina casera carey, que la miraba con enormes ojos dorados.

Pelaje Azul arqueó la espalda.

—¡Nos hacemos grandes como tejones cuando nos enojamos! —advirtió.

—*Y* comemos huesos —escupió Pelaje Nevado.

Aullando de terror, la minina casera se dio la vuelta y se adentró en la maleza.

Pelaje Azul ronroneó.

—Eso fue fácil. —Saltó hacia el claro de hierba y corrió a decírselo a Bigotes Plumosos—. ¡No te preocupes! —anunció—. Asustamos a la minina casera.

Bigotes Plumosos sacó la cabeza de la maraña de hierbas.

—¿Qué minina casera?

—¡La que amenazaba con escalar el muro!

—¿Amenazaba, eh? —los ojos de Bigotes Plumosos brillaron.

Pelaje Azul se movió con vergüenza.

—Bueno, ¡podría haber saltado!

Bigotes Plumosos ronroneó.

—Gracias —maulló—. ¿Puedes llamar a Pelaje Nevado? Necesito que los dos me ayuden a llevar esta nébeda de vuelta.

Pelaje Azul corrió de vuelta a la pared.

—Bigotes Plumosos necesita ayuda.

Llevó a Pelaje Nevado de vuelta a donde Bigotes Plumosos había apilado unos montones de nébeda en la hierba, y recogió uno bajo su barbilla tal y como Manto de Piedra le había enseñado. El fragante aroma hizo que a Pelaje Azul le picaran las garras. Olía delicioso.

—Puedo llevar más —ofreció. Bigotes Plumosos arrastró otra fronda de la planta, y Pelaje Azul la agarró con sus mandíbulas.

—¡Quiero probar eso! —Pelaje Nevado parecía impresionada. Se esforzó por agarrar dos montones como lo había hecho Pelaje Azul, asegurándolos por fin, y los tres gatos partieron hacia casa con la preciada hierba.

* * *

—¡Trajeron un montón! —Pluma de Ganso estaba encantado cuando dejaron la nébeda en el claro de curandería.

Pelaje Azul sintió una oleada de orgullo. Todavía se le hacía la boca agua por el tentador sabor. Había sido difícil no masticar una o dos hojas, pero sabía que era demasiado valiosa para desperdiciarla.

—Deben tener hambre —continuó Pluma de Ganso—. Ve a comer algo. —Miró a Bigotes Plumosos—. Tú también puedes ir, y mientras estás en el montón de carne fresca, puedes traerme un bocado para comer. He tenido una mañana muy ocupada.

Pelaje Azul echó un vistazo al claro. Estaba salpicado de hierbas que yacían entre hojas caídas, y un parche de hierba estaba aplastado en una esquina donde se acumulaba el sol. Tenía la forma exacta de un regordete curandero. «*¿Ocupado? Ajá*».

Caída del Sol estaba husmeando en la pila de carne fresca cuando llegaron a ella. Levantó la mirada.

—Estrella de Pino acaba de llegar, hambriento como un estornino —maulló.

Pelaje Azul miró al líder del Clan del Trueno, que se lavaba junto a la parcela de ortigas. Había vuelto al campamento antes que ellos, pero no había estado llevando dos montones de nébeda.

—¿Cómo les fue en su primera misión? —preguntó Caída del Sol.

—Bien —Pelaje Azul maulló, esperando que Bigotes Plumosos estuviera de acuerdo.

Bigotes Plumosos ronroneó.

—Me dieron tiempo suficiente para reunir mucha.

Estrella de Pino levantó la mirada.

—¿Estabas recogiendo nébeda?

—Suficiente para vernos hasta la caída de la hoja —respondió Bigotes Plumosos.

¿Era eso alarma lo que brillaba en los ojos del líder del Clan del Trueno? ¿Le preocupaba que lo hubieran visto charlando con Jake?

Caída del Sol dio un zarpazo a un tordo del montón.

—Me alegro de que hayan sido útiles.

—Asustaron a una minina casera —le dijo Bigotes Plumosos.

Caída del Sol bajó la cabeza.

—Bien hecho, las dos —sonaba realmente complacido.

Pelaje Azul hinchó el pecho mientras Caída del Sol llevaba el tordo a Estrella de Pino. El líder del Clan del Trueno lo volteó con su pata y lo olfateó, como si no estuviera seguro de tener más hambre. Seguramente se le había abierto el apetito caminando hasta el Poblado de los Dos Patas y de vuelta. El vientre de Pelaje Azul gruñía como un guerrero del Clan de la Sombra. Agarró un ratón del montón y se acomodó junto al tocón del árbol. Mientras empezaba a masticar el ratón, volvió a mirar a Estrella de Pino. Estaba mordisqueando delicadamente un ala mientras Caída del Sol dormitaba a su lado. ¿Qué había estado haciendo el líder del Clan del Trueno en aquella cerca?



CAPÍTULO 17

La luna llena iluminaba el claro, mojando a los Clanes. Por primera vez en lunas, los grandes robles de los Cuatro Árboles se agitaron con sus hojas. Pelaje Azul se estremeció, entusiasmada cuando la brisa fresca de la noche agitó su pelaje. Esta era su primera Asamblea como guerrera, y la primera en la que los rencores y rivalidades de los Clanes parecían haberse olvidado, al menos durante la tregua. El Clan del Viento parecía elegante y bien alimentado; el Clan del Río apestaba a pescado recién capturado; los ojos del Clan de la Sombra brillaban desde la oscura sombra de los árboles. Patas Susurrantes compartía lenguas con Baya Blanca, un veterano del Clan del Viento, mientras los curanderos se acurrucaban, hablando en voz baja. Fauces de Víbora y Cola de Tormenta estaban sentados con Nutria Manchada y Manto Mellado, mientras que Amapola del Amanecer se sentaba en un círculo de aprendices, ronroneando con indulgencia mientras presumían entre sí.

—Ayer trepé mi primer árbol —maulló un aprendiz atigrado del Clan del Río, flexionando las garras.

Amapola del Amanecer parpadeó.

—¿Los gatos del Clan del Río trepan árboles?

—¡Pensé que solo nadaban! —Zarpa Dulce maulló.

El atigrado del Clan del Río sacó el pecho.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Bueno, apuesto a que no puedes atrapar ardillas —desafió Zarpa de Cardo.

—Qué asco —el aprendiz del Clan del Río hizo una mueca—. ¿Quién *querría* hacerlo?

El Clan del Río estaba actuando como si su ataque a las Rocas Soleadas no hubiera ocurrido, y los guerreros del Clan del Trueno no estaban cacareando su victoria. Sin embargo, mientras Zarpa Doblada se dirigía hacia ella, Pelaje Azul sintió una punzada de inquietud.

—Luchaste bien —maulló.

Ella agachó las orejas.

—Peleo aún mejor ahora que soy una *guerrera* —advirtió.

Sus ojos se encendieron inesperadamente de emoción.

—¡También obtuve mi nombre guerrero!

—¿*Mandíbula* Doblada?

—¿Cómo lo adivinaste? —un ronroneo retumbó en su garganta.

—Porque tu *cola* aún está recta.

Un aullido sonó desde la Gran Roca.

—Que comience la Asamblea.

Estrella de Pino se paró en el borde de la piedra, la luz de la luna brillaba en su pelaje. Detrás de él se veían las siluetas de Estrella de Granizo, Estrella de Brezo y Estrella de Cedro. Estrella de Pino retrocedió cuando los Clanes comenzaron a aglomerarse bajo la roca, y Estrella de Cedro ocupó su lugar.

—La estación de la hoja nueva ha traído presas y calor, pero también más mininos caseros —anunció el líder del Clan de la Sombra—. Hoy mismo, una patrulla de caza ha tenido que echar a un gato rojizo de nuestras fronteras.

«*¿Jake?*». Pelaje Azul observó a Estrella de Pino, en busca de una reacción.

Nutria Manchada llamó desde el Clan del Río:

—¡Se esconden en sus acogedores guaridas toda la estación sin hojas y se olvidan de que los bosques son nuestros!

Fauces de Víbora curvó el labio.

—Nunca se tarda en recordarles que se mantengan en sus propias vidas suaves.

Los Clanes murmuraron de acuerdo.

Estrella de Brezo se acercó al frente.

—El Clan del Viento ha aumentado las patrullas para recordar a los gatos del granero que se mantengan fuera de nuestras tierras. —Miró expectante a Estrella de Pino.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. ¿Estrella de Pino diría a los Clanes que los mininos caseros se entrometían en el territorio del Clan del Trueno?

El líder del Clan del Trueno levantó la barbilla.

—Tenemos la intención de aumentar las patrullas —hizo una pausa, mirando repentinamente a Estrella de Granizo—, para advertir a *cualquier* intruso que se aleje.

Pelaje Azul movió las patas. ¿Por qué sacar a relucir las rivalidades de los Clanes ahora? Todos parecían estar de acuerdo en que eran los mininos caseros los que causaban problemas. No era la única gata molesta por el desafío de Estrella de Pino. Los gruñidos retumbaron entre los gatos del Clan del Río.

—Ningún gato del Clan de la Sombra ha cruzado su frontera en lunas —gruñó Manto Mellado, el lugarteniente.

Corazón de Halcón llamó desde el nudo de curanderos:

—¡El Clan del Viento se ha quedado en nuestro lado de los Cuatro Árboles!

A Estrella de Granizo se le erizaron los costados.

—¿Estás acusando al Clan del Río de cruzar tu línea de olor?

Estrella de Pino se encogió de hombros.

—No estoy acusando a ningún gato de nada. Pero el Clan del Trueno aumentará las patrullas a partir de ahora. —Parpadeó al líder del Clan de la Sombra—. Más vale prevenir que curar.

El vientre de Pelaje Azul se tensó mientras la ira cargaba el aire.

Mandíbula Doblada se levantó.

—¿Por qué acusar a los Clanes? ¡Estábamos hablando de mininos caseros!

Corazón de Roble gruñó desde al lado de su hermano.

—¡Los gatos del Clan del Trueno siempre fueron un grupo de amigos de mininos caseros!

—¿A quién llamas amigos de mininos caseros? —Fauces de Víbora giró la cabeza, con los ojos encendidos.

Corazón de Roble lo miró fijamente. La confianza brillaba en los ojos del guerrero del Clan del Río.

—¡Viven junto al Poblado de los Dos Patas! —gruñó—. Son prácticamente compañeros de guarida.

Amapola del Amanecer se erizó.

—¿Cómo te atreves, aliento de pescado?

Estrella de Brezo llamó desde la Gran Roca:

—¡Por el Clan Estelar, alto! —miró al Manto Plateado, que brillaba entre las hojas. Unos mechones de nubes ocultaban algunas de las estrellas.

Murmurando, los Clanes se sumieron en un espinoso silencio.

La líder del Clan del Viento levantó el hocico.

—Los mininos caseros rara vez llegan a nuestras fronteras.

Cola Alta llamó desde abajo.

—Son demasiado lentos para perseguir conejos de todos modos.

—Y ardillas —añadió Orejitas.

Murmullos de acuerdo se extendieron por los Clanes, pero algunos mantos seguían erizados. Las patas de Pelaje Azul se agitaron con frustración. ¿Por qué Estrella de Pino había provocado problemas?

Estrella de Granizo volvió a ponerse al frente de la Gran Roca.

—Basta de mininos caseros —aulló—. El Clan del Río tiene un nuevo guerrero. —Señaló con la cabeza a su Clan—. ¡Mandíbula Doblada!

Mientras los Clanes murmuraban coreos poco entusiastas al nuevo guerrero, Pelaje Azul se tensó. ¿Iba a tener el mismo recibimiento que Patas de Leoparda y Centón? Cerró los ojos cuando Estrella de Pino anunció su nombre junto con el de Pelaje Nevado, y se sintió aliviada cuando los Clanes gruñeron su aprobación, aunque fuera una bienvenida menor que la que habían dado a Mandíbula Doblada.

Cuando la Asamblea se disolvió en un gélido silencio, Pelaje Nevado la rozó.

—¿Por qué Estrella de Pino trató de molestar a los otros Clanes? —susurró Pelaje Azul.

—Solo les estaba advirtiendo.

—¿Pero por qué acusarlos a *ellos* en lugar de a los mininos caseros?

Pelaje Nevado se encogió de hombros.

—Los mininos caseros no están aquí.

Eso no era suficiente. No había habido evidencia de otros Clanes cruzando la frontera. Pero los mininos caseros habían ido y venido como si fueran los dueños del territorio. ¿Por qué Estrella de Pino no quería admitir que los mininos caseros estaban apestando la frontera con sus marcas de olor y ahuyentando a las presas que se necesitaban para engordar al Clan después de una larga estación sin hojas?

* * *

La mañana trajo calor al campamento. Pelaje Azul bostezó, cansada después de su larga noche. Pelaje Nevado ya había salido de patrulla al

amanecer con Fauces de Víbora y Zarpa de Cardo. El sol de hoja nueva brillaba en el claro mientras Pelaje Azul se reunía bajo la Peña Alta para escuchar a Caída del Sol nombrar a las patrullas. Movió su cola felizmente cuando él llamó su nombre para cazar con Manto de Tordo, Leonino y Zarpa de Rosal.

—¿Pelaje Azul? —Patas de Leoparda salía de la guarida de Estrella de Pino, el liquen todavía se agitaba detrás de ella—. Estrella de Pino quiere hablar contigo.

—¿Por qué?

¿Había hecho algo malo? Tal vez la había visto observándolo con Jake. O tal vez algún gato la había oído preguntar a Pelaje Nevado por qué Estrella de Pino había desafiado a los Clanes y no a los mininos caseros.

Patas de Leoparda se encogió de hombros y se dirigió a la maternidad, con los pasos de sus patas pesados bajo el peso de su vientre. Pelaje Azul se dirigió a regañadientes a la guarida de Estrella de Pino.

El líder del Clan parpadeaba en la oscuridad cuando ella entró.

—Pelaje Azul —la saludó solemnemente.

Pelaje Azul lo miró nerviosamente, moviendo las patas.

—He pasado por alto parte de tu entrenamiento —maulló.

—¿Qué?

—No has visto la Piedra Lunar.

«*¡La Piedra Lunar!*». ¡La piedra sagrada donde los líderes recibían sus nueve vidas y donde los curanderos compartían sueños con el Clan Estelar! La emoción alejó todas las preocupaciones de la mente de Pelaje Azul.

—Todos los gatos jóvenes deberían ir allí para recibir la bendición del Clan Estelar —continuó Estrella de Pino—. Las habría llevado antes, pero la batalla con el Clan del Viento y las fuertes nieves habrían hecho el viaje demasiado duro. Ahora quiero compartir sueños con el Clan Estelar, y tú también podrías venir conmigo.

—¿Vendrá Pelaje Nevado también?

—Puede que el Clan del Viento no confíe en que tres guerreros crucen su territorio —maulló Estrella de Pino—. La llevaré la próxima vez.

Pelaje Azul sabía que tenían que cruzar el páramo para llegar a la Boca Materna, la cueva que contenía la Piedra Lunar. Seguramente el Clan del Viento sabría que estaban pasando por su territorio. Suspiró. Tal vez los recuerdos del ataque al campamento del Clan del Viento estaban todavía demasiado crudos.

El líder del Clan del Trueno cerró los ojos.

—Ve a Pluma de Ganso a por hierbas de viaje —murmuró.

«*¿Hierbas de viaje?*». Pelaje Azul se preguntó si tendrían tan mal sabor como las hierbas que Pluma de Ganso había dado a los gatos antes del ataque al Clan del Viento.

—¿Te traigo algunas?

Estrella de Pino negó con la cabeza.

—No debo comer antes de compartir con el Clan Estelar.

«*¡Qué suerte!*». Se dio la vuelta y se abrió paso entre el liquen. Pluma de Ganso ya estaba esperando afuera del túnel de helechos. Pelaje Azul se tensó. No había dicho nada sobre la profecía desde el día en que llegó el zorro, hacía dos lunas. ¿Lo mencionaría ahora?

Pero se limitó a parpadear y a empujar las hierbas hacia ella.

—Estrella de Pino dice que te va a llevar a la Piedra Lunar.

Pelaje Azul asintió. ¿Era curiosidad lo que brillaba en sus ojos?

—Cómete esto. —Se dio la vuelta y se alejó caminando.

¿Le había mencionado algo a Estrella de Pino sobre la profecía? ¿Es por eso que el líder del Clan del Trueno se la llevaba a ella y no a Pelaje Nevado? ¿Sabía él que ella era especial?

—¡Deprisa! —Estrella de Pino llamó a través del claro—. Quiero estar allí para la medianoche.

Pelaje Azul se apresuró a sorber el montón de hojas verdes, con arcadas contra la amargura, y corrió tras su líder. Siguieron la ruta hacia los Cuatro Árboles, volviendo sobre sus pasos hacia la Asamblea de la noche anterior. Pelaje Azul podía oler los olores persistentes de los Clanes mientras pasaban por la Gran Roca. Tenía un aspecto extraño a la luz del día, aburrido y sin vida sin el brillo de la luna.

La hierba se volvió áspera bajo sus patas mientras subían la pendiente hacia el territorio del Clan del Viento.

—Recuerda —advirtió Estrella de Pino cuando el viento empezó a azotar su pelaje y los árboles dieron paso a arbustos achaparrados—, aquí no se caza.

«*¡Claro que no!*». Además, Pelaje Azul no tenía hambre. Las hierbas de Pluma de Ganso le habían quitado el apetito y hacían que le picaran las patas por correr, pero siguió el paso firme de Estrella de Pino mientras él guiaba el camino a través del brezo hasta que el terreno se aplanó en una amplia meseta. Pelaje Azul escaneó el horizonte, buscando el campamento del Clan del Viento y la roca donde se había refugiado durante la batalla. Pero solo el sonido del viento que corría sobre la hierba le resultaba familiar. De repente, el suelo descendió bajo sus patas y toda la extensión

del territorio del Clan del Viento se extendía a ambos lados. Estrella de Pino se detuvo cuando el mundo se desplegó frente a ellos. El páramo se extendía hacia un amplio y profundo valle, donde las guaridas de los Dos Patas se agrupaban en nudos, pequeños como semillas de hierba, y a lo lejos se alzaba un acantilado de picos altos y dentados.

—¿Esas son las Rocas Altas? —respiró Pelaje Azul.

Estrella de Pino asintió.

El ácido sabor del Sendero Atronador llegaba desde el valle. Pelaje Azul podía ver una delgada franja gris que serpenteaba como un río debajo de ellos. Había visto el Sendero Atronador que separaba el bosque del Clan del Trueno del territorio del Clan de la Sombra, pero nunca lo había cruzado. Este Sendero Atronador parecía más concurrido. Desde allí parecía que los monstruos se arrastraban como insectos, pero Pelaje Azul sabía lo enormes que eran y había oído hablar de gatos muertos por ellos, que viajaban a tal velocidad que incluso el guerrero más rápido podía ser alcanzado.

—Vamos —Estrella de Pino comenzó a bajar la pendiente.

Pelaje Azul podía oler las marcas olorosas que bordeaban la frontera del Clan del Viento y ver la exuberante hierba que cubría las laderas de abajo. Sus patas le dolían por su suavidad.

—¡Alto!

Un aullido del Clan del Viento los dejó helados. Pelaje Azul se puso rígida cuando Estrella de Pino se dio la vuelta para saludar a la patrulla del Clan del Viento. Se preparó, y se giró para ver a Cola Alta y Junco Plumoso, el lugarteniente del Clan del Viento, saltando a través del brezo, con los pelos erizados y los dientes al descubierto, con tres guerreros más pisándoles los talones.

—Deja que tu pelaje se alise —siseó Estrella de Pino.

Pelaje Azul trató de calmarse, respirando profundamente. «*Tenemos permitido cruzar hasta las Rocas Altas*», se dijo a sí misma mientras los guerreros del Clan del Viento se acercaban a una cola de distancia.

Junco Plumoso entrecerró los ojos.

—¿Van a las Rocas Altas? —desafió.

Estrella de Pino asintió.

El lugarteniente del Clan del Viento los rodeó, abriendo la boca para probar su olor.

—No hemos cazado —maulló Estrella de Pino de manera uniforme.

Junco Plumoso resopló.

—Con el Clan del Trueno, siempre es mejor asegurarse.

Estrella de Pino clavó sus garras en el suelo de turba, pero no dijo nada.

—¡Pues vayan! —Junco Plumoso soltó con brusquedad—. Y dense prisa. No queremos que apesten nuestro territorio y asusten a las presas.

Estrella de Pino se volvió. ¿No iba a responder? Pelaje Azul se esforzó por evitar que su pelaje se erizara de rabia, pero Estrella de Pino se limitó a caminar pesadamente por la ladera, con la cabeza y la cola bajas. No había olor a miedo en él. Pero el cansancio en su paso hizo que Pelaje Azul se preguntara qué lo llevaba a compartir sueños con el Clan Estelar. Tal vez estaba más preocupado por los mininos caseros de lo que admitiría. Pelaje Azul podía sentir las miradas de la patrulla del Clan del Viento quemando su pelaje mientras se dirigían cuesta abajo. Solo se relajó cuando cruzaron la frontera, sus patas se hundieron en la suave hierba. A partir de ahí, Estrella de Pino se mantuvo en caminos tranquilos, alejados de las guaridas de los Dos Patas. Pelaje Azul estaba cansada cuando se acercaron al Sendero Atronador, y se alegró de las hierbas de viaje que mantenían su hambre a raya. El sol caía detrás de las Rocas Altas, arrojando largas sombras sobre el valle. En lo alto, la luna colgaba en un cielo pálido y las estrellas empezaban a parpadear.

El rugido del Sendero Atronador sacudió el vientre de Pelaje Azul. Para cuando llegaron a él, una corriente interminable de monstruos pasaba rugiendo, con los ojos encendidos. Deslumbrada, Pelaje Azul parpadeaba cada vez que pasaba uno, y arrugaba la nariz ante su apestoso aliento. Estrella de Pino se agachó en la zanja del borde y la sostuvo con un toque de su cola. Pelaje Azul no podía dejar de temblar. Los monstruos pasaban a toda velocidad desde ambas direcciones, con su asqueroso viento caliente tirando de sus bigotes y azotando su pelaje. ¿Cómo iban a cruzar?

—Quédate detrás de mí —Estrella de Pino ordenó. La guió hacia delante hasta que sus garras tocaron la apestosa piedra negra, sin apenas inmutarse cuando otro monstruo pasó rugiendo a menos de una cola de distancia.

Aterrada, Pelaje Azul saltó hacia atrás.

—Vuelve aquí —gruñó Estrella de Pino.

Respirando con dificultad, Pelaje Azul se arrastró de nuevo a su lado y se obligó a mantenerse firme cuando otro monstruo pasó zumbando.

—¡Ahora! —Estrella de Pino salió disparado hacia delante.

Con el corazón en la garganta, Pelaje Azul corrió con él, sus patas resbalaban en el suave Sendero Atronador, su mente daba vueltas en pánico cuando vio unas luces que se acercaban y escuchó el aullido de un

monstruo que se precipitaba hacia ellos. Ciega de terror, corrió con Estrella de Pino, apretándose contra su pelaje hasta que el suelo se convirtió en hierba bajo sus patas.

—Ya estamos a salvo —jadeó Estrella de Pino.

Pelaje Azul abrió los ojos, aliviada de encontrarse en el extremo del Sendero Atronador. Todavía temblando, siguió al líder del Clan del Trueno mientras se dirigía a las Rocas Altas. El viento, frío por el aire nocturno, azotó su pelaje. Se estremeció y miró hacia arriba. El sol no era más que un resplandor sobre los picos escarpados, y el cielo estaba negro. Temblando, buscó la estrella más brillante. ¿Podría ser Flor de Luna observando su primer viaje a la Piedra Lunar?

El terreno se inclinaba y se empinaba, y la hierba se convertía en piedras bajo sus patas. Estrella de Pino respiraba con dificultad y el vientre de Pelaje Azul empezaba a gruñir. Habría poco que cazar en este suelo desnudo y rocoso, salpicado solo de brezo desgarrado por el viento. Se sintió aliviada cuando Estrella de Pino se detuvo. Levantó su hocico leonado y miró hacia la ladera.

—La Boca Materna.

Conteniendo la respiración, Pelaje Azul siguió su mirada. Por encima de ellos, a medida que la pendiente se hacía más empinada y rocosa, un agujero se abría en la ladera. Cuadrado y negro, bostezaba bajo un arco de piedra.

Estrella de Pino miró la luna que brillaba en lo alto.

—Es la hora.



CAPÍTULO 18

—Bienvenida a la Boca Materna. —Estrella de Pino tocó el hombro de Pelaje Azul con su cola antes de entrar en el túnel. Casi al mismo tiempo, su pelaje marrón rojizo desapareció en las sombras.

Con una última mirada al cielo repleto de estrellas, Pelaje Azul lo siguió. La oscuridad la engulló, presionando de forma tan densa que contuvo la respiración y esperó a que la negrura la anegara como el agua. Los pasos de las patas de Estrella de Pino rozaron el suelo cuando éste empezó a adentrarse en la tierra, y ella caminó tras él con la sangre rugiendo en sus oídos.

—¿Estrella de Pino? —jadeó.

El aire helado entró en sus pulmones. El sabor del agua, la piedra y la tierra le bañó la lengua. ¿Dónde estaba? Su olor se perdió en la mezcla de olores extraños. Aplastada por la oscuridad, el pánico le atravesó el manto. Se lanzó hacia adelante, graznando cuando chocó con él y lo derribó.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo? —Estrella de Pino se puso de pie, desenredándose de Pelaje Azul.

Acalorada por la vergüenza, se levantó de un salto, deseando poder ver… *algo*.

—Me asusté.

Sintió su pelaje presionado contra el suyo.

—Ya casi llegamos —prometió él—. Caminaré a tu lado hasta que haya más luz.

—¿Más luz? —Pelaje Azul miró hacia adelante con incredulidad. ¿Cómo podía haber luz allí abajo? Y, sin embargo, después de unos cuantos pasos, sus ojos detectaron un brillo en el túnel por delante.

Mientras Estrella de Pino se alejaba, Pelaje Azul empezó a distinguir los altos y suaves lados del túnel, que brillaban por la humedad. Y entonces el túnel se abrió en una caverna que se arqueaba por encima de Estrella de Pino, haciendo que el líder del Clan del Trueno pareciera muy pequeño. Las vastas paredes curvas llegaban a un techo alto y allí, en la cima, se abría un agujero hacia el cielo. Los olores del brezo y el viento bajaban, y la luz de la luna entraba y bañaba la gran piedra que estaba en el centro de la cueva. La piedra alcanzaba varias colas de distancia, brillando como incontables gotas de rocío e iluminando la cueva como una estrella capturada. Las patas de Pelaje Azul no se movían. Se quedó de pie y miró fijamente, horriblemente consciente de la asfixiante negrura que se interponía entre ella y la libertad, anhelando sentir el viento en su pelaje y asustada por la idea de que el Clan Estelar compartía sueños en este lugar. ¿Estaban sus ancestros con ellos ahora, flotando invisiblemente a su alrededor? Se apretó contra una pared, retrocediendo instintivamente de la Piedra Lunar.

—Ponte cómoda —le dijo Estrella de Pino—. Ahora debo compartir los sueños con el Clan Estelar.

Pelaje Azul se agachó, mullendo su pelaje para proteger su vientre del helado suelo de piedra. Se preguntaba si la luz del sol había llenado alguna vez esta caverna de la forma en que lo hacía ahora la luz de la luna, y anhelaba que el calor y la luminosidad barrieran el frío y espeluznante resplandor.

Estrella de Pino se acercó a la Piedra Lunar y, agachándose junto a ella, tocó el cristal brillante con la nariz. Al instante sus ojos se cerraron y su cuerpo se puso rígido. Pelaje Azul se tensó, esperando chispas o destellos. Pero nada se movió ni cambió; la cueva estaba en silencio, salvo por el viento que suspiraba alrededor de la Piedra Lunar. El viaje había sido largo y sintió que el cansancio la invadía. Los ojos se le pusieron vidriosos y pesados, y dejó que se cerraran para que la oscuridad la envolviera.

Soñando ahora, tragó por aire y respiró agua. El pánico surgió bajo su pelaje cuando una feroz corriente la arrastró de sus patas y la hizo caer en una oscuridad infinita. El agua arrastró su pelaje, le llenó la nariz, los ojos y los oídos, cegándola, ensordeciéndola de todo menos del terror que gritaba en su mente. Luchando contra el torrente, tosiendo y luchando,

Pelaje Azul agitó sus patas, con los pulmones pidiendo aire a gritos. Buscó una luz hacia la que nadar, alguna sensación de dónde podría estar el mundo de la respiración, pero no vio nada más allá de las interminables aguas negras.

Se despertó jadeando, con el pelaje erizado de miedo.

Vio la silueta de Estrella de Pino contra el cristal brillante. La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Pesadilla?

Jadeando, asintió y se puso torpemente de pie, todavía adormecida por el sueño y anegada por el terror.

—El aire fresco te despejará la cabeza —Estrella de Pino lideró el camino fuera de la caverna.

Pelaje Azul le siguió, demasiado conmocionada por su sueño como para hablar, con el recuerdo del ahogamiento grabado en sus pensamientos. Dejó que sus bigotes tocaran la cola de Estrella de Pino y siguió sus pasos por el túnel negro y liso como el hielo, hasta que por fin la luz de la luna bañó sus patas y sintió que el viento le rozaba el pelaje.

—Descansaremos aquí hasta el amanecer —Estrella de Pino ya se estaba acurrucando en el suave refugio de una roca justo después de la boca del túnel.

El suelo estaba frío, pero Pelaje Azul se alegraba de estar al aire libre. El Manto Plateado brillaba sobre ellos. «*Flor de Luna*». El olor a leche de su madre parecía envolverla, reconfortándola. Dejó de temblar, pero su mente seguía dando vueltas. ¿Acababa de probar la verdad de la profecía? ¿Realmente iba a ahogarse, a ser destruida por el agua como le había dicho Pluma de Ganso?

El sol naciente la despertó. Sentía como si apenas hubiera dormido, pero su sueño se había desvanecido y ya no podía sentir el sabor del agua en su boca. Pelaje Azul abrió los ojos y contempló el horizonte lechoso, viendo cómo el sol rosado bañaba el páramo lejano. Cuando se puso de pie y se estiró, Estrella de Pino se despertó a su lado y bostezó. Miró con cansancio al otro lado del valle.

—Supongo que será mejor que volvamos.

Pelaje Azul no podía esperar a estar en casa, de vuelta en el barranco entre sus compañeros de Clan. Se paseó por las rocas, olfateando con esperanza en busca de presas, mientras Estrella de Pino se estiraba, lavaba y finalmente se puso en marcha por la ladera.

Bordearon las guaridas de los Dos Patas, y cuando llegaron al territorio del Clan del Viento también bordearon el límite de éste. Pelaje

Azul se sentía como una ladrona, merodeando en las sombras más allá de las marcas olorosas. Estrella de Pino apenas hablaba. Pelaje Azul decidió que si fuera líder no se dejaría intimidar por las patrullas del Clan del Viento. El código guerrero les daba permiso para pasar por los páramos. Ningún gato tenía derecho a impedir que un líder compartiera con el Clan Estelar.

Entonces recordó la hostilidad en los ojos de Junco Plumoso. ¿Realmente quería enfrentarse a eso después de un viaje tan largo? Sus patas se sentían demasiado pesadas para luchar y su mente demasiado somnolienta para discutir.

—¿Nos odiarán para siempre? —se preguntó en voz alta.

Estrella de Pino la miró.

—¿El Clan del Viento? —suspiró él, y su aliento fue azotado por la brisa—. Nos perdonarán por el ataque, y luego nos odiarán por alguna otra razón. Al igual que los otros Clanes. Los cuatro Clanes serán enemigos hasta el final. —Siguió caminando, con la cola baja. Aunque hablaba, apenas parecía estar hablando con Pelaje Azul—: Y sin embargo, todos queremos las mismas cosas: presas para cazar, un territorio seguro para criar a nuestros cachorros, y paz para compartir sueños con nuestros ancestros. ¿Por qué tenemos que odiarnos unos a otros por deseos tan simples?

Pelaje Azul se quedó mirando las ancas marrones de su líder de Clan. ¿Era realmente así como él veía la vida de Clan? ¡Había más que odio y rivalidad! El código guerrero les decía que debían proteger a sus compañeros de Clan y luchar por lo que era suyo. ¿Eso no significaba más que odiar a todos los gatos más allá de sus fronteras? Miró a través del páramo erizado, buscando el lugar donde se encontraba el campamento del Clan del Viento y donde su madre había sido asesinada. Tal vez *sí* era todo lo que significaba. Odiaría al Clan del Viento para siempre. Odiaría a cualquier Clan que dañara a sus seres queridos, y por lo que había visto, los otros Clanes solo querían hacer daño.

Llegaron por fin al barranco y bajaron a trompicones sobre sus patas cansadas. El sol de la tarde se derramaba en el campamento, iluminando el claro de tal manera que Pelaje Azul podía verlo destellar a través de las copas de los árboles. Los olores familiares de su hogar calentaron sus patas.

—Ve a descansar a tu guarida —ordenó Estrella de Pino mientras caminaban por el túnel de aulagas. Su tono era enérgico; sonaba una vez

más como el líder del Clan del Trueno, y el cansancio que había escuchado en los páramos parecía haber desaparecido.

Aliviada por haber vuelto a la normalidad, Pelaje Azul sintió que su vientre retumbaba. No se habían detenido a cazar, y estaba hambrienta. Pero el cansancio le llegaba hasta los huesos. Primero dormir, luego comer. Raspó el suelo mientras tropezaba hacia la guarida de los guerreros y se abrió paso hacia dentro. Alguien había añadido helechos a su lecho y lo había forrado con musgo fresco. Agradecida, se hundió en él y cerró los ojos.

—¡Volviste!

Un ratón cayó adelante de su nariz. Pelaje Nevado estaba rodeando su lecho.

—¿Cómo estuvo? ¿Era grande? ¿Estrella de Pino soñó? ¿Tú soñaste? ¿Qué pasó?

Pelaje Azul levantó la cabeza y parpadeó a su hermana.

—Era grande y brillante, y Estrella de Pino soñó.

—¿Sobre qué?

—No lo dijo.

—¿En serio está tan lejos? ¿Viste algún Dos Patas? ¿Qué tan grandes son las Rocas Altas? Manto de Gorrión dice que son las cosas más grandes del mundo.

—Son más altas que el páramo. Y evitamos los Dos Patas. Y caminamos todo el día —Pelaje Azul olfateó el ratón. Se le hizo agua la boca con el olor, pero estaba demasiado cansada para masticar—. Gracias por limpiar mi lecho —murmuró, con los ojos medio cerrados.

—No fui yo —Pelaje Nevado sonó sorprendida—. Fue Manto de Tordo. Dijo que estarías cansada cuando volvieras.

Pelaje Azul cerró los ojos, demasiado cansada para comentar, y sintió el cálido hocico de Pelaje Nevado presionando su cabeza.

—Duerme bien, hermana.

Pelaje Azul escuchó el crujido de los helechos cuando Pelaje Nevado la dejó dormir y se alejó en un remolino de estrellas y voces que susurraban más allá de su oído. Y a su alrededor, el agua negra que corría tiraba de su pelaje y la helaba hasta los huesos.



CAPÍTULO 19

Pelaje Azul siguió a Fauces de Víbora, Zarpa de Cardo y Manto de Tordo a través de los árboles mientras regresaban al campamento tras una temprana patrulla fronteriza. El suave sol de la hoja verde mojaba su pelaje, y una abeja zumbó cerca de su oído mientras se abría paso entre un grupo de helechos.

—Sería un día perfecto para estar echado en las Rocas Soleadas —maulló Zarpa de Cardo con nostalgia.

Fauces de Víbora resopló.

—No puedo creer que Estrella de Pino no haya hecho nada para recuperarlas de esos cara de pescado del Clan del Río.

—Debería haber lanzado un ataque en el momento en que movieron las marcas de la frontera —Zarpa de Cardo bateó el aire en un simulacro de embestida—. En lugar de eso, tenemos que ver a esos cara de pez holgazanear en *nuestro* territorio.

—No necesitamos las presas de las Rocas Soleadas —señaló Manto de Tordo—. Hay suficientes en el resto del bosque.

—¡Ese no es el punto! —Fauces de Víbora soltó—. Nos ha hecho parecer débiles. El Clan de la Sombra será el siguiente en servirse de las Rocas de las Serpientes.

Pelaje Azul agitó su cola.

—El Clan de la Sombra *puede* tener las Rocas de las Serpientes. Atrae más víboras y zorros que presas.

Un gruñido bajo retumbó en la garganta de Fauces de Víbora.

—Derramar sangre por las Rocas Soleadas no tiene sentido —argumentó Manto de Tordo—. Por lo que dicen los veteranos, ya ha ocurrido suficientes veces en la historia de los Clanes. Es más fácil dejar que las tengan. Tenemos suficientes presas.

—¡En la *estación de la hoja verde*! —Zarpa de Cardo se quejó—. ¿Pero y durante la estación sin hojas, cuando necesitamos cada paso de territorio?

«*Solo estás repitiendo lo que Fauces de Víbora te ha dicho*». Pelaje Azul entrecerró los ojos. El aprendiz con cerebro de ratón nunca pensaba tan lejos por su cuenta.

—Si se convierte en algo por lo que vale la pena luchar, entonces estoy segura de que Estrella de Pino luchará.

Zarpa de Cardo curvó el labio.

—¿Nuestro líder ha estado confiando en *ti*? —se burló.

—No necesita hacerlo —gruñó Pelaje Azul cuando llegaron a la cima del barranco—. Tiene sentido. —Pasó por delante de Zarpa de Cardo y bajó a toda velocidad por las rocas.

Patas de Leoparda estaba tomando el sol fuera de la maternidad. Su vientre estaba tan hinchado de cachorros que parecía tan redonda como un tejón.

—¿Suficientemente cálido? —preguntó Pelaje Azul al pasar.

Patas de Leoparda levantó la cabeza.

—No puede estar suficientemente cálido para mí —ronroneó.

Pelaje Azul se dirigió a la pila de carne fresca.

—Hay muchas presas para elegir —Zarpa de León estaba echado junto al tocón del árbol con Zarpa Dorada—. Yo mismo atrapé un tordo y un campañol.

Zarpa Dorada le pasó la cola por las orejas.

—¡Deja de presumir!

Zarpa de León lamió el grueso pelaje alrededor de su cuello.

—Solo estaba siendo honesto.

Los bigotes de Pelaje Azul se movieron.

—Siguiendo el código guerrero, supongo —se burló.

Se apartó del camino cuando Caída del Sol se acercó a la guarida de los aprendices.

—¡Oye, Zarpa de León! ¿Has visto a Estrella de Pino?

Zarpa de León levantó la vista.

—Pensé que había salido con una patrulla de caza.

Caída del Sol entrecerró los ojos.

—Yo también lo pensé, pero la patrulla de caza acaba de regresar y Estrella de Pino no está con ellos.

Pelaje Azul inclinó la cabeza hacia un lado. ¿El resto de la patrulla fronteriza se había dado cuenta de que ella buscó el olor de Estrella de Pino cuando pasaron la frontera del Poblado de los Dos Patas? No podía olvidar haberlo visto con Jake, y desde su viaje a la Piedra Lunar hacía una luna, la sensación de que algo andaba mal con el líder del Clan del Trueno nunca había desaparecido del todo. ¿Estaba en el Poblado de los Dos Patas ahora mismo, hablando con Jake, poniéndose cómodo entre los mininos caseros como forma de escapar de sus preocupaciones sobre los Clanes?

Zarpa de León renunció a su pelaje empenachado y se acercó al guerrero naranja brillante.

—¿Quieres que lo busque? —ofreció.

Caída del Sol negó con la cabeza.

—Quiero que vengas conmigo en una patrulla para comprobar la frontera a lo largo del río —explicó—. Puede que el Clan del Río nos haya quitado las Rocas Soleadas, pero no tienen permitido poner una pata en este lado. La patrulla del alba captó algunos olores hasta en los árboles, así que creo que deberíamos patrullar allí más a menudo en caso de que esos cara de pez tengan alguna idea de invadirnos. Pelaje Azul, tú también puedes venir..

Pelaje Azul miró el montón de presas que se tambaleaba.

—¿Tengo tiempo para un ratón?

—Hazlo rápido —Caída del Sol se volvió—. Voy a reunir a Brisa Veloz y Ojo Blanco.

Pelaje Azul engulló un ratón, eructando mientras Zarpa de León saltó a sus patas.

—¿Vienes? —le preguntó a Zarpa Dorada.

Zarpa Dorada negó con la cabeza.

—Cola Moteada me está enseñará algunos movimientos de batalla para mi próxima evaluación.

Zarpa de León miró a Zarpa Azul.

—Supongo que depende de nosotros ahuyentar a esos gatos sarnosos del Clan del Río —su pelaje se erizó a lo largo de su espalda—. ¿Por qué no pueden quedarse en su propio territorio? Ni siquiera les *gustan* las ardillas.

Pelaje Azul agachó las orejas, sorprendida por su fiereza. Había sido poco más que un cachorro la última vez que lucharon contra el Clan del Río; ahora estaba dispuesto a arrancarles las orejas. Sospechaba que

secretamente esperaba que *sí* hubieran cruzado la frontera, lo que daría al Clan del Trueno una razón para atacar. Zarpa de Cardo no era el único en el Clan del Trueno que se sentía incómodo por haber perdido las Rocas Soleadas sin luchar. Pero aún así, ella creía que Estrella de Pino había tenido razón.

—Una batalla no es divertida —advirtió a Zarpa de León.

—¡Al menos has tenido la oportunidad de averiguarlo! —se quejó—. ¡Solo pude conocer a los otros Clanes en las Asambleas!

¿Realmente prefería luchar a hablar? Pelaje Azul entrecerró los ojos, y entonces recordó a Mandíbula Doblada. Al menos en la batalla sabías a qué atenerte y en quién podías confiar.

Golpeó suavemente a Zarpa de León en la oreja.

—Vamos.

Dejó de arquear la espalda y de erizarse como si ya estuviera luchando, y siguió a Pelaje Azul mientras se unía a Caída del Sol, Ojo Blanco y Brisa Veloz en la entrada.

En cuanto llegaron a la nueva frontera del Clan del Río, Pelaje Azul adivinó que la patrulla del alba se había equivocado. Aunque las marcas eran frescas, los únicos olores del Clan del Río en este lado eran tan débiles que podrían haber sido arrastrados por la brisa. Y sin embargo, el ver a los guerreros del Clan del Río descansando en las cálidas rocas más allá hizo que Pelaje Azul se erizara. Puede que hubiera defendido la decisión de Estrella de Pino de dejarles tomar las rocas, pero verles usar lo que había sido el territorio del Clan del Trueno hizo que le picaran las garras.

Caída del Sol gruñó a su lado, y Brisa Veloz arrancó pedazos del suelo.

—Estrella de Pino va a tener que recuperarlas en algún momento —escupió—. Nos insultan cada vez que ponen las patas en esas rocas.

—¡Cobardes! —Zarpa de León aulló al otro lado de la frontera.

Brisa Veloz rápidamente lo tiró hacia atrás por la cola.

—¡Un guerrero inteligente solo empieza las batallas que puede ganar! —siseó.

Los guerreros del Clan del Río miraban a través de los árboles. Pelaje Azul reconoció a Mandíbula Doblada. ¿Era un amigo o un enemigo ahora? ¿Debía pensar en él como lo hacía en las Asambleas o en la batalla? Un oscuro pelaje marrón rojizo se deslizó desde las rocas hasta la franja de hierba sombría que había debajo y caminó hacia la frontera. «*Corazón de Roble*». Confía en el arrogante hermano de Mandíbula Doblada para tentar

su suerte. Caminó lentamente a lo largo de las marcas olorosas, mirando a través de los árboles a la patrulla del Clan del Trueno.

Pelaje Azul se adelantó y siseó. Los ojos de Corazón de Roble brillaron más cuando la vio, y se encontró atraída por su mirada.

—¡Bola de pelo del Clan del Río! —escupió.

¿Se le movían los bigotes? Arqueó la espalda. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella?

—¡Pelaje Azul! —el agudo maullido de Caída del Sol sonó detrás de ella, pero no pudo apartar su mirada.

Entonces Corazón de Roble se dio la vuelta y subió lentamente por las rocas. Pelaje Azul se estremeció y se apartó de un tirón.

—No dejes que te molesten —aconsejó Brisa Veloz.

Pelaje Azul sacudió los bigotes, queriendo librarse de la mirada de Corazón de Roble. Era tan cabezón como Zarpa de Cardo. Resopló con rabia mientras seguía a sus compañeros de Clan a través de los árboles.

Estrella de Pino estaba de vuelta cuando llegaron al campamento, sentado junto al parche de ortigas con Centón.

—Caída del Sol —saludó con la cabeza a su lugarteniente cuando llegaron al claro—. ¿Está todo tranquilo en las fronteras?

—Sí —Caída del Sol respondió—. ¿Te fue bien con las presas?

Estrella de Pino asintió.

—El Clan Estelar fue bueno conmigo.

«*Solo se detuvo a cazar en su camino a casa desde la patrulla*». Pelaje Azul sintió un parpadeo de alivio cuando miró al lado del líder del Clan del Trueno y vio un rollizo estornino que yacía en la pila de carne fresca. Estrella de Pino había hecho una buena captura. Y lo más importante, no había estado en el Poblado de los Dos Patas con Jake.

Zarpa de Rosal pasó rebotando tras los pasos de Zarpa Dulce.

—Se sentó bajo el sicómoro como si quisiera ser atrapado —maulló feliz—. Un salto y lo había atrapado: un buen estornino jugoso. Apuesto a que Patas de Leoparda lo disfrutará.

Así que el líder del Clan no había atrapado al estornino después de todo. Cuando Pelaje Azul se puso rígida, las zarzas de la maternidad se movieron. Bigotes Plumosos se deslizó, con los ojos brillantes de preocupación.

—¡Los cachorros de Patas de Leoparda ya vienen!

—¿Tan pronto? —Brisa Veloz giró la cabeza—. ¡No debían nacer hasta dentro de media luna! —sus ojos brillaban de preocupación por su hija.

Centón se puso en sus patas y se apresuró a salir del parche de ortiga.

—¿Está bien?

Bigotes Plumosos no respondió. En cambio, llamó al padre de los cachorros.

—¡Estrella de Pino! ¿Quieres quedarte con ella mientras voy a buscar suministros?

Estrella de Pino retrocedió, con cara de asombro. «*¿Había olvidado que Patas de Leoparda iba a tener sus cachorros?*».

—Creo que es mejor que los deje a ti y a Pluma de Ganso —el líder del Clan del Trueno sonaba incómodo. ¿Estaba siendo aprensivo?

Brisa Veloz resopló y se metió en la maternidad.

—¡Me sentaré con ella!

Canto de Alondra salió del árbol caído con Manto de Piedra a su lado.

—¡Nuevos cachorros! —dijo, con los ojos brillantes.

Bigotes Plumosos corrió hacia la guarida de los curanderos y casi se tropezó con Pluma de Ganso, que salía del túnel de helechos.

—¡Mira por dónde vas! —Bigotes Plumosos se quejó. Luego se congeló—. ¡Perdón!

Pero Pluma de Ganso se limitó a pasar junto a su aprendiz y se detuvo junto a la pila de carne fresca.

—¡Patas de Leoparda está pariendo! —Bigotes Plumosos llamó tras él.

—Lo sé, lo sé —murmuró Pluma de Ganso distraídamente mientras empezaba a hurgar en el montón. Girando cada pieza de presa con su pata, se inclinó y las inspeccionó de cerca.

Bigotes Plumosos agitó la cola y corrió por el túnel de helechos.

Pelaje Nevado se deslizó fuera de la guarida de los guerreros.

—¿Escuché que vienen los cachorros de Patas de Leoparda? —siguió la mirada de Pelaje Azul y observó a Pluma de Ganso escudriñar el montón de presas—. ¿Cómo puede pensar en comida ahora?

Centón frunció el ceño.

—Creo que está buscando presagios.

—¡Los presagios pueden esperar! —las orejas de Pelaje Nevado se agitaron cuando un gemido bajo salió de la maternidad—. Suena a que Patas de Leoparda necesita ayuda.

Pelaje Azul miró con esperanza a Estrella de Pino. Tal vez podría empujar al curandero a la acción. Pero Estrella de Pino se limitó a mirar fijamente a Pluma de Ganso mientras ésta murmuraba y tiraba a un lado otro trozo de presa. Pelaje Azul se sintió aliviada al ver a Bigotes

Plumosos volver corriendo de la guarida de curanderos con un envoltorio de hojas apretado en sus mandíbulas. Volvió al interior de la maternidad.

«*¡Gracias al Clan Estelar,* él *no se ha convertido en un cerebro de ratón!*».

—Hace tanto tiempo que no hay cachorros —suspiró Canto de Alondra.

Manto de Piedra recogió un gorrión, que Pluma de Ganso había tirado a un lado, y lo llevó a la sombra bajo la Peña Alta.

—Bien podríamos comer —le dijo a Canto de Alondra—. Estas cosas llevan su tiempo.

Pelaje Azul se paseó hasta que le dolieron las patas. Cuando los gatos del Clan empezaron a regresar de las patrullas y las partidas de caza, se reunieron en el claro, con los ojos dirigiéndose con más ansiedad hacia la maternidad a medida que pasaba el tiempo sin noticias de Bigotes Plumosos.

—¿No deberías estar con ella? —Canto de Alondra llamó a Estrella de Pino, que estaba agachado junto a las ortigas.

—¿Qué podría hacer? —respondió Estrella de Pino—. No soy un curandero.

Canto de Alondra murmuró algo en el oído de Manto de Piedra y volvió a mirar a la maternidad.

Cola de Tormenta reconstruyó la pila de carne fresca de las presas que Pluma de Ganso había dejado por todo el suelo tras alejarse. El guerrero gris agarró dos musarañas y las llevó hasta donde Ojo Blanco y Leonino estaban sentados en el borde del claro.

—Habrá más guerreros para el Clan del Trueno al anochecer —maulló.

Ojo Blanco se estremeció cuando un lamento agónico sonó desde la maternidad.

—Que el Clan Estelar ilumine su camino —murmuró.

El sol empezaba a bajar sobre los árboles cuando Cola Moteada y Zarpa Dorada entraron en el campamento.

—¿Cómo fue el entrenamiento? —Pelaje Azul llamó a su antigua compañera de guarida.

—Cola Moteada dice que debería estar bien para mi evaluación. —Zarpa Dorada trotó y asintió hacia la maternidad—. ¿Qué está pasando?

—Patas de Leoparda está dando a luz —le dijo Pelaje Azul.

La cola de Cola Moteada se agitó.

—¿Ya? —sus ojos se nublaron de preocupación—. ¿Cuánto tiempo ha estado en ello?

—Casi toda la tarde.

—¿Pluma de Ganso está con ella?

—No, Bigotes Plumosos sí.

—¿Dónde está Pluma de Ganso? —preguntó Cola Moteada.

Cola de Tormenta levantó la mirada de su musaraña.

—Estaba en la cima del barranco cuando bajamos.

Cola Moteada parpadeó.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué estaba haciendo allí arriba?

—Mirando al cielo cuando pasamos, murmurando sobre las nubes —Cola de Tormenta maulló—. No creo que se haya dado cuenta de nuestra presencia.

Las zarzas de la maternidad se estremecieron cuando Bigotes Plumosos se escurrió. Sus ojos brillaban con tensión, y su pelaje sobresalía por los flancos. Pelaje Azul se apresuró a ir a su encuentro.

—¿Está bien?

Bigotes Plumosos no respondió.

—Necesito musgo empapado en agua, y hierbas —maulló—. Ve y pídele a Pluma de Ganso que te dé hojas de frambuesa.

El vientre de Pelaje Azul se tensó. El aprendiz de curandero parecía tenso, y ella estaba asustada; podría entrar en pánico si supiera que Pluma de Ganso se había ido a vagar.

—No está en su guarida —maulló vacilante.

—Está bien —Bigotes Plumosos la miró fijamente, con la mente claramente acelerada—. Se parecen a esto. —Rápidamente trazó la forma de una hoja en el polvo con su garra—. Tendrás que reunirlas. No puedo dejarla.

Los mantos se erizaron en el claro a su alrededor cuando el Clan se dio cuenta de que no todo iba bien. Pelaje Azul miró con pánico la forma que había arañado. Parecía una hoja cualquiera.

—Es suave al tacto, pero los bordes son dentados —le dijo Bigotes Plumosos—. Y están apiladas cerca del fondo de la guarida. —Hizo una pausa—. Cerca de la nébeda. ¿Recuerdas la nébeda?

Pelaje Azul asintió.

—La encontraré —prometió.

Pelaje Nevado se acercó a ella.

—Y yo buscaré el musgo.

Juntas se dirigieron a la guarida de los curanderos. Mientras Pelaje Nevado recogía montones de musgo del charco en el borde del claro, Pelaje Azul se deslizó en la grieta de la roca. Los olores penetrantes de las hierbas le trajeron el recuerdo de haberse colado allí cuando era una cachorrita con su hermana. Se preguntó cómo pudieron ser tan tontas, y una punzada de dolor la atravesó al recordar a Flor de Luna arrastrándolas fuera, con los ojos redondos de miedo por sus hijas. Ahora no podía pensar en eso. Tenía que encontrar la nébeda. Olfateando, se arrastró a lo largo de la fila de hierbas apiladas contra la pared. Estaba tan oscuro que apenas podía verlas, pero sus olores eran fuertes en el aire. Tal como había dicho Bigotes Plumosos, la nébeda estaba cerca del fondo. Reconoció de inmediato el delicioso aroma. Estiró la pata y comenzó a sentir las hierbas apiladas a su alrededor. Su almohadilla rozó una hoja suave. La agarró entre los dientes y tocó los bordes con la lengua. Dentado. «*Debe ser ésta*». Tomando un bocado, salió corriendo de la sombría guarida a la suave luz del crepúsculo y se apresuró a volver a la maternidad.

Pelaje Nevado ya estaba en la entrada.

—Se llevó el musgo dentro —maulló.

Pelaje Azul se abrió paso a través de la espinosa entrada y dejó caer las hojas a las patas de Bigotes Plumosos.

—¿Éstas son?

Él asintió.

—Bien hecho.

Pelaje Azul vio a Patas de Leoparda en su lecho. Su corazón se hundió. Patas de Leoparda parecía diminuta contra el musgo y el helecho, sus ojos brillaban salvajes de dolor, su pelaje estaba enmarañado y olía a miedo.

Brisa Veloz levantó la barbilla de Patas de Leoparda con una pata.

—Intenta beber un poco —le acercó la bola de musgo que goteaba y Patas de Leoparda la lamió, luego tosió mientras su cuerpo se agitaba de repente.

Brisa Veloz aguzó las orejas.

—¿Ya vienen?

—Casi —calmó Bigotes Plumosos. Masticó las hojas hasta convertirlas en pulpa y las dejó caer frente al hocico de la reina—. Come esto —su maullido era suave pero firme, y Patas de Leoparda lamió obedientemente la pulpa, luchando por tragar mientras su cuerpo se agitaba de nuevo.

Pelaje Azul se adelantó y presionó su hocico contra la cabeza de Patas de Leoparda.

—Puedes hacerlo —susurró—. Siempre fuiste la más fuerte. Y piensa en los hermosos cachorros que tendrás. Serán grandes guerreros.

Patas de Leoparda parpadeó con dulzura, y Pelaje Azul se preguntó si había escuchado. Retrocedió hacia la entrada.

—Gracias —Bigotes Plumosos murmuró.

Asintiendo, Pelaje Azul se escabulló de la guarida. Afuera, todo el Clan estaba inquieto. Cola de Tormenta, Fauces de Víbora y Leonino se paseaban por el claro, con sus pelos erizados, como si estuvieran frustrados por no poder librar esa batalla con Patas de Leoparda. A Canto de Alondra y Manto de Piedra se les habían unido Patas Susurrantes y Bigotes de Hierba, y se acurrucaron bajo la Peña Alta, con los ojos brillando en las sombras. Ojo Blanco se pegaba a Manto de Gorrión, mientras que Ala de Petirrojo los rodeaba, mirando de vez en cuando al cielo que se oscurecía.

Pluma de Ganso salió del túnel de aulagas y se dirigió directamente a su guarida. Ni siquiera se detuvo a preguntar cómo estaba Patas de Leoparda. Pelaje Azul reprimió el impulso de arañar su hocico con sus garras. «*¡Se supone que es el curandero, por el amor del Clan Estelar!*».

Al menos Estrella de Pino había conseguido ponerse de pie y estaba caminando entre sus compañeros de Clan.

—Debemos comer —ordenó—. Morir de hambre no hará que estos cachorros vengan más rápido.

Pelaje Azul le frunció el ceño. ¡*Estos* cachorros! Eran *sus* cachorros. ¿No le importaban?

Caída del Sol asintió y tomó una paloma de la pila de carne fresca. Zarpa de León agarró una ardilla y la llevó torpemente hasta el tronco del árbol. Zarpa de Cardo ya estaba comiendo con Pelaje Nevado junto al parche de ortigas.

Zarpa Dulce levantó la mirada y llamó la atención de Pelaje Azul.

—Únete a nosotros —dijo. Estaba compartiendo un ratón con Zarpa de Rosal.

Pelaje Azul se acercó agradecida a las dos aprendizas. No tenía hambre, pero necesitaba la comodidad de compartir comida con sus compañeros de Clan. Mientras daba un mordisco al ratón, miró a la maternidad. «*¡Únanse a nosotros!*», rogó a sus compañeros de Clan aún no nacidos.

Mientras el Clan compartía lenguas después de la comida, El Manto Plateado empezó a brillar por encima de su cabeza. Caída del Sol bostezó y se puso de pie.

—Mañana habrá deberes… pase lo que pase esta noche. —Miró a la maternidad y caminó hacia su guarida.

Asintiendo y suspirando, el resto de los gatos del Clan comenzaron a fundirse en sus lechos.

Manto de Tordo pasó junto a Pelaje Azul.

—Tú también tienes que dormir —maulló.

—Lo haré… pronto —prometió Pelaje Azul, sabiendo que sería imposible. ¿Cómo podría dormir, sabiendo que Patas de Leoparda estaba sufriendo?

Mientras Manto de Tordo se alejaba, un diminuto lamento sonó en la maternidad. Pelaje Azul se levantó de un salto. «*¿Un cachorro?*».

Pluma de Ganso salió a toda prisa de la guarida de curanderos y desapareció en la maternidad. Reapareció un momento después.

—¡Nació el primer cachorro! —dijo—. ¡Una hembra!

Las cabezas se asomaron desde las guaridas, y los murmullos de alegría y alivio se extendieron por el campamento. Pelaje Azul se apresuró a pasar por Pluma de Ganso y se abrió paso hacia la maternidad.

—¿Patas de Leoparda está bien? —preguntó.

Brisa Veloz estaba lamiendo las orejas de Patas de Leoparda; ella levantó la mirada, sus ojos brillaban de esperanza. Bigotes Plumosos estaba ocupado agachado sobre la joven reina, y Pelaje Azul contuvo la respiración cuando otra cachorra cayó sobre el musgo. Bigotes Plumosos la lamió y, agarrándola por el pelo, la dejó caer junto a su hermana en el vientre de Patas de Leoparda.

—Falta uno más —maulló.

Patas de Leoparda se estremeció cuando el último cachorro cayó en el lecho.

—¡Un macho! —Bigotes Plumosos maulló felizmente. Lo lamió y lo colocó junto a las otras dos.

Brisa Veloz ronroneó mientras Patas de Leoparda se esforzaba por lamer a sus tres cachorros. El alivio y la alegría inundaron a Pelaje Azul, y salió de la maternidad. El Clan se había reunido alrededor de Estrella de Pino en el claro.

—¡Felicidades! —Fauces de Víbora maulló.

—Otra batalla librada y ganada —ronroneó Caída del Sol.

Pluma de Ganso pasó por delante de Pelaje Azul y desapareció en la maternidad.

Cola Moteada corrió hacia Pelaje Azul.

—¿Los has visto?

Ella asintió.

—Dos hembras y un macho.

—¿Oíste eso? —Cola Moteada se volvió de inmediato hacia Ojo Blanco—. Dos hembras y un macho.

La noticia susurró como el viento a través del Clan, y los ronroneos se elevaron desde el claro. Pluma de Ganso salió de la maternidad una vez más y se paseó por el claro.

—No lo celebren demasiado pronto. Esos cachorros podrían no pasar la noche. —Con los hombros encorvados, desapareció entre las sombras del túnel de helechos. Sus palabras resonaron detrás de él, provocando escalofríos en el Clan.



CAPÍTULO 20

Todavía estaba oscuro cuando unos dolores punzantes despertaron a Pelaje Azul, agarrando su estómago como garras. Se tambaleó hacia el arenero, casi demasiado envuelta en el dolor para notar los pequeños maullidos que venían de la maternidad. Pero cuando regresó, escuchó voces suaves que murmuraban y calmaban los llantos. Por lo que parecía, Bigotes Plumosos y Brisa Veloz seguían con Patas de Leoparda.

Una sombra se movía en el borde del claro. Zarpa de Rosal salía sigilosamente de la guarida de los aprendices.

—¡Hey! —siseó Pelaje Azul.

Zarpa de Rosal se detuvo y se volvió, con los ojos brillando en la oscuridad. Su pelaje estaba erizado, y parecía tan desgraciada como se sentía Pelaje Azul.

—Tengo que ir al arenero —graznó.

—¿Mal del estómago? —preguntó Pelaje Azul.

Zarpa de Rosal asintió.

—Zarpa Dulce también.

Debía haber sido el ratón que habían compartido. Pelaje Azul se arrastró de vuelta a su lecho y se instaló. El sueño llegó, pero con dificultad. El dolor la perseguía en sus sueños.

—¡Quítate! —Pelaje Nevado la empujó—. ¡Me has estado pateando toda la noche!

—Lo siento —gimió Pelaje Azul—. Dolor de estómago.

Pelaje Nevado se sentó y parpadeó con sueño.

—¿Voy a buscar a Pluma de Ganso?

Pelaje Azul negó con la cabeza. Su vientre estaba tan acalambrado y dolorido que se encontró jadeando entre las palabras.

—Estará demasiado ocupado con los cachorros.

Pelaje Nevado bostezó y se acurrucó de nuevo en su lecho.

—Dime si cambias de opinión.

Pelaje Azul se quedó parpadeando en la oscuridad un rato más, tratando de no inquietarse. Finalmente, la necesidad de usar el arenero de nuevo fue demasiado para ella. Se arrastró fuera de la guarida y caminó por el claro. El amanecer dibujaba una neblina lechosa sobre el horizonte cuando empezaba a apartar el cielo nocturno. El aire era claro y frío, refrescante, aunque hacía temblar a Pelaje Azul. Se detuvo junto a la maternidad, con las orejas aguzadas. Un pequeño maullido se escuchó, y luego otro. «*¡Gracias al Clan Estelar!*». Al menos dos cachorros habían sobrevivido a la noche.

Sintiéndose débil, Pelaje Azul regresó del arenero, respirando con dificultad mientras salía del túnel. ¿Era Zarpa de León el que se arrastraba fuera del campamento a través de las aulagas? Era temprano para que un aprendiz se dirigiera al bosque solo. Se dirigió tras él y se detuvo al llegar a la barrera. El olor de Estrella de Pino estaba fresco en las ramas espinosas. Debía estar sacando a Zarpa de León afuera. Pelaje Azul se apartó de la barrera y se dirigió a su guarida. Parecía extraño que Estrella de Pino sacara a Zarpa de León hoy. ¿No querría quedarse en el campamento y ver cómo estaban sus cachorros? Tal vez fuera una misión urgente. Se detuvo en el claro, todavía mareada pero luchando por entender. Si la misión era urgente, ¿por qué no llevar a un guerrero experimentado en lugar de a Zarpa de León? Sacudió la cabeza, tratando de despejarla, pero el movimiento solo la hizo dar más vueltas. Se arrastró con inseguridad hacia su lecho y se rindió ante la somnolencia que le calaba los huesos.

Consciente de que los guerreros se movían a su alrededor, levantó la cabeza. Le dolía el vientre, pero los calambres habían cesado.

—Vuelve a dormir —le susurró Pelaje Nevado al oído—. Le explicaré a Caída del Sol que estás enferma.

Demasiado cansada para discutir, Pelaje Azul apoyó el hocico en sus patas. Entonces recordó con un sobresalto.

—¿Patas de Leoparda?

—Creo que está bien —murmuró Pelaje Nevado.

Pelaje Azul cerró los ojos.

Hacía calor en la guarida cuando se despertó. El sol de la estación de la hoja verde golpeaba las hojas oscuras, calentando los lechos. Jadeando, Pelaje Azul se arrastró fuera y respiró el aire más fresco que se extendía por el claro. El sol brillaba en lo alto del cielo, y el claro estaba vacío, aparte de Bigotes de Hierba, que buscaba en el montón de carne fresca, y Amapola del Amanecer, que se paseaba fuera de la guarida de los aprendices. Pelaje Azul sentía el vientre como si hubiera tragado cardos, pero su cabeza estaba más despejada. Miró hacia la maternidad, preguntándose cómo estarían Patas de Leoparda y sus cachorros. Mientras miraba, Bigotes Plumosos se deslizó fuera. Su pelaje estaba desaliñado y sus ojos apagados. Pelaje Azul se apresuró a cruzar el claro.

—¿Cómo están? —su voz carraspeó en su garganta.

Él la miró, sorprendido.

—¿Estás bien?

—Mal del estómago.

Suspiró.

—Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal, también. —Se detuvo para saludar a Amapola del Amanecer—. ¿Querías que las chequeara?

Amapola del Amanecer miró sus patas disculpándose.

—Sé que has estado ocupado, pero estoy preocupada. Zarpa Dulce apenas puede pararse.

Bigotes Plumosos asintió y se abrió paso hacia la guarida de los aprendices.

—¿Qué hay de los cachorros? —Pelaje Azul llamó tras él.

—Vivos —su respuesta fue plana—. Por ahora, al menos.

Pelaje Azul miró a Amapola del Amanecer.

—No suena esperanzado.

Amapola del Amanecer estaba siguiendo ansiosamente con la mirada al aprendiz de curandero, claramente más preocupada por sus propias hijas que por los de Patas de Leoparda.

—Yo tuve el mismo dolor de estómago —Pelaje Azul le dijo—, y ya me siento mejor.

Amapola del Amanecer giró la cabeza.

—¿En serio?

—Compartimos un ratón —explicó Pelaje Azul—. Debía de estar en mal estado.

Amapola del Amanecer sacudió la cabeza.

—Zarpa de Rosal está bastante enferma, pero Zarpa Dulce… —la voz de la guerrera se apagó.

—Se recuperará —la tranquilizó Pelaje Azul.

—Nunca la he visto tan enferma.

Los helechos crujieron cuando Bigotes Plumosos se abrió paso fuera de la guarida de los aprendices.

—No tendría sentido usar hierbas hasta que dejen de estar enfermas. Solo asegúrate de que tengan mucha agua para beber. Busca algo de musgo y remójalo en el agua más fresca que encuentres.

Amapola del Amanecer asintió y se dirigió al túnel de aulagas.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Bigotes Plumosos a Pelaje Azul.

La guerrera se encogió de hombros.

—Solo dolorida y cansada.

—Ve a pedirle a Pluma de Ganso hierbas para aliviar tu estómago —Bigotes Plumosos miró a la maternidad. Sus ojos brillaban de preocupación.

—¿Los cachorros tienen nombre? —preguntó Pelaje Azul.

—Las hembras son Pequeña Neblina y Pequeña Nocturna, y el macho es Pequeño Tigre.

—¿Pequeño *Tigre*?

Patas de Leoparda había elegido un nombre feroz.

—Es el más débil de los tres —el gato gris plateado maulló con tristeza—. Supongo que espera que sea un luchador desde el principio —sus ojos se oscurecieron—. Tendrá que serlo.

—¿Patas de Leoparda estará bien?

—Perdió sangre, pero no hay signos de infección —informó Bigotes Plumosos—. Se recuperará con el descanso —parecía cansado.

—¿Has dormido algo? —preguntó Pelaje Azul.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué no descansas ahora? —Pelaje Azul sugirió—. El campamento está tranquilo, y Amapola del Amanecer está cuidando de Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal.

Bigotes Plumosos asintió.

—Ve a pedirle esas hierbas a Pluma de Ganso —le recordó—. Así tendré un gato menos del que preocuparme. —Acudió a la sombra de la Peña Alta y se echó.

Pelaje Azul se dirigió al túnel de helechos. ¿Por qué Pluma de Ganso no estaba ayudando más? ¿Por qué el Clan del Trueno parecía tener al curandero más perezoso y tonto? Al llegar al final del túnel, se detuvo. El claro de curandería estaba fresco, verde y vacío.

—¡Pluma de Ganso! —Pelaje Azul supuso que estaba durmiendo en su guarida.

Dos ojos se asomaron desde la grieta en la roca. Pelaje Azul se tensó. Eran redondos y salvajes, y por un momento pensó que un zorro había entrado.

—¿Pluma de Ganso? —aventuró temblorosa.

El curandero salió caminando, con el pelaje erizado. Sus ojos seguían siendo salvajes, pero menos amenazantes a la luz del día.

—¿Qué pasa?

—Bigotes Plumosos me mandó a buscar hierbas para mi estómago. Compartí un ratón en mal estado con Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal anoche.

—¿Tú también? —puso los ojos en blanco.

Pelaje Azul asintió.

—Malos presagios por todas partes.

Pelaje Azul se preguntó si había escuchado al curandero correctamente. Estaba murmurando cuando regresó a su guarida y todavía murmurando cuando salió y empujó una pata llena de hojas trituradas delante de ella.

—Solo fue un ratón malo —maulló ella, preguntándose por qué estaba tan molesto.

Él se inclinó hacia ella, con su aliento apestoso en su cara.

—¿Solo un ratón malo? —repitió él—. ¡Otra advertencia, eso es lo que era! Debería haberlo visto venir. Debería haberme dado cuenta.

—¿Cómo? —Pelaje Azul retrocedió—. No sabía mal. —Se dio cuenta de que su pelaje no estaba erizado por el sueño, sino simplemente desaliñado. Se pegaba a su cuerpo como si fuera la estación sin hojas y no hubiera comido adecuadamente durante una luna. Dio otro paso atrás—. Solo era un ratón malo —repitió.

Él la miró con incredulidad.

—¿Cómo puedes, tú de entre todos los gatos, ignorar las señales? —le espetó.

—¿Yo?

¿Qué quería decir?

—Tienes una profecía que pende sobre tu cabeza como un halcón. Eres fuego y solo el agua puede destruirte. No puedes ignorar las señales.

—P-pero… solo soy una guerrera.

¿Se suponía que tuviera la perspicacia de un curandero? Eso no era justo. Debería darle respuestas, no burlarse de ella con la promesa de un

destino que no entendía. Se había preguntado cuándo Pluma de Ganso volvería a hablarle de la profecía, pero ahora tenía aún menos sentido que antes.

—¿*Solo* una guerrera? —sus bigotes temblaron—. Demasiados presagios. Tres gatos envenenados, dos a solo unos bigotes del Clan Estelar, Patas de Leoparda casi muerta, sus tres cachorros aferrándose a la vida como conejos en una guarida de zorros. —Miró a través de ella, pareciendo olvidar que estaba allí—. ¿Por qué un parto tan difícil para la pareja del líder del Clan? Los cachorros no podrán pasar otra noche. El macho está demasiado débil como para maullar, mucho menos para alimentarse. Debería ayudarlos, y sin embargo, ¿cómo puedo hacerlo cuando las señales son claras?

En el nombre del Clan Estelar, ¿de qué estaba hablando? Olvidando las hierbas, Pelaje Azul salió de la guarida. "*A solo unos bigotes del Clan Estelar*". Corrió hacia la guarida de los aprendices. ¿Estaban Zarpa Dulce y Zarpa de Rosal tan enfermas?

Abriéndose paso entre los fríos helechos verdes, vio a las dos hermanas acurrucadas en sus lechos, con los pelajes húmedos.

Zarpa de Rosal levantó la cabeza.

—Hola, Pelaje Azul.

Zarpa Dulce no se movió.

Pelaje Azul se acercó al lecho de Zarpa de Rosal y lamió la parte superior de su cabeza.

—¿Cómo estás?

—Me he sentido mejor —graznó ella.

—¿Amapola del Amanecer ya les trajo agua?

Zarpa de Rosal negó con la cabeza.

—Bigotes Plumosos dijo que tú también estabas enferma.

Pelaje Azul asintió.

—Me siento mejor ahora y tú también lo harás. —Miró a Zarpa Dulce. La gata carey había empezado a retorcerse y gemir, con los ojos aún cerrados—. Las *dos* lo harán —prometió, esperando que fuera cierto.

El muro de helechos tembló cuando Amapola del Amanecer lo atravesó. Una bola de musgo que goteaba colgaba de sus mandíbulas. Colocó un poco junto a Zarpa de Rosal y otro junto a Zarpa Dulce. Zarpa de Rosal lamió agradecida, pero Zarpa Dulce no se movió.

Amapola del Amanecer lamió a Zarpa Dulce con fiereza.

—Vamos, Dulce —la animó—. Despierta y moja tu lengua.

Zarpa Dulce se esforzó por abrir los ojos. Olfateando el musgo, lo lamió débilmente, y luego se atragantó, incapaz incluso de retener el agua.

—Traeré a Bigotes Plumosos —ofreció Pelaje Azul.

Amapola del Amanecer negó con la cabeza.

—Está durmiendo. —Acarició a Zarpa Dulce con su cola mientras la joven gata cerraba los ojos una vez más—. Yo vigilaré a estas dos. —Miró a Pelaje Azul—. Deberías tomar un poco de aire fresco —sugirió—. Afuera del barranco.

El hedor de la guarida de los aprendices enfermos estaba haciendo que el vientre inquieto de Pelaje Azul se revolviera.

—De acuerdo. —Se abrió paso entre los helechos, aliviada de sentir el aire limpio en su cara. El aire del bosque sería aún más fresco.

Salió del campamento, mirando a Bigotes Plumosos donde dormía a la sombra de la Peña Alta. La subida por el barranco la dejó sin aliento y con calor. Agradeció la brisa fresca que soplaba en el bosque, y se paseó entre los árboles sintiéndose feliz de estar lejos de la enfermedad y la preocupación del campamento. Los pájaros se llamaban unos a otros y su canto resonaba entre los árboles. Los insectos zumbaban por encima de la exuberante maleza. Las hojas rozaban el pelo de Pelaje Azul mientras caminaba por senderos familiares sintiendo hojas caídas de una temporada pasada suave bajo sus patas. Las sombras que oscurecían sus pensamientos comenzaron a desvanecerse. El Clan Estelar las protegería.

Una mariposa revoloteó a unas pocas colas de distancia, sacudida por la brisa. De repente, los helechos temblaron, y una voluminosa forma dorada estalló de los tallos verdes.

—¡Te tengo! —Zarpa de León saltó hacia la mariposa, agitando las patas, pero el insecto se sacudió hacia arriba fuera de su alcance—. Cagarrutas de ratón. —Se dejó caer sobre sus cuatro patas y vio cómo la mariposa desaparecía entre las ramas. Sus ojos brillaban, y arañaba con entusiasmo la hierba, murmurando para sí mismo—. ¡Atraparé la siguiente! —Entonces vio a Pelaje Azul—. ¡Hola! —maulló alegremente.

«*¿Dónde está Estrella de Pino?*». Pelaje Azul saboreó el aire: no había rastro del líder del Clan del Trueno. Entrecerró los ojos. Zarpa de León y él habían salido juntos del campamento.

—¿Qué estás haciendo?

¿Le había enviado Estrella de Pino a cazar? ¿Brisa Veloz no estaría preguntándose dónde estaba su aprendiz?

Zarpa de León la miró fijamente, parpadeando.

—¿Haciendo? —hubo un maullido incómodo, como si de repente estuviera a la defensiva—. En realidad, nada. Solo se me escapó esa mariposa.

—¿Dónde está Estrella de Pino? —preguntó ella.

Zarpa de León abrió y cerró la boca.

—¿Estrella de Pino?

—Ya sabes, Estrella de Pino. —Pelaje Azul trató de aliviar la incomodidad bromeando—. ¿Gato marrón rojizo? ¿El líder del Clan? Saliste con él esta mañana.

—¿Lo hice? —Zarpa de León movió sus patas—. Quiero decir, ¿nos viste salir?

Pelaje Azul no quería que Zarpa de León pensara que había estado espiando.

—Olí sus olores mientras iba al arenero. Me pareció extraño que salieran antes de la patrulla del alba.

La mirada de Zarpa de León revoloteó por el bosque, posándose en cualquier cosa menos en Pelaje Azul.

—Bueno, Estrella de Pino quería empezar temprano. Entrenamiento.

—Oh —Pelaje Azul no estaba convencida. «*¿Entrenamiento para atrapar mariposas?*». Ella se resistió a la pregunta—. ¿Les fue bien?

—¡Bien! —Zarpa de León dio vueltas inquieto—. Más que bien. Genial. Estrella de Pino es genial. Es brillante.

Pelaje Azul inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y dónde está ahora?

—Está en su camino de regreso. Yo… él… dijo que no podía decirle a ningún gato lo que había hecho. —Zarpa de León cerró la boca, con los ojos redondos de consternación—. Me refiero a dónde estábamos.

Se miró las patas.

—Lo siento. Secreto. —Pasó corriendo junto a Pelaje Azul, y ella sintió su pelaje erizado al rozar el suyo. Lo dejó escapar hacia los árboles sin intentar detenerlo.

Entonces un olor tocó su lengua. Un olor familiar. Pensó por un momento. ¿Qué era? «*¡Nébeda!*». El pelaje de Zarpa de León olía a nébeda. ¿Habían estado en el Poblado de los Dos Patas? ¿Era ese el "secreto"? Sus patas se estremecieron. ¿Habían visto a Jake? Seguro que Estrella de Pino no estaba animando a los aprendices a mezclarse con los mininos caseros. Corrió tras Zarpa de León. Tenía que saber más. Las palabras desesperadas de Estrella de Pino resonaron en su cabeza: "*Los Clanes serán enemigos para siempre*". ¿Estaba el líder del Clan del Trueno

tan desilusionado con la vida de Clan que prefería estar entre mininos caseros? ¿Cómo podía romper el código guerrero de esa manera?

Zarpa de León ya estaba en la mitad del barranco. Se arrastró por las rocas tras él.

—¡Hey! —el aullido de Cola de Tormenta sonó por debajo—. ¡Deja de tirar piedras!

Se detuvo, dándose cuenta de que sus patas estaban lanzando una lluvia de piedras por la ladera.

—¡Lo siento! —dijo. Esperó mientras Cola de Tormenta guiaba a su patrulla por el sendero más allá de ella.

—Ten más cuidado la próxima vez —la regañó Cola de Tormenta.

Pelaje Azul agachó la cabeza mientras Ojo Blanco, Ala de Petirrojo y Manto de Tordo lo seguían.

—No te preocupes —susurró Manto de Tordo—. Todos lo hemos hecho.

En cuanto se fueron, Pelaje Azul bajó por el barranco, esta vez con más cuidado. Se dirigió al claro y vio a Zarpa de León acomodándose con una presa. Al menos estaba solo. Le preguntaría directamente: ¿Estrella de Pino lo había hecho hablar con mininos caseros?

El túnel de aulagas se estremeció y Estrella de Pino entró en el campamento. «*¡Cagarrutas de zorro!*». El líder del Clan del Trueno parecía tranquilo, su manto estaba listo y olía fuertemente a helechos, como si hubiera estado revolcándose en helechos frescos. «*¿Por qué?*». Era obvio. ¡Para deshacerse del olor a nébeda y Dos Patas! «*¡¿Cómo pudo?!*». ¡Él era su *líder*, por el Clan Estelar!

Estrella de Pino se dirigió directamente a la maternidad.

Bigotes Plumosos se deslizó mientras se acercaba.

—Patas de Leoparda está durmiendo —le dijo al líder del Clan del Trueno—. Los cachorros también, ya que por fin tomaron leche.

Estrella de Pino movió la punta de su cola.

—¿Puedo verlos?

Bigotes Plumosos se hizo a un lado.

—El macho es el más débil —advirtió mientras Estrella de Pino se metía entre las zarzas.

Amapola del Amanecer se acercó a Brisa Veloz.

—Ya era hora —maulló, sin molestarse en mantener la voz baja—. Si sus cachorros hubieran muerto en la noche, habrían ido al Clan Estelar sin conocer a su padre.

Brisa Veloz sacudió la cabeza.

—Pobre Patas de Leoparda. No paraba de preguntar por él. ¿Qué debe pensar?

Pelaje Azul se miró las patas. No era la única gata en el Clan del Trueno que cuestionaba la lealtad de Estrella de Pino. Pero sospechaba que sí era la única que sabía qué tanto se estaba alejando del código guerrero.



Capítulo 21

Unos cuantos amaneceres más tarde, Pelaje Azul se acercó a Caída del Sol, que estaba lavándose bajo la Peña Alta.

—Iré a la patrulla del mediodía —se ofreció, aliviada de alcanzarlo antes de que convocara al Clan para asignar las tareas del día.

El lugarteniente del Clan del Trueno parpadeó.

—Últimamente te has ofrecido para muchas patrullas. ¿Has olvidado cómo cazar?

Pelaje Azul hizo una pausa. Esperaba que no se hubiera dado cuenta de que había estado participando en todas las patrullas fronterizas que podía. Quería revisar el Poblado de los Dos Patas en busca de algún rastro de Estrella de Pino. Había observado de cerca al líder del Clan del Trueno, preguntándose cada vez que salía del campamento a dónde iba y si debía seguirlo. Hasta ahora no había habido ningún rastro de él en la frontera de los Dos Patas, y empezaba a preguntarse si se había dejado llevar por su imaginación.

—Solo me gusta patrullar —le dijo a Caída del Sol sin entusiasmo—. Pero en lugar de eso cazaré, si quieres.

—Tal vez lo encuentres un poco más interesante si *lideraras* una patrulla de caza —Caída del Sol sugirió.

Pelaje Azul aguzó las orejas.

—¡Sí, por favor!

—Bien —Caída del Sol hizo una señal con su cola.

Mientras el Clan se reunía, la preocupación revoloteaba en el vientre de Pelaje Azul. Nunca había liderado una patrulla. ¿Sabría qué hacer? ¿Tendría que decidir dónde cazar, qué presas perseguir, cuántas atrapar?

—Buen tiempo otra vez —observó Fauces de Víbora mientras caminaba hacia el lugarteniente del Clan del Trueno. Zarpa de Cardo le pisaba los talones, ansioso por cualquier tarea que lo acercara a ser un guerrero.

Los demás guerreros y aprendices caminaban tras ellos. Ala de Petirrojo se lamía los labios, tragando lo último de su comida, mientras Cola Moteada seguía inclinándose para lamerse el pecho; su lavado matutino claramente no había terminado. Zarpa Dulce no estaba con Orejitas. Llevaba tres atardeceres echada en su lecho, demasiado débil para moverse, incapaz de comer. Amapola del Amanecer había dormido afuera de la guarida de los aprendices, demasiado preocupada para dejar a su hija enferma. Orejitas se había mantenido tan ocupado ayudando a Leonino con el entrenamiento de Zarpa de Rosal que la aprendiza de cola roja había pasado dos evaluaciones en otros tantos días. Zarpa de León estaba enfermo de envidia.

—¡Será una guerrera antes que yo! —se quejó.

—Empezó su entrenamiento antes que tú —había señalado Pelaje Azul.

Había decidido no interrogar al aprendiz de pelo dorado sobre Estrella de Pino. Aunque lo deseaba, sabía que si sus sospechas eran erróneas, Zarpa de León se preguntaría por qué estaba difundiendo rumores sobre el líder del Clan del Trueno. Si estaban en lo cierto, el joven gato podría estar demasiado dividido entre la lealtad a su líder y la amistad con su ex compañera de guarida como para decir la verdad. Era demasiado pedirle.

—¡Pelaje Nevado! —el maullido de Caída del Sol sacó a Pelaje Azul de sus pensamientos—. Patrullarás la frontera del Clan del Río con Manto de Tordo, Leonino, Manto de Gorrión y Vuelo de Viento.

Caída del Sol siempre enviaba una fuerte patrulla para revisar las Rocas Soleadas en estos días. Nadie estaba seguro de hasta dónde estaba dispuesto el Clan del Río a tentar la suerte.

—Cola Moteada y Zarpa Dorada, ustedes revisen la frontera del Clan de la Sombra con Cola Pintada.

Caída del Sol miró a Amapola del Amanecer, con los ojos hundidos junto a la guarida de los aprendices. ¿Se preguntaba si estaría mejor patrullando que preocupándose por su hija? Su mirada se dirigió a sus compañeros de Clan.

—Fauces de Víbora, Zarpa de Cardo, Orejitas y Ala de Petirrojo.

Los gatos se enderezaron cuando él dijo sus nombres.

—Ustedes van a cazar.

Zarpa de Cardo rodeó a su mentor, con la cola en alto.

—Pelaje Azul dirigirá la patrulla —añadió Caída del Sol.

—¿Qué? —Zarpa de Cardo miró fijamente a Pelaje Azul.

—Ya me oíste —Caída del Sol se alejó para unirse a Amapola del Amanecer, dejando a Pelaje Azul enfrentarse a la mirada incrédula del aprendiz espinoso.

Zarpa de Cardo ladeó la cabeza.

—Entonces, ¿dónde vamos a cazar?

—Las Rocas de las Serpientes —Pelaje Azul soltó el primer lugar que se le ocurrió.

Fauces de Víbora la observó con frialdad.

—Arriesgado —maulló—. Pero podría valer la pena. Ningún gato ha cazado allí desde hace una luna.

—Porque está infestado de víboras y zorros —se burló Zarpa de Cardo.

La cola de Pelaje Azul batió el suelo.

—No tienes miedo, ¿o sí? —lo miró fijamente. No se iba a dejar intimidar por un aprendiz, aunque ahora fuera más grande que ella. Era una guerrera, y merecía su respeto. Miró a Ala de Petirrojo y a Orejitas—. ¿Listos?

Orejitas asintió y Ala de Petirrojo arrancó pedazos de suelo como si no pudiera esperar a ponerse en marcha.

—Bien —Pelaje Azul se dirigió al túnel de aulagas, rezando para que su patrulla la siguiera. Mientras salía del campamento escuchó, con alivio, pasos que la seguían. Guió a sus compañeros de Clan por el barranco y el bosque.

—¿Por qué estamos tomando la ruta larga? —llamó Zarpa de Cardo mientras Pelaje Azul se dirigía a un barranco hacia las Rocas de las Serpientes.

Pelaje Azul vaciló, dudando repentinamente de su sentido de la orientación.

—Este camino no es tan empinado —maulló Ala de Petirrojo—. Y es más suave para las patas.

—Sí, claro —murmuró Zarpa de Cardo.

Pelaje Azul siguió adelante.

—¿Por qué no tomamos este atajo? —Zarpa de Cardo correteó delante de ella y saltó sobre un tronco caído. Movió la cola hacia una espesa zarza.

—Perderíamos nuestros mantos ahí —espetó Pelaje Azul. ¿Iba a socavarla cada paso del camino?

—Sólo ponte detrás, Zarpa de Cardo —ordenó Fauces de Víbora—. Guarda tu energía para cazar.

Zarpa de Cardo caminó enfurruñado en la parte trasera de la patrulla. Delante de ellos, una rama crujió con vida. Pelaje Azul se detuvo y se agachó, indicando a su patrulla que la imitara. No había nada de malo en atrapar un pájaro o dos en el camino. Se arrastró lentamente hacia adelante, observando las hojas mientras se movían para revelar un pequeño tordo cantor.

—¿Vamos a cazar en las Rocas de las Serpientes o qué? —Zarpa de Cardo maulló con fuerza.

El tordo revoloteó hacia las ramas más altas dando la alarma. «*¡Lo hizo a propósito!*».

—¡Zarpa de Cardo! —Orejitas regañó—. Ahora todas las presas sabrán que estamos aquí.

Pero Fauces de Víbora ya se había vuelto contra su aprendiz.

—¡Estamos cazando para el Clan! —siseó.

Zarpa de Cardo se agachó disculpándose mientras Fauces de Víbora enseñaba los dientes, pero se las arregló para lanzar una astuta mirada de triunfo a Pelaje Azul.

—Vamos —gruñó—. Vamos a las Rocas de las Serpientes.

Cuando llegaron a las rocas, ya había decidido cómo castigar a Zarpa de Cardo. Olfateó el aire, recordando al zorro que la había perseguido a ella y a Pelaje Nevado la última vez que habían estado allí. «*No hay olor fresco*».

Caminó hacia el claro al pie de las rocas.

—Tú vigila aquí —ordenó a Zarpa de Cardo, pensando que el zorro podría regresar después de todo—. Dinos si hueles peligro. Buscaremos presas allí arriba. —Señaló con la cabeza la pared de rocas que se elevaba detrás de ellos. Mirando al resto de la patrulla a su alrededor, añadió—: No olviden que puede haber víboras escondidas en las grietas.

Orejitas y Ala de Petirrojo asintieron. Fauces de Víbora la observó, con una expresión imposible de leer. Pelaje Azul se sentía muy incómoda dando instrucciones a guerreros más veteranos, pero Caída del Sol la había puesto al frente de la patrulla y estaba decidida a hacer las cosas bien.

—¿Por qué *yo* tengo que hacer de guardia? —se quejó el aprendiz—. Es aburrido.

Fauces de Víbora azotó su cola.

—Porque ya demostraste allí atrás que la caza es lo último que tienes en mente hoy.

Zarpa de Cardo movió una hoja con su pata, pero no discutió.

Con un destello de satisfacción, Pelaje Azul saltó hacia las rocas, con la boca abierta para probar el aire en busca de señales de presa. Orejitas desapareció entre la maleza, mientras que Fauces de Víbora y Ala de Petirrojo tomaron cada uno una ruta diferente hacia las rocas.

—¡Cuidado! —Zarpa de Cardo aulló.

Pelaje Azul se tensó, mirando por encima de su hombro.

—¿Qué?

—Nada —informó, estudiando algo en el suelo junto a sus patas delanteras—. Solo un escarabajo.

Frunciendo el ceño, Pelaje Azul volvió a la caza. «*Ratón*». Lo olió un momento antes de ver una sombra parpadeando en la grieta entre dos rocas. Aguzando las orejas para comprobar el deslizamiento de escamas, se agachó. No había señales de serpientes. Metió una de sus patas delanteras en la grieta y sacó al ratón. Lo mató rápidamente y lo arrojó al suelo junto a Zarpa de Cardo.

—Cuídalo, no te lo comas —le dijo.

Zarpa de Cardo le lanzó una mirada de furia, pero ella se limitó a darse la vuelta y subir a lo alto de las rocas.

—¡Serpiente! —la llamada de alarma de Zarpa de Cardo hizo que Pelaje Azul se diera la vuelta y se asomara al borde, aferrándose con sus garras mientras el suelo giraba muy por debajo.

Zarpa de Cardo la miraba inocentemente.

—¡Ups! —maulló—. Solo era la cola de Orejitas sobresaliendo de los helechos.

Sintiendo que su pelaje se erizaba de ira, Pelaje Azul volvió a la caza. Ahora podía oler a conejo. Pequeñas gotas de cagarrutas frescas ensuciaban la parte superior de las rocas, recordando el viejo truco de aprendiz de decir a los cachorros que eran sabrosas bayas. Siguió el rastro de olor hacia el banco de hojas que se derramaba en la cima de las Rocas de las Serpientes. En silencio, se arrastró por la piedra, con los bigotes tiesos por la emoción. Algo blanco se movía bajo un arbusto más adelante. Pelaje Azul se tensó y adoptó la postura del cazador. Avanzando en

silencio, respiró para que su vientre no rozara las hojas. El olor a conejo le hizo la boca agua.

—¡Cuidado! —Zarpa de Cardo volvió a aullar. ¿A qué estaba jugando el cerebro de ratón en este momento? Pelaje Azul bloqueó el ruido. Nada iba a impedirle atrapar el conejo.

La presa se adentró en los arbustos. Pelaje Azul le siguió, empujando lentamente su cabeza entre las hojas. Allí estaba, pastando en los suaves brotes que crecían del centro del arbusto. Pelaje Azul desenvainó sus garras, calmó su cola y saltó. Aterrizó directamente sobre el conejo y le dio un mordisco mortal antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Una sacudida, luego otra, y estaba muerto. Pelaje Azul lo sacó de los arbustos, complacida por su peso. Alimentaría a los veteranos y a Patas de Leoparda.

—¡PERRO! —el grito de Zarpa de Cardo atravesó repentinamente el pelaje de su oreja. Esta vez había miedo en su grito.

El pelaje de Pelaje Azul se erizó al oler el hedor a perro y escuchar unas gigantescas patas torpes retumbando en el suelo del bosque a solo una cola de distancia. Con el conejo aún en sus fauces, se lanzó hacia el tronco del árbol más cercano, trepando por él como una ardilla, con el cuello tenso por el peso de su captura. Unas mandíbulas se cerraron debajo de ella y sacudió la cola justo a tiempo cuando el perro saltó alrededor de la base del árbol, gruñendo y mordiendo el aire, con los ojos desorbitados por la emoción. Pelaje Azul subió más alto, sus garras cortaron la corteza, enviándola como una lluvia mientras el perro estiraba sus patas delanteras hacia el tronco. Con el corazón palpitando, escudriñó el bosque. Pudo distinguir el pelaje marrón de Ala de Petirrojo en la rama de un árbol cercano.

—¡Zarpa de Cardo! —Fauces de Víbora estaba llamando.

—Aquí arriba —la respuesta vino de algún lugar a la altura de su cabeza, y Pelaje Azul adivinó que el aprendiz estaba a salvo en un árbol también.

Quería comprobar si Orejitas estaba bien, pero no había manera de que pudiera llamar sin dejar caer el conejo. Se sintió aliviada cuando Fauces de Víbora aulló el nombre del guerrero y Orejitas respondió, sonando sin aliento pero intacto.

—¡Seguro!

—¿Pelaje Azul? —Fauces de Víbora ahora la llamaba a ella.

Pelaje Azul apretó el agarre del conejo, incapaz de responder. ¿Cómo iba a bajar? Ese perro nunca abandonaría la promesa de un gato y un

conejo. El sabor de la sangre ya debía estar cantando en su lengua. Un Dos Patas ladró. El perro se congeló, y luego gruñó con fastidio cuando el Dos Patas ladró de nuevo. Lloriqueando, el perro finalmente bajó la cabeza y se alejó.

Sus mandíbulas dolían por el tirón del conejo, Pelaje Azul esperó hasta que el ruido del Dos Patas y del perro se desvaneciera; entonces, lenta y temblorosamente, se dejó caer, pata sobre pata, por el tronco. Aterrizó sobre sus cuatro patas, con las garras ardiendo, y se apresuró a volver a la cima de las Rocas de las Serpientes.

—¡Pelaje Azul!

Sus compañeros de Clan estaban dando vueltas en el claro de abajo, llamando ansiosamente.

Rápidamente bajó las rocas y lanzó el conejo a sus patas.

—Lo siento —jadeó—. No podía responder antes.

Los ojos de Ala de Petirrojo brillaron.

—¡Buena captura!

—¿No escuchaste mi advertencia? —preguntó Zarpa de Cardo con rabia—. Estuve llamando durante lunas. Escuché a ese perro que se acercaba desde árboles de distancia.

—¡Lo escuché! —Pelaje Azul gritó. No iba a admitir que lo había ignorado—. ¿Pero qué podía hacer? Tenía la boca llena de conejo.

Orejitas trotó hasta las raíces de un fresno y desenterró un gorrión de las hojas que habían caído en una hendidura. Fauces de Víbora subió a las Rocas de las Serpientes y recuperó una musaraña recién asesinada de entre dos peñascos.

—¿Y mi ratón? —preguntó Pelaje Azul a Zarpa de Cardo. Su corazón se estaba desacelerando y sus piernas habían dejado de temblar. Quería volver a estar al mando de esta patrulla.

—No te preocupes, está a salvo —replicó Zarpa de Cardo, con los ojos brillantes. Excavó en la tierra y desenterró al ratón.

—Bien hecho —le felicitó Pelaje Azul—. Creo que tenemos suficiente.

—¿Volvemos al campamento? —preguntó Ala de Petirrojo.

Pelaje Azul asintió. Recogió su conejo y se dirigió de nuevo hacia el barranco.

Zarpa de Cardo murmuraba en voz baja cuando ella pasó junto a él.

—¿Para qué ponerme a hacer guardia si nadie me hace caso?

—Yo me subí a un árbol en cuanto aullaste —objetó Orejitas.

—Deja de quejarte —Fauces de Víbora hizo avanzar a su aprendiz—. Todos escapamos.

—*Y* conservamos nuestras presas —Ala de Petirrojo añadió.

A Pelaje Azul le dolía el cuello por el peso del conejo cuando se acercaban al barranco. Se esforzaba por no dejar que se arrastrara por el suelo, pero cuanto más se acercaban, su manto raspaba más las hojas. No podía esperar a dejarlo caer en el montón de carne fresca. Zarpa de Cardo se puso a la cabeza cuando llegaron al borde y bajó primero por el acantilado. Pelaje Azul bajó tras él, con el conejo balanceándose torpemente de sus mandíbulas.

—¡Escuchen! —Zarpa de Cardo se detuvo frente a ella, y casi chocó con él, con la cara llena de pelo de conejo.

—¿Qué? —murmuró.

Zarpa de Cardo tenía las orejas aguzadas y el pelaje erizado.

—Puedo oír algo.

El resto de la patrulla se había detenido detrás de Pelaje Azul.

—Yo también —siseó Ala de Petirrojo.

Fauces de Víbora estaba olfateando el aire cuando Pelaje Azul se volvió para mirar el camino detrás.

—¡Es ese perro! —advirtió—. Está volviendo.

Orejitas se giró.

—Puede oler el conejo.

Unas patas resonaron en el suelo del bosque, cerca de la cima del barranco; las hojas se agitaron y las ramitas chocaron. El perro se dirigía hacia ellos, rápidamente.

—¡No debe encontrar el campamento! —gruñó Fauces de Víbora.

Pelaje Azul se imaginó al perro arrasando las guaridas; los cachorros de Patas de Leoparda nunca sobrevivirían. Dejó caer el conejo.

—Llevaré esto a la cima y lo dejaré. Podría ser suficiente para evitar que el perro lo siga.

—Buen plan —Fauces de Víbora asintió—. Orejitas, avisa al Clan. Consigue guerreros para vigilar la entrada en caso de que el perro te siga.

Mientras Orejitas se alejaba, Pelaje Azul recogió el conejo y comenzó a pasar con el hombro por delante de sus compañeros de Clan, rezando para que dejar su captura fuera suficiente para distraer al perro.

—¡No! —el aullido furioso de Zarpa de Cardo la dejó helada—. Atrapamos ese conejo. Nos lo vamos a quedar. —Saltó por delante de Pelaje Azul y desapareció por encima.

—¡Zarpa de Cardo! —Fauces de Víbora lo persiguió por la pila de rocas.

Pelaje Azul lanzó el conejo a las patas de Ala de Petirrojo.

—Si el perro viene por la cima, déjalo aquí. Podría detenerlo. —Salió corriendo detrás de Fauces de Víbora, saltando por la roca y sobre el borde del barranco a tiempo de ver al perro explotar desde la maleza. Zarpa de Cardo se enfrentó a él, con la espalda arqueada y la cola erizada. Cuando el perro se abalanzó sobre él, le dio un golpe con la pata delantera en el hocico y luego le dio otro golpe en el ojo. La sangre salpicó el suelo del bosque. Aullando, el perro retrocedió y enseñó los dientes antes de lanzarse de nuevo. Esta vez Zarpa de Cardo se desvió, sumergiéndose debajo de su vientre y girando para golpearlo con sus garras traseras. El perro aulló de rabia, pero Zarpa de Cardo estaba preparado, levantándose, con las garras brillando de sangre. Volvió a golpear el hocico del perro, asestándole un golpe tras otro hasta que el perro empezó a retroceder.

—¡Vuelve con tu Dos Patas! —siseó Zarpa de Cardo, y dirigió un golpe cruel que no le alcanzó las mandíbulas por un pelo, pero le abrió la nariz al perro. Aullando, el perro se dio la vuelta y huyó hacia el bosque.

Los ojos de Fauces de Víbora se abrieron de par en par.

—¡Bendito sea el Clan Estelar! —dijo.

Zarpa de Cardo miró triunfante a su mentor.

—No había forma de que robara las presas del Clan.

Pelaje Azul parpadeó. Nunca había visto tanta valentía, por muy tonta que fuera. Retrocedió, sin palabras, mientras Zarpa de Cardo pasaba con los hombros. Cola de Tormenta, Estrella de Pino y Caída del Sol estaban de pie con los pelos erizados en la base del barranco. Observaron asombrados cómo Zarpa de Cardo bajaba por el barranco.

—El perro se ha ido —anunció, apenas sin aliento, antes de pasar junto a ellos y dirigirse al túnel de aulagas.

Pelaje Azul recogió el conejo y lo siguió. Mientras Zarpa de Cardo aceptaba los elogios de sus compañeros de Clan, lo colocó en silencio en la pila de carne fresca.

—Casi le cortó la nariz —presumía Fauces de Víbora.

—¿Qué tan grande era? —Amapola del Amanecer respiró.

—Más grande que un tejón —maulló Zarpa de Cardo.

Patas Susurrantes y Bigotes de Hierba salieron del árbol caído.

—¿Peleó con un perro? —Patas Susurrantes jadeó—. Ningún gato de Clan ha intentado eso desde que el Clan del León caminó por el bosque.

Estrella de Pino saltó sobre la Peña Alta.

—¡Compañeros de Clan! —llamó—. No puedo pensar en un mejor momento para darle a Zarpa de Cardo su nombre de guerrero.

El Clan aplaudió su aprobación.

Estrella de Pino bajó de un salto de la Peña Alta para encontrarse con Zarpa de Cardo en el centro del claro.

—Acércate, joven gato.

—Ya eres un guerrero —murmuró Vuelo de Viento con orgullo.

Amapola del Amanecer miró por encima de su hombro hacia la guarida de los aprendices. La cara dibujada de Zarpa Dulce asomó, sus ojos brillaban mientras observaba a su hermano. «*Todavía no habrá un nombre de guerrera para ella*», pensó Pelaje Azul con tristeza. Un pinchazo de alarma la recorrió cuando Zarpa Dulce sacó su frágil cuerpo entre los helechos y se agachó, temblorosa, justo fuera de la guarida.

Estrella de Pino levantó el hocico.

—A partir de este momento, serás conocido como Garra de Cardo. El Clan Estelar honra tu valentía y tu habilidad de lucha. El Clan del Trueno siempre recordará el valor que tuviste hoy, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno. Sirve bien a tu Clan. —Apretó su hocico contra la cabeza de Garra de Cardo.

Garra de Cardo miró con orgullo a sus compañeros de Clan mientras Pelaje Nevado se apresuraba a su lado y presionaba su hocico contra el suyo, ronroneando. Pelaje Azul obligó a su pelaje a alisarse. Había mucha arrogancia en la mirada ámbar de Garra de Cardo. ¿Qué clase de guerrero sería? Era valiente, lo había demostrado, pero la cautela le picaba el vientre. El orgullo no tenía cabida en el corazón de un guerrero. El exceso de confianza podía ser peligroso, tanto para sus compañeros de Clan como para él mismo.

Caída del Sol se acercó a la pila de carne fresca y comenzó a arrojar trozos de presas a sus compañeros de Clan.

—Si esta no es razón para un festín, nada lo es —maulló, lanzando el conejo a las patas de Bigotes de Hierba.

Los ojos del veterano brillaron.

Canto de Alondra le dio un toque.

—¡Espero que vayas a compartir eso!

Brisa Veloz llevó un mirlo a la maternidad para Patas de Leoparda, saliendo un momento después para reunirse con Fauces de Víbora y Cola Moteada. El Clan compartió las presas frescas y escuchó las historias de los veteranos hasta que la luna estuvo en lo alto. Finalmente, Estrella de Pino bostezó y se puso de pie.

Los gatos del Clan guardaron silencio mientras su líder miraba alrededor del claro.

—No podría estar más orgulloso de mi Clan —comenzó.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. La ceremonia de guerrero de Garra de Cardo había terminado, y no era propio de Estrella de Pino hacer discursos innecesarios.

—Gracias a todos. —Bajando la cabeza, se agachó y desapareció en su guarida.

«*Casi parece que se estaba despidiendo*». Había escuchado a Canto de Alondra decirle a Patas Susurrantes que Estrella de Pino estaba en su última vida. Tal vez por eso el líder del Clan había sonado tan sombrío. Cada batalla podría ser la última. Pelaje Azul se puso de pie, con el cuello dolorido de nuevo, y se dirigió a su guarida. Pelaje Nevado ya estaba allí, dando vueltas en su lecho. Garra de Cardo estaba acurrucado en el suelo junto a ella. Tendría que construirse un lecho mañana, y Pelaje Azul adivinó con un bufido dónde lo construiría. Se estremeció, echando de menos la comodidad del pelaje de su hermana. Pelaje Nevado solía apretarse contra Pelaje Azul, manteniéndola caliente con su esponjoso pelaje blanco, pero esta noche estaba acurrucada tan cerca de Garra de Cardo como los helechos le permitían. Pelaje Azul suspiró. Ahora que se había mudado a la guarida de los guerreros, no habría forma de alejarse del joven gato engreído. Si Pelaje Nevado tenía que encontrar una pareja, ¿por qué no podía elegir un gato que realmente le cayera bien a Pelaje Azul?



CAPÍTULO 22

—¡No se despierta! ¡No se despierta! —el maullido aterrorizado de Amapola del Amanecer resonó en el campamento dormido.

Pelaje Azul salió disparada de su lecho. «*¡Zarpa Dulce!*». Sabía instintivamente en el momento en que llegó al claro y vio los ojos desorbitados de Amapola del Amanecer, que la aprendiza carey estaba muerta.

—¡La he lamido y sacudido y no abre los ojos! —gritó angustiada la reina.

Los gatos del Clan se apresuraron a salir de sus guaridas, parpadeando a la luz del amanecer, cuando Pelaje Azul se abrió paso hasta la guarida de los aprendices y se agachó junto al lecho de Zarpa Dulce. Apretó su hocico contra el pelaje de su antigua compañera de guarida. La extraña quietud de su cuerpo y la frialdad de su manto atravesaron el corazón de Pelaje Azul. Ya había estado junto a una gata así, y ni todos los deseos del mundo habían logrado que Flor de Luna volviera.

—Zarpa Dulce —susurró, sabiendo que la aprendiza no podía oírla—. Zarpa Dulce. —La pena le nubló la mirada y apoyó la barbilla en el costado de Zarpa Dulce.

Los helechos crujieron, y Bigotes Plumosos se deslizó dentro de la guarida. Pelaje Azul levantó la cabeza y miró al aprendiz de curandero.

—Está muerta.

—Ahora estará con el Clan Estelar —murmuró Bigotes Plumosos. Apretó el hocico contra la cabeza de Pelaje Azul, como si adivinara sus pensamientos—. Flor de Luna cuidará de ella.

Ella parpadeó.

—Pero Zarpa Dulce no es una guerrera —dijo—. ¿Tiene permitido unirse al Clan Estelar?

—Por supuesto —Bigotes Plumosos maulló—. Nació como una gata de Clan. El Clan Estelar la acogerá.

«*Pero nunca cazaremos juntas*».

Bigotes Plumosos le dio un suave toque.

—Espera fuera, por favor —maulló.

Pelaje Azul se abrió paso entre los helechos y vio los ojos de su Clan brillando en la penumbra.

Amapola del Amanecer la miró fijamente y habló con voz apagada.

—Está muerta, ¿verdad?

Zarpa de Rosal estaba sentada al lado de su madre. Se apretó más contra Amapola del Amanecer mientras Pelaje Azul asentía. Garra de Cardo se unió a ellas, arrastrando la cola.

—¿Puedo verla? —preguntó.

Amapola del Amanecer le tocó ligeramente la cabeza con la cola.

—Por supuesto, pequeño. Desea a tu hermana lo mejor en su viaje hacia nuestros ancestros.

Mientras Garra de Cardo desaparecía en la guarida, Zarpa de Rosal miró a su madre.

—¿Estabas con ella cuando…?

—Estaba durmiendo —Amapola del Amanecer se ahogó de pena—. Me desperté y ella olía… —parecía buscar la palabra— diferente.

Pelaje Azul comprendió. Recordaba el olor del cuerpo de su madre, un olor a muerte que ni siquiera la lavanda y el romero podían disimular.

Un pequeño maullido sonó fuera de la maternidad. Pelaje Azul miró entre los mantos de sus compañeros de Clan y vio a un pequeño gatito atigrado sentado en el borde del claro.

Caída del Sol se adelantó para saludarlo.

—¡Hola! ¿Eres Pequeño Tigre?

El cachorro miró fijamente a la sombría reunión de gatos.

—¿Qué está pasando? —chilló.

—Zarpa Dulce murió —le dijo Caída del Sol con gravedad.

Pequeño Tigre inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Era una guerrera?

—¡Pequeño Tigre! —Brisa Veloz salió de la maternidad de un salto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería saber por qué todos estaban despiertos —Pequeño Tigre respondió.

Brisa Veloz le lamió la cabeza.

—Veo que vas a ser el inquisidor. —Miró a Caída del Sol—. Era el más débil de la camada, y ahora es el más fuerte.

—Nunca fui el más débil —protestó Pequeño Tigre, abriendo su pequeña boca rosada de par en par con indignación.

—Por supuesto que no, pequeño —Brisa Veloz lo agarró por el pescuezo y lo llevó, con las patas revueltas, de vuelta a la maternidad.

Pluma de Ganso salió del túnel de helechos.

—¿Qué está pasando?

Amapola del Amanecer le lanzó una mirada de reproche.

—Zarpa Dulce murió.

Pluma de Ganso suspiró.

—Cuando el Clan Estelar llama, ni el mejor curandero puede curar.

Bigotes Plumosos apareció desde la maternidad.

—Pluma de Ganso tiene razón —maulló—. Hicimos todo lo que pudimos.

—Tenemos suerte de tenerte, Bigotes Plumosos —Cola Moteada maulló. Ningún gato habló por Pluma de Ganso.

Con una sensación de frío en lo más profundo de su pelaje, Pelaje Azul se dio cuenta de que el Clan parecía haber perdido toda la fe en su viejo curandero. Cuando Ojo Blanco tenía una espina en su almohadilla, había sido Bigotes Plumosos a quien había buscado, y ahora Brisa Veloz consultaba al aprendiz de curandero sobre Patas de Leoparda y sus cachorros siempre que estaba preocupada. Pelaje Azul miró a Pluma de Ganso. No parecía haber notado el comentario sesgado de Cola Moteada; sus ojos estaban desenfocados, como si algo más se amontonara en sus pensamientos. Si ningún gato confiaba ya en Pluma de Ganso, ¿era tonto por parte de Pelaje Azul creer en su profecía?

Cola Moteada se apretó contra Amapola del Amanecer.

—Te ayudaré a preparar a Zarpa Dulce para la vigilia —murmuró.

Amapola del Amanecer parpadeó.

—Sí. —Se levantó—. Traeré romero.

Pelaje Azul se dio la vuelta. No podía soportar ver a otro gato preparado para su viaje al Clan Estelar. Sintió el hocico de Caída del Sol rozando su hombro.

—Ven conmigo —ordenó—. Voy a llevar a la patrulla del alba. —Señaló con la cabeza a Zarpa de León—. Tú también puedes venir.

Zarpa de Rosal se adelantó.

—¿Yo puedo?

—Por supuesto —Caída del Sol rozó con su cola el flanco de la afligida aprendiza.

—¿Leonino? —hizo una señal al mentor de Zarpa de Rosal—. Llama a Brisa Veloz y únete a nosotros.

Las patas de Pelaje Azul eran pesadas mientras caminaba por el túnel detrás del lugarteniente del Clan y el resto de la patrulla, pero se sintió aliviada de dejar atrás a sus compañeros de Clan en duelo. Una vez que llegaron a la cima del barranco y se adentraron en el bosque, Caída del Sol se puso a su lado.

—Sé que la muerte de Zarpa Dulce es triste —maulló en voz baja—. Pero el Clan debe seguir adelante. Las fronteras deben ser vigiladas y la pila de carne fresca debe permanecer abastecida.

Pelaje Azul se sintió pesada por dentro, como si su vientre estuviera lleno de piedras. Pero Caída del Sol tenía razón. Tenía que proteger a su Clan, por mucho dolor que tuviera. Los otros gatos también estaban sufriendo. La patrulla se movía lentamente entre los árboles, con Brisa Veloz presionada cerca de Zarpa de Rosal. Nadie habló mientras se acercaban a la frontera con las Rocas Soleadas. El sol se había levantado sobre el horizonte, y su pálida luz se filtraba entre los árboles. Los pájaros se agitaban, y sus cantos llenaban el bosque. Pelaje Azul deseó que se callaran. «*¡No seas cerebro de ratón!* —se dijo a sí misma—. *¿Cómo se supone que sepan o que les importe que Zarpa Dulce está muerta?*».

—¡Esperen! —el siseo de Caída del Sol la sorprendió, y se congeló con una pata delantera aún en el aire.

El lugarteniente del Clan del Trueno estaba olfateando la brisa, el pelaje se le erizó a lo largo del manto.

—¡Clan del Río!

Pelaje Azul escudriñó los árboles a lo largo del borde del bosque y vio las Rocas Soleadas brillando en la luz del amanecer. El olor del Clan del Río estaba a la deriva sobre la frontera, más fuerte que antes.

—¡Miren! —Brisa Veloz se puso en cuclillas. Sus ojos se fijaron en una elevación frondosa, inclinada más allá de una franja de zarzas—. ¡Cruzaron la frontera!

Pelaje Azul se erizó cuando vio la punta de una cola elegante y aceitosa, y luego otra. El sabor a pescado bañó su lengua. Las ramas se agitaron mientras una patrulla del Clan del Río se movía sigilosamente a través de la maleza.

—¡Lo sabía! —Caída del Sol gruñó. Manteniéndose agachado para que su pelaje naranja quedara oculto por los helechos, le hizo una señal a Zarpa de León—. ¡Vuelve al campamento y dile a Estrella de Pino que estamos siendo invadidos! Esos guerreros del Clan del Río cruzaron deliberadamente la frontera. No podemos dejar que se salgan con la suya. Estrella de Pino tiene que enviar una patrulla de combate aquí de inmediato.

Zarpa de León asintió y se dio la vuelta. Pasó por delante de Pelaje Azul y Leonino y regresó a lo largo del camino que conducía al barranco.

—¡Atrás! —ordenó Caída del Sol al resto de su patrulla, manteniendo su maullido bajo. Se escabulló entre los espesos helechos y la patrulla le siguió, agazapada entre las frondas.

La ira se apoderó del vientre de Pelaje Azul. ¿Por qué tenían que esconderse en su propio territorio?

—Atacaremos en cuanto llegue la patrulla de refuerzo —respiró Caída del Sol.

La patrulla del Clan del Río se movía con más torpeza ahora que habían llegado a las zarzas. Pelaje Azul escuchó a un gato maldecir e imaginó las espinas arrastrando los gruesos mantos del Clan del Río. No estaban acostumbrados a estos densos matorrales, ni a las espinas del bosque. «*¡Que los ralentice!*», rezó, desenvainando las garras. Intentó mirar a través de las hojas. ¿Cuántos guerreros del Clan del Río había? ¿Se dirigían al campamento? Frunció el ceño ante el hedor del Clan del Río.

—¡Están dejando marcas! —le gruñó a Caída del Sol—. ¡En *nuestro* territorio!

—No saben hacia dónde dirigirse —observó Brisa Veloz.

La patrulla del Clan del Río estaba luchando a través de las zarzas, alejándose del barranco.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Zarpa de Rosal.

Caída del Sol hizo una pausa, considerando la situación.

—No son suficientes para atacar el campamento, y si ese es su objetivo, van por el camino equivocado, gracias al Clan Estelar. Mi opinión es que están buscando una patrulla para atacar.

—¿Pero por qué? —Pelaje Azul se esforzó por entender qué podía ganar el Clan del Río enviando tan pocos guerreros, y tan poco preparados, a territorio rival.

—Quieren demostrar que esta parte del bosque es suya.

—¡Nunca! —Pelaje Azul luchó contra el impulso de salir corriendo de los arbustos y lanzarse contra la patrulla del Clan del Río. Sabía que sería imprudente e inútil. ¿Qué podría hacer ella sola contra una patrulla entera? ¡Pero se suponía que ella era el fuego, ardiendo a través del bosque! Tal vez debería atacar como Garra de Cardo había atacado a ese perro. Cerró los ojos y repasó los movimientos de batalla que le había enseñado Caída del Sol.

Caída del Sol debió notar que sus patas se movían inquietas.

—Atacaremos en cuanto llegue la otra patrulla —prometió.

Los helechos crujieron detrás de ellos, y Manto de Tordo se abrió paso.

—Vimos a la patrulla del Clan del Río —informó—, pero no nos vieron. Están demasiado ocupados luchando contra las espinas.

Caída del Sol se rió.

—Tengo la sensación de que no están muy cómodos en el territorio del Clan del Trueno.

—Deberíamos obligarlos a luchar donde la maleza es más espesa —Manto de Tordo sugirió.

—¿No será más difícil de atacar? —cuestionó Brisa Veloz.

—Difícil para nosotros, pero aún más difícil para ellos —respondió Caída del Sol—. Ellos no están acostumbrados a las zarzas, y nosotros sí. —Miró a Manto de Tordo—. ¿A quién trajiste?

—Cola de Tormenta, Garra de Cardo, Manto Borroso, Pelaje Nevado, Vuelo de Viento y Centón —informó Manto de Tordo—. Hay otra patrulla esperando en la cima del barranco, por si el Clan del Río rompe nuestra línea. No sabíamos cuántos guerreros había traído el Clan del Río.

Caída del Sol entrecerró los ojos.

—Tenemos suficientes para expulsarlos.

Garra de Cardo se puso al frente.

—Deberíamos hacer algo más que ahuyentarlos —gruñó—. Deberíamos darles una batalla que no olvidarán rápidamente.

—Cuando sepan que podemos ahuyentarlos, se lo pensarán dos veces antes de volver a invadir —señaló Caída del Sol. Giró la cabeza hacia Cola de Tormenta—. Nos dividiremos en tres patrullas. Tú encabeza una y reúnete con ellos en la subida de ahí. —Hizo una señal hacia una ladera a la que parecían dirigirse los gatos del Clan del Río—. Lleva a Centón y a Brisa Veloz. Ustedes ataquen primero. Nosotros entraremos por los lados mientras ustedes los hacen retroceder. ¿Vuelo de Viento?

El guerrero atigrado gris levantó la barbilla.

—¿Sí?

—Quédate aquí con Manto Borroso, Manto de Tordo y Garra de Cardo. Ataquen cuando oigan la señal de Cola de Tormenta —continuó—. Yo me llevaré a Pelaje Azul, Pelaje Nevado, Zarpa de Rosal y Leonino y atacaré su otro flanco. Dejaremos el camino hacia la frontera libre para que puedan retirarse.

—Debemos destrozarlos donde caigan, no dejarlos escapar —siseó Garra de Cardo.

Caída del Sol lo fulminó con la mirada.

—Los guerreros no necesitan derramar sangre para ganar batallas.

Se deslizó entre los helechos, y Pelaje Azul lo siguió con Pelaje Nevado pisándole los talones. Caída del Sol los condujo hacia el barranco y dio la vuelta, usando otra ruta, hasta que pudieron ver a los guerreros del Clan del Río luchando por salir de las zarzas.

Pelaje Azul oyó a uno de los guerreros sisear:

—¿Para qué queremos un territorio tan estúpido?

—Más presas para el Clan del Río, menos para el Clan del Trueno —era Corazón de Caracola, el lugarteniente del Clan del Río—. Ahora dejen de quejarse y sigan avanzando.

Pelaje Azul miró por encima de los arbustos bajos. El viento estaba a su favor, soplando el olor del Clan del Río sobre la patrulla de Cola de Tormenta mientras esperaba para emboscarlos. Mientras el Clan del Río se dirigía a la ladera, Pelaje Azul vio que los helechos temblaban donde la patrulla de Vuelo de Viento se agazapaba, lista para la señal de Cola de Tormenta. La patrulla del Clan del Río parecía fuerte y en forma. Pelaje Azul enseñó los dientes. «*Tendremos que luchar más duro, entonces*». Habían escapado de las zarzas, aunque su pelaje estaba cubierto de espinas. Subiendo por la colina, con las orejas gachas y la cola baja, se detuvieron al ver la cola de Corazón de Caracola. Se le erizaron los pelos.

—Huelo al Clan del Trueno —advirtió.

Pelaje de Leña, un guerrero marrón del Clan del Río, saboreó el aire.

—Olor fresco —los guerreros de atrás miraron con recelo por encima de su hombro—. Tal vez… —Pelaje de Leña no tuvo oportunidad de terminar su frase.

Cola de Tormenta se lanzó hacia Corazón de Caracola, aullando la señal. Brisa Veloz y Centón se lanzaron tras él. Pelaje de Leña se irguió, Corazón de Caracola se agachó, y los otros guerreros se giraron, con los ojos muy abiertos, cuando la patrulla de Vuelo de Viento explotó desde los helechos a un lado.

—¡Ataquen! —gritó Caída del Sol, lanzándose hacia adelante.

Pelaje Azul se lanzó tras él y se lanzó sobre la espalda de un guerrero del Clan del Río. Reconoció las marcas negras y plateadas de Garra Rizada y clavó sus garras en su manto, luchando por agarrar su pelaje aceitoso. Garra Rizada se sacudió y se giró, levantándose. No le dio tiempo a ponerse de pie. Pelaje Azul rodó fuera del camino un latido antes de que se estrellara donde ella había caído. Sus patas se engancharon en un zarcillo que se arrastraba, y maldijo cuando las espinas le cortaron las almohadillas. Pelaje Azul le pasó la garra por el costado mientras él se volvía hacia ella, con las orejas chatas. Intentó agacharse, pero el golpe de Garra Rizada fue demasiado rápido. Una pesada pata delantera le pasó por el hocico, y el dolor se disparó a través de ella. Mientras se tambaleaba y se llevaba una pata a la nariz sangrante, un pelaje blanco brilló a su lado. Pelaje Nevado se levantó y empezó a golpear con fuerza a Garra Rizada, un zarpazo tras otro. «*¡Sí!*». Los recuerdos de la pelea con Mandíbula Doblada inundaron a Pelaje Azul. Ya habían ganado juntas; ¡esta vez volverían a ganar!

Pelaje Azul se levantó sobre sus patas traseras junto a su hermana y se le unió. Garra Rizada se tambaleó hacia atrás, sus patas agitadas ahora se defendían, no atacaban. Le hicieron retroceder hasta un arbusto de zarzas. Tropezó cuando las ramas se arremolinaron alrededor de sus patas traseras, aullando cuando las espinas le atravesaron el pelaje. Pelaje Azul y Pelaje Nevado se lanzaron juntas sobre sus cuatro patas y, como una sola, empezaron a picarle. Confundido y en pánico, Garra Rizada luchó por liberarse de las zarzas. Saltó y se dio la vuelta, pero Pelaje Azul siguió atacando, con Pelaje Nevado mordiéndole los flancos por un lado y, cuando Garra Rizada se giró para atacarlas, Pelaje Azul le golpeó por el otro. Chillando de rabia, el gato negro y plateado saltó sobre sus espaldas y se alejó entre los árboles.

—Uno menos —resopló Pelaje Nevado.

—Faltan más —Pelaje Azul giró, probando el aire. No pudo detectar los olores de Mandíbula Doblada o Corazón de Roble. «*Eso es bueno, ¿verdad? Porque ambos son guerreros fuertes, y no querría encontrarlos aquí después de haber luchado tanto ya*».

Se apartó del camino mientras Vuelo de Viento perseguía a otro guerrero del Clan del Río, aullando, hacia los árboles. Manto de Tordo rodó junto a las patas de Nutria Manchada, arañando su manto con sus garras traseras hasta que la guerrera del Clan del Río aulló pidiendo piedad. Cola de Tormenta dio un fuerte golpe a un guerrero del Clan del Río y lo lanzó contra su compañera de Clan. Los dos gatos perdieron el equilibrio y Cola de Tormenta saltó sobre ellos, arañando a uno con sus patas delanteras mientras enviaba al otro a volar con una poderosa patada de sus patas traseras.

—¡Luchen, corazones de ratón! —aulló Corazón de Caracola a sus compañeros de Clan, mientras Pelaje Azul se abalanzaba sobre él y aterrizaba sobre su espalda.

—¿Creías que sería fácil? —siseó mientras hundía sus dientes en el hombro del lugarteniente del Clan del Río.

Las garras engancharon a Pelaje Azul a su vez, y Corazón de Caracola consiguió arañarla. Aulló cuando le torció la pata delantera, con su garra aún enredada en el pelaje de Corazón de Caracola. Enferma de agonía, se liberó y se giró. Pelaje de Leña se enfrentó a ella. Jadeando de dolor, Pelaje Azul se levantó para luchar contra el fornido gato marrón, pero Pelaje Nevado ya lo estaba arrastrando hacia atrás, hundiendo sus dientes en su pelaje. Cuando cayó, Pelaje Azul se abalanzó sobre su vientre, chocando contra él con tanta fuerza que oyó cómo se le escapaba el aliento. Jadeando, Pelaje de Leña se liberó y huyó hacia la frontera del Clan del Río.

Un grito asustado rasgó el aire.

—¡Zarpa de Rosal! —Pelaje Azul salió disparada a través de las zarzas, deslizándose entre las ramas con una práctica facilidad. Saliendo al otro lado, vio a Zarpa de Rosal acorralada entre las raíces de un roble por dos guerreros del Clan del Río.

—¡Métanse con alguien de su tamaño! —Pelaje Azul aulló y se lanzó sobre la espalda del gato más grande.

—¡El Clan del Río nunca luchó limpiamente! —el chillido de Pelaje Nevado sonó tras ella, y mientras Pelaje Azul derribaba al gran gato, vio a

su hermana hundir sus garras en el pelaje del otro gato y arrastrarlo lejos de la sorprendida aprendiza del Clan del Trueno.

Con la boca ahogada por el pelaje del Clan del Río, Pelaje Azul consiguió gritar a Zarpa de Rosal.

—¡Ve por su vientre!

Zarpa de Rosal se lanzó hacia adelante, golpeando al gato con las garras desenvainadas hasta que se retorció tan fuerte en el agarre de Pelaje Azul, que tuvo que soltarlo. El gato gruñó y atacó a Zarpa de Rosal, pero la aprendiza fue demasiado rápida. Ella se agachó y el gato arrancó corteza en su lugar.

—¿No puedes moverte lo suficientemente rápido fuera del agua, cara de pez? —Pelaje Azul se burló de él.

El gato siseó y se abalanzó sobre ella, pero Zarpa de Rosal se lanzó bajo su vientre y lo desequilibró. Pelaje Nevado ya había enviado al otro gato a la maleza. Su compañero de Clan se tambaleó para enfrentarse a tres gatas que le siseaban, y Pelaje Azul sintió una oleada de satisfacción mientras el pánico llenaba su mirada. Retrocedió hacia las raíces mientras ellas avanzaban.

—¿Crees que puedes enfrentarte a las tres? —desafió Pelaje Nevado.

—Podría intentarlo —Zarpa de Rosal gruñó.

—Parece tener un cerebro de ratón —Pelaje Azul sintió que el poder surgía a través de sus patas, pero reprimió el impulso de atacar. Este guerrero estaba superado en número; podrían vencerlo fácilmente.

«*Lo que significa que debemos dejarlo escapar*». Lanzó una mirada de advertencia a sus compañeras de Clan, esperando que la entendieran. Pelaje Nevado asintió y se apartó, dejando un hueco en sus filas. Sin dudarlo, el guerrero del Clan del Río se lanzó a través de él y huyó hacia la frontera. Cuando Pelaje Azul se deslizó por las zarzas, vio a Caída del Sol dar una patada con sus patas traseras y hacer que un guerrero del Clan del Río se tambalease. Pelaje Azul se lanzó justo a tiempo cuando el guerrero del Clan del Río pasó por delante de ella.

—¡Retirada! —Corazón de Caracola gritó, y los restantes guerreros del Clan del Río se dieron la vuelta y huyeron. Su lugarteniente se detuvo, con los ojos brillantes—. ¡Las rocas siguen siendo nuestras!

—Pero nunca los árboles —gruñó Caída del Sol en respuesta.

Exhausta, Pelaje Azul persiguió a los guerreros en retirada hasta la frontera.

—¡También tendremos las rocas de vuelta, algún día! —Garra de Cardo aulló mientras el Clan del Río chapoteaba en el río, poco profundo por la estación de la hoja verde.

Caída del Sol levantó el hocico. Una de sus orejas estaba desgarrada, y la sangre goteaba en su mejilla.

—Bien luchado. —Miró a sus compañeros de Clan—. ¿Alguna herida grave?

Pelaje Azul recordó su garra torcida, que estaba palpitando e hinchada por debajo. Le dolía, pero podía esperar hasta que volviera al campamento.

—Solo unos rasguños —informó Manto de Tordo.

—Nutria Manchada me mordió —Centón se quejó—. Voy a oler a pescado durante días.

Pelaje Azul se puso rígida al ver el pelaje blanco de Pelaje Nevado manchado de sangre.

—¿Estás bien? —jadeó.

Pelaje Nevado miró las manchas.

—No es mi sangre.

Aliviada, Pelaje Azul pasó su cola por las orejas de Pelaje Nevado.

—No volverán rápido —cacareó Garra de Cardo.

Cola de Tormenta seguía observando el río, con los ojos oscuros.

—No deberían haberlo intentado en primer lugar —gruñó—. Ya tienen las Rocas Soleadas.

—Vamos —maulló Caída del Sol con brío—. Vamos a informar al campamento.

Pelaje Azul siguió a su hermana hacia los árboles. Con las orejas aguzadas, escuchó a Cola de Tormenta murmurando a Caída del Sol.

—Volverán —gruñó—. Perdimos su respeto cuando entregamos las Rocas Soleadas sin luchar.

—Esa fue la decisión de Estrella de Pino —Caída del Sol maulló uniformemente.

—Tal vez —siseó Cola de Tormenta—, pero debería estar cerca para respaldarla.

—Sí, ¿dónde está Estrella de Pino? —Caída del Sol maulló, como si recién se hubiera dado cuenta de que el líder del Clan no había participado en la batalla—. ¿Por qué no lideró su patrulla?

Cola de Tormenta se encogió de hombros.

—Será mejor que se lo preguntes a Estrella de Pino, porque nadie más en el Clan del Trueno parece saber dónde está.

Pelaje Azul sintió el familiar e inquietante cosquilleo en sus patas. Algo estaba mal con Estrella de Pino. Algo estaba muy mal, sin duda.



CAPÍTULO 23

—Los expulsamos —anunció Caída del Sol al Clan que los esperaba, tan pronto como la patrulla entró en el campamento a través del túnel de aulagas.

Fauces de Víbora se adelantó.

—No hay otra actividad del Clan del Río en la zona —informó—. Hemos buscado a fondo.

—Gracias —Caída del Sol bajó la cabeza.

Pelaje Azul solo escuchó a medias el intercambio. Sus ojos se dirigieron al pequeño y huesudo cuerpo de Zarpa Dulce que yacía en el centro del claro. Amapola del Amanecer le había alisado el pelaje y acomodado las patas debajo de ella, tal como el Clan había hecho con Flor de Luna. El regocijo de la batalla fue instantáneamente tragado por el dolor. Pelaje Azul se puso de pie y observó entumecida cómo Zarpa de Rosal pasaba y se acurrucaba junto a su hermana. Garra de Cardo se acercó rígidamente y le dio a Zarpa Dulce un último lametón entre las orejas.

—Ayudaré a enterrarla después de la vigilia — murmuró a Amapola del Amanecer.

Bigotes Plumosos salió de la guarida de los curanderos llevando un paquete de hierbas. Pluma de Ganso se arrastró tras él. Bigotes Plumosos puso las hierbas en las patas de Pluma de Ganso.

—¿Quieres masticarlas hasta convertirlas en pulpa mientras yo compruebo si hay heridas? —se dirigió a su mentor con suavidad, como si estuviera hablando con un veterano frágil y preocupado.

Pluma de Ganso estaba mirando la maternidad y no parecía escucharlo.

Bigotes Plumosos le acercó las hierbas un poco más.

—Necesitaremos mucha pulpa de consuelda —indicó. Miró a la patrulla que regresaba—. Parece que hubo muchos rasguños.

Pluma de Ganso parpadeó.

—¿Consuelda? —repitió.

Bigotes Plumosos asintió, golpeando las hierbas con la pata. Pluma de Ganso parpadeó; luego, agachándose, empezó a masticar las hojas. Bigotes Plumosos se paseó enérgicamente entre los heridos. Primero inspeccionó a Garra de Cardo.

—Es un rasguño profundo.

—No es nada —Garra de Cardo se encogió de hombros—. No siento dolor.

—Lo sentirás si se infecta. —Se volvió hacia Pluma de Ganso—. ¿Trajimos tanaceto?

Pluma de Ganso olfateó entre las hojas y asintió.

—Ve con Pluma de Ganso —le dijo Bigotes Plumosos a Garra de Cardo—. Pídele que te frote un poco de tanaceto en la herida. —Cuando Garra de Cardo dudó, Bigotes Plumosos miró el cuerpo de Zarpa Dulce—. Necesitarás que te la curen si quieres poder ayudar a enterrar a tu hermana.

Garra de Cardo bajó la cabeza y se acercó al curandero.

Bigotes Plumosos revisó a Pelaje Nevado.

—Ve a lavarte en el arroyo —le aconsejó—. Huele a sangre del Clan del Río, y lamerla te dará náuseas.

—Qué asco. Pescado —Pelaje Nevado se estremeció y se apresuró a salir del campamento.

Pelaje Azul levantó su garra torcida cuando Bigotes Plumosos se acercó y se la tendió para que la inspeccionara. Bigotes Plumosos arrugó la nariz.

—Doloroso —se compadeció—. Pero se curará rápidamente si la dejas descansar.

Dolía como la furia, pero Pelaje Azul no quería admitirlo después de que Garra de Cardo hubiera actuado con tanta valentía.

—Consigue pulpa de consuelda de Pluma de Ganso —Bigotes Plumosos instruyó—. Aliviará el dolor.

—Gracias —Pelaje Azul cojeó hasta el curandero. Se preguntó si estaba pensando en la profecía, midiéndola con su papel en la batalla. Ella no había exactamente ardido como el fuego por el bosque, pero lo había hecho bien.

Pluma de Ganso la miró con extrañeza y empujó un fajo de pulpa hacia ella.

—¿Es eso consuelda? —Pelaje Azul comprobó.

—¿Qué otra cosa te daría para una garra torcida?

¿Cómo sabía él lo que necesitaba, cuando muchas otras cosas parecían pasarle por arriba estos días? Pelaje Azul untó el ungüento en su garra.

—¡Estrella de Pino! —el maullido de Caída del Sol la hizo girar.

El líder del Clan del Trueno estaba entrando a hurtadillas por el túnel de las aulagas.

Cola Moteada y Amapola del Amanecer levantaron la mirada del cuerpo de Zarpa Dulce. Fauces de Víbora levantó la cabeza y Cola de Tormenta entrecerró los ojos. Todo el Clan se quedó en silencio cuando Caída del Sol se adelantó, con su oreja ensangrentada brillando bajo el sol de la mañana.

—¿Dónde estabas? —preguntó el lugarteniente del Clan del Trueno.

Estrella de Pino no respondió de inmediato.

—¿Ganaron?

Caída del Sol asintió.

—Ahuyentamos a esas caras de pescado tan lejos como el río. Todavía tienen las Rocas Soleadas, esa es una batalla para otro día, pero no pondrán ni una pata tras la frontera por un rato.

Un gruñido retumbó en la garganta de Cola de Tormenta.

—Bien —maulló Estrella de Pino. Atravesó el claro y saltó sobre la Peña Alta—. ¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan para escuchar lo que tengo que decirles!

Pelaje Azul miró a Zarpa de Rosal, desconcertada. ¿No debería Caída del Sol hacer su informe sobre la batalla primero? Zarpa de León se acercó a ellas, mirándose las patas. ¿Estaba enojado porque se había perdido la batalla? «*No*». Zarpa de León no estaba enojado. Si tenía algo que quería decir, lo decía. Un escalofrío recorrió el manto de Pelaje Azul. La sospecha que había sentido desde que lo había sorprendido persiguiendo mariposas le dio aun más vueltas. Zarpa de León sabía algo sobre su líder.

Estrella de Pino miró a su Clan. No se habían movido, solo se habían girado para mirarlo con curiosidad. Estrella de Pino parecía cansado, con

los ojos apagados por la pena. Pelaje Azul se inclinó hacia delante, con el estómago vacío.

—Gatos del Clan del Trueno —comenzó Estrella de Pino, y su voz resonó en el silencioso claro hasta que sus palabras rebotaron en los árboles y las rocas—, ya no puedo ser su líder. A partir de ahora, voy a dejar el Clan y vivir con dueños en el Poblado de los Dos Patas

En el claro a su alrededor, los mantos se erizaron y el aire crepitó de tensión.

Cola de Tormenta curvó el labio.

—¿Vas a convertirte en un *minino casero*?

Caída del Sol lo miró con incredulidad.

—¿Por qué?

Fauces de Víbora clavó sus garras profundamente en la tierra.

—¿Cómo pudiste?

Amapola del Amanecer le miró con los ojos muy abiertos desde donde estaba junto al cuerpo de su hija.

Estrella de Pino inclinó la cabeza.

—Me siento honrado de haberles servido por tanto tiempo. El resto de mi vida la pasaré como un minino casero, donde no tengo batallas que luchar, no hay vidas dependiendo de mi por comida y seguridad.

—*Cobarde* —las orejas de Fauces de Víbora estaban chatas.

Estrella de Pino movió las patas.

—He dado ocho vidas al Clan del Trueno, cada una de ellas con buena gana. Pero no estoy listo para arriesgar mi novena.

Bigotes de Hierba llamó desde el parche de ortigas.

—¿Qué podría ser más honorable que morir por tu Clan?

—Vivirías entre las filas del Clan Estelar —Amapola del Amanecer acarició con su cola el manto de Zarpa Dulce—. Y compartirías lenguas con compañeros de Clan que has perdido.

Estrella de Pino suspiró.

—Estoy haciendo esto por el Clan del Trueno, lo prometo.

—Lo estás haciendo por *ti* —Cola de Tormenta gruñó.

Zarpa de León dio un paso adelante. Le temblaban las piernas y parecía tan asustado de hablar como de enfrentarse a un guerrero del Clan de la Sombra, pero levantó la barbilla con determinación.

—¿Realmente queremos a un líder que ya no quiere liderar? —desafió.

Pelaje Azul miró fijamente al joven gato. No solo era valiente; tal vez tenía razón. Si ella fuera líder, con gusto le daría a su Clan Estelar las

nueve vidas que le habían otorgado. ¿*Quería* un líder reticente? ¿Y sus compañeros de Clan? A su alrededor, los guerreros murmuraban entre sí, lanzando miradas tan rápidas como un conejo a Estrella de Pino como si ya no la reconocieran.

Estrella de Pino se acercó a un lado de la Peña Alta como si estuviera listo para saltar.

—Caída del Sol los liderará bien, y el Clan Estelar entenderá —maulló.

—Los otros Clanes quizás no hacerlo —advirtió el lugarteniente—. No podrás regresar al bosque, ¿sabes?

Estrella de Pino dejó escapar un divertido resoplido.

—Oh, puedo imaginarme los nombres que me pondrán. No me sorprendería si uno de los líderes sugiere una adición al código guerrero, que todos los verdaderos guerreros rechazan la vida fácil de un minino casero. Pero harás al Clan del Trueno tan fuerte como siempre lo fue, Caída del Sol. Mi última acción como líder es darte a mi Clan, y lo hago con confianza.

Caída del Sol bajó la cabeza.

—Me siento honrado, Estrella de Pino. Prometo que lo haré lo mejor que pueda.

Estrella de Pino bajó de un salto la suave roca gris. Miró fijamente a su Clan, y aunque no mostraba miedo en sus ojos, Pelaje Azul adivinó que se preguntaba si le dejarían irse sin luchar. Después de todo, ahora era un minino casero.

Caída del Sol se adelantó y tocó el flanco de Estrella de Pino con la punta de su cola.

—Nos has liderado bien, Estrella de Pino —maulló.

Canto de Alondra caminó rígidamente al lado de su líder, con los ojos oscuros de tristeza.

—Te extrañaremos.

Ojo Blanco recogió su cola sobre sus patas.

—Caída del Sol será un buen líder —declaró, mirando a su alrededor en busca de aprobación.

Murmullos de aceptación recorrieron el Clan, aunque Cola de Tormenta y Fauces de Víbora guardaron un silencio sepulcral. Mientras Estrella de Pino se movía entre sus compañeros de Clan por última vez, Garra de Cardo se apartó. Pelaje Azul sintió un destello de irritación por su falta de respeto. ¿Acaso creía que querer ser un minino casero podía ser contagiado como si fuera tos verde? ¿O tenía razón? ¿Abandonar la

posición de líder del Clan era una traición que nunca podría ser perdonada?

Luchó contra el impulso de retroceder cuando Estrella de Pino se acercó a ellos y se detuvo junto a Zarpa de León.

—Gracias —murmuró Estrella de Pino.

Zarpa de León agachó la cabeza.

—Tenías razón —continuó el gato—. Tenía que decirle al Clan por mi cuenta. No habría sido justo para ellos, o para ti, hacer cualquier otra cosa. Tienes un buen espíritu, joven. Cuando sea tiempo de que recibas tu nombre guerrero, dile a Caída del Sol que yo te hubiera llamado Corazón de León.

Pelaje Azul ladeó la cabeza. Así que Zarpa de León *sí* había sabido lo que tramaba Estrella de Pino. Y lo había mantenido en secreto por lealtad a su líder. Estaba impresionada.

Patas de Leoparda se adelantó.

—Estrella de Pino, ¿qué hay de nuestros cachorros? ¿No te quedarás para verlos crecer? —señaló con la cabeza a los tres pequeños gatos que estaban a su lado.

Los había sacado de la maternidad cuando escuchó el anuncio de Estrella de Pino. Las dos gatas estaban desplomadas en el suelo con los ojos vidriosos, pero Pequeño Tigre, con sus hombros ya anchos y fuertes bajo su pelaje esponjoso, se abalanzó sobre la cola de su padre.

Estrella de Pino lo apartó suavemente.

—Estarán bien contigo, Patas de Leoparda. No soy un padre del que podrían estar orgullosos, pero yo siempre estaré orgulloso de ellos. Especialmente de ti, pequeño guerrero —añadió, inclinándose para tocar con su hocico las orejas del atigrado oscuro.

Pequeño Tigre lo miró con sus enormes ojos ámbar y gruñó, mostrando unos pequeños dientes afilados como espinas.

—Sé fuerte, mi precioso hijo —Estrella de Pino murmuró—. Sirve bien a tu Clan.

Asintió con la cabeza, y luego se adentró suavemente en el túnel de aulagas y desapareció.

El Clan comenzó a parlotear como una bandada de cuervos asustados.

—¡No tenemos líder! —el manto dorado atigrado de Cola Pintada se erizó de preocupación.

—Caída del Sol es nuestro líder ahora —Leonino señaló.

—Pero no ha sido bendecido por el Clan Estelar —se preocupó Manto de Gorrión.

Caída del Sol saltó a la Peña Alta.

—Entiendo sus temores —dijo—. Viajaré a la Piedra Lunar esta noche.

Pluma de Ganso lo miraba fijamente, con el horror encendiendo su mirada.

—¡El Clan Estelar nunca lo permitirá! —el viejo y desaliñado curandero estaba temblando—. Estrella de Pino debería haber compartido sueños con ellos primero, haberles dicho lo que estaba planeando. ¿Cómo vas a recibir nueve vidas si Estrella de Pino no ha cedido debidamente su liderazgo?

Detrás de ella, Pelaje Azul escuchó a Fauces de Víbora murmurar:

—¿No es hora de que Pluma de Ganso piense en ceder su propio papel?

Bigotes de Hierba respondió:

—Tranquilo, jovencito. Ha servido bien al Clan durante muchas lunas. No te vuelvas contra él ahora.

Hubo un sonido de arrastre mientras Canto de Alondra se retorcía en una posición más cómoda.

—Hablaré con él —susurró—. Veré si puedo persuadirlo de que se una a nosotros en nuestra guarida. Bigotes Plumosos es muy capaz de tomar su lugar ahora.

—¡Es más que capaz! —Ala de Petirrojo siseó—. ¡Ha estado haciendo la mayoría de los deberes de curandero por su cuenta durante el Clan Estelar sabe cuánto tiempo! Deberíamos haber dejado de escuchar a ese viejo saco de pulgas hace lunas.

—¡Silencio! —vino un feroz susurro de Leonino—. ¡Muestra algo de respeto!

En el centro del claro, Bigotes Plumosos dio un paso adelante.

—Iré contigo a la Piedra Lunar, Caída del Sol.

Un murmullo pasó por el Clan, y Pelaje Azul se preguntó si el gato había escuchado a los veteranos hablar de invitar a Pluma de Ganso a dejar sus deberes y unirse a ellos bajo el árbol caído. El viejo curandero estaba de pie con los pelos erizados y los ojos enloquecidos, mirando a la nada. Parecía que podría ser una bondad liberarlo de sus responsabilidades y dejar que su compañero de guarida se hiciera cargo.

—Nuestros ancestros no nos abandonarán en este momento tan problemático —continuó Bigotes Plumosos—. Tengan fe.

Caída del Sol asintió al joven curandero.

—Sí, lo haremos. Tenemos qué —prometió. Su cola se agitaba, y Pelaje Azul supuso que se sentía como si hubiera saltado al río, incapaz de tocar el fondo con sus patas, pero su maullido era firme—. Les haremos entender que el Clan del Trueno necesita un líder. Bigotes Plumosos tiene razón: El Clan Estelar no nos abandonará.

Pelaje Azul se apretó contra Pelaje Nevado.

—Espero que tenga razón —susurró.



CAPÍTULO 24

Cuando el sol se puso al día siguiente, Pelaje Azul iba a buscar a Pelaje Nevado con un campañol para compartir cuando casi tropezó con Garra de Cardo, que dormitaba junto al parche de ortigas. Había pasado toda la noche sentado con el cuerpo de Zarpa Dulce, con Zarpa de Rosal y Amapola del Amanecer llorando a su lado, y luego la había enterrado antes del amanecer.

—Insistió en hacerlo él mismo, sin ayuda —susurró Pelaje Nevado cuando llegó a salvo con el campañol alrededor del guerrero dormido—. Es un hermano tan leal.

—Me lo contaste antes —murmuró Pelaje Azul. Intentaba ignorar la mirada soñadora de su hermana. «*Nunca me comportaré como una paloma arrulladora con ningún gato*», decidió.

Mientras el Clan compartía lenguas en los límites del claro, Pelaje Azul se deleitó con la fresca brisa de la noche. Se sintió aliviada de que el feroz sol de la hoja verde estuviera desapareciendo tras la cima del barranco. No envidiaba a Caída del Sol y a Bigotes Plumosos por su viaje reseco desde la Piedra Lunar hoy. Si todo iba bien, volverían pronto, hambrientos y sedientos.

Se estaba sentando para comprobar si quedaban presas decentes para ellos cuando unas piedras bajaron por la ladera del barranco más allá del túnel de aulagas. Fauces de Víbora se puso de pie y miró expectante la entrada del campamento. Cola de Tormenta engulló lo último que quedaba de su ratón y se lamió los labios. Canto de Alondra se sentó con rigidez y

aguzó las orejas. Pelaje Azul saboreó el olor de Caída del Sol un momento antes de que entrara en el campamento con Bigotes Plumosos siguiéndole.

Cola Pintada fue la primera en hablar.

—¿Qué dijo el Clan Estelar? —soltó, poniéndose en pie.

Caída del Sol cruzó el claro y saltó a la Peña Alta. Todos los ojos se volvieron hacia el guerrero naranja, que ya parecía estar cómodo sobre la piedra gris.

—Compañeros de Clan —comenzó Caída del Sol—, el Clan Estelar me ha aprobado como líder y me ha dado nueve vidas.

Los coreos surgieron del Clan.

—¡Estrella de Sol! ¡Estrella de Sol! Estrella de Sol! —llamaron al cielo que oscurecía.

—¡Estrella de Sol! —Pelaje Azul aulló alegremente, sintiendo una oleada de orgullo por su antiguo mentor.

Entonces algo le llamó la atención, y cerró la boca con un chasquido. ¿Por qué Pluma de Ganso no se unía a la bienvenida de Estrella de Sol? El curandero estaba sentado en la base de la Peña Alta, con sus ojos oscuros, buscando los rostros de sus compañeros de Clan. Cuando su mirada llegó a ella, fría y ardiente al mismo tiempo, Pelaje Azul parpadeó y comenzó a animar una vez más.

Estrella de Sol hizo una señal con la cola a uno de los gatos que estaban debajo de él.

—Leonino, me gustaría que fueras mi lugarteniente.

El gato atigrado gris claro bajó la cabeza.

—Será un honor, Estrella de Sol. Te serviré bien y siempre seré leal a mi Clan por encima de todo.

Zarpa de Rosal dio un toque a su mentor, con los ojos brillantes, mientras Cola de Tormenta asentía respetuosamente al nuevo lugarteniente del Clan del Trueno.

—Felicidades —el profundo maullido de Fauces de Víbora sonó a través del claro y fue rápidamente secundado por sus compañeros de Clan.

—Hay un deber más que deseo cumplir hoy como nuevo líder del Clan del Trueno.

El Clan levantó la mirada cuando Estrella de Sol habló.

—Zarpa de Rosal luchó valientemente contra el Clan del Río y se ha ganado su nombre de guerrera.

La joven atigrada agitó su cola mientras Amapola del Amanecer se apresuraba a su lado y comenzaba a alisar su pelaje. Vuelo de Viento miró con orgullo a su hija, aunque Pelaje Azul pudo ver que la tristeza persistía

en su mirada. Zarpa Dulce también debería haberse hecho una guerrera hoy.

Estrella de Sol se quedó en la Peña Alta mientras Zarpa de Rosal se acercaba al centro del claro.

—Zarpa de Rosal, a partir de este momento serás conocida como Rosal. El Clan Estelar honra tu inteligencia y lealtad, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno. Sirve bien a tu Clan.

Rosal agachó la cabeza cuando sus compañeros de Clan corearon su nombre.

Leonino se adelantó y presionó su hocico entre sus orejas.

—Estoy muy orgulloso de ti —murmuró.

Estrella de Sol volvió a hablar.

—El Clan del Trueno tiene cachorros en la maternidad, y la guarida de los guerreros está llena. Nos enfrentamos a problemas, es cierto. El Clan del Río presiona nuestras fronteras, y los mininos caseros amenazan nuestras presas. Pero el Clan está bien alimentado, y el bosque es rico en presas. Juro hacer que el Clan del Trueno sea tan poderoso como los grandes Clanes de antaño. El Clan del Trueno de hoy será recordado junto al Clan del Tigre y el Clan del León. Nuestros guerreros son valientes, leales y hábiles en la batalla. No hay razón para sentirse asediados por nuestros enemigos. Los hemos derrotado antes y lo haremos de nuevo. Déjenme llevarlos hacia una nueva era en la que el Clan del Trueno sea tan respetado y temido que ningún gato se atreva a poner una pata en nuestras tierras.

«*¿Cuándo recuperará las Rocas Soleadas?*». Pelaje Azul clavó sus garras en la tierra. Quería ver la mirada en el rostro arrogante de Corazón de Roble cuando hicieran retroceder a esos ladrones con corazón de zorro a través de la frontera.

Muchas colas se agitaron y muchas patas amasaron el suelo.

—¡Estrella de Sol! ¡Estrella de Sol! —los coreos se elevaron de nuevo desde el emocionado Clan.

Estrella de Sol levantó la barbilla, con su pelaje brillando a la luz de la luna, y dejó que su Clan aullara hasta que los árboles parecieron temblar con el ruido. Pelaje Azul anhelaba estar en las huellas de sus patas. Había sacado a su Clan de la ansiedad a la esperanza. Imagina estar allí arriba, mirando a sus compañeros de Clan, el poder que debía sentir. Sintió la boca seca por el hambre repentina y cruda.

A su lado, Garra de Cardo se inclinó hacia Pelaje Nevado y le susurró al oído. Agudizando sus oídos, Pelaje Azul se esforzó por escuchar.

—Algún día estaré ahí arriba —siseó el joven guerrero—, dirigiéndome al Clan.

Mientras Pelaje Nevado ronroneaba alentadoramente, Pelaje Azul sintió el pelaje erizarse a lo largo de su espalda. «*¡No si yo llego ahí primero!*».

—¡Manto de Tordo! —Leonino estaba organizando las patrullas. Todavía no había amanecido, y el campamento brillaba en la penumbra—. Lleva a Cola Pintada, Manto Borroso, Ojo Blanco y Pelaje Azul a patrullar la frontera del Clan del Río. Cola de Tormenta, Ala de Petirrojo y Garra de Cardo, patrullen la frontera del Clan de la Sombra.

Cola de Tormenta asintió y dirigió su patrulla hacia la barrera de aulagas.

Manto de Tordo se inclinó hacia Pelaje Azul, con los bigotes crispados.

—Espero que Pelaje Nevado pueda arreglárselas sin Garra de Cardo durante unos cuantos latidos —maulló.

Pelaje Azul lo apartó con la cola. ¿Todo el Clan estaba cotilleando sobre Pelaje Nevado y Garra de Cardo? ¿Por qué su hermana tenía que ser tan obvia? Con un poco de vergüenza, se dirigió al barranco.

—Lo siento —Manto de Tordo la alcanzó—. Pensé que te haría gracia.

—Pues no —espetó Pelaje Azul.

Con la cola baja, Manto de Tordo dirigió la patrulla hacia la frontera del Clan del Río. Pelaje Azul empezó a sentirse culpable por haberle hablado mal. El guerrero gris arenoso solo había estado bromeando. ¡Pero cuanto antes aprendiera que no podía hacerle bromas sobre su hermana, mejor!

—No hay olores —Manto de Tordo se paró en la frontera, probando el aire—. Volveremos a marcar la frontera y regresaremos.

Unas cuantas zarzas maltratadas y manchas de sangre raspadas eran todo lo que delataba la batalla que había tenido lugar allí hacía no mucho.

—¿Crees que lo intentarán de nuevo? —aventuró Cola Pintada.

Manto de Tordo negó con la cabeza.

—Creo que esas sarnosas bolas de pelo han aprendido la lección.Y una vez que Estrella de Sol recupere las Rocas Soleadas, la frontera será más fácil de patrullar.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Pelaje Azul.

—Eso espero —respondió Manto de Tordo—. O nunca recuperaremos el respeto de los Clanes.

Pelaje Azul solo lo escuchó a medias. Estaba mirando a través de los árboles hacia las rocas lisas, de color rosa en el amanecer. Estaban desnudas: no había señales de guerreros del Clan del Río, ni siquiera en las sombras. Pelaje Azul buscó en la orilla más lejana. Tampoco había gatos allí. ¿Qué esperaba? ¿Ver a Mandíbula Doblada o a Corazón de Roble merodeando entre los arbustos, planeando el próximo ataque? ¿Acaso los dos guerreros estaban decepcionados por haberse perdido la batalla? Podía imaginarse a Corazón de Roble, tan arrogante como Garra de Cardo, presumiendo ante sus compañeros de Clan de que el Clan del Río habría ganado si él hubiera estado luchando.

—¿Pelaje Azul? —el maullido de Manto de Tordo la sacó de sus pensamientos—. ¿Vienes?

El resto de la patrulla ya se alejaba entre los árboles. Manto de Tordo se había detenido y la miraba.

—¡Sí! —Pelaje Azul se apresuró a seguirlos.

Cuando llegaron al campamento, su estómago ya rugía. El montón de carne fresca todavía estaba lleno de la caza de ayer, y ella estaba deseando un jugoso campañol.

—¡Pelaje Azul! —Pelaje Nevado la llamó. La guerrera blanca se apresuraba a cruzar el claro hacia ella, el sol de la mañana se deslizaba sobre su pelaje recién arreglado.

Pelaje Azul suspiró.

—¿Es urgente? Estaba a punto de comer.

—Ven a cazar conmigo —le rogó Pelaje Nevado—. Si ya has estado de patrulla, puedes comer mientras estamos fuera.

Sus ojos eran redondos y esperanzados, y Pelaje Azul no pudo negarse, a pesar de los gruñidos de su vientre. «*Al menos las presas del bosque estarán calientes*». Y si ella no iba con Pelaje Nevado, probablemente Garra de Cardo lo haría.

Siguió a su hermana fuera del campamento, y para cuando llegaron a la cima del barranco, estaba deseando cazar. Las hojas se movían con la cálida brisa y el bosque crujía con presas. Pelaje Azul apenas recordaba la última vez que había tenido frío. Intentó imaginarse la estación sin hojas,

temblando en la nieve, con nubes de aliento, pero parecía demasiado lejana. Ahora mismo, se sentía como si la estación de la hoja verde no fuera a terminar nunca.

—¿Dónde deberíamos cazar? —le preguntó a Pelaje Nevado.

Su hermana se encogió de hombros.

—Pensé que *querías* cazar.

—Supongo.

Pelaje Azul resopló. Su hermana estaba más soñadora que nunca. Se adentró en el bosque, decidida a traer a Pelaje Nevado de vuelta al mundo real.

—¿Estás contenta de que Estrella de Sol sea nuestro líder ahora?

—Por supuesto —Pelaje Nevado respondió.

—Pero parece que todo ha cambiado —murmuró Pelaje Azul. —Se agachó bajo una zarza y la retuvo con su cola mientras Pelaje Nevado se unía a ella—. Estrella de Pino se fue, Pluma de Ganso está más loco que un zorro y Zarpa Dulce murió. Era más joven que nosotras.

Pelaje Nevado se detuvo para olfatear una flor azul claro que colgaba sobre el camino.

—Pero siempre habrá nueva vida —maulló suavemente.

Pelaje Azul parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

Su hermana bajó el hocico y la miró. Sobre su cabeza, la flor azul asintió como si estuviera escuchando.

—Estoy esperando cachorros.

El suelo pareció hundirse bajo las patas de Pelaje Azul.

—¿*Ya*? —jadeó. ¡Apenas se habían hecho guerreras! ¿Para qué quería Pelaje Nevado molestarse con cachorros?

Los ojos de Pelaje Nevado se nublaron.

—¿No estás contenta?

—Por… por supuesto —murmuró Pelaje Azul—. Es que no esperaba…

Pelaje Nevado la cortó.

—Garra de Cardo está encantado —maulló—. Dice que el Clan necesita nuevos guerreros. Solo están Zarpa de León y Zarpa Dorada en la guarida de los aprendices ahora.

«*Bueno, mientras Garra de Cardo esté contento, todo está bien, entonces*». Pelaje Azul se mordió el comentario cortante. No quería arruinar la felicidad de su hermana. Pero algo dentro de ella se sentía frío como la nieve, llenándola y ahogándola desde dentro. Pelaje Nevado

parecía estar más lejos que nunca. Pronto estaría en la maternidad, y luego cuidando a sus cachorros con Garra de Cardo. «*¿Será esta la última vez que salgamos de caza?*».

—Será un buen padre, sabes —Pelaje Nevado parecía estar tratando de tranquilizarla—. Sé que no te agrada, pero es bueno y amable.

Pelaje Azul miró fijamente a su hermana, tratando de imaginar a Garra de Cardo siendo amable.

—Es una pareja leal, y confío en él —insistió Pelaje Nevado.

Pelaje Azul suspiró. Los ojos de Pelaje Nevado estaban llenos de preocupación. Pelaje Azul no podía dejar que se sintiera así.

—Estoy encantada por ti, de verdad —maulló.

Distraída, arrancó un poco de musgo y lo dejó caer de su garra. El Clan del Trueno necesitaba cachorros. Las tres crías de la camada de Patas de Leoparda no eran precisamente fuertes, y Garra de Cardo tenía razón: El Clan del Trueno necesitaba más aprendices. Y… los cachorros de Pelaje Nevado serían sus parientes. Pelaje Azul miró al cielo, preguntándose qué pensaba Flor de Luna de los nuevos cachorros. Se dio cuenta de que su madre estaría encantada de que Pelaje Nevado fuera feliz.

Pelaje Azul apretó su hocico contra la mejilla de su hermana.

«*Yo también seré feliz. Te lo prometo*».



CAPÍTULO 25

—¡Rápido! ¡Llamen a Bigotes Plumosos! —jadeó Pelaje Azul.

Pluma de Ganso aún no se había retirado formalmente, pero cada vez se reconocía más entre sus compañeros de Clan que Bigotes Plumosos estaba a cargo de las tareas de curandero.

Al otro lado de la maternidad, Ala de Petirrojo levantó la cabeza con sueño.

—¿Vienen los cachorros?

—¿Qué otra cosa podría ser? —espetó Garra de Cardo. El guerrero se había pasado por la maternidad para visitar a su pareja cuando los dolores de Pelaje Nevado habían comenzado repentinamente. Pelaje Azul se alegró de haber estado allí también.

Ala de Petirrojo se puso de pie.

—Voy a buscarlo —ofreció. Salió de la guarida, resoplando. A media luna de su parto, la pequeña y enérgica guerrera se había vuelto tan pesada como un tejón.

Garra de Cardo arrancaba nerviosamente pedazos de suelo en el borde del lecho de Pelaje Nevado mientras su pareja se retorcía entre los helechos. Pelaje Azul lamió a Pelaje Nevado entre las orejas.

—Acabará pronto —prometió.

Intentó no pensar en el largo parto de Patas de Leoparda. O en la muerte de sus dos cachorras antes de que llegaran a la luna de edad. Eso le había parecido especialmente cruel, tan poco después de que Patas de Leoparda hubiera perdido a su pareja ante la vida de un minino casero. «*Al*

menos Pequeño Tigre es fuerte y sano», se recordó Pelaje Azul. Ahora el cachorro estaba saliendo del lecho de Patas de Leoparda, estirándose para ver qué pasaba.

Patas de Leoparda le tiró de la cola.

—Eres tan entrometido como una ardilla —le dijo suavemente—. ¿Por qué no sales y ves si puedes encontrar a Zarpa de León?

—De acuerdo —Pequeño Tigre chirrió. Salió de la maternidad justo cuando Bigotes Plumosos entró a empujones—. ¡Cuidado! ¡Pasando! —gritó el cachorro mientras se deslizaba por debajo del vientre del curandero.

—Ese cachorro se vuelve más mandón cada día —observó Bigotes Plumosos, dejando caer un montón de hojas junto al lecho de Pelaje Nevado—. Sé que es el único cachorro del Clan, pero me gustaría que todos dejaran de consentirlo. Está empezando a actuar como un pequeño líder.

Pelaje Azul agitó su cola.

—Los cachorros de Pelaje Nevado les darán a alguien más de quien emocionarse.

—¿Cómo vas, pequeña? —Bigotes Plumosos se inclinó para olfatear la cabeza de la reina blanca.

—Tengo sed —Pelaje Nevado gimió—. ¿Puedo tener un poco de musgo húmedo?

—Buena idea —maulló Bigotes Plumosos—. Garra de Cardo, por favor, ¿podrías conseguirle un poco?

Garra de Cardo dejó de triturar la maleza en el borde del lecho y miró a su pareja.

—¿Seguro que estará bien?

—Cuidaremos de ella —prometió Bigotes Plumosos.

En cuanto se fue, Pelaje Nevado suspiró.

—Gracias por deshacerte de él antes de que hiciera pedazos mi lecho.

Los bigotes de Pelaje Azul se movieron. Parecía que su hermana aún no había perdido el sentido del humor. Entonces Pelaje Nevado jadeó, y sus ojos se estiraron hasta mostrar el blanco alrededor de ellos.

Bigotes Plumosos presionó su pata sobre su vientre.

—¿Dolor?

Pelaje Nevado asintió, conteniendo la respiración.

—Intenta respirar más, no menos —sugirió Bigotes Plumosos.

Pelaje Azul no creía que pudiera ver a su hermana estar en agonía.

—¿Puedes darle semillas de adormidera para el dolor?

Bigotes Plumosos negó con la cabeza.

—Necesita ser capaz de sentirlo, para que sepamos cuándo vienen los cachorros.

Pelaje Nevado exhaló lentamente.

—¿Tardará mucho? —graznó.

—Un rato todavía.

—Espera ahí —Pelaje Azul salió a toda prisa de la maternidad.

Ala de Petirrojo se había instalado en la tierra seca del exterior.

—Pensé que les daría un poco de paz —maulló cuando Pelaje Azul pasó trotando.

—Gracias —dijo Pelaje Azul por encima de su hombro.

Miró el borde del campamento, buscando algo. Los helechos estaban empezando a parecer cansados, sus puntas ya se comenzaban a volver marrones. El débil aroma de la caída de la hoja manchaba la brisa. Pelaje Azul vio rápidamente lo que buscaba: un palo corto y grueso, no demasiado astillado, pero resistente. Lo agarró con sus mandíbulas y se apresuró a volver a la maternidad.

—¿Qué es eso? —Patas de Leoparda se asomó desde su lecho.

—Pensé que Pelaje Nevado podría morderlo cuando llegaran los dolores —Pelaje Azul empujó el palo bajo el hocico de Pelaje Nevado.

Patas de Leoparda se estremeció, recordando claramente su propia experiencia.

—Ojalá hubiera tenido uno de esos.

—Gracias —jadeó Pelaje Nevado. Su vientre se estremeció y agarró el palo entre sus dientes.

Las zarzas se agitaron cuando Garra de Cardo atravesó la entrada y dejó caer el musgo que llevaba.

—¿Está bien?

—Está bien —informó Bigotes Plumosos—. Pero necesitará más musgo. Recógelo del arroyo fuera del campamento. El agua estará más fresca allí.

Garra de Cardo asintió, giró la cola y se fue. Pelaje Azul se preguntó si tampoco podría soportar ver a Pelaje Nevado sufriendo.

—Gracias —murmuró Pelaje Nevado a Bigotes Plumosos.

Pelaje Azul fue consciente de que el sol se movía lentamente en lo alto, enviando rayos de luz cambiantes en la maternidad. Pelaje Nevado estaba cada vez más cansada, y seguía cerrando los ojos durante largos ratos.

—No puede tardar mucho, ¿verdad? —susurró Pelaje Azul a Bigotes Plumosos.

—No falta mucho.

Acababa de darle a Pelaje Nevado un bocado de hojas para que las masticara. Pelaje Azul reconoció la forma de cuando Patas de Leoparda estaba dando a luz: frambuesa. Esperaba que fueran más eficaces esta vez.

Pelaje Nevado gimió cuando otro espasmo la sacudió.

—¡Aquí! —Pelaje Azul empujó el palo hacia su hocico.

—¡No! —chilló Pelaje Nevado, empujándolo.

—Viene el primero —Bigotes Plumosos maulló desde donde estaba agachado junto a las ancas de Pelaje Nevado.

Pelaje Nevado se estremeció cuando un pequeño bulto blanco se deslizó hacia el lecho. Bigotes Plumosos se agachó y lamió el saco que lo contenía, hasta que se abrió y salió un pequeño gatito blanco, con las patas revueltas.

Pelaje Nevado se giró y olfateó el húmedo trozo de pelo.

—Es precioso —jadeó. Le agarró del pelo y se lo llevó al vientre.

Comenzó a mamar de inmediato, amasando a Pelaje Nevado con sus feroces patas.

—Es muy fuerte —ronroneó Bigotes Plumosos.

Pelaje Azul sintió un torrente de alivio.

—¿Cuántos más? —preguntó.

Bigotes Plumosos presionó el flanco de Pelaje Nevado.

—Ya está.

Patas de Leoparda se sentó.

—¿Solo uno?

—Un pequeño gato fuerte —le dijo Bigotes Plumosos—. No puedes pedir más que eso.

Pequeño Tigre entró gateando en la guarida.

—¿Se acabó? —chilló, asomándose al lecho. Parpadeó ante el gato blanco—. ¿Dónde están los otros cachorros?

—Ese es el único —le dijo Patas de Leoparda.

Pequeño Tigre ladeó la cabeza.

—¿Eso es todo? —maulló—. Pero es blanco. Nunca podrá cazar con un pelaje de ese color. Las presas lo verán venir desde un árbol de distancia.

Patas de Leoparda salió de su lecho y se llevó a Pequeño Tigre con la nariz.

—Será un buen cazador, como su madre —le dijo.

—No tan bueno como yo —Pequeño Tigre maulló.

Garra de Cardo apareció de nuevo en la entrada, esta vez con las mandíbulas estiradas con el mayor montón de musgo chorreante que Pelaje Azul había visto nunca.

—Vas a ahogar la maternidad con eso —se burló.

La mirada de Garra de Cardo llegó hasta su hijo. Arrojó el musgo a un lado y cruzó la maternidad de un salto.

—¡Es hermoso!

Pelaje Azul observó cómo se suavizaba su mirada, toda su arrogancia desapareció en un torrente de afecto. Lamió a Pelaje Nevado entre las orejas.

—Bien hecho —murmuró—. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Podemos llamarlo Pequeño Blanquito? —susurró Pelaje Nevado.

Garra de Cardo asintió.

—Podemos llamarlo como tú quieras.

Se inclinó hacia delante y lamió a Pequeño Blanquito. El cachorro maulló en señal de protesta y volvió a mamar. Garra de Cardo miró a su hijo, con los ojos llenos de emoción. Por primera vez, Pelaje Azul casi sintió cariño por la pareja de su hermana.

Garra de Cardo se enderezó.

—Iré a buscarte la presa más sabrosa que encuentre —prometió a Pelaje Nevado.

Bigotes Plumosos sacudió la cabeza.

—No comerá durante un rato —advirtió—. Pero ese musgo será útil. —Arrancó un trozo y lo colocó donde Pelaje Nevado pudiera lamerlo. Ella lo hizo, sedienta, con los ojos semicerrados por el cansancio.

—¿Estará bien? —susurró Pelaje Azul.

—Solo necesita descansar —Bigotes Plumosos prometió—. Estará bien.

Aliviada, Pelaje Azul se sentó y observó a Pequeño Blanquito mamar, sorprendida de que ya supiera qué hacer. «*Bienvenido al Clan del Trueno, pequeño. Que el Clan Estelar ilumine tu camino, siempre*».

—¡Mira! —el suave maullido de Pelaje Nevado despertó a Pelaje Azul a la mañana siguiente—. ¡Ya abrió los ojos!

—¡Genial! —la cabeza de Pequeño Tigre se disparó sobre el borde del lecho de Patas de Leoparda—. ¿Puedo llevarlo a explorar?

Pelaje Nevado lo miró como si hubiera sugerido llevar a su hijo a jugar en una guarida de zorros. Sacudiendo la cabeza, envolvió su cola de forma protectora alrededor de Pequeño Blanquito.

—Tú me hiciste salir en cuanto abrí los ojos —le recordó Pelaje Azul.

Pequeño Blanquito miró la guarida a su alrededor, con sus ojos amarillos empañados, pero con sus orejas puntiagudas. Sus patas rechonchas amasaban el lecho, y su cola sobresalía como una ramita.

Pelaje Nevado suspiró.

—Si quiere salir, entonces puede hacerlo. —Envolvió su cola con más fuerza y miró a Pequeño Tigre—. Pero *no más allá* del claro.

—Yo los vigilaré —prometió Pelaje Azul—. Tú solo descansa.

Pelaje Nevado todavía parecía exhausta, apenas capaz de hacer más que lamer el musgo que Garra de Cardo seguía trayendo.

—Gracias —respiró.

Pequeño Tigre ya estaba fuera de su lecho y se balanceaba en el borde del de Pelaje Nevado.

—¡Vamos! —llamó a Pequeño Blanquito—. Hay mucho que ver.

Pequeño Blanquito se giró lentamente y se centró en su pequeño compañero de guarida atigrado.

—Vamos a ser guerreros —le dijo Pequeño Tigre—. Será mejor que empecemos ahora.

Pequeño Blanquito parpadeó para alejar la confusión de su mirada.

—Bueno —maulló. Se subió al costado del lecho y se tambaleó junto a Pequeño Tigre.

—Por aquí —Pequeño Tigre lo llevó a la entrada.

Pequeño Blanquito lo siguió con las patas inestables.

—No le quites los ojos de encima ni un instante —dijo Pelaje Nevado mientras Pelaje Azul seguía a los dos cachorros fuera de la guarida.

—No lo haré —respondió Pelaje Azul por encima de su hombro.

Pequeño Blanquito parecía aún más pequeño afuera de la maternidad. El claro que se extendía delante de él bien podría haber sido el valle de las Rocas Altas. Pelaje Azul sintió el agudo recuerdo de su primera vez afuera, de lo grande que parecía todo, especialmente los guerreros.

Manto de Piedra pasó cojeando.

—¿Es ese nuestro nuevo guerrero? —maulló.

Pelaje Azul asintió.

Un ronroneo retumbó en la garganta de Manto de Piedra.

—Bueno, muéstrale la guarida de los guerreros y dile que no entre. Estará allí muy pronto —la diversión iluminó sus ojos. ¿Estaba recordando la vez que ella entró en su guarida?

Ella asintió, moviendo los bigotes.

—Lo haré.

No quería que Pequeño Blanquito creciera durante mucho tiempo. «*Que juegue tranquilamente y no persiga nada más feroz que una bola de musgo durante todas las lunas que pueda*».

Media luna después, nacieron Pequeña Escarcha y Pequeña Pecas. Ala de Petirrojo estaba sentada orgullosa en su lecho cuando Pelaje Azul entró a visitarlas. No eran sus primeras cachorras, y habían nacido con la misma facilidad que un ave saliendo de su cascarón.

—La maternidad no ha estado tan llena desde que éramos cachorras —observó Pelaje Nevado.

—Está *demasiado* ocupada —se quejó Pequeño Tigre—. Ahora no hay espacio para juegos adecuados.

—¿Por qué no salen a jugar? —Patas de Leoparda sugirió—. Podrías enseñarle a Pequeña Escarcha y a Pequeña Pecas el campamento.

Las cachorritas de Ala de Petirrojo comenzaron a rebotar de emoción ante la perspectiva de ver su nuevo hogar.

—¡Sí, por favor!

—¡Yo ayudaré! —chilló Pequeño Blanquito, tratando de adelantarse a Pequeño Tigre en la entrada.

El hijo de Pelaje Nevado había crecido bien, pero aún no era rival para su compañero de guarida mayor, ni en amplitud de hombros ni en terquedad. Pequeño Tigre se adelantó fácilmente y sacó a los tres cachorros de la maternidad.

Ala de Petirrojo suspiró.

—¿Estarán bien? No quiero que molesten a los gatos mayores.

—¿Quieres que los vigile? —preguntó Pelaje Azul.

—Eso sería genial, gracias —Ala de Petirrojo se acomodó en su lecho.

Patas de Leoparda se levantó, estirando cada pata a su vez.

—Yo también iré a buscar presas al montón —la reina negra por fin se veía en forma y fuerte de nuevo. Salió de su lecho y siguió a Pelaje Azul fuera de la maternidad.

Los cuatro cachorros ya estaban corriendo por el claro.

—¡No tan rápido! —llamó Pelaje Azul—. No olviden que es la primera vez que Pequeña Escarcha y Pequeña Pecas salen.

—Los cachorros siempre crecen más rápido cuando tienen compañeros de guarida a los que seguir el ritmo —comentó Patas de Leoparda mientras los cachorros desaparecían en el túnel de helechos que llevaba a la guarida de los curanderos.

—Será mejor que vea lo que están haciendo —Pelaje Azul maulló. No quería que se metieran en las provisiones de Pluma de Ganso.

Dejando a Patas de Leoparda para que eligiera algo del montón de carne fresca, se apresuró a cruzar el claro hacia la guarida de los curanderos. Muchas cosas habían cambiado en las últimas lunas, y todas para mejor. Parecía que la sombra que se cernía sobre el Clan se había disipado. La partida de Estrella de Pino había conmocionado a todos los Clanes, pero Estrella de Sol se había mostrado decidido en la siguiente Asamblea y se negó a permitir que se culpara al Clan del Trueno por las acciones de un gato. Estrella de Sol dejó claro que la partida de Estrella de Pino significaba un nuevo y más fuerte Clan del Trueno, y que los mininos caseros serían rechazados como sus dueños de Dos Patas a partir de ahora. Como predijo Estrella de Pino, el código guerrero se había ampliado, para rechazar la vida de un minino casero y permanecer fiel a la libertad y el honor de ser un gato de Clan.

Ahora el Clan del Trueno se enfrentaba a la llegada de la caída de la hoja bien alimentado, con una maternidad repleta de cachorros sanos y guerreros confiados en el poder de su nuevo líder. Pelaje Azul se sintió cálida de satisfacción mientras caminaba por el túnel de los helechos para ver qué hacían los pequeños.

—¡Aléjate, sabandija!

Un aullido despiadado que resonó en el claro erizó su pelaje. Corrió hacia adelante y salió de los helechos. Los cachorros estaban agazapados, temblando, sobre la hierba aplastada mientras Pluma de Ganso estaba en la entrada de su guarida en la roca, siseando y escupiendo como si se enfrentara a una horda de guerreros del Clan de la Sombra.

Pelaje Azul se interpuso entre él y los cachorros.

—¿Qué estás haciendo? —estalló.

Pluma de Ganso no pareció darse cuenta de su presencia. Erizado y con los ojos salvajes, movió su cola enmarañada hacia Pequeño Tigre.

—¡Saca a esa criatura de mi guarida! —gruñó.

—¡No estoy en tu guarida! —Pequeño Tigre protestó.

Para alivio de Pelaje Azul, no parecía asustado por el absurdo comportamiento de Pluma de Ganso, sólo indignado.

—¡Sácalo de mi claro! —repitió Pluma de Ganso.

Pelaje Azul arrugó la nariz. El curandero apestaba. Su pelaje coagulado parecía no haber sido lavado en una luna. ¡Y ahora estaba maldiciendo a los cachorros! ¿Se había vuelto completamente loco? Pelaje Azul empujó a los cachorros hacia el túnel de helechos con su cola, sin apartar los ojos de Pluma de Ganso.

—Vayan, pequeños —llamó, tratando de sonar alegre.

—¿Qué pasa? —Bigotes Plumosos se apresuró a entrar en el claro, dejando caer el musgo empapado de bilis que llevaba.

—Es Pluma de Ganso —siseó Pelaje Azul con la comisura de los labios—. Está asustando a los cachorros.

Bigotes Plumosos dio un paso más cerca de su mentor, dejando que el asqueroso pelaje rozara su propio pelaje liso.

—Lo siento —se disculpó con Pelaje Azul—. Ha estado teniendo pesadillas. Deben haberlo despertado mientras estaba en medio de una muy mala.

—¿Pesadillas? —Pluma de Ganso gruñó—. ¡Solo cuando abro los ojos y veo *eso*! —mostró sus dientes amarillos a Pequeño Tigre.

—Yo lo tranquilizaré —Bigotes Plumosos dijo—. Lleva a los cachorros de vuelta a la maternidad.

Los cachorros habían llegado hasta el túnel de helechos, pero estaban de pie en la sombra, mirando confundidos. Pelaje Azul se giró y los sacó con suavidad.

—¿Qué hicimos mal? —Pequeña Escarcha estaba erizada de terror.

—Nada —prometió Pelaje Azul—. Pluma de Ganso solo es viejo y a veces se imagina cosas.

—¡No estoy imaginando *eso*! —escupió el gato veterano desde detrás de ellos.

Pelaje Azul miró hacia atrás para ver a Pluma de Ganso apuntando con una garra a Pequeño Tigre. La baba colgaba de las mandíbulas del curandero, y sus orejas estaban chatas contra su cabeza.

—¡Mantén a esa criatura lejos de mí!



CAPÍTULO 26

El sol era más suave ahora que los exuberantes verdes del bosque se estaban convirtiendo en anaranjados. Las hojas recién caídas cubrían el suelo del bosque, crujiendo bajo las patas de Pelaje Azul y desprendiendo su olor a humedad. Los pájaros parloteaban en las ramas y las ardillas estaban ocupadas llenando sus almacenes para pasar la estación sin hojas. A Pelaje Azul no le interesaban las presas. La pila de carne fresca estaba llena, y las fronteras seguras. Después del clamor de la maternidad, solo quería la paz del bosque. Se dio cuenta de que Pelaje Nevado suspiraba tras ella cuando dejó el caos de la guarida de las zarzas. Por mucho que amara a Pequeño Blanquito, Pelaje Nevado extrañaba ser una guerrera; Pelaje Azul podía darse cuenta por la forma en que observaba a las patrullas partir y regresar, mirando con nostalgia el túnel de aulagas, igual a como lo había hecho cuando era un cachorra.

—¿Cómo es que Garra de Cardo sí puede cazar y patrullar? —le había preguntado a Pelaje Azul el día anterior—. Es *su* cachorro también.

—No puede darle leche a Pequeño Blanquito —le había recordado Pelaje Azul. Había dado un toque a su hermana con suavidad.

—Pequeño Blanquito estará comiendo ratón pronto, y entonces podrás dejarlo con Ala de Petirrojo o Patas de Leoparda por un rato y unirte a una patrulla de caza.

Pelaje Nevado había suspirado.

—Sí, pero entonces extrañaría a la pequeña bola de pelo.

Pelaje Azul se había tragado un destello de frustración. «*¡Tú quisiste un cachorro!*».

—¡Bien hecho, Zarpa Dorada! —el maullido de Manto de Tordo sonó desde arriba, devolviendo los pensamientos de Pelaje Azul al bosque.

Una rama se agitaba en lo alto.

—¡Mira, Pelaje Azul! —Zarpa Dorada se asomaba desde las hojas—. ¡Voy a subir a la cima!

—Ten cuidado —advirtió Pelaje Azul.

Zarpa Dorada parecía más aventurera con cada día que pasaba, por lo que casi rivalizaba con su hermano en valor y fuerza.

—¡Concéntrate en lo que estás haciendo! —Manto de Tordo aulló desde el pie del tronco.

—¿Dónde está Cola Moteada? —preguntó Pelaje Azul, preguntándose por qué Zarpa Dorada no estaba siendo vigilada por su mentora.

Manto de Tordo no quitó los ojos de la forma dorada que escarbaba entre las hojas.

—Tuvo que ir a ver a Bigotes Plumosos por una semilla que le entró en el ojo.

—¡Voy a preguntarle a Estrella de Sol si Manto de Tordo puede ser mi mentor *para siempre*! —sonó un chillido desde arriba de ellos—. ¡Cola Moteada nunca me habría dejado subir tan alto!

Manto de Tordo lanzó una mirada culpable a Pelaje Azul.

—Ups —maulló—. Zarpa Dorada parecía tan segura de poder hacerlo, que supuse que no era la primera vez.…

Pelaje Azul ronroneó.

—No te preocupes. No se lo diré a Cola Moteada.

Manto de Tordo le pasó la cola ligeramente por el flanco.

—¡Gracias! ¡Y yo me aseguraré de que Zarpa Dorada vuelva al campamento entera!

Alejándose del árbol de Zarpa Dorada, Pelaje Azul vagó por un claro de hierba y se abrió paso entre un muro de helechos. Tenía sed, y el río burbujeaba cerca. Los arbustos seguían siendo frondosos; esta parte del bosque estaba protegida de las noches frías y las brisas frescas. El río había crecido desde la estación de la hoja verde, chapoteando sobre las piedras y salpicando en la orilla, su parloteo armonizaba con el suave susurro del bosque. Pelaje Azul se asomó a través de un arbusto y bajó por la orilla llena de hojas.

Un pelaje marrón rojizo se movía en los bajíos. ¿Un zorro? Probó el aire con cautela. Se puso rígida y reconoció el sabor del Clan del Río. Miró

asombrada cómo Corazón de Roble se acercaba al lado del Clan del Trueno, a apenas tres colas de distancia de Pelaje Azul. Se sacudió como un perro, y luego se estiró en una piedra lisa que subía desde el agua. El sol brillaba en su lustroso pelaje, que se pegaba oscuramente a su bien musculado cuerpo. ¡Se iba a dormir! ¡En el territorio del Clan del Trueno! Pelaje Azul se tensó, lista para salir y enfrentarse al intruso. Entonces se detuvo. Parecía tan tranquilo. Atrapada en el momento, se encontró observando su flanco subiendo y bajando. «*¿Qué estoy haciendo?*». Se lanzó a través de los arbustos y se detuvo detrás de él, enviando pequeñas piedras al agua.

—¡Fuera!

Corazón de Roble levantó la cabeza y miró por encima de su hombro.

—¡Pelaje Azul!

¡Al menos podía actuar con culpabilidad! Le había atrapado en territorio del Clan del Trueno.

—Solo porque tomaron las Rocas Soleadas —siseó ella— no significa que puedan meter sus patas en cualquier pedazo de territorio que quieran, —su pelaje se erizó de furia.

—Lo siento —Corazón de Roble se puso de pie—. No pude resistirme a un lugar tan soleado.

—¿No pudiste resistirte? —la rabia la ahogó—. ¡Bola de pelo arrogante! —sin pensarlo, se lanzó sobre él, con sus garras apuntando a su cara.

Él se agachó y ella falló. Pelaje Azul se detuvo con las patas clavadas en las piedras para evitar caerse. ¿Se le movían los bigotes? «*¡Le voy a enseñar!*». Se retorció y le dio un fuerte mordisco en la pata trasera.

—¡Auch! —Corazón de Roble se apartó de un salto y giró su ancha cabeza hacia ella, atrapando su hombro mientras se erguía para una nueva embestida.

Mientras estaba luchando contra el aire, las patas traseras de Pelaje Azul patinaron fuera de las piedras. Perdió el equilibrio y cayó sin gracia al río. Mientras el agua empapaba su pelaje, el pánico se apoderó de ella. «*¡Me estoy ahogando!*».

—¡Ayúdame!

Pero Corazón de Roble se quedó en la orilla, con los ojos brillantes de diversión.

—Intenta ponerte de pie —sugirió con calma.

Pelaje Azul empujó sus patas hacia abajo, esperando desaparecer bajo el agua. En lugar de eso, sus patas tocaron las piedras redondas del fondo

del río. Se levantó, sorprendida al ver que el agua apenas le rozaba el pelaje del vientre. Acalorada por la vergüenza, se dirigió a la orilla y se sacudió, asegurándose de que Corazón de Roble sintiera el rocío.

—¿Cómo iba a saber que era tan poco profundo? —espetó—. Los gatos del Clan del Trueno no tenemos que mojarnos para atrapar *nuestras* presas.

Corazón de Roble se encogió de hombros.

—Siento que te hayas mojado un poco —su mirada revoloteó sobre su pelaje—. Solo me estaba defendiendo.

Su débil disculpa solo hizo que Pelaje Azul se enojara más.

—¿Por qué no te callas y sales de mi territorio?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Parece una lástima irse al comienzo de una amistad tan prometedora.

«*¡Amistad!*». ¡Este gato del Clan del Río era más descarado que el cachorro más arrogante!

—Será mejor que te vayas ahora, o te haré una cicatriz que no olvidarás —gruñó Pelaje Azul.

Corazón de Roble agachó la cabeza, su mirada se mantuvo durante un instante, y luego se metió en las aguas poco profundas y nadó elegantemente por el río. Pelaje Azul lo vio deslizarse hasta la orilla del otro lado, con el agua goteando de su grueso pelaje. Antes de que desapareciera entre los árboles, le devolvió la mirada, con los ojos brillantes.

—No te olvidaré, con o sin cicatriz —dijo.

Pelaje Azul no se dignó a responder a su estúpido comentario. «*¡Cerebro de ratón!*». Mojada y enojada, subió a la orilla y se dirigió a los árboles. Cuando llegó a la cima del barranco, todavía le picaba la rabia. ¿Cómo se atrevía Corazón de Roble a ser tan descarado cuando estaba en el territorio del Clan del Trueno? ¿Acaso creía que el Clan Estelar le había dado todo el bosque?

Estaba tan perdida en sus pensamientos, que Rosal la hizo saltar cuando saltó por encima del acantilado.

—¡Estás mojada! —Rosal miró al cielo, desconcertada—. No ha estado lloviendo, ¿verdad?

Pelaje Azul se miró las patas.

—Fue… eh… me resbalé y me caí… la orilla estaba…

¿Cómo podía decir que un guerrero del Clan del Río la había tirado al río?

Los bigotes de Rosal se movieron.

—¿No miraste por dónde ibas?

—¡Estaba resbaladizo!

Los ojos de Rosal brillaron con curiosidad.

—Te ves diferente.

Pelaje Azul movió sus patas.

—¿Cómo?

—Te ves como si estuvieras en la luna. Como Pelaje Nevado cuando habla de Garra de Cardo.

—¡No seas tonta!

—¿Quién es? —las orejas de Rosal se agitaron.

—¡Nadie!

—¿Manto de Tordo? —Rosal presionó.

«*¿Qué?*». Pelaje Azul se erizó. ¿Por qué estaría en la luna por Manto de Tordo?

—¡Por supuesto que no! —respondió acaloradamente.

La guerrera gris inclinó la cabeza hacia un lado.

—Qué pena —maulló—. Ya pasa bastante tiempo suspirando por ti.

—¿Por mí? —el pensamiento sorprendió a Pelaje Azul.

Manto de Tordo era solo un compañera de guarida, y no iba a terminar como Pelaje Nevado: atrapada en la maternidad con un montón de cachorros maullando sobre ella. Iba a ser la mejor guerrera que el Clan del Trueno había visto nunca. Mejor que Garra de Cardo. Lo suficientemente buena como para ser líder algún día.

Rosal puso los ojos en blanco.

—¿No lo has notado observándote?

—¡No! —Pelaje Azul soltó con tal ferocidad que Rosal dio un paso atrás.

—De acuerdo —la guerrera de cola roja cambió de tema—. Voy a buscar algo de musgo fresco para Pelaje Nevado y Pequeño Blanquito.

Ante la mención de sus parientes, Pelaje Azul se ablandó, su pelaje húmedo se suavizó.

—¿Cómo está Pequeño Blanquito?

—Ha estado persiguiendo la cola de Pelaje Nevado toda la mañana. Ella está dispuesta a golpear sus orejas, pero no lo hará. Él lo hace tan dulcemente.

—Me imagino —Pelaje Azul se imaginó los ojos redondos y amarillos de Pequeño Blanquito mirando inocentemente hacia arriba mientras batía la cola esponjosa de su madre.

—Solo espero que Pequeño Tigre no sea una mala influencia —se preocupó Rosal—. Cuando me fui, estaba tratando de persuadir a Pequeño Blanquito de que pusiera abrojos en el manto de Pequeña Escarcha mientras dormía.

—¿Patas de Leoparda no los detuvo?

—Ya conoces a Patas de Leoparda —Rosal suspiró—. Cree que Pequeño Tigre no puede hacer nada malo.

—Iré a visitar la maternidad —ofreció Pelaje Azul.

—Pelaje Nevado lo apreciaría —Rosal maulló—. Creo que tiene fiebre de guarida. Casi destruye su lecho. Necesita un poco de aire fresco.

Mientras Rosal se adentraba en los árboles, Pelaje Azul notó un mechón de pelo de perro atrapado en la hierba. Apenas había olor en él, debía haber sido soplado allí por el viento en vez de ser dejado por un perro que pasaba, pero podría mantener a Pequeño Blanquito ocupado por un rato. La recogió con sus garras y lo llevó a la maternidad.

Pelaje Nevado parecía acalorada y acosada cuando Pelaje Azul se metió en la guarida de zarzas. Pequeña Escarcha y Pequeña Pecas se revolcaban sobre Ala de Petirrojo, con sus colas moviéndose en la cara de Pelaje Nevado en todo momento. Pequeño Blanquito estaba profundamente dormido, tendido en el flanco de Pelaje Nevado para que ella no pudiera moverse. Pequeño Tigre estaba regañando a su madre.

—¿Por qué no puedo salir?

—Acabas de entrar.

—Pero es un día soleado.

—Necesitas una siesta.

—No estoy cansado.

—Lo estarás más tarde.

—Dormiré entonces.

—Pero estarás malhumorado toda la tarde si no duermes la siesta ahora.

—No, no lo estaré.

—Sí, lo estarás.

Pelaje Nevado puso los ojos en blanco hacia Pelaje Azul.

—Toma —Pelaje Azul dejó caer el mechón en el borde del lecho de su hermana. Rosal tenía razón. El helecho estaba hecho jirones—. Pequeño Blanquito puede jugar con él cuando se despierte.

Pelaje Nevado gimió, tratando de ajustar su posición sin molestar a su cachorro.

—¿Qué es eso? —Pequeño Tigre ya estaba saltando hacia el pelo de perro.

—Es para Pequeño Bl…

Pequeño Tigre lo enganchó antes de que Pelaje Azul pudiera terminar su frase y empezó a perseguirlo por la maternidad.

—¡Miren! —chilló—. ¡Soy Garra de Cardo, atacando a ese perro sarnoso!

—Baja la voz —le suplicó Pelaje Nevado.

Pequeño Tigre se detuvo, con sus garras clavadas en el pelaje de perro en el suelo de la guarida.

—Odio la maternidad —se quejó—. Está demasiado llena de cachorros. Ya no me dejan jugar. Debería estar en la guarida de los aprendices con Zarpa de León. Apuesto a que *él* no tiene que tomar las siestas de la tarde.

Pelaje Azul ronroneó:

—Tal vez no, pero él desearía poder hacerlo.

Pequeño Blanquito levantó la cabeza con sueño.

—¿Qué pasa?

—¡Lo despertaste! —Pelaje Nevado resopló.

—Bien —Pequeño Tigre maulló—. Ahora él también puede jugar.

Pequeño Blanquito miró a su alrededor.

—¿Jugar a qué?

—Mi nuevo juego; se llama Mata al Perro —le dijo Pequeño Tigre. Lanzó el mechón de pelo sobre la cabeza de Pequeño Blanquito. Pequeño Blanquito se levantó para atraparlo, haciendo que Pelaje Nevado gruñera cuando las garras traseras del cachorro se clavaron en su pelaje.

—Vamos a dar un paseo —sugirió Pelaje Azul.

Pelaje Nevado parpadeó.

—Pequeño Blanquito es feliz jugando con Pequeño Tigre —razonó Pelaje Azul—. Seguro que puede prescindir de ti un rato. —Miró al gatito níveo que se arremolinaba en los lechos detrás de Pequeño Tigre—. Estarás bien si Pelaje Nevado viene a dar un paseo conmigo, ¿no?

Pequeño Blanquito ni siquiera la miró.

—Por supuesto.

—Lo vigilaremos —prometió Ala de Petirrojo.

Los ojos de Pelaje Nevado se iluminaron.

—Bueno, supongo que podría salir un rato.

—Te vendrá bien —Pelaje Azul prometió.

—¿Estás segura de que estará bien? —Pelaje Nevado se preocupó.

—Estará bien —le dijo Ala de Petirrojo—. Ahora, ve. Estoy harta de escucharte suspirar.

—¡Yo no suspiro! —objetó Pelaje Nevado.

Patas de Leoparda agitó su cola.

—¡Has estado resoplando como un tejón toda la mañana!

—¡Está bien, está bien!

De mala gana Pelaje Nevado salió de su lecho.

—¡No vuelvas hasta que te duelan las patas! —llamó Ala de Petirrojo mientras Pelaje Nevado seguía a Pelaje Azul fuera de la maternidad.

—¡Deprisa!

Pelaje Nevado arrastraba sus patas mientras Pelaje Azul la llevaba a la entrada.

—¿Pero y si le da hambre?

—No se va a morir de hambre.

—¿Y si se pone ansioso sin mí?

—Tiene a todo un Clan cuidando de él. —Pelaje Azul empujó a su hermana hacia el túnel de aulagas—. Creo que estará bien.

«*Gran Clan Estelar, si esto es lo que es tener cachorros, ¡me alegro de no tener ninguno!*».

Empujó a Pelaje Nevado hacia el barranco, sacudiendo la cabeza cuando Pelaje Nevado se detuvo en la parte superior y miró con nostalgia hacia el campamento.

—Mira —resopló Pelaje Azul—. Es un día precioso. Pequeño Blanquito estará bien. No es como si nos fuéramos a las Rocas Altas. Lo verás de nuevo antes de que el sol se haya movido un ratón de distancia.



CAPÍTULO 27

Pelaje Azul guió a su hermana a través de los árboles, siguiendo la ruta que había tomado esa mañana. «*Estará tranquilo junto al río* —se dijo a sí misma—, *fuera del camino de las patrullas de caza*». El sonido del agua tranquilizaría a Pelaje Nevado. Y estaría soleado, así que podrían tomar sol durante un rato.

Pelaje Nevado ya parecía más feliz, trotando a través del bosque cubierto de brisa.

—Me había olvidado de lo bien que huele —cantó, respirando profundamente otra vez. De repente se detuvo—. Espera.

Pelaje Azul hizo una pausa, tratando de no suspirar.

—¿Y ahora qué pasa?

Con un siseo juguetón, Pelaje Nevado se abalanzó sobre ella, dándole un empujón que la hizo caer contra una zarza llena de moras. Las frutas temblaron cuando Pelaje Azul encontró sus patas.

—Por qué, tú… —salió de las espinas olorosas, tirando a su hermana al suelo, donde se pelearon como cachorras.

Pelaje Nevado inmovilizó a Pelaje Azul.

—¿Te rindes?

—¡Nunca! —Pelaje Azul aulló. Empujó con sus patas traseras e hizo rodar a Pelaje Nevado, haciéndola caer en las zarzas para que las bayas mancharan su pelaje.

Pelaje Nevado se alejó de un salto.

—Mira lo que has hecho —se quedó mirando, con fingida consternación, su pelaje manchado de púrpura.

—Vamos a lavarlo en el río —sugirió Pelaje Azul.

Pelaje Nevado parpadeó.

—O podría lamerlo.

—Está lindo en el río —Pelaje Azul insistió. Quería asegurarse de que Corazón de Roble no había regresado.

—Está bien. Me vendría bien un trago —maulló Pelaje Nevado—. Será agradable lamer agua que no sepa a musgo.

Pelaje Azul se dirigió a la orilla del río.

—No tan rápido —Pelaje Nevado resoplaba—. Estoy fuera de práctica, ¿recuerdas?

Pelaje Azul redujo la velocidad mientras salían de los árboles hacia la orilla del río. Saboreó el aire, su pelaje se erizó de anticipación. ¿Había regresado? No había señales de olor fresco. «*Bien*». ¿Pero por qué se sentía decepcionada? Caminó hacia el lugar donde él había estado acostado. La piedra se sentía cálida bajo sus patas, y su olor permanecía en el aire quieto.

Pelaje Nevado había estado lamiendo el río; levantó su hocico empapado y miró a la orilla del Clan del Río.

—¿Crees que intentarán invadir de nuevo?

—¿Quién sabe? —murmuró Pelaje Azul.

—Son tan codiciosos que no me sorprendería —Pelaje Nevado se acercó a ella y se sentó—. ¿Cuándo crees que Estrella de Sol volverá a tomar las Rocas Soleadas?

—¿Realmente necesitamos luchar? —preguntó Pelaje Azul.

Pelaje Nevado la miró con dureza.

—¿No quieres hacerlo?

—Las batallas son peligrosas —le recordó Pelaje Azul.

Pelaje Nevado parpadeó.

—¿Sí?

—Los gatos salen heridos —Pelaje Azul miró al otro lado del río—. El Clan del Río no puede ser tan malo, ¿verdad? Quiero decir, deben ser gatos como nosotros.

—¿Así que eso les da derecho a tomar las Rocas Soleadas?

—No, pero… —Pelaje Azul no estaba pensando en las Rocas Soleadas—. Solo quiero decir, ¿por qué luchar? Todos queremos las mismas cosas.

—La próxima vez me dirás que quieres comer pescado —se burló Pelaje Nevado. Señaló el agua con la nariz—. ¿Por qué no te das un baño?

Pelaje Azul clavó sus patas en las piedras para evitar tambalearse hacia el agua. Ya se había mojado una vez hoy.

—Probablemente piensan que somos raros por vivir bajo los árboles y perseguir ardillas.

Pelaje Nevado inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Te sientes bien?

—Bien —respondió Pelaje Azul.

—¿Dónde quedó tu lealtad al Clan del Trueno?

—¡Soy leal! —Pelaje Azul soltó—. Eché a un guerrero del Clan del Río de esta roca justo esta mañana.

Los ojos de Pelaje Nevado se abrieron de par en par.

—¿Están tratando de invadir otra vez? ¿Le dijiste a Estrella de Sol?

Pelaje Azul negó con la cabeza.

—No fue así. Solo estaba tomando el sol.

—¿Quién?

Pelaje Azul miró hacia otro lado.

—El hermano de Mandíbula Doblada.

—¿Corazón de Roble?

Cuando Pelaje Azul no respondió, Pelaje Nevado se acercó.

—¿Por qué no lo mencionaste?

—Lo eché, ¿no?

—Entonces, ¿por qué estás siendo tan reservada?

—No estaba invadiendo. Solo estaba acostado al sol.

—En *nuestro* lado del río —Pelaje Nevado gruñó—. Arrogante bola de pelos.

—No fue arrogante —el corazón de Pelaje Azul se estremeció cuando se dio cuenta de que había saltado a la defensa de Corazón de Roble demasiado rápido.

—¡Te *gusta*! —los ojos de Pelaje Nevado eran enormes y redondos—. ¡Te gusta un gato del Clan del Río!

—¡No, no me gusta!

—¡Te conozco muy bien! —el pelaje de Pelaje Nevado se erizó—. Si hubiera sido cualquier otro gato del Clan del Río, estarías contándole a todo el Clan cómo lo echaste, no poniendo excusas por él.

—No estoy poniendo excusas.

Pero Pelaje Nevado no estaba escuchando.

—¡No puedes amistarte con gatos de otros Clanes! ¡Va en contra del código guerrero! ¡Y Corazón de Roble, de todos los gatos! Se cree que es el regalo del Clan Estelar a los Clanes. No causará más que problemas. ¿Qué hay de Manto de Tordo? Te ha estado siguiendo durante lunas. No me digas que no te has dado cuenta. ¿Por qué no te gusta? Es uno de los guerreros más agradables del Clan.

—¡Agradable! —Pelaje Azul se burló—. Además… —miró a Pelaje Nevado—. No estoy buscando una pareja. No quiero terminar en la maternidad amamantando cachorros.

Pelaje Nevado se giró, pareciendo furiosa, y Pelaje Azul se arrepintió al instante de sus palabras.

—¡No quise decir que hubiera nada malo en tener cachorros! —dijo.

Pero Pelaje Nevado estaba subiendo por la orilla, con su cola enroscada furiosamente sobre su espalda. Desapareció entre la maleza. «*¡Cagarrutas de ratón!*». ¿Por qué no pensó antes de hablar? Todo era culpa de Corazón de Roble. ¿Por qué tuvo que ir allí en primer lugar? Ella no quería pareja. Y aunque la quisiera, no sería él. ¿Un gato del Clan del Río? «*¡Jamás!*».

Pelaje Azul se apresuró a seguir a su hermana, siguiendo su rastro de olor a través de la maleza. Cuando los robles se convirtieron en pinos, se abrió paso a través de un grupo de helechos, todavía frescos con el olor de Pelaje Nevado. Quería disculparse. Había traído a su hermana al bosque para animarla, pero en su lugar solo la había molestado.

—¿Pelaje Nevado?

La guerrera blanca estaba agazapada detrás de una raíz de pino, el pelaje se le movía a lo largo del manto, sus mandíbulas estaban abiertas para probar el aire.

—Agáchate —siseó Pelaje Nevado—. ¡Huelo a Clan de la Sombra!

Pelaje Azul se agachó junto a ella. Efectivamente, el hedor del Clan de la Sombra estaba fresco en la brisa. Se mezclaba con el olor del Sendero Atronador, a varios árboles de distancia.

Pelaje Azul arrugó la nariz. Más de un olor a gato manchaba el aire.

—¿Debería llamar a una patrulla? —susurró.

—No son más de tres —murmuró Pelaje Nevado—. Podemos echarlos nosotras mismas.

Se arrastró hacia adelante sobre la raíz del árbol y se deslizó bajo un arbusto. Pelaje Azul se deslizó a su lado. Ahora podía oír claramente las voces del Clan de la Sombra murmurando a unas cuantas colas de distancia.

—Nunca debiste perseguirla por el Sendero Atronador.

—¡Pero casi la atrapé!

—Ya se fue.

Pelaje Azul miró a través de las hojas y vio tres mantos agrupados en un pequeño claro entre los pinos.

—Volvamos —un gato negro habló.

—¡No! —insistió una gata carey—. Todavía puedo oler la ardilla. Está cerca.

El guerrero negro agitó su cola.

—El Clan del Trueno ha estado nervioso como pulgas desde que el Clan del Río tomó las Rocas Soleadas. Deberíamos irnos.

—No me preocupa el Clan del Trueno —maulló un gato atigrado moteado—. Estarán ocupados patrullando la frontera del Clan del Río. Simplemente atraparemos la ardilla y la traeremos de vuelta por el Sendero Atronador. Nunca sabrán que estuvimos aquí.

—Ya escucharon a Estrella de Sol en la última Asamblea —advirtió el gato negro—. Dijo que destrozaría a cualquier gato que cruzara la frontera, sea minino casero o de Clan.

El gato atigrado suspiró.

—Está bien —concedió—. Vámonos.

La gata carey se puso rígida.

—¡No! Puedo oler la ardilla.

Unas pequeñas garras patinaron cerca. Los gatos del Clan de la Sombra se apretaron contra el suelo.

—¡Por aquí! —la gata carey comenzó a acechar, manteniéndose agachada.

Pelaje Nevado gruñó:

—Si creen que van a cazar en el territorio del Clan del Trueno, pueden pensarlo mejor. —Salió de los arbustos y se deslizó frente a los guerreros del Clan de la Sombra, con el lomo arqueado y las garras desenvainadas—. ¡Alto ahí!

Los gatos del Clan de la Sombra se apartaron, moviendo las colas.

Pelaje Azul se lanzó tras su hermana.

—¡Sarnosos come-carroña! —mostró sus dientes, un gruñido retumbó en su garganta.

La gata carey parpadeó.

—¿Eso es todo? ¿Dos gatos? No es una gran patrulla.

—¡Suficiente para lidiar con ustedes! —Pelaje Azul escupió.

El gato negro se enderezó, con los ojos brillantes.

—¿Eso creen?

El atigrado gruñó:

—Si ustedes son todo lo que el Clan del Trueno tiene, creo que atraparemos a esa ardilla y *luego* nos iremos a casa.

—¡Oh, no, no lo harán! —Pelaje Nevado se lanzó sobre el atigrado, tirándolo de lado con un golpe contundente de su pata delantera.

Los ojos de la gata carey se abrieron de par en par con la sorpresa. Incluso Pelaje Azul se sobresaltó.

—Pelaje Nevado… —comenzó.

—Llevo demasiado tiempo atrapada en el campamento como para perder la oportunidad de pelear —Pelaje Nevado escupió.

De ninguna manera Pelaje Azul iba a dejar que su hermana luchara sola contra esos intrusos. Saltando hacia adelante, atacó con sus garras desenvainadas al gato negro, cortando su nariz. Se lanzó, aullando, hacia los arbustos.

El gato atigrado se puso en marcha.

—¡Salgamos de aquí! —aulló.

Pelaje Nevado se lanzó tras los guerreros del Clan de la Sombra que huían, chillando como toda una patrulla de batalla. Pelaje Azul le pisaba los talones. ¡Les darían a esos come-carroña una lección que no olvidarían! El bosque se iluminó por delante, donde los árboles se abrían al Sendero Atronador. Los gatos del Clan de la Sombra salieron a la luz del sol, y Pelaje Nevado los persiguió. Pelaje Azul salió corriendo de los árboles, parpadeando contra la repentina luminosidad.

Los guerreros del Clan de la Sombra ya estaban a medio camino del Sendero Atronador.

—¡No se escaparán tan fácilmente! —chilló Pelaje Nevado con furia mientras patinaban hacia el otro lado y desaparecían entre los pinos.

Con el pelaje erizado y los ojos muy abiertos, Pelaje Nevado corrió tras ellos, sobre el aceitoso Sendero Atronador.

Pelaje Azul se congeló.

Un monstruo rugía directamente hacia Pelaje Nevado.

Sin frenar, se abalanzó sobre su cuerpo. Pelaje Azul escuchó el golpe sordo, y luego el aullido del monstruo mientras se alejaba tronando, dejando el cuerpo de Pelaje Nevado tirado como una hoja mojada al borde del Sendero Atronador.

—*¡No!*



CAPÍTULO 28

El rugido del monstruo se desvaneció rápidamente. Pelaje Azul pudo ver a los guerreros del Clan de la Sombra mirando desde los árboles más allá del Sendero Atronador, con los ojos muy abiertos de horror.

—¿Pelaje Nevado? —Se agachó y empujó a su hermana con la pata.

La guerrera blanca no respondió, solo se quedó echada en la hierba apestosa.

—Vamos —instó Pelaje Azul—. Tenemos que volver al campamento. Tenemos que reportar a esos guerreros del Clan de la Sombra.

Un fino rastro de sangre rodó de la boca de Pelaje Nevado.

—Te ayudaré —Pelaje Azul ofreció. Agarró el pelaje de Pelaje Nevado y comenzó a arrastrarla hacia el bosque—. Intenta con tus patas —rogó Pelaje Azul a través de su boca llena de pelo—. Una vez que estés caminando, te sentirás mejor.

El cuerpo de Pelaje Nevado se deslizaba por el suelo cubierto de hojas.

«*Oh, Clan Estelar, ¿por qué le hablé de Corazón de Roble? No habría salido corriendo. Nunca habríamos encontrado a esos guerreros del Clan de la Sombra*». Ya estarían en casa, Pequeño Blanquito estaría rebotando de emoción al ver a su madre de vuelta.

—¿Pelaje Azul? —el maullido de Fauces de Víbora sonó entre los árboles.

Pelaje Azul soltó a su hermana y miró al guerrero moteado, con la mente en blanco. Fauces de Víbora había venido. Todo estaría bien ahora.

Cola Moteada estaba con él, Vuelo de Viento y Manto de Tordo también. Ellos sabrían qué hacer. Sus compañeros de Clan se arremolinaron a su alrededor. Sintió que sus mantos rozaban el suyo mientras se inclinaban sobre Pelaje Nevado.

—Un monstruo la golpeó —explicó Pelaje Azul. Su voz sonaba como si viniera de muy lejos—. Unos gatos del Clan de la Sombra estaban cazando ardillas en nuestro territorio y los echamos, y la golpeó.

—Manto de Tordo —la orden de Fauces de Víbora fue enérgica—, comprueba que el Clan de la Sombra se fue y no volverá.

Mientras Manto de Tordo se alejaba corriendo, Fauces de Víbora agarró el pelaje de Pelaje Nevado.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Pelaje Azul, con el corazón dando tumbos—. Creo que está herida.

Sintió que la cola de Ojo Blanco le cubría los hombros.

—Vamos —murmuró la gata clara, persuadiéndola de avanzar—. Volvamos al campamento.

Las patas de Pelaje Azul, entumecidas por la conmoción, tropezaron con el suelo del bosque. «*Está herida. Simplemente está herida*». No importa cuántas veces repitiera las palabras en su mente, su corazón había reconocido el olor de la muerte en su hermana. Sabía que Pelaje Nevado estaba muerta, y con cada paso el horror se hacía más fuerte, hasta que la pena amenazaba con anegarla.

—Sigue caminando —susurró Ojo Blanco, acercándose.

—Le dije que volvería con Pequeño Blanquito —Pelaje Azul murmuró.

En la cima del barranco, Fauces de Víbora dejó a Pelaje Nevado en el suelo y se enfrentó a Pelaje Azul. La miró fijamente hasta que ella parpadeó la niebla de la pena y lo miró a los ojos.

—¿Pelaje Azul? —su maullido fue suave.

—¿Qué?

—Debes decírselo a Pequeño Blanquito.

Pelaje Azul se estremeció.

—¿Por qué yo?

—Porque lo amas —le dijo Fauces de Víbora—. Yo se lo diré a Garra de Cardo y Cola de Tormenta, y haré el informe a Estrella de Sol.

Ojo Blanco miró el cuerpo de Pelaje Nevado.

—Garra de Cardo podría decírselo a Pequeño Blanquito —sugirió.

—¡No! —Pelaje Azul se erizó. Garra de Cardo nunca sería lo suficientemente gentil para una noticia como esta—. Yo se lo diré.

Tropezando a ciegas, logró llegar al fondo del barranco. Entró en el claro y pasó por delante de sus compañeros de Clan, que no sabían nada de la tragedia, que todavía creían que Pelaje Nevado estaba viva.

Se deslizó hacia la maternidad.

—Pequeño Blanquito.

—¡Volvieron! —Pequeño Blanquito parecía encantado. Miró detrás de Pelaje Azul—. ¿Pelaje Nevado está contigo?

Pelaje Azul respiró profundamente y se tensó para evitar que sus patas temblaran.

—Ven afuera, pequeño —maulló.

—¿Pelaje Nevado tiene un regalo para mí? —Pequeño Blanquito chirrió.

Pequeño Tigre dejó de perseguir la cola de Pequeña Pecas.

—¿Puedo ir también?

—Solo Pequeño Blanquito —le dijo Pelaje Azul, agradeciendo al Clan Estelar de que hubiera escuchado por una vez.

Pequeño Blanquito la siguió y ella lo llevó hasta el árbol caído y se agachó entre las ramas.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Pelaje Nevado? —chilló—. ¿Está jugando al escondite?

—Ven aquí —Pelaje Azul envolvió el pequeño cuerpo con su cola y lo acercó, cobijándolo junto a su vientre.

Se inclinó sobre él, ocultándole la visión de Fauces de Víbora llevando el cuerpo de su madre al campamento. Sintió que su corazón se rompía. «*Tanto dolor*».

—Pelaje Nevado no volverá.

Pequeño Blanquito la miró.

—¿Hasta cuándo?

—Nunca.

—¿Por qué no? —Pequeño Blanquito se puso rígido—. ¿Ya no le agrado?

—Ella te ama mucho —prometió Pelaje Azul—. Siempre te amará. Pero ahora está con el Clan Estelar.

Pequeño Blanquito puso su cabeza a un lado.

—¿Puedo visitarla?

Pelaje Azul negó con la cabeza.

—Pluma de Ganso y Bigotes Plumosos visitan el Clan Estelar todo el tiempo —argumentó Pequeño Blanquito—. Yo también puedo hacerlo.

—No es tan fácil.

Con cada palabra, Pelaje Azul se sentía cada vez más perdida. ¿Cómo podría hacerle entender sin romperle el corazón? Miró sus redondos ojos amarillos. El dolor de la muerte de Pelaje Nevado no era solo suyo. Iba a *tener* que romperle el corazón.

—Está muerta, Pequeño Blanquito. No la verás más. No la olerás ni la escucharás ni sentirás su pelaje junto al tuyo nunca más.

Ala de Petirrojo se abrió paso entre las ramas.

—Yo te alimentaré y compartirás mi lecho con Pequeña Escarcha y con Pequeña Pecas —le tranquilizó.

Pequeño Blanquito le escupió.

—¡No quiero tu leche ni tu lecho! ¡Quiero a Pelaje Nevado!

Pasó junto a la reina y galopó hacia el claro, deteniéndose junto al cuerpo de su madre.

—Viviré aquí afuera, contigo —chilló, presionando su nariz contra su frío pelaje.

Pelaje Azul se acobardó entre las ramas, cruda por el dolor.

—Me sentaré con él —murmuró Ala de Petirrojo, dándose la vuelta.

Garra de Cardo pasó junto a ella, forzando su camino hacia las ramas.

—¡¿Cómo dejaste que pasara?! —le aulló a Pelaje Azul—. ¡¿Qué estabas haciendo, llevándola al Sendero Atronador?! ¡Debería haber estado en la maternidad con Pequeño Blanquito!

—L-lo siento.

—¡¿Cómo se te ocurrió dejar que se pusiera en peligro cuando tenía un cachorro que cuidar?! —Garra de Cardo siseó.

Pelaje Azul miró con los ojos vacíos a la pareja de su hermana. Tenía razón. Todo esto era culpa suya.

—¡Vete! —Cola de Tormenta apareció detrás de Garra de Cardo. Apartó una rama con los hombros, dejando espacio para salir—. Esto no ayuda a nadie —gruñó.

Garra de Cardo retrocedió, lanzando una última mirada furiosa a Pelaje Azul.

Cola de Tormenta se apretó a su lado. Sus ojos brillaban de pena.

—Fauces de Víbora me lo contó.

Pelaje Azul se quedó mirando sus patas.

—No puedo perder a Pelaje Nevado igual que a Flor de Luna. ¿Por qué tenían que morir las dos?

Cola de Tormenta sacudió la cabeza.

—Solo el Clan Estelar lo sabe.

—¡Entonces el Clan Estelar es estúpido y cruel!

—La vida debe continuar —Cola de Tormenta se apretó contra ella—. Tienes otros compañeros de Clan.

—No como ellas. ¡Eran mi familia!

—Tu Clan depende de ti tanto como lo hicieron Pelaje Nevado y Flor de Luna. Más aún.

—¡No me importa!

Cola de Tormenta rozó su flanco con su cola.

—Yo sé que sí te importa. Y sé que no defraudarás a tus compañeros de Clan. Debes seguir adelante, cazando, luchando y viviendo para tu Clan.

Cuando ella no respondió, la lamió entre las orejas y se alejó. Pelaje Azul clavó sus garras en el suelo y miró el cielo gris pálido, atravesado por ramas desnudas. ¿Qué sentido tenía estar en un Clan cuando no podías mantener a tus compañeros más preciados a salvo?



CAPÍTULO 29

Pelaje Azul desenganchó distraídamente el ratón muerto en su garra y lo dejó caer de nuevo al suelo con un húmedo *plop*. No tenía apetito. Incluso el olor de la carne fresca le daba náuseas. Echada sola en el borde del claro, estudiaba a sus compañeros de Clan con los ojos entrecerrados. Estaban compartiendo lenguas antes de la Asamblea de esa noche, murmurando alegremente entre ellos como si Pelaje Nevado nunca hubiera existido, aunque solo había pasado media luna desde su muerte. Incluso Pequeño Blanquito había empezado a alejarse cada vez más del lado de Ala de Petirrojo y estaba jugando a saltar con Pequeño Tigre afuera de la maternidad. Pelaje Azul hizo rodar el ratón bajo su pata, cubriéndolo de polvo.

Leonino se puso de pie y se alejó del nudo de guerreros que compartían presas junto al parche de ortigas. Miró al ratón.

—Eso es un desperdicio de carne fresca ahora —observó. Su cola se movía—. Estrella de Sol quiere que vayas a la Asamblea.

Pelaje Azul suspiró. «*Bueno, no quiero ir*». Era un viaje largo y la noche era fría. «*¿Y a ti quién te hizo mi mentor? Ahora soy una guerrera, ¿recuerdas?*».

—Es hora de que empieces a hacer un esfuerzo —Leonino la miró con severidad—. Te he librado de todas las patrullas fronterizas y de caza que he podido, pero lo único que haces es deprimirte en el campamento. Tal vez si empezaras a actuar más como una gata de Clan, te sentirías mejor. —Miró hacia Pequeño Blanquito, que estaba luchando por inmovilizar a

Pequeño Tigre en el suelo—. Y podrías mostrar un poco más de interés por Pequeño Blanquito.

Pelaje Azul miró sin comprender a su pariente. Ala de Petirrojo estaba cuidando bien de él. Él no la necesitaba. Y el Clan parecía prosperar sin su ayuda. Después de una rica hoja verde, parecían tan elegantes y bien alimentados como el Clan del Río.

Un gruñido bajo sonó en la garganta de Leonino.

—Solías pasar cada momento libre con Pequeño Blanquito. Ahora nunca pone la pata en la maternidad. Debe sentir que perdió dos madres en vez de una.

Pelaje Azul le frunció el ceño. ¿Por qué intentaba hacerla sentir peor?

Él continuó:

—Garra de Cardo no ha dejado que el dolor le impida cuidar de su Clan. Y está pasando más tiempo con Pequeño Blanquito, no menos.

—Bien por él —Pelaje Azul murmuró.

—¿Qué te hace tan especial que puedes escaparte sin hacer nada por tu Clan? —preguntó Leonino.

«*¡Perdí a mi hermana!*». Pelaje Azul se mordió la respuesta, aunque quería gritar al cielo oscuro. En lugar de eso, se levantó sobre sus patas.

—Nada me hace especial —gruñó—. Iré a la Asamblea si eso te hace feliz.

Leonino se dio la vuelta y le hizo una señal con la cola. Corazón de León y Flor Dorada, recién hechos guerreros, ya estaban en la entrada del campamento. Dieron vueltas con impaciencia mientras los guerreros mayores se reunían. Pequeño Tigre se acercó rebotando, con su cola marrón oscura erguida. Estaba empezando a perder su esponjoso pelaje de cachorro, y de su cuerpo rechoncho surgían unos hombros anchos y poderosos y unas piernas largas.

—¿Puedo ir? —dijo—. Seré un aprendiz en una luna.

—Los cachorros no van a las Asambleas —le recordó Leonino.

Pequeño Tigre corrió hacia Corazón de León y le golpeó el hombro con sus patas delanteras.

—Me lo contarás todo cuando vuelvas, ¿verdad?

—Estarás dormido cuando vuelva —Corazón de León ronroneó.

—No, no lo estaré. Voy a permanecer despierto.

Patas de Leoparda, que se unía a la patrulla hacia los Cuatro Árboles por primera vez desde que había dado a luz, sacudió la cabeza.

—Será mejor que estés profundamente dormido cuando regresemos. Ala de Petirrojo querrá un poco de paz después de tenerlos a ustedes, traviesos, corriendo por todas partes todo el día.

—Hace *estaciones* que estamos fuera —objetó Pequeño Tigre.

—¿Y quién los ha estado vigilando para asegurarse de que no se metan en líos? Ala de Petirrojo dijo que tuvo que sacarte de la guarida de los guerreros tres veces.

Pequeño Tigre se encogió de hombros.

—Queríamos ver cómo era. De todos modos, yo no estoy cansado, ¿por qué Ala de Petirrojo sí?

Patas de Leoparda se rindió y se volvió hacia Fauces de Víbora.

—¿Crees que sería menos discutidor si su padre todavía estuviera por aquí? —suspiró.

Los bigotes de Fauces de Víbora se movieron.

—No creo que nadie pueda influir en ese joven gato. Va a ser un gran guerrero.

Los ojos de Patas de Leoparda brillaron.

—Lo sé.

Cola Moteada rozó a Pelaje Azul mientras se unía a sus compañeros de Clan. Centón inclinó la cabeza hacia ella, y Rosal se puso a su lado como si fuera una aprendiza que necesitaba ser guiada. Pelaje Azul se apartó. No había nada que sus compañeros de Clan pudieran hacer para aliviar su dolor. Deseaba que ni se molestaran.

El bosque estaba fresco. Por primera vez desde la estación de la hoja verde, Pelaje Azul recordaba lo que era temblar de frío cuando el viento helado agitaba las ramas. Mientras los gatos caminaban por el bosque, Bigotes Plumosos la alcanzó. Esta vez había venido sin Pluma de Ganso. Nadie lo dijo en voz alta, pero en el Clan existía la sensación de que ya no se podía confiar en el viejo curandero para mezclarse con los otros Clanes. Sus palabras y acciones se habían vuelto demasiado impredecibles.

Bigotes Plumosos miró al frente.

—Te estará vigilando —murmuró.

Pelaje Azul sabía que se refería a Pelaje Nevado. Miró a través de las ramas al Manto Plateado. ¿De qué servía su hermana ahí arriba? Su Clan la necesitaba aquí abajo.

—¿La has visto en tus sueños?

Bigotes Plumosos negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero sé que Pelaje Nevado nunca dejaría de cuidar de ti y de Pequeño Blanquito.

Pelaje Azul no podía ver qué bien les haría eso a ninguno de ellos.

Bigotes Plumosos dejó que su pelaje tocara el de ella.

—Pequeño Blanquito necesitará tu ayuda para aprender a tomar las decisiones correctas, y a cuidar de su Clan como un verdadero guerrero.

—Tiene a Ala de Petirrojo y a Patas de Leoparda —le recordó Pelaje Azul—, y a Brisa Veloz.

La guerrera atigrada acababa de dar a luz. Pequeña Jaspeada, Pequeño Rojo y Pequeña Sauce aún no habían abierto los ojos.

—Ellas cuidarán de él —aceptó Bigotes Plumosos—. Pero tú eres la única gata en el Clan del Trueno que puede empezar a ocupar el lugar de Pelaje Nevado. Eres su pariente.

—Garra de Cardo también lo es.

—Garra de Cardo le enseñará a ser un guerrero feroz —Bigotes Plumosos murmuró—. ¿Pero quién le enseñará que la suavidad y la fuerza pueden existir juntas? ¿Y que la lealtad al Clan viene del corazón, no de los dientes y las garras? —el aprendiz de curandero siguió adelante, con sus patas silenciosas en el suelo del bosque, dejando a Pelaje Azul caminando sola con sus pensamientos.

Siguiendo a sus compañeros de Clan mientras caminaban por el bosque plateado, Pelaje Azul volvió a mirar las estrellas. Intentó imaginarse a Pelaje Nevado mirando hacia abajo junto a Flor de Luna. Pero las estrellas parecían pequeños fragmentos de hielo brillando en la oscuridad distante. Bonitas de ver, pero inútiles. Totalmente inútiles.

La luna brillaba sobre los Cuatro Árboles como un frío ojo blanco. El Clan de la Sombra y el Clan del Río ya se mezclaban en el claro. El Clan del Viento bajó del páramo mientras llegaba el Clan del Trueno. Voces emocionadas compartían noticias, y ronroneos calentaban el aire frío de la noche. Pelaje Azul observó a sus compañeros de Clan fundirse en la multitud, sintiéndose muy, muy lejos.

—¿Te has mojado las patas recientemente?

Un maullido profundo y familiar la hizo volverse. «*¡Corazón de Roble!*». Al instante recordó su última conversación con Pelaje Nevado. "*No causará más que problemas*". Había tenido razón en eso.

—¿No tienes ningún amigo en tu propio Clan? —espetó.

Corazón de Roble dio un paso atrás, sorprendido.

—Oí lo de Pelaje Nevado —maulló—. Lo siento.

—¿Qué tiene que ver eso con un gato del Clan del Río? —ella espetó.

Por una vez, el guerrero del Clan del Río parecía no tener palabras. La miró fijamente durante varios momentos, y luego murmuró:

—Estaría perdido si algo le pasara a Mandíbula Doblada.

—No tienes ni idea —Pelaje Azul se alejó, furiosa. ¿Cómo se atrevía a pretender saber lo que ella sentía?

—¿No es genial?

Pelaje Azul casi había chocado con Flor Dorada. La joven guerrera amarilla estaba mirando a los reunidos con ojos amplios y brillantes.

—¡Nunca había visto tantos gatos en una Asamblea! —continuó. Entonces vio a Pelaje Azul y se detuvo—. ¿Qué pasa?

—Corazón de Roble metió las narices donde no debe —gruñó Pelaje Azul.

—Ignóralo —Flor Dorada aconsejó—. Está tan lleno de sí mismo que no le queda espacio para cerebro.

Pelaje Azul resopló.

—¡Eso describe a ese saco de pulgas engreído!

—¡Mira! —Flor Dorada miraba la Gran Roca mientras los líderes saltaban a la cima—. ¡Están empezando! —se apresuró a alejarse, empujando a su Clan para llegar al frente.

Pelaje Azul se alegró de quedarse atrás.

Rosal se sentó a su lado.

—El Clan del Viento se ve regordete.

Pelaje Azul no lo había notado, pero ahora se dio cuenta de que los gatos del páramo parecían sanos y bien alimentados por una vez.

—Espero que no engorden demasiado para cazar conejos —murmuró ella—. No queremos que vuelvan a robar del bosque.

Rosal le dio un toque.

—No seas tan gruñona.

Estrella de Sol se dirigía a los Clanes.

—El Clan del Trueno tiene tres cachorros nuevos. —Murmullos de agradecimiento se extendieron por el Clan—. Y dos nuevos guerreros —el líder del Clan del Trueno miró a sus compañeros de Clan—. Corazón de León y Flor Dorada.

Los dos jóvenes gatos aguzaron las orejas y se enderezaron los bigotes cuando los Clanes aullaron sus nombres. Cuando los coreos se apagaron, Estrella de Sol continuó con su informe.

—Hemos perseguido a un zorro hasta el Poblado de los Dos Patas y hemos detenido las intrusiones de los mininos caseros.

Pelaje Azul se preguntó si alguna de las patrullas había visto a Estrella de Pino desde que se había ido.

—El Clan de la Sombra tiene una nueva curandera —era el turno de Estrella de Cedro. Señaló con la cabeza a la gata gris de pelo grueso y cara chata en la que Pelaje Azul se había fijado hacía varias lunas, en una Asamblea anterior—. Fauces Amarillas trabajará junto a Bigotes de Salvia a partir de ahora.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. Como Corazón de Halcón, Fauces Amarillas había sido una guerrera primero. Según su experiencia, eso era una combinación peligrosa. Los curanderos nunca deberían estudiar las habilidades de la batalla; deberían ser entrenados solo para curar y ayudar a sus compañeros de Clan.

Estrella de Granizo asintió con respeto.

—Bienvenida, Fauces Amarillas.

—Que el Clan Estelar ilumine tu camino —Estrella de Sol maulló.

Estrella de Brezo se adelantó.

—Rezo para que tus ancestros te guíen sabiamente en tus deberes.

La mirada de Pelaje Azul se dirigió al pie de la Gran Roca. Para su sorpresa, Manto Mellado, el lugarteniente del Clan de la Sombra, estaba estrechando los ojos hacia Fauces Amarillas. La gata gris le lanzó una mirada más aguda que el pedernal. ¿Acaban de discutir los dos compañeros de Clan? Pelaje Azul agitó las orejas. Fauces Amarillas no parecía ser alguien con quien fuera fácil llevarse bien. Pelaje Azul no envidiaba al Clan de la Sombra por tener que aguantarla como curandera después de Bigotes de Salvia.

Estrella de Brezo comenzó su informe.

—El Clan del Viento ha prosperado en esta estación de la hoja verde. Nunca habíamos visto tantos conejos en el páramo, y hemos aprovechado al máximo el abundante regalo del Clan Estelar.

Estrella de Granizo dio un paso adelante.

—El Clan del Río también ha disfrutado de unas ricas presas. El río ha estado lleno de peces y sus orillas repletas de presas. —Miró a su Clan y Pelaje Azul se dio cuenta de que el líder del Clan del Río estaba mirando directamente a Corazón de Roble—. Solo una nube ensombrece nuestro horizonte. —Señaló con la cabeza al guerrero del Clan del Río—. Corazón de Roble tiene más información.

Pelaje Azul resopló mientras Corazón de Roble saltaba a la Gran Roca.

—No tiene derecho a estar ahí arriba —siseó a Rosal.

Evidentemente, otros gatos estaban de acuerdo. La conmoción se extendió por los Clanes.

—Lo siento —comenzó Corazón de Roble, su voz se transmitió claramente a través de la hondonada—. No pertenezco aquí, pero con tantos gatos temía que no pudieran oírme desde ahí abajo. —Señaló con la cabeza la base sombría de la roca—. Espero que perdonen mi atrevimiento. No pretendo ofender.

Los murmullos cesaron. Las orejas se aguzaron y los hocicos se levantaron para escuchar lo que el joven guerrero del Clan del Río diría a continuación.

—Suave como una serpiente —gruñó Pelaje Azul.

—Lo sé —Rosal respiró—, y tan guapo.

—Realmente no crees…

—¡Shh! —Rosal la cortó—. Está hablando.

—Los Dos Patas han establecido un campamento en nuestro territorio. Sus guaridas son pequeñas, y cambian constantemente a medida que llegan nuevos Dos Patas y se van los viejos. Durante la estación de la hoja verde, dirigí las patrullas que vigilaban la intrusión —su maullido era tranquilo y claro. Su mirada rozó los Clanes, manteniendo la atención de todos los gatos—. Queríamos descubrir las intenciones de los Dos Patas, si esto era el comienzo de una invasión mayor o el inicio de un nuevo Poblado de los Dos Patas. Por lo que podemos decir, el nuevo campamento existe para albergar a Dos Patas sin guaridas adecuadas. Traen sus propias guaridas, hechas de suaves mantos que aletean, y se las llevan cuando se van. Aunque se alejan de su campamento y se han convertido en una molestia en un tramo del río, en su mayor parte parecen pacíficos y prefieren salir del territorio del Clan del Río. Hasta ahora ningún Dos Patas se ha acercado al campamento del Clan del Río. Pero tenemos planes para distraerlos si lo hacen.

Sonaron maullidos de aprobación de los Clanes.

—Sabia idea —murmuró Fauces de Víbora.

Cola Alta del Clan del Viento asintió a uno de sus compañeros de Clan.

—Parece que están manejando bien la situación.

Estrella de Granizo terminó el informe mientras Corazón de Roble se deslizaba discretamente de la roca.

—Los Dos Patas vienen menos seguido ahora que la caída de la hoja está aquí. Esperemos que el clima gélido de la estación sin hojas los aleje del todo.

—Vaya —Rosal se apoyó en Pelaje Azul—. ¿Por qué no tenemos un guerrero así en el Clan del Trueno? —suspiró.

Pelaje Azul fingió no saber a qué se refería Rosal.

—¿Como Estrella de Granizo?

—¡No, cerebro de ratón! —Rosal le dio un toque—. Como Corazón de Roble.

—Por si no te has dado cuenta, él es del *Clan del Río*. Puede que haya una tregua, pero todavía se supone que debemos ser leales a nuestros propios compañeros de Clan.

Pelaje Azul se sintió extrañamente incómoda al escuchar a Rosal estando en la luna por el guerrero del Clan del Río. «*¿Estoy celosa?*». Alejó ese pensamiento rápidamente. Los líderes estaban bajando de la Gran Roca. Parecía que la rica hoja verde había traído la armonía a los Clanes, y no había nada más que discutir. Tal vez estarían en casa antes de que Pequeño Tigre se durmiera, después de todo. Pelaje Azul subió la pendiente, adelantándose a sus compañeros de Clan. No quería escuchar más elogios para el joven guerrero del Clan del Río. Quería apartar a Corazón de Roble de su mente. Si no fuera por él, Pelaje Nevado estaría viva. Y, sin embargo, el recuerdo de su mirada a la luz de la luna persistía en su mente. Pelaje Azul recordó lo que le había dicho a Pelaje Nevado junto al río: "*El Clan del Río no puede ser tan malo, ¿verdad? Quiero decir, deben ser gatos como nosotros*".

Unos pasos sonaron en su cola cuando Estrella de Sol la alcanzó.

—¿Tienes prisa por llegar a casa? —le preguntó, resoplando ligeramente.

—Solo quiero llegar a mi lecho.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Bien —el maullido del líder del Clan del Trueno fue suave—. He notado que no has estado durmiendo bien.

«*¿Es de extrañar?*». El manto de Pelaje Azul se erizó una vez más.

—Me alegro de que hayas venido esta noche.

—¿Tenía alguna opción?

—Siempre tenemos opción —le recordó Estrella de Sol—. Creo que Estrella de Pino lo demostró.

Pelaje Azul no respondió. Se preguntó qué quería decir realmente el líder del Clan del Trueno.

—Por ejemplo —continuó.

«*Aquí vamos*».

—Puedes elegir si ayudar a tu Clan o ser una carga para él.

—No soy una carga.

Estrella de Sol no parecía interesado en las objeciones de Pelaje Azul.

—Puedes elegir si recordar a Pelaje Nevado apoyando tu barbilla en tus patas todo el día o siendo la guerrera que ella esperaría que fueras.

Se sentía como si hubieran tenido esta conversación antes. Sobre Flor de Luna.

—Has pasado mucho dolor para un gato —Estrella de Sol admitió—. Pero la vida continúa. Pequeño Blanquito se convertirá en un aprendiz y luego en un guerrero, y tú puedes elegir entre ayudarle en eso o dejar que lo resuelva por sí mismo. —El líder del Clan del Trueno la miró mientras cruzaban un claro inundado por la luz gris de la luna—. Tengo grandes esperanzas en ti, Pelaje Azul. Fuiste mi aprendiza, y siempre me sentiré tu mentor. Quiero que te esfuerces en convertirte en la mejor guerrera que puedas ser, porque creo que un día el Clan del Trueno necesitará de tus dones.

Pelaje Azul se detuvo y dejó que Estrella de Sol continuara sin ella. «*¿Sabe lo de la profecía?*». Seguramente no, o habría dicho algo. Además, arder por el bosque a la cabeza de su Clan no parecía tan emocionante ahora que Pelaje Nevado y Flor de Luna no podían compartir su éxito. ¿Realmente había creído la vaga profecía de Pluma de Ganso alguna vez? Pelaje Nevado había dicho que eran tonterías, solo las divagaciones de un viejo curandero malhumorado. Tal vez había tenido razón todo el tiempo.

Mientras sus compañeros de Clan se amontonaban a su alrededor en la cima del barranco, Pelaje Azul contemplaba el valle con las palabras de Pluma de Ganso resonando en su cabeza. “*Eres fuego, y arderás por el bosque. Pero cuidado: Incluso las llamas más poderosas pueden ser destruidas por el agua*”.



CAPÍTULO 30

Cuando llegó el sueño, lo hizo de forma furiosa y caótica con imágenes y sonidos. Pelaje Azul soñaba con estrellas que se arremolinaban sobre un bosque azotado por el viento. El vendaval tiraba de su pelaje mientras se desplazaba desde el páramo hasta el borde del desfiladero, donde se tambaleaba, mirando hacia el torrente espumoso que había más abajo. Una mancha de pelaje blanco giraba en las aguas, arrastrada por la corriente.

—¡Pelaje Nevado! —el chillido de pánico de Pelaje Azul fue azotado por el viento.

Abajo, su hermana desapareció, succionada por el agua, y luego lanzada de nuevo hacia arriba solo el tiempo suficiente para gritar:

—¡Pequeño Blanquito!

El horror se apoderó del corazón de Pelaje Azul cuando vio que una figura más pequeña giraba en la corriente más abajo.

—¡Mi hijo! —el aullido de Pelaje Nevado resonó desde las imponentes paredes de roca que canalizaban el agua en una furia hirviente.

—¡No! —Pelaje Azul corrió a lo largo del borde del acantilado, arrastrándose sobre las rocas, saltando salientes, dirigiéndose río abajo hacia donde sabía que el desfiladero se abría en aguas más tranquilas. Allí podría alcanzar a Pelaje Nevado y a Pequeño Blanquito, si las rocas dentadas que sobresalían en medio de la corriente no los golpeaban hasta la muerte.

Sentía su terror, percibía sus patas agitándose impotentes contra la enorme inundación mientras el agua los empujaba hacia abajo, llenándoles

los oídos, los ojos y la nariz. Sintió cómo sus pulmones adoloridos jadeaban mientras luchaban por alcanzar el aire. Sintió cómo sus frágiles cuerpos se estrellaban contra las rocas y eran arrastrados por las piedras, golpeados por una roca tras otra mientras la corriente los arrastraba sin piedad. Cuando el desfiladero terminaba y el agua fluía por las costas suavemente inclinadas, Pelaje Azul vadeó las aguas poco profundas y miró río arriba, buscando a Pelaje Nevado y a Pequeño Blanquito. El agua empapó su pelaje, intentó alejarla de los acantilados, pero ella clavó sus garras, agarrando el lecho del río y rezando al Clan Estelar. «*Debería ser yo la que se ahogara, no ellos. Ese es mi destino, no el de ellos*».

Pelaje Nevado apareció primero, lanzada fuera del cañón con la cabeza apenas por encima del agua.

—¡Salva a mi hijo! —su grito aterrorizado fue ahogado por las olas cuando el río la absorbió de nuevo.

—¡Pelaje Nevado! —histérica, Pelaje Azul trató de vadear hacia su hermana, pero el torrente la empujó hacia atrás.

Un trozo de pelaje blanco se balanceó hacia ella. «*Pequeño Blanquito*». Podía salvarlo. La pequeña forma se precipitó hacia ella, agitando sus patas, sus chillidos perforaban el aire. «*No te dejaré morir*».

Metiéndose hasta la barbilla, Pelaje Azul se abalanzó sobre él cuando pasó, agarrando su pelaje con los dientes y tirando de él. Agitó sus patas hasta que sintió el lecho del río bajo ellas, entonces lo arrastró, sin fuerzas, a la orilla.

—Ya estás a salvo —jadeó, tosiendo agua—. Todo está bien —su maullido se volvió feroz mientras le pedía que abriera los ojos—. ¡No dejaré que nada te haga daño, nunca!

Pero Pequeño Blanquito se quedó quieto, con el agua burbujeando en sus labios y brotando de su pelaje.

Pelaje Azul luchó contra una ola de pánico. «*¡Despierta! ¡Te salvé!*». Se estremeció al sentir el frío del agua corriendo en riachuelos por su cuello.

—¡Cagarrutas de ratón! —se quejó Manto Borroso—. El techo está goteando de nuevo.

Pelaje Azul se sentó de golpe. La lluvia estaba entrando en la guarida, goteando desde las ramas de tejo y empapando su pelaje. Saltó de su lecho y salió corriendo de la guarida.

—¡Pequeño Blanquito! —gritó mientras entraba en la maternidad a la sombra de la noche

Unos ojos brillaron en la oscuridad, redondos y alarmados.

—¿Pelaje Azul? —el maullido asustado de Ala de Petirrojo sonó desde la oscuridad—. ¿Qué pasa?

Pelaje Azul escaneó la guarida, buscando el pelaje níveo de Pequeño Blanquito.

—¿Dónde está? —preguntó.

«*Oh, Clan Estelar, ¡no puedo perderlo a él también!*».

—¡Pelaje Azul! —un maullido encantado sonó desde el lecho de Ala de Petirrojo y Pelaje Azul vio el pelaje de Pequeño Blanquito brillando en la oscuridad—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Es la mitad de la noche!

Corrió hacia él, acurrucándose alrededor de su pequeño cuerpo, envolviéndolo hacia ella y cerrando los ojos con gratitud. «*Gracias al Clan Estelar, solo era un sueño*».

—¡Uf, me estás aplastando! —Pequeño Blanquito protestó.

Se retorció, luego bostezó y se relajó contra el flanco de Pelaje Azul. Casi sin atreverse a respirar, Pelaje Azul lo observó dormir hasta que la luz del amanecer comenzó a filtrarse entre las zarzas.

El gatito se despertó con un sobresalto, con los ojos muy abiertos.

—Pensé que había soñado que venías a verme —chirrió—. Me alegro mucho de que estés aquí. Te he extrañado —se estiró para lamerle la mejilla y Pelaje Azul sintió una punzada de culpabilidad. ¿Cómo pudo haber querido abandonarlo? Él era todo lo que le quedaba para recordarle a Pelaje Nevado—. Mira lo que aprendí —Pequeño Blanquito se alejó de ella y se agachó en el suelo de la guarida, con la cola erguida y el vientre presionado sobre la suave tierra en una perfecta agachada de caza.

—Eso es genial —Pelaje Azul ronroneó—. ¿Quién te enseñó eso?

—Corazón de León —maulló Pequeño Blanquito con orgullo. Parpadeó hacia ella, con sus redondos ojos amarillos parecidos a los de su madre—. ¿Me enseñarás algunos movimientos de batalla?

—Cuando seas un poco mayor.

Pequeña Jaspeada estaba luchando por salir del lecho de Brisa Veloz. Las salpicaduras blancas de su pelaje carey brillaban en el pálido amanecer. Pequeño Blanquito se acercó a ella.

—¿Quieres que te enseñe la postura del cazador? —maulló.

Ella asintió y se agachó mientras Pequeño Blanquito le daba estabilidad a su cola.

—Tienes que mantenerla muy quieta —murmuró a través de su boca llena de pelo.

—Gracias por cuidarlo tan bien —maulló Pelaje Azul a Ala de Petirrojo.

La pequeña reina marrón levantó la cabeza. Pequeña Escarcha y Pequeña Pecas se revolvieron contra su vientre con maullidos de protesta.

—Es un cachorro encantador —ronroneó Ala de Petirrojo.

Pelaje Azul sintió que una piedra se alojaba en su garganta.

—Ojalá lo visitara más a menudo.

Ala de Petirrojo tocó el hombro de Pelaje Azul con la punta de su cola.

—Los cachorros perdona muy fácil —murmuró—. No recordará lo que no hiciste, solo lo que hiciste. Puedes cambiar todo si quieres.

Pelaje Azul la miró a los ojos ámbar.

—Sí quiero.

—¡Ataque! —Pequeño Blanquito emitió un aullido de advertencia y se lanzó contra Pelaje Azul. Sus pequeñas garras pincharon su manto mientras colgaba de su pelaje. Gruñendo como un tejón, pisoteó alrededor de la guarida, fingiendo que intentaba despistarlo mientras él chillaba de placer.

Un pelaje raspó en la entrada.

—¡Garra de Cardo! —Pequeño Blanquito saludó a su padre con un maullido de felicidad cuando el gato entró en la maternidad.

Garra de Cardo miró por encima de la cabeza de su hijo y frunció el ceño a Pelaje Azul.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Visitando a Pequeño Blanquito —Pelaje Azul se mantuvo firme mientras Garra de Cardo la miraba con desprecio.

—Estrella de Sol te quiere de patrulla —le dijo Garra de Cardo—. Deberías ir. —Entrecerró los ojos—. Cuanto antes, mejor.

Se volvió hacia Pequeño Blanquito y lo sacó de la maternidad con una fuerte pata.

—Ahora, joven guerrero, ¿estás listo para practicar esos movimientos de batalla que te mostré? —salió a empujones tras su hijo—. Nunca se sabe cuándo alguna bola de pelo sarnosa del Clan del Río va a entrar en el campamento.

Pelaje Azul lo siguió, con las orejas agitadas. Pequeño Blanquito era demasiado joven para el entrenamiento de batalla.

—¡Podría resultar herido! —protestó.

Garra de Cardo ya estaba instando al joven cachorro a levantarse sobre sus rechonchas patas traseras.

—Vamos, mi pequeño guerrero. A ver si puedes esquivar esto —acercó una pata a la oreja de Pequeño Blanquito.

Pelaje Azul los alcanzó.

—¡Alto! ¡No está listo!

Garra de Cardo curvó el labio.

—¿Cómo lo sabes? —desafió—. Apenas lo has mirado en la última luna.

Pelaje Azul se estremeció.

—Soy todo lo que tiene ahora —Garra de Cardo continuó—. Y yo lo educaré para que sea un guerrero del que el Clan pueda estar orgulloso.

—¡También me tiene a mí! —argumentó Pelaje Azul.

Pero Garra de Cardo ya estaba llevándose a Pequeño Blanquito. Pelaje Azul los vio irse, sintiéndose vacía.

El apestoso aliento de Pluma de Ganso agitó el pelaje de sus orejas.

—Un cardo tiene espinas filosas como garras —susurró—. No dejes que Pequeño Blanquito se lastime con ellas.

Pelaje Azul se volvió, pero el curandero ya estaba alejándose, murmurando para sí mismo como si no fuera consciente de que le había hablado. La frustración surgió en sus patas. ¿Por qué Pluma de Ganso siempre tenía que hablar con acertijos? ¿Le estaba advirtiendo sobre Garra de Cardo? ¿Seguramente Pequeño Blanquito estaba a salvo con su padre? Pelaje Nevado había confiado en él, y por eso Pelaje Azul había tratado de creer que el guerrero espinoso era fuerte y leal.

Volvió a mirarlo con la desconfianza erizando su pelaje.

Estaba instruyendo a Pequeño Blanquito de nuevo.

—Ahora, cuando te lances, intenta girar en el último momento.

¿Estaba el joven cachorro realmente preparado para un movimiento de batalla tan avanzado?

—¡Ahí estás, Pelaje Azul! —Estrella de Sol la llamó desde debajo de la Peña Alta—. Estoy organizando las patrullas.

Manto Borroso, Cola Moteada, Fauces de Víbora y Amapola del Amanecer estaban reunidos a su alrededor. Flor Dorada y Corazón de León se paseaban de un lado a otro.

Sacudiendo sus bigotes para aclarar sus pensamientos, Pelaje Azul se acercó a ellos.

—¿Dónde está Leonino?

El lugarteniente del Clan del Trueno organizaba las patrullas normalmente.

—Está enfermo —le dijo Estrella de Sol.

—¿No has notado lo delgado que se ve últimamente? —comentó Flor Dorada.

Pelaje Azul se dio cuenta de que durante demasiado tiempo no había notado mucho más allá de su propia pena.

—¿Bigotes Plumosos lo está tratando?

Estrella de Sol asintió.

—Dice que puede hacer que esté más cómodo.

—¿Sabe lo que está mal?

Los ojos de Estrella de Sol se oscurecieron.

—No, pero dice que este brote debería pasar en unos días, como los otros.

«*¿Leonino ha sufrido otros brotes de enfermedad?*».

Pelaje Azul se sintió de repente ansiosa. La estación sin hojas estaba delante como un león esperando en una emboscada. No era momento de estar enfermo.

—Garra de Cardo me dijo que me querías para una patrulla —le maulló a Estrella de Sol.

—La patrulla del alba ya se fue.

—Lo siento —la cola de Pelaje Azul cayó—. Iré con la siguiente.

Estrella de Sol se encogió de hombros.

—No importa. Me alegré de escuchar que estabas visitando a Pequeño Blanquito. —Miró al cachorrito blanco, que seguía entrenando con su padre—. Puedes ir a cazar con Garra de Cardo en su lugar.

El corazón de Pelaje Azul se hundió.

Al menos eso alejaría a Garra de Cardo de su hijo por un tiempo. No es que quisiera separar a Pequeño Blanquito de su padre, pero Garra de Cardo le estaba instando a hacer movimientos de batalla cada vez más complejos a pesar de que el joven gato empezaba a parecer cansado. Pequeño Blanquito ni siquiera había comido aún, y el sol se elevaba sobre los árboles.

«*Espero que tengas razón sobre él, Pelaje Nevado*».

El monstruo del cortatroncos gruñía en la distancia mientras Pelaje Azul seguía a Garra de Cardo a través de los pinos. En esta época del año, cuando el sotobosque en otras partes del territorio del Clan del Trueno estaba quebradizo y aplastado por la lluvia, el bosque desnudo alrededor del Pinar era un lugar tan bueno como cualquier otro para tratar de rastrear presas.

—Por supuesto, Estrella de Sol tendrá que hacer un movimiento en las Rocas Soleadas pronto —Garra de Cardo había estado proclamando que su

nuevo líder debería echar al Clan del Río desde el barranco, y Pelaje Azul estaba cansada de escuchar—. Los otros Clanes lo están esperando —continuó—. Pensarán que somos débiles si dejamos que esos cara de pescado se aferren a nuestro territorio a través de la estación sin hojas.

Pelaje Azul se detuvo cuando Garra de Cardo desapareció detrás de una pila de madera prolijamente apilada. Olió a ardilla. Se agachó con las orejas aguzadas y escuchó el correteo de sus pequeñas patas. Vio su pelaje gris balanceándose sobre el suelo del bosque cubierto de acículas. Apenas era lo suficientemente grande como para alimentar a los veteranos, pero cuanto antes atrapara algo, antes podrían volver al campamento. Solo el Clan Estelar sabía por qué Estrella de Sol los había enviado solos. ¿Esperaba que los parientes de Pequeño Blanquito se unieran mientras cazaban?

Frunció el ceño al pensar en ello y volvió su atención a la ardilla.

—¡Invasores! —el aullido de Garra de Cardo hizo que la ardilla se subiera a un árbol.

«*¡Cagarrutas de ratón!*».

Frustrada, Pelaje Azul saltó a la pila de madera cortada.

—¿Qué es? —miró a Garra de Cardo, que estaba escudriñando el bosque con los pelos erizados.

Cuando probó el aire, no pudo oler nada más que el agrio sabor del Poblado de los Dos Patas y el hedor a minino casero que lo acompañaba.

Garra de Cardo se dejó caer sobre su vientre.

—Invasión de mininos caseros —siseó—. Sígueme.

Molesta por su actitud mandona, Pelaje Azul bajó de un salto la pila de troncos y lo siguió. Solo había un ligero olor a minino casero, no era exactamente una invasión. No vio por qué Garra de Cardo estaba haciendo tanto alboroto.

—Huele a cachorro —señaló.

—Los cachorros se convierten en gatos —Garra de Cardo gruñó.

—No en una sola tarde.

Se volvió hacia ella.

—¿Quieres compartir nuestras presas con esos gordos malcriados?

—Eso no es lo que dije —resopló Pelaje Azul. Se sentó—. Volvamos a la caza.

Pero Garra de Cardo ya había cruzado la frontera y estaba corriendo hacia una cerca de Dos Patas. Se subió a ella y acechó por la parte superior.

—¡Vuelve! —Pelaje Azul siseó—. ¡Ese no es nuestro territorio!

—No hay marcas olorosas de minino casero que me adviertan que me mantenga lejos —escupió Garra de Cardo.

Ella se escabulló tras él.

—¡Baja la voz!

—¿Les tienes miedo?

—¡No veo por qué tienes que empezar una pelea!

Garra de Cardo bajó de un salto y se enfrentó a ella.

—¿Sabes cuál es tu problema, Pelaje Azul? Eres blanda. Blanda con los guerreros de otros Clanes y blanda con los mininos caseros. Te vi hablando con Corazón de Roble en la Asamblea. ¿Acaso te importa tu Clan en absoluto?

—¡Claro que sí! —Pelaje Azul siseó. ¿Cómo se atrevía a hacerla defender su lealtad?—. ¡Y no estaba teniendo una charla precisamente amistosa con Corazón de Roble!

—Bueno, necesito más pruebas antes de dejar que te acerques a Pequeño Blanquito —Garra de Cardo se dirigió de nuevo a los árboles.

Pelaje Azul se apresuró a seguirlo.

—¡Es mi pariente también!

—No estabas allí cuando te necesitaba —gruñó Garra de Cardo—. Yo sí estuve. Solo mantente lejos de él… o te obligaré.



CAPÍTULO 31

Pelaje Azul curvó el labio.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —gruñó.

Sin esperar su respuesta, se dio la vuelta y corrió de nuevo por el bosque. Garra de Cardo podía terminar la patrulla él solo.

—¿Volviste tan pronto? —Estrella de Sol estaba trepando a la cima del barranco cuando lo alcanzó.

Pelaje Azul no había preparado una excusa. Lo miró con la boca entreabierta.

—¿No hay presas? —Estrella de Sol presionó.

¿Cómo podía contarle la amenaza de Garra de Cardo? ¿Quién iba a creer que un guerrero leal le diría algo así a su compañera de Clan? Ella misma apenas lo creía.

—Las presas eran escasas, así que volví antes para pasar tiempo con Pequeño Blanquito.

Una excusa poco convincente, pero al menos era parcialmente cierta.

Estrella de Sol inclinó la cabeza hacia un lado.

—Me alegro —maulló—. Serás buena para él. —Hizo una pausa—. Hoy te pareces más a tu antiguo yo.

«*¿En serio?*». Lo miró fijamente, esperando que fuera cierto.

—Ve a ver a Pequeño Blanquito —le dijo enérgicamente—. Creo que para cuando él se convierta en aprendiz, tú estarás lista para tener al tuyo propio. Ayudar a criar a Pequeño Blanquito te dará una práctica que vale la pena.

—Gr-gracias —Pelaje Azul se sorprendió por la calidez del líder del Clan del Trueno. Temía no haber hecho nada para ganárselo. Deslizó sus patas sobre el borde del barranco y saltó hacia abajo.

—¡La próxima vez, sin embargo, no abandones las presas! —Estrella de Sol la llamó.

—¡No lo haré! —prometió.

Pequeño Blanquito estaba profundamente dormido cuando entró en la maternidad.

—Estaba cansado después de mamar —se disculpó Ala de Petirrojo—. Creo que Garra de Cardo lo agotó.

Pelaje Azul lo acarició suavemente y él se revolvió en su sueño y apoyó su pequeña pata contra su hocico. Era tan suave como la cola de un conejo. Pelaje Azul respiró su aroma, tan parecido al de su hermana, y salió de la maternidad.

—¿Cómo van las presas? —el maullido de Manto de Tordo la sorprendió.

—No muy bien.

—¿A dónde fuiste?

—Al pinar.

Manto de Tordo miró más allá de su hombro hacia la maternidad.

—¿Cómo está Pequeño Blanquito?

—Bien.

—Tiene suerte de tenerte para cuidar de él.

—No lo sé —Pelaje Azul se miró las patas—. No lo he hecho muy bien hasta ahora.

—Has tenido que lidiar con muchas cosas —su mirada se volvió suave—. Creo que serías una gran madre.

Pelaje Azul abrió la boca, buscando palabras, con sus orejas calientes. Manto de Tordo movió las patas como si se arrepintiera de lo que había dicho.

—¡Ahí está Rosal! —aliviada al ver a su compañera de guarida pasar con un campañol en las mandíbulas, Pelaje Azul se alejó de un salto y cayó a su lado.

Rosal dejó caer el campañol en la pila de carne fresca.

—Tú y Manto de Tordo hacen una gran pareja.

Pelaje Azul retrocedió. Había estado esperando para escapar de la vergüenza, no hacerla peor.

—Él-él es un buen amigo —soltó—. Pero no somos pareja.

—¿En serio?

—Estoy demasiado ocupada con Pequeño Blanquito como para preocuparme por cosas así —murmuró Pelaje Azul.

—Pero debes de tener tiempo para buscar pareja, y Manto de Tordo está obviamente interesado en ti.

—El cachorro de Pelaje Nevado es más importante —Pelaje Azul insistió—. Ahora que no tiene madre, me toca cuidar de él.

De ninguna manera iba a dejar que Garra de Cardo fuera la mayor influencia en su vida. Ser un gato de Clan era más que pelear y echar a los intrusos. Eso es lo que había matado a Pelaje Nevado.

Rosal seguía charlando.

—Acabo de ver a Leonino —informó—. Está en la guarida de los curanderos. Dice que está demasiado enfermo para comer. Tal vez deje de ser lugarteniente del Clan.

—¿Qué? —Pelaje Azul salió de sus pensamientos.

—Estrella de Sol tendrá que nombrar a alguien más.

Pelaje Azul parpadeó.

—¿Cola de Tormenta? —el guerrero gris estaría encantado.

—¿O Fauces de Víbora? —Rosal sugirió.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. El lugarteniente necesitaba tener sabiduría además de coraje. No es que Fauces de Víbora tuviera cerebro de ratón, pero solo veía hasta la batalla y nunca más allá.

—Tal vez Garra de Cardo.

La nueva sugerencia de Rosal hizo que Pelaje Azul jadeara.

—¡Es demasiado joven!

—Dice que va a ser el lugarteniente más joven que los Clanes han visto jamás.

—No puede ser.

—Habla de ello todo el tiempo —Rosal maulló—. ¡Lugarteniente! —resopló—. ¡Como si Estrella de Sol le diera la oportunidad de llevarnos a todos a la batalla con un movimiento de cola!

* * *

Manteniendo rígidamente su encuentro con Manto de Tordo fuera de su mente, Pelaje Azul hurgó en el lecho de Patas Susurrantes y arrancó el último trozo de musgo. Al no haber aprendices en el Clan, los guerreros más jóvenes se turnaban para limpiar la guarida de los veteranos. Como Pelaje Azul había regresado temprano de su patrulla matutina, se había ofrecido para atender a los veteranos ella sola.

—Corazón de León va a traer helechos frescos más tarde —le dijo.

—Bueno, espero que no sea mucho más tarde —se quejó Bigotes de Hierba—. Casi no me has dejado nada para descansar.

Canto de Alondra ronroneó.

—Tienes un montón de relleno para mantenerte cómodo hasta entonces.

Era cierto; después de una estación de la hoja verde rica en presas, Bigotes de Hierba estaba más gordo que nunca.

—Le prometí a Bigotes Plumosos que también los revisaría en busca de garrapatas —maulló Pelaje Azul.

Manto de Piedra sacudió su amplia cabeza.

—Podemos hacerlo nosotros mismos —le aseguró.

—Pero, ¿y si…?

—Si encontramos alguna, iré a Bigotes Plumosos por la bilis yo mismo.

—Gracias —Pelaje Azul estaba agradecida.

Quería estar en el bosque patrullando y cazando para su Clan. Tenía mucho que hacer para ponerse al día.

Justo entonces, sin embargo, Estrella de Sol llamó desde el exterior del árbol caído:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan bajo la Peña Alta.

Pelaje Azul se preguntó por qué seguía usando la llamada tradicional de Estrella de Pino al Clan; todos sabían que Pequeña Escarcha, Pequeña Pecas, Pequeña Jaspeada, Pequeña Sauce y Pequeña Rojo saldrían de la maternidad para averiguar qué estaba pasando, aunque no tuvieran edad suficiente para reconocer una presa, y mucho menos para atraparla.

Pequeño Tigre ya estaba en medio del claro, mirando a Estrella de Sol, cuando Pelaje Azul se abrió paso desde la maraña de ramas. Brisa Veloz y Ala de Petirrojo salían a toda prisa de la maternidad, con sus cachorros escurriéndose a su lado, con los ojos brillantes de emoción. Manto Borroso y Ojo Blanco estaban sobre sus patas junto a la parcela de ortigas. Corazón de León y Flor Dorada arrastraban un fardo de helechos por la entrada del campamento; lo abandonaron junto a la barrera de aulagas y se apresuraron a reunirse con sus compañeros de Clan. Fauces de Víbora se había estirado fuera de la guarida de los guerreros, y Amapola del Amanecer y Cola Pintada habían estado charlando con Vuelo de Viento y Cola Moteada en el borde del claro. Todos ellos fueron a reunirse con Bigotes Plumosos y Pluma de Ganso, que se sentaron junto a Manto de Gorrión con las colas envueltas cuidadosamente sobre las patas.

Mientras Pelaje Azul se acomodaba junto a Rosal, notó a Leonino, delgado y tembloroso, agazapado en el túnel de helechos, con las sombras moteando su pelaje apagado.

El Clan miró expectante al líder del Trueno.

—Compañeros de Clan, es hora de dar la bienvenida a un nuevo aprendiz. —Estrella de Sol, con los ojos fijos en Pequeño Tigre, bajó de la Peña Alta y le hizo una seña al joven gato hacia adelante.

Patas de Leoparda se estremeció de orgullo cuando el líder del Clan del Trueno continuó.

—Pequeño Tigre tiene seis lunas y está más que listo para comenzar su entrenamiento. A partir de hoy, hasta que se gane su nombre de guerrero, será conocido como Zarpa de Tigre.

Pelaje Azul se inclinó hacia delante, ansiosa por saber quién sería su mentor. Apenas esa mañana, Estrella de Sol había insinuado que Pelaje Azul estaba casi lista para su propio aprendiz.

—Garra de Cardo será su mentor.

El espinoso guerrero se adelantó, con la cola en alto, y apretó su ancho hocico contra la cabeza de Zarpa de Tigre.

—¡Zarpa de Tigre! Zarpa de Tigre!

Mientras el Clan aclamaba su nombre, Pelaje Azul trató de alejar una punzada de decepción. ¿Por qué Estrella de Sol había elegido a Garra de Cardo en vez de a ella? No había sido un guerrero durante tanto tiempo, y ¿no veía Estrella de Sol lo peligroso que podía ser?

Rosal se inclinó más cerca, con su aliento cálido en el oído de Pelaje Azul.

—Ahora va a estar aún más convencido de que será el próximo lugarteniente —susurró.

Un escalofrío recorrió el manto de Pelaje Azul y desenvainó sus garras, sintiendo una extraña punzada, como si estuviera a punto de entrar en batalla.

Algo pequeño la rozó desde atrás. Se giró para ver a Pequeño Blanquito, que se había alejado sigilosamente de sus compañeros de guarida.

—Me alegro de que no haya hecho a Zarpa de Tigre tu aprendiz —maulló—. Quiero que tú seas *mi* mentora.

Pelaje Azul miró a Estrella de Sol. La observaba, con los ojos entrecerrados. Asintió muy levemente como si estuviera de acuerdo con el pequeño cachorro blanco. Pronto sería una mentora. ¿Pero sería lo suficientemente pronto como para permitirle convertirse en la próxima

lugarteniente del Clan? La barriga se le apretó cuando vio a Leonino volver a caminar inestablemente por el túnel de helechos.

Amapola del Amanecer se adelantó mientras Estrella de Sol continuaba.

—Tengo un anuncio más —maulló el líder del Clan del Trueno—. Amapola del Amanecer ha decidido mudarse a la guarida de los veteranos.

Pelaje Azul parpadeó. No se había dado cuenta de que Amapola del Amanecer era tan vieja, aunque ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que la gata marrón oscuro solía ir detrás de las patrullas y traía a casa carne fresca más pequeña y débil que sus compañeros de Clan. Por primera vez notó manchas grises alrededor del hocico de la guerrera.

Amapola del Amanecer bajó la cabeza.

—Estoy agradecida a mi Clan por haberme dado la oportunidad de servirles durante tanto tiempo, y por la vida pacífica que tendré como veterana —maulló formalmente.

Sus compañeros de Clan se amontonaron a su alrededor, rozando sus hocicos con el suyo, moviendo las colas.

Zarpa de Tigre se abrió paso entre la multitud y tocó con su nariz la de Amapola del Amanecer.

—¡Cuidaré de ti mejor que cualquier otro aprendiz! —prometió.

—Eso no será difícil —susurró Rosal—. Teniendo en cuenta que es el único.

Los bigotes de Pelaje Azul se movieron divertidos, pero no pudo evitar admirar el afán del joven gato, recordando lo mucho que a ella le habían molestado las tareas aburridas como limpiar guaridas. Zarpa de Tigre estaba ciertamente decidido a vivir según el código guerrero. Solo rezaba para que Garra de Cardo no le enseñara que luchar era más importante que cuidar de sus compañeros de Clan.

—Finalmente —Estrella de Sol tenía un anuncio más—, mientras Leonino esté enfermo, Fauces de Víbora lo sustituirá como lugarteniente.

Cola de Tormenta asintió a su compañero de guarida mientras Fauces de Víbora hinchaba el pecho.

—Leonino volverá a sus tareas una vez que se haya recuperado —añadió Estrella de Sol.

Unas miradas incómodas se lanzaron entre Cola de Tormenta, Manto Borroso y Fauces de Víbora. Estaba claro que los guerreros más veteranos no estaban tan seguros de la recuperación de Leonino como lo estaba su líder.

Pluma de Ganso se adelantó.

—Necesito ayuda para recoger hierbas —anunció.

El Clan lo miró fijamente. Pelaje Azul supuso que estaban tan sorprendidos como ella de que el curandero volviera a actuar como tal.

—¿Pelaje Azul? —Pluma de Ganso inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Quieres venir?

Pelaje Azul miró a Estrella de Sol, esperando su permiso. El líder del Clan del Trueno asintió. La ansiedad revoloteó en su vientre. ¿Por qué Pluma de Ganso la había elegido? No se sintió muy cómoda mientras seguía al gato que se adentraba en el bosque. ¿Quería hablar de la profecía? Supuso que se había olvidado, y empezaba a pensar que solo había sido una de sus locas predicciones que se habían quedado en nada. Si no se trataba de la profecía, tal vez el Clan Estelar le había hablado de su encuentro con Corazón de Roble y de los sentimientos que él había despertado en ella y que se había esforzado por ignorar. El Clan Estelar, después de todo, lo vio todo. ¿Por qué *no* iban a compartirlo con el curandero del Clan?

—Veo que te has interesado por Pequeño Blanquito —observó Pluma de Ganso mientras subían por una frondosa ladera.

—Es mi pariente —maulló ella.

—Yo también lo soy —le recordó él—, pero a mí no me visitas.

«*Eso es porque estás más loco que una liebre*».

Ella apartó el pensamiento, de repente asustada de que él pudiera leer su mente.

—Me alegro de que estés pendiente de él —el curandero continuó—. Tiene un buen corazón, pero los cachorros son fáciles de influenciar.

¿Le estaba advirtiendo de nuevo sobre Garra de Cardo? Quiso preguntarle directamente, pero no se atrevió. Después de todo, Garra de Cardo era un guerrero leal que no había hecho más que proteger y alimentar a su Clan. Sus preocupaciones podrían sonar raras.

—¿Has pensado en la profecía? —preguntó.

¡Así que *sí* se había acordado!

Ella asintió.

—Bien —Pluma de Ganso se detuvo junto a una pequeña y frondosa planta que olía a frescura. Pelaje Azul arrugó la nariz cuando comenzó a arrancar hojas con sus patas—. Recógela así —ordenó—. No uses los dientes, o tu lengua estará adormecida durante días.

Pelaje Azul asintió y comenzó a arrancar las hojas. Eran sorprendentemente fuertes para unas hojas de aspecto tan exuberante, y se encontró con que tenía que tirar con fuerza para arrancarlas. Pluma de

Ganso se acercó a un abedul plateado liso y empezó a arrancar tiras de la corteza con sus hábiles garras. Las tiras se enroscaron en un montón a su lado.

—¿Has pensado en ser la próxima lugarteniente del Clan? —preguntó, sin mirar a su alrededor.

Pelaje Azul dudó. ¿Debía admitir su ambición? Todavía era joven. ¿Pensaría que era codiciosa?

—Así que lo has hecho —concluyó Pluma de Ganso—. Eso es bueno.

—Pero aún no he tenido un aprendiz —Pelaje Azul señaló—. Es imposible que Estrella de Sol me haga lugarteniente. Soy demasiado joven.

—Leonino no va a morir todavía —dijo el curandero con voz ronca—. Todavía hay tiempo. Pero vas a tener que trabajar para ello.

Pelaje Azul no estaba convencida.

—Hay muchos guerreros más experimentados que yo. Fauces de Víbora, por ejemplo.

—Estrella de Sol quiere un gato con juventud y energía para servir a su lado —Pluma de Ganso peló otro rizo de corteza plateada—. Si quiere consejo, puede acudir a los guerreros mayores cuando quiera. No tiene que hacerlos lugartenientes para eso. Su lugarteniente debe ser un gato que él sienta que puede entrenar, un gato que no esté anclado a las viejas costumbres, un gato que esté abierto a nuevas ideas.

—¿Alguien como Garra de Cardo? —aventuró Pelaje Azul.

Pluma de Ganso gruñó.

—Ese joven guerrero es la razón por la que *tienes* que volverte lugarteniente. La sangre yace en su camino. El fuego yace en el tuyo.

Pelaje Azul dejó de arrancar hojas al sentir que la mirada del curandero quemaba su pelaje. La miraba fijamente, con los ojos encendidos.

—¡No debes concentrarte en *nada* más! —siseó—. ¿Qué podría ser mejor en esta época de amargas heladas que un fuego ardiente? Tu Clan te necesita. ¡No dejes que *nada* te distraiga!

¿Se refería a Pequeño Blanquito? ¡Seguramente no! Acababa de animarla a ayudar a criar al joven gatito. ¿Pero a qué otra cosa podría referirse? «*¿Corazón de Roble?*».

—Llévate estas hierbas —Pluma de Ganso empujó sus rizos de corteza sobre el montón de hojas de Pelaje Azul—. Y déjame en paz.

Mareada por la sorpresa, Pelaje Azul apenas sintió el sabor de las hierbas mientras las agarraba con sus mandíbulas y volvía al campamento con paso inseguro. ¿Era esto parte de la profecía? Si Pelaje Nevado

estuviera viva, podría hablar con ella al respecto. Pelaje Nevado podría entender las advertencias del curandero. Incluso si no las creía, su honestidad podría ayudar a Pelaje Azul a desenredar el revoltijo de emociones que bullían en su vientre.

Un pelaje gris arena brilló a través de una franja de helechos.

«*Manto de Tordo*».

—¡Hola! —la saludó cálidamente—. ¿Puedo ayudar?

Con la boca llena, Pelaje Azul asintió y dejó caer parte de su carga. Manto de Tordo la recogió y se alejó hacia el barranco. Pelaje Azul se preguntó si había estado esperando por ella. Sintió una punzada de arrepentimiento. ¿Por qué no podía despertar en ella el mismo sentimiento que Corazón de Roble?

Bajaron el barranco y llevaron las hierbas a la guarida de curandería. Al dejarlas en las patas de Bigotes Plumosos, Pelaje Azul vio el pelaje húmedo de Leonino asomando por un lecho excavado en la pared de helechos.

—¿Va a estar bien? —susurró.

—Estas hierbas deberían ayudar —Bigotes Plumosos respondió.

“*Leonino no va a morir todavía*”. Las palabras de Pluma de Ganso resonaron en los oídos de Pelaje Azul. Pero había urgencia en las palabras del curandero. Leonino no iba a vivir para siempre, y ella tenía que estar preparada.

Manto de Tordo la estaba esperando cuando salió del túnel de helechos.

—Entonces, ¿quién crees que será nuestro próximo lugarteniente?

Pelaje Azul lo miró sorprendido. ¿La había oído hablar con Pluma de Ganso?

—¿Qué?

—Bueno, Bigotes Plumosos solo dijo que las hierbas *ayudarían*. No dijo que Leonino iba a estar bien.

«*No escuchó nada. Gracias al Clan Estelar*».

—Supongo.

—Garra de Cardo tiene su corazón puesto en ello —Manto de Tordo continuó.

«*¿Soy la único gata en el Clan del Trueno que teme las ambiciones de Garra de Cardo?*».

—Pero —maulló Manto de Tordo pensativo—, hay muchos guerreros veteranos entre los que elegir. Fauces de Víbora es la opción lógica.

—A menos que Estrella de Sol prefiera la juventud a la experiencia.

Pelaje Azul se encontró usando el argumento de Pluma de Ganso.

Manto de Tordo la miró.

—No había pensado en eso —su nariz se movió mientras se acercaban al montón de carne fresca.

Dos jugosos gorriones yacían encima.

—¿Tienes hambre?

¿No tenía Manto de Tordo el más mínimo interés en ser lugarteniente? Ciertamente no tenía el fuego y la ambición de Corazón de Roble; estaba claro, por la forma en que el guerrero del Clan del Río se había dirigido a los Clanes desde la Gran Roca, que él mismo planeaba ser líder algún día.

Pelaje Azul movió sus patas, aliviada de ver a Rosal comiendo sola.

—Será mejor que le haga compañía a Rosal —maulló rápidamente y, agarrando un gorrión, se apresuró a unirse a su amiga.

Se cruzó con Cola de Tormenta y Cola Moteada en su lugar habitual junto al parche de ortigas, compartiendo una ardilla. Pasaban tanto tiempo juntas ahora que la mayoría del Clan estaba esperando un anuncio sobre cachorros, pero Pelaje Azul había oído a Amapola del Amanecer decirle a Brisa Veloz que algunas gatas nunca tenían cachorros, por mucho que los desearan.

Pelaje Azul continuó por el campamento. Manto de Gorrión y Manto Borroso estaba parcheando la maternidad con hojas recién caídas.

Ala de Petirrojo había sacado a Pequeño Blanquito de la maternidad y lo estaba lavando.

—¡Hola, Pelaje Azul! —chilló, tratando de esquivar la lengua de Ala de Petirrojo, pero ésta tiró de él y lo mantuvo quieto con una pata firme.

Rosal levantó la mirada cuando Pelaje Azul se acercó.

—*Nunca* vi a ningún gato tan decepcionado —estaba mirando a Manto de Tordo, que parecía perdido junto al montón de carne fresca.

—*Cállate* —Pelaje Azul arrojó su gorrión en el suelo y se acostó.

—¿Qué te pasa? —Rosal exigió—. *Yo* desearía tener un gato siguiéndome así.

—No tengo tiempo para un pareja.

La mirada de Rosal se agudizó.

—Tienes el ojo puesto en ser lugarteniente, ¿no?

Las orejas de Pelaje Azul ardían.

—¿Y qué si lo tengo?

Rosal se encogió de hombros.

—Bueno, no muchos gatos llegan a ser lugartenientes, así que no te pierdas otras cosas mientras esperas.

Mientras se lavaba la cara después de comer, Pluma de Ganso entró en el claro, con abrojos en su pelaje. Tomó un trozo de carne fresca y comenzó a devorarlo.

—¿Tiene que comer tan ruidosamente? —Pelaje Azul se quejó, sintiendo náuseas.

Intentó imaginar a Pluma de Ganso como un joven aprendiz en forma, pero no pudo. Probablemente había nacido como un tejón viejo y tambaleante. Era difícil de creer que él y Flor de Luna hubieran sido hermanos en la misma camada.

Zarpa de Tigre irrumpió desde el túnel de aulagas, con los ojos brillantes. Garra de Cardo entró a su lado. Debían de haber estado entrenando. Zarpa de Tigre aún estaba lleno de energía.

—¿Podemos practicar esos movimientos de batalla de nuevo? —le preguntó a su mentor.

—Practica tú solo un rato —Garra de Cardo se dirigió a la pila de carne fresca.

—¿Pero con quién voy a luchar? —Zarpa de Tigre llamó tras él.

—Usa tu imaginación —respondió Garra de Cardo.

Zarpa de Tigre miró el claro a su alrededor. Pelaje Azul se puso rígida cuando la mirada del joven aprendiz se posó en Pequeño Blanquito, dormitando junto a Ala de Petirrojo bajo el sol de la tarde. El alivio la inundó cuando su mirada siguió adelante.

—Podría luchar contra todo un Clan de enemigos —se burló ante ningún gato en particular.

Amapola del Amanecer estaba arrastrando helechos por el claro. Levantó la mirada.

—Más vale que el Clan del Río tenga cuidado —ronroneó.

Patas de Leoparda trotó desde la guarida de los guerreros.

—Volviste —maulló feliz. Olfateó el manto de su hijo—. ¿Alguna herida?

—Todavía no —Zarpa de Tigre sonó decepcionado—. Pero aprendí un nuevo movimiento. ¡Mira esto! —saltó al aire con sus patas traseras, luego aterrizó con un giro y un tajo de una pata delantera.

Pequeña Pecas y Pequeña Escarcha se habían deslizado fuera de la maternidad para observar al joven gato. Los ojos de Pequeña Escarcha eran enormes y redondos de admiración.

—¡Muy bien! —llamó Fauces de Víbora desde el parche de ortigas.

Cola de Tormenta asintió.

—Ni yo podría hacerlo mejor.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. La fuerza en los hombros del joven gato era impresionante y sus garras parecían haber crecido más que todo su cuerpo. Habían dejado cicatrices en la tierra tan profundas que la hacían temblar.

Solo Pluma de Ganso no levantó la mirada para admirar a Zarpa de Tigre. Se encorvó más sobre su carne fresca.

—Lo siento, Clan Estelar —murmuró—. Ese gato no debería haber sobrevivido. Esto nunca debió ocurrir.

Asustada, Pelaje Azul miró a su alrededor. Ninguno de los otros gatos parecía haberle oído. Solo ella. «*¿Pluma de Ganso cree que Zarpa de Tigre debería haber muerto?*».



CAPÍTULO 32

—¡Mira! —Pequeño Blanquito trotó por el claro y lanzó una bola de musgo a Pequeña Escarcha—. Encontré otra.

Pequeña Escarcha se agachó, dispuesta a abalanzarse, pero Pequeña Pecas pasó por delante de ella y le quitó la bola con la pata. Pequeña Jaspeada, Pequeño Rojo y Pequeña Sauce estaban sentados como tres búhos bebé afuera de la maternidad, con los ojos fijos en el musgo mientras los cachorros mayores lo lanzaban de un lado a otro.

Pelaje Azul ronroneó cuando la pelota rodó hasta sus patas. La enganchó y la sostuvo en alto, haciendo que los cachorros saltaran por ella.

Ala de Petirrojo y Brisa Veloz estaban dormitando bajo el pálido sol de la estación sin hojas. Ala de Petirrojo abrió un ojo.

—Gracias por mantenerlos ocupados, Pelaje Azul.

—¡Lo disfruto! —lanzó la bola de musgo al aire y observó a los cachorros luchar por ella.

Era más fácil jugar con Pequeño Blanquito ahora que Garra de Cardo estaba tanto tiempo fuera con Zarpa de Tigre. Hacía trabajar mucho a su aprendiz, despertándolo antes del amanecer y ejercitándolo en la hondonada arenosa siempre que no estaban patrullando o cazando. Zarpa de Tigre había crecido tan rápido que parecía un guerrero después de solo una luna de entrenamiento. Pelaje Azul solo deseaba que no tuviera que mostrar tanto sus habilidades de batalla en el campamento.

—¡Enséñame un movimiento de batalla! —le rogaba Pequeño Blanquito a diario.

—No eres lo suficientemente mayor —le decía ella.

Iba a asegurarse de que llegara a ser un guerrero sin ninguna lesión grave. Se lo debía a él y a Pelaje Nevado.

—¡Lánzala de nuevo! ¡Lánzala de nuevo! —Pequeña Escarcha volvió rebotando, con la bola de musgo sacudiéndose de sus mandíbulas. La dejó caer en las patas de Pelaje Azul y miró suplicante—. Por favor.

Pelaje Azul la recogió y la colgó de una de sus garras, sus bigotes se movieron de diversión mientras miraba a los cachorros mirar fijamente la masa de musgo. Luego lo arrojó al otro lado del claro y los cachorros se alejaron, levantando polvo.

—¿Pelaje Azul? —Estrella de Sol se acercó a ella—. Quiero que encuentres a Garra de Cardo y Zarpa de Tigre en la hondonada arenosa. —Miró al sol, que se elevaba en el cielo azul lechoso.

Pelaje Azul ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

Estrella de Sol parecía solemne.

—He estado recibiendo informes de mininos caseros cruzando la frontera, y quiero que vayas con ellos a investigar.

Pelaje Azul sabía exactamente quién había hecho los informes. Garra de Cardo había estado buscando una pelea con un minino casero durante lunas. Más aún desde que se convirtió en el mentor de Zarpa de Tigre, como si quisiera asegurarse de que Zarpa de Tigre entendiera que los mininos caseros eran sus enemigos. ¿Le preocupaba que el joven gato siguiera los pasos de su padre?

Pelaje Azul inclinó la cabeza hacia el líder del Clan del Trueno y se dirigió a la entrada del campamento.

Pequeño Blanquito la persiguió.

—¿A dónde vas?

—Solo a revisar la frontera —explicó ella.

—¿El Clan del Río está invadiendo de nuevo? ¿O el Clan de la Sombra? —Pequeño Blanquito se irguió sobre sus patas traseras y dio un zarpazo al aire.

Pelaje Azul se preguntó si había aprendido ese movimiento de batalla de Zarpa de Tigre.

—Solo algunos mininos caseros husmeando.

—¿Vas a hacerlos pedazos?

—Solo son mininos caseros —le dijo Pelaje Azul—. Un siseo debería ser suficiente para hacerlos correr.

Pequeño Blanquito suspiró.

—Me gustaría poder ir contigo.

—Otras pocas lunas y lo harás —Pelaje Azul prometió—. Ahora corre a jugar con tus compañeras de guarida para que Ala de Petirrojo y Brisa Veloz puedan descansar.

Pequeño Blanquito se alejó, y Pelaje Azul se dirigió a la hondonada de entrenamiento.

* * *

—Ahora arremete contra mí —ordenó Garra de Cardo.

Pelaje Azul pudo ver al dúo a través de los arbustos justo delante de ella.

Mostrando los dientes, Zarpa de Tigre se abalanzó sobre Garra de Cardo, golpeando su flanco. Garra de Cardo se giró y lanzó a su aprendiz con un fuerte golpe que dejó a Zarpa de Tigre tambaleándose.

—¡Cerebro de ratón! —gruñó Garra de Cardo—. Deberías haberlo visto venir.

Zarpa de Tigre sacudió la cabeza, con aspecto aturdido.

—Déjame intentarlo de nuevo —suplicó.

Pelaje Azul se apresuró a interrumpir. No podía ver un entrenamiento tan brutal. Estaba segura de que Patas de Leoparda no tenía ni idea de que el mentor de Zarpa de Tigre era tan duro con su hijo. ¿Debía avisar al líder del Clan del Trueno de lo que estaba pasando?

Se estremeció, agradecida de que Garra de Cardo no pudiera entrenar a Pequeño Blanquito.

—¡Garra de Cardo! —llamó antes de que Zarpa de Tigre pudiera lanzar otra embestida contra su mentor.

Ambos gatos se giraron, y sus ojos se entrecerraron al verla.

—¿Qué pasa? —exigió Garra de Cardo.

—Estrella de Sol quiere que revisemos la frontera en busca de mininos caseros —le dijo ella.

Su mirada oscura se iluminó.

—¡Por fin! —saltó hacia los árboles—. Vamos, Zarpa de Tigre —llamó por encima de su hombro—. Vamos a probar algunos de esos movimientos de batalla en serio.

Con las patas pesadas, Pelaje Azul lo siguió.

Mientras se acercaban al Poblado de los Dos Patas, Garra de Cardo le hizo una señal a Zarpa de Tigre.

—Adelántate y busca olores —ordenó.

Zarpa de Tigre se apresuró, dejando a Garra de Cardo y a Pelaje Azul solos.

—Sé lo que estás haciendo —Garra de Cardo gruñó.

Pelaje Azul se alarmó por la ferocidad de su maullido.

—¿Qué?

—Jugando con Pequeño Blanquito cada vez que le doy la cola.

—¡Es mi *pariente*! —espetó ella, con la ira surgiendo en sus patas.

—¡Es mi *hijo*! —él replicó—. ¡Recuerda eso! Puedo detener tus tontos juegos cuando quiera.

—¿Cómo? —desafió Pelaje Azul.

Garra de Cardo le dirigió una mirada amenazante.

—Ahora mismo, te estoy dejando jugar con él. Pero en el momento en que crea que lo estás ablandando, los juegos terminarán, ¿entiendes?

Pelaje Azul lo fulminó con la mirada, pero Garra de Cardo continuó:

—¡Es mi hijo, no el tuyo!

Picada, Pelaje Azul abrió la boca para decirle exactamente lo que pensaba de sus métodos de crianza de cachorros.

—¡Olor de minino casero! —Zarpa de Tigre volvió aullando—. ¡Vamos!

El joven atigrado oscuro los condujo a una franja escasa de bosque no lejos de una fila de brillantes guaridas rojas de Dos Patas. La luz se filtraba a través de las ramas desnudas, rayando el suelo del bosque.

Zarpa de Tigre empezó a olfatear mechones de hierba.

—El rastro viene por aquí.

Pelaje Azul podía oler un leve rastro de minino casero. No lo suficientemente fuerte como para pertenecer a un gato adulto.

—Es solo un cachorro —maulló—. No vale la pena seguirlo.

—Olvidé que tenías debilidad por los mininos caseros —Garra de Cardo gruñó. Siguió a su aprendiz a lo largo del rastro de olor que conducía a través de la larga hierba en el borde del Poblado de los Dos Patas.

Atravesaron la hierba y salieron a un matorral soleado junto a una cerca. Un pequeño minino casero negro olfateaba el suelo. Cuando los tres gatos del Clan avanzaron, se giró, con los ojos muy abiertos.

—Hola —parpadeó alegremente, con la cola en alto.

Zarpa de Tigre se erizó, y Garra de Cardo ya había desenvainado sus garras.

Pelaje Azul se tensó, deseando que el pequeño gato corriera. La cerca no estaba lejos. Había una posibilidad de escapar. Un gruñido retumbó en la garganta de Garra de Cardo.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Este es territorio del Clan del Trueno!

—Garra de Cardo, es solo un cachorro. No es una amenaza —Pelaje Azul suplicó.

—¡Un intruso es un intruso, Pelaje Azul! Siempre has sido demasiado blanda con ellos.

Pelaje Azul se sintió enferma cuando Garra de Cardo se volvió hacia su aprendiz.

—Aquí, vamos a ponérselo a mi aprendiz. ¿Qué piensas, Zarpa de Tigre? ¿Cómo deberíamos manejar esto?

—Creo que el minino casero debería recibir una lección —Zarpa de Tigre siseó—. Una que recuerde.

Pelaje Azul dio un paso adelante.

—Ahora, espera, no hay necesidad de…

Garra de Cardo se volvió hacia ella, arqueando la espalda.

—¡Cállate!

Zarpa de Tigre se abalanzó sobre el cachorro, enviándolo a volar como una presa. El cachorro patinó sobre la tierra áspera y aterrizó, jadeando.

«*¡Levántate!*».

Con la cola erizada por el terror, el gatito trató de ponerse de pie. Pero Zarpa de Tigre se abalanzó de nuevo. El aprendiz atigrado inmovilizó al cachorro en el suelo. Con las garras desenvainadas le dio un golpe en el hocico y luego le arañó el costado. El cachorro chilló de dolor.

—Enséñale los dientes, Zarpa de Tigre —incitó Garra de Cardo.

Zarpa de Tigre hundió sus dientes en el hombro del cachorro y lo arrastró hasta sus patas. El cachorro aulló y luchó, con sus patas rascando el suelo sin poder hacer nada, hasta que Zarpa de Tigre, con sus ojos brillantes, lo arrojó lejos.

«*¡No!*».

La sangre brotaba de color escarlata a lo largo de sus heridas, y el gatito apretó el vientre contra el suelo como si deseara desaparecer. Zarpa de Tigre se dirigió hacia él con paso firme.

—¡Detente, Zarpa de Tigre! —Pelaje Azul pasó por delante de él y se puso delante del cachorro—. ¡Ya basta! —mostró los dientes, preparada para luchar. Zarpa de Tigre mataría a este cachorro si le dejaba continuar. No era más grande que Pequeño Blanquito. El pensamiento desgarró su

corazón—. Los guerreros no necesitan matar para ganar una batalla, ¿recuerdas?

Zarpa de Tigre se detuvo y la miró fijamente.

—Solo estaba defendiendo nuestro territorio.

—Y ya lo hiciste —razonó Pelaje Azul—. Este cachorro aprendió la lección.

El cachorro se levantó sobre patas temblorosas y miró a Zarpa de Tigre con terror en sus ojos.

—Sí —asintió Zarpa de Tigre. Miró con desprecio al cachorro—. ¡Nunca me olvidarás!

Pelaje Azul se mantuvo firme mientras el cachorro se alejaba.

—¡Si *alguna* vez los veo hacer algo así de nuevo —sus ojos brillaron de mentor a aprendiz—, los reportaré a Estrella de Sol!

—Solo estábamos defendiendo el territorio del Clan del Trueno de los invasores —gruñó Garra de Cardo.

—¡Ese supuesto invasor era un *cachorro*!

Garra de Cardo se encogió de hombros.

—Ese es su problema —se dio la vuelta y se alejó entre los árboles, su pelaje de púas pronto se vio envuelto en las sombras.

Zarpa de Tigre trotó tras él con la cola levantada, orgulloso de su valiente victoria.

La rabia palpitaba en las patas de Pelaje Azul mientras miraba tras ellos. «*¡Nunca dejaré que tomes el poder en este Clan, Garra de Cardo!*».



Capítulo 33

—El Clan Estelar te honra por tu sabiduría y tu lealtad. A partir de este momento serás conocido como Tormenta Blanca.

Cuando Estrella de Sol apretó su hocico contra la cabeza del guerrero blanco, el Clan rompió en coreos.

—¡Tormenta Blanca! ¡Tormenta Blanca!

Pelaje Azul cerró los ojos, el alivio la inundó como la lluvia. «*Cumplí mi promesa, Pelaje Nevado. Lo mantuve a salvo*».

Pelaje Azul no había sido la mentora de Tormenta Blanca después de todo. Estrella de Sol le había dicho que no creía que un pariente fuera el mejor mentor para otro pariente, especialmente porque Pelaje Azul había sido básicamente la madre de Tormenta Blanca desde la muerte de Pelaje Nevado. En cambio, le había dado a Zarpa de Escarcha como aprendiza unas lunas más tarde, y Centón había entrenado a Tormenta Blanca, una elección que Pelaje Azul aprobaba. Tormenta Blanca había entrenado junto a Garra de Tigre, y Pelaje Azul se alegró de haber tenido un mentor sabio y amable cerca para atemperar las prácticas brutales de Garra de Cardo. Se había involucrado siempre que pudo en el entrenamiento de Tormenta Blanca, lo que no había sido fácil con Garra de Cardo mirándola con desprecio cada vez que intentaba guiar al joven gato.

Abrió los ojos, disfrutando de la calidez de los coreos que daban la bienvenida a Tormenta Blanca al Clan. Había crecido fuerte y guapo, y ahora estaba con la barbilla alta y los ojos brillantes, con su grueso pelaje nevado deslizándose bajo el sol del otoño. Había llovido por la noche, y el

bosque brillaba con gotas plateadas, reflejando el arcoíris a través de los árboles.

Habían pasado cuatro estaciones desde que Pelaje Azul había prometido a su hermana en su sueño del desfiladero que ayudaría a criar al joven gato, estaciones que habían traído cambios a todo el Clan. Zarpa Roja, Zarpa de Sauce y Zarpa Jaspeada se habían trasladado a la guarida de los aprendices, aunque Zarpa Jaspeada pasaba cada momento libre siguiendo a Bigotes Plumosos, fascinada por lo mucho que sabía sobre curas y hierbas. Patas Susurrantes y Bigotes de Hierba habían muerto pacíficamente, y sus compañeros de Clan aún los extrañaban. Manto Borroso y Vuelo de Viento se habían unido a Manto de Piedra, Canto de Alondra y Amapola del Amanecer en la guarida de los veteranos. Ojo Blanco se había trasladado a la maternidad, esperando sus primeros cachorros. Estaba ansiosa por criar una camada en la estación sin hojas, pero el Clan era fuerte y esperanzador, y Pelaje Azul sabía que protegerían a los cachorros por muy dura que fuera la estación.

Garra de Cardo se había establecido como un guerrero veterano, ocupando un lecho cerca del centro de la guarida de los guerreros. Garra de Tigre llevaba cuatro lunas como guerrero y ya había reclamado un lecho cerca del de Garra de Cardo, evitando la guarida exterior. Ningún guerrero le había desafiado, aunque Pelaje Azul no estaba segura de si eso se debía a que sus compañeros de guarida respetaban al feroz atigrado oscuro y a su antiguo mentor, o a que les temían. Garra de Cardo se había convertido en un padre para el atigrado oscuro en ausencia de Estrella de Pino; lo había entrenado para ganar a cualquier precio, defendiendo sus métodos como parte del código guerrero, aunque Pelaje Azul no veía ningún honor en la forma en que Garra de Cardo luchaba por su Clan.

Garra de Tigre observaba ahora a Tormenta Blanca; los ojos del nuevo guerrero brillaban mientras se acercaba a Pelaje Azul e inclinaba la cabeza hacia ella.

—Gracias —el maullido del gato blanco se había vuelto más profundo con el tiempo—. Me has dado muchísimo.

El corazón de Pelaje Azul se hinchó. «*No dejaré que nada te haga daño, nunca*».

—Tu madre estaría orgullosa de ti —Pelaje Azul murmuró, con su maullido atrapado en su garganta.

—Lo sé —ronroneó Tormenta Blanca—. Ella también estaría orgullosa de ti.

La mirada de Pelaje Azul se nubló cuando se estiró y lamió un mechón de pelo perdido en el hombro del guerrero. Notó con una punzada la cicatriz detrás de su oreja. Garra de Tigre se la había hecho al desenvainar las garras durante una sesión de entrenamiento, cuando ambos aún eran aprendices. Pelaje Azul había culpado a Garra de Cardo.

—Si hubieras enseñado a Zarpa de Tigre a respetar a sus compañeros de Clan, nunca habría ocurrido —le había dicho.

Garra de Cardo había curvado el labio.

—Sus compañeros de Clan deben *ganarse* su respeto.

—¡Pero Zarpa Blanca quedará marcado de por vida!

—Eso le enseñará a reaccionar más rápido la próxima vez.

Pelaje Azul se había alejado echando humo. Estaba furiosa por la forma en que Garra de Cardo parecía enfrentar a los aprendices entre sí, una y otra vez. Al ver la cicatriz ahora, todavía tuvo que apartar un rayo de ira. «*Lo hecho, hecho está*», se dijo. Tal vez la crueldad de Garra de Cardo sí había convertido a Tormenta Blanca en un mejor luchador.

—¡Tormenta Blanca! —Corazón de León y Flor Dorada lo llamaban.

Tormenta Blanca apretó el hocico contra la mejilla de Pelaje Azul y se alejó a toda prisa.

«*¡Canto de Alondra!*». Pelaje Azul recordó que había prometido contarle a la vieja gata sobre la ceremonia de nombramiento. Había estado demasiado frágil para dejar su lecho. Acudió a la pila de carne fresca, agarró un jugoso ratón de la parte superior y se abrió paso a través de las ramas del árbol caído.

Canto de Alondra estaba acurrucada en su lecho con la nariz sobre las patas y los ojos cerrados. Su pelaje carey, antes tan bonito, estaba ahora apagado y raído, pero la vieja gata nunca perdía el humor, incluso después de que sus compañeros de guarida Bigotes de Hierba y Patas Susurrantes hubieran muerto.

—Al menos tendré unas cuantas lunas de paz de sus discusiones antes de reunirme con ellos en el Clan Estelar —había bromeado.

Como no quería despertarla, Pelaje Azul dejó el ratón junto a su lecho y empezó a salir sigilosamente de la guarida.

Canto de Alondra levantó la cabeza.

—¿Fue bien?

Pelaje Azul se giró.

—Maravilloso. Tormenta Blanca es ahora un guerrero.

—Un buen nombre para un guerrero fuerte —comentó Canto de Alondra. Olfateó el ratón y se sentó, estirándose—. Lo extrañarás.

—¿Qué? —Pelaje Azul estaba desconcertada por la mirada solemne en los ojos de la vieja gata.

—Tormenta Blanca.

—No se va a ir a ningún lado. De hecho, estará más cerca ahora que vamos a compartir la misma guarida.

—Pero no te necesitará tanto.

Pelaje Azul sintió una punzada. Era cierto.

—Todavía tengo a Zarpa de Escarcha para entrenar —señaló.

—Entrenar a un aprendiz no es lo mismo que criar un cachorro.

Pelaje Azul parpadeó mientras Canto de Alondra continuaba.

—Tú renunciaste a todo por el hijo de Pelaje Nevado. Mira a tu alrededor: Tus compañeros de Clan tienen parejas, cachorros, vidas propias, más allá de ser mentores.

—¡No hay nada más importante que entrenar guerreros! —Pelaje Azul protestó.

Canto de Alondra la miró.

—¿En serio?

Pelaje Azul movió sus patas.

—Cumpliste tu promesa a Pelaje Nevado —Canto de Alondra maulló suavemente—. Necesitas vivir tu propia vida ahora, Pelaje Azul, antes de que despiertes y te des cuenta de que estás tan vacía como una cáscara de haya.

¿Es así como la vieja gata veía realmente la vida? ¡Seguro que había otras cosas que ofrecer al Clan además de cachorros! Pelaje Azul estaba orgullosa de lo que había hecho por Tormenta Blanca, de lo que estaba haciendo con Zarpa de Escarcha. Su aprendiza iba a ser una buena guerrera. «*¡Mi vida no está vacía!*». Empezó a salir de la guarida. ¿Era realmente así como la veían sus compañeros de Clan?

Canto de Alondra pinchó al ratón y, sin levantar la mirada, maulló con voz seca:

—Tal vez Manto de Tordo haya esperado lo suficiente.

Pelaje Azul salió de la guarida sin responder. ¿Canto de Alondra le estaba diciendo que tomara a Manto de Tordo como pareja? Sacudió la cabeza, desconcertada.

—¡Pelaje Azul! —Leonino la llamaba desde debajo de la Peña Alta—. ¡Puedes unirte a la patrulla de caza de Corazón de León!

Corazón de León y Flor Dorada se paseaban por el claro, mientras Manto de Tordo se sentaba cerca de allí, arrancando distraídamente el suelo. Pelaje Azul asintió a Leonino. El lugarteniente del Clan del Trueno

volvía a estar delgado, con los ojos cansados. La enfermedad que lo había perseguido la última estación sin hojas parecía estar regresando. Los gatos del Clan podrían necesitar un nuevo lugarteniente antes de lo que pensaban. «*Y si eso sucede, tengo que estar preparada. Tener una pareja solo me distraería, me quitaría la concentración. ¡Es por el bien de mi Clan!*».

—¿Lista? —Corazón de León la miraba fijamente, con sus ojos amarillos brillantes.

Pelaje Azul asintió y siguió al guerrero dorado mientras conducía a Flor Dorada y a Manto de Tordo fuera del campamento. Se dirigieron al río, el suelo se volvió húmedo bajo sus patas a medida que se acercaban a la orilla. Los helechos mojados cubrían el pelaje de Pelaje Azul. La lluvia hacía que el olor de las presas fuera más difícil de detectar.

—Deberíamos separarnos —Corazón de León se detuvo y miró a su patrulla—. Tendremos más posibilidades de captar olores si cubrimos un área más amplia.

Pelaje Azul asintió. Mientras sus compañeros de Clan se dirigían en diferentes direcciones, ella eligió un camino a través de la maleza en un terreno más húmedo. El barro se aplastó entre sus garras cuando captó un olor a ardilla. Con el corazón acelerado, siguió el rastro, deteniéndose cuando el olor de Manto de Tordo manchó los arbustos. No quería robarle su presa, así que dio media vuelta, acercándose al río.

Algo saltó entre las matas de hierba del pantano. Aguzando las orejas, Pelaje Azul se puso en cuclillas. Una pequeña gallineta revoloteaba por el suelo, deteniéndose a picotear las raíces y a buscar comida en el barro. El agua se filtró y empapó su vientre mientras Pelaje Azul se arrastraba hacia adelante. El pájaro no la había visto. Estaba demasiado ocupado hurgando en la hierba del pantano. Pelaje Azul saltó y lo agarró con las garras desenvainadas. El pájaro revoloteó por un momento en sus garras, y luego se quedó quieto mientras ella le mordía el cuello. Sería un sabroso dulce para Ojo Blanco.

—¡Buena captura!

Un maullido profundo la hizo saltar. Alguien había llamado desde el otro lado del río. Se giró, con la gallineta colgando de sus mandíbulas.

«*¡Corazón de Roble!*».

El gato del Clan del Río la observaba desde la otra orilla.

Pelaje Azul dejó caer su presa y lo miró con desprecio.

—¿Me estás espiando?

—No —Corazón de Roble parecía ligeramente divertido—. Tengo permitido patrullar mi propio territorio, sabes.

La llamada de Corazón de León sonó desde más arriba de la orilla.

—¡Pelaje Azul!

—Tengo que irme —le dijo a Corazón de Roble.

Él la miró fijamente, con su mirada ámbar inamovible.

—Está bien.

Se alejó con su presa, reacia a irse. Alejarse del gato del Clan del Río le dejó una sensación de dureza y vacío en su vientre.

«*Es del Clan del Río*», se recordó a sí misma.

Sus compañeros de Clan estaban esperando, cada uno con una presa.

—¿Estabas hablando con alguien? —Corazón de León le preguntó

Pelaje Azul dejó caer su presa.

—Solo conmigo misma —maulló rápidamente.

Manto de Tordo miró con admiración a la morena.

—Buena captura —ronroneó.

—Gracias —Pelaje Azul no encontró su mirada. De alguna manera, los elogios del guerrero del Clan del Trueno no le provocaron la misma emoción que los de Corazón de Roble.



CAPÍTULO 34

—¡Necesitamos recuperar las Rocas Soleadas!

El anuncio de Estrella de Sol desde la Peña Alta fue recibido con coreos de sus compañeros de Clan bajo la Peña Alta.

—¡Ya era hora! —llamó Fauces de Víbora.

—Han gobernado esas rocas durante demasiado tiempo —Cola de Tormenta coincidió.

Garra de Tigre marcó profundas cicatrices en el suelo con sus largas garras, con los ojos encendidos de emoción. «*Está más interesado en la batalla que en ganar las Rocas Soleadas*», adivinó Pelaje Azul.

Una ligera llovizna había caído constantemente desde que había regresado con su gallineta, y los mantos del Clan estaban pegados a sus flancos, goteando mientras escuchaban a Estrella de Sol.

—La estación sin hojas se acerca, y tenemos más guerreros que alimentar. Con cachorros en camino también, necesitaremos todo el territorio posible para cazar.

Ojo Blanco observaba desde afuera de la maternidad. Su pareja, Manto de Gorrión, levantó el hocico.

—¿Cuándo lucharemos?

Estrella de Sol sacudió la cabeza.

—Quiero tomar las Rocas Soleadas sin una batalla —maulló.

Garra de Cardo miró al líder del Clan como si le hubiera crecido una cabeza más.

—¿Qué?

—Podemos vencerlos fácilmente —Garra de Tigre gruñó.

Manto de Gorrión puso la cabeza a un lado.

—¿Cómo tomaremos las Rocas Soleadas sin una batalla?

Ala de Petirrojo azotó su cola.

—El Clan del Río no va a cederlas porque se las pidamos.

—Puede que lo hagan —sugirió Estrella de Sol.

Garra de Cardo se erizó.

—¿Vas a *pedir* que te devuelvan las Rocas Soleadas?

Garra de Tigre curvó el labio.

—¿O vas a *suplicar*?

Estrella de Sol fulminó con la mirada al guerrero oscuro.

—¡El Clan del Trueno nunca suplica! —desenvainó sus garras.

Garra de Tigre bajó la mirada.

—¿Por qué arriesgarnos a una batalla que no necesitamos librar? —Estrella de Sol aulló—. El Clan del Trueno es fuerte. Tenemos algunos de los guerreros más hábiles del bosque. —Miró el Clan a su alrededor, su mirada se detuvo en Garra de Tigre y luego en Tormenta Blanca—. Los otros Clanes lo saben. ¿Creen que el Clan del Río querrá luchar por un territorio que no necesita? Usan las rocas para tomar sol, no para cazar presas. Les mostraremos a nuestros guerreros y los persuadiremos de que renunciar a las Rocas Soleadas sería una decisión sabia para ambos Clanes.

Los ojos de Cola de Tormenta se iluminaron con interés.

—¿Te refieres a llevar una patrulla a su campamento? —adivinó.

Estrella de Sol asintió.

—Les diremos que las Rocas Soleadas son nuestras, y que destrozaremos a cualquier gato del Clan del Río que se atreva a volver a ponerles una pata encima.

Cola Moteada parpadeó.

—¿Marchar a su campamento y decirles eso? Sería un suicidio.

Garra de Tigre gruñó:

—No si enviamos una patrulla lo suficientemente fuerte —sus ojos ambarinos se estrecharon—. Vamos en son de paz pero amenazamos con la guerra si no cooperan —estaba claro que aprobaba el plan.

Pelaje Azul se imaginó al guerrero de hombros anchos de pie en el campamento del Clan del Río; de repente, la maternidad y la guarida de los veteranos parecerían vulnerables. El Clan del Río estaría dispuesto a aceptar cualquier cosa.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —Estrella de Sol miró el Clan a su alrededor.

Fauces de Víbora asintió.

—Parece un buen plan.

—Cuando se corra la voz de que el Clan del Río entregó las Rocas Soleadas sin luchar, los otros Clanes nos temerán aún más —Garra de Cardo añadió.

La cola de Pelaje Azul se agitó. No estaba tan segura. Había algo retorcido en el plan que le remordía la conciencia. Tal vez estaba siendo demasiado sensible. Estrella de Sol había ideado una manera de evitar una batalla. Eso mostraba un buen liderazgo. ¿Pero amenazar al Clan del Río en su campamento? Los veteranos y los cachorros vivían allí. ¿No habían aprendido del ataque al Clan del Viento que los campamentos no eran lugar para una batalla?

Se sacudió el pensamiento. Estrella de Sol nunca dejaría que gatos inocentes fueran amenazados.

Miró a Garra de Cardo.

Él sí podría.

—Entonces está decidido —decidió el líder—. Dirigiré la patrulla. Bigotes Plumosos, Leonino, Corazón de León, Flor Dorada, Tormenta Blanca, Manto de Tordo, Fauces de Víbora, Cola de Tormenta y Pelaje Azul. Vendrán conmigo.

Garra de Cardo parpadeó.

—¿Yo no?

—Tú te quedarás a vigilar el campamento con Garra de Tigre —le dijo Estrella de Sol—. Con tantos guerreros fuera del campamento, necesitaremos dejar una patrulla fuerte.

Pelaje Azul sintió un rayo de satisfacción. Sin la presencia amenazante de Garra de Cardo, sería más probable que la propuesta del Clan del Trueno pareciera simple y justa.

La lluvia cesó cuando la patrulla se puso en marcha, pero el bosque estaba empapado y el manto de Pelaje Azul se empapó rápidamente de nuevo. Se abrió paso entre la maleza húmeda tras sus compañeros de Clan. Cuando salieron del bosque y bordearon las Rocas Soleadas, siguiendo la orilla del río hasta los pasaderos, un viento frío se arremolinó a su alrededor. Pelaje Azul se estremeció al sentir los tirones de su pelaje, y la idea de cruzar el río le hizo sentir aún más frío. Estrella de Sol les guió a través de los pasaderos. Pelaje Azul se puso rígida cuando vio que una de las pequeñas piedras planas se tambaleaba bajo las patas del gato.

Flor Dorada y Corazón de León siguieron, saltando ágilmente sobre las piedras. Pelaje Azul se apartó para dejar que los otros la adelantaran. Entonces se quedó sola en la orilla con Manto de Tordo.

—Puedes ir tú primero —le ofreció.

Pelaje Azul se quedó mirando la línea de piedras y el agua oscura que se arremolinaba a su alrededor. Avanzó con patas temblorosas. La profecía de Pluma de Ganso sonó en sus oídos mientras se detenía en la orilla del agua: "*Incluso las llamas más poderosas pueden ser destruidas por el agua*".

—Vamos —instó Manto de Tordo.

—¡Espera! —las patas de Pelaje Azul se sentían como trozos de madera.

—Tenemos que permanecer con la patrulla —Manto de Tordo advirtió.

Pelaje Azul se empujó hacia adelante, saltando sobre la primera piedra. El agua salpicó y gorgoteó a su alrededor. La sangre rugió en sus oídos. «*¡Estúpido Pluma de Ganso!*». Saltó a la siguiente piedra, balanceándose por un momento que le hizo parar el corazón antes de encontrar el equilibrio y reunir las ancas para saltar de nuevo. «*¡Estúpida profecía!*».

Y otra vez.

«*Probablemente ni siquiera sea cierta*».

La última piedra se tambaleó al aterrizar y el agua le llegó a las patas.

«*¡No dejes que me ahogue!*».

Se arrojó a la orilla, jadeando.

Manto de Tordo aterrizó junto a ella un momento después.

—Eso fue fácil —chistó—. No sé por qué los gatos del Clan del Río se molestan en nadar.

Pelaje Azul se alejó hacia los juncos.

La patrulla se había detenido. Cuando Pelaje Azul la alcanzó, vio unos guerreros del Clan del Río bloqueando su camino, con los pelos erizados. Por sus mantos chorreantes, supuso que habían nadado en el río recientemente. ¿Realmente no preferían usar los pasaderos? Pero incluso con el pelaje pegado al cuerpo, los guerreros del Clan del Río parecían elegantes y poderosos.

Pelaje Azul reconoció a Mandíbula Doblada al frente de la patrulla. Ahora lugarteniente del Clan del Río, había cambiado del joven aprendiz amistoso que había conocido en su primera Asamblea. Todavía tenía su boca torcida, pero mantenía la cabeza alta como si estuviera desafiando su

extraña expresión; ya no había ningún indicio de humor o disculpa en su aspecto. Se preguntó cómo se sentiría Corazón de Roble al ver que su hermano había sido nombrado lugarteniente.

Mandíbula Doblada desenvainó las garras.

—¿Qué están haciendo en territorio del Clan del Río?

—Queremos hablar con Estrella de Granizo —le dijo Estrella de Sol.

Nutria Manchada se inclinó hacia delante, con los ojos encendidos.

—¿Sobre qué?

Estrella de Sol entrecerró los ojos.

—¿Me pides que comparta palabras destinadas a tu líder?

Nutria Manchada gruñó.

Mandíbula Doblada hizo un gesto a la guerrera con su cola.

—¿Esperan que los lleve directamente a nuestro campamento? —replicó—. No hemos olvidado lo que le hicieron al Clan del Viento.

—¿Parecemos una patrulla de batalla? —desafió Estrella de Sol.

Pelaje Azul se inclinó cerca de Tormenta Blanca, cuyo pelaje estaba erizado.

—Mantén tu pelaje liso —susurró—, o los asustarás.

Mandíbula Doblada recorrió con la mirada a la empapada patrulla y negó con la cabeza.

—Se necesitaría más que esto para invadir nuestro campamento —concedió.

—Solo queremos compartir palabras —insistió Estrella de Sol.

Mandíbula Doblada asintió, con los ojos como pedernales.

—Sígannos —se dio la vuelta y se alejó entre los juncos.

A Pelaje Azul no le gustaba la turba blanda y húmeda que chirriaba bajo sus patas, ni la apertura del pantano cuando dejaron la cobertura de los árboles de la ribera y se adentraron en el territorio del Clan del Río. La ruta sinuosa los llevó a través de un laberinto de juncales.

—Es una maravilla que sus garras no se vuelvan blandas —le susurró Manto de Tordo al oído.

De repente Mandíbula Doblada se desvió hacia un lado y se escurrió a través de un muro de juncos. «*El campamento*». Pelaje Azul siguió a sus compañeros de Clan a través de la entrada del campamento. El claro pantanoso estaba salpicado de guaridas. Hechas de palos, parecían nidos de garzas, puntiagudos e incómodos y no tan atractivos como un lecho lleno de musgo y plumas.

—¿Por qué viven en guaridas de aspecto tan incómodo? —murmuró Corazón de León.

—Flotan si se inunda —Mandíbula Doblada espetó, escuchándolo—. Esperen aquí. —Dejó a los gatos del Clan del Trueno y se metió en una de las guaridas enmarañadas.

Los gatos del Clan del Río parpadearon desde los bordes del claro, mirando con sorpresa a sus visitantes.

—¡Tallo de Lirio! ¡Mira! —un pequeño cachorro gris gritó por encima de su hombro, y una gata atigrada claro se deslizó fuera de la guarida detrás de él. La reina miró a los visitantes con consternación hasta que Nutria Manchada la tranquilizó.

—Dicen que han venido a hablar con Estrella de Granizo.

Tallo de Lirio asintió y envolvió su cola alrededor de su cachorro, quedándose afuera para observar.

Dos de los guerreros más veteranos del Clan del Río, Pelaje de Leña y Pelaje de Búho, merodeaban por el claro, con los ojos cautelosos y los pelos erizados. Mandíbula Doblada reapareció y Estrella de Granizo lo siguió. El líder del Clan del Río tenía los ojos redondos, su mirada era curiosa. No habló, sino que se limitó a mirar a Estrella de Sol, esperando que el líder del Clan del Trueno hablara.

Estrella de Sol bajó la cabeza.

—Las Rocas Soleadas pertenecen al Clan del Trueno —declaró—. Las vamos a recuperar.

Estrella de Granizo desenvainó sus garras.

—Tendrás que luchar por ellos —gruñó.

—Lo haremos si es necesario —Estrella de Sol maulló—. Pero pensamos en darles un aviso justo.

Pelaje de Leña se adelantó, con el pelaje erizado.

—¿Nos están amenazando en nuestro propio campamento? —miró a sus compañeros de Clan.

El vientre de Pelaje Azul se tensó. Estaban rodeados de guerreros del Clan del Río. ¿Y si decidían luchar por las Rocas Soleadas en ese mismo momento?

—No los estamos amenazando —respondió el líder del Clan del Trueno con calma—. Les estamos dando una opción. Si se mantienen lejos de las Rocas Soleadas, los dejaremos en paz. Pero cualquier gato que ponga una pata allí será destrozado.

Estrella de Granizo dio un paso adelante.

—¿Realmente crees que renunciaremos a las rocas tan fácilmente?

—Si prefieren una batalla, entonces lucharemos —maulló el líder naranja—. Pero, ¿las rocas valen la pena? —Inclinó la cabeza hacia un

lado—. Tienen el río para pescar. Sus patas son demasiado grandes para llegar profundo en las grietas de las Rocas Soleadas; sus mantos están demasiado marcados para acechar presas allí. No les sirven para cazar. Entonces, ¿vale la pena luchar por ellas? —el líder del Clan del Trueno hizo que su propuesta pareciera tan razonable, que Pelaje Azul esperó a que Estrella de Granizo aceptara.

Pero el líder del Clan del Río se limitó a mirar fijamente, abriendo la boca para olfatear el aire.

—Huelo miedo —gruñó.

—Entonces viene de tus propios guerreros —Estrella de Sol replicó.

—¿En serio esperas que entreguemos las Rocas Soleadas? —siseó Estrella de Granizo.

Estrella de Sol negó con la cabeza.

—Espero que luchen por ellas —maulló—. Aunque desperdicies guerreros y sangre. Perderán, y será gracias a tu decisión.

Estrella de Granizo dio un paso hacia el líder del Clan del Trueno.

—Los guerreros del Clan del Río luchan con garras, no con palabras.

—Muy bien —Estrella de Sol asintió—. Las Rocas Soleadas son nuestras. Pondremos las nuevas marcas olorosas mañana. Después de eso, cualquier gato del Clan del Río que se encuentre allí se enfrentará a una lucha que no ganará. —Miró a su alrededor y alzó la voz—: Que todo el Clan del Río sepa que se les advirtió. Cualquier sangre que se derrame ahora será en las patas de Estrella de Granizo —se dio la vuelta y se dirigió a la entrada.

—¿Eso es todo? —Manto de Tordo susurró.

—¡Yo creo que fue suficiente! —Pelaje Azul estaba impresionada por la estrategia de su líder.

Había retado abiertamente al Clan del Río a luchar, y a la vez había hecho que pareciera su elección. Ahora todo lo que podían hacer era esperar y ver cómo reaccionaba el Clan del Río cuando pusieran las nuevas marcas olorosas. ¿Encontraría el Clan del Trueno una emboscada esperando, o decidiría el Clan del Río que no era una batalla que valiera la pena pelear?

Los gruñidos del Clan del Río los siguieron fuera del campamento. Luego unas cuantas patas golpearon desde la entrada.

¿El Clan del Río había decidido luchar después de todo? La patrulla del Clan del Trueno se giró, lista para defenderse.

Nutria Manchada se enfrentó a ellos, con Pelaje de Leña y Pelaje de Búho detrás de ella.

—Los escoltaremos hasta la frontera —gruñó.

—Gracias —Estrella de Sol inclinó la cabeza.

—Solo nos aseguramos de que vuelvan a su propio territorio —Pelaje de Búho escupió.

El pelaje de Pelaje Azul se erizó de repente. Alguien la estaba observando. Se dio la vuelta para ver a Corazón de Roble saliendo de un cañaveral con un pez colgando en sus fauces. Lo dejó caer y se quedó mirando a los gatos.

—¿Qué está pasando?

—El Clan del Trueno ha estado haciendo amenazas —gruñó Pelaje de Búho.

La mirada de Corazón de Roble se encontró con la de Pelaje Azul, alarmada.

—¿Va a haber una batalla?

Estrella de Sol agitó su cola.

—Estábamos tratando de evitar una.

Pelaje de Búho se adelantó.

—Vayan a casa —aconsejó sombríamente.

—Muy bien —Estrella de Sol asintió y se alejó entre los juncos.

Corazón de Roble se unió a su escolta y Pelaje Azul fue muy consciente de él, de su olor, del sonido de los pasos de sus patas, mientras los seguía a lo largo del camino sinuoso hacia los pasaderos. Cuando Pelaje de Búho aceleró su paso para tomar la delantera, Corazón de Roble se puso al lado de Pelaje Azul.

—Tengo que hablar contigo —le siseó al oído—. Haz una excusa.

Se retiró con un movimiento de su cola marrón rojiza.

Pelaje Azul agitó las orejas. ¿Cómo podía escaparse de su patrulla? ¿Por qué *debería*? Pero la urgencia en la voz de Corazón de Roble la atormentaba. Tenía que saber qué quería.

—¡Ay! —empezó a cojear.

Manto de Tordo giró la cabeza.

—¿Estás bien?

—Espina en mi pata —se quejó Pelaje Azul—. Tengo que sacarla.

—Te ayudaré —se ofreció Manto de Tordo.

Corazón de Roble gruñó.

—Tú sigue con los demás. Yo la ayudaré. —Miró fijamente a Manto de Tordo, que dudó un instante antes de retroceder.

—No tardes —le dijo a Pelaje Azul—. O volveré a por ti.

—Solo será un momento —prometió la guerrera.

Tan pronto como sus compañeros de Clan habían desaparecido al doblar la esquina con su escolta del Clan del Río, Corazón de Roble la encaró.

—Gracias —respiró—. Tenemos que hablar.

—¿Ah sí? —Pelaje Azul estaba desconcertada. Sacudió la cabeza, como si sacudirla la despejara. Había algo en la presencia de este guerrero que la hacía sentir aturdida y confusa.

—¡No te he visto en lunas! —Corazón de Roble exclamó.

Pelaje Azul inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Vivimos en Clanes diferentes.

Corazón de Roble movió las patas, con un aspecto inusualmente incómodo.

—No puedo dejar de pensar en ti —soltó—. Desde la última estación sin hojas, cuando hablamos cerca del río.

Pelaje Azul retrocedió.

—¡Pero eso fue hace estaciones! ¡Y ni siquiera me conoces!

—*Quiero* conocerte —insistió—. Todo sobre ti: tu carne fresca favorita, tu primer recuerdo, lo que sueñas…

El corazón de Pelaje Azul se retorció. «*¡No tengo tiempo para esto!*».

—¡No puedes! —jadeó ella—. ¡El código guerrero!

Corazón de Roble sacudió impacientemente la cabeza.

—Esto no es sobre el código. Se trata de nosotros. Reúnete conmigo mañana a la medianoche en los Cuatro Árboles.

—¡No puedo! —protestó Pelaje Azul.

—Solo reúnete conmigo —Corazón de Roble rogó—. ¡Dame una oportunidad! —sus ojos verdes eran redondos y suplicantes.

—¿Pelaje Azul? —Manto de Tordo apareció por la esquina con Nutria Manchada.

—¿Te irás de nuestro territorio o no? —gruñó la gata rojiza y blanca.

—Sí —graznó Pelaje Azul.

Se apresuró a reunirse con Manto de Tordo.

Se agachó y le tocó la oreja con el hocico.

—¿Estás bien?

Pelaje Azul se puso rígida. ¿Había oído algo?

—¿Tu pata? —Manto de Tordo preguntó—. ¿La espina?

—¡Oh! Oh, sí —maulló Pelaje Azul—. Me la saqué. Está bien.

Mientras cruzaba los pasaderos, sintió que Corazón de Roble la estaba mirando. Su pelaje ardía. La *estaba* observando. Ella lo sabía. Pero no miró hacia atrás.



CAPÍTULO 35

“*¡Dame una oportunidad!*”.

Pelaje Azul se despertó con un sobresalto. La mirada de Corazón de Roble se grabó a fuego en su memoria.

«*¿Una oportunidad para qué?*». No necesitaba preguntar. Lo sabía. La intensidad en su maullido, la desesperación en sus ojos. Ver su anhelo era como mirar un reflejo de su corazón. Ella sentía el mismo tirón. El mismo deseo de ser cercanos. ¿Pero cómo podían estar juntos? Eran de Clanes diferentes. No deberían sentirse así.

Pelaje Azul salió tambaleándose de su lecho y tropezó con la guarida. Las nubes de lluvia se habían despejado, dejando atrás un pálido cielo de la caída de la hoja. El amanecer se abría sobre el campamento, enviando luz amarilla a través del claro. El aire frío picó la nariz y las patas de Pelaje Azul.

Garra de Tigre la adelantó, dirigiéndose a la Peña Alta, donde Leonino estaba organizando las tareas del día.

—¿Vienes, Pelaje Azul? —llamó el guerrero oscuro por encima de su hombro.

Corazón de León y Tormenta Blanca ya estaban esperando en la sombra de la roca. Manto de Piedra observaba desde el árbol caído, como si aún echara de menos su vida de guerrero, aunque había terminado hace muchas temporadas. Cola Moteada y Cola de Tormenta compartían carne fresca cerca de allí, mientras que Manto de Gorrión y Fauces de Víbora caminaban inquietos, con sus pelajes esponjados contra el frío. Sus

aprendices, Zarpa Roja y Zarpa de Sauce, practicaban movimientos de batalla en el borde del claro.

—¡Zarpa Jaspeada! —Manto de Tordo llamó por el túnel de helechos a su aprendiz—. ¡Deja de molestar a Bigotes Plumosos! Ven a ver cuáles son tus deberes del día.

—Lo siento —Zarpa Jaspeada se apresuró a salir con motas de hierbas en sus patas—. Solo le estaba ayudando a mezclar la consuelda.

Manto de Tordo puso los ojos en blanco.

—Se supone que estás entrenando como guerrera. Ya hay suficientes curanderos en este Clan.

—¡Hola, Pelaje Azul! —Zarpa de Escarcha salió rebotando de la guarida de los aprendices—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

Pelaje Azul aún no había planeado el entrenamiento del día. Sus pensamientos habían estado demasiado llenos de Corazón de Roble.

—Cazar —maulló, diciendo lo primero que se le ocurrió.

—De acuerdo —Zarpa de Escarcha sonó satisfecha.

—Debemos aumentar nuestras patrullas de caza —anunció el lugarteniente del Clan—. El frío significará hambre, y lo enfrentaremos mejor si nos alimentamos bien ahora.

La cola de Garra de Tigre siseó por el suelo.

—¿Cuándo colocaremos las nuevas marcas fronterizas alrededor de las Rocas Soleadas?

—Estrella de Sol planea enviar una patrulla de batalla al anochecer —le dijo Leonino.

—Quiero formar parte de ella —Garra de Tigre declaró.

—Lo serás —prometió Leonino—. Pero si el Clan Estelar quiere, no habrá necesidad de luchar.

Garra de Tigre no respondió, solo hundió sus largas garras en la dura tierra.

El corazón de Pelaje Azul se aceleró. ¿Y si se encontraba con Corazón de Roble en la batalla? ¿Cómo podría luchar contra él ahora?

—¿Pelaje Azul? —Leonino la miraba fijamente—. Oí que ayer te clavaste una espina en la almohadilla. Será mejor que te quedes en el campamento hoy y dejes que se cure.

La culpa la atravesó.

—Hoy está mucho mejor.

—No queremos que se infecte —Leonino razonó—. Puedes ayudar en la maternidad en su lugar.

—Pero le prometí a Zarpa de Escarcha que la llevaría a cazar.

Cola de Tormenta se incorporó de su comida.

—Voy a llevar a Zarpa de Pecas a la hondonada arenosa. Zarpa de Escarcha puede venir con nosotros —ofreció—. Pueden practicar movimientos de batalla.

—Gracias —Pelaje Azul se miró las patas, con las orejas calientes, deseando que realmente hubiera pisado una espina.

Levantó la cabeza y observó con pesar cómo su aprendiza seguía a Cola de Tormenta fuera del campamento. Ya estaba diciendo mentiras, y ni siquiera se había reunido con Corazón de Roble.

—¿Puedo darte un ungüento para esa pata? —Bigotes Plumosos la tomó por sorpresa.

—N-no, gracias —Pelaje Azul metió su supuesta pata herida rápidamente detrás de la otra, esperando que no pidiera examinarla.

—¿No te duele?

Pelaje Azul negó con la cabeza.

—Debe haber sido solamente un pedazo de caña afilada o algo así —divagó—. Solo un rasguño, en serio.

Bigotes Plumosos se sacudió la cola.

—Se nota —maulló—. Los gatos deberían quedarse en su propio territorio.

¿Sabía que estaba mintiendo? Alarmada, Pelaje Azul buscó la mirada del aprendiz de curandero. Tal vez el Clan Estelar le había dicho algo.

—Bueno, mantenla limpia y si empieza a palpitar, ven y trae algo de la guarida de curandería —Bigotes Plumosos caminó hacia la maternidad.

Si el Clan Estelar no quería que se reuniera con Corazón de Roble, seguramente le habrían dicho algo a Bigotes Plumosos, algo que le hiciera detenerla. Tal vez el Clan Estelar quería que esto sucediera. Tal vez era su destino.

* * *

—Odio que me dejen atrás —Ojo Blanco suspiró.

Pelaje Azul levantó la barbilla de sus patas.

—Volverán pronto —la tranquilizó.

Se suponía que debía hacer compañía a Ojo Blanco mientras la patrulla de batalla establecía la nueva frontera en las Rocas Soleadas. Pero sus pensamientos estaban ocupados con Corazón de Roble. ¿Qué diría él? ¿Qué diría *ella*? ¿Y si hacía algo de cerebro de ratón, como tropezar con su propia cola? Miró el rocío que brillaba en el claro. La luna estaba saliendo.

—¿Crees que pelearon? —la reina gris pálida miró ansiosamente a Pelaje Azul.

La guerrera gris azulada aguzó las orejas, intentando escuchar aullidos de batalla. ¿El ruido llegaría hasta ahí? ¿Qué gatos elegiría Estrella de Granizo para defender las rocas?

Las piedras repiquetearon en el barranco. Pelaje Azul se sentó, con el corazón acelerado.

—¿Ganaron? —llamó a Estrella de Sol mientras lideraba la patrulla hacia el campamento.

—¡Los corazones de ratón no aparecieron! —cacareó Garra de Cardo.

Cola de Tormenta le siguió.

—Ni siquiera habían renovado sus marcas.

Pelaje Azul sintió que el alivio le inundaba el pelaje.

Corazón de Roble estaba a salvo.

Estrella de Sol miró a su Clan.

—A partir de ahora, ningún Clan se atreverá a amenazar nuestras fronteras.

Ojo Blanco ronroneó cuando Manto de Gorrión se acercó y presionó su hocico contra el de ella.

—Habrá mucha carne fresca para nuestros cachorros en esta estación sin hojas —Manto de Gorrión murmuró.

Pelaje Azul se puso de pie. ¿Cuál era el estado de ánimo en el campamento del Clan del Río? ¿Tan sombrío como para que Corazón de Roble cambiara de opinión respecto a conocer a una gata del Clan del Trueno? Ella aún iría a los Cuatro Árboles. Si él se sentía la mitad de inquieto y distraído que ella, estaría allí.

—¡Vamos a celebrarlo! —Leonino se paró en el montón de carne fresca y comenzó a lanzar presas a sus compañeros de Clan.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. ¿Por qué no podían simplemente ir a sus guaridas y dormir? Sus garras picaban de frustración. Pasarían estaciones antes de que el Clan se fuera a dormir. Para cuando se escabullera, Corazón de Roble podría pensar que no iba a ir. ¿Y si se iba a casa? «*Oh, Clan Estelar, ¿qué estoy haciendo?*». ¿Realmente iba a escabullirse del campamento y encontrarse con el guerrero del Clan del Río? Sentía las patas húmedas. «*¿Estoy loca?*».

Tormenta Blanca lanzó un gorrión a sus patas.

—¡Únete a nosotros! —llamó.

Estaba echado con Flor Dorada y Corazón de León, que ya estaban haciendo de una ardilla gorda una buena comida.

Pelaje Azul se encogió de hombros. No tenía ningún apetito, de hecho, no podía imaginarse con hambre nunca más, pero no quería que sus compañeros de Clan empezaran a hacer preguntas incómodas o la enviaran de vuelta a Bigotes Plumosos. Se acercó a Tormenta Blanca y se obligó a tomar un bocado del gorrión. Sabía a madera astillada. Su corazón retumbó y patinó mientras deseaba que sus compañeros de Clan se fueran a sus lechos. Solo cuando la luna estaba en lo alto comenzaron a dirigirse a sus guaridas. Pelaje Azul se estiró, fingiendo un bostezo. Nunca se había sentido menos cansada, pero se dirigió a la guarida de los guerreros, declarando a todos los gatos a su alcance lo mucho que deseaba dormir bien. La guarida estaba oscura, a pesar de la luna llena. Pelaje Azul tropezó con Flor Dorada mientras se dirigía a su lecho.

—Lo siento —siseó cuando Flor Dorada gruñó.

Se acurrucó en el musgo, con los ojos muy abiertos, mientras sus compañeros de guarida se acomodaban a su alrededor. Ninguno parecía dispuesto a poner fin a las celebraciones.

—Pensé que lucharían por las Rocas Soleadas —admitió Corazón de León.

—Podrían luchar todavía —Garra de Cardo gruñó—. Con o sin nuevas marcas.

¿Iban a hablar de esas miserables piedras hasta el amanecer? Pelaje Azul sintió que la noche se escapaba.

—¿Estás bien? —Rosal dio un toquecito al lecho de Pelaje Azul—. No paras de moverte.

—Estoy bien —respondió rápidamente Pelaje Azul.

—Siento que no hayas podido ir a las Rocas Soleadas —Rosal se compadeció—. Pero no te perdiste mucho.

—No importa —Pelaje Azul cerró los ojos. «*¡Duérmete! ¡Duérmete!*».

Por fin la guarida se quedó en silencio. Suaves ronquidos agitaron el aire. Con cautela, Pelaje Azul se puso de pie. Mirando los lechos a su alrededor, buscó ojos brillando en la oscuridad.

Nada.

Todos los gatos estaban dormidos.

Caminó en silencio por el borde de la guarida. Algo suave se aplastó bajo su pata.

—¡Quítate! —el maullido somnoliento de Orejitas la hizo saltar.

Miró al gato, que se encontraba en su lecho. Le había pisado la cola.

—¡Lo siento!

El gato parpadeó, luego se dio la vuelta y volvió a dormir. Pelaje Azul finalmente salió de la guarida. Bordeó el claro, manteniéndose en las sombras. No había señales de vida. Se arrastró hacia el túnel y se agachó por la entrada. Podía oír a Fauces de Víbora vigilando afuera, su pelaje rozaba las aulagas mientras se movía. Esperó hasta oír los pasos de sus patas alejándose. Debía estar patrullando los muros del campamento. Esperó un momento, luego se escabulló por el túnel y se deslizó entre los arbustos del otro lado. No había rastro de Fauces de Víbora.

Salió de entre las hojas y trepó por una roca, deslizándose detrás de ella, con la respiración acelerada. No podía creer lo que estaba haciendo: traicionar todo lo que había sido importante para ella. Era una traidora, y no solo a sí misma. A su Clan. Al código guerrero. Su corazón latía con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? *Tenía* que regresar. Al asomarse por la roca, vio que Fauces de Víbora regresaba a su puesto. No había forma de volver sobre sus pasos sin ser vista. Tenía que seguir adelante.

En silencio y con rapidez, corrió a lo largo del barranco y subió a las rocas, con cuidado de no tocar ninguna piedra suelta. La luna iluminó su camino mientras trepaba por la cima y se adentraba en el bosque. Siguiendo los senderos utilizados por el Clan para ir a la Asamblea, Pelaje Azul se apresuró a través del bosque. La luz de la luna brillaba a través de las ramas desnudas, haciendo brillar el suelo del bosque. ¿La había esperado? El corazón se le subió a la garganta cuando llegó al borde de la hondonada. Debajo de ella, los Cuatro Árboles permanecían en un inquietante silencio, proyectando gruesas sombras negras en el claro. Si Pelaje Azul seguía adelante, el curso de su vida cambiaría. Lo sabía con tal intensidad que sus patas parecían congelarse. Por un momento sintió el espíritu de Pelaje Nevado. El olor de su hermana flotaba en el aire mientras un pelaje liso como un abedul envolvía su manto. Pelaje Nevado estaba tratando de decirle algo. «*¿Qué pasa?*».

La frustración surgió en el pelaje de Pelaje Azul. ¿Pelaje Nevado estaba tratando de detenerla, o estaba dando su bendición?

—*Tengo* que hacer esto —susurró Pelaje Azul—. Por favor, entiende. No significa que no te ame, o que no sea leal a mi Clan.

Se sacudió, dejando que el aire frío de la noche atravesara su pelaje y ahuyentara los olores de su hermana. Luego pasó por encima de la cresta y bajó por la pendiente hacia la hondonada bañada por la luna.



CAPÍTULO 36

«*¡Me esperó!*».

El corazón de Pelaje Azul se aceleró al ver la silueta de Corazón de Roble a la luz de la luna. Estaba sentado mirando la Gran Roca, con los ojos brillantes. Las hojas crujieron bajo las patas de Pelaje Azul cuando se acercó a él, resonando en la hondonada.

Se dio la vuelta.

—¡Viniste!

Ahora podía oler su aroma. Abrió la boca, pero no se le ocurrió qué decir.

—Pensé que tal vez no ibas a… —pareció quedarse sin palabras y la miró fijamente.

Cuanta suavidad había en sus ojos.

—No podía escaparme —susurró ella.

—Pero lo hiciste.

—Sí.

Silencio.

«*¿Esto es todo?*». Pelaje Azul sintió que el pánico aumentaba en su interior. No debería haber venido. Esto fue un gran error. Bajo sus patas, la hierba brillaba con la escarcha. ¿Iban a estar allí como cerebros de ratón buscando palabras hasta que sus patas se congelaran al suelo?

—Hace demasiado frío para estar de pie —Corazón de Roble se hizo eco de lo que ella estaba pensando.

«*Esto es ridículo*». Puede que no supiera qué decirle al guerrero del Clan del Río, pero sabía la mejor manera de calentarse. Pelaje Azul asintió hacia el mayor de los árboles.

—¡Carrera hasta la cima de ese roble! —se alejó corriendo, y entonces se dio cuenta de que Corazón de Roble no la seguía. Se detuvo en seco y lo miró—. ¿Qué pasa?

Corazón de Roble estaba moviendo la punta de su cola.

—¡Los gatos del Clan del Río no trepan!

Pelaje Azul ronroneó.

—Eres un gato, ¿no? Por supuesto que escalas. Vamos, te mostraré. A no ser que tengas miedo —añadió con picardía.

—¡De ninguna manera! —los ojos de Corazón de Roble se iluminaron. Pasó junto a ella y se balanceó sobre una de las raíces que salían de la tierra al pie del roble más cercano—. ¿Y ahora qué? —miró el ancho y nudoso tronco.

—Observa —Pelaje Azul saltó con las garras extendidas y se agarró a la corteza con las patas delanteras. Mantuvo sus garras traseras envainadas para poder usar sus patas traseras para impulsarse—. Los árboles viejos como éste son más fáciles —dijo por encima de su hombro—. La corteza es gruesa y suave. Incluso un gato robusto como tú debería ser capaz de subir con sus garras.

—¿A quién llamas robusto? —Corazón de Roble saltó tras ella.

Sus patas se agarraron torpemente del tronco del árbol, pero la fuerza y la determinación lo mantuvieron aferrado, y se preparó para su próximo salto. Pelaje Azul no dijo nada. No iba a darle la satisfacción de escuchar que lo estaba haciendo mejor de lo que ella esperaba. Respirando hondo, se deslizó hacia arriba, saltando sobre una rama baja. Corazón de Roble subió y se desplomó junto a ella, jadeando.

—¿De verdad disfrutas esto?

—¡Por supuesto! —agitó su cola sobre el borde—. Mira. —El claro brillaba bajo ellos como si las estrellas hubieran caído al suelo.

Corazón de Roble miró con cautela por encima del borde.

—No está mal —concedió.

—¿Listo para la siguiente rama?

—Tan pronto como tú lo estés.

Pelaje Azul se acercó a un agujero nudoso y lo utilizó para impulsarse hacia arriba antes de clavar sus garras traseras y saltar a la siguiente rama.

—¿Puedes hacerlo? —dijo.

Corazón de Roble estaba colgando del nudo con sus patas traseras agitando el aire.

—Estoy absolutamente bien —murmuró entre dientes apretados.

Se agarró a la corteza con sus garras y se impulsó hacia arriba tan rápido que Pelaje Azul tuvo que saltar a lo largo de la rama para evitar ser derribada.

—Muy elegante —se burló.

—Me alegro de que lo pienses —gruñó juguetón—. ¡Pero te la devolveré!

—¿Cómo?

—Espera a que te enseñe a nadar.

Pelaje Azul lo miró fijamente, agarrando la rama más fuertemente con sus garras.

—De ninguna manera —le dijo, sintiendo que su corazón comenzaba a acelerarse.

«*¡Basta! ¡No sabe sobre la profecía! Pensará que simplemente estás siendo una ratona asustadiza*».

Los bigotes de Corazón de Roble se movieron.

—¿Miedo al agua?

—¿Miedo a las alturas? —le lanzó una mirada desafiante y se subió a la siguiente rama.

—No puedes asustarme —se burló Corazón de Roble, alcanzándola y apretando su voluminosa figura en la delgada tira de madera.

—¿Ah, no? —saltó a la siguiente rama.

—No —aterrizó junto a ella.

—Bien, estoy impresionada —Pelaje Azul inclinó su cabeza hacia un lado—. ¿Realmente nunca has escalado antes?

—Nunca.

—¿Quieres ir más alto?

—Hasta la cima.

Pelaje Azul lo llevó a través del árbol, enviando hojas medio muertas a volar. La Gran Roca parecía un guijarro cuando llegaron a la rama más alta que podía soportar su peso. Cuando Pelaje Azul saltó sobre ella, se hundió y se balanceó, pero dejó que su cuerpo se balanceara con el movimiento, permitiendo que la rama encontrara su propio equilibrio.

Corazón de Roble se sentó a su lado, resoplando, y miró el suelo más abajo.

—Wow.

Pelaje Azul miró el cielo estrellado, abierto sobre ellos.

—¿Crees que el Clan Estelar sabe lo que estamos haciendo?

Las estrellas se volvieron borrosas cuando sintió el pelaje de Corazón de Roble rozar el suyo.

—Si no pueden vernos aquí arriba, no pueden vernos en ninguna parte —respondió Corazón de Roble. No parecía tener ninguna prisa por apartar su pelaje.

Pelaje Azul se tensó. ¿Así que creía que el Clan Estelar los estaba observando ahora mismo?

Corazón de Roble se volvió para mirarla.

—Mira ese cielo despejado —maulló suavemente—. ¿No crees que el Clan Estelar enviaría nubes para cubrir la luna, o lluvia, si desaprobaran que nos reuniéramos aquí?

Una vez más, él sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

—Supongo que sí —Pelaje Azul esperaba que fuera cierto.

Una brisa hizo temblar el árbol y su rama comenzó a balancearse de nuevo. Corazón de Roble jadeó y se aferró con más fuerza, lo que hizo que se tambaleara más.

—Bajemos —sugirió Pelaje Azul—. Sígueme.

Lo guió por el camino más fácil que encontró, mirando por encima de su hombro para comprobar que estaba bien. Parecía mucho menos confiado ahora. Se arrastró y se deslizó de rama en rama sin hablar, y ella vio que el alivio inundaba su mirada cuando aterrizaron de nuevo en las raíces.

—Gracias al Clan Estelar —suspiró él, deslizándose hacia el suelo y hundiendo sus garras en la tierra.

Pelaje Azul ronroneó.

—No está mal para un cara de pescado.

Corazón de Roble la miró con dureza.

—¿Cómo me llamaste?

Pelaje Azul se encontró con su mirada.

—Cara de pescado.

Se abalanzó sobre ella, ronroneando, pero ella saltó rápidamente y se dirigió hacia la Gran Roca.

—¡Espera a que te ponga las zarpas encima! —amenazó Corazón de Roble, pero su voz se quebró por la diversión.

—¡Nunca me atraparás!

Pelaje Azul cargó alrededor de la Gran Roca y esquivó detrás de los robles, con Corazón de Roble nunca más de una cola de distancia detrás de ella, hasta que se dejó caer en el suelo, jadeando.

—¡No puedo correr más! —jadeó.

Corazón de Roble se desplomó a su lado.

—¡Cara de pescado! —susurró.

De repente se giró y hundió sus dientes suavemente en su cuello, inmovilizándola en el suelo.

—¿Quién es un cara de pescado? —maulló con la boca llena de pelo.

—¡Nadie! —gritó ella.

Corazón de Roble rodó y se sentó, recuperando el aliento. Pelaje Azul se puso sobre sus ancas y se apoyó en él, disfrutando de la suavidad de su pelaje y la firmeza de sus músculos. Seguía oliendo un poco a pescado, pero su aroma se mezclaba con el de los pinos.

Corazón de Roble suspiró.

—He esperado tantas lunas para esto. —Giró la cabeza y la miró a los ojos—. Por ti.

Pelaje Azul bajó la mirada a sus patas, sintiéndose de repente muy cohibida. Corazón de Roble la acarició mientras ella lo miraba.

—Todos los gatos de mi Clan me han dicho que consiga una pareja —murmuró—. Pero no quiero ninguna otra pareja más que tú.

—Sé lo que quieres decir —Pelaje Azul maulló—. Canto de Alondra me dijo que debía emparejarme con… —se detuvo, viendo que la mirada de él estaba herida.

Corazón de Roble se apartó.

—¿Hay algún otro gato que…?

—No —maulló rápidamente Pelaje Azul—. Solo…

—¿Solo qué?

—He estado criando al hijo de Pelaje Nevado. No he tenido tiempo para pensar en parejas.

—Has hecho un gran trabajo. Tu hermana estaría orgullosa de ti. Pero Tormenta Blanca ya es un guerrero —señaló Corazón de Roble—. Tienes tiempo para vivir tu propia vida.

—Tal vez —susurró Pelaje Azul—. Pero esto no puede pasar nunca.

—¿Lo qué?

—Nosotros.

—¿Por qué? —el dolor agrietó el maullido de Corazón de Roble.

Pelaje Azul no podía creer que no fuera obvio.

—¡Somos de diferentes Clanes!

«*Y tengo un destino que no deja espacio para una pareja*». El dolor le retorció el corazón. Intentó apartarlo, pero se quedó allí como una pena, fría y pesada. Se acercó a Corazón de Roble y su calor alivió su tristeza.

—Si seguimos encontrándonos así —murmuró—, acabaremos haciéndonos daño.

—Lo único que puede hacerme daño —Corazón de Roble respiró—, es estar separado de ti.

Pelaje Azul sabía que era cierto, para ella y para él. Pero no podía cambiar su destino. Miró la Gran Roca, que brillaba con escarcha. Los líderes de los Clanes se horrorizarían si pudieran ver lo que estaba sucediendo.

Dos figuras miraban desde la cima. «*¡Flor de Luna y Pelaje Nevado!*».

Pelaje Azul sintió que cada pelo de su manto se erizaba.

Corazón de Roble se agitó a su lado.

—¿Qué pasa?

Pelaje Azul miró fijamente a su madre y a su hermana. Había tanta tristeza en sus expresiones mientras estaban sentadas mirándola, sin moverse ni hablar.

«*Sé por qué están aquí*», pensó. Habían venido a recordarle dónde estaba su verdadera lealtad. Si iba a cumplir la misteriosa profecía del fuego y el agua, tenía que ser tan fuerte como el fuego y leal solo a sus compañeros de Clan.

—¿Qué estás mirando? —presionó Corazón de Roble.

Pelaje Azul parpadeó, y las formas estrelladas de la Gran Roca se desvanecieron.

—Nada —se volvió hacia Corazón de Roble—. Vamos a pasar la noche aquí.

«*¡Solo una noche!* —rogó a su madre y a su hermana—. *Prometo que después de esto dedicaré el resto de mi vida a mi Clan*». Miró hacia la roca. No había nadie, y la luna brillaba en un cielo claro y brillante.

—Construyamos un lecho —el guerrero marrón sugirió.

Juntaron un montón de hojas bajo una de las raíces de un roble, y se acurrucaron juntos en la oscuridad con olor a escarcha.



CAPÍTULO 37

La suave punta de una cola acarició la mejilla de Pelaje Azul.

—Es hora de despertar. —El susurro de Corazón de Roble agitó el pelaje de su oreja.

Pelaje Azul abrió los ojos y se estiró, las hojas de su lecho crujiendo bajo ella. Todavía estaba oscuro en la hondonada, pero por encima de los árboles el cielo se volvía lechoso con la luz del amanecer. Se incorporó, con el corazón acelerado. Tenía que volver a casa.

Corazón de Roble la miraba, con sus ojos brillando como la Piedra Lunar.

—No quiero dejarte.

—Pero tenemos que hacerlo —apretó su hocico contra el de él.

Caminaron hasta el borde del claro y se detuvieron, entrelazando sus colas. Su tiempo juntos había terminado.

—Te buscaré en la orilla del río —prometió Corazón de Roble.

Pelaje Azul se apretó contra él.

—Yo también te buscaré —su voz salió como un susurro. Sabía que el río siempre los dividiría.

—Puede que incluso suba a algunos árboles para seguir practicando —bromeó.

—Sí —se sintió cansada por la tristeza.

¿Por qué estaba tan alegre? ¿No se daba cuenta de que nunca volverían a estar juntos así? Lo miró a los ojos y supo que sí se daba cuenta. Detrás del brillo reconoció un dolor tan crudo como el suyo.

—Adiós —susurró ella, y se dirigió hacia la ladera.

Miró hacia atrás una y otra vez hasta que el dolor de verle de pie bajo los robles fue demasiado para soportarlo. Entonces fijó su mirada en el frente y subió a la cima de la hondonada. Pero al llegar a la cima, sintió que la mirada de Corazón de Roble seguía abrasando su pelaje. «*¡Debo ser tan fuerte como el fuego!*».

El bosque estaba lleno de sombras, y le costó un poco adaptarse a la oscuridad mientras sorteaba las zarzas y se colaba entre los helechos. Su corazón se aceleró a medida que se acercaba al campamento; un compañero de Clan podría estar vagando por el bosque. «*No tan temprano*», se dijo a sí misma. Pero aún así se puso nerviosa con cada susurro y cada olor que flotaba en el aire.

Se deslizó por el barranco, conteniendo la respiración mientras sus patas lanzaban una lluvia de arena hacia abajo. Para su alivio, Fauces de Víbora no aparecía por ninguna parte. La entrada del campamento estaba sin vigilancia. Se escabulló hacia el interior y se dirigió directamente a la guarida de los guerreros, mientras su mirada revoloteaba nerviosa por el silencioso claro. La luz amarilla se extendía por el cielo, llegando a perforar las sombras bajo los árboles. La patrulla del alba se reuniría pronto. Pelaje Azul se deslizó entre los arbustos de tejo, tensa como un ratón acechado, y se dirigió de puntillas a su lecho. Corazón de León refunfuñó cuando pasó por delante de su lecho, pero nadie se movió. Acurrucándose en su lecho, Pelaje Azul cerró los ojos. No quería dormir; quería recordar, revivir los momentos que había pasado con Corazón de Roble. Solo había pasado una noche con él, y lo amaba más profundamente de lo que creía posible. ¿Cómo podría vivir sin volver a hablar con él? Peor que eso, ¿cómo podría verlo en las Asambleas o en la costa y fingir que eran enemigos?

Pero no había opción. Ella era una guerrera del Clan del Trueno, leal al código guerrero. Y eso significaba que no podía ser amiga de un gato de otro Clan. No importaba cuánto llenara sus pensamientos.

—Si me escuchan —respiró a Flor de Luna y a Pelaje Nevado—, les prometo que no volveré a encontrarme con él.

* * *

La cabeza de Pelaje Azul estaba borrosa por el cansancio cuando se unió a sus compañeros de Clan para esperar las órdenes sobre las patrullas del día. Corazón de León no podía esperar para empezar.

—He estado atrapado en el campamento toda la mañana —se quejó.

—*Alguien* tenía que arreglar ese agujero en la pared del campamento —le dijo Fauces de Víbora.

—E hiciste un buen trabajo —Orejitas añadió—. Está más fuerte que nunca.

Manto de Tordo se apresuró a acercarse, relamiéndose los labios.

—Siento llegar tarde —se disculpó—. Me estaba muriendo de hambre. Tenía que comer.

Cola Moteada sacudió la cabeza.

—Habrías hecho que Bigotes de Hierba se sintiera orgulloso —se burló, recordándoles a todos al codicioso veterano.

Estrella de Sol se paseaba alrededor de ellos. Leonino estaba con Bigotes Plumosos, quejándose de enfermedad, así que el líder del Clan del Trueno se encargó de organizar las patrullas otra vez.

—Fauces de Víbora, llévate a Corazón de León, Tormenta Blanca, Garra de Cardo y Garra de Tigre —ordenó el líder—. Vuelvan a marcar las nuevas fronteras del Clan del Río. Pero tengan cuidado. Podrían estar planeando una emboscada. —Hizo una pausa, como si se preguntara si debía enviar más guerreros.

—Comprobaremos bien la zona antes de subir a las rocas —le aseguró Fauces de Víbora.

Estrella de Sol asintió.

—Bien. Flor Dorada, puedes llevarte a Centón, Manto de Tordo y Pelaje Azul para comprobar la frontera de Dos Patas.

La gata amarilla bajó la cabeza, y luego se volvió hacia los miembros de su patrulla.

—Vamos —dijo—. ¡Vamos a asustar a unos cuantos mininos caseros!

Su tono era ligero y divertido, para alivio de Pelaje Azul. La guerrera no había olvidado el trato de Garra de Cardo hacia el pequeño cachorro negro, y ahora mismo no creía que ella pudiera asustar a un ratón.

* * *

—Nos dividiremos en dúos —les dijo Flor Dorada al llegar al Pinar—. Yo revisaré cerca del cortatroncos con Centón. Ustedes dos, revisen la frontera con los Dos Patas —señaló con la cabeza a Pelaje Azul y Manto de Tordo.

Pelaje Azul apenas la escuchó. En su mente, estaba sentada en el Gran Roble bajo las estrellas, con Corazón de Roble a su lado.

—¿Vienes? —el maullido de Manto de Tordo fue amortiguado por la zarza que retenía en sus mandíbulas.

Usó su cola para hacer señas a Pelaje Azul a través del hueco que había hecho.

—Gracias —murmuró, pasando junto a él.

—Es una pena que no estemos cazando hoy. Me encantaría recibir algunos consejos de ti. —Manto de Tordo se apresuró a seguirla—. Tienes un gran olfato —dudó—. Quiero decir que puedes detectar el más mínimo olor.

—Oh… eh… gracias —Pelaje Azul tartamudeó.

Manto de Tordo siempre decía cosas así. ¿Por qué su entusiasmo se sentía tan torpe y molesto de repente?

Se detuvo para volver a colocar una marca cuando llegaron a la frontera. Pelaje Azul se dio la vuelta. Se quedó mirando la cerca de los Dos Patas que se alzaba delante de ellos. Allí había visto a Estrella de Pino con Jake.

Como si supiera lo que estaba pensando, Manto de Tordo suspiró.

—Me pregunto si veremos a Estrella de Pino.

Pelaje Azul agitó su cola.

—Supongo que ya tiene un nuevo nombre.

Manto de Tordo se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo puede un gato de Clan convertirse en un minino casero? Preferiría ser del Clan del Río antes, y eso ya sería bastante malo.

Pelaje Azul miró la cerca y no dijo nada. «*Si yo fuera del Clan del Río, todo sería mucho más fácil*».

Para cuando llegaron al campamento de nuevo, Pelaje Azul estaba demasiado cansada para sentir algo. Se dirigió a su lecho, abriéndose paso a la guarida de tejo. Leonino estaba acurrucado en su propio lecho, profundamente dormido, acurrucado como si tuviera frío. Pero en la guarida hacía calor. El sol de la estación sin hojas se había acumulado en el campamento toda la mañana, calentando el aire. Cuando Pelaje Azul pasó junto a él, su pelaje se agitó. Un olor agudo y amargo se desprendía de él: el hedor de la enfermedad, tan fuerte que le dejó las patas frías. De repente se dio cuenta de cómo sus huesos sobresalían a través de su escaso pelaje. Leonino estaba realmente enfermo. El Clan del Trueno podría necesitar un nuevo lugarteniente en cualquier momento. Pelaje Azul se apresuró a salir de la guarida. ¿Leonino iba a morir? «*Le preguntaré a Pluma de Ganso. Por favor, ¡que esta vez diga algo con sentido!*». Tenía que saberlo. Era demasiado pronto. ¿Cómo podría convertirse en

lugarteniente cuando ni siquiera había terminado de entrenar a su primera aprendiza? Cuando llegó al claro, el viejo curandero ya estaba rodeado de compañeros de Clan.

Cola Moteada negaba con la cabeza.

—No he tenido una noche de sueño decente en días, con sus idas y venidas en la noche.

Orejitas coincidió.

—El único ejercicio que hace es ir y venir del arenero.

—¿Se recuperará esta vez? —preguntó Tormenta Blanca.

Pelaje Azul se puso al lado del guerrero blanco.

—¿Están hablando de Leonino? —susurró.

Tormenta Blanca asintió.

—Parece más enfermo que de costumbre —Corazón de León dijo.

La mirada de Pluma de Ganso estaba cargada de preocupación.

—Lo hemos intentado todo, pero nada ayuda.

Pelaje Azul agitó la cola. ¿Qué estaba tratando de decirles Pluma de Ganso?

—Se recuperó la última vez —señaló.

—La última vez no estaba tan enfermo —replicó Pluma de Ganso—. Estrella de Sol tendrá que empezar a pensar en nombrar un nuevo lugarteniente dentro de poco. —Miró fijamente a Pelaje Azul, con su mirada repentinamente aguda y emocionada como la de un cachorro.

Pelaje Azul se puso rígida. ¿Era esta su oportunidad?

Una voz detrás de ella murmuró:

—Oh, sí, ya es hora de que yo tome el lugar de Leonino.

Pelaje Azul se giró. Garra de Cardo estaba detrás de ella, donde Pluma de Ganso también podía verlo. Los ojos del gato espinoso brillaban, su cola estaba en alto y sus hombros bien musculados estaban lisos bajo la luz del sol.

“*Estrella de Sol quiere un gato con juventud y energía para servir a su lado*”. Pelaje Azul recordó las palabras de Pluma de Ganso con un escalofrío. Ahora mismo, Garra de Cardo parecía ser el gato más fuerte y prometedor del Clan. ¿Estrella de Sol lo elegiría para ser el próximo lugarteniente?



CAPÍTULO 38

Las ramas de tejo crujieron cuando los compañeros de Clan de Pelaje Azul entraron en la guarida, trayendo consigo el sabor de un viento frío típico de la estación sin hojas. Acababan de regresar de la Asamblea.

Pelaje Azul levantó la cabeza.

—¿Cómo estuvo? —bostezó, queriendo nada más que volver a dormir.

Había estado tan cansada últimamente, la somnolencia pesaba en sus patas durante el día, su sueño era pesado por la noche. También se había sentido inusualmente torpe en la hondonada de entrenamiento, y se sentía aliviada de que Escarcha hubiera sido nombrada guerrera, junto con su hermana, Pecas. Sin más sesiones de entrenamiento a las que asistir, había tenido la oportunidad de dejar de lado su práctica de batalla.

Rosal amasó su lecho y se metió en él.

—Te contaré por la mañana —murmuró, cerrando los ojos.

Patas de Leoparda estaba más habladora, claramente todavía zumbando desde la Asamblea mientras se arrebujaba en la maleza del lecho al otro lado de Pelaje Azul.

—Estrella de Granizo perdió su novena vida —anunció—. Lo mordió una rata.

Pelaje Azul se sentó.

—¿Está muerto?

—Sí. Estrella Doblada es el líder del Clan del Río ahora.

—¿Quién es el nuevo lugarteniente? —Pelaje Azul aguzó las orejas.

Sabía que Corazón de Roble había puesto su corazón en él.

—Pelaje de Leña.

«*¿Pelaje de Leña? Pero Corazón de Roble es el hermano de Estrella Doblada*». ¿Cómo podía pasarlo por alto de esa manera? Pelaje Azul se guardó el pensamiento para sí misma. No había visto a Corazón de Roble en la última luna, no desde que se habían encontrado en los Cuatro Árboles. Había evitado la Asamblea diciéndole a Estrella de Sol que se había torcido el hombro saltando por el barranco. No podía soportar ver el árbol donde se habían sentado, o los restos del lecho que habían hecho juntos. Y ver al propio Corazón de Roble y no poder compartir más que palabras de cortesía habría sido una agonía.

—Y hubo una pelea —la gata negra respiró.

—¿En la Asamblea? —Pelaje Azul se sorprendió.

—Un nuevo aprendiz del Clan de la Sombra llamado Zarpa Rota fue a por dos aprendices del Clan del Río. Corazón de Roble tuvo que separarlos.

«*¡Estuvo allí!*». El dolor le atravesó el corazón como una espina. Él habría estado buscándola. Esperaba que entendiera por qué no había ido.

—Garra de Tigre quería unirse —añadió Patas de Leoparda—. Garra de Cardo prácticamente tuvo que sentarse sobre él para detenerlo. Estrella de Cedro estaba muy avergonzado. Asignó a Zarpa Rota la limpieza de la guarida de los veteranos durante toda la próxima luna. Deberías haber visto la cara de Manto Mellado cuando lo hizo. Estaba furioso. Actuó como si estuviera orgulloso de que Zarpa Rota casi destrozara a dos aprendices. —Patas de Leoparda sacudió la cabeza—. El Clan de la Sombra se está convirtiendo en un montón de corazones de zorro.

Pelaje Azul se acomodó de nuevo en su lecho, imaginando a Corazón de Roble mientras sus ojos se volvían pesados por el sueño.

Patas de Leoparda siguió charlando. El Clan del Viento ya había perdido su gordura. El Clan del Río había actuado como si nunca hubieran tenido las Rocas Soleadas en primer lugar…

Pelaje Azul dormitaba.

—No me sorprende que no hayas venido esta noche —el comentario de Patas de Leoparda la despertó.

—¿Por qué?

—¿Ya se lo dijiste a Estrella de Sol?

«*¿Decirle qué?*». El corazón de Pelaje Azul comenzó a acelerarse. ¿Acaso Patas de Leoparda sabía algo? ¿Alguien en la Asamblea había revelado su secreto?

—¿Decirle qué? —preguntó temblorosa.

Patas de Leoparda parpadeó.

—Que estás esperando cachorros.

«*¿Esperando cachorros?*».

«*¡No puedo estarlo!*». Pelaje Azul miró a su compañera de guarida con horror. «*¿Cómo lo sabe?*».

—No te preocupes por estar nerviosa —Patas de Leoparda rozó con su cola el flanco de Pelaje Azul—. Es natural la primera vez.

Rosal estaba despierta ahora.

—¡Pelaje Azul! ¿Vas a tener cachorros? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Manto de Tordo ya lo sabe?

—¡Baja la voz! —Pelaje Azul siseó.

Rosal se agachó más cerca.

—Lo siento —susurró—. Pero estoy muy contenta. Sabía que había algo entre tú y Manto de Tordo. Será un padre brillante.

Las orejas de Patas de Leoparda se movieron.

—No sabía que había algo entre tú y Manto de Tordo.

«*¡No lo hay!*». Pelaje Azul se mordió las palabras. Solo querrían saber quién era el verdadero padre.

—No le digan nada —suplicó.

—Quieres decírselo tú misma, por supuesto —ronroneó Patas de Leoparda—. Lo entiendo. Pero vas a tener que decir algo pronto. Estás creciendo mucho. Incluso los gatos macho se darán cuenta pronto.

Mientras Patas de Leoparda y Rosal se acomodaban para dormir a su lado, Pelaje Azul miró la oscuridad en el borde de la guarida. «*Lo siento*» murmuró en voz baja. «*Pelaje Nevado, Flor de Luna, perdónenme. Nunca quise que esto pasara*».

Cuando llegó la mañana, se levantó del lecho, consciente de repente del peso extra en su vientre. ¿Cómo no se había dado cuenta? Afuera, los guerreros se reunían en torno a Fauces de Víbora, que estaba asignando las tareas del día. Leonino dormía ahora en la guarida de los curanderos, y prácticamente había renunciado a su papel de lugarteniente.

Pelaje Azul pasó entre sus compañeros de Clan y se dirigió a la guarida de Estrella de Sol. Al detenerse fuera, llamó a través del liquen.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Pelaje Azul? —la voz de Estrella de Sol resonó desde el interior—. Entra.

Pelaje Azul se asomó a través del liquen, luchando contra el mareo.

Estrella de Sol estaba sentado junto a su lecho, lavándose la cara.

—¿Estás bien?

—No me siento bien —le dijo Pelaje Azul—. ¿Puedo ser excusada de las patrullas?

Estrella de Sol inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Es algo que comiste?

—Tal vez.

—Por supuesto que estás excusada, pero debes ver a Bigotes Plumosos si no te sientes mejor para el mediodía.

—Solo necesito un poco de aire fresco —le aseguró Pelaje Azul, saliendo de la guarida.

Se dirigió a la entrada del campamento, buscando la soledad y la paz del bosque.

Manto de Tordo se separó del nudo de guerreros y la alcanzó cuando se acercaba al túnel de aulagas.

—¿Estás bien?

—Bien —Pelaje Azul ni siquiera lo miró, sino que siguió caminando.

Sus oídos ardían. No podía creer que hubiera dejado que Patas de Leoparda y Rosal creyeran que él era el padre.

Manto de Tordo retrocedió y la dejó sola para que se escurriera por el túnel, que le pinchó los costados, rasgando su pelaje. Su vientre *había* crecido. Pelaje Azul se sentía pesada y cansada mientras subía por la ladera del barranco. Estaba sin aliento cuando llegó a la cima. Se sentó y miró su redondo vientre. ¿Realmente había cachorros creciendo dentro de ella? Una oleada de protección la invadió y se inclinó torpemente para lamer el suave pelaje.

El sonido de la primera patrulla abandonando el campamento la hizo levantarse y trotar hacia la cubierta de los helechos. Siguió avanzando hasta que el ruido se desvaneció tras ella. Cuando levantó la mirada, los árboles que tenía delante se volvían más delgados y se perfilaban contra el cielo. Sus patas la habían llevado al río. Fue lo suficientemente honesta consigo misma como para saber que quería el consuelo de Corazón de Roble. Quería compartir sus noticias. Pero, ¿seguiría cuidando de ella?

Bajó la suave pendiente de piedra y se sentó al borde del agua. La orilla más lejana había sido despojada por las heladas de las hojas, y podía ver hasta los árboles. ¿Qué pasaría ahora? ¿Cómo explicaría estos cachorros? «*El agua te destruirá*». ¿Era eso lo que quería decir la profecía? ¿Tener cachorros que eran mitad Clan del Río?

Las nubes cubrían el cielo, amarillas y pesadas con la amenaza de nieve. Pelaje Azul se estremeció y observó la orilla lejana una vez más. No podía esperar más. Tenía hambre y frío. Cuando se dio la vuelta, decepcionada, para dirigirse a la orilla, un destello de movimiento en el otro lado del río llamó su atención. Se inclinó hacia delante, esperanzada, y su corazón se aceleró cuando reconoció el pelaje liso y marrón de Corazón de Roble. Pero había otros gatos con él. Estaba de patrulla, flanqueado por Pelaje de Búho y Nutria Manchada. Pelaje Azul retrocedió mientras la patrulla del Clan del Río se acercaba a la orilla del río, pero era demasiado tarde. Los gatos la habían visto.

Nutria Manchada frunció el ceño al otro lado del agua.

—¿Esperando peces? —se burló.

Corazón de Roble no miró a Pelaje Azul.

—Al Clan del Trueno no le gusta mojarse las patas —le recordó a la gata—. Ustedes dos vuelvan al campamento y avisen a Estrella Doblada que el Clan del Trueno está en la frontera —dijo Corazón de Roble a sus compañeros de Clan—. Yo me quedaré para ver cuántos más hay por aquí.

Nutria Manchada y Pelaje de Búho se alejaron entre los árboles.

Corazón de Roble se quedó en la orilla con el agua lamiendo sus patas.

—Ha pasado un tiempo —llamó a través del oscuro río que se arremolinaba.

—T-te necesito.

La esperanza brilló en los ojos de Corazón de Roble. Pelaje Azul se estremeció, anticipando su decepción con una punzada. ¿Realmente pensaba que había venido a decirle que podrían reunirse en secreto de nuevo? Se deslizó en el agua y nadó a través de ella, inamovible a pesar del tirón de la corriente, deslizándose por el agua tan suavemente como una nutria. Se arrastró hasta las piedras y trotó hasta su lado.

—¿Qué pasa?

Pelaje Azul se miró las patas. No podía decírselo de la nada. No lo había visto en una luna. ¿Cómo reaccionaría?

—Tu hermano no te hizo lugarteniente —maulló.

—No.

—Pero pensé que querías ser líder algún día.

—Me lo ofreció. Rechacé. Todavía no me lo he ganado. Pero lo haré. —Corazón de Roble miró por encima de su hombro—. No tenemos mucho tiempo. ¿Qué pasa?

—¿Estás decepcionado por no ser lugarteniente?

—¡Pelaje Azul! —su maullido se volvió severo—. Estrella Doblada está a punto de enviar una patrulla.

—De acuerdo —respiró profundamente—. Voy a tener cachorros.

Los ojos de Corazón de Roble se abrieron como los de un búho. Pelaje Azul esperó a que él dijera algo mientras el bosque giraba a su alrededor y el suelo se balanceaba bajo sus patas.

—Todo estará bien —se apretó contra ella, con su pelaje húmedo en su manto—. Nuestros cachorros serán grandiosos. Valientes, fuertes e inteligentes, ¡buenos para nadar *y* trepar árboles!

Pelaje Azul se estremeció. No estaba entendiendo el punto.

—Estamos en Clanes diferentes —le recordó ella.

—Eso es un problema —Corazón de Roble admitió—. Pero puedes unirte al Clan del Río, o yo puedo unirme al Clan del Trueno. Ya se ha hecho antes.

—¿En serio? —preguntó Pelaje Azul.

—Hay un gato en tu Clan, Vuelo de Viento, cuyo padre era del Clan del Viento. ¿No lo sabías?

Pelaje Azul sacudió la cabeza, sorprendida. Ningún gato lo había mencionado.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué nadie habla de ello? —espetó.

Corazón de Roble se encogió de hombros.

Pelaje Azul sabía por qué.

—Porque si es verdad, todos están demasiado avergonzados. Los gatos del Clan del Trueno que dejaron que Vuelo de Viento se criara en su campamento, los gatos del Clan del Viento que no lo reclamaron como propio. Prefieren olvidarlo. ¿Quieres que nuestros cachorros crezcan así?

—Pero si me uniera al Clan del Trueno, serían cachorros del Clan del Trueno —argumentó Corazón de Roble.

Pelaje Azul se quedó mirándolo.

—¿Harías eso por mí?

—Por ti y por nuestros cachorros, sin dudarlo.

—Pero tú quieres convertirte en líder algún día. Nunca podrías lograrlo en el Clan del Trueno. Siempre serías un extraño.

Corazón de Roble bajó la mirada.

—Hay muchos gatos en el Clan del Río que quieren ser líderes.

—¡Pero tú podrías hacerlo! —Pelaje Azul se sintió desgraciada. No podía dejarle renunciar a su sueño—. No puedes dejar tu Clan.

—¿Entonces dejarás el tuyo y vendrás a vivir con el Clan del Río?

—No puedo.

—Si te preocupa la natación, te enseñaré, como prometí.

—No es eso.

Pelaje Azul pensó en Garra de Cardo con la ambición ardiendo en sus ojos, y en las palabras de Pluma de Ganso: "*La sangre yace en su camino. El fuego yace en el tuyo*".

—Mi Clan me necesita.

Los ojos de Corazón de Roble brillaron.

—Yo también te necesito.

Pelaje Azul negó lentamente con la cabeza.

—No, no me necesitas. Voy a criar a estos cachorros como del Clan del Trueno. Mis compañeros de Clan asumirán que un gato del Clan del Trueno es el padre.

Corazón de Roble se apartó bruscamente.

—¿Algún gato en particular?

—¡No! —llegó como un sollozo—. Pero esta es la única forma en que puede ser. ¿No lo ves? Para dar a nuestros cachorros la mejor oportunidad, debo criarlos como si fueran puramente del Clan del Trueno.

—¿Y yo qué? —protestó Corazón de Roble.

Pelaje Azul curvó el labio.

—Es *mi* problema —gruñó, dándose la vuelta para irse—. Yo soy la que tiene estos cachorros. ¡Yo seré la que los crie sin un padre!

—Pueden tener un padre si quieres —Corazón de Roble respiró.

Pelaje Azul sintió que algo se movía en su vientre. Los cachorros empezaban a inquietarse. ¿Sabían lo que estaba pasando? «*Lo haré bien*», les prometió mientras se dirigía a la orilla.

—Estaré aquí si me necesitas —llamó Corazón de Roble tras ella—. Te amo, Pelaje Azul. ¡Pase lo que pase, siempre serán mis cachorros también!



CAPÍTULO 39

Con la barriga rugiendo de hambre, Pelaje Azul regresó a casa a través del bosque. No podía apartar la imagen de Corazón de Roble, y la forma en que sus ojos habían brillado con tristeza. Los árboles sin hojas crujían y traqueteaban por encima de ella, y a ambos lados del sendero, los arbustos estaban muriendo de frío. ¿Realmente había corrido por allí como aprendiza? ¿Había perseguido a Pelaje Nevado entre los árboles, atrapado su primera presa, practicado la lucha y la caza? Nunca se había dado cuenta de lo fácil que había sido ni de lo feliz que era. Todo era diferente ahora. Incluso los árboles le parecían desconocidos.

—¿Pelaje Azul?

Manto de Tordo la llamaba desde el sendero de adelante, su pelaje gris arenoso se mezclaba con las paredes de helechos quemados.

—¿Estás bien? —sus ojos estaban llenos de preocupación.

Pelaje Azul siguió caminando con la cabeza baja.

—Solo regreso al campamento.

Él no se hizo a un lado para dejarla pasar, sino que sostuvo suavemente su cola para bloquearle camino.

—Detente —le ordenó.

Ella lo miró a los ojos y vio una ternura que la tomó por sorpresa.

—Rosal acaba de felicitarme por convertirme en padre —maulló.

Pelaje Azul sintió que el mundo giraba a su alrededor.

—¡No pudo! ¡Lo prometió!

—¿Tiene razón? ¿Vas a tener cachorros?

—Lo siento mucho. Yo no le dije que eras el padre —mortificada, Pelaje Azul buscó las palabras—. Ella solo adivinó, y era más fácil… —se detuvo. No podía revelar nada.

—¿Así que *sí* vas a tener cachorros? —Manto de Tordo presionó.

Pelaje Azul parpadeó.

—Sí, voy a tener. —Esperó a que preguntara de quién eran, y por qué había mentido.

Pero él se limitó a quedarse de pie y observarla.

Por fin habló.

—No voy a preguntar quién es el padre —maulló—. Estoy seguro de que hay una razón por la que has mantenido ese secreto.

Pelaje Azul arrancó un helecho que se desprendía del suelo.

—Siento que no haya funcionado de otra manera. Ha-habría sido feliz contigo, lo sé. Pero ahora todo salió mal, y no sé qué hacer.

Manto de Tordo movió sus patas.

—Puedes decirle al Clan que soy el padre, si quieres. Digo, si eso facilita las cosas.

Pelaje Azul lo miró fijamente.

—¿De verdad harías eso?

¿Era la única gata que no estaba dispuesta a hacer sacrificios por estos cachorros?

Manto de Tordo asintió.

—Sabes lo que siento por ti, Pelaje Azul. Haría todo lo posible para hacerte feliz, lo prometo. Y amaré a tus cachorros como si fueran realmente míos.

—N-no puedo dejarte —comenzó ella.

Unos gritos rasgaron el aire.

Manto de Tordo aguzó las orejas.

—Garra de Cardo y Garra de Tigre encontraron un intruso por lo que parece. Puede que necesiten ayuda. —Se alejó por el camino, en dirección al río.

Pelaje Azul reconoció ese aullido. «*¡Corazón de Roble!*». Salió corriendo detrás de Manto de Tordo, resoplando por el esfuerzo. Llegó a la orilla y vio a Garra de Cardo inmovilizando a Corazón de Roble por la garganta contra las piedras. Garra de Tigre se quedó a un lado, observando, mientras Manto de Tordo daba vueltas nervioso, escudriñando la orilla lejana en busca de gatos que fueran a rescatar a Corazón de Roble.

—Asqueroso devorador de peces —gruñía el guerrero espinoso en el rostro afectado de Corazón de Roble—. ¿Qué haces en nuestro territorio? ¡Debería arrancarte la garganta!

—Podría haber más en camino —Manto de Tordo advirtió—. Voy a buscar ayuda —desapareció en el bosque.

El terror abrasó a Pelaje Azul.

—¿Qué estás haciendo? —corrió hacia Garra de Cardo, desenvainando las garras, con los ojos fijos en Corazón de Roble, que se debatía entre las garras del guerrero.

Garra de Tigre se adelantó para bloquearla.

—Esta mugre del Clan del Río está invadiendo —gruñó—. Tenemos que castigarlo.

Mirando más allá de él, Pelaje Azul pudo ver la sangre que brotaba de la garganta de Corazón de Roble, convirtiendo las patas de Garra de Cardo en rojas. Con un grito, se lanzó hacia adelante, haciendo que Garra de Tigre perdiera el equilibrio. Con las garras fuera, arrancó a Garra de Cardo de Corazón de Roble y lo arrojó a un lado.

Garra de Cardo rodó y se levantó de un salto.

—¡¿Te has vuelto loca?! —gruñó—. ¡Esta vez no es un cachorro! Es un guerrero del Clan del Río. ¡Está invadiendo nuestro territorio!

—No seas ridículo —dijo Pelaje Azul—. ¿Qué podría hacer él solo?

Garra de Cardo miró salvajemente a su alrededor.

—¡Puede haber otros!

—No los hay —Corazón de Roble se había tambaleado sobre sus patas, girando lentamente la cabeza de un lado a otro—. Fui arrastrado aquí por una ola. Me iré ahora.

—No tan rápido —Garra de Cardo saltó delante de él, bloqueando su salida.

Pelaje Azul se interpuso entre ellos.

—¡Suficiente, Garra de Cardo! Le has dado una lección. Seguro que no volverá por aquí —se encontró la mirada de Corazón de Roble y no vio más que tristeza—. Déjalo ir —su súplica llegó como un susurro. Estaba suplicando por Corazón de Roble, pero las palabras resonaban en su corazón. «*Déjalo ir*».

Corazón de Roble tropezó con ella y se deslizó por el río.

—¡Traidora! —Garra de Cardo empujó a Pelaje Azul, haciéndola tropezar sobre sus ancas. Sus garras aún estaban desenvainadas y empenachadas con el pelaje de Corazón de Roble—. ¡Eres una cobarde y una estúpida! Nunca te he visto defender nuestras fronteras ni una vez.

¡¿Qué clase de guerrera eres?! —se acercó, su respiración fue rápida, y sus ojos salvajes con hambre de sangre—. ¿*Conoces* a ese guerrero del Clan del Río? —siseó lentamente.

Luchando contra el pánico, Pelaje Azul obligó a su pelaje a estar en posición horizontal.

—Se llama Corazón de Roble. Lo he visto en Asambleas.

Garra de Cardo se inclinó más cerca hasta que estuvo a un suspiro de su hocico.

—No te pregunté si sabías quién era, te pregunté si *lo conocías*. —Sin parpadear, añadió—: Más de lo que permite el código guerrero.

«*¿Nos ha visto juntos? ¿Escuchó algo?*».

Pelaje Azul se obligó a mirar a Garra de Cardo sin inmutarse.

—Por supuesto que no —espetó.

Garra de Cardo se apartó y empezó a pasear por la orilla, mirando al otro lado del río.

—Necesitamos más patrullas —murmuró—. Es demasiado fácil invadir. Demasiados invasores. Solo el miedo los mantendrá alejados. Debemos marcar nuestras fronteras con la sangre de nuestros enemigos —la saliva burbujeó en su boca.

Pelaje Azul retrocedió, temblando. ¡Sonaba demente!

La maleza se agitó cuando Manto de Tordo irrumpió en la orilla. Fauces de Víbora, Manto de Gorrión y Corazón de León salieron corriendo detrás de él. «*¡Gracias al Clan Estelar!*». Ellos podrían calmarlo.

Pero cuando Garra de Cardo se dio la vuelta, sus ojos eran suaves y su pelaje liso.

—No hay nada de qué preocuparse —maulló de manera uniforme—. Solo un guerrero del Clan del Río husmeando. Lo ahuyentamos.

—Buen trabajo —elogió Fauces de Víbora.

—Bien visto —Manto de Gorrión añadió.

Manto de Tordo llamó la atención de Pelaje Azul, desconcertado. Pelaje Azul negó con la cabeza. No era momento de desafiar a Garra de Cardo.

Fauces de Víbora asintió a Garra de Tigre.

—Espero que sigas aprendiendo de Garra de Cardo. Es un gran guerrero. Impresionantes pasos para llenar.

Garra de Tigre bajó la cabeza.

—Nunca me pierdo nada —maulló suavemente.

—¿Está la zona despejada? —preguntó Fauces de Víbora.

—Despejada —Garra de Cardo se dirigió a los árboles. Ni siquiera miró a Pelaje Azul. Era como si nada hubiera pasado entre ellos.

Pelaje Azul se quedó atrás con Manto de Tordo mientras la patrulla regresaba al campamento. ¿Corazón de Roble estaba bien? ¿Logró volver con sus compañeros de Clan? Al menos la patrulla de Nutria Manchada no había vuelto a buscarlo. Solo habría confirmado la paranoia de Garra de Cardo. "*La sangre yace en su camino*".

Pelaje Azul se estremeció. Tenía que avisar a Estrella de Sol.

De vuelta en el campamento, el líder del Clan del Trueno escuchó los informes de Garra de Cardo y Fauces de Víbora. Los había llevado a su guarida y, frustrada, Pelaje Azul solo podía adivinar lo que Garra de Cardo le decía sobre la "invasión" de Corazón de Roble. Esperó impaciente, paseando por el claro aunque sus patas estaban doloridas y cansadas.

—Toma —Manto de Tordo dejó caer un gorrión en sus patas—. Necesitas comer.

Pelaje Azul suspiró y se sentó. Era inútil fingir que no tenía hambre. Su vientre se sentía vacío todo el tiempo ahora.

Manto de Tordo la observó mientras empezaba a comer.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó.

Pelaje Azul tragó saliva. Con Garra de Cardo tan receloso de su relación con Corazón de Roble, sería de cerebro de ratón no aceptar la oferta de Manto de Tordo.

—¿Lo dices en serio?

Manto de Tordo asintió.

—Gracias.

Cuando se inclinó para tomar otro bocado de gorrión, el liquen de la guarida de Estrella de Sol se agitó, y Fauces de Víbora y Garra de Cardo salieron caminando..

Pelaje Azul miró a Manto de Tordo.

—Volveré en un momento. —Se apresuró a ir a la guarida del líder del Clan del Trueno—. Soy Pelaje Azul —llamó a través del liquen.

—Entra.

Entró a empujones, haciendo que la luz ondeara en el suelo arenoso de la cueva.

Estrella de Sol se sentó en la sombra.

—Tenemos suerte de tener guerreros leales como Garra de Cardo.

Pelaje Azul se puso rígida.

—Sé que es leal, pero…

Estrella de Sol la cortó.

—Es un guerrero del que el Clan del Trueno puede estar orgulloso.

—Pero yo estaba allí cuando estaba atacando a Corazón de Roble.

—¿*Atacarlo*? —Estrella de Sol la miró extrañado—. Pensé que estaba defendiendo. Corazón de Roble era el que estaba invadiendo. Garra de Cardo solo seguía el código guerrero.

—El código guerrero habla de justicia y misericordia —comenzó Pelaje Azul. Garra de Cardo había sido despiadado—. Él lo habría asesin…

Antes de que pudiera terminar, Estrella de Sol interrumpió:

—No deberías involucrarte en más escaramuzas fronterizas.

Pelaje Azul estaba desconcertado. ¿No confiaba en ella? ¿Qué había dicho Garra de Cardo sobre ella?

Estrella de Sol le miró el vientre.

—Al menos no hasta que nazcan tus cachorros.

—¿Lo sabes? —Pelaje Azul jadeó.

—Se está haciendo evidente —ronroneó Estrella de Sol—. Puede que no haya tenido cachorros, pero sé cómo se ve una reina embarazada.

Pasó junto a ella, husmeando por un hueco en el liquen. Luego se detuvo y miró hacia atrás.

—Serás una madre maravillosa, un activo para el Clan. —Se le escapó un pequeño suspiro—. Esperaba que algún día siguieras mis pasos, pero el Clan Estelar parece tener un camino diferente para ti. Afortunadamente —continuó, contemplando el claro—, hay otro que puede ser capaz de liderar este Clan algún día.

Con el vientre apretado, Pelaje Azul siguió su mirada.

Estaba mirando a Garra de Cardo.

El guerrero de manto espinoso estaba presumiendo de su gran victoria sobre Corazón de Roble, mientras Garra de Tigre hacía una demostración de sus movimientos. Pelaje Azul, helada, retrocedió.

No se le podía permitir a Garra de Cardo hacerse con el poder del Clan del Trueno. ¡Los destruiría a todos!



CAPÍTULO 40

—¿Ya vienen? —Ojo Blanco llamó. Tiró de Pequeño Veloz por la cola y lo metió en el lecho junto a su hermana. Pequeña Musaraña se había quedado dormida, cansada de esperar la llegada de sus nuevos compañeros de guarida.

La luz del sol se filtraba en la maternidad, apagada por la gruesa capa de nieve que pesaba sobre el techo de zarzas. En el interior hacía calor por la respiración de varios gatos amontonados.

—No tardarán —murmuró Bigotes Plumosos, concentrándose con fuerza mientras Pelaje Azul se estremecía con otra contracción.

Zarpa Jaspeada se inclinó hacia ella.

—Pon tu pata aquí. —Bigotes Plumosos colocó la pata de su nueva aprendiza sobre el vientre de Pelaje Azul—. ¿Puedes sentir su cuerpo tratando de expulsar a los cachorros?

Zarpa Jaspeada asintió solemnemente. Cuando Pluma de Ganso se había mudado a la guarida de los veteranos hacía media luna, Zarpa Jaspeada había rogado cambiar su entrenamiento de guerrera por el de curandera. Bigotes Plumosos le había dicho a Estrella de Sol que no podía pensar en una aprendiza mejor. Su memoria para las hierbas era impresionante, y, lo que era más importante, la compasión de la hermosa joven carey brillaba en cada palabra y en cada mirada.

—¡Quita tus patas! —siseó Pelaje Azul, sacudida por otra contracción. Cuando se desvaneció, vio la consternación en la gentil mirada de Zarpa Jaspeada—. Lo siento —murmuró—. No esperaba que doliera tanto.

—¿Te hice daño? —Zarpa Jaspeada se preocupó.

Bigotes Plumosos acarició su cola a lo largo del flanco del joven gato.

—No —le aseguró—. Las reinas pueden ser un poco malhumoradas cuando dan a luz. —Entrecerró los ojos hacia Pelaje Azul—. Algunas más que otras.

—¡Tú también estarías malhumorado si estuvieras pariendo desde el amanecer! —Pelaje Azul soltó con brusquedad, con el dolor convulsionando su cuerpo una vez más.

«*¡Oh, Pelaje Nevado, ayúdame!*».

Un suave aliento agitó el pelaje de su oreja, y un aroma dolorosamente familiar la envolvió.

“*No falta mucho, mi preciosa hermana. Lo estás haciendo bien*”.

—Aquí viene el primero —maulló Bigotes Plumosos—. Zarpa Jaspeada, cuando llegue, rompe el saco de cachorro con tus dientes para liberarlo.

Zarpa Jaspeada se retorció en posición mientras un pequeño y húmedo bulto cayó en el lecho.

—¡Un macho! —anunció Bigotes Plumosos.

—¿Está bien? —Pelaje Azul levantó el cuello para ver a su primer cachorro, sus patas temblaban de emoción.

—¡Rápido, Zarpa Jaspeada! —instruyó Bigotes Plumosos—. ¡Lámalo ferozmente!

Pelaje Azul jadeó.

—¿Respira?

Su corazón se estremeció cuando Bigotes Plumosos dudó.

—¿Y bien?

—Ahora sí —Bigotes Plumosos levantó al pequeño cachorro y lo puso junto al vientre de Pelaje Azul.

Se sentía cálido y húmedo contra su pelaje. Temblando de alivio, Pelaje Azul se inclinó hacia delante y olió a su hijo. Era el olor más perfecto del mundo.

—Es hermoso —susurró.

Otra ola de dolor recorrió su costado.

“*No mucho más*” prometió Pelaje Nevado.

—Una hembra —maulló Bigotes Plumosos mientras colocaba un segundo cachorro junto a su vientre. Presionó su pata suavemente en su costado—. Uno más, creo.

Hubo un último dolor agudo, y Pelaje Azul se dejó caer sobre el musgo, jadeando.

—¡Bien hecho! —Bigotes Plumosos la felicitó—. ¡Otra hembra! Y los tres parecen sanos y fuertes.

"*Bien hecho*" susurró el suave maullido de Pelaje Nevado.

«*Gracias, Pelaje Nevado*». Pelaje Azul envolvió su cola alrededor de sus tres nuevos cachorros y los abrazó con fuerza a su vientre. Cuando empezaron a mamar, el recuerdo del dolor se desvaneció como un mal sueño. «*Corazón de Roble, tenemos dos hijas y un hijo*».

Las zarzas crujieron y Manto de Tordo se infiltró en la guarida.

—¿Cómo está?

—Pelaje Azul está bien —le dijo Bigotes Plumosos—. Tuvo tres cachorritos sanos. Dos hembras y un macho.

Manto de Tordo ronroneó de alegría, y Pelaje Azul sintió una ráfaga de gratitud. Había decidido no decirle a sus compañeros de Clan que él era el padre, aunque sospechaba que muchos de ellos habían asumido que lo era. Pero Manto de Tordo nunca había traicionado el secreto de Pelaje Azul; si alguno de sus compañeros de Clan le mencionaba los cachorros que iban a nacer, él se limitaba a asentir con la cabeza y decir que era una excelente noticia para el Clan. Ahora se inclinó hacia el lecho y los acarició.

—Habría estado muy orgulloso de ser su padre —le susurró a Pelaje Azul.

A Pelaje Azul le dolió el corazón.

—Eres un buen amigo —le susurró.

—¿Cómo vas a llamarlos? —Ojo Blanco maulló, saliendo de su lecho.

—La cachorra gris azul claro será Pequeña Vaharina —ronroneó Pelaje Azul—. Y el gato gris, Pequeño Pedrizo.

Quería ponerles nombres que le recordaran al río.

—¿Y ésta? —Manto de Tordo acarició a la pequeña cachorra gris claro y blanca con la punta de su cola.

—Pequeña Musgosa —decidió Pelaje Azul.

Los bigotes de Bigotes Plumosos se movieron.

—¿Así que no vas a dejar que el padre decida ninguno de los nombres? —rió—. Siempre fuiste decidida, Pelaje Azul. —Detrás de sus ojos, brillaba la curiosidad.

«*Lo siento, Bigotes Plumosos. Has sido bueno conmigo, pero este es mi secreto a guardar*».

Pelaje Azul se inclinó sobre sus cachorros una vez más y comenzó a lamer sus mantos húmedos. Si tan solo Corazón de Roble pudiera verlos. Reconoció la forma de la cabeza del guerrero del Clan del Río en la de

Pequeño Pedrizo y sintió su elegante pelaje mientras lavaba a Pequeña Musgosa. «*Los amaré lo suficiente por los dos*», prometió.

Abrazándolos más fuerte, cerró los ojos y se quedó dormida.

La nieve seguía pesando en el campamento media luna después. Pelaje Azul estaba preocupada de que sus cachorros se enfriaran demasiado mientras se sentaba cerca de la entrada de la maternidad y los veía batear los copos a la deriva, chillando de emoción.

—¿Debería llevarlos dentro? —preguntó a Ojo Blanco.

—Los cachorros son más duros de lo que parecen —dijo la reina—. Si ves que sus narices se ponen pálidas, entonces es hora de llevarlos dentro.

Pelaje Azul miró las narices de los tres cachorros; estaban tan rosadas como bayas mientras los cachorros saltaban por la nieve, persiguiendo las colas de los demás. Pequeño Veloz y Pequeña Musaraña, tres lunas mayores, se burlaban de ellos lanzándoles trozos de nieve y poniendo cara de inocencia cuando los cachorros se detenían para quejarse.

Fauces de Víbora limpiaba la nieve del túnel de entrada, ayudado por Vuelo de Viento y Brisa Veloz. Garra de Cardo estaba demostrando movimientos de lucha a Zarpa Roja y a Zarpa de Sauce junto al parche de ortigas aplastado por la nieve. El pálido manto de Zarpa de Sauce apenas era visible contra la blancura. Estrella de Sol y Cola de Tormenta estaban escarbando en la nieve donde solía estar el montón de carne fresca.

—No queda nada —Estrella de Sol se sentó en sus ancas, decepcionado.

Cola de Tormenta suspiró.

—Tendremos que seguir enviando patrullas de caza hasta que alguien atrape algo. —Miró hacia la maternidad, con los ojos oscuros de preocupación—. Incluso las reinas están empezando a parecer delgadas.

Bigotes Plumosos llevaba un montón de hierbas a la guarida de los veteranos.

—¿Está todo bien? —Estrella de Sol le llamó.

—Sí —murmuró Bigotes Plumosos a través de su mandíbula llena de hojas—. Solo intento asegurarme de que siga así. —Señaló con la cabeza a Pluma de Ganso, que se escurría entre las ramas del árbol caído—. ¿Ya te instalaste?

—¿Qué? —Pluma de Ganso parecía distraída.

—¿Tu lecho es cómodo? —presionó Bigotes Plumosos.

—Sí, está bien. —Pluma de Ganso caminó por el claro mientras Bigotes Plumosos desaparecía en la guarida de los veteranos.

Pelaje Azul observó al viejo curandero acercarse. Tenía una mirada feroz y vidriosa en sus ojos que hizo que su pelaje temblara. ¿Qué iba a decir esta vez? Miró a sus cachorros, que ahora estaban dando vueltas por la nieve que se había acumulado contra la guarida de los guerreros.

—¡No molesten a Orejitas! —advirtió—. Está tratando de descansar.

—No lo haremos —prometió Pequeño Pedrizo, trepando de nuevo por la pila y volviendo a bajar. Se sentó en el fondo, esparciendo nieve cuando sacudió las orejas.

Pelaje Azul sacudió la cabeza con cariño.

Una sombra cayó sobre ella.

—Esto no era parte de la profecía —siseó Pluma de Ganso—. El fuego debe arder sin ataduras.

Pelaje Azul se levantó y lo enfrentó. Puede que una vez dudara de que el fuego ardiera dentro de ella, pero ahora estaba segura de que así era. Lo sentía arder bajo su pelaje, dándole la fuerza de un león para proteger a sus cachorros.

—La profecía puede esperar —gruñó—. Mis cachorros me necesitan ahora.

—¿Y tu Clan? —Pluma de Ganso se volvió y miró a Garra de Cardo al otro lado del claro.

El pelaje del guerrero estaba lleno de nieve mientras trataba de persuadir a Zarpa Roja para que llegara más alto con sus patas delanteras.

—¡Estira las garras! —le espetó—. No vas a luchar contra ratones.

Pelaje Azul suspiró. ¿Qué podía hacer?

—¡Mira esto! —gritó Pequeña Vaharina mientras se lanzaba de cabeza por la pila de nieve.

El arbusto de tejo se agitó mientras Orejitas salía furioso.

—Ustedes cachorros ¿no pueden jugar en otro lado? —refunfuñó.

Pelaje Azul llamó:

—Lo siento, Orejitas. Les advertí.

La mirada de Orejitas se suavizó cuando Pequeña Musgosa se lanzó hacia él, chillando:

—¡*Mírameeeeeee*!

—Supongo que no serán cachorros por mucho tiempo —suspiró el guerrero, caminando hacia el árbol caído—. Tal vez Manto de Piedra me deje apretujarme con él para una siesta.

Pluma de Ganso se volvió hacia Pelaje Azul, y sus ojos azules estaban tan vacíos como el cielo.

—Si Garra de Cardo se convierte en lugarteniente, será el fin del Clan del Trueno.

Pelaje Azul entrecerró los ojos.

—Mis cachorros me necesitan —repitió.

—No son solo *tus* cachorros —le dijo Pluma de Ganso—. Tienen un padre que los criaría.

El corazón de Pelaje Azul se estremeció.

—¿Qué quieres decir?

—Te he visto —murmuró Pluma de Ganso—. Con Corazón de Roble, cerca de los Cuatro Árboles.

Pelaje Azul se estremeció como si la hubiera golpeado. «*¡Lo sabe!*».

—Yo no juzgo, Pelaje Azul —Pluma de Ganso maulló suavemente—. Nunca te propusiste traicionar a tu Clan. Pero estos cachorros se ahogarán en sangre con el resto de sus compañeros de Clan a menos que actúes. Sigues siendo el fuego que abrasará un camino diferente para el Clan del Trueno.

—¡Pelaje Azul! —el chillido de pánico de Pequeño Pedrizo la hizo girarse.

Pequeña Musgosa había caído en un hueco hasta las orejas. Pelaje Azul se apresuró y la sacó por el pescuezo, sacudiendo la nieve del pequeño bulto de pelo y colocándola en un lugar más firme. ¿Pluma de Ganso tenía razón? ¿Era la única que podía salvar a su Clan? Ya se había equivocado antes. Sus compañeros de Clan habían dejado de escuchar sus oscuras advertencias mucho antes de que se retirara a la guarida de los veteranos. ¿Sabía realmente lo que sus ancestros guerreros habían planeado para los Clanes? Con el corazón acelerado, miró al cielo. «*Clan Estelar, ¡dame una señal!*». Pero no vio nada más que las gruesas y cremosas nubes de la estación sin hojas.

La nieve se desprendía de la barrera de aulagas mientras una patrulla de caza atravesaba el túnel de entrada. Tormenta Blanca, Corazón de León y Flor Dorada entraron en el campamento, con las colas bajas. Tormenta Blanca llevaba un escuálido gorrión en sus mandíbulas.

—¿Eso es todo? —preguntó Estrella de Sol, saltando para inspeccionar la captura.

—Hemos estado en todas partes —Corazón de León informó—. El bosque está vacío.

—¿Intentaron cavar? —presionó Estrella de Sol.

—Las presas están demasiado bien escondidas —Flor Dorada suspiró.

Estrella de Sol escudriñó el campamento, su mirada revoloteaba sobre sus compañeros de Clan, todos tan delgados como huesos.

—Hay que alimentar primero a las reinas —decidió.

Tormenta Blanca llevó el gorrión a la entrada de la maternidad y lo puso en las patas de Ojo Blanco. La reina semividente miró a Pelaje Azul.

—Tú tienes el primer bocado —ofreció.

Pelaje Azul mordió el gorrión con agradecimiento. Había estado hambrienta durante días, y sabía, por la forma en que sus cachorros amasaban su vientre con sus pequeñas patas, que no estaba produciendo suficiente leche para ellos. Arrugó la nariz cuando probó la carne seca, rígida y agria como la corteza.

Bigotes Plumosos se abrió paso a través de los restos del árbol caído, las ramas dejaron caer nieve sobre su pelaje.

—¿Es eso carne fresca? —dijo. Se quedó mirando decepcionado al gorrión medio masticado—. Los veteranos están hambrientos —suspiró.

—Pueden comer un poco de esto —ofreció Ojo Blanco.

Bigotes Plumosos negó con la cabeza.

—¿Y Leonino? —sugirió Pelaje Azul—. Necesita mantener su fuerza.

El lugarteniente del Clan del Trueno ya no salía del claro de curandería excepto para usar el arenero.

Recogió el gorrión, dispuesta a llevárselo. Bigotes Plumosos la detuvo con una pata.

—No se lo comerá —murmuró—. Hace días que no puede comer nada.

Pelaje Azul se congeló.

—¿Se está muriendo?

Bigotes Plumosos la miró fijamente.

—No está mejorando.

Pelaje Azul apenas lo escuchó. Estaba mirando fijamente a Garra de Cardo. El guerrero gris y blanco observaba a Bigotes Plumosos con las orejas aguzadas. Sus ojos brillaban. Pelaje Azul parpadeó. El pelaje de Garra de Cardo brillaba. ¿Estaba mojado? Algo oscuro y pegajoso fluía por su manto. «*¡Sangre!*». Garra de Cardo estaba empapado de sangre. Rezumaba de su pelaje y goteaba de sus bigotes, manchando la nieve a su alrededor de color escarlata.

Horrorizada, Pelaje Azul retrocedió.

—¿Qué pasa? —Bigotes Plumosos maulló—. ¿Pelaje Azul?

Cuando sintió que la cola del curandero le tocaba el hombro, Pelaje Azul parpadeó y la sangre desapareció. Garra de Cardo la estaba mirando, su pelaje atigrado volvía a ser blanco, gris y espinoso.

Se encontró con la mirada de Pluma de Ganso, que asintió con la cabeza. Él también lo había visto. Una visión del camino del Clan del Trueno si Garra de Cardo iba a liderarlo.

Temblando, Pelaje Azul miró a sus cachorros. «*¿Cómo puedo abandonarlos?*».

—¡Tengo hambre! —se quejó Pequeña Vaharina, trotando con la cola en alto.

—Vamos a entrar —las palabras se atascaron en la garganta de Pelaje Azul. «*No tengo elección. Tengo que salvar a mi Clan*».

Una luna llena colgaba sobre los Cuatro Árboles. Las nubes se habían despejado, aunque la nieve todavía cubría el bosque.

La Asamblea había comenzado.

Pelaje Azul miró el claro a su alrededor, ciega ante los gatos que se mezclaban a su alrededor. Vio las raíces donde hizo el lecho con Corazón de Roble; las ramas a las que se habían subido para mirar el cielo. Deseaba estar allí arriba, más cerca de las estrellas que de los problemas de su Clan, lejos del dolor que le desgarraba el corazón. «*¡Basta!*». No había tiempo para entregarse a la tristeza ni a los recuerdos. Buscó entre los mantos que la rodeaban. «*¿Dónde estás, Corazón de Roble? Por favor, dime que estás aquí*».

La hondonada era ruidosa, llena de parloteo, arremolinada por los gatos. Estrella de Sol la había dejado venir a la Asamblea a pesar de que era una reina lactante; se preguntó si algo en sus ojos lo había convencido. Se imaginó a sus cachorros ahora, seguros y calentitos junto al vientre de Ojo Blanco.

«*¡Corazón de Roble!*». Vio su manto marrón rojizo entre la multitud. Abriéndose paso entre un grupo de guerreros del Clan de la Sombra, se dirigió hacia él, manteniendo la mirada fija en su pelaje por si lo perdía de vista.

—Corazón de Roble —siseó en cuanto estuvo lo bastante cerca para que la oyera.

Él se giró, sus ojos se iluminaron cuando la vio.

—Tenemos que hablar.

Asintió con la cabeza y se alejó corriendo, haciendo una señal a Pelaje Azul con la cola. Ella lo siguió mientras él se escabullía de la multitud y se deslizaba detrás de uno de los grandes robles.

—Escuché sobre los cachorros —susurró—. ¿Cómo están? ¿Cómo se ven?

Sus ojos brillaban de orgullo y, por un momento, Pelaje Azul olvidó lo que había venido a decirle. Si tan solo pudiera ver a sus cachorros, acurrucados dormiditos en la maternidad.

—Son hermosos —dijo ella—. Los llamé Pequeño Pedrizo, Pequeña Vaharina y Pequeña Musgosa.

Corazón de Roble suspiró y se sentó.

—Me gustaría poder verlos.

—Puedes hacerlo —Pelaje Azul se puso rígida—. No puedo quedarme con ellos.

—¿Qué? —Corazón de Roble la miró con incredulidad.

—Mi Clan me necesita más.

—N-no entiendo —se quedó con la boca abierta.

«*Cree que no tengo corazón*». Pelaje Azul cerró los ojos por un momento, buscando el fuego que ardía en su interior. Luego miró al gato que una vez había sido su pareja.

—Nuestros cachorros son afortunados —maulló—. Nos tienen a ti y a mí para protegerlos. El Clan del Trueno solo me tiene a mí.

—¿Qué me estás pidiendo? —Corazón de Roble gruñó.

—Tienes que llevártelos. Los llevaré a las Rocas Soleadas mañana por la noche.

Corazón de Roble entrecerró los ojos.

—Si me los llevo, serán criados como guerreros del Clan del Río —advirtió—. Por su propio bien, nunca sabrán que fuiste su madre.

—Lo entiendo —Pelaje Azul susurró.

¿Sus cachorros la olvidarían tan fácilmente? ¿Cómo podría dejarlos crecer sin ella? Tenía que hacerlo, o se ahogarían en sangre con sus compañeros de Clan cuando Garra de Cardo llegara al poder. Parpadeó y se dio la vuelta para marcharse. Tenía que confiar en el Clan Estelar. Y en Corazón de Roble.

Su pata tiró de su pelaje.

—¿Pelaje Azul?

—¿Qué? —se volvió hacia él, con los ojos encendidos mientras luchaba por mantenerse fuerte.

—Esto no es propio de ti —murmuró—. Puedo ver cuánto amas a nuestros cachorros. Eres una buena madre.

Su voz se quebró:

—No puedo ser lo que quiero ser. Necesito ser fuerte como el fuego. Necesito salvar a mi Clan. —La pena nubló su mirada, y Corazón de Roble se movió frente a ella—. Es lo mejor —susurró—. Espero que sepan que han sido amados. Aunque no se acuerden de mí, espero que lo sepan.

Corazón de Roble tocó su mejilla con su hocico.

—Lo sabrán —prometió—. Y… gracias.

La calidez de su aliento le trajo recuerdos hasta que Pelaje Azul no pudo soportarlo más, y se apartó. Volvió a caminar entre la multitud de gatos, sabiendo que cada paso que daba la alejaba de sus cachorros.

«*Por favor, Clan Estelar. Deja que este sea realmente el camino que quieres que siga*».



Capítulo 41

—Despierten. —Pelaje Azul mantuvo su voz baja para no molestar a Ojo Blanco, a Pequeña Musaraña o a Pequeño Veloz—. Vamos, Pequeña Musgosa. Abre los ojos.

Sacudió suavemente a sus cachorros uno por uno y observó cómo se estiraban, temblando, y abrían sus ojos somnolientos.

Pequeño Pedrizo bostezó.

—¿Ya amaneció?

—Todavía no —murmuró Pelaje Azul—. Así que tenemos que estar callados. No queremos despertar a nadie.

—¿Qué pasa? —chilló la Pequeña Vaharina.

—Shh —Pelaje Azul miró con ansiedad el lecho de Ojo Blanco.

Pequeño Veloz se agitaba en su sueño. Envolvió su cola alrededor de sus propios cachorros, tranquilizándolos hasta que Pequeño Veloz se quedó quieto, y luego susurró:

—Vamos a jugar a un juego, pero tienen que estar muy, muy callados.

Pequeño Pedrizo estaba muy despierto ahora, parpadeando en la oscuridad.

—¿Qué juego?

—Se llama Escape Secreto —Pelaje Azul hizo brillar sus ojos, obligándose a parecer emocionada. Se sentía como si estuviera en un sueño, y nada de lo que decía o hacía estaba sucediendo realmente.

Pequeña Vaharina saltó a sus patas.

—¿Cómo jugamos?

—Es una aventura —Pelaje Azul explicó—. Fingimos que el Clan de la Sombra ha invadido el campamento. Tenemos que escapar sin que nos vean, y encontrarnos con nuestros compañeros de Clan en las Rocas Soleadas.

Pequeña Musgosa la miró con ojos redondos y ansiosos.

—¿Vamos a dejar el campamento?

Pequeño Pedrizo le dio un toque.

—¿Cómo vamos a llegar a las Rocas Soleadas sino, cerebro de ratón?

—Pero nunca hemos salido del campamento —se preocupó Pequeña Musgosa—. Somos demasiado pequeños.

—Tengo hambre —Pequeña Vaharina se quejó.

Pelaje Azul luchó contra la frustración que le punzaba los nervios.

—Bueno —maulló suavemente—. Comamos primero, y luego empezaremos el juego. Pequeña Musgosa, ya eres una cachorra grande y fuerte. Estarás bien, lo prometo.

Les dio la leche que tenía, que era incluso menos de lo habitual después de tantos días de hambre, y luego los sacó del lecho.

Pequeño Pedrizo rebotó hasta la entrada.

—¡No puedo creer que vayamos a salir del campamento! —maulló emocionado.

—Shh —le recordó Pelaje Azul—. Si despertamos a alguien, habremos perdido el juego.

Ella se escabulló primero y se volvió para recoger a los tres cachorros en la nieve. Había habido una nueva caída desde el atardecer, pero las nubes se habían despejado y el campamento brillaba blanco a la luz de la luna. Examinó el claro. No había señales de vida. El aliento salía de su boca mientras apuraba a sus cachorros detrás de la maternidad. El aire estaba muy frío.

—Vamos a usar el túnel del arenero —susurró, comprobando de nuevo que no había nadie cerca para verlos—. Eso es lo que haríamos si realmente estuviéramos saliendo a escondidas del campamento.

Pelaje Azul los llevó a toda prisa por el estrecho túnel y pasó por delante de los arbustos que cubrían el arenero.

Pequeña Vaharina arrugó la nariz.

—¡Apestoso!

Pequeño Pedrizo estaba mirando hacia arriba a través de las ramas desnudas.

—¡Wow! ¡Esto es grande!

—Lo sé, pequeño.

Pelaje Azul le dio un toque. Recordaba la primera vez que había salido del campamento, cuando Estrella de Sol, Caída del Sol en ese entonces, la había llevado a la cima del barranco justo antes de que la hicieran aprendiza. Había sido la mayor aventura de su vida, y no había sido capaz de imaginar un momento en el que subir y bajar el barranco le pareciera ordinario o fácil.

La ladera del barranco se alzaba sobre ellos. Los cachorros inclinaron sus cabezas hacia atrás y miraron hacia arriba, con sus ojos enormes y llenos de luna.

—Tendré que llevarlos arriba —les dijo Pelaje Azul—. Entonces podrán ver el verdadero bosque.

Pequeña Vaharina parpadeó.

—¿Hay más?

Pelaje Azul aguzó el oído, intentando escuchar a Cola de Tormenta. Sabía que él estaba vigilando el campamento esta noche.

Pequeño Pedrizo también aguzó las orejas.

—¿Nos persiguen guerreros del Clan de la Sombra? —chilló—. En el juego, quiero decir.

—Puede que sí —susurró Pelaje Azul—. Tenemos que estar atentos, por si acaso. Eso es lo que lo hace tan emocionante.

Pequeña Vaharina se dio la vuelta.

—Creo que veo un guerrero del Clan de la Sombra en los árboles —advirtió.

El corazón de Pelaje Azul dio un vuelco.

—¿Dónde?

—Solo fingía —ronroneó Pequeña Vaharina.

Suspirando, Pelaje Azul la levantó y subió el primer tramo de las rocas. Dejando a la pequeña cachorra gris en la cima, volvió a por Pequeño Pedrizo. Cuando recogió a la última cachorra, ya estaba jadeando. Dejó a Pequeña Musgosa para el final porque era la más pequeña. No se retorció cuando Pelaje Azul la recogió, pero se sentía más pesada que una roca.

—Me duele el pescuezo —se quejó Pequeño Pedrizo—. Apuesto a que podría haber escalado algo yo mismo.

—No había tiempo —Pelaje Azul miró la luna que se elevaba en el cielo. Corazón de Roble estaría en camino.

Pequeño Pedrizo miró hacia el bosque, donde las sombras de la luna oscurecían la nieve.

—Yo voy primero —corrió delante de sus hermanas, mirando por encima de su hombro—. Vamos, ustedes dos.

Pelaje Azul hizo avanzar a Pequeña Vaharina y a Pequeña Musgosa. Incluso bajo la cobertura de los árboles, la nieve era tan profunda que tenían que luchar con cada paso, saltando de un hueco y hundiéndose en el siguiente. Ella los arrastró, aliviada de que Pequeño Pedrizo pareciera poder arreglárselas solo.

Le devolvió la mirada.

—¿El bosque es *infinito*?

Pelaje Azul se había preguntado lo mismo, todas esas temporadas atrás. Negó con la cabeza.

—Pero el Clan del Trueno tiene mucho territorio. Eso es lo que nos alimenta y nos hace fuertes.

—No está alimentando mucho al Clan en este momento —Pequeña Musgosa refunfuñó.

—Deberían verlo en la estación de la hoja verde —el corazón de Pelaje Azul se retorció. *Nunca* lo verían en la hoja verde. Serían del Clan del Río. De repente quiso que supieran todo sobre su Clan de nacimiento, y lo que era ser un gato del bosque—. Hay ardillas, aves y ratones. Todo es bueno para cazar, una vez que has aprendido las técnicas.

Pequeño Pedrizo se aplastó contra el suelo nevado.

—Zarpa Roja ya me ha dicho cómo hacer una postura de caza —maulló.

—Eso es maravilloso, cariño —Pelaje Azul sintió una oleada de orgullo al ver que su cola sobresalía recta y quieta, manteniendo las ancas bajas mientras lograba levantar el vientre del suelo. Tenía un talento natural—. Inténtenlo ustedes —instó a Pequeña Musgosa y a Pequeña Vaharina. Quería que guardaran algún recuerdo de cómo cazaba el Clan del Trueno.

Las dos cachorras se agacharon torpemente.

—La nieve está demasiado fría —protestó Pequeña Vaharina, inquieta.

«*¿Qué estoy haciendo?*». El bosque estaba helado. Necesitaban seguir moviéndose. Pelaje Azul se sacudió la nieve de los bigotes.

—Vamos —instó—. Podemos practicar la caza otro día.

Estaban a medio camino de las Rocas Soleadas cuando los cachorros comenzaron a cansarse. Pequeña Vaharina estaba temblando y los ojos de Pequeña Musgosa estaban vidriosos por el cansancio.

—¿Podemos ir a casa ya? —gimió—. Hace frío y estoy cansada.

—Tenemos que seguir moviéndonos —Pelaje Azul insistió, sacando a Pequeño Pedrizo de un hueco. La nieve se había pegado a su pelaje y lo hacía más lento.

—¡No quiero seguir jugando a este juego! —se lamentó Pequeña Vaharina.

Pequeño Pedrizo no intentó hacerla cambiar de opinión. Se limitó a agacharse junto a ella, temblando tanto que Pelaje Azul podía oír el ruido de sus dientes. Pelaje Azul se dio cuenta de lo pequeños que eran ahí fuera, bajo los árboles, de lo delgados que eran sus mantos. Deberían estar acurrucados junto al calor de su vientre, no caminando por el bosque en un viaje que ningún guerrero intentaría con este tiempo.

—Solo un poco más —instó ella.

Pequeño Pedrizo se sentó y la miró fijamente.

—No siento mis patas —anunció—. ¿Cómo puedo caminar si no sé dónde están mis patas?

Pequeña Vaharina y Pequeña Musgosa se acurrucaron juntas. Parecía que ni siquiera podían sentir sus narices. Tenía que llevarlos a las Rocas Soleadas. El Clan del Trueno dependía de ello.

Un búho ululó. Pelaje Azul se puso rígida, escudriñando las copas de los árboles mientras reunía a sus cachorros. No serían más que un bocado de sabrosa carne fresca para un búho hambriento.

—Tengo una idea —les dijo.

Cavando con sus patas entumecidas por el hielo, hizo un agujero en la nieve debajo de algunos helechos.

—Entren —les animó. Los cachorros entraron a trompicones y se agruparon en un pequeño y tembloroso grupo. Al menos ahora estaban fuera del viento—. Volveré a por ustedes en un momento —Pelaje Azul se alejó un poco y cavó otro agujero, y luego se apresuró a volver con sus cachorros.

—¿A dónde fuiste? —lloró Pequeña Vaharina.

Los ojos de Pequeña Musgosa se abrieron de par en par por el miedo.

—¡Pensamos que no ibas a volver!

El corazón de Pelaje Azul se retorció.

—Oh, mis preciosos cachorros —murmuró—. Siempre volveré. —Las palabras se congelaron en su garganta. ¿Cómo podía hacer una promesa así? «*¡Perdóname, Clan Estelar!*».

Tragándose su dolor, llevó a sus cachorros de uno en uno al siguiente agujero de nieve, y siguió sola para cavar otro.

Poco a poco, de hoyo de nieve en hoyo de nieve, se acercaban a las Rocas Soleadas. Cada vez que los llevaba, sus cachorros se quejaban menos, se esforzaban menos, hasta que colgaban como hojas lacias y enroscadas cuando los metió en el último agujero de nieve.

—¿Podemos ir a casa ahora? —gimió Pequeño Pedrizo.

—Hay alguien que tenemos que conocer primero —Pelaje Azul se obligó a sonar brillante.

—¿Quién? —el maullido de Pequeña Vaharina era aburrido, como si no le importara realmente lo que ocurriera.

Pelaje Azul miró a través de los árboles hacia las Rocas Soleadas. No había rastro de Corazón de Roble.

—Descansemos todos aquí un rato —sugirió.

Se metió en el agujero de nieve y se envolvió con sus cachorros.

Estaban más fríos que la nieve, y sus mantos crujían con escarcha.

—¿Podemos ir a casa ya? —el maullido de Pequeña Musgosa fue poco más que un gemido.

—Puedes dormir un rato aquí —le dijo Pelaje Azul.

Los ojos de Pequeña Musgosa ya estaban cerrados. Pequeña Vaharina se acurrucó más cerca de ella.

—Ha sido una buena aventura —Pequeño Pedrizo bostezó y metió la nariz bajo sus patas—. ¿Ganamos?

Pelaje Azul se inclinó y apretó su hocico contra la parte superior de su cabeza.

—Oh, sí, pequeño. Ganaron.

Enroscando su cola alrededor de ellos, los atrajo hacia su vientre. Estaban demasiado cansados para alimentarse. Dudaba que le quedara leche para ellos. «*Los amaré siempre, mis preciosos cachorros. Gracias por pasar esta luna conmigo*». Comenzó a acariciar sus mantos con la lengua, esperando calentar sus cuerpos fríos y cansados.

Pequeño Pedrizo se retorció.

—Quítate, quiero dormir.

Pequeña Vaharina estaba demasiado cansada para quejarse, y su aliento llegaba en pequeñas oleadas.

—¿Pequeña Musgosa?

La gatita gris y blanca no estaba retorciéndose. Pelaje Azul volvió a lamer su manto.

—¡Pequeña Musgosa! —el pánico empezó a apoderarse de ella.

Miró fijamente al pequeño bulto de pelaje, buscando la subida de su flanco, un soplo de aliento congelado. La cachorra estaba perfectamente quieta. Pelaje Azul lamió más fuerte.

—Pequeña Musgosa, por favor, despierta. Por favor. Hay calor y seguridad al otro lado del río. Tu padre cuidará de ti, lo prometo. Solo un poco más lejos, mi pequeña y valiente hija.

Pelaje Azul dejó de lamer y de mirar el pequeño cuerpo húmedo por la nieve. «*¡Despierta!*».

“*Pelaje Azul*”. El aliento de Pelaje Nevado agitó sus bigotes. Pelaje Azul olió el olor de su hermana a la deriva alrededor de las paredes del agujero de nieve. “*Déjala ir. Yo la cuidaré*”.

—¡No! No te la lleves, por favor.

“*Ya se ha ido. No hay nada que puedas hacer*”.

Pelaje Azul agarró a Pequeña Musgosa entre sus patas. Pequeña Vaharina y Pequeño Pedrizo se agitaron en su vientre pero no se despertaron. «*¡No se suponía que muriera!*».

“*Era su hora*”. El maullido de Pelaje Nevado resonó en sus oídos. “*Cuidaré de ella en el Clan Estelar*”.

El olor de Pelaje Nevado se desvaneció y el gélido sabor de la estación sin hojas volvió a llenar el agujero de nieve. Pequeña Musgosa no se movió.

—¿Pelaje Azul? —el hocico de Corazón de Roble apareció en la boca del agujero, enviando un cálido aliento a pescado dentro.

Pequeño Pedrizo se despertó y movió la cola.

—¡Qué asco! ¿Qué es ese hedor?

—Nada, pequeño. No seas maleducado —Pelaje Azul se obligó a concentrarse. Todavía podía salvar a dos de sus cachorros—. Vuelve a las rocas —le dijo a Corazón de Roble—. Yo te los llevaré.

—Pero yo puedo llevar uno —ofreció Corazón de Roble.

Pelaje Azul lo fulminó con la mirada.

—Todavía no les he dicho quién eres. Vuelve.

Cuando Corazón de Roble desapareció, despertó a Pequeña Vaharina.

—Tenemos que ponernos en marcha.

—Pero apenas estaba entrando en calor.

—Pronto estarás aún más calentita —prometió Pelaje Azul.

—¿A dónde vamos? —Pequeño Pedrizo preguntó.

—Los voy a llevar a conocer a su padre.

Pequeño Pedrizo parecía confundido.

—¿Te refieres a Manto de Tordo? Pequeño Veloz me dijo que es quien Ojo Blanco dijo que era nuestro padre.

—Su *verdadero* padre. Corazón de Roble. Del Clan del Río.

—¿Del *Clan del Río*? —repitió Pequeño Pedrizo con incredulidad.

—Apúrense —ordenó Pelaje Azul, empujándolos hacia la nieve.

Pequeña Vaharina volvió a mirar hacia el agujero.

—¿Qué hay de Pequeña Musgosa?

—Volveré a por ella.

—Pero dijiste que éramos del Clan del Trueno —gritó Pequeño Pedrizo—. ¿Cómo podemos ser también Clan del Río?

Pelaje Azul no respondió. Dejó que los cachorros tropezaran debajo de su vientre, al abrigo de la nieve que había empezado a caer. Miró hacia atrás, como si Pequeña Musgosa pudiera estar luchando tras ellos, gritándoles que la dejaran alcanzarlos. Para su horror, el agujero de nieve estaba empezando a llenarse. «*¡No! ¡Podría perderla!*». Miró a su alrededor buscando un lugar donde dejar a Pequeño Pedrizo y a Pequeña Vaharina mientras volvía a rescatar a su hermana. Más allá de la orilla del río, dos formas se alejaban con paso firme. ¿Corazón de Roble había traído otro gato con él? No, esas gatas no se veían obstaculizadas por la nieve, deslizándose sobre la superficie. Detrás de ellas, la nieve era blanca y sin marcas. Esas gatas no dejaban huellas. Una era adulta, con un grueso manto blanco que la hacía casi invisible. La otra estaba manchada de gris, y apenas llegaba a la altura del vientre de su compañera. La cachorra miraba ansiosamente a Pelaje Nevado mientras caminaban, como si le estuviera contando algo emocionante.

«*Adiós, Pequeña Musgosa. Pelaje Nevado cuidará de ti ahora*».

—¡Auch! —debajo de Pelaje Azul, Pequeño Pedrizo se estrelló contra su propia nariz—. ¡Este suelo es duro! —aulló.

Habían llegado al borde de las Rocas Soleadas. Unos pasos crujieron hacia ellos.

—¿Están bien? —preguntó Corazón de Roble en voz baja.

Pelaje Azul asintió sin mirar hacia él. Su olor la envolvía, cálido y reconfortante. Por un momento, Pelaje Azul deseó ir con él. Quería pasar el resto de sus días junto a Corazón de Roble. No tener que dejarlo a él ni a sus cachorros.

Pero no podía. Tenía que salvar a su Clan.

Los cachorros miraban al extraño con sus cabezas de lado.

—Este es Pequeño Pedrizo —Pelaje Azul temblaba mientras tocaba al cachorro gris claro con su nariz—. Y ésta es Pequeña Vaharina. —Se le hizo un nudo en la garganta. Comenzó a retroceder, sus ojos se nublaron. «*¡No puedo despedirme de ellos!*».—. Por favor, cuida de ellos.

—¿Dónde está la otra? —Corazón de Roble llamó.

—Muerta. —Pelaje Azul tropezó pero no miró a su alrededor, sin querer apartar los ojos de sus cachorros.

—¡Pelaje Azul, vuelve!

—¿A dónde vas?

—¿Vas a volver por nosotros?

Incapaz de soportar sus gritos desesperados, se dio la vuelta y huyó hacia los árboles.

Se detuvo junto al grupo de helechos. El agujero de nieve había desaparecido, pero Pelaje Azul cavó hacia abajo, ignorando el dolor de sus patas congeladas, hasta que llegó al pequeño cuerpo. Sacó con cuidado a Pequeña Musgosa, ya ni siquiera olía a maternidad, y siguió cavando. No había forma de que Pelaje Azul dejara a su hija en patas de zorros cuando la nieve se descongelara. El suelo le rasgaba las garras y le dejaba las almohadillas en carne viva, pero siguió rascando la tierra helada hasta que el agujero fue lo suficientemente profundo como para proteger a su cachorra. Adormecida, puso el cuerpo de Pequeña Musgosa en el agujero y lo cubrió.

Volvió cojeando al campamento con sus patas palpitantes y tambaleantes. Había una cosa más que tenía que hacer. «*Una mentira más que contar a mis compañeros de Clan*». Se deslizó por el túnel del arenero y abrió un agujero del tamaño de un zorro en la parte trasera de la maternidad. Luego se infiltró por la entrada de la guarida, comprobó que Ojo Blanco, Pequeña Musaraña y Pequeño Veloz estaban dormidos, se metió en su lechos, y deliberadamente, en voz alta, dio la alarma a su Clan.

—¡Mis cachorros! ¡Mis cachorros se han ido!



Capítulo 42

Fauces de Víbora habló suavemente.

—Pelaje Azul, ¿te gustaría unirte a una patrulla de caza hoy?

Pelaje Azul lo miró, tratando de concentrarse.

Había pasado una luna desde que había dejado a sus cachorros con Corazón de Roble. Las paredes de la maternidad se habían fortificado con más zarzas. Dos guerreros hacían guardia cada noche helada para asegurarse de que ningún zorro o tejón volviera a entrar en la maternidad. El Clan había creído la historia de Pelaje Azul, que se había despertado y encontrado que sus cachorros habían desaparecido. Todos los gatos creían que habían sido robados por un animal que había hecho un agujero en la parte trasera de la maternidad, impulsado por el hambre para aventurarse en el campamento por primera vez. Habían buscado en el bosque durante días, sin saber dónde buscar, ya que el rastro de olor estaba muerto por la nieve helada. Pelaje Azul había recorrido el bosque con sus compañeros de Clan, adormecida por la culpa, recordándose una y otra vez que lo había hecho por su Clan. Mientras tanto, el hambre y la tristeza se apoderaban del Clan. Hablaban en voz baja y se acurrucaban en nudos, mirando a Pelaje Azul con una lástima que la apuñalaba como espinas. Estaba harta de contar mentiras.

Apenas se dio cuenta de lo vacía que estaba la pila de carne fresca estos días. Se sentía demasiado miserable para comer, deseando solo esconderse en el sueño. Sentía como si el fragmento de hielo que atravesaba su corazón nunca se derretiría. «*Estarán a salvo con Corazón*

de Roble». El pensamiento no fue suficiente para aliviar su dolor. ¿Pequeña Musgosa estaba mirando desde el Clan Estelar, odiando a Pelaje Azul por robar su vida? ¿Le había explicado Pelaje Nevado que su vida había sido sacrificada por el bien de su Clan?

—Pelaje Azul —Fauces de Víbora apoyó su cola en su hombro y repitió su pregunta—. ¿Te sientes con ganas de cazar?

—Cazaré contigo, si quieres —Manto de Tordo se apresuró a unirse a ella. La tristeza ensombrecía su mirada. Estaba afligido como lo estaría un padre. Había trabajado más duro que cualquier otro gato para reforzar la maternidad, y su pelaje aún estaba empenachado y arañado por las zarzas que había entretejido con fuerza en las ramas.

Pelaje Azul deseaba poder decirle que dos de los cachorros seguían viviendo, seguros y queridos, al otro lado del río.

Se encogió de hombros ante la cola de Fauces de Víbora.

—Prefiero cazar sola.

Fauces de Víbora asintió.

—Como quieras.

Manto de Tordo se dio la vuelta, con los ojos nublados.

—¡Pelaje Azul! —Rosal la alcanzó ella, apretándose contra ella mientras se dirigía hacia el túnel—. ¿Vas a estar bien?

«*¡No! Nada estará bien nunca más*». Pelaje Azul anhelaba acurrucarse contra el cálido pelaje de su amiga y dormirse durante una luna.

—Estaré bien —respondió, sintiéndose vacía.

Subió por la ladera del barranco y se dirigió al bosque. Cuando el Árbol de la Lechuza estuvo a la vista, una ardilla se cruzó en su camino. Se quedó helada, con las patas ardiendo de frío en el suelo helado del bosque. La ardilla tenía una nuez en sus mandíbulas y estaba escarbando entre las raíces de un roble. Pelaje Azul adoptó la postura del cazador, con la cola recta y el vientre levantado del suelo del bosque. «*Pequeño Pedrizo*». ¿Aún recordaba su postura de caza del Clan del Trueno?

Alejando el pensamiento, se impulsó hacia abajo con sus patas traseras y saltó, aterrizando de lleno y matando a la ardilla de un solo mordisco.

—Buena captura.

El maullido áspero de Pluma de Ganso la hizo girar

La ardilla se balanceó en sus mandíbulas. La dejó caer.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Los veteranos rara vez llegaban al barranco.

—Todavía tengo piernas, ¿sabes? —espetó.

Era impactante escuchar a un compañero de Clan hablarle con una voz que no estuviera cargada de simpatía. Se enderezó y se encontró con su mirada.

—¿Qué quieres?

¿Tenía otra estúpida profecía para arruinar su vida?

—Hiciste lo correcto.

Sus palabras la hicieron erizarse.

—¿Por quién?

—Por tu Clan —Pluma de Ganso entrecerró los ojos—. La profecía no dejó espacio para cachorros. Debes arder *sola* a la cabeza de tu Clan.

—¿Se supone que eso me hace sentir mejor? —siseó ella. Odiaba la profecía y odiaba a Pluma de Ganso por habérsela contado.

Pluma de Ganso parpadeó.

—No es tu destino sentirte mejor, es tu destino salvar a tu Clan.

—Y lo haré —gruñó, su maullido fue tan duro como el pedernal—. Pero siempre lamentaré lo que he hecho.

—Los cachorros fueron tu elección —señaló Pluma de Ganso—. El Clan Estelar no hizo ninguna provisión para ellos.

—El Clan Estelar me hizo sacrificar todo lo que amaba —la amargura subió como la bilis en su garganta—. Mis cachorros…

—Están vivos, ¿no? —Pluma de Ganso la cortó.

—Pequeña Musgosa no.

—El Clan Estelar honrará su pérdida.

—¿Qué hay de *mi* pérdida?

—Es pequeña comparada con el destino de tu Clan.

Pelaje Azul sacudió su cabeza, tratando de despejarla. ¿Estaba siendo egoísta? ¿Qué era un corazón roto comparado con la seguridad de sus compañeros de Clan? ¿Dónde estaba su lealtad? Bajó la cabeza.

—Serviré a mi Clan —prometió.

—Bien —Pluma de Ganso asintió—. Estrella de Sol quiere hablar contigo.

Se alejó entre los árboles.

* * *

Pelaje Azul se encontró con el líder del Clan del Trueno cuando subía por la cima del barranco.

—Pelaje Azul —la saludó Estrella de Sol—. Quería hablar contigo lejos del campamento. —Se dirigió al bosque—. Camina conmigo.

Pelaje Azul se puso al lado de su antiguo mentor, recordando cómo le había hablado después de la muerte de Flor de Luna y de nuevo cuando había estado de duelo por Pelaje Nevado.

—¿Es esta otra lección para decirme que deje el pasado atrás? —gruñó.

Él negó con la cabeza.

—Parece que estás destinada a sufrir —suspiró.

Pelaje Azul lo miró a los ojos y vio cómo el líder del Clan del Trueno había envejecido en las últimas temporadas. Hacer que el Clan del Trueno fuera fuerte y temido entre los demás Clanes le había costado tres vidas en batalla; y había perdido otras dos a causa de enfermedad. Pluma de Ganso le había dicho que aspirara al liderazgo, pero ¿era así como quería pasar sus días? ¿Preocupada, luchando y cansada por el peso de la responsabilidad? «*No tengo elección. El Clan Estelar ha elegido mi camino*».

El líder del Clan del Trueno se agachó bajo un helecho de poca altura.

—Solo puedo decirte lo que te he dicho antes. La vida sigue.

Pasaron junto a un arbusto en el que unos pequeños brotes verdes se habían desprendido de sus cáscaras marrones, cubriendo las ramas de verde.

—A la estación sin hojas le sigue la hoja nueva y luego la hoja verde. El bosque no se congela para siempre. Debes aprender eso, después de la pérdida de tus cachorros. Sé que estarás bien, e incluso más fuerte que antes.

¿Sería tan comprensivo si supiera que dos de ellos vivían en el Clan del Río? El pelaje se le erizó a lo largo del manto.

—¿Frío? —preguntó Estrella de Sol.

—Un poco.

Caminaron más lejos entre los árboles. Estrella de Sol parecía tener algo en mente, y Pelaje Azul esperó a que hablara primero. Saltaron por encima de un estrecho riachuelo, agitado por el deshielo, y se adentraron en un matorral de zarzas donde el olor rancio de un conejo se aferraba a las espinas.

El gato naranja se adelantó a través de la espesura y apartó un zarcillo con la cola.

—¿Estás lista para volverte lugarteniente? —preguntó.

Pelaje Azul se detuvo, medio debajo de las zarzas. Este era el momento. El momento que había anhelado. «*La recompensa por todo a lo que he renunciado*».

—Leonino no mejorará —continuó Estrella de Sol—. Ha pedido trasladarse a la guarida de los veteranos. Hay que encontrar un nuevo lugarteniente. —La miró fijamente a los ojos—. ¿Serás tú esa lugarteniente?

Pelaje Azul parpadeó.

—¿Y Garra de Cardo? —tenía que saber por qué Estrella de Sol no había elegido al joven y feroz guerrero en lugar de a ella. «*¿Sabe de la profecía?*».

Estrella de Sol miró hacia los árboles.

—Garra de Cardo sería una elección popular —concedió—. Ningún gato puede dudar de su valor, o de sus habilidades en la batalla, o de su orgullo por su Clan. Pero no quiero que mi Clan sea llevado a una lucha interminable. Nuestras fronteras son lo suficientemente fuertes sin ser marcadas una y otra vez con sangre. El Clan del Trueno merece vivir en paz, y creo que tú puedes dársela.

Pelaje Azul dudó, su mente se arremolinaba con imágenes de sus cachorros, de Corazón de Roble con la luz de la luna en su pelaje, y de Garra de Cardo brillando con sangre.

Estrella de Sol repitió su oferta.

—¿Estás lista, Pelaje Azul?

Pelaje Azul asintió.

—Estoy lista.

* * *

Las últimas gotas de deshielo brillaban en el sol descendiente, y la luz rosa moteaba el claro. Estrella de Sol estaba al pie de la Peña Alta con Leonino a un lado, y con Pelaje Azul al otro. Los hombros del lugarteniente del Clan del Trueno estaban encorvados, sus ancas metidas hacia adentro como si tuvieran dolor. Las costillas le empujaban contra su manto rasgado.

Estrella de Sol bajó la cabeza.

—Leonino, el Clan del Trueno te agradece tu lealtad y tu valor. Has servido bien a tu Clan, y esperamos que tus días en la guarida de los veteranos sean pacíficos. Tus historias y sabiduría seguirán teniendo un lugar en el Clan, y seguiremos aprendiendo de ti.

Leonino agitó su cola, Pelaje Azul vio un destello de dolor en sus ojos, mientras sus compañeros de Clan aullaban su nombre.

—¡Leonino! ¡Leonino!

La voz de Rosal se elevó por encima de la de los demás mientras animaba a su viejo mentor. Garra de Cardo levantó el hocico y gruñó el nombre de Leonino; Pelaje Azul se estremeció al pensar en cómo debía sentirse Garra de Cardo al no ocupar el puesto de lugarteniente.

—Pelaje Azul —Estrella de Sol tocó sus hombros con su cola—. Serás la lugarteniente del Clan del Trueno a partir de hoy. Que el Clan Estelar te conceda el valor para ayudar a tu Clan a enfrentar lo que sea que esté en su camino. Y cuando llegue el momento de que ocupes mi lugar, ruego que brilles a la cabeza de nuestro Clan.

—¡Pelaje Azul! ¡Pelaje Azul

Sintió que el pálido sol calentaba su pelaje y respiró los aromas del bosque, su hogar. Y ahora su territorio, incluso más que antes.

Tormenta Blanca la animó, el orgullo calentaba su aullido. Pero Garra de Cardo lo ahogó con un aullido que llegó hasta el Clan Estelar. Pelaje Azul movió las patas. Los ojos del guerrero brillaban con furia, y supuso que su fuerte llamada era solo un truco para engañar al Clan y hacerles creer que la nueva lugarteniente tenía todo su apoyo. Si tan solo lo hubieran visto como ella, con sus garras en la garganta de Corazón de Roble, incitando a Garra de Tigre a que atacara salvajemente a un cachorro indefenso, recorriendo las fronteras con ojos salvajes y hambrientos de venganza. Los recuerdos dieron fuerza a Pelaje Azul. Le costara lo que le costara, ella era la única gata que podía interponerse en el camino de Garra de Cardo. Solo ella sabía de lo que era capaz.

Por primera vez en lunas, había suficiente carne fresca para un festín. Lo primero de la estación de la hoja nueva habían sacado a los ratones de sus madrigueras y a los pájaros de sus nidos aislados y sin hojas. Mientras los gatos del Clan compartían lo que tenían, Estrella de Sol le hizo una seña a Pelaje Azul para que fuera a su guarida.

—Sé que he tomado la decisión correcta —Estrella de Sol se movió entre los líquenes y se sentó, como no más que una silueta en la sombría guarida—. Todavía tienes mucho que aprender, pero estoy deseando volver a ser tu mentor.

Pelaje Azul bajó la cabeza.

—Estoy lista para aprender.

El líder del Clan negó con la cabeza.

—Debemos trabajar juntos si queremos guiar bien al Clan. Nunca tengas miedo de compartir tus preocupaciones conmigo. Confío en tu juicio y escucharé lo que tengas que decir.

—¿Entonces puedo expresar mis temores sobre Garra de Cardo? —arriesgó Pelaje Azul, con una rápida mirada hacia él.

Estrella de Sol asintió.

—Los comparto, créeme. Pero también creo que es un guerrero leal y útil, y deberíamos estar orgullosos de tenerlo en nuestro Clan. —El líder del Clan del Trueno se miró las patas—. Ya que estamos siendo sinceros, hay algo más que deberías saber. Un secreto que solo compartimos Bigotes Plumosos y yo.

Pelaje Azul entrecerró los ojos. Así que no era la única gata en el Clan del Trueno con secretos.

—Solo me quedan tres vidas, no cuatro —Estrella de Sol confesó.

Pelaje Azul parpadeó.

—¿Cómo perdiste la extra?

«*¿Y por qué mantenerlo en secreto?*».

—No lo hice. Nunca me la dieron. Cuando Estrella de Pino se fue, todavía tenía una vida como líder de este Clan. El Clan Estelar contó esa vida contra las mías. Me dieron solo ocho porque Estrella de Pino se quedó con la novena.

Pelaje Azul entendió.

—Y lo mantuviste en secreto en caso de que el Clan pensara que no tenías la bendición entera del Clan Estelar. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero ahora puedes ser honesto, seguramente. Has demostrado una y otra vez que eres un gran líder. ¿Qué gato dudaría de ello?

—Un gato ambicioso podría elegir dudarlo.

«*Se refiere a Garra de Cardo*». Pelaje Azul le devolvió la mirada

—¿Pero qué hay de mí? Yo soy ambiciosa —señaló.

—Solo para servir a tu Clan —respondió el líder—. Por eso te elegí. Has sufrido mucho y has perdido mucho, y sin embargo sigues sirviendo a tus compañeros de Clan, anteponiendo sus necesidades a las tuyas, dispuesta a sacrificarlo todo por el bien de tu Clan.

«*¡Si tan solo supiera!*».

—Mi Clan es todo lo que tengo ahora —Pelaje Azul confesó—. Daré cada aliento de mi cuerpo para servirlo.

El remordimiento tiró de su vientre.

«*Pero soy fuego. Y este es el camino que debo seguir*».



CAPÍTULO 43

—¡Ven! —Bigotes Plumosos llamó suavemente desde las sombras dentro de la Boca Materna.

Pelaje Azul respiró el aire frío y mineral que salía de la apertura oscura. Le recordó a su viaje allí muchas temporadas antes, con Estrella de Pino. Ahora había venido a recibir sus nueve vidas. Cuando volviera a su Clan, sería Estrella Azul, líder del Clan del Trueno.

Recordó la muerte de Estrella de Sol con una punzada. Debilitado por la enfermedad, había sido incapaz de dejar atrás a un perro de Dos Patas que andaba suelto por el bosque. Lo había matado antes de que la patrulla pudiera expulsarlo. Pelaje Azul lloró profundamente su pérdida, lamentando que no hubiera podido compartir palabras con ella antes de morir. Pero se consoló al saber que él nunca había querido sufrir una muerte lenta como la de Leonino, que se unió al Clan Estelar solo después de días de agonía que ni siquiera las hierbas de Bigotes Plumosos pudieron aliviar.

Bigotes Plumosos la condujo a la cueva de la Piedra Lunar. La oscuridad que la rodeaba todavía la hacía sentirse incómoda. Se sentía como si se ahogara en un agua negra y espesa que podía saborear pero no sentir. Al final del túnel, la cueva se llenó de sombras. La luz acuosa de las estrellas se filtraba a través del agujero en el techo, apenas penetrando en la oscuridad.

—No falta mucho para la medianoche —prometió Bigotes Plumosos.

Pelaje Azul se arrastró por el áspero suelo de la cueva y se puso a los pies de la Piedra Lunar. Se mantenía sólida y opaca en el centro de la cueva, sin ser tocada por la luz de la luna. Pero cuando Pelaje Azul apoyó la nariz entre sus patas, la luna comenzó a deslizarse por el agujero del techo arqueado y los cristales empezaron a brillar como diminutos soles atrapados.

Deslumbrada, Pelaje Azul se apartó.

—Presiona tu nariz contra ella —instó Bigotes Plumosos.

Entornando los ojos, Pelaje Azul se inclinó hacia delante y tocó la Piedra Lunar. Estaba fría, olía a oscuridad y a roca muy, muy vieja. Al instante, la cueva se precipitó y Pelaje Azul se sintió arrastrada por la negrura, más oscura que la noche, zarandeada y arremolinada en un río invisible. El pánico se apoderó de ella y luchó, agitando sus patas, hasta que de repente sintió suave hierba bajo ellas.

Abriendo los ojos, vio la Gran Roca que se alzaba sobre ella y los cuatro grandes robles que marcaban cada esquina del claro. Estaba en los Cuatro Árboles. Sola. Miró al cielo negro como un cuervo, moteado de estrellas. ¿Por qué no había gatos para recibirla? ¿No quería el Clan Estelar que fuera la líder de Clan del Trueno? Quizás los sacrificios que había hecho eran imperdonables.

Entonces las estrellas comenzaron a volar como hojas atrapadas en un remolino. Ganaron velocidad hasta que se confundieron en una espiral plateada, hacia abajo, hacia el bosque, hacia los Cuatro Árboles, hacia ella. Pelaje Azul esperó, con el corazón en la garganta. La espiral de luz estelar se redujo, y los gatos del Clan Estelar acecharon desde el cielo. La escarcha brillaba en sus patas y en sus ojos. Sus mantos brillaban como el hielo, y llevaban el aroma de todas las estaciones en su pelaje: el sabor de la nieve de la estación sin hojas mezclado con el aroma verde de la hoja nueva, el almizcle de la caída de la hoja y el dulce florecimiento de la hoja verde. Innumerables gatos se alinearon en la hondonada, cuerpos brillantes, ojos resplandecientes, y llenaron las laderas en silencio. Pelaje Azul se agachó en el centro. Se obligó a levantar la cabeza y mirar a los gatos, y abrió mucho los ojos cuando se dio cuenta de que algunas caras le resultaban familiares. Reconoció a Patas Susurrantes y a Bigotes de Hierba, y junto a ellos a Canto de Alondra, que parecía contenta de estar de nuevo con sus compañeros de guarida. Pluma de Ganso estaba con ellos; había muerto exactamente como había predicho, en la primera nevada de la estación sin hojas. ¡Y *Estrella de Pino*! El Clan Estelar lo había aceptado después de su novena vida, a pesar de su traición. Pelaje Azul

sintió una ráfaga de alegría al ver al guerrero marrón rojizo sentado entre su Clan, donde realmente pertenecía. Se encontró con sus ojos, y él asintió.

Había varios gatos que Pelaje Azul quería ver más que ningún otro. Primero buscó entre las filas una salpicadura de pelaje blanco. «*¡Pelaje Nevado!*». Con su pelaje estrellado deslumbrante, miró a Pelaje Azul, con ojos brillantes de orgullo. Entonces un olor cálido y familiar bañó la lengua de Pelaje Azul. Flor de Luna estaba junto a Pelaje Nevado, con la cola metida sobre sus patas, y apretada contra su pelaje estaba Pequeña Musgosa. Pelaje Azul se adelantó para acariciar a su hija, pero una mirada de advertencia de Flor de Luna la detuvo. Pelaje Azul no podía soportar estar tan cerca y a la vez no poder tocar a la preciosa cachorra por la que había llorado durante tanto tiempo. Buscó la mirada azul brillante de su hija, buscando reproches, pero no vio nada más que amor. Pequeña Musgosa estaba a salvo con Pelaje Nevado y Flor de Luna. No había escalofríos de la estación sin hojas que la lastimaran donde estaba ahora.

—Bienvenida, Pelaje Azul —un maullido claro parecía sonar con todas las voces que ella había conocido y amado.

Bajó la cabeza, con la boca seca.

Estrella de Pino se adelantó y tocó con su nariz la cabeza de Pelaje Azul. Le chamuscó el pelaje como si fuera escarcha y llama, pero no pudo apartarse. Sus patas pesaban como piedras, su cuerpo estaba congelado.

—Con esta vida te doy compasión —murmuró Estrella de Pino—. Juzga tanto con tu corazón como con tu mente.

Un rayo de energía, feroz como un relámpago, atravesó a Pelaje Azul. Se puso rígida contra el dolor, pero éste se fundió en una suave calidez que la llenó desde la nariz hasta la punta de la cola. Se quedó temblando mientras el calor se drenaba de ella, y se preparó para el siguiente.

Mientras Estrella de Pino se daba la vuelta, otro gato se levantó de las filas del Clan Estelar. «*Patas Susurrantes*».

El gato apretó su nariz contra su cabeza.

—Con esta vida te doy resistencia. Úsala para seguir adelante, incluso cuando sientas que toda la esperanza y la fuerza te han abandonado.

Su cuerpo se vio afectado por una agonía sorda que endureció sus músculos y le hizo apretar la mandíbula.

—Aguanta —Patas Susurrantes le susurró—. Ten fe en tu propia fuerza.

Pelaje Azul soltó el aliento y sintió que el dolor desaparecía. Se sintió como si estuviera saliendo del agua, su pelaje hormigueaba, sus patas

estaban listas para correr de vuelta al bosque. «*Gracias, Patas Susurrantes*».

Canto de Alondra estaba ahora a su lado, tocando con su nariz la cabeza de Pelaje Azul.

—Con esta vida te doy humor. Úsala para aligerar las cargas de tu Clan y para levantar el ánimo de tus compañeros cuando la desesperación amenace.

Algo deslumbrante y parpadeante pasó por ella, haciendo que cada pelo de su manto se erizara.

—Sabrás cuándo usar el humor para ayudarte —le dijo Canto de Alondra, y Pelaje Azul parpadeó agradecida.

Otra gata se movía entre las filas y se acercaba a ella, una cara familiar que no había visto antes. «*¡Zarpa Dulce!*». Los ojos de la aprendiza brillaban como estrellas. Pelaje Azul quería saludarla, pero no podía moverse ni hablar. Su corazón se llenó de alegría cuando Zarpa Dulce se estiró para apoyar su hocico en la parte superior de la cabeza de Pelaje Azul.

—Con esta vida te doy esperanza —anunció solemnemente—. Incluso en la noche más oscura, estará ahí, esperándote.

La energía se disparó a través de Pelaje Azul. Estaba corriendo por el bosque, sus patas rozaban el suelo, con una luz centelleante brillando delante de ella. «*¿Esa es la esperanza? Nunca la perderé de vista, lo prometo*».

Zarpa Dulce se alejó, y Estrella de Sol ocupó su lugar.

—Con esta vida, te doy valor. Sabrás usarla —Su mirada, llena de calidez y gratitud, se fijó en la de ella, y Pelaje Azul sintió que la satisfacción brillaba en su cuerpo, sabiendo que le había servido bien.

—Con esta vida te doy paciencia —era el turno de Pluma de Ganso. Su mirada era lúcida, y su voz suave—. La necesitarás.

Cuando su nariz rozó sus orejas, la paz la inundó. Todo ocurriría a su debido tiempo; solo tenía que estar preparada para aceptarlo. ¿Era por eso que Pluma de Ganso había hablado tan poco de la profecía mientras ella crecía? Incluso después de que nacieran sus cachorros, ¿había sabido que todo resultaría como debía?

¿Qué gato le daría una séptima vida? Escudriñó las filas y ronroneó cuando vio que Pequeña Musgosa avanzaba, con sus pequeñas patas lanzando chispas de luz estelar cuando tocaban el suelo. Tuvo que levantarse sobre sus patas traseras para tocar la cabeza de Pelaje Azul.

—Con esta vida te doy confianza. Cree en tu Clan y en ti misma. Nunca dudes de que sabes el camino correcto a seguir.

—Pequeña Musgosa —Pelaje Azul logró encontrar su voz—. Lo… lo siento mucho.

—Lo entiendo —maulló simplemente la cachorra—. Pero te extraño.

Flor de Luna vino a continuación. A Pelaje Azul le dolió el corazón al sentir que la nariz de su madre le tocaba la cabeza con la misma delicadeza que cuando vivía.

—Con esta vida te doy amor. Aprecia a tu Clan tanto como apreciaste a tus cachorros, porque ahora todos ellos son tu familia.

Los rostros ansiosos de sus compañeros de Clan se amontonaron en la mente de Pelaje Azul, y su cuerpo se sintió de repente como si fuera aplastado bajo la Piedra Lunar. Pelaje Azul luchó por respirar, sintiéndose sofocada hasta que la luz pareció explotar desde su corazón, extendiéndose por su cuerpo y ardiendo detrás de sus ojos. La dejó jadeando, temblando sobre sus patas.

Pelaje Azul sabía que su última vida vendría de Pelaje Nevado. Su hermana había observado la ceremonia a través de ojos suaves y brillantes. Ahora dio un paso adelante.

—Has sacrificado mucho —Pelaje Nevado maulló—. Y nuestro Clan camina un camino más seguro ahora.

Pelaje Azul sintió su aliento agitando su pelaje cuando su hermana le tocó la cabeza y continuó:

—Con esta vida te doy orgullo, para que conozcas tu propio valor y el de tu Clan.

El calor abrasó el pelaje de Pelaje Azul, hasta que miró su cuerpo, convencida de que debía estar ardiendo. Se desvaneció con un siseo. ¿Tendría alguna vez tanta fe en sí misma?

—Gracias por criar a Tormenta Blanca —ronroneó su hermana—. Fue más fácil dejarlo, sabiendo que te tenía a ti. Usa tus nueve vidas para tu Clan. Estaremos contigo a cada paso. Si nos necesitas, vendremos. Fuiste elegida hace mucho tiempo, y el Clan Estelar nunca se ha arrepentido de su elección.



CAPÍTULO 44

“*El Clan Estelar nunca se ha arrepentido de su elección*”. Las palabras de Pelaje Nevado resonaron en los oídos de Estrella Azul. Habían pasado muchas lunas desde su ceremonia de nombramiento. Estrella Azul había guiado a su Clan a través de innumerables estaciones, buenas y malas. Estaba sentada en la Peña Alta, dejando que la luz del sol de la hoja nueva mojara su pelaje. La piedra debajo de ella se sentía fría, e incluso el sol parecía incapaz de suavizar el frío bajo su pelaje. La estación sin hojas se resistía a aflojar su dominio sobre el bosque, y las presas seguían siendo escasas. Incluso Tormenta Blanca parecía huesudo bajo su grueso pelaje mientras se estiraba junto a la parcela de ortigas. Corazón de León estaba sentado junto a él, devorando una musaraña escuálida. Polvoroso, Arenisca y Zarpa Gris jugaban a pelearse, persiguiéndose las colas entre sí y empujándose unos a otros por el claro.

Cola Roja, el lugarteniente del Clan del Trueno, estaba sentado junto a Estrella Azul.

—Apuesto a que a eso le llaman *entrenamiento* —maulló, moviendo la cola hacia los aprendices.

Un cuarto aprendiz, Cuervo, estaba arrancando una hoja de su tallo, concentrándose mucho. Pasó su garra alrededor del tallo cuidadosamente, sin saber que Polvoroso se acercaba sigilosamente detrás de él.Polvoroso se abalanzó, aterrizando limpiamente sobre la cola de Cuervo. Sorprendido, el pequeño gato negro saltó en el aire. Estrella Azul sacudió la cabeza. Cuervo había estado sido desde el día en que nació. Su madre

había tardado casi media luna en sacarlo de la maternidad. Estrella Azul esperaba que, al haberle dado a Garra de Tigre como mentor, el joven gato aprendiera a tener el valor del intrépido guerrero.

—¿Recuerdas tu primera luna de entrenamiento? —Cola Roja preguntó.

Estrella Azul asintió, suspirando mientras los recuerdos le calentaban el corazón. Ella había jugado así con Pelaje Nevado y Patas de Leoparda. Ambas caminaban ahora con el Clan Estelar. Muchas caras conocidas se habían ido: Cola de Tormenta, Brisa Veloz, Manto de Tordo, Amapola del Amanecer, en un momento en que el Clan estaba más hambriento que nunca. Incluso Garra de Cardo. El guerrero de pelo puntiagudo había muerto unas pocas lunas atrás, persiguiendo unos invasores del Clan del Río fuera del territorio. Había muerto como había vivido, con las garras desenvainadas, hambriento de lucha, y sus compañeros de Clan lo habían encontrado en un charco de sangre, como en el que Estrella Azul lo había visto manchando la nieve tantas lunas atrás.

El Clan era más débil sin él, pero ella no lo extrañaba. No de la forma en que extrañaba a Manto de Tordo. Su viejo y fiel amigo había guardado su secreto hasta el final, y solo hablaba de los cachorros perdidos con la pena de un padre. Estrella Azul aún cargaba con la culpa de no haberle dicho nunca que dos de ellos seguían vivos. Ahora lo sabría; los vería desde el Clan Estelar. Por fin entendería por qué había observado a esos dos gatos del Clan del Río con tanto interés, buscándolos siempre en las Asambleas, animando con tanta calidez cuando se anunciaron sus nombres de guerreros. Vaharina y Pedrizo se habían convertido en buenos guerreros. Corazón de Roble y Tabora los habían criado bien, y estaba muy orgullosa de ellos. ¿Corazón de Roble sabía eso?

Nunca habían compartido palabras desde la noche en que ella le había dado sus cachorros. Se mantenían separados en las Asambleas, temiendo que algún gato pudiera hacer la conexión entre la pérdida de los cachorros de Estrella Azul y la aparición de dos forasteros en el Clan del Río. Pero ella nunca había dejado de amarlo a él ni a sus cachorros. Y el recuerdo de su noche en los Cuatro Árboles estaba grabado en su corazón.

—He liderado cuatro buenas vidas —murmuró.

Cola Roja la miró de reojo, con los ojos entrecerrados.

—Te sientes nostálgica, ¿eh?

Estrella Azul suspiró.

—Tendrás que aguantarme ahora que soy vieja.

—No eres vieja —argumentó Cola Roja.

Los bigotes de Estrella Azul se movieron.

—No soy joven —le recordó—. Solo mira los pelos blancos de mi hocico.

No podía evitar sentir que la mayoría de ellos habían sido causados por Garra de Cardo. Le había pisado los talones con el hambre de su ambición, erizándose cuando había nombrado a Cola Roja lugarteniente, con un gruñido siempre retenido en su garganta. Él era la razón por la que ella había ocultado la pérdida de dos de sus vidas. "*He liderado cuatro buenas vidas*". La mentira había llegado, como siempre, con una punzada de culpabilidad. Debería decirle a Cola Roja la verdad: que había perdido seis vidas y que solo le quedaban tres. Sospechaba que Cola Roja lo sabía, aunque nunca la había desafiado. Había aprendido por las malas que algunas cosas era mejor mantenerlas en secreto.

Estrella Azul suspiró.

Cola Roja la miró.

—¿Qué te preocupa?

—Solo estaba pensando —murmuró Estrella Azul—. Hemos tenido tan pocos cachorros recientemente. ¿Quién mantendrá al Clan fuerte y bien alimentado durante la estación sin hojas? La guarida de los veteranos se llena más cada temporada.

Medio Rabo, Orejitas, Centón, Tuerta, y Cola Moteada tenían sus lechos allí ahora.

En el otro extremo del claro, Jaspeada salía del túnel de helechos. Era la única curandera del Clan desde que Bigotes Plumosos había muerto, a causa del mismo ataque de tos verde que había acabado con una de las vidas de Estrella Azul. Pero Bigotes Plumosos había entrenado bien a su aprendiza, y a Jaspeada le apasionaba el bienestar de sus compañeros de Clan. Había cuidado de Ojo Blanco después de que perdiera completamente su ojo ciego y se trasladara a la guarida de los veteranos, tomando el nuevo nombre de Tuerta. Su oído era tan pobre como su vista estos días. Tuerta no era la única guerrera que había cambiado de nombre. Manto de Gorrión se había convertido en Medio Rabo cuando perdió el extremo de su cola a patas de un tejón. Ahora, incapaz de mantener el equilibrio, también se había trasladado a la guarida de los veteranos y había dejado la escalada de árboles a sus compañeros de Clan.

* * *

La curandera carey parecía exhausta. El sol había salido esa mañana sobre un campamento lleno de guerreros sangrantes y descorazonados,

expulsados de las Rocas Soleadas el día anterior tras un intento desesperado de recuperarlas por parte del Clan del Río. Estrella Azul no quería volver a luchar por las rocas en disputa. Ya se había perdido mucha sangre allí. ¿Y para qué? ¿Un par de colas de distancia más de territorio para cazar? Pero dejar que los gatos del Clan del Río cruzaran el río y cazaran presas del bosque era visto como un signo de debilidad por el Clan del Viento y el Clan de la Sombra.

Así que habían luchado, con patrullas lideradas por Cola Roja y Garra de Tigre, quien a veces parecía más feroz y sediento de batalla de lo que su mentor, Garra de Cardo, había sido nunca. Y habían perdido, echados de vuelta al bosque ensangrentados y humillados. De vuelta a su campamento de demasiados veteranos y muy pocos aprendices. «*¿Qué pasará con el Clan del Trueno ahora?*».



CAPÍTULO 45

Estrella Azul se sentó sola en el claro y miraba el Manto Plateado. A su alrededor, el campamento se agitaba con el murmullo inquieto de los guerreros heridos. La inquietud le heló el manto. El Clan del Trueno estaba más débil ahora que desde que Estrella de Pino era líder. ¿Era así como ardía por el bosque?

Jaspeada salió del túnel de helechos y se detuvo junto a Estrella Azul.

Estrella Azul la miró.

—¿Cómo se encuentra Musaraña?

—Sus heridas son profundas, Estrella Azul —Jaspeada se acomodó en el suelo fresco de la noche—. Pero es joven y fuerte; sanará deprisa.

—¿Y los otros?

—También se recuperarán.

Estrella Azul suspiró.

—Hemos tenido suerte de no haber perdido ningún guerrero esta vez. —Inclinó la cabeza de nuevo y estudió las estrellas—. Estoy muy preocupada por la derrota de esta noche. Nadie había vencido al Clan del Trueno en su propio territorio desde que soy líder —murmuró—. Éstos son tiempos difíciles para nuestro Clan. La estación de la hoja nueva se retrasa y han nacido menos crías. El Clan del Trueno necesita más guerreros para sobrevivir.

—Habrá más crías cuando llegue la estación de la hoja verde —señaló Jaspeada con calma.

Estrella Azul movió sus patas.

—Quizá. Pero entrenar a los jóvenes para que se conviertan en guerreros requiere tiempo. Si el Clan del Trueno quiere defender su territorio, debe tener nuevos guerreros lo más pronto posible.

—¿Estás pidiendo respuestas al Clan Estelar? —Jaspeada maulló, siguiendo la mirada de Estrella Azul y mirando la franja de estrellas que brillaban en el cielo oscuro.

—¿El Clan Estelar te ha hablado?

—No desde hace varias lunas.

Mientras hablaba, una estrella fugaz brilló sobre las copas de los árboles. La cola de Jaspeada se agitó, y el pelaje se erizó a lo largo del lomo. Las orejas de Estrella Azul se agudizaron, pero se mantuvo en silencio mientras Jaspeada seguía mirando hacia arriba. Después de unos momentos, Jaspeada bajó la cabeza y se volvió hacia Estrella Azul.

—Era un mensaje del Clan Estelar —murmuró. Una mirada distante apareció en sus ojos—. *Solo el fuego puede salvar a nuestro Clan*.

La cola de Estrella Azul se erizó.

—¿El fuego? —la líder del Clan del Trueno fijó su clara mirada azul en la curandera—. Nunca te has equivocado, Jaspeada —maulló—. Si el Clan Estelar ha hablado, entonces debe ser así. El fuego salvará a nuestro Clan.

«*¿Pero cómo?*».

—Pluma de Ganso dijo una vez que yo sería el fuego —confesó Estrella Azul, incómoda por compartir la profecía del viejo curandero después de todas estas lunas.

—Lo sé —Jaspeada miró a su líder con ojos claros y sin pestañear.

—¿Tenía razón?

Estrella Azul se inclinó hacia delante, desesperada por la curiosidad. ¿Había estado persiguiendo un sueño vacío todas estas estaciones? ¿Había sacrificado a sus cachorros para nada?

—Salvaste al Clan del liderazgo de Garra de Cardo. Él nos habría ahogado en sangre. Y has liderado al Clan durante muchas lunas, manteniéndolo fuerte y seguro.

Estrella Azul negó con la cabeza.

—Y ahora lo he llevado a la derrota. Eso no es precisamente arder por el bosque.

—Las Rocas Soleadas se ganarán y se perderán muchas veces más. —Jaspeada se encogió de hombros.

—Pero si he seguido mi destino, ¿por qué el Clan Estelar sigue hablando de fuego ahora?

—Tal vez no has terminado —maulló Jaspeada

—¿Qué más puedo hacer?

* * *

Una luna pasó, y el Clan comenzó a recuperarse de su derrota. Por fin, la estación de la hoja nueva alejaba el frío de la estación sin hojas. El bosque empezaba a bullir de vida, los árboles eran una bruma verde, la maleza empezaba a abarrotar el suelo del bosque una vez más. Estrella Azul caminaba junto a Tormenta Blanca a lo largo de la frontera de los Dos Patas.

—¿Qué tanto recuerdas de Pelaje Nevado? —preguntó.

A menudo se preguntaba si sus hijos la recordaban. Si lo hacían, nunca daban ninguna pista al respecto en las Asambleas.

—Recuerdo su olor y la calidez de estar a su lado —respondió Tormenta Blanca—. Tenerte cerca mantenía vivo su recuerdo. Llevabas el mismo olor y a veces, incluso ahora, veo a mi madre en el movimiento de tus bigotes o en el movimiento de tu cola.

Conmovida, Estrella Azul ronroneó.

—¿Recuerdas la forma en que Pequeño Tigre siempre te metía en problemas, y luego te dejaba cargar con la culpa?

Tormenta Blanca agitó su cola.

—Sin embargo, nos divertíamos.

—Y Pequeña Pecas y Pequeña Escarcha hacían cualquier cosa para llamar tu atención. ¡Pequeña Pecas incluso te convenció una vez de que había un zorro atrapado en el arenero!

Tormenta Blanca la miró.

—¿Por qué toda esta nostalgia? —preguntó.

Estrella Azul miró fijamente al frente.

—¿Crees que he tomado las decisiones correctas?

—Solo el Clan Estelar lo sabe con seguridad —respondió Tormenta Blanca—. Solo podemos hacer lo que creemos que es correcto en ese momento.

—¿Y si eso no es suficiente?

Tormenta Blanca se detuvo y se puso frente a ella, la preocupación oscurecía su mirada.

—¿Por qué te cuestionas así? —se sentó y envolvió sus patas con su cola—. Sé que hemos perdido las Rocas Soleadas, pero las recuperaremos cuando el Clan sea más fuerte. Eres una buena líder, fuerte y justa. El Clan te respeta.

—Nunca debí dejar que el Clan se debilitara.

—Fue una estación sin hojas muy dura. —Un mirlo revoloteó sobre una rama en lo alto y comenzó su canto—. Pero la hoja nueva ha llegado.

Estrella Azul respiró el olor fresco de la nueva vida. El aire estaba impregnado de olor a presas.

—Me gustaría que siempre fuese así. Tranquilo, con mucha comida.

Los bigotes de Tormenta Blanca se movieron.

—Si los deseos fueran presas, comeríamos como leones al llegar la estación sin hojas. —Se puso de pie, preparándose para partir—. ¡Pero moriríamos de aburrimiento! —su maullido se volvió más serio—. Sabes que la vida de los Clanes no es así. El código guerrero nos guía a través de los tiempos oscuros, del frío y del hambre. Y los buenos tiempos parecen más dulces por ello. Ten fe, Estrella Azul. Sobreviviremos.

Se dirigió a través de los árboles y, suspirando, Estrella Azul le siguió. ¿Cómo el pequeño cachorro que había ayudado a criar se había convertido en un guerrero tan fuerte y sabio?

Avanzaron a lo largo de la línea de árboles en el borde del bosque, a través del aire contaminado con el olor de Dos Patas. Estrella Azul contempló la guarida de Dos Patas más allá de la soleada extensión de matorrales, pensando como siempre en Estrella de Pino. Ahora que caminaba con el Clan Estelar, ¿se arrepentía de su decisión de irse?

Un destello de pelaje naranja llamó su atención. Un minino casero rojizo estaba agazapado en la cerca. Miraba fijamente al bosque con unos ojos verdes como hojas de acebo, parpadeando con interés.

—Espera —Estrella Azul detuvo a Tormenta Blanca con un toque de su cola—. Quédate quieto. —No quería asustar a este minino casero. Mientras lo miraba, el sol atrapó su pelaje, chispeando como una llama.

El minino casero agitó su cola mientras el mirlo salía de los árboles y se abalanzaba sobre él. El gato se levantó sobre sus patas traseras, alargando las garras desenvainadas y fallando al pájaro en picado solo por un pelo.

—Nada mal —reconoció Tormenta Blanca.

El minino casero había mantenido el equilibrio, y ahora se agachaba de nuevo, con la cola crispada por la frustración, y los ojos ansiosos por otro pájaro.

—¿Estás preocupada de que sea una amenaza para nuestras presas? —susurró Tormenta Blanca.

—¿Preocupada? —Estrella Azul repitió. La preocupación era lo último que tenía en mente.

“*El fuego salvará al Clan*”.

El minino casero giró la cabeza para acariciar su ardiente pelaje. Había algo en la chispa de sus ojos y en la agudeza de sus movimientos, la inquietud traicionada en su pelaje erizado, que mantenía la atención de Estrella Azul. Era como un gato de Clan. Una vez que fuera entrenado para sacarse la suavidad de un minino casero…

«*No*».

Estrella Azul sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? El Clan necesitaba sangre nueva, nuevos guerreros para reforzar sus filas.

¿Pero un minino casero?

El minino casero de color fuego seguía en la mente de Estrella Azul al anochecer, mientras compartía lenguas con Corazón de León y Pecas. El Clan estaba contento, bien alimentado por primera vez en lunas, y caliente.

—¿Qué pasa? —Pecas maulló.

—¿Qué? —Estrella Azul fue sacada de sus pensamientos.

—Has estado mirando a los árboles desde que volviste con Tormenta Blanca.

—Oh, nada importante —Estrella Azul se puso de pie.

Tal vez Jaspeada podría ayudar, aunque solo fuera para decirle que no tuviera cerebro de ratón. Se paseó por el fresco túnel de helechos. Jaspeada estaba triturando hierbas en el claro de curandería, entrecerrando los ojos en la penumbra mientras inspeccionaba las hojas bajo sus patas.

—¿Has comido? —preguntó Estrella Azul.

—Comeré cuando haya terminado esto —Jaspeada prometió. No levantó la mirada de las hojas que estaba arrancando cuidadosamente en tiras y mezclando en fragantes montones.

Estrella Azul se sentó.

—Hoy vi un minino casero —comenzó.

—¿En nuestro territorio? —preguntó Jaspeada distraídamente.

—En una cerca.

¿Pensaría la curandera que se había vuelto loca?

—Había algo en él que me hizo preguntarme si sería un buen guerrero.

Jaspeada levantó la mirada, sus ojos brillaron de sorpresa.

—¿Un minino casero?

—Su manto era del color de las llamas.

Jaspeada parpadeó.

—Entiendo —habló con gravedad—. Crees que puede ser el fuego.

Estrella Azul asintió.

—¿Cómo sabrás si tienes razón?

—Le pediré a Zarpa Gris que lo aceche un rato. Para ver cómo se las arregla. Entonces decidiré si realmente podría ser un gato de Clan. —Sus patas empezaron a picar con una emoción que no había sentido en lunas—. Si se muestra prometedor, lo invitaré a unirse al Clan.

Jaspeada dejó las hierbas que sostenía y dio un paso adelante hasta que estuvo tan cerca de Estrella Azul que su aliento calentaba el oído de la líder del Clan.

—Pasará todas las pruebas que le pongas. Lo elegirás, y nunca te arrepentirás. Pero no creas que será fácil. Estás a punto de guiar al Clan por el camino más difícil que jamás haya conocido.

Dio un paso atrás, y la intensidad de su mirada se suavizó.

—Que el Clan Estelar ilumine tu camino, siempre —susurró.

Estrella Azul sintió el aroma de su hermana envolviéndola, mezclado con la fragancia de las hierbas.

—Oh, lo hacen —susurró.

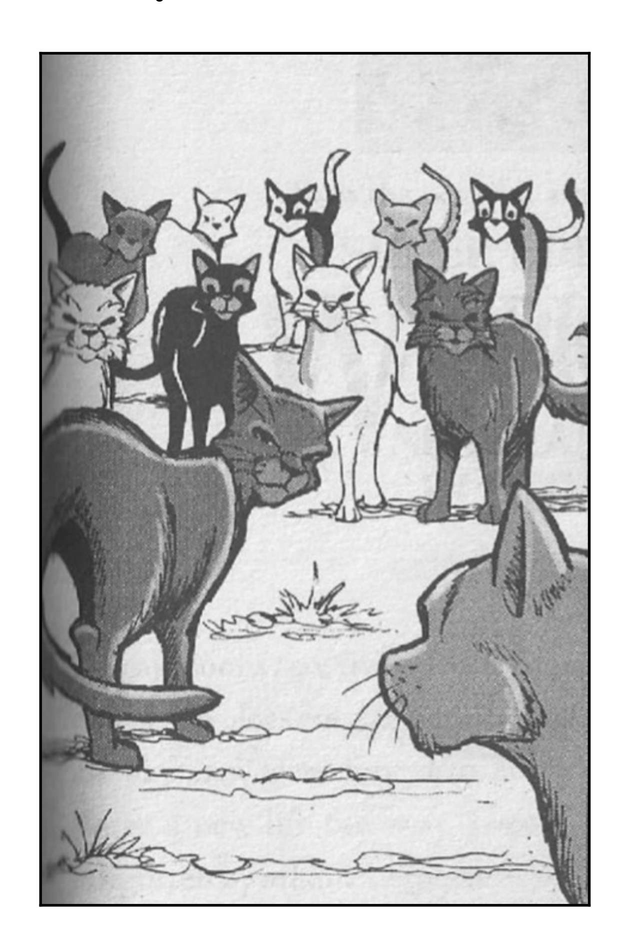
Se imaginó al audaz minino casero sentado en la frontera entre su mundo y el de ella, y un ronroneo retumbó en lo más profundo de su garganta.

«*Tenías razón, Pluma de Ganso. Un fuego arderá por este bosque después de todo*».

CONTINÚA LEYENDO PARA UN

CÓMIC EXCLUSIVO

Y descubre qué le sucede a Estrella Azul y al Clan del Trueno…

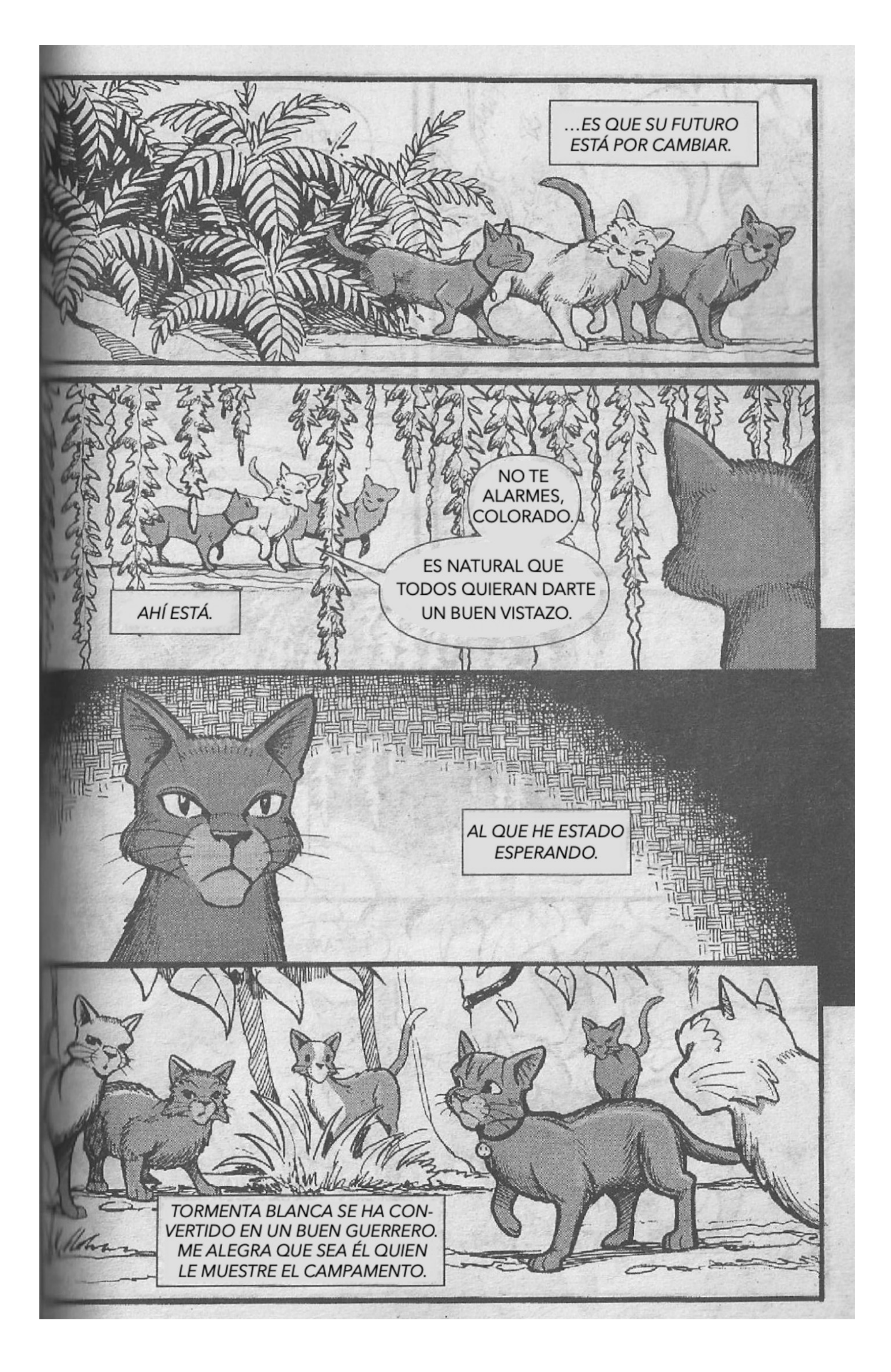


Creado por
ERIN HUNTER

Escrito por
DAN JOLLEY

Arte por
JAMES L. BARRY


EL CLAN DEL TRUENO.
MI CLAN.
ES MI DEBER PROTEGER A ESTOS GATOS. GUIARLOS Y LIDERARLOS.
DESDE LAS CRÍAS MÁS PEQUEÑAS HASTA LOS GUERREROS MÁS EXPER-TOS Y LOS LEALES VETERANOS, SU SEGURIDAD Y FUTURO YACEN EN MÍ.
LO QUE NINGUNO SE DA CUENTA…

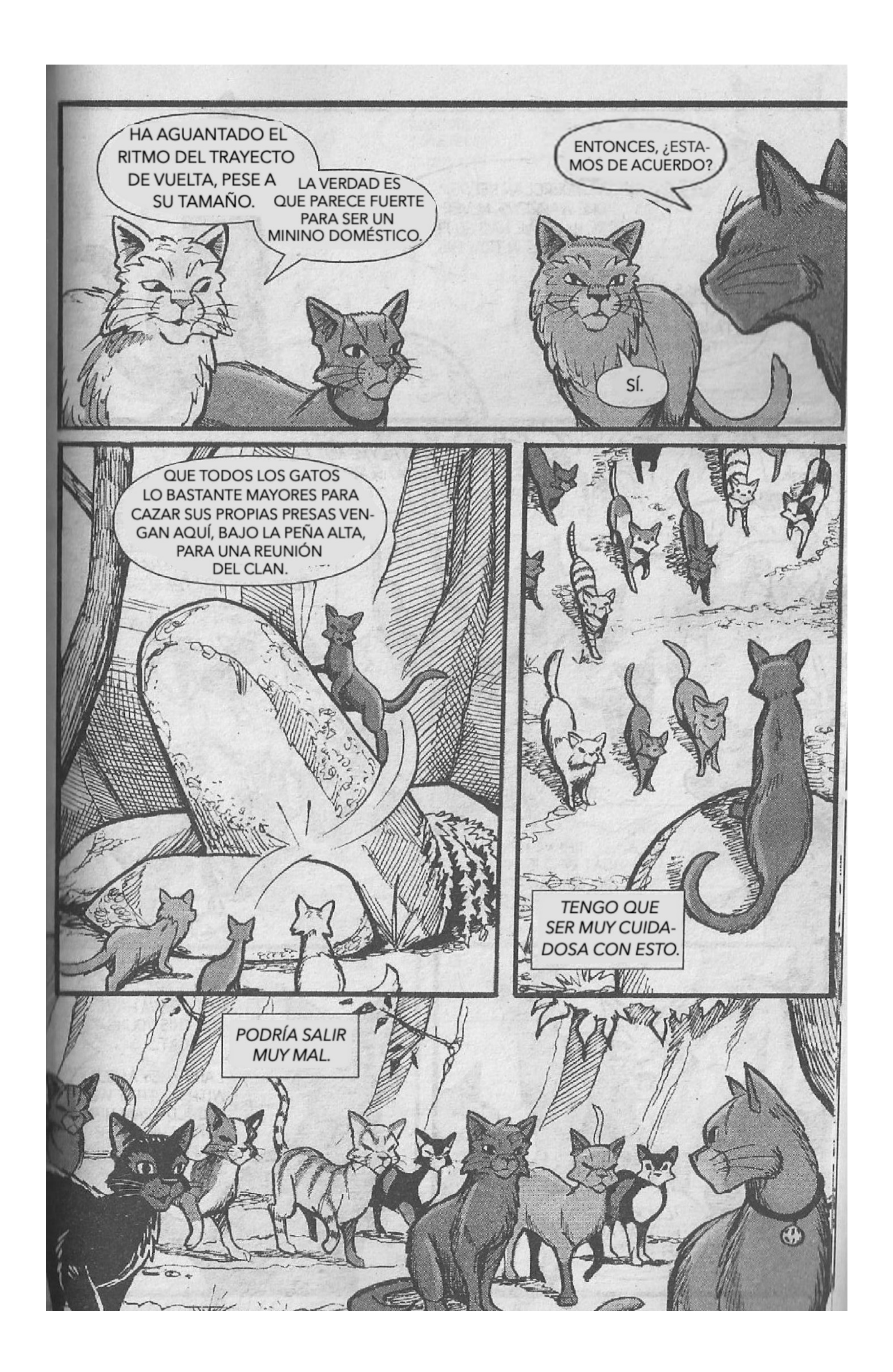

…ES QUE SU FUTURO
ESTÁ POR CAMBIAR.
AHÍ ESTÁ.
NO TE
ALARMES,
COLORADO.
ES NATURAL QUE
TODOS QUIERAN DARTE
UN BUEN VISTAZO.
AL QUE HE ESTADO
ESPERANDO.
TORMENTA BLANCA SE HA CON-
VERTIDO EN UN BUEN GUERRERO.
ME ALEGRA QUE SEA ÉL QUIEN
LE MUESTRE EL CAMPAMENTO.


AHÍ SE ENCUENTRA LA MATERNIDAD. DONDE SE CUIDA A LOS CACHORROS.


TODAS LAS REINAS COMPARTEN EL CUIDADO DE NUESTRAS CRÍAS.
TODOS SIRVEN AL CLAN. LA LEALTAD AL CLAN ES LA PRIMERA LEY DE NUESTRO CÓDIGO GUERRERO…

…UNA LECCIÓN QUE DEBES APRENDER RÁPIDAMENTE SI DESEAS QUEDARTE.
TIENE CURIOSIDAD PERO NO MIEDO. ESO ES BUENO.

HA VENIDO.
CORAZÓN DE LEÓN CREÍA QUE NO VENDRÍA.
Y BIEN, ¿QUÉ PIENSAN DE ÉL?


HA AGUANTADO EL RITMO DEL TRAYECTO DE VUELTA, PESE A SU TAMAÑO.
LA VERDAD ES QUE PARECE FUERTE PARA SER UN MININO DOMÉSTICO.
ENTONCES, ¿ESTAMOS DE ACUERDO?
SÍ.
QUE TODOS LOS GATOS LO BASTANTE MAYORES PARA CAZAR SUS PROPIAS PRESAS VENGAN AQUÍ, BAJO LA PEÑA ALTA, PARA UNA REUNIÓN DEL CLAN.
TENGO QUE SER MUY CUIDADOSA CON ESTO.
PODRÍA SALIR MUY MAL.


EL CLAN DEL TRUENO NECESITA MÁS GUERREROS. HASTA AHORA, NUNCA HABÍAMOS TENIDO TAN POCOS APRENDICES ENTRENANDO.
SE HA DECIDIDO QUE EL CLAN DEL TRUENO ACEPTE A UN FORASTERO PARA ENTRENARLO COMO GUERRERO.
NO ESTÁN FELICES. NO ME SORPRENDE, SUPONGO.
CLAN ESTELAR, POR FAVOR HAZLES ENTENDER QUE HAGO ESTO POR SU BIEN.
HE ENCONTRADO A UN GATO DISPUESTO A CONVERTIRSE EN APRENDIZ DEL CLAN DEL TRUENO.
¡QUÉ **AFORTUNADO** ES DE CONVERTIRSE EN APRENDIZ!
CORAZÓN DE LEÓN Y TORMENTA BLANCA YA HAN CONOCIDO A ESTE JOVEN GATO…
…Y COINCIDEN CONMIGO EN QUE DEBERÍAMOS ENTRENARLO JUNTO CON LOS OTROS APRENDICES.

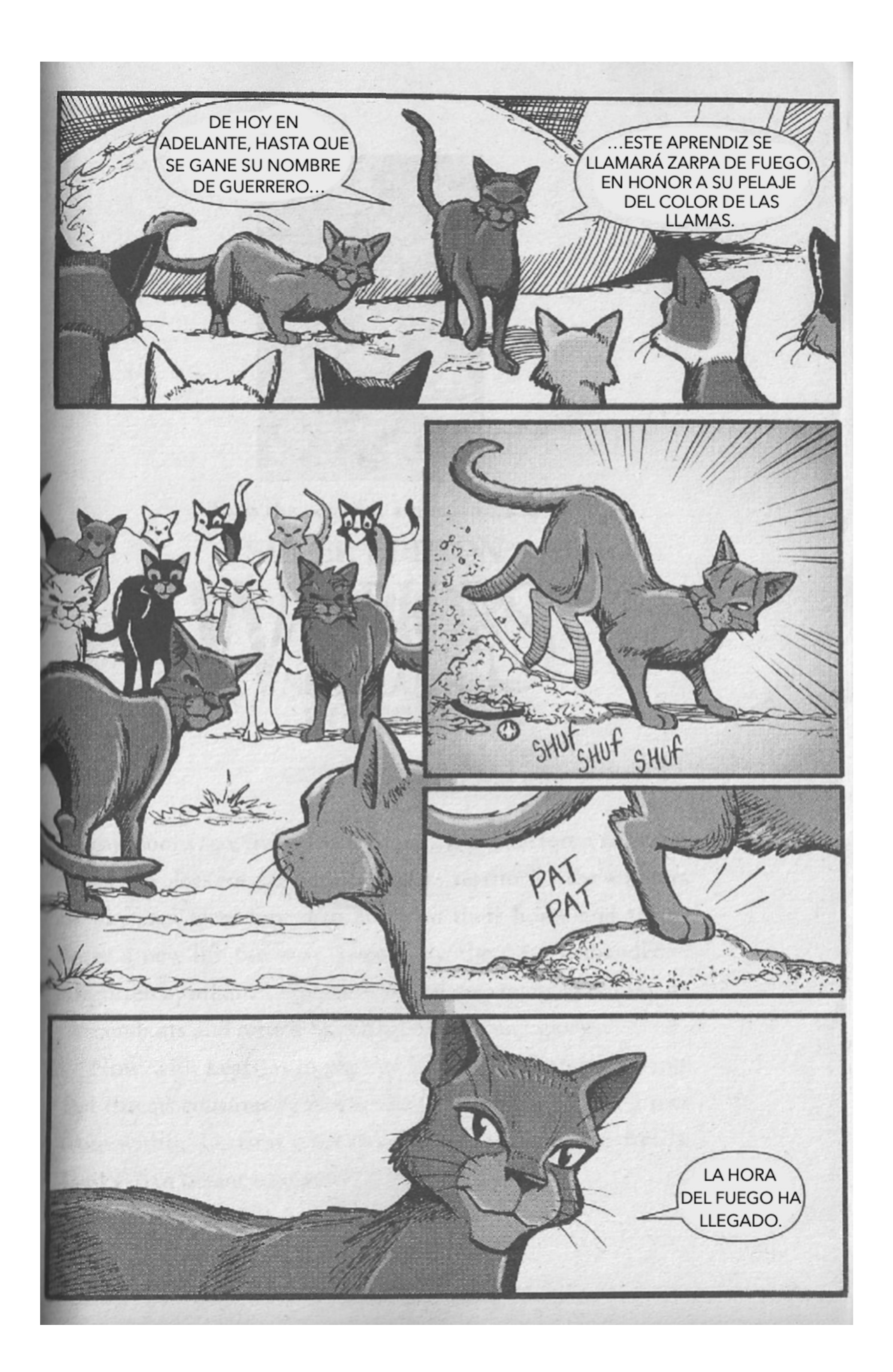


¿A QUÉ CLAN PERTENECE?
¿DE DÓNDE VIENE?
¡QUÉ OLOR TAN RARO! ¡NO ES EL OLOR DE NINGÚN CLAN!
¡MIREN SU COLLAR! ¡ES UN MININO DE COMPAÑÍA!
UNA MASCOTA SIEMPRE ES UNA MASCOTA.
PARA DEFENDERSE, ESTE CLAN NECESITA GUERREROS NACIDOS EN LIBERTAD, NO OTRA BOCA DELICADA QUE ALIMENTAR.
ME ALEGRA VER A CORAZÓN DE LEÓN ALENTANDO AL JOVEN GATO.
DICIÉNDOLE QUE EL DESAFÍO DE RABO LARGO DEBE SER RESPONDIDO.
TU COLLAR ES UNA MARCA DE LOS DOS PATAS, Y ESE RUIDOSO CAMPANILLEO HARÁ DE TI, EN EL MEJOR DE LOS CASOS, UN MAL CAZADOR.
Y EN EL PEOR, ATRAERÁ A LOS DOS PATAS A NUESTRO TERRITORIO…
…EN BUSCA DE SU POBRECITA MASCOTA PERDIDA QUE INUNDA EL BOSQUE CON SU PENOSO TINTINEO.


¡SU COLLAR! ¿POR QUÉ NO LE DIJE A TORMENTA BLANCA QUE SE DESHICIERA DE ÉL ANTES DE TRAERLO?
EL SONIDO DE TU CASCABEL TRAIDOR ALERTA-RÁ A NUESTROS ENEMIGOS, ¡ESO SI NO LO HACE TU HEDOR A DOS PATAS!
AUNQUE SERÁ INTERESANTE VER COMO ESTE JOVEN GATO MANEJA UNA CONFRONTACIÓN.
¿TE ACOBAR-DAS ANTE UN DESAFÍO?
RRRRRRHHH...
RHAOOWWRR!


ESPERABA QUE TUVIERA INSTINTOS GUERREROS.
Y NO ESTOY DECEPCIONADA.
¡JA! ¡MIREN ESO! VA A PERDER POR SU COLLAR DE MIN–
ACH! ACH!
SNAP
OOWWWRRH!


¡ALTO!
EL RECIÉN LLEGADO HA PERDIDO SU COLLAR DE DOS PATAS EN UNA BATALLA POR SU HONOR.
EL CLAN ESTELAR HA DADO SU APROBACIÓN.
ESTE GATO HA SIDO LIBERADO DEL DOMINIO DE SUS DUEÑOS DOS PATAS.
ES LIBRE PARA UNIRSE AL CLAN DEL TRUENO COMO APRENDIZ.
A LA LUZ DEL SOL PARECES UNA LLAMA ARDIENTE.
HAS LUCHADO BIEN.


DE HOY EN ADELANTE, HASTA QUE SE GANE SU NOMBRE DE GUERRERO…
…ESTE APRENDIZ SE LLAMARÁ ZARPA DE FUEGO, EN HONOR A SU PELAJE DEL COLOR DE LAS LLAMAS.
SHUF SHUF SHUF
PAT PAT
LA HORA DEL FUEGO HA LLEGADO.

*Libro original: "*Warriors: Bluestar's Prophecy*" por **Erin Hunter**.*

*Arte de la portada y encabezados: **Wayne McLoughlin**.*
*Arte del cómic: **James L. Barry**.*

*Traducción: **Pichu06**.*

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G